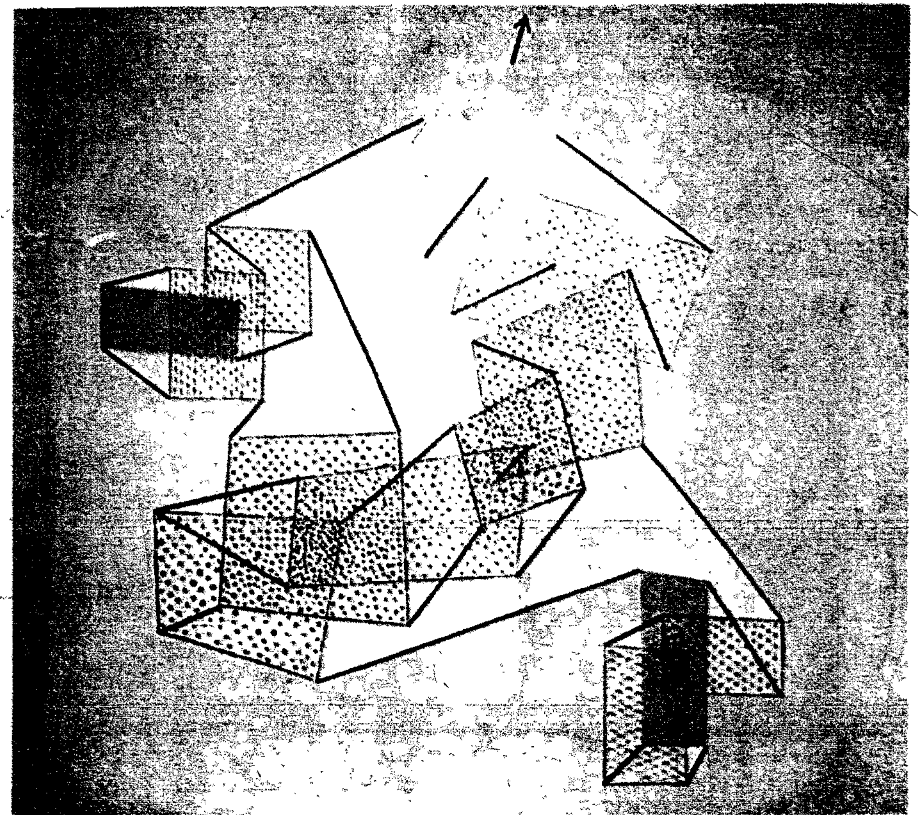


ISBN 84-376-0317-X



METODOLOGIA DE LA HISTORIA



Jerzy Topolsky

CATEDRA

JERZY TOPOLSKI

Metodología de la Historia

TERCERA EDICION

CATEDRA
HISTORIA. SERIE MAYOR

Título original de la obra: *Metodologia historii.*

Traducción de María Luisa Rodríguez Tapia.

Cubierta: Fernando Suárez.

Ediciones Cátedra, S. A., 1992
Telémaco, 43. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 14.599-1992
ISBN: 84-376-0317-X
Printed in Spain
Impreso en Rogar, S. A. - Fuenlabrada (Madrid)
Papel: Torras Hostench, S. A.

Indice

Tercera parte

LA METODOLOGIA OBJETIVA DE LA HISTORIA

Cuarta parte

LA METODOLOGIA PRAGMATICA DE LA HISTORIA
LA TEORIA DEL CONOCIMIENTO BASADO Y NO BASADO EN FUENTES

Introducción

Ninguna disciplina ha sido más alabada ni más criticada que el estudio de la historia. Cicerón pedía que la historia enseñara a los hombres cómo vivir. Aristóteles le negaba la calificación de verdadera ciencia, y consideraba que la mayor sabiduría era la poesía. En diversas épocas, a la historia se le ha asignado una posición predominante o degradada en la jerarquía de las ciencias. Hoy se pueden admirar la precisión y la sofisticación, cada vez mayores, de los métodos usados por los historiadores. Pero, por otra parte, la *Historia de la Guerra del Peloponeso*, de Tucídides, sirve todavía como el mejor modelo para reconstruir el pasado histórico. Incluso a aquellos que niegan la posibilidad de una reconstrucción objetiva del pasado les gustaría ser recordados, «objetivamente» o no, por los historiadores. La aversión por la historia y el miedo ante su veredicto no son incompatibles con la reverencia y el temor ante quienes la ejercen, los historiadores. De forma que la actitud del hombre hacia la historia es ambigua.

La controversia sobre la historia continúa. Están en juego cuestiones muy diversas. Sin embargo, son los propios historiadores los menos comprometidos en la disputa. Raramente decide un historiador abrir la puerta de su estudio y unirse a la *mêlée* sobre el significado de la historia. La mayoría de las veces la cierra de un portazo y vuelve a sus estudios, olvidando el hecho de que, con el paso del tiempo, el abismo entre su trabajo científico y su público puede ensancharse. El historiador no rehúye la pelea, simplemente elige su propio campo de batalla. Lo que trata de defender es, por supuesto, la verdad histórica y la honradez en la presentación del pasado, ya que cree que este es su mejor modo de servir a la sociedad. Preocupado por este problema, deja a otros la controversia sobre la historia como disciplina. Las cuestiones se deciden a sus espaldas, aun a pesar de que él, con su trabajo diario, proporciona argumentos a ambas partes. Incluso si decide unirse al conflicto, no logra darse cuenta, a menudo, de que su participación es limitada porque habla un idioma especial. ¿Debería el historiador cambiar su actitud hacia esta controversia sobre la historia? No se puede enzarzar en un combate con dos frentes: *ars longa, vita brevis*.

¿Cuál debe ser el papel de un historiador que ejerce como profesional, en la controversia sobre la historia como disciplina? No puede ni ignorarla ni dedicarle todo su tiempo. Sin embargo, puede definir su propia posición en el debate y después explicarla con ejemplos de su labor diaria. De esta forma, puede defender su posición, mientras, al mismo tiempo, se dedica a su trabajo y construye el cuerpo de conocimientos esenciales sobre el que se apoya la historia.

El momento es oportuno para que el que ejerce como historiador ayude a conformar el éxito del debate sobre historiografía. Las creencias de los viejos tiempos sobre la estructura jerárquica de las ciencias están actualmente derrumbándose. Ya no se acepta que haya un modelo para todo trabajo científico al que las otras disciplinas estén necesariamente subordi-

das. Esta opinión ha tardado mucho en desintegrarse. Su ocaso comenzó principios del siglo XIX, con la demostración de que incluso en las mateiticas hay amplias áreas que carecen de precisión y en las que prevalece pensamiento intuitivo. Esta demostración llevó a un amplio estudio de métodos matemáticos (cfr. D. Hilbert). A esto siguieron una serie de sos, entre ellos el teorema de Gödel y otras demostraciones del engaño la creencia de que puede existir un lenguaje perfectamente riguroso. programa radical del fisicalismo también se desintegró. Se probo que a idea, en un tiempo atractiva, de construir una ciencia unificada basada la reducción de los términos usados en todas las disciplinas a los que usan en física, era impracticable.

La creciente convicción de que no existe la ciencia ideal, y el énfasis esto sobre la peculiaridad de cada disciplina, al menos en el nivel actual desarrollo, ha estimulado la investigación empírica sobre disciplinas espeicas y las relaciones entre ellas. Esto ha dado lugar a que podamos abogar r la unidad de las ciencias, exigir que el lenguaje científico sea preciso, dir que los estudiosos lo manejen tan cuidadosamente como cualquier o instrumento, y al mismo tiempo podamos abandonar las proclamas gmáticas en favor de una determinada jerarquía de las ciencias.

El interés por la investigación sobre los métodos científicos afecta prondamente a la historia. Esta disciplina ha sido siempre controvertida. décadas recientes, en un mundo de rápidos cambios (cfr. Geoffrey Baiclough), los historiadores han estado ocupados con sus investigaciones stanciales (cada vez más lejos de la visión de Anatole France), y han mejodo sus métodos. Su producción se ha acumulado rápidamente. Armado n la producción, cada vez mayor, de esta clase de literatura histórica, más fisticada metodológicamente, el historiador es capaz, hoy en día, de entrar la controversia sobre la naturaleza y el estado de la historia como ciencia n renovada confianza. Si ignora los últimos métodos históricos y sus gros, se encontrará con sonrisas condescendientes por parte de científicos ciales más experimentados y metodológicamente avanzados. Todos los storiadores deben estar al tanto de los métodos más nuevos, aunque ellos realidad no los usen. Sin este conocimiento general la historia no puede ejorar su posición.

Las primeras afirmaciones de los historiadores sobre sus técnicas de vestigación revelan la naturaleza y el grado de sus conocimientos metodogicos. Hace pocas décadas, cuando Marc Bloch escribía su *The Historians' aft* y la ciencia del método científico no estaba tan avanzada como ahora, historiadores se tomaban poco interés por los problemas concretos de etodología. Desde entonces se ha dicho mucho sobre la ciencia histórica la participación de los historiadores. Hoy en día, quienes ejercen la histoografía tienen que estar más al tanto de las consideraciones metodológicas.

Persisten todavía equívocos sobre la metodología histórica, y convierten una tarea difícil el escribir historia con plena conciencia del método de vestigación usado. Una visión bastante común de la metodología histórica que comprende una red ordenada de fórmulas que facilitan la resolución casos complicados. La cuestión de los métodos sólo surge ante problemas pecíficos; los métodos particulares se aplican a casos particulares y sólo consideran importantes en la medida en que son directamente «útiles» ra un problema específico de investigación. Así, el interés directo en los étodos de investigación, por parte de los historiadores (como se ha reflejado en varios libros), estuvo reducido durante largo tiempo a una esfera de problemas fijada en el siglo XIX y dominada por cuestiones técnicas, como la crítica de las fuentes.

Este libro ha surgido a partir de una acumulación de reflexiones sobre el estado de la ciencia histórica y sobre los peligros reales que amenazan a dicha ciencia. La historia ha afrontado peligros desde el siglo XIX, cuando empezó a abandonar las construcciones teóricas de la historiografía de la Ilustración en favor de la erudición del siglo XIX y se enfrentó a una nueva ciencia, la sociología. Los sociólogos se desenvolvían en los terrenos abandonados por los historiadores, aunque cultivados por ellos en años anteriores (por ejemplo, por Ibn Khaldun, Maquiavelo, Voltaire, Ferguson y otros). La historia, vieja y arrogante en sus logros, vio su papel en el área de las premisas teóricas minado por la sociología, sobre todo en el caso de las de naturaleza estructural. Esto significó que la historia se vio privada de uno de los dos elementos indispensables para explicar el enigma del desarrollo histórico. Porque para explicar el desarrollo de un sistema (capítulos IX y X) debemos saber no sólo los diversos estadios por los que pasa este sistema en sucesivos momentos (ya que esto muestra sólo sus cambios), sino también la estructura del sistema. Parece que en todas las ciencias es indispensable comprometerse tanto en la investigación empírica como en la teórica. La proporción entre estas dos formas de investigación no es la misma para cada rama de la ciencia. Pero hay estrechos lazos entre la observación y la teoría en todas las ciencias, y la observación (la experiencia) no puede estar nunca totalmente separada de la teoría.

El análisis de L. Geymonat hace hincapié en la claridad de las teorías científicas. Geymonat tiene razón cuando dice que lo esencial de la ciencia nunca puede ser aprehendido sin consideraciones de naturaleza histórica y pragmática [1]. Para evitar los peligros a los que está expuesta la historia, el historiador debe ser más consciente metodológicamente. Esto le ayudará a observar lo que ocurre en la ciencia y a ver lo grandes que son los riesgos. El quid no es que una ciencia domine al resto, sino cuál de las ciencias va a proporcionar un acercamiento integral al estudio de la sociedad. ¿Va a ser la historia? ¿O la sociología? ¿O la psicología social? La llamada a la unidad de la ciencia, concebida como una jerarquía de disciplinas, está siendo resueltamente sustituida por la llamada a la integración de las ciencias, afirmando la igualdad de categoría de todas las disciplinas y buscando posibles lazos entre ellas. La historia debe buscar su justo lugar entre las diversas ciencias.

Este libro puede ser utilizado para enseñar la metodolgía de la historia, pero no era ése su propósito en un principio. Su intención es revisar los principales problemas de la investigación metodológica sobre historiografía y señalar los principales resultados obtenidos. El libro hace una propuesta basada en una concepción definida de la ciencia histórica y sus tareas. Sus dos premisas fundamentales, en lenguaje común, son:

1) La tarea fundamental de la investigación histórica es explicar —esto es, describir los medios y causas de— el desarrollo de los sistemas.

2) Es imposible separar la observación de la teoría en la labor de llevar a cabo una investigación histórica efectiva sobre el desarrollo de los sistemas. Cuanta más conciencia nomotética tenga un historiador, más efectiva

[1] L. Geymonat, *Filosofia e filosofia della scienza*, Milán, 1960.

á su investigación. La conciencia nomotética es una función del tipo de ıocimiento teórico que está a su disposición. Dependerá mucho, por ɪuesto, del alcance y calidad de dicho conocimiento.

Estas dos afirmaciones son las principales conclusiones sacadas de un .lisis, lo más completo posible, de los diversos estadios en la evolución la historiografía. La primera se refiere a la historia como materia de la ɜstigación científica, y la segunda, a los procedimientos de investigación dos por quienes la ejercen, y sus resultados, formulados en premisas ecíficas.

La primera parte del libro está dedicada al alcance de la metodología la historia y los diversos significados de este término. Hemos afirmado í que la metodología histórica puede ser interpretada de una forma icta o de una forma amplia. Concebida estrictamente, cubre sólo la ncia» de la «ciencia de la historia», interpretada como una serie de méto- y una serie de afirmaciones. En una concepción amplia, cubre además ɪideraciones generales sobre la materia de la investigación histórica. Este ɔ prefiere la segunda y más amplia concepción.

La segunda parte saca a colación las principales líneas generales de la ıción de las consideraciones sobre la historia y la literatura histórica. oman en cuenta varios tipos de opiniones: pragmáticas, críticas, eru-ɜ-genéticas, estructurales, lógicas y dialécticas. Cada tipo se concentra e aspectos particulares de la investigación histórica. Los tipos lógico ıaléctico van estrechamente unidos a la materia del libro. El tipo dia-ɔo, se afirma aquí, se refiere a la comprensión del proceso histórico, tras que el tipo lógico proporciona instrumentos formales para un sis metacientífico, por medio de la descripción del trabajo investigador ɔs historiadores y de la estructura metodológica de la historiografía. emanda de que la observación y la teoría no pueden distinguirse da al concepto del conocimiento que no está puramente basado en fuentes ı idea nueva para los historiadores tradicionales, con su excesiva consi-ión hacia las fuentes—. El conocimiento no basado en fuentes es lo en la tercera parte, que sobre todo aporta comentarios sobre la ɪa de la investigación histórica. Las conclusiones en ese campo, llamado es la filosofía de la historia, son consideradas aquí como el elemento importante del conocimiento no basado en fuentes, requerido en la igación histórica. De aquí el estudio, en esta sección del libro, de «qué» «hecho» histórico.

ıs partes cuarta y quinta se enfrentan con el procedimiento de recons-ɜl proceso histórico, un procedimiento en el que el historiador recurre ıocimiento basado y no basado en fuentes. Aquí se analizan la teoría fuentes históricas, el estudio de su fiabilidad y autenticidad, los mé-de restablecer hechos históricos y los problemas de la explicación ntesis. La sexta parte, la última, se ocupa de un análisis de la estruc-ıetodológica de la ciencia histórica. Se ha intentado dar un principio puesta a la vieja cuestión de la naturaleza idiográfica de la ciencia ca.

escribir este libro he sabido constantemente la dificultad de la tarea. en una situación incomparablemente mejor cuando trabajaba con nto A. Malewski en *Estudios sobre la metodología de la historia* (en . 1960). Si aquel libro suscitó algún interés, como se vio por las reseñas Znamierowski, J. Giedymin, S. Nowak, L. Nowak y otros estudiosos, esto fue debido, sobre todo, a la contribución de A. Malewski, que demostró una habilidad excepcional para el análisis metodológico de datos históricos. En mi opinión, este libro se queda corto, en parte, porque no es posible para un solo autor combinar satisfactoriamente la competencia como metodologista con la de un historiador profesional, la competencia en dos disciplinas que se están desarrollando ahora tan turbulentamente. Soy consciente, además, de que mi competencia debe de quedar cada vez más rezagada ante los últimos avances en la ciencia.

Cuando, a pesar de tales dificultades, decidí llevar adelante la tarea de escribir un esbozo de la metodología de la historia, sabía que podía confiar en la benevolencia de mucha gente que me ha ayudado a lo largo de mi trabajo. Esto se refiere, especialmente, a la ayuda en una formulación de ideas más rigurosa. La ayuda de J. Giedymin, empezando por el primer esbozo del libro, fue de particular importancia. Me refiero no sólo a sus recientes estudios sobre la metodología de las ciencias sociales (en particular la metodología de las preguntas y respuestas y de los análisis históricos, a la que me he acercado muchas veces), sino también a su generoso asesoramiento personal y a la reseña de este libro que escribió para el editor. Doy mi reconocimiento a T. Zawadzki por las discusiones sobre todos los capítulos del libro. Me ayudó especialmente para le reconstrucción de las afirmaciones metodológicas de los historiadores antiguos. También me proporcionaron libros y comentarios T. Kozanecki y otros colegas. Estoy en deuda con la sección de Poznan de la Sociedad Filosófica Polaca, donde se discutieron varias de las cuestiones que aquí tratamos. Quisiera dar las gracias, especialmente, a los profesores G. Labuda y el difunto M. H. Serejski, que fueron tan amables de leer el manuscrito y ofrecieron su precioso tiempo para hacer sus comentarios.

Aunque menciono a todos estos estudiosos y su benevolencia, no quiero decir que ellos compartan la responsabilidad de las opiniones mantenidas en este libro. Todas las críticas y objeciones deben dirigirse al propio autor.

Debo una explicación final al lector: ¿debe ser considerado el autor como un historiador o como un metodologista? Pretendo ser considerado como un historiador que quiere poner en funcionamiento un programa para la integración de la ciencia. Si soy demasiado atrevido al penetrar en los dominios de renombrados expertos, que mi deseo de considerar la posible integración de la ciencia sirva como excusa. A lo largo de mi trabajo he avanzado estimulado por una afirmación encontrada en una vieja obra, bien conocida, de Ch. Langlois y Ch. Seignobos: *«En réalité, l'histoire est sans doute la discipline où il est le plus nécessaire que les travailleurs aient une conscience claire de la méthode dont ils se servent»* [2]

La plena conciencia de este hecho acercará grandemente el estudio de la historia al público y producirá una participación efectiva de la historia, una de las disciplinas más viejas pero siempre joven, en la interpretación y el cambio del mundo.

Poznan, septiembre de 1966.

[2] Ch. Langlois, Ch. Seignobos, *Introduction aux études historiques,* París, 1905, pág. XII.

I

La materia de la metodología de las ciencias

1. *Los principales aspectos y ramas de la metodología de las ciencias*

La materia de la metodología general de las ciencias, disciplina a la que se ha llamado a menudo la lógica, la filosofía o la teoría de las ciencias, no tiene líneas exactas de demarcación. Sería también inútil, como es evidente, buscar una definición de la materia de la metodología de las ciencias en la que estuvieran de acuerdo todas las personas implicadas. Seguramente es más apropiado indicar la clase de problemas que interesan a la metodología general de la ciencia, así como los problemas que, en opinión de los científicos, deberían interesarle. De este modo podemos llegar a una serie de cuestiones indiscutibles que son específicas de la investigación metodológica. Sólo a la luz de este análisis será posible sugerir una interpretación de la metodología de las ciencias que pueda ser usada en el estudio de los problemas metodológicos de la historia.

Globalmente, no hay ninguna controversia sobre el hecho de que la metodología general de las ciencias abarca dos clases de interés:

1. Interés en las operaciones cognoscitivas usadas en la investigación científica.
2. Interés en los resultados de dichas operaciones cognoscitivas.

La primera de estas dos ramas de la metodología se refiere a la ciencia entendida como un proceso cognoscitivo que, en último análisis, consiste en la formulación y comprobación de teoremas, mientras que la segunda se refiere a la ciencia entendida como el producto de ese proceso cognoscitivo (o sea, en último análisis, una serie de teoremas o, en otras palabras, una serie de afirmaciones). En la terminología sugerida por K. Ajdukiewicz, la rama de la metodología cuyo tema es la ciencia como oficio de los estudiosos, es decir, la ciencia como actividad, por tanto, el primer tipo citado más arriba, se llama metodología pragmática, mientras que el estudio de la ciencia, concebida no como el oficio de los estudiosos, sino como el producto de sus operaciones cognoscitivas, es llamada metodología apragmática [1].

Hay que advertir, además, que tanto las operaciones cognoscitivas como los productos de dichas operaciones pueden ser estudiados de dos maneras, que sirven como base para separar; no dos ramas de la metodología, sino dos formas de la investigación metodológica dentro de esas ramas. Desde este punto de vista podemos hablar de:

1. Metodología descriptiva.
2. Metodología normativa.

---

[1] K. Ajdukiewicz, *Lógica pragmática*, Dordrecht-Varsovia, 1972, págs. 185-190.

La metodología descriptiva se reduce a una descripción de las opera- :iones cognoscitivas y sus productos, mientras que la metodología normativa ;e esfuerza por registrar las reglas que rigen los procesos científicos racio- ıales y por indicar el grado de desarrollo de una disciplina dada[2].

Normalmente, las definiciones corrientes de la metodología de las cien- :ias hacen hincapié de varias formas en sus interpretaciones pragmáticas › apragmáticas, descriptivas o normativas. En la práctica investigadora, nuchas veces, estos puntos de vista están unidos.

Debemos mencionar otra división interna de la metodología, que también ·s esencial para nuestras consideraciones, en concreto, la distinción entre a metodología general de las ciencias y las metodologías especializadas de as diversas disciplinas. Estas últimas pueden interpretarse de un modo stricto o amplio. Por ejemplo, podemos tomar, como un ejemplo de meto- lología especializada, la metodología de todas las disciplinas no formalizadas es decir, las ciencias naturales y sociales), o la metodología de las ciencias ociales aisladas, o la metodología de las ciencias históricas, o, finalmente, as metodologías de las diversas disciplinas históricas[3]. La metodología ge- ıeral puede ser considerada como un análisis de las operaciones cognosci- ivas y como un análisis de los productos de dichas operaciones[4].

. *La metodología de las ciencias y la semiótica*

Cuando reflexionamos sobre la materia de la metodología de las cien- ias y, por tanto, también, de la metodología de la historia, nos encontramos cada paso con el concepto de semiótica (o «semántica», en el más amplio entido del término), que a veces se identifica con el terreno de interés de a metodología de las ciencias. De aquí viene la cuestión de la relación entre a metodología de las ciencias y la semiótica, en particular el papel de esta .ltima en la investigación en el campo de la metodología de las ciencias, anto general como especializada.

La materia de la semiótica (cuyo patrocinador es J. Locke[5] y cuyo fun- ador es Ch. Morris[6]) consiste en todos los signos, o, para decirlo con más recisión, todos aquellos procesos en los que algo funciona como signo. Iuchas veces, la semiótica se interpreta como la ciencia general de los ignos, la ciencia general de los signos y los lenguajes o la teoría general e los signos[7]. El concepto de signo está limitado al conocimiento específico.

[2] Una distinción estricta entre estos aspectos la hace J. Giedymin, que habla e metodología descriptiva (el estudio del lenguaje de la ciencia y las operacio- es realizadas en la investigación) y de metodología normativa (la serie de reglas teoremas que rigen los procedimientos de investigación), y de dos significados e la palabra metodología, desde ese punto de vista. (Ver su «Hipotezy, metodo- ›gia opisowa, wyjasnianie» (Hipótesis, metodología descriptiva, explicación), en *wartalnik Historyczny*, núm. 4/1962, pág. 919, y *Problemy, Zalozenia, Rozstrzig- iecia* (Problemas, supuestos, decisiones), Poznan, 1964, págs. 17 y 177.

[3] Cfr. K. Ajdukiewicz, *op. cit.*, pág. 186.

[4] *Ibidem.*

[5] J. Locke, *An Essay on Human Understanding*, vol. II, cap. XI, lib. IV.

[6] Ch. Morris, «Foundations of the Theory of Signs», en *International Ency- opaedia of Unified Science*, vol. I, núm. 2/1938; *Signs, Language and Behaviour*, ueva York, 1946.

[7] En relación con esto, ténganse en cuenta las obras escogidas de K. Ajdu- iewicz, uno de los fundadores de la metodología de las ciencias, *Jezyk i poznanie* .enguaje y conocimiento), vol. I, Varsovia, 1960, vol. II, Varsovia, 1965. Para ›s no especialistas hay una exposición divulgativa de los principios de la semió- ca por H. Stonert, *Jezyk i nauka* (Lenguaje y ciencia), Varsovia, 1964.

«Cualquier objeto (o estado de cosas) es un signo relativo a un cuerpo espe- cífico de conocimiento, si se usa o produce de un modo regular y si este uso o producción de él puede ser reconstruido racionalmente desde el punto de vista de los propósitos de comunicación dentro de ese cuerpo específico de conocimiento»[8].

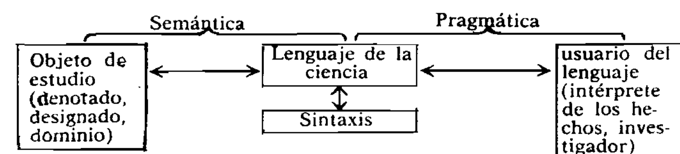
Dentro de la semiótica, concerniente a todos los signos, tenemos la se- miótica lógica, interesada por un determinado tipo de signos solamente, en concreto por el lenguaje, que podemos restringir incluso al estudio del lenguaje de las ciencias. En la semiótica, el estudio del lenguaje científico es, al menos teóricamente, bastante amplio, puesto que la semiótica está dividida en tres ramas:

a) Sintaxis, que es la teoría de las propiedades formales de las expre- siones lingüísticas y se ocupa de las relaciones entre las expresiones lingüísticas

b) Semántica (en el sentido más estricto del término), que se ocupa de las relaciones entre las expresiones lingüísticas y el campo (es decir, objetos y/o estados de cosas) que estas expresiones describen.

c) Pragmática, que se ocupa de las relaciones entre el lenguaje y los usuarios del lenguaje (o sea, entre los hombres y el lenguaje que usan).

De este modo, la semiótica tiene un doble contacto con la realidad: de una parte, por medio de contactos con el objeto estudiado, y de otra, con el investigador. Esto puede ser esquematizado como sigue:



Como puede verse, la sintaxis —que fue una vez el terreno de las espe- ranzas ilusorias acariciadas por los positivistas lógicos[9]— es la única que limita sus intereses a un análisis lógico del lenguaje de la ciencia. Si la metodología de las ciencias se limitara a esto, quedaría eliminada su verda- dera materia, que debe tener en cuenta el objetivo básico de la ciencia: la descripción y la explicación de los hechos (en lo que se refiere a la ciencia como oficio de los científicos). A esta conclusión llegaron incluso los posi- tivistas lógicos, que se ocuparon cada vez más de investigaciones extralin-

[8] J. Giedymin y J. Kmita, *Wyklady z logiki formalnej, teorii komunifacji i metodologii nauk* (Conferencias sobre lógica formal, teoría de la comunicación y metodología de las ciencias), Poznan, 1965, pág. 15. En su definición modificada del signo, Kmita prescinde de la condición de regularidad en la comunicación por una acción cultural determinada o un producto cultural de un estado de cosas específico. Cfr. su *Wyklady z logiki metodologii nauk* (Conferencias sobre lógica formal y metodología de las ciencias), Varsovia, 1973, págs. 32-33.

[9] Ver R. Carnap, «Die Ueberwindung der Metaphysik durch die logische Analyse der Sprache», *Erkenntnis*, vol. 12, 1932, y *Philosophy and Logical Syntax*, Londres, 1935.

güísticas[10], lo cual, como es bien sabido, ha dado lugar al desmembramiento de aquel grupo que una vez estuvo estrechamente unido.

A pesar de la importancia de los estudios en el campo de la sintaxis, los análisis metodológicos extraen mucho más de las investigaciones semánticas, que se ocupan de la relación entre el objeto de estudio y el lenguaje de la ciencia[11]. Esto significa una relación entre dos terrenos: objetivo y lingüístico. Cuando lo analizamos no podemos evitar el tener en cuenta las características de estos dos campos. Esta es la razón de que las diversas corrientes en la investigación ontológica, que se ocupan de las propiedades de la realidad, tengan estrechos lazos con la semántica. Tal duda no existe respecto a la investigación sintáctica, que forma parte indiscutible de la semiótica.

Dentro de los análisis estrictamente semánticos, es decir, aquellos que se ocupan de las relaciones entre el mundo de los objetos y estados de cosas, por un lado, y los nombres y afirmaciones, por otro, los conceptos básicos son los de denotación, representación, designación, metalenguaje y verdad, y también los conceptos correspondientes de campo, isomorfismo y modelo. Ahora bien, éstos componen las categorías fundamentales de la metodología de las ciencias, sin las cuales, prácticamente, no se puede imaginar la investigación metodológica. Esto hay que aplicarlo tanto a la metodología general como a las especializadas. Puesto que estos conceptos serán útiles en la discusión de los problemas metodológicos de la investigación histórica, merece la pena analizarlos brevemente ahora para facilitar las consideraciones posteriores.

La denotación significa referir los nombres, predicados y otras categorías sintácticas a objetos y estados de cosas. Así, por ejemplo, el término (nombre) «La corte de Luis XIV» denota una serie definida de objetos (en este caso, un colectivo; ver más abajo); el término «gente polaca» denota otra serie (en este caso, una distributiva; ver más abajo), y el nombre «Stefan Batory», un determinado rey de Polonia, es decir, un objeto individual. Por tanto, estos términos (nombres) tienen sus denotaciones. Los predicados, o sea, las expresiones del tipo «es largo», «vino», etcétera, que al lado de los nombres, interpretados como términos singulares, forman la parte más importante en la sintaxis lógica, tienen también sus denotaciones, concretamente series (en el caso de predicados con un tema cada uno), y las relaciones de dos o más miembros (en el caso de predicados de dos o más temas cada uno)[12].

La representación se aplica a las variables, se decir, a ciertos símbolos (como x) que sustituyen a todos los elementos de la serie, según los cuales fluctúa una variable dada, sin indicar a qué elemento sustituye. Por ejemplo, en la oración «Si x fuera un noble, entonces x tendría privilegios específicos»,

[10] Ver R. Carnap, «The Methodological Character of Theoretical Concepts», en *Minnesota Studies in the Philosophy of Science*, vol. I, Minneapolis, 1956.

[11] Su desarrollo está relacionado con el nombre del lógico polaco A. Tarski. Ver su documento «The Establishment of Scientific Semantics», en *Logic, Semantics, Metamathematics* (Documentos de A. Tarski, 1923 a 1938), Oxford, 1956.

[12] Una afirmación con un predicado de un argumento: «Napoleón murió en 1821»; una afirmación con un predicado de dos argumentos: «Wellington derrotó a Napoleón.» Las categorías sintácticas las trata de forma divulgativa H. Stonert (ver nota 7 más arriba). No incluiremos la cuestión de las funciones semánticas (denotativas) de los símbolos, variables, nexos oracionales, cuantificadores, etc., ya que esto no afecta al problema que ahora tratamos. Por supuesto, también los símbolos de función tienen su denotación.

la variable x no se refiere a ningún objeto en el sentido de denotarlo, sino que representa objetos dados. Las variables no aparecen frecuentemente en la narración.

La designación se aplica sólo a los nombres interpretados como términos singulares. En el caso de los nombres individuales, la denotación de un nombre es una serie de un elemento, y ese único elemento es el designado del nombre en cuestión (por ejemplo, «Isaac Newton»). Esto es distinto en el caso de los nombres generales (o sea, términos que tienen más de un designado cada uno, como «embajador»), y los nombres vacíos (es decir, equellos que no tienen desîgnado y cuyas denotaciones son series vacías: «Cíclope», «Pegaso», etcétera)[13].

Otros conceptos semánticos fundamentales están unidos a la distinción, muy importante desde el punto de vista metodológico y que se remonta a G. Frege y D. Hilbert, entre lenguaje objeto y metalenguaje. El lenguaje objeto es el lenguaje en el que se describen los objetos y estados de cosas investigados en un caso concreto[14], mientras que el metalenguaje es simplemente un lenguaje que sirve para hablar sobre el lenguaje objeto. Si decimos que «la falta de un gobierno fuerte fue una de las causas de la partición de Polonia», usamos un lenguaje objeto, y cuando decimos que «la afirmación de Bobrzynski (historiador polaco, 1849-1935), de que la falta de un gobierno fuerte fue una de las causas de la partición de Polonia, es correcta», entonces usamos un metalenguaje. El metalenguaje (un lenguaje de orden secundario), por tanto, consiste en afirmaciones sobre otras afirmaciones; el meta-metalenguaje (un lenguaje de orden terciario), entonces, consiste en afirmaciones sobre otras afirmaciones que a su vez se refieren a otras afirmaciones.

Se puede ver fácilmente que los conceptos de verdad y falsedad atañen al metalenguaje, puesto que afirman algo sobre expresiones formuladas en un lenguaje objeto. Para explicarlos tenemos que recurrir a los conceptos de dominio y modelo semántico.

El concepto de dominio hace posible definir —en metalenguaje— la materia de la investigación. Un dominio puede estar representado simbólicamente por (el par ordenado) U, C, donde U (denominado el universo del discurso) sustituye a una serie no vacía de individuos y C representa lo distintivo de ese universo, o sea, las subseries de U, las relaciones entre los elementos de U y los individuos particularizados específicamente en U[15]. Este simbolismo es lo bastante general como para abarcar cualquier dominio, incluyendo, por ejemplo, el terreno de la investigación histórica (que, en lenguaje objeto, puede ser definido como la totalidad de los hechos pasados). Es obvio que en un lenguaje dado podemos hablar sobre un terreno dado si, y sólo si, hay una relación de isomorfismo (correspondencia) entre ese lenguaje y ese terreno, es decir, si ese terreno puede ser descrito en ese lenguaje. Esta afirmación es de enorme importancia en los análisis metodológicos.

[13] Ver H. Stonert, *op. cit.*, pág. 192.

[14] Aquí se hace referencia, evidentemente, a un lenguaje interpretado (es decir, un lenguaje que tiene reglas semánticas que atribuyen objetos específicos a los términos que aparecen en ese lenguaje), y no a un lenguaje que sea puro cálculo (como el lenguaje del que se ocupa la lógica matemática). En este sentido, ver J. Giedymin y J. Kmita, *op. cit.* (ver nota 8 más arriba), págs. 37 y siguientes.

[15] Ver J. Giedymin, *Problemy* (...), ed. cit., pág. 177.

La definición semántica de la verdad es una formulación más rigurosa de lo que se ha llamado la definición clásica de la verdad; esta última dice que una afirmación es cierta si está de acuerdo con la realidad [16]. La definición semántica de la verdad, además, se restringe a un lenguaje y un terreno dados. Una misma inscripción (secuencia de símbolos escritos) puede ser una afirmación (expresión correctamente formada) en un lenguaje, pero no en otro. Del mismo modo, una misma afirmación en un lenguaje dado puede ser cierta en un terreno (es decir, para una interpretación específica de aquellas constantes extralógicas que aparecen en esa afirmación) y falsa en otro (es decir, para otra interpretación de las constantes extralógicas que aparecen en esa afirmación). Las afirmaciones sólo pueden ser verdaderas o falsas, lo que significa que las afirmaciones sólo pueden tener uno de los dos valores lógicos: la verdad y la falsedad. Otra cuestión es que, muchas veces, nuestra ignorancia nos impide decidir cuál es el valor de una afirmación dada. Cada afirmación, en un lenguaje objeto dado, tiene un correspondiente metalingüístico que asegura que lo que dice la afirmación en el lenguaje objeto es válido en un terreno dado. Se puede decir que una afirmación en un lenguaje objeto determinado es verdadera en un terreno concreto si, y sólo si, su correspondiente metalingüístico es verdadero (es decir, si, y sólo si, hay una correspondencia entre las dos afirmaciones). También hay que mencionar que las llamadas tautologías son afirmaciones que son ciertas en cualquier terreno, y las llamadas afirmaciones contradictorias son afirmaciones que son falsas en cualquier terreno.

El concepto de modelo va unido al de la verdad de una afirmación o serie de afirmaciones. Cualquier terreno en el que una afirmación dada es verdadera es un modelo semántico de esa afirmación. Por tanto, una tautología tiene un modelo en todos los terrenos, y una afirmación contradictoria no tiene ningún modelo. Un terreno en el que los axiomas de una teoría determinada son verdaderos es un modelo de esa teoría. Se puede ver fácilmente que en la ciencia nos interesan aquellos terrenos que son modelos de las diversas disciplinas (considerando una disciplina como una serie de afirmaciones sobre objetos específicos) [17], puesto que las ciencias se basan sobre afirmaciones verdaderas y no sobre las contradictorias.

Como puede verse, las reflexiones semánticas se refieren a cuestiones que son de interés vital para la metodología de las ciencias, al margen de si esa metodología investiga operaciones cognoscitivas o los resultados de dichas operaciones.

La pragmática, que es la tercera rama de la semiótica, estudia las relaciones entre los seres humanos y sus lenguajes, y, por tanto, de algún modo, entra en los límites de la psicología. Hasta el momento, esa rama de la semiótica no tiene todavía su propia teoría. Sin embargo, puede decirse que la pragmática se interesa por los juicios como correspondientes mentales de las afirmaciones hechas [18]. Una afirmación, una vez hecha, además de indicar una expresión lleva una carga mental que se refiere a la actitud del hablante hacia su afirmación, una carga que merece ser analizada. Esta carga es de gran interés para la metodología de las ciencias, en particular las metodologías de aquellas disciplinas que, como la historia, hacen uso, en sus investigaciones, de afirmaciones hechas por otros. Hay que saber cuál es la actitud del hablante hacia la afirmación que ha hecho. Esto se debe a que en la ciencia incluimos aquellas afirmaciones que aceptamos como ciertas, y los fundamentos sobre los que las aceptamos como tales pueden ser de diversas clases: puede ser nuestra creencia incondicional en la verdad de una afirmación dada, o la aceptación de una afirmación concreta en razón de nuestra aceptación de otras afirmaciones. Es únicamente en el proceso de su verificación donde las afirmaciones presumiblemente ciertas se convierten en afirmaciones admitidas como ciertas. El análisis de los llamados códigos psicológicos es muy importante en el estudio de los procedimientos de investigación y sus resultados.

Para resumir, se puede decir que la semiótica (que utiliza varias disciplinas, sobre todo la lógica) está estrechamente conectada con la metodología de las ciencias, tanto en el aspecto pragmático como apragmático de esta última. Si se interpreta muy ampliamente la metodología de las ciencias, se puede afirmar que la semiótica es un componente de la metodología. Esta es, por ejemplo, la opinión de G. Klaus, tal como la formula en su *Semiotik und Erkenntnistheorie* (1962). Pero puede decirse también que en la metodología utilizamos los logros de la semiótica. Otra cuestión es que los semióticos (como Morris) solían esperar que los problemas del lenguaje científico podrían ser completamente resueltos por una disciplina separada, que ellos aseguraban haber aislado y que iba a permanecer como estaba, fuera de la investigación científica. Pero, como bien señaló L. Geymonat, un análisis de los lenguajes usados en la ciencia, ya que es el foco de interés de la semiótica, debería ir unido al estudio de la historia de las ciencias. «Deberíamos insistir —escribió— sobre la necesidad de lazos estrechos entre el análisis de los lenguajes científicos y el estudio de su historia (...) (puesto que) sólo dichos lazos pueden evitar que el análisis lingüístico se vuelva abstracto y dogmático» [19]. Esto hará posible, precisamente, formular los lazos de unión entre el lenguaje usado en una disciplina concreta y el lenguaje cotidiano, y por tanto, resolver un problema que es de vital importancia para las reflexiones metodológicas, también en el caso de la historia, que, además, globalmente, usa un lenguaje cotidiano.

3. *La metodología de las ciencias y la historia de la ciencia*

No puede dudarse de la importancia del estudio de la historia de la ciencia para los análisis metodológicos, incluso aunque las opiniones de los estudiosos no son las mismas. Dichos análisis adquieren, de ese modo, un punto de vista no formal que toma en consideración el desarrollo específico de cada disciplina. Como se sabe, la historia de la ciencia puede tocar varios temas y puede ser ejercida de varias maneras. Podemos ocuparnos de la historia de los conflictos entre las opiniones de los estudiosos sobre una determinada cuestión (por ejemplo, la historia de la controversia sobre las causas de la caída del Imperio Romano) y de la historia de los modos en que se ha investigado un campo concreto.

[16] Sobre el concepto de verdad, ver R. Suszko, «Logika formalna a niektóre zagadnienia teorii poznania» (Lógica formal y ciertos problemas de gnosiología), *Mysl Filozoficzna*, núms. 2-3/1957. La definición semántica de verdad se relaciona con el nombre de A. Tarski (The Concept of Truth in Formalized Languages, en *Logic, Semantics, Metamathematics*, Oxford, 1956).

[17] Cfr. H. Stonert, *op. cit.*, págs. 234-235.

[18] *Ibidem*, pág. 245. Los fundadores de la pragmática, además de Morris, son K. Twardowski, T. Kotarbinski, R. Carnap, R. M. Martin.

[19] L. Geymonat, *op. cit.*, pág. 192.

La metodología general se interesa, sobre todo, por este último aspecto del estudio de la historia de la ciencia. La historia de la ciencia en el primer sentido (llamémosla objetiva) se ejerce más bien como parte de una disciplina dada. Por ejemplo, la historia de la historiografía (si no se interpreta como la historia de los métodos de investigación) es tratada como una rama de la investigación histórica, conectada con la historia en el sentido estricto del término; del mismo modo, la historia de la química se considera como una rama de la química, etc. Para la metodología general, una investigación así (sobre los avances reales en una disciplina concreta) es de importancia secundaria. Pero puede ser discutible si la historia de la ciencia en el segundo aspecto (llamémoslo metodológico), rápidamente desarrollada, e interpretada como un estudio de los cambios en los métodos y/o maneras [20] de investigar los campos de las diversas disciplinas, está o no está dentro de la esfera de la metodología de las ciencias. Si interpretamos la metodología de las ciencias de un modo amplio, entonces tenemos que incluir dichas reflexiones en su ámbito; si decidimos interpretarla en un sentido más estricto, tenemos que decir que la metodología de las ciencias se ejerce, o puede ejercerse, confiando, entre otras cosas, en la historia de la ciencia. Parece que cuanto más especializada es la metodología en cuestión, más importante es la investigación sobre la historia de la ciencia en cuestión para los diversos análisis metodológicos. Sería difícil, por ejemplo, imaginar el estudio de la metodología de la historia sin una investigación sobre la historia de dicha disciplina. Además, en estos casos, son más necesarios los lazos de unión con el primero de los dos aspectos destacados más arriba.

4. *La metodología de las ciencias y la teoría del juego y de la decisión*

La semiótica y la lógica matemática, por un lado, y la historia de la ciencia en su aspecto metodológico, por otro, son —de acuerdo con el punto de vista de cada uno— o componentes de la metodología general de las ciencias o disciplinas sobre las que se basa la investigación metodológica. Lo mismo se puede aplicar a la teoría de la decisión y la teoría del juego [21]. La investigación científica puede considerarse como una clase de comportamiento racional (que es un tipo ideal de comportamiento orientado a una meta específica), y los procedimientos de investigación, por tanto, pueden ser examinados desde ese punto de vista. La metodología de las ciencias puede quedar satisfecha (y esto es lo que ocurre con la versión descriptiva) con simples descripciones de cómo llevan a cabo los científicos las operaciones de investigación, sin examinar la efectividad de las decisiones que hacen o, para usar el lenguaje de la teoría del juego, la eficacia de las estrategias que eligen. Pero podemos ir más lejos (y esto es lo que ocurre cuando nos referimos a la versión normativa) e intentar encontrar las reglas ocultas por las que se guían los científicos cuando intentan alcanzar sus objetivos cognoscitivos, y a partir de aquí, en lo posible, definir la mejor estrategia para cada ope-

[20] En relación con esto, téngase en cuenta la definición del método dada por T. Kotarbinski: «Un método es un modo de acción usado con la conciencia de una repetición de su aplicación en casos semejantes» (en *Gnosiology*, Oxford, 1966, pág. 446).

[21] El libro más consultado sobre este tema fue R. D. Luce, H. Raiffa, *Games and Decisions*, Nueva York, 1957. Los principios de las acciones racionales son estudiados por la disciplina llamada praxiología. Cfr. T. Kotarbinski, *Praxiology*, Oxford, 1965.

ración investigadora. Cuando los problemas de decisión están incluidos en las reflexiones metodológicas, estas últimas se trasladan del nivel de la descripción al de la explicación y la afirmación. Al mismo tiempo, el análisis metodológico se coloca más cerca de la cuestión valorativa, lo que a su vez acaba sacando a relucir sus lazos con disciplinas como la axiología, la teoría de la moral y la sociología de la ciencia. Todas éstas están también estrechamente conectadas con la metodología de las ciencias. Cada una de ellas tiene ramificaciones más amplias, lo cual, por otra parte, es bastante natural en el terreno de la ciencia. Ciertos conceptos surgidos de la teoría de la decisión y la teoría del juego están introducidos más tarde, en conexión con análisis más especializados y relacionados directamente con la metodología de la historia. Aquí merece la pena señalar su considerable utilidad, precisamente en esa rama de la metodología, puesto que el historiador se ocupa de las acciones de los seres humanos en el pasado, y al hacerlo no quiere sólo describirlas, sino también explicarlas. La teoría del juego puede usarse, por tanto, en dos niveles: puede servir como un instrumento en la investigación sobre los procedimientos usados por los propios historiadores, pero también en la investigación sobre el comportamiento de aquella gente en la que se interesan los historiadores. Por tanto, como instrumento metodológico puede trabajar de dos maneras.

5. *La metodología de las ciencias y la teoría de la información*

El caso de la teoría de la información, en lo que respecta a sus lazos de unión con la metodología de las ciencias, se parece al de la semiótica. Puesto que, como escribe J. Giedymin, «resolvemos los problemas cognoscitivos con la adquisición y el análisis de unidades de información, el concepto de información y el de informante, especialmente el observador y su fiabilidad, debe incluirse entre los conceptos metodológicos fundamentales, junto a aquellos que se usan tradicionalmente» [22]. No hace falta subrayar que estas cuestiones son de importancia primordial para la historia, una ciencia en la que, como hemos dicho antes, se utilizan los resultados de las observaciones realizadas por otros. Si decidimos interpretar la metodología en un sentido amplio, la teoría de la información puede incluirse como parte de ella; también podemos afirmar que en la metodología de las ciencias la investigación se realiza, además, sobre la base de categorías que son específicas de la teoría de la información.

La teoría de la información ha proporcionado a la metodología de las ciencias numerosos conceptos sin los cuales las investigaciones metodológicas apenas podrían imaginarse actualmente [23]. Junto a los conceptos de información e informante, mencionados más arriba, tenemos que enumerar, en pri-

[22] Cfr. J. Giedymin, *Problemy* (...), ed. cit., pág. 7.

[23] Los libros consultados sobre los conceptos básicos y la historia de la teoría de la información fueron: P. H. Woodward, *Probability and Information Theory*, Londres, 1955; A. M. Yaglom y Y. M. Yaglom, *Probabilidad e información*, Moscú, 1960; J. Giedymin, J. Kmita, *Wyklady* (...), ed. cit. Ver también M. Porebski, «Sztuka a informacja» (Arte e información), *Rocznik Historii Sztuki*, vol. III, 1962, págs. 44-106; J. Ziomek, *Staff i Kochanowski. Próba zastosowania teorii informacji w badaniach nad przekladem* (Staff y Kochanowski. Un intento de aplicación de la teoría de la información al estudio de las traducciones), Poznan, 1965; J. Giedymin, *Problemy* (...), ed. cit., págs. 20-22 (donde menciona la literatura de la materia: obras de C. E. Shannon, A. I. Khinchin, J. G. Kemeny, D. Harrah y otros).

mer lugar, los de mensaje, código, canal y entropía. Se hace una distinción entre información selectiva e información semántica. La información selectiva puede transmitirse por símbolos no semánticos, mientras que la información semántica sólo puede transmitirse por medio de afirmaciones verdaderas o falsas. J. Giedymin sugiere la siguiente definición de información: «Por información, en general, entendemos una reducción de variedad, esto es, una restricción de una serie (universo) de posibilidades de acuerdo con ciertos criterios, y con información semántica queremos decir una reducción de la variedad que es la serie de valoraciones (interpretaciones binarias) de afirmaciones en una serie específica» [24]. El concepto de información no coincide con el signo, al estar este último muy restringido por varias condiciones. De este modo, la teoría de la información ha abierto, en muchos análisis, puntos de vista cercanos a la semiótica.

Una unidad de información preparada para llegar (a través del canal) al receptor se llama mensaje. Esta preparación significa una codificación. Si un mensaje (unidad de información) se va a recibir, debe ser descifrado, es decir, el receptor debe conocer el código. En términos más generales, un código es una función que asigna un contenido definido a un mensaje concreto [25].

En el caso de la información semántica, el código básico es el código lingüístico, es decir, un lenguaje comprendido tanto por el emisor como por el receptor. En la ciencia usamos un código que podría llamarse código lingüístico objetivo, pero también nos interesamos por lo que podría llamarse un código lingüístico psicológico y un código metafórico, e incluso tenemos razón al acentuar el papel creativo de este último. El código escrito va unido al código lingüístico.

El canal de información es aquel a través del cual pasa un mensaje del emisor al receptor (por ejemplo, el papel en el caso de la escritura ordinaria, el aire en el caso del habla). La entropía es la medida del desorden, la indefinición, el caos. Por tanto, la información reduce la entropía. La cantidad de información recibida equivale a la diferencia entre la entropía de un sistema dado antes y después de recibir dicha información.

---

[24] J. Giedymin, *op. cit.*, págs. 20-21. Esta es su explicación del concepto de información semántica. Para poder hablar de tal información necesitamos los siguientes datos:

a) Una serie Y de afirmaciones (falsas o verdaderas).

b) Una serie V de las combinaciones posibles de los valores lógicos: verdad (designada por «1») y falsedad (designada por «0») atribuidos a las diversas afirmaciones (esta es la serie de valoraciones, es decir, el campo de no certeza).

c) Una subserie *C (V) de V*, que reduce la variedad de casos y se designa según criterios específicos.

Se analiza este ejemplo: consideremos dos afirmaciones, *A* y *B*, de modo que

$$Y = \langle A, B \rangle,$$
$$V = \{1,1;\ 1,0;\ 0,1;\ 0,0\}$$

Ahora bien, *C (V)* puede ser cualquier par que es un elemento de *V*, por ejemplo, $C(V) = \langle 1,0 \rangle$. Si, respondiendo a la pregunta sobre los valores de *A* y *B*, damos la valoración $\langle 1,0 \rangle$, que indica que *A* es cierta y *B* es falsa, proporcionamos información semántica, porque la elección de *C (V)* de la serie *V* es una limitación de *V*. La elección de *C (V)* se basa, en la ciencia, en diversos criterios, pero, en última instancia, nos interesa una respuesta que se ajuste a los hechos. (Cfr. J. Giedymin, *op. cit.*, pág. 21).

[25] Cfr. J. Giedymin, J. Kmita, *Wyklady* (...), ed. cit., cap. III, «Comportamiento metalingüístico en la comunicación».

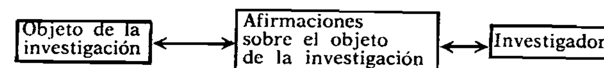
6. *La metodología de las ciencias y la epistemología*

A menudo se dice que la metodología de las ciencias (sin embargo, aquí el acento no está puesto sobre las metodologías especializadas) forma parte de la teoría del conocimiento (gnoseología, epistemología). Esta opinión tiene un buen apoyo: el conocimiento científico es simplemente una variante del conocimiento humano en general, y los problemas fundamentales del conocimiento científico pueden resolverse solamente sobre la base de los resultados de las reflexiones gnoseológicas generales. Es cierto que la semiótica y la teoría de la información se ocupan de las relaciones entre los hechos y lo que se afirma sobre ellos, pero no analizan el proceso que tiene lugar entre los hechos y el hombre que adquiere el conocimiento de ellos, es decir, de qué modo llega el hombre a conocer el mundo que le rodea. Estas disciplinas se interesan por el grado de acuerdo entre una afirmación y la convicción del hablante, y el grado de acuerdo entre el mensaje enviado y el mensaje recibido [26]. Si pretendemos analizar a fondo estas operaciones cognoscitivas que aparecen en la labor investigadora, tenemos que referirnos a la epistemología. Del mismo modo, cuando analizamos el conocimiento científico como efecto del aprendizaje científico hay que recurrir a las reflexiones gnoseológicas generales sobre el conocimiento humano.

La opinión de que la metodología de las ciencias tiene lazos de unión muy fuertes con la epistemología, o de que basa su investigación sobre los logros de esta última disciplina, está bien fundamentada. También podría decirse que la metodología de las ciencias, en su interpretación más amplia, incluye parte de los análisis gnoseológicos.

7. *La metodología de las ciencias y las investigaciones ontológicas y psicológicas*

Todas las disciplinas tratadas hasta aquí podían considerarse como partes de las investigaciones metodológicas generales o como disciplinas sobre las que se basan las investigaciones metodológicas. Esto era así porque se ocupaban, sobre todo, de los campos de interés indiscutibles de la metodología de las ciencias: las operaciones cognoscitivas y sus resultados (ver sección 1). Por tanto, cuando el alcance de la metodología se extendía hasta abarcar dichas disciplinas (semiótica, teoría de la decisión y teoría del juego, teoría de la información, la historia de la ciencia en su aspecto metodológico, la epistemología), no iba más allá de esos dos terrenos. Pero si miramos el esquema modificado, que podríamos representar ahora como sigue:



entonces nos damos cuenta de que la metodología de las ciencias ha llegado a abarcar, así, las relaciones —investigadas por diversas disciplinas, no sólo

---

[26] Los términos que designan las distintas partes de la cadena de comunicación siguen las sugerencias hechas por S. Nowak en su *Studia z metodologii nauk spolecznych* (Estudios sobre la metodología de las ciencias sociales), Varsovia, 1965, cap. VI.

por la semiótica— entre el objeto de la investigación y las afirmaciones sobre él, entre las afirmaciones sobre el objeto de la investigación y el investigador, y las afirmaciones como tales (el análisis lógico del lenguaje), pero las investigaciones sobre el objeto de investigación como tal y sobre el investigador como tal han sido descuidadas. Las primeras son la materia de diversas corrientes en el análisis ontológico, y las últimas, de reflexiones psicológicas.

Surge la cuestión de si se puede postular la inclusión de estos análisis y reflexiones en la metodología de las ciencias, y hasta qué punto. Una respuesta afirmativa produciría la distinción entre:

1) Metodología en el sentido estricto del término.
2) Metodología en el sentido más amplio del término.

Pero al margen de cualquier opinión sobre este punto, es evidente que —como se ha subrayado en relación con los principios básicos de la semántica (ver más arriba, sección 2)—, si se quieren obtener resultados apropiados, la investigación metodológica es conducida, y debe serlo, con referencia a la materia de la investigación, es decir, al campo de una ciencia determinada. El modo de llevar una investigación depende en gran medida de nuestra opinión sobre su materia.

Las cuestiones más fundamentales se refieren, primero, a qué clases de objetos y relaciones entre ellos (en otras palabras: categorías ontológicas, clases de hechos), son designados por los nombres y otras expresiones que aparecen en un lenguaje concreto (cuando este último se interpreta semánticamente, es decir, cuando se asignan objetos apropiados a sus términos). En segundo lugar, cuál es la naturaleza de dichos objetos. Se han hecho esfuerzos para contestar estas preguntas desde el mismo principio de las reflexiones filosóficas (por ejemplo, las categorías ontológicas de Aristóteles), pero los avances a este respecto han sido hechos recientemente. En lo que se refiere a la primera cuestión, el orgullo de la posición está en la teoría de los grupos y disciplinas nacientes, como la mereología y la cibernética. La teoría de los grupos, creada por Cantor [27], ha tenido un enorme impacto en muchas disciplinas en los tiempos modernos. Sus conceptos básicos son los de grupo y pertenencia al grupo. La teoría de los grupos se ocupa de los llamados grupos distributivos. El concepto de grupo distributivo se refiere a la totalidad de objetos (que son elementos de ese grupo) que tiénen una propiedad común determinada. Por ejemplo, el grupo «humanidad» sustituye al grupo «Los seres humanos que viven en el mundo»; los reyes de Polonia forman el grupo de los reyes que han reinado alguna vez en Polonia; la gente polaca forma un grupo de un tipo parecido. La naturaleza abstracta de los grupos distributivos debe ser subrayada. Cada uno de estos grupos es un objeto general, aparte de los objetos que forman los elementos de un grupo determinado [28].

En la teoría de los grupos se realizan varias operaciones sobre los grupos, mientras que el concepto de grupo también se usa a menudo en metodología.

[27] El libro más consultado sobre la teoría de las series fue J. Slupecki, L. Borkowski, *Elements of Mathematical Logic and Set Theory*, Oxford, 1967 (versión polaca de 1963).

[28] Ver J. Slupecki, L. Borkowski, *op. cit.*, págs. 297 y ss. Ver también K. Pasenkiewicz, *Logika ogólna* (Lógica general), vol. I, Varsovia-Cracovia, 1963, páginas 112 y ss.

Dichos análisis y operaciones han dado lugar a una división en subgrupos (partes de grupos), sistemas ordenados (es decir, grupos en los que se guarda un orden determinado de elementos), y los conceptos de relaciones binarias (grupos de pares ordenados de individuos), relaciones ternarias, etcétera. Las categorías ontológicas de la teoría de los grupos son: un individuo, un grupo (distributivo) y un número infinito de relaciones, funciones, etcétera, que son grupos de clases especiales.

La mereología se ocupa de los grupos del segundo tipo, es decir, grupos colectivos [29]. Estos, al contrario que los distributivos, son individuos, en el sentido de la teoría de los grupos, y una suma abstracta de propiedades de objetos determinados. Son ejemplos de grupos colectivos: un bosque, la corte de la reina Victoria, un montón de piedras (que debe distinguirse de un grupo distributivo de piedras cuando se refiere a piedras «en general» y no a un montón específico de ellas), etcétera.

La cibernética tiene una visión del mundo algo diferente de la teoría de los grupos y de la mereología. Esta joven disciplina usa los conceptos de sistema y de unión como conceptos básicos de interpretación ontológica [30]. Así como en la teoría de la información el contenido de la información es irrelevante, así en la cibernética el concepto de sistema está unido a los de elementos de una estructura, noción y desarrollo del sistema, conceptos que son de importancia extraordinaria en la investigación histórica. Sus significados no se tratan aquí, ya que serán tratados más tarde, en el curso de análisis detallados.

La teoría de los grupos, la mereología, la cibernética, al usar términos como individuo, grupo, relación, sistema, unión, etcétera, caracterizan el objeto de la investigación científica de un modo general. También se consiguen respuestas a las preguntas sobre las características más generales de aquellos objetos que son campos de investigación de las diversas disciplinas, por medio de análisis ontológicos unidos a la filosofía de la ciencia natural (interpretada ampliamente, de modo que el hombre y la sociedad son considerados también como parte de la naturaleza). Estos análisis abarcan cuestiones como la unidad material del mundo, el proceso óntico (dialéctica), el concepto de tiempo y el de espacio. Estas cuestiones, bien conocidas, no serán descritas aquí, ni siquiera de manera general, porque serán tratadas en secciones especiales del libro. Estos temas son de gran importancia en las reflexiones metodológicas sobre la historia [31].

Mientras puede dudarse si vamos a aceptar incluso algunas consideraciones ontológicas (formuladas en metalenguaje o en lenguaje objeto) como partes de la metodología general de las ciencias, el caso es distinto cuando se trata de metodologías especializadas. En estas últimas, cuando nos ocupamos de ciertos grupos de ciencias o de disciplinas individuales, tenemos

[29] La mereología parte de S. Lesniewski (cfr. J. Slupecki, «Hacia una mereología generalizada de Lesniewski»; *Studia logica*, vol. VIII, Poznan, 1958. Sobre la lógica de Lesniewski en general, ver E. C. Luschei, *Los sistemas lógicos de Lesniewski*, Amsterdam, 1962. En la mereología de Lesniewski, el único término primitivo específicamente mereológico es la relación $x \leq y$, que se interpreta así: un objeto x es parte (adecuada o no) de un objeto y.

[30] El nivel gnosiológico (metodológico) está representado por la teoría de la información con una rama de la cibernética. La cibernética fue creada por N. Wiener, *Cybernetics*, Nueva York, 1948. Ver también W. R. Ashby, *An introduction to Cybernetics*, Londres, 1958, y O. Lange, *Wholes and Parts* (Todos y partes), Oxford-Varsovia, 1965.

[31] Esto se refiere, en particular, a los problemas del tiempo.

que admitir que la opinión general sobre la estructura de un campo dado, al formar parte del cuerpo general de conocimientos del investigador, bajo cuya luz conduce su investigación, afecta esencialmente al curso de esa investigación, capacitándole para distinguir los hechos esenciales de los menos importantes. Esta es la razón por la que un análisis de su opinión sobre la estructura del campo en cuestión debería incluirse hasta cierto punto en las reflexiones metodológicas. Según se incluyan o no estas reflexiones en una metodología especializada concreta, nos referiremos a una metodología (especializada) en un sentido más amplio o más estricto. Estas conclusiones se aplican, obviamente, a la metodología de la historia. Sin ese conocimiento ontológico no sería posible ir más allá de una descripción ordinaria del pasado.

Queda tratar el problema de la inclusión de las reflexiones psicológicas en el ámbito de la metodología de las ciencias. Si excluimos, por el momento, la esfera de interés de la semiótica pragmática, esto, obviamente, sólo deja la psicología de la actividad científica —un campo de gran interés—. Ésta, sin embargo, es una rama indiscutible de la psicología, pero sus resultados serían de interés para el metodologista que investiga operaciones cognoscitivas (investigadoras) y el metodologista que investiga los resultados de dichas operaciones.

8. *Conclusiones útiles para las metodologías especializadas*

Siguiendo nuestras reflexiones sobre la materia de la metodología de las ciencias, hemos llegado a la conclusión de que, para realizar sus principales tareas, es decir, para estudiar las operaciones cognoscitivas y sus resultados, la metodología general se aprovecha de los logros de otras disciplinas. Algunas se han desarrollado hace poco y avanzan rápidamente, lo que —aunque sólo sea por esta razón— nos permite predecir un progreso considerablemente mayor en la metodología. De acuerdo con nuestros objetivos, podemos considerar estas disciplinas, o algunas de ellas, o sostener algunas ramas de ellas, como partes de la metodología de las ciencias, o podemos considerar que la investigación metodológica sobre la ciencia está siendo realizada sobre la base de estas disciplinas. La última visión corresponde mejor a la práctica investigadora actual.

El análisis precedente da lugar a ciertas conclusiones útiles para las metodologías especializadas: el terreno de sus investigaciones (que se parece normalmente al área de interés de la metodología general) aparece en sus líneas generales, y las diferencias en los instrumentos de investigación se hacen hasta cierto punto manifiestas. Estas divergencias son debidas, sobre todo, a diferencias en la naturaleza del área de las distintas disciplinas. Cuando se trata de la metodología general, ese área coincide con la realidad global (en otras palabras, todas las áreas posibles o todos los universos posibles). Pero cuanto más nos acercamos a las metodologías de las diversas disciplinas (o incluso sus grupos), más claramente notamos las diferencias entre las áreas estudiadas por ellas. Por ejemplo, la materia de investigación en la física difiere mucho de la materia de investigación en la historia, incluso aunque pueden ser estudiadas de un modo semejante, utilizando los instrumentos proporcionados por la metodología general. Esto da origen al problema, que no ha sido resuelto hasta el momento, de hasta qué punto estos instrumentos, llamémosles generales, pueden usarse en las metodologías especializadas, y hasta qué punto y cómo deben ajustarse a las necesidades

de estas últimas. ¿Hasta qué punto, finalmente, vamos a usar instrumentos que son solamente específicos de una disciplina o grupo de disciplinas concretas? ¿O quizás vamos a construirlos de caso en caso? ¿Son estos instrumentos meras variaciones de los instrumentos generales tratados más arriba? Se puede decir, de cualquier modo, que en lo que se refiere a metodologías especializadas deberíamos definir sus respectivos ámbitos de interés metodológico y los tipos de instrumentos de investigación usados, con referencia a la metodología general y a los análisis de las diversas áreas especializadas de investigación.

II

La materia de la metodología de la historia

1. *Ramas de la metodología de la historia*

En vista de lo que se ha dicho más arriba sobre el terreno de la metodología general de las ciencias y las conclusiones que resultan de ello para las metodologías especializadas, podemos enumerar estos tres campos de interés para la metodología de la historia:

1) Reflexiones sobre las operaciones cognoscitivas en la investigación histórica, es decir, sobre la ciencia histórica interpretada como el oficio de los historiadores,
2) Reflexiones sobre los resultados de la investigación, es decir, sobre la ciencia histórica interpretada como una serie de afirmaciones sobre el área de la investigación.
3) Reflexiones sobre la materia de la investigación histórica, es decir,, sobre la historia en el sentido de «los hechos pasados».

Las reflexiones sobre los hechos pasados podrían, por supuesto, ser consideradas como un campo de investigación tan especializado que no estaría justificado considerarlas como parte de la metodología de la historia. Esto, sin embargo, parece ser una cuestión secundaria. Ninguna clasificación de los intereses comprometidos en la investigación puede acabar negando la importancia, para la labor metodológica, de las reflexiones sobre la materia de la investigación. Si se afirma que el objetivo de la ciencia histórica (interpretado desde el punto de vista interno de la propia ciencia) es llegar a afirmaciones verdaderas, entonces tenemos que conocer no sólo el método de llegar a dichas afirmaciones, o sea, el medio de formularlas. Esta parte del trabajo la realiza la primera rama de la metodología de la historia. Pero para poder apoyar estas afirmaciones debemos estar en posición de confrontarlas con lo que sabemos del terreno de investigación. Nuestro conocimiento de los hechos, como se ha dicho antes, no va más allá de lo que se ha establecido científicamente sobre ellos; en otras palabras, el modo como vemos un objeto está formado por nuestro conocimiento de ese objeto. Cuando sustentamos una afirmación (en un terreno dado), ante todo la confrontamos con el conocimiento que tenemos (sobre ese terreno), y normalmente la rechazamos si nos parece que difiere o contradice ese conocimiento y si al mismo tiempo no tenemos razones para modificar nuestro conocimiento sobre ese punto. Sólo más tarde tiene lugar la confrontación con el comportamiento actual. Por tanto, desde el punto de vista de la metodología de la historia, el conocimiento de aquello con lo que el historiador confronta sus afirmaciones no es indiferente.

En lo que se refiere a la metodología interpretada normativamente, decimos que tenemos que esforzarnos para mejorar en lo posible nuestro conocimiento del objeto en cuestión —es decir, el sistema de referencia con el que comparamos nuestras afirmaciones sobre el objeto de estudio—. Podría decirse metafóricamente que el conocimiento del objeto de estudio sirve como un espejo que usamos para reflejar nuestras afirmaciones; por tanto, el punto importante es que este espejo revela todas las distorsiones posibles en la imagen del pasado tal como la reconstruimos. Puesto que en la práctica investigadora la formulación de las premisas y su sustentación están interconectadas, y la formulación relativamente final de una premisa sólo tiene lugar después de los intentos de sustentación en varios niveles, puede decirse que nuestro conocimiento del objeto de estudio juega un importante papel también en el proceso de formulación de las premisas. Como se demostrará más tarde, esto cuenta para todos los niveles del proceso investigador del historiador.

En la literatura de la materia no hay uniformidad en las definiciones de las diversas ramas de estudio que han sido llamadas aquí metodológicas ni en la totalidad de dicho estudio. La primera de estas ramas, interesada en el estudio de las operaciones cognoscitivas, es (ver, por ejemplo, E. Bernheim) a veces excluida de la metodología de la historia, mientras que la segunda, interesada en la ciencia interpretada como una serie de afirmaciones, es llamada frecuentemente metodología. Las reflexiones sobre el procedimiento de investigación histórica, incluso comprendiendo los problemas de técnicas de investigación (ver, por ejemplo, M. Handelsman), y las investigaciones que resultan de los análisis llevados a cabo en las dos primeras ramas de la metodología de la historia, como se ha apuntado arriba, e interesadas en establecer la naturaleza metodológica de la ciencia histórica y el lugar de esa disciplina en el sistema de las ciencias, son lo que se considera, la mayoría de las veces, como metodología. El término *teoría de la historia*, que encontramos bastante a menudo, varía de significado de un autor a otro. En su sentido más amplio se refiere a las reflexiones sobre el lenguaje de la ciencia histórica, junto con análisis (pero no interpretados normativamente) de las operaciones de investigación, y con la exclusión de todo aquello que podría clasificarse como técnicas de investigación. Fue en este sentido en el que el término fue usado por P. Gardiner, cuando dio el título *Theories of History* (publicado en 1959) a su famosa colección de autores que se habían ocupado de las reflexiones sobre la ciencia histórica.

Las reflexiones sobre la materia de la investigación histórica reciben muchas veces la etiqueta de *filosofía de la historia*. La usó Voltaire[1], Hegel, y la usaron otros, en el sentido de las reflexiones sobre los acontecimientos pasados. Su significado está todavía evolucionando: quiere decir, como antes, las reflexiones sobre el pasado, pero ha adquirido también un matiz derogatorio que indica que tenemos que tratar con las especulaciones no sujetas a control científico, principalmente sobre el curso de los acontecimientos futuros. Para alejarse de estas implicaciones, A. C. Danto tituló su interesante obra *An Analytical Philosophy of History* (edición inglesa 1965), que apunta también a las conexiones con la tendencia (o diversas tendencias) de la llamada filosofía analítica. Otros representantes de esa filosofía, y también muchos autores que están fuera de esa corriente, usan el término *filosofía*

[1] Se le atribuye la acuñación de ese término en 1756 (por parte de J. Bury y otros autores).

de la historia, no en el sentido de reflexiones sobre el curso de los acontecimientos, sino sobre la ciencia histórica, interpretada como operaciones cognoscitivas y como sus resultados [2]. Aquellos autores que limitan la metodología de la historia a un cierto tipo de reflexiones solamente, pero cuyas reflexiones, por otro lado, tratan de los problemas de las técnicas de investigación, sienten la necesidad de encontrar un término general, integrador, para todas sus investigaciones. En relación con esto encontramos los términos *histórica* (usado en su forma polaca por los historiadores polacos J. Lewelel y M. Handelsman), *enciclopedia y metodología de la historia, introducción a la investigación histórica* (estudios) (Ch. Langlois, Ch. Seignobos, L. Halphen) [3], etcétera.

Para evitar esta confusión terminológica sugerimos, aquí, considerar todas las reflexiones sobre las operaciones cognoscitivas y los resultados de dichas operaciones, y la materia de la investigación histórica, como cuestiones de la metodología de la historia, con los siguientes términos de trabajo referidos a las diversas áreas de dichas reflexiones:

1. Metodología pragmática de la historia.
2. Metodología apragmática de la historia.
3. Metodología objetiva de la historia.

2. *La metodología pragmática de la historia*

Para indicar cuáles son las tareas de la metodología de la historia concebida como un análisis de las operaciones cognoscitivas realizadas por los historiadores, acudimos a una definición de las tareas de la metodología pragmática, tomada de un libro de K. Ajdukiewicz. Cuando menciona el punto de vista descriptivo y normativo, dice que «las tres principales tareas de la rama de la metodología interesada en la ciencia como profesión de los científicos, es decir, la ciencia como actividad, son: 1) la separación de los tipos de trabajo llevados a cabo en la tarea investigadora y el análisis de dichos tipos de trabajos, llegando a definiciones que expliquen en qué consisten estos trabajos; 2) descripción (en líneas generales) de los procedimientos de investigación usados en varias disciplinas; 3) descubrimiento de las metas que persiguen, conscientemente o no, los investigadores en las diversas áreas, y la consiguiente codificación de los modelos de procedimientos de investigación correctos» [4].

Así, la parte principal de esta clase de consideraciones metodológicas se refiere a la reconstrucción y posible valoración de métodos (esquemas, principios) de deducción y todas las demás clases de razonamientos usados para resolver problemas (contestar preguntas) planteados en la ciencia [5].

[2] De un modo bastante característico, la publicación *History and Theory* tiene un subtítulo explicativo: *Studies in the Philosophy of History*.

[3] Los autores cuyas «introducciones a la investigación histórica» se adaptan a las necesidades de la enseñanza de la historia, se rigen por consideraciones algo diferentes. Seleccionan los problemas relacionados con las ramas anteriormente indicadas, y tienen en cuenta los aspectos técnicos de la investigación histórica (cfr. W. Moszczenska, *Wstep do badan historycznych* (Introducción a la investigación histórica), Varsovia, 1960, y la obra de B. Miskiewicz del mismo título, Poznan, 1964]. El alcance de tales aproximaciones es discutido.

[4] K. Ajdukiewicz, *Lógica pragmática*, ed. cit., pág. 188.

[5] En este sentido, téngase en cuenta la definición de inferencia que usaremos de ahora en adelante: «La inferencia es un proceso mental por el cual, apoyándonos en una aceptación más o menos categórica de las premisas, llegamos a la aceptación de la conclusión que anteriormente no aceptábamos o aceptábamos menos categóricamente; el grado de certeza de aceptación de la conclusión no es más alto que el grado de certeza de aceptación de las premisas». (K. Ajdukiewicz, *op. cit.*, pág. 107). Se supone que el término *razonamiento* es más amplio que *inferencia*, a pesar de que se usan alternativamente estos dos (junto con el término *método*). (Cfr. J. Giedymin, *Z problemów logicznych analizy historycznej* (Problemas lógicos escogidos de los análisis históricos), Poznan, 1961, pág. 28).

Las tres tareas principales indicadas más arriba valen plenamente para la historia. En el caso de las dos primeras tenemos que tratar con un análisis y descripción de las siguientes operaciones (que no en todos los casos necesitan ser tenidas en consideración):

1) Elección del campo de investigación.
2) Planteamiento de una cuestión en ese campo.
3) Establecer las fuentes sobre las que se va a basar el estudio (si la cuestión planteada va a tener respuesta).
4) Crítica (externa e interna) de las fuentes.
5) Descripción —siempre selectiva— de lo que ocurrió y de aquello a lo que se refiere la pregunta.
6) Explicación (¿por qué ocurrió así?).
7) Consecución de premisas teóricas.
8) Formulación sintética de los resultados (es decir, respuesta a la pregunta dentro del terreno en consideración).
9) Valoración de las personas y los sucesos del pasado.

Cuando se llega a la tercera de las tareas de la metodología pragmática, tal como las enumera Ajdukiewicz, los intereses de la ciencia histórica se centran en definir los objetivos que guían a los historiadores en su investigación; a este respecto, hay que darse cuenta de que estos objetivos pueden cambiar en el curso de la historia. Basta recordar que no fue siempre el deseo de dibujar un auténtico cuadro del pasado lo que guió a los historiadores. Como sabemos, al principio el objetivo principal era proporcionar modelos de conducta. Cuando la persecución de la verdad se ha hecho patente, ha quedado abierta una pregunta, si el historiador debe describir meramente el pasado «con fidelidad» o si va a intentar sacar a relucir las regularidades que gobiernan la vida social. La pregunta consiguiente ha sido: ¿Qué hace él frente a esta alternativa? ¿La búsqueda de la verdad impide la función didáctica de la historia? ¿El historiador debe valorar las personas y los sucesos?

La consecución de cada uno de estos objetivos requiere modos y modelos de procedimientos complejos. El objetivo primario —llegar a afirmaciones ciertas— exige la capacidad de sustentar y comprobar formalmente las afirmaciones. Esto está unido a un sistema de conceptos de operaciones cognoscitivas específicas, que, ante todo, incluye el concepto de comprobación de una hipótesis.

Es obvio que la meta de una investigación afecta directamente a la naturaleza del procedimiento científico implicado, porque si una persona, por ejemplo, no se impone la tarea de dar razón de las regularidades que gobiernan el proceso histórico, entonces no está interesado en llegar a afirmaciones teóricas ciertas.

La segunda parte, más abajo, estará totalmente dedicada a un análisis histórico de estos objetivos y a un análisis de los cambios en los procedimientos de investigación usados por los historiadores, cambios que surgen de las modificaciones de los objetivos de la investigación. Las partes cuarta y quinta se ocuparán de una reconstrucción (análisis y valoración) de los procedimientos usados de hecho en la investigación histórica.

Los conceptos fundamentales en la metodología pragmática de la historia adoptados en este libro incluyen: 1) observación; 2) conocimiento basado en las fuentes; 3) conocimiento no basado en las fuentes; 4) fuente histórica; 5) información basada y no basada en las fuentes; 6) autenticidad de las fuentes; 7) fiabilidad de los informadores; 8) modelo metodológico (selección de hechos); 9) establecimiento de los hechos; 10) explicación; 11) sustentación y comprobación; 12) hipótesis; 13) aceptación; 14) probabilidad; 15) valoración; 16) construcción y síntesis.

3. *La metodología apragmática de la historia*

La metodología de la historia que se ha llamado aquí apragmática está estrechamente unida a la pragmática. La metodología apragmática, en nuestro caso, se ocupa de los resultados del trabajo de los historiadores y, por tanto, de analizar las afirmaciones que formulan. Es obvio que cuando se investigan los procedimientos científicos no podemos dejar de discutir las afirmaciones hechas por los historiadores. Puesto que, en conjunto, nos ocupamos de estructuras enteras, series o secuencias de afirmaciones de varias clases (afirmaciones de observación, afirmaciones teóricas), que están lógicamente interconectadas, nos enfrentamos con la tarea de reconstruir un sistema formado por la ciencia histórica; ésta es la razón de que estas reflexiones puedan ser llamadas sistemático-metodológicas. Hasta el momento, la teoría de los sistemas deductivos (matemáticamente) es la más desarrollada en este área de la ciencia, pero nada nos impide intentar sistematizar también otras disciplinas.

Mientras que la metodología pragmática no puede ejercerse sin una preocupación simultánea por las cuestiones que pertenecen a la metodología apragmática, podemos imaginarnos la investigación en este último campo sin referirse a los resultados obtenidos en el primero.

La importancia de los análisis en el campo de la metodología apragmática es particularmente visible cuando tratamos de señalar los rasgos característicos de la ciencia histórica (en otras palabras, su estructura metodológica), para definir su lugar en el sistema de las ciencias. De este modo podemos establecer los rasgos comunes a varias disciplinas y así avanzar en la investigación sobre la clasificación de las ciencias.

Por lo que se refiere a la historia, la metodología apragmática abarca, sobre todo, las reflexiones sobre las afirmaciones históricas, generalizaciones históricas, afirmaciones y leyes estrictamente generales y el concepto de narración. Pero, como se ha dicho más arriba, el papel de los diversos tipos de afirmaciones es también preocupación de la metodología pragmática. Las reflexiones en el área de la metodología apragmática serán tratadas en la parte 6 del libro.

Para aplicar la metodología apragmática de la historia es indispensable, por tanto, adoptar, como se ve, los conceptos de: 1) afirmación histórica; 2) generalización histórica; 3) ley, en el sentido semántico del término;

4) ley científica; 5) juicio de valor; 6) narración histórica; 7) lenguaje objeto y metalenguaje; 8) verdad; 9) isomorfismo.

4. *La metodología objetiva de la historia*

El término *metodología objetiva de la historia* no es quizá el más afortunado (*metodología de la historia orientada hacia la materia* sería quizá más preciso, pero extremadamente tosco), pero se ha adoptado aquí para subrayar que no hablamos de una transferencia «ordinaria» a la metodología de la historia de aquellas disciplinas que se llaman filosofía de la historia o teoría del desarrollo social o cibernética, o finalmente, aquellas disciplinas que están relacionadas con la materia de los estudios históricos, sino una reflexión especial sobre esa materia, una reflexión que hace uso de las disciplinas mencionadas más arriba (y posiblemente de otras) para los propósitos de la investigación histórica. Por el momento, esto es un postulado, pero estaría bien que en el futuro tales reflexiones entren en la metodología de la historia en mayor escala y allí sean transformadas apropiadamente. Esto haría posible adaptar a las necesidades de la investigación histórica y al estudio de dicha investigación los logros teóricos y metateóricos de la ontología filosófica, la cibernética e incluso la teoría de los grupos, mereología, y otras disciplinas, tanto las que existen como las que todavía tienen que surgir.

La importancia del conocimiento del terreno estudiado, en el curso de las investigaciones históricas conducidas por los historiadores, para la selección de los hechos, se ha señalado más arriba. Se podría añadir aquí que, cuando usamos la definición semántica de la verdad, dada más arriba, no es posible calificar las afirmaciones como verdaderas o falsas sin tener algún conocimiento del área en cuestión. Como se sabe, una premisa *p* (formulada en lenguaje objeto) es verdadera en un terreno *T* si, y sólo si, las cosas son tal como afirma su correspondiente *P* en el metalenguaje[6]. La cuestión que se plantea es qué conocimiento sobre *T* debemos tener para poder hacer intentos de asignar a las premisas los valores lógicos de verdad o falsedad. Como es sabido, los terrenos son los modelos para las afirmaciones, series de afirmaciones, o disciplinas enteras. Pero esos terrenos sólo sirven como modelos tales que, en ellos, esas afirmaciones, series de afirmaciones o disciplinas enteras, son verdaderas, es decir, tienen en sí mismos sus correspondientes metalingüísticos. El historiador se interesa en cómo caracterizar el campo que es modelo de sus afirmaciones; una respuesta a esta cuestión debe proporcionarla la metodología objetiva ontológica de la historia. Una pregunta sobre la verdad de ciertas afirmaciones es, por tanto, una pregunta sobre si tienen un modelo, es decir, si hay un campo en el que son verdaderas y si es un campo que sea objeto de investigación (esfera de interés) de la ciencia histórica. Entonces el conocimiento de ese terreno debe ser sistematizado de forma que sirva a los historiadores. Ese conocimiento, adquirido por los diversos historiadores, debe revelar el mayor número posible de modos convergentes de denotación. Además de posibilitar el uso del conocimiento de la materia (campo) al asignar a las afirmaciones valores lógicos específicos (lo que hace un historiador casi automáticamente), las reflexiones sobre la materia de investigación proporcionan numerosas directrices heurísticas, como hacia la cuestión de qué debe estudiarse (el problema de la

[6] H. Stonert, *op. cit.*, pág. 230.

selección), en qué centrar la atención en las explicaciones y posiblemente qué criterios usar al valorar los acontecimientos pasados. También proporcionan a los historiadores los conceptos teóricos básicos (términos) necesarios para formular afirmaciones sobre el objeto de estudio.

Por tanto, la tarea de la metodología objetiva de la historia es caracterizar, de un modo general, el campo que sirve de modelo a la ciencia histórica, de forma que:

1) Haga posible distinguir las afirmaciones verdaderas de las falsas en ese terreno.
2) Proporcione directrices heurísticas para el estudio de ese terreno.
3) Proporcione términos teóricos necesarios para una descripción científica de ese campo.

Todo conocimiento de la materia de estudio es parte de la erudición de un investigador, una parte que también es esencial en la investigación histórica. Podemos ir más allá y recordar que todo conocimiento, y, por tanto, también el conocimiento científico, tiene lugar sólo bajo la luz del conocimiento específico. En el caso de la investigación científica, ese conocimiento, para distinguirlo del que se ha adquirido en el curso del estudio de las fuentes históricas, podría denominarse «no basado en fuentes». La cuarta parte de este libro está dedicada, junto con un análisis de la materia de investigación, a un estudio más concreto de ese conocimiento no basado en fuentes.

Los conceptos básicos en la metodología objetiva de la historia son: 1) hecho histórico; 2) elementos de un sistema y estructura de un sistema; 3) diferencia entre: sistemas, elementos de sistemas, estructuras de sistemas; 4) cambios en el estado de un sistema y de los elementos de un sistema; 5) desarrollo de un sistema; 6) causa; 7) regularidad.

5. *La metodología general de la historia contra las metodologías de las diversas disciplinas históricas*

Además de las ramas de la metodología de la historia indicadas más arriba, hay que anotar también la división, basada en diferentes criterios, entre la metodología general de la historia y las metodologías de las diversas disciplinas históricas[7]. Se puede ver fácilmente que hasta aquí nuestras reflexiones han ido dirigidas hacia la metodología general de la historia, dentro de la cual hemos distinguido la metodología en un sentido más amplio o más estricto del término. La relación entre la metodología general de la historia y las metodologías de las distintas disciplinas históricas podría interpretarse de manera similar a la relación entre la metodología general de las ciencias y las metodologías de las disciplinas especializadas. Así, la metodología general de la historia, en el estudio de las diversas cuestiones, depende menos de los datos concretos que son analizados por las distintas disciplinas históricas. No se ocupa de las peculiaridades de la materia de esas disciplinas, es decir, de analizar la historia desde un determinado punto de vista (por ejemplo, militar, económico, ideológico, etcétera), sino que

[7] Esta clasificación corresponde a la división anterior entre metodología general de las ciencias y las (diversas) metodologías especializadas, y tiene su justificación en estas últimas. Sobre el concepto de la metodología de la historia, ver V. Husa, «Metoda-metodika-metodologie», *Ceskoslovensky Casopis Historicky*, VI, págs. 311-315.

analiza la historia de la humanidad como un todo en sus categorías básicas (por ejemplo, tiempo, espacio) y relaciones (por ejemplo, la relación entre la esfera esconómica y la ideológica). Del mismo modo, no investiga las peculiaridades de los métodos de reconstruir los trozos particulares del pasado investigador que tienen las distintas disciplinas, sino que se ocupa de los métodos fundamentales de reconstruir toda la historia. Los métodos especiales, específicos de las distintas disciplinas, sólo le interesan como aspectos concretos de principios fundamentales, que son descubiertos por la metodología general de la historia. También en lo que se refiere al estudio de la estructura metodológica de la historia, las peculiaridades de las diversas disciplinas históricas son estudiadas por la metodología general de la historia sólo con el propósito de hacer comparaciones que intentan aclarar las características metodológicas generales de las ciencias históricas. La metodología general de la historia es, por tanto, una disciplina altamente abstracta; su tarea es formular afirmaciones que abarquen todas las ciencias históricas, y por eso no puede entrar en los problemas que son propios de las disciplinas especializadas, que deben ser solucionados por sus propias metodologías.

Por el momento, tanto la metodología general de la historia como, *a fortiori*, las metodologías especializadas, a pesar de la larga tradición de las reflexiones generales sobre la historia, no están dando más que sus primeros pasos. Entre las diversas disciplinas históricas, la historia económica, la historia de la ciencia junto con la historia de la historiografía, la historia de la educación y hasta cierto punto la historia de las artes militares, son las únicas que pueden vanagloriarse de tener reflexiones metodológicas más o menos desarrolladas. Hay que subrayar en este punto que las reflexiones metodológicas generales sobre la historia han estado inspiradas, hasta ahora, sobre todo por las cuestiones tradicionales de la historia política, de modo que la metodología general de la historia, en la práctica, ha sido, en gran medida, la metodología especializada de la historia política. Todavía no ha sido invadida en particular por las reflexiones características de la historia económica, que investiga un tipo de procesos distinto de la historia política, pero que es una disciplina independiente desde hace poco tiempo.

La historia económica tiene a su favor un número bastante grande de estudios dedicados a reflexiones generales. Los más sintéticos abordan el problema de dos maneras. En algunos de ellos, el cuerpo principal de reflexiones se ocupa de la materia de estudio, esto es, de la historia económica interpretada de diversas formas, y se presta menos atención a los métodos específicos de reconstrucción científica de esa historia. Este es el acercamiento característico de las obras de Ch. Morazé[8] y Ch. Verlinden[9], que dan una visión sintética del proceso de desarrollo económico. Las obras del segundo tipo se centran en análisis historiográficos e informan sobre los logros investigadores en la historia económica[10]. El libro de W. Kula, *Problemas y métodos de la historia económica* (en polaco, 1963), que marca un nuevo acercamiento, debe ser incluido también en el último grupo. Su autor no se reduce a los análisis historiográficos, sino que en realidad la estructura

[8] Ch. Morazé, *Introduction à l'histoire économique*, París, 1948 (1.ª edición en 1943).
[9] Ch. Verlinden, *Introduction à l'histoire économique*, Coimbra, 1948.
[10] Cfr. A. Fanfani, *Introduzione allo studio della storia economica*, Milán, 1960 (3.ª ed.); C. Beutin, *Einführung in die Wirtschaftsgeschichte*, Colonia-Graz, 1958; W. Kula, *Problemy i metody historii gospodarczej* (Problemas y métodos de la historia económica). Varsovia, 1963, pág. 7.

de su libro señala lo que él piensa que son los problemas de investigación en la historia económica, y revisa críticamente las soluciones ofrecidas hasta ahora. El libro comienza con un capítulo sobre la historia de la historia económica. A continuación vienen una serie de capítulos sobre la materia de la historia económica, fuentes para la historia económica de la Polonia moderna (incluyendo el período más reciente), y la división de la historia económica en períodos. Finalmente, en el capítulo 5, W. Kula subraya las que considera como principales tendencias en el estudio de los problemas de la historia económica, uniendo este problema a la cuestión de los métodos de síntesis en la historia económica. Los otros capítulos son los que tratan de la estadística histórica, demografía histórica, investigación histórica sobre las estructuras sociales, sobre los estudios de precios y mercados, metrología histórica, dependencia del hombre respecto de la naturaleza, el método comparativo y las generalizaciones en la historia económica, y las predicciones basadas en la historia económica. Este breve repaso al contenido de la obra de W. Kula pretende demostrar cómo se ha ido conformando la esfera de problemas metodológicos en la historia económica.

Respecto a las reflexiones teóricas sobre la historia de la ciencia, hay que mencionar *The Structure of Scientific Revolution* (1962), de T. S. Kuhn, que se ocupa de la materia de la historia de la ciencia, en particular los rasgos característicos del desarrollo de la ciencia. Kuhn intenta sustentar la afirmación de que la ciencia se desarrolla sobre todo a través de revoluciones que, al rechazar los viejos métodos, fabrican modelos nuevos de procedimientos científicos. La ciencia, según pretende Kuhn, no se desarrolla por una simple acumulación de pequeños descubrimientos como contribuciones a todo el sistema, tal como creían, por ejemplo, los seguidores de R. Carnap [11].

Las reflexiones sobre la historia de la historiografía, que nos interesan aquí de forma particular, están bastante avanzadas y han crecido últimamente a un paso muy vivo. Pueden mencionarse cientos de estudios sintéticos, en varios idiomas y de diversos alcances [12]. Un grupo aparte lo forman los libros dedicados a un solo historiador: el estudio de W. Kaegi sobre J. Burckhard puede mencionarse como ejemplo [13]. Las cuestiones en la historia de la historiografía son tratadas por M. H. Serejski, que escribe lo siguiente: «La tarea básica de un historiador de la historiografía (...) es descubrir las relaciones entretejidas entre el desarrollo de las ideas históricas y la vida, es decir, el sistema de relaciones sociales, la cultura de una época dada, sucesos políticos, etcétera», e inmediatamente sigue con la pregunta: «¿Esto requiere el uso de métodos específicos y procedimientos cognoscitivos específicos?» [14]. Parece que ésta es la cuestión fundamental en el campo de

[11] Ver también Derek J. de Solla Price, *Science Since Babylon*, New Haven-Londres, 1961.

[12] Obras más generales son, por ejemplo: G. P. Gooch, *History and Historians in the Nineteenth Century*, Londres, 1913; K. Ritter, *Die Entwicklung der Geschichtswissenschaft*, Munich-Berlín, 1916; J. T. Shotwell, *An Introduction to the History of History*, Nueva York, 1923; E. Fueter, *Geschichte der neueren Historiographie*, Munich-Berlín, 1936; J. W. Thompson, *A History of the Writing of History*, vols. I y II, Nueva York, 1942; H. Srbik, *Geist und Geschichte vom deutschen Humanismus bis zur Gegenwart*, vols. I y II, Munich-Salzburgo, 1950-1951; H. Butterfield, *Man on His Past*, Cambridge, 1955.

[13] W. Kaegi, *Jacob Burckhardt. Eine Biographie*, vols. I-III, Basilea, 1945-1956.

[14] M. H. Serejski, *Przeszlosc a terazniejszosc. Szkice i studia historiograficzne* (El pasado y el presente. Ensayos y estudios sobre hitoriografía), Wroclaw-Varsovia-Cracovia, 1965, págs. 12-13. Ver especialmente los ensayos sobre «Los problemas en la historia de la historiografía» y «La historia de la historiografía y la ciencia de la historia».

la metodología especializada, una disciplina que en el caso que consideramos es un miembro de la familia de las ciencias históricas. Cuando responden a esta pregunta los autores interesados en la historiografía, si van más allá de sus tareas puramente históricas y reflexionan sobre la labor que hacen, lo primero que analizan es la materia de su disciplina.

En la metodología de la historia militar, todavía naciente, hay que mencionar los comentarios de S. Herbst y B. Miskiewicz [15]. Las actas de un simposio celebrado en Lodz ilustran las discusiones sobre la metodología de la historia de la educación [16].

Podemos esperar que el desarrollo posterior de las disciplinas históricas dependa en gran medida del progreso en las metodologías especializadas. Las esferas de interés de estas últimas carecen todavía de una formulación precisa. Estas metodologías se interesan principalmente por las peculiaridades de las materias de sus respectivas disciplinas, aunque, como muestra el caso de la historia económica, se enzarzan en reflexiones cada vez más penetrantes sobre la solución de los problemas específicos de una disciplina dada y sobre la estructura metodológica de estas disciplinas especializadas.

6. *La metodología general de la historia en relación con la heurística y la crítica de fuentes. El lugar de las disciplinas históricas y auxiliares*

La división entre metodología general de la historia, por un lado, y metodologías especializadas de determinadas disciplinas históricas, por otro, está unida al problema de si la metodología de la historia debe ocuparse, y hasta qué punto, de la heurística y la crítica de fuentes (externa e interna), es decir, de temas que están en el campo de interés de las llamadas disciplinas históricas auxiliares [17].

La meta de las disciplinas históricas auxiliares fue definida ya por J. Lelewel (1822), que estableció que su tarea era ayudar a la comprensión de las fuentes [18]. Otra formulación similar ha permanecido como válida hasta

[15] S. Herbst, «Historia wojskowa, tresc, dzieje, metoda, metodologia» (Historia militar, su significado, historia, método y metodología), en *Zeszyty Naukowe WAP, Historia*, vol. VII, núm. 5, Varsovia, 1961, págs. 30-39; B. Miskiewicz en su obra *O metodyce badan historyczno-wojskowych* (Métodos en el estudio de la historia militar), Poznan, 1961, se ocupa de las siguientes cuestiones: la guerra tal como la entiende la historia militar; las relaciones entre guerra, ejército y arte militar; tendencias en el estudio de la historia militar; las competencias necesarias del historiador militar; logros y tareas de la historia militar. Esta lista muestra que el autor se ocupa principalmente de la materia de la historia militar.

[16] *Z zagadnien metodologicznych historii wychowania* (Problemas metodológicos en la historia de la educación), Lodz, 1965.

[17] Entre las ciencias históricas auxiliares se incluyen tradicionalmente: la ciencia de las fuentes, la ciencia de los archivos y las bibliotecas, paleografía y neografía, diplomática, sigilografía, cronología, genealogía, heráldica, numismática, metrología y estadística histórica (es decir, las disciplinas que se relacionan con las fuentes y se ocupan de su crítica externa e interna). Cfr. A. von Brandt, *Werkzeug des Historikers. Eine Einführung in die historischen Hilfwissenschaften*, Stuttgart, 1958 (3.ª ed. 1963).

[18] El título del libro de Lelewel es *Nauki dajace poznac zrodla historyczne* (Las ciencias que permiten adquirir el conocimiento de las fuentes históricas). El término *historischen Hilfwissenschaften* fue introducido por Theodor Sickel, historiador y paleógrafo austriaco, de la segunda mitad del siglo XIX.

hoy[19]. Sin embargo, no todos los problemas de la comprensión de las fuentes históricas pueden unirse a las ciencias históricas auxiliares. W. Semkowicz dice que estas disciplinas «sirven al historiador al ser indispensables para identificar, comprender, establecer el tiempo y el lugar de los sucesos, y al valorar críticamente la fuente histórica»[20]. Puede notarse fácilmente que en su afirmación la valoración crítica de las fuentes está bastante claramente separada de las operaciones preliminares que debe realizar un historiador. Estas operaciones preliminares se llaman normalmente crítica externa o erudita de una fuente; fueron mencionadas por Semkowicz en la primera parte de su afirmación, mientras que en la segunda se ocupaba de la crítica interna, llamada hermenéutica, cuya tarea principal es establecer el grado de fiabilidad de la información proporcionada por las fuentes concretas. Las disciplinas históricas auxiliares tradicionales son indispensables, pero no suficientes para esa tarea.

La metodología general de la historia debe excluir totalmente de sus reflexiones la disciplina llamada heurística, que M. Handelsman define como el conocimiento de los materiales históricos, su distribución, el modo de encontrarlos y reunirlos (la ciencia de las fuentes, y la ciencia de los archivos, bibliotecas y bibliografías)[21]. Toda esta información sirve como punto de partida de la investigación histórica; la información de este tipo debe indicar dónde deben ser buscados los datos requeridos sobre el pasado y de dónde se va a sacar el conocimiento no basado en fuentes, y también debe indicar la técnica para reunir y ordenar los datos que van a servir para reconstruir sucesos concretos. La crítica externa de las fuentes está basada en reglas de procedimiento establecidas por las disciplinas auxiliares (paleografía, diplomática, cronología, genealogía, etc.), pero no puede ser totalmente irrelevante desde el punto de vista de la metodología general de la historia. La metodología debe ocuparse del valor cognoscitivo de dichas reglas y de su estructura lógica. Esta afirmación vale para las reglas de naturaleza general y no para la información específica o para el consejo técnico, que debe encontrarse en los libros de texto sobre las disciplinas históricas auxiliares. Mientras la crítica externa sólo tiene interés para la metodología general de la historia en su formulación básica, la crítica interna, que no saca sus reglas de las disciplinas históricas auxiliares, sino que sólo utiliza los logros de la crítica externa, es tema para reflexiones metodológicas en todos sus aspectos. Es evidente que las metodologías especializadas pueden incluir la heurística y una serie de reglas más detalladas de la crítica externa.

También hay que señalar la naturaleza relativa del concepto «disciplinas históricas auxiliares». En una interpretación amplia, toda disciplina cuyos resultados o métodos son usados por el historiador en su investigación puede ser llamada auxiliar. La necesidad de integración de la ciencia, de la que somos cada vez más conscientes, explica el hecho de que la ciencia se convierta en un complejo de disciplinas interrelacionadas que se ayuden entre sí, de forma que cada disciplina sea auxiliar en relación con alguna otra disciplina. De esta manera, la historia (no hablamos aquí de la metodología de la historia) tiene sus disciplinas auxiliares en la economía, sociología, psicología, lógica, etcétera, e incluso, cada vez más, en las matemáticas y la cibernética (incluida la teoría de la información). W. Semkowicz hacía una distinción, con fines de clasificación, entre las disciplinas que ayudan a la historia y las disciplinas históricas auxiliares; en el caso de las últimas, se refería a las disciplinas históricas auxiliares tradicionales conectadas con la heurística y la crítica externa de las fuentes. En términos generales, se puede decir que las disciplinas históricas auxiliares están conectadas con la heurística[22] y la crítica externa de las fuentes, es decir, con los estadios preliminares del trabajo del historiador, mientras que las disciplinas que ayudan a la historia, proporcionando información no basada en fuentes y señalando nuevas posibilidades de métodos de investigación, están conectadas con pasos posteriores de la labor investigadora, o sea, la hermenéutica (crítica interna) y la llamada síntesis (principalmente, explicaciones causales y valoraciones). No hay necesidad de subrayar que, con el desarrollo de la ciencia, tanto el concepto de disciplinas auxiliares históricas como lo que Semkowicz llamaba las disciplinas que ayudan a la historia están sufriendo una evolución.

---

[19] Cfr., por ejemplo, *Chronologia polska* (Cronología de Polonia), B. Wlodarski (ed.), Varsovia, 1957, con un prefacio de T. Manteuffel (que escribió en la pág. 5: «Antes de proceder a interpretar una fuente concreta, tenemos que entenderla»).

[20] W. Semkowicz, *Paleografía lacinska* (Paleografía latina), Cracovia, 1951, página 5.

[21] M. Handelsman, *Historyka* (Metodología de la investigación histórica), Varsovia, 1928, págs. 41 y ss.

[22] La heurística se define también, a veces, como una ciencia histórica auxiliar.

III

El alcance de la materia (área) de la investigación histórica

1. *Notas preliminares*

Para hacer más reflexiones sobre la metodología de la historia se requiere una orientación preliminar sobre el alcance de los intereses atribuidos a la ciencia histórica. Esto significa un marco general sobre el que siempre se pueda obtener un consenso generalizado. Así se perfilará el terreno para las reflexiones detalladas sobre la materia de la historia.

Como en el caso de otras disciplinas, las opiniones sobre el terreno de la investigación histórica han variado a lo largo de los siglos, de modo que incluso hoy no pueden ser tomadas como definitivas. La segunda parte de este libro se ocupa de un análisis de esos cambios. Por el momento, nuestra tarea no es tan amplia: esbozar los límites generales de la materia de la investigación histórica para proporcionar un punto de referencia para otras reflexiones sobre el objeto de la historia, en su aspecto histórico (parte 2) y teórico (parte 3). Dos caminos nos van a llevar a nuestro destino. Primero, estudiaremos las evoluciones etimológicas y semánticas del término *historia;* después analizaremos algunas de las definiciones de ese término, tal como lo han usado los historiadores, filósofos de la historia y metodologistas. Esto nos dará datos para una definición precisa de un significado moderno de dicho término, tal como se usa en este libro.

2. *La evolución etimológica y semántica del término* historia

Al contestar la pregunta sobre el significado del término *historia,* es muy útil tener en cuenta los resultados del análisis etimológico. El término procede de la palabra griega *historia,* que significa encuesta, entrevista, interrogatorio de un testigo ocular, y también se refiere a los resultados de dichas acciones. En Herodoto aparece cinco veces precisamente con ese significado [1]. Ejemplos análogos nos proporciona Eforo, el autor de *Historia Koinon Praxeon.* El análisis de otros textos griegos, comenzando con los de Homero, hecho por F. Müller, conduce a una afirmación similar. Müller demuestra que en los textos de la Antigua Grecia el término *historia* tiene tres significados: investigación e información sobre la investigación; una historia poética; una descripción exacta de los hechos [2]. Además del término *historia* encontramos

[1] J. Wikarjak, *Historia powszechna Herodota* (Historia Universal de Herodoto), Poznan, 1961, pág. 5. Ver también J. Dobias, *Dejepisectvi v staroveke* (Historiografía antigua), Praga, 1948, págs. 86-87.

[2] F. Müller, *De «historiae» vocabulo atque notione,* Mnemosyne vol. 43, 1926, páginas 234-257, en particular pág. 246. Ver también K. Keuck, *Historia. Geschichte des Wortes und seiner Bedeutung in der Antike und in den romanischen Sprachen,* Münster, 1934.

también en los griegos la palabra *histor,* que significa testigo, juez, una persona que sabe, y también la palabra *historeo,* interpretada como buscar, inquirir, examinar. Se cree que todas estas palabras están relacionadas con la raíz indoeuropea *vid,* de la que deriva *video* en latín, *voir* y *savoir* en francés, *wissen* en alemán, *widziec* y *wiedza* en polaco, *videti* en checo, y otra serie de palabras en muchos idiomas [3].

Del griego, el término *historia* pasó a otras lenguas, sobre todo por medio del latín, adquiriendo gradualmente un significado más preciso en el proceso. *History, historie, histoire, storia, istoria, historia,* son algunas de las formas actuales de la palabra en cuestión. En latín clásico, *historia* significa todavía lo mismo que en griego, de modo que lo que se acentúa es la observación directa, la investigación y los informes resultantes. Esto se puede ver claramente en el caso de Tácito, quien, no por casualidad, usó el término *Historiae* para los informes sobre la época que él observó personalmente (69 al 96 d. C.), mientras que sus obras sobre el período anterior (14 al 68 d. C.) se titulan anales *(Annales).* La traducción de las Historiae de Tito por *dzieje* (hechos pasados), que es corriente en Polonia, es inexacta, por supuesto, ya que en la antigüedad, e incluso en la Edad Media, el término *historia* no se usaba aún para determinar hechos pasados. Más aún, en aquella época el término implicaba algo estático y no demasiado extenso en el tiempo, y no se reducía a las acciones humanas (cfr. la *Historia naturalis* de Plinio). Este hecho reflejaba la convicción de que el conocimiento de los viejos tiempos no podía tener el mismo grado de precisión que la investigación basada en el testimonio de testigos que hablaban sobre hechos conocidos. Se creía que tales averiguaciones eran imposibles respecto a períodos anteriores, e incluso cuando se hacían, esto iba acompañado de una conciencia de que las situaciones eran diferentes, lo que se reflejaba en una distinción de términos.

El término *anales,* y el posterior *crónicas,* acuñados en la antigüedad, siguieron siendo en la Edad Media los términos para indicar, más corrientemente, tanto un recuerdo de hechos importantes como una narración escrita de historia. Los anales medievales, y también, indirectamente, las crónicas, estaban unidos a la práctica de la Iglesia de hacer ciclos de Pascua y calendarios (incluidos en breviarios y misales). Las relaciones hechas en los anales eran insertados en los calendarios y los ciclos. Términos como *anales* y *crónicas* incluyen un elemento temporal que faltaba en el griego *historia* y era escaso en las narraciones y relaciones *(historiae)* de Tácito. Bajo el impacto del nuevo acercamiento al pasado y al futuro, el concepto de historia podía adquirir un nuevo significado, pero esto requería una amalgama de la crónica estrictamente cronológica con las narraciones históricas libres, que en la Edad Media se conocían como biografías, *vitae* (por ejemplo, *Vita Caroli Magni,* de Einhard, siglo IX) o hechos y hazañas, *gesta* (por ejemplo, *Res gestae Saxonicae,* de Widukind).

Pero hasta el final de la Edad Media el término *historia* fue usado en el sentido específico indicado más arriba. Si recordamos que en latín medieval *historiare* era lo mismo que *narrare* o que *dicere,* nos parece obvio que el término se usara en donde no se pretendía una estricta observación de una estructura cronológica, típica de los anales y las crónicas. No podemos

[3] Cfr. H. J. Marrou, *Qu'est-ce-que-c'est l'histoire. L'histoire et ses méthodes,* París, 1961, págs. 3 y ss.; R. Jolivet, *Définition et sens de l'histoire. L'homme et l'histoire,* París, 1952; J. Dobias, *Dejepisectvi v staroveke,* págs. 86-7.

tomar en consideración títulos como *Historia Gothorum* (Jordanes, siglo VI), *Historia Francorum* (Gregorio de Tours, siglo VI) o *Historia Polonica* (Dlugosz de Polonia, 1455-80), puesto que éstas tenían normalmente adiciones de copistas y editores posteriores. Pero a veces el término *historia* se usaba realmente (normalmente, con la forma *historiae*, como en Tácito). Pero en tales casos las obras en cuestión deben clasificarse como *gesta*, o sea, narraciones, más que crónicas en el sentido estricto de la palabra. Gregorio de Tours, padre de la historiografía francesa, no dio probablemente ningún título a su obra. En la primera versión impresa, fechada en 1512, o sea, unos ochocientos años después de la fecha original, el título es el siguiente: *Gregorii Turonensis episcopi historiarum praecipue Gallicarum* lib. X. El nombre de *Historia Francorum* no aparece hasta la edición de 1561. El propio autor usa el término *historiae* (en plural) cuando afirma, en la conclusión, que escribió, entre otras cosas, diez libros de historias al estilo de Tácito, pero es evidente que se refiere a narraciones históricas del tipo de las *gesta* [4]. Lo mismo puede decirse sobre Orosio (siglo V), el autor de *Historiarum adversus paganos libri*, el historiador más eminente de la Antigüedad tardía (o la primera Edad Media), junto con Beda e Isidoro de Sevilla.

Dlugosz no se tomó la libertad de usar el término *historia*, que todavía no era bastante preciso en aquel tiempo y carecía de un sentido propiamente histórico, y tituló su obra al modo tradicional, *Annales seu cronicae incliti Regni Poloniae*. No fue hasta la primera edición de S. Herburt, fechada en 1614 y no basada en la versión autógrafa, cuando el término *Historia Polonica* se empezó a usar y llegó a incluirse en el lenguaje vulgar, pero con una impresión de anacronismo (lo mismo vale para la traducción polaca *Dzieje Polski)*.

El término *historia*, o más bien *historiae*, además de usarse esporádicamente para indicar *res gestae* en general, fue ampliamente usado en la Edad Media para referirse a los sucesos «sagrados» descritos en el Antiguo y Nuevo Testamento [5]. También ocurrió en la literatura polaca escrita en latín [6] No hace falta subrayar que la historia bíblica estaba más cerca de las *vitae* o las *gesta* que de los anales o las crónicas. En la Edad Media tardía los idiomas germánicos desarrollan un término propio, que corresponde al latino *gesta* o *res gestae*. El término en cuestión tiene en alemán la forma *Geschichte (geschiedenes)*, que procede de *geschechen*, «ocurrir, suceder». En las lenguas germánicas este término ha evolucionado hasta ser el término más importante y que mejor comprende la palabra *historia* en todos los sentidos de esta última palabra. En muchos otros idiomas este papel lo juega *historia*, o sus variaciones gráficas o fonéticas.

En polaco, el término *dzieje* (sucesos pasados) se usó cada vez más para indicar sucesos fuera del ámbito de la historia bíblica. Esta evolución se completó en la Baja Edad Media. Un momento característico en esta evolución puede verse en la fusión del término medieval *roczniki* (anales) y el más tardío *dzieje* en términos tales como *dzieje roczne* (sucesos registrados anualmente) (por ejemplo, M. Kromer), y también *koscielne dzieje roczne* (sucesos eclesiásticos registrados anualmente) (P. Skarga), aunque el término *dzieje* es de uso común desde el siglo XVI (por ejemplo, L. Górnicki). Sin embargo, todavía en el siglo XVIII, junto a *historia*, cada vez más usado desde el siglo XVI, encontramos términos como *dziejopismo*, *dziejopisarstwo* (literatura histórica) (por ejemplo, A. Naruszewicz). El último término mencionado se usa corrientemente en polaco hasta nuestros días.

[4] Cfr. *Monumenta Germaniae Historica. Scriptores rerum Merovingicarum*, volumen I, parte 1, Hannover, 1884.
[5] Du Cange, *Glossarium mediae et infimae latinitatis*, vol. III, Niort, 1884, páginas 209-210.
[6] Cfr. *Slownik staropolski* (Diccionario del polaco antiguo), vol. II, Wroclaw-Cracovia-Varsovia, 1959, núm. 7 (13), pág. 54. La única fuente que se menciona es *Rozmyslania przemyskie* (Meditaciones de Przemysl); al parecer, el término no ha sido hallado en otras fuentes abarcadas por el estudio.

En el siglo XVI los viejos anales y crónicas declinaron gradualmente, e *historiae*, es decir, las narraciones históricas del tipo de las *gesta* y *vitae*, hicieron frente a exigencias cada vez más críticas. Así surgieron las bases para aunar todas estas tendencias y desarrollar un tipo bastante uniforme de literatura histórica, que evolucionaba hacia la literatura histórica científica, y para darles un nombre necesariamente común, como *Geschichte* o *historia*. Este término se vio pronto libre de las restricciones medievales y abarcó la propia historia y el proceso de su reconstrucción por medio de una narración apropiada.

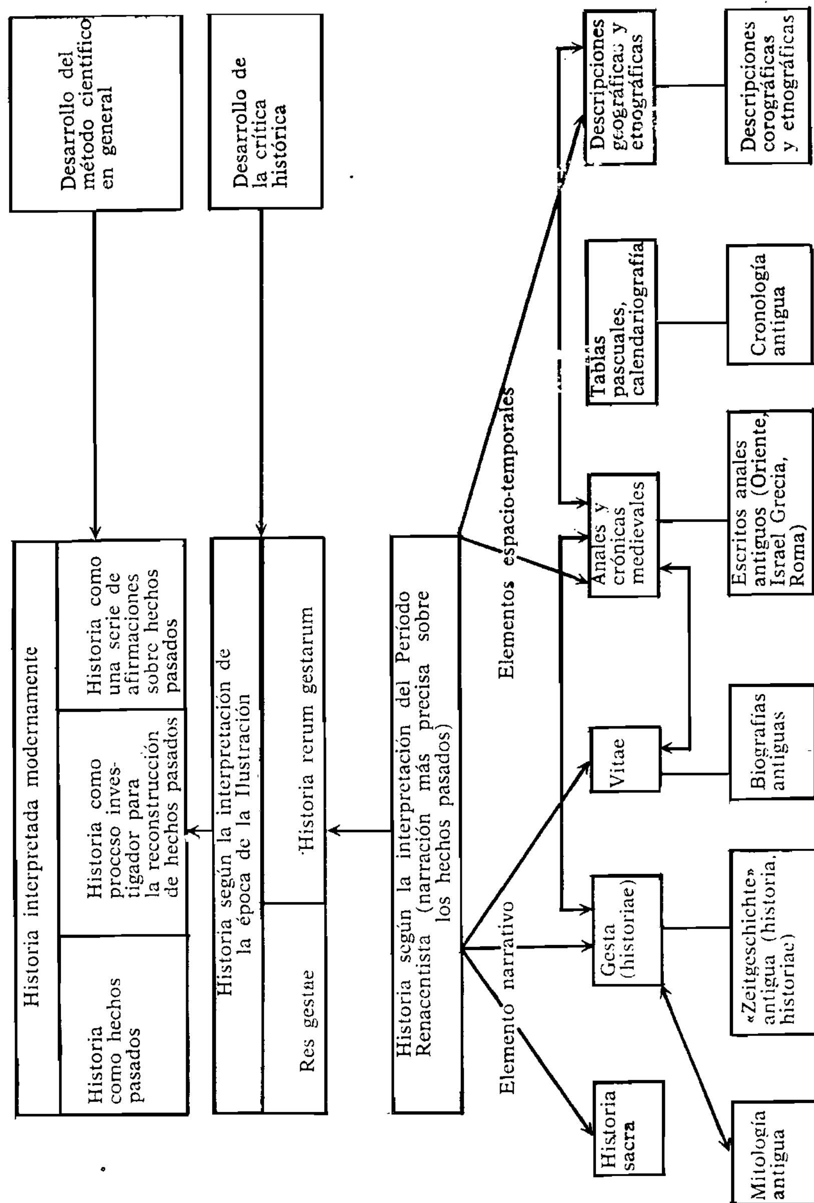
Es evidente que en aquellos idiomas que (como el francés) no tenían un equivalente del término *dzieje*, un término del tipo de *historia* tenía que extenderse antes, incluso en textos latinos. Pero vale la pena anotar, a modo de ejemplo, que autores como Bodin y Bruni *(Historiarum Florentini libri populi libri XII)* y otros lo usaban todavía en plural. El cambio al singular coincidió con la aparición de la ciencia histórica. Siguiendo esa evolución, algunas lenguas desarrollaron la oposición entre *dzieje* y similares, por una parte, e historia, por otra, mientras que las otras lenguas tuvieron que abarcar los dos significados con una palabra.

La evolución del término *historia* se muestra en el diagrama que presentamos más abajo.

Se puede ver claramente cómo en el período renacentista los conceptos de *historia* y *Geschichte* llegan a unir las dos tendencias básicas en el interés humano por los acontecimientos del pasado. Una de ellas estaba marcada por el elemento narrativo, que se desarrollaba sobre la base de la mitología antigua, y la *Zeitgeschichte*, las *gesta*, *vitae* e historias «sagradas» medievales; la otra, basada sobre todo en los anales medievales y las crónicas y la corografía de la Iglesia, con el elemento tiempo, tan importante para el desarrollo de la literatura propiamente histórica. La evolución posterior condujo a una clara distinción entre la historia como acontecimientos pasados e historia como una narración sobre los acontecimientos pasados. Pero el término *historia* adquirió su aspecto metodológico sólo cuando la literatura histórica se hizo científica.

El esquema presentado más abajo no hace una distinción cronológica estricta entre la Antigüedad y la Edad Media. Todos los tipos de escritos son tratados de forma conjunta, a pesar de que es bien sabido que, por ejemplo, la *Zeitgeschichte* griega, desde Herodoto en adelante, significó un inmenso paso en comparación con la *genealogía (mitografía)* de Hecateo y las crónicas locales como la de Caronte de Lampsakos.

También hay que señalar algo que no ha sido indicado en el esquema, que los diversos tipos de obras antiguas, que después contribuyeron, de un modo u otro, a precisar más el concepto de literatura histórica, hicieron surgir además otras disciplinas (como la etnografía, geografía, etcétera).



3. *Definiciones generales de la materia de la historia (como ciencia)*

Lo que se ha dicho en la sección 2 muestra que la opinión, al parecer evidente, de que el interés por los hechos pasados cae en el ámbito de la literatura histórica, surgió gradualmente a través de los siglos. Primero, el término *historia* estaba más fuertemente unido a los hechos presentes relatados por un testigo ocular, o sea, a la narración de la historia, que a la tarea de reconstruir los hechos pasados. Sólo la consolidación de la creencia de que la historia significa reconstrucción de los hechos pasados puso las bases para la reflexión sobre cómo deben entenderse estos hechos pasados que van a ser el objeto de interés de los historiadores.

Fue convenido que la investigación debería cubrir todos los aspectos de los hechos pasados: político, social, científico, artístico, etcétera. Globalmente, se llegó también a un acuerdo sobre el punto de que tales hechos pasados son los del hombre o, en otras palabras, las sociedades humanas (diferenciadas del mundo de la naturaleza). Estos elementos convergentes pueden ser vistos claramente en las definiciones de historia contenidas en las numerosas obras citadas en este libro. Pero las diferencias también son notables. Atañen, sin embargo, no tanto al ámbito de la materia de la investigación histórica como a las metas de la ciencia histórica. Pero trataremos estos problemas más tarde.

E. Bernheim dice que «la historia es una ciencia sobre el desarrollo de la humanidad» [7]. R. G. Collingwood afirma que la investigación histórica se ocupa de las acciones humanas en el pasado [8]. J. Huizinga formula la misma idea, de modo que considera a la historia como «la forma intelectual en que una civilización se rinde cuentas a sí misma de su pasado» [9]. De acuerdo con R. Aron, la historia es el estudio del pasado humano [10]; M. Bloch apunta a las actividades humanas en el pasado [11]; L. Febvre subraya que la historia no se ocupa del hombre, sino de las sociedades humanas, de los grupos organizados [12]. En el libro de E. Callot encontramos una definición que valora también la ciencia histórica: «La historia es una ciencia descriptiva que se ocupa de una sociedad dada como un todo en su aspecto temporal» [13]. Algunos estudiosos se refieren sólo al «pasado» (V. H. Galbraith, K. Jaspers y otros).

K. Marx y F. Engels escribieron (refiriéndose a la historia entendida como los hechos pasados) que «la historia es sólo la actividad de un hombre orientado hacia un objetivo» [14], lo cual apoya aquellas definiciones según

[7] E. Bernheim, *Lehrbuch der historischen Methode und der Geschichtsphilosophie*, Leipzig, 1908 (5.ª y 6.ª eds.), pág. 10. «Die Geschichte ist eine Wissenschaft von der Entwicklung der Menschen».

[8] R. G. Collingwood, *The Idea of History*, Londres, 1961, pág. 9.

[9] J. Huizinga, *A definition of the Concept of History. Philosophy of History*, Oxford, 1936, pág. 9. Citado en A. Stern, *Philosophy of History and the Problem of Values*, Oxford, 1956, pág. 17..

[10] R. Aron, *Introduction à la philosophie de l'histoire*, París, 1938, pág. 17.

[11] M. Bloch, *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*, París, 1949, pág. 4.

[12] Cfr. E. Callot, *Ambiguités et antinomies de l'histoire*, París, 1962, pág. 107, «(...) pas l'homme, jamais l'homme (...) les sociétés humaines, les groupes organisées.»

[13] *Ibidem*, pág. 106. «L'histoire, disons-nous, est la science descriptive de la société tout entière sous l'angle du temps.»

[14] K. Marx, F. Engels, *Die heilige Familie*, Berlín, 1953, pág. 210. «Die Geschichte-Zwecke durchzuarbeiten, sondern sie ist nichts als die Tätigkeit des seine Zwecke verfolgenden Menschen.»

las cuales la historia es algo más que simplemente la ciencia del pasado. En definiciones más extendidas, que no nos interesan ahora, la atención —como se ha dicho antes— se dirige también a los objetivos de la ciencia histórica. Las principales divergencias entre ellos se deben a diferencias de opinión sobre si la historia debe informar sobre las regularidades del proceso histórico o quedar satisfecha con un simple informe de sucesos. La respuesta afirmativa a la primera cuestión presupone, obviamente, la afirmación de que los hechos forman un proceso regular.

Para mostrar que este tipo de definiciones de la historia, especialmente las definiciones que subrayan que la historia se ocupa de las acciones sociales en el pasado, pertenecen a un estadio avanzado del desarrollo de esa disciplina, se puede recordar la definición de historia de Voltaire, que se refiere a otros problemas de esta ciencia, problemas que en aquel momento todavía estaban en primer plano: «La historia es una narración de hechos considerados como ciertos, distinta de una fábula, que es una narración de hechos que son falsos o inventados» [15]. En tiempos de Voltaire la cuestión era acentuar la necesidad de separar la historia de las fábulas, que entonces no era tan evidente para el hombre medio, incluyendo algunos historiadores.

4. *Historia como* res gestae *e historia como* historia rerum gestarum

A través de los siglos el término *historia* adquirió al menos dos significados básicos: 1) hechos pasados *(res gestae),* y 2) narración sobre los hechos pasados *(historia rerum gestarum).* La historia como hechos pasados tiene a su vez varias interpretaciones. Si el término se usa sin un modificador que indique su alcance cronológico o verdadero, podemos interesarnos por los hechos pasados en general, interpretados como la totalidad de los hechos que tuvieron lugar en el pasado, o con una antropomorfización de ese concepto, manifestada en afirmaciones que se refieren a «los veredictos de la historia», «el arma dañina» de la historia, etcétera. Puesto que imaginamos los hechos pasados siempre sobre la base de lo que sabemos de ellos, el contenido que varias personas (o grupos de personas) asocian con el término *historia* (usado para indicar los hechos pasados) puede variar enormemente, desde las ideas inspiradas por la ciencia y aquellas penetradas por leyendas y mitos. El análisis de esta cuestión es la materia de la investigación sobre la conciencia histórica manifestada por los individuos y los grupos, y por tanto, sobre el papel de la historia como la suma de ideas sobre los acontecimientos pasados y las conclusiones que resultan de ello.

El uso del término *historia,* con un modificador que limite su alcance, por ejemplo, la historia de Polonia, la historia medieval, la historia de Londres, la historia del movimiento obrero, etcétera, muestra claramente que el término se usa en el sentido de sucesos pasados.

El término *historia,* cuando se usa en el sentido de una narración sobre sucesos pasados *(historia rerum gestarum),* tiene por lo menos dos significados, hecho que no siempre se recuerda. En primer lugar, puede indicar el procedimiento investigador que reconstruye los hechos pasados (la ciencia interpretada como el oficio de los estudiosos), y en segundo lugar, el resultado de tal reconstrucción en forma de una serie de afirmaciones de los

[15] Cfr. A. Stern, *Philosophy of History and the Problem of Values,* La Haya, 1962, pág. 18. «L'histoire est le récit des faits données pour vrais, au contraire de la fable qui est le récit des faits donnés pour faux ou fictifs.»

historiadores sobre los hechos pasados (la ciencia interpretada como los resultados de la investigación). Pero en las lenguas contemporáneas hay normalmente una diferenciación entre la historia como hechos pasados y la historia como ciencia, o conocimiento, ya que junto al término *historia* se usa también el término *historiografía (historiography, historiographie, storiografia,* etcétera). En alemán el par de términos equivalente es *Geschichte* frente a *Geschichtsschreibung.* Sin embargo, esto no menoscaba el carácter general del término *historia,* puesto que *historiografía* tiene sólo un significado auxiliar. Esta última es dominante sólo en la expresión *la historia de la historiografía,* y esto, según parece, es debido en gran parte a razones eufónicas, en concreto el intento de evitar la expresión *la historia de la historia,* como la usaba Popelinière. En francés podemos encontrar a menudo la oposición entre *Histoire* e *histoire,* en la que el nombre escrito con *H* mayúscula se reserva para indicar los sucesos pasados. El significado unívoco de la palabra *historiografía* puede verse claramente en relación con esto, puesto que sólo se refiere al resultado de la investigación, es decir, el producto de lo que escriben los historiadores. Esto se mantiene también para la *historiographia* tal y como la usaban en griego [16]. No indica ningún procedimiento de investigación. Quizá por eso el término historiografía no ha encontrado una aplicación universal, ni siquiera en su sentido más estricto. La tendencia a usar el término *historia,* más uniforme, es obvia, a pesar de que supone una cierta falta de claridad.

La diferenciación sugerida parece evidente: cuando usamos el término *historia* podemos referirnos solamente al proceso investigador. En la famosa división de Hegel entre *res gestae* e *historia rerum gestarum* [17], que más tarde se extendió a la ciencia, no todo estaba claro, y la cuestión no se intrincó hasta más tarde. En esas interpretaciones, *historia rerum gestarum* significa narración histórica. No se sabe bien hasta dónde podemos incluir en ello el contenido asociado al proceso investigador mismo, es decir, la ciencia interpretada como actividad. Este problema surge sólo con el desarrollo del método científico de investigación histórica (siglo XIX), cuando la transición de los sucesos pasados a una narración de esos sucesos se complicó a medida que tuvo que satisfacer las condiciones cada vez más rigurosas de la crítica de fuentes y de la precisión de la narración. Esto fue, sobre todo, un logro del positivismo, que quería elevar la historia al nivel de una verdadera ciencia. El concepto de *historia rerum gestarum,* cuando se excluye lo que atañe a los procedimientos de investigación, corresponde a la interpretación de la historia como una serie de afirmaciones sobre los acontecimientos pasados, o sea, historia como resultado de la labor de un historiador. Cuando

[16] Cfr. F. Jacoby, *Ueber die Entwicklung der griechischen Historiographie und den Plan einer neuen Sammlung der griechischen Historikerfragmente,* Klio, volumen IX, Leipzig, 1909, pág. 96, nota 1.

[17] Sería oportuno recordar aquí las reflexiones de J. Lelewel a partir de 1818. Escribió que «la palabra *historia* se toma en sus diversos significados. Designa tanto los sucesos como las narraciones, es decir, la anotación de dichos sucesos. La palabra polaca *dzieje* parece corresponder a los sucesos sobre los que se habla, y puede sustituir también el significado de la palabra *historia* (...) los sucesos *(dzieje)* expuestos de este modo (es decir, erudito, *J. T.*), suelen llevar el augusto nombre de historia en su sentido más noble y exaltado. Excepto el idioma alemán, que, en este sentido, usa la palabra *Geschichte,* todas las demás lenguas europeas adoptan la palabra griega *historia,* sin ninguna otra interpretación. La lengua polaca puede aceptarla también prontamente». (J. Lelewel, *Dziela* (Obras escogidas), vol. II, 2.ª parte, Varsovia, 1964, pág. 871.)

el término *historia* se usa en este sentido, normalmente va acompañado de un modificador que describe su ámbito; decimos, por ejemplo, una historia de la Revolución Francesa, una historia de Florencia, una historia del capitalismo. La interpretación del término *historia* como un procedimiento de investigación no viene al caso aquí, pero términos como *historia económica, historia militar, historia de la cultura material*, etcétera, sugieren hasta cierto punto el procedimiento usado para reconstruir los hechos pasados en la esfera de la economía, arte y operaciones militares, cultura material, etcétera. Así, *historia económica* se refiere a los hechos pasados en la esfera de la economía y a la disciplina que se ocupa de esos hechos pasados, interpretada como un procedimiento de investigación y una serie de afirmaciones sobre esos hechos pasados.

Hemos desmembrado así tres significados básicos del término *historia:* historia como hechos pasados, historia como operaciones de investigación realizadas por un historiador e historia como resultado de dichas operaciones de investigación; es decir, una serie de afirmaciones sobre los hechos pasados. En los dos últimos significados nos referimos a la historia como una disciplina científica. Esta interpretación de la historia ha evolucionado gradualmente, como se ha mencionado más arriba, siguiendo el desarrollo de la reflexión sobre los hechos pasados y el desarrollo de la disciplina que debe reconstruir esos sucesos.

La clasificación de las áreas de interés de la metodología de la historia adoptada más arriba se corresponde con estas tres interpretaciones de la historia. Cada rama de la metodología se ocupa de cada una de estas interpretaciones.

SEGUNDA PARTE

MODELOS DE INVESTIGACIÓN HISTÓRICA

Bases para la clasificación

Como L. Geymonat[1] ha dicho, con razón, y como ya hemos indicado más arriba, la investigación metodológica sobre la ciencia no puede realizarse si no incluye la «dimensión histórica». Cualquier análisis metodológico, subrayémoslo una vez más, que no tome en cuenta este punto de vista, no puede producir soluciones suficientemente amplias en lo referente al lenguaje de una disciplina dada y a los problemas de esa disciplina, ni puede proponer ningún medio de resolver tales problemas. Sólo cuando abarcamos una disciplina dada como un todo histórico, es decir, cuando la abordamos como un sistema que sufre cambios constantes, podemos advertir la dialéctica de su desarrollo y sus problemas específicos. Esto sacará a relucir también las tendencias del desarrollo de esa disciplina. Si llegamos a conocer cómo encontramos su manifestación en los objetivos pretendidos, más o menos conscientemente, por los estudiosos, entonces podemos considerar lo que esa meta, reconstruida por nosotros, ha permitido o permite obtener, y qué impide su obtención.

En lo que respecta a la historia, el problema subrayado antes puede ser investigado en dos aspectos:

1) práctica investigadora de los historiadores (en el sentido de los procedimientos de investigación y los resultados obtenidos);
2) reflexiones sobre esa práctica investigadora.

Así podemos estudiar cómo han investigado los historiadores la materia de su disciplina y qué resultados obtuvieron (resultados que sean de interés metodológico), y qué han pensado de esa disciplina como tal.

En el último caso, los metodologistas están, por supuesto, interesados no sólo por las opiniones de los historiadores, sino igualmente por las opiniones de los filósofos, sociólogos, metodologistas, y también los posibles representantes de otras disciplinas. Esto ocurre porque las reflexiones de los historiadores sobre su investigación se reducían normalmente a la heurística y a la crítica de fuentes, con un acento especial en las técnicas de investigación.

Si combinamos esta conclusión con la clasificación de las ramas de la metodología de la historia, podemos decir que, por lo que respecta a la historia de la ciencia histórica, los metodologistas se ocupan de:

a) cuáles fueron las opiniones sobre la materia (dominio) de la investigación histórica (su alcance y rasgos característicos);
b) cómo se estudió esa materia y qué se pensó sobre esa cuestión;
c) qué se pensó sobre los resultados obtenidos por la investigación.

[1] L. Geymonat, *Filosofia e filosofia della scienza*, pág. 196.

En vez de tratar estos puntos uno por uno, parece más apropiado sacar a relucir ciertos modelos de investigación histórica que fueron dominantes en varias épocas, y las reflexiones metodológicas correspondientes. Adoptamos la meta adscrita a la investigación histórica[2] como criterio de distinción entre los diversos tipos de reflexión (el término *reflexión* abarca tanto el modelo de investigación como las opiniones sobre él). Los instrumentos de investigación estaban subordinados a este objetivo, y, por otra parte, esos instrumentos y la formulación precisa del objetivo dependían de lo que se creía que era la materia de investigación. Por tanto, la adopción del objetivo como criterio de distinción entre los diversos modelos de investigación histórica permite describir esos modelos de una forma sintética.

Podemos valorar los diversos modelos de investigación histórica tomando en consideración los objetivos que guían esa investigación en un modelo dado o los objetivos que fueron formulados por la ciencia histórica a medida que esa disciplina se iba desarrollando. De aquí que ciertas acciones, bastante lógicas a la luz de un modelo determinado, pueden mostrarse bastante irracionales cuando se confrontan con un objetivo formulado en un estadio posterior. Estos dos puntos de vista no siempre se distinguen claramente; por otro lado, deben considerarse los dos de forma unida.

Incluso aunque, de manera más general, los diversos modelos de investigación histórica cambiaron a lo largo de los siglos y siempre ocurrió que uno de ellos se hacía dominante a una escala más amplia, ninguno de ellos se desvaneció nunca completamente, ya que todos ellos encontraban apoyos y condiciones para revivir. No es muy exagerada la afirmación de que el número de esos modelos creció junto con el desarrollo de la ciencia histórica. En un momento dado, el más ambicioso científicamente se haría el patrón de valoración para modelos obsoletos o redivivos. Cada modelo aportaría valores definidos a la investigación histórica. El siguiente, a pesar de que muchas veces se desarrollaba como negación de su predecesor, se beneficiaría por lo menos de los logros técnicos del último. A veces, cuando un modelo concreto dominaba todavía, aparecerían eminentes precursores de nuevas soluciones, y formularían objetivos nuevos. Entre estos precursores hay que incluir, por ejemplo, a Ibn Khaldun, cuyas ideas nos parecen notables incluso hoy, y a Karl Marx, el autor del modelo más avanzado de investigación histórica. Formularon nuevos modelos o ampliaron los ya existentes, entre otros, L. Valla, Voltaire, L. Ranke y H. Berr.

Resulta que los objetivos establecidos para la investigación histórica pueden reconstruirse como sigue[3]. La Antigüedad y una gran parte de la Edad Media estuvieron dominadas por el objetivo práctico (pragmático) de la literatura histórica. Los antiguos no atribuyeron a la historia como principal tarea la formulación de afirmaciones verdaderas sobre el pasado, y por tanto no la veían como una ciencia, sino como una forma de actividad práctica, orientada para la vida. Como J. M. Finley ha demostrado hábilmente, en Grecia, hasta el final del siglo VI a. C., la forma dominante de manifestación de la conciencia histórica de los griegos fue el mito, pero

[2] La interpretación de ese objetivo, como se ha afirmado de acuerdo con K. Ajdukiewicz *(Lógica Pragmática*, ed. cit., pág. 188), está en el área de la metodología pragmática, es decir, una rama de la metodología que se trata muchas veces junto a la metodología apragmática.

[3] Esta clasificación no está hecha desde el punto de vista de la historia de la historiografía, y por tanto, no coincide con ella en algunas cuestiones.

el mito estaba expresado en la poesía, y no en la literatura histórica. Los héroes de Homero no actuaban en ninguna dimensión temporal[4], y la épica no tenía nada en común con una descripción histórica. No fue hasta el desarrollo político de las *polis* griegas cuando se estimuló la transición de los mitos y la tradición oral a la literatura histórica[5]. Para ganar su lugar bajo el sol, la literatura histórica antigua tuvo que competir con la poesía, y no sólo en Grecia. La cuestión era que la poesía tenía que ser privada de su función, hasta entonces exclusiva, de formular afirmaciones generales, y de su misión de establecer verdades vitales que resumieran la experiencia de la humanidad. Los adagios, ocupados de la sabiduría práctica, en aquel momento se podían encontrar más en la poesía que en la historiografía naciente. Por eso Aristóteles[6] tenía razón cuando, desde la óptica de la teoría de la ciencia, clasificaba la poesía, y especialmente la tragedia, más arriba que la historia. En aquella época las descripciones de los sucesos pasados estaban dominadas por narraciones de hechos singulares y separados, y no había ningún intento de investigar las causas de los sucesos y de valorar estos últimos. La famosa afirmación de Herodoto al comienzo de sus *Histories apodexis* señala la asunción, por la literatura histórica naciente, de la tarea de describir los acontecimientos pasados para que no se olviden, de averiguar las causas de un giro concreto de los hechos, y de valorar el pasado[7]. Esto era más de lo que podía proporcionar la poesía, ya que incluía una precisión en el informe de los hechos y un análisis causal[8]. La poesía iba a continuar satisfaciendo las necesidades estéticas, a pesar de que la lucha con la poesía iba a hacer que los historiadores se esforzaran en formular correctamente sus afirmaciones. Algunos de ellos irían hasta el punto de borrar la diferencia entre una descripción poética y una histórica. Esto llevó a discusiones sobre los límites de la dramatización permitida en las descripciones históricas[9] Se hacía una distinción entre historia «trágica» y «retórica». Algunos historiadores, como Tucídides, oponían la historia «poética», que tenía la vista puesta en tareas principalmente estéticas[10]. Globalmente, la historiografía griega intentó poner en práctica aquellos principios que Aristóteles había codificado para la tragedia, tratando de sacar —por medio de descripciones y explicaciones de las acciones humanas— conclusiones extraídas del pasado[11]. Por tanto, no es una coincidencia que todas las grandes obras históricas de la Antigüedad, las de

[4] J. M. Finley, «Myth, Memory and History», *History and Theory*, IV, 1965, páginas 281-302.

[5] Este hecho es señalado por J. M. Finley en el artículo mencionado.

[6] La opinión de Aristóteles ha sido analizada por muchos autores. En este sentido, ver R. G. Collingwood, *The Idea of History*, Nueva York, 1956, pág. 24; F. J. Teggart, *Theory and Processes of History*, Berkeley, 1941, pág. 7; E. Nagel, «Some Issues in the Logic of Historical Analysis», *Theories of History*, Glencoe, I, 11, 1959, pág. 373; J. M. Finley, «Myth, Memory and History», págs. 281-282.

[7] Esto significaba la formulación de los tipos básicos de procedimientos de investigación usados por los historiadores. El hecho es subrayado por A. Stern, «L'irreversibilité de l'histoire», *Diogène*, núm. 20, 1960, págs. 3-19. Sobre Herodoto, ver F. Chatelet, *La naissance de l'histoire*, París, 1962, págs. 55 95.

[8] *Diogène*, núm. 29, 1960, pág. 18; ver también J. Dobias, *op. cit.*, pág. 120, nota 1.

[9] Cfr. E. Bernheim, *op. cit.*, pág. 26.

[10] *Ibidem*, pág. 27.

[11] El hecho fue señalado por K. Fritz, «Die Bedeutung des Aristoteles für die Geschichtsschreibung», *Histoire et historiens dans l'antiquité*, Vandoeuvres-Ginebra, 1956, págs. 85 y ss., en particular, pág. 156.

Tucídides (probablemente el mayor de todos), Timeo, Polibio, Salustio, y Tácito, eran en realidad ensayos políticos, introducciones a la política (como ha sido denominada la obra de Tucídides por F. Chatelet), ocupados en los sucesos contemporáneos y en sus autores, y abundantes en preceptos apropiados [12]. A la vez que introducían diversos conceptos de la vida política, eran también modelos de narración histórica.

Así, la ciencia histórica nació de un conflicto con la poesía. Ya avanzada la Edad Media, cuando ya no había obras que pudieran competir con las de Tucídides y Tácito, la poesía épica reemplazó o ayudó a la historiografía enferma. Las tareas de la narración histórica fueron, como se ha mencionado más arriba, formuladas al principio de ese conflicto. Asumir el papel de *magistra vitae* era en aquel momento la única posibilidad de desarrollo de los escritos históricos. Era todavía demasiado pronto para pedir a la narración histórica que estableciera la verdad y que hiciera de esto su tarea. Por eso el modelo pragmático de literatura histórica era el único camino, y ésta es la razón de que Herodoto sea llamado, no en vano, el padre de la historiografía, al menos en el área cultural europea.

La escasa tradición de la escritura de anales y crónicas necesitó siglos, como se ha mencionado previamente, para aportar a la narración histórica la conciencia de nuevas tareas. Pero los orígenes de la ciencia histórica deben ser buscados en otro lugar.

El nuevo modelo de literatura histórica se formó laboriosamente, y a lo largo de muchos siglos. Gradualmente, sin embargo, la búsqueda de la verdad sobre el pasado llega a formularse como la tarea principal de la historiografía, reemplazando así la tarea de proporcionar preceptos morales. La información sobre el pasado era estudiada críticamente, por eso este nuevo modelo de literatura histórica se llama crítico. La formulación de afirmaciones verdaderas, tan acentuada enfáticamente por los eruditos del siglo XVII, se convierte en la tarea que todos los historiadores confiesan como más importante, que, por tanto, consideran el error de la falsedad como el mayor insulto.

Esta nueva tarea de la literatura histórica no puso fin, por supuesto, al viejo pragmatismo. Podríamos pensar, incluso, si no hay que cambiar la cesura entre la época del modelo pragmático y la del modelo crítico, decimos, cambiarla de Valla, donde todavía la situamos, a Gibbon, Niebuhr y Ranke, porque las tendencias pragmáticas no sólo permanecieron, sino que a menudo dominaron, durante un largo período. Pero una vez que la verdad pasó de su existencia de crisálida de la antigüedad a ser un insecto visto por todos, debía estar garantizado el nacimiento de un nuevo modelo de literatura histórica. Desde ese momento, los principios pragmáticos, todavía no desaparecidos, se propagaron en diferentes condiciones; la admisión del hecho de que el principal objetivo de la literatura histórica es la búsqueda de la verdad ya era unánime por aquel entonces. Por tanto, la valoración de ese nuevo pragmatismo, y también de todas las formas

12 Hay una tendencia a relacionar el giro en la investigación histórica (es decir, la configuración de un nuevo modelo de investigación) con la actividad de los representantes de la corriente erudita en el siglo XVII. Su actividad se considera, en este sentido, como parte de la llamada revolución científica del siglo XVII (cfr. H. Butterfield y F. Smith Fussner). Esta interpretación se basa en muchas simplificaciones. La dificultad de señalar minuciosamente «el momento en el que comienza un giro» ha sido subrayada por M. H. Serejski, *Przeszlosc a terazniejszosc* (El pasado y el presente), ed. cit., págs. 31-32.

posteriores de pragmatismo, debe ser distinta; depende de si una actitud pragmática dada dificulta el descubrimiento de la verdad o no, o quizás incluso lo facilita. Pero esta regla no debe inducirnos a valorar equivocadamente la labor de los historiadores antiguos. El hecho de que el principal objetivo de sus narraciones fuera práctico no implica que difundieran afirmaciones falsas. El hecho de que una persona pretenda que la literatura histórica tenga propósitos prácticos no equivale a que oculte la verdad. Aunque a veces se olvida, Cicerón unía su famoso adagio *historia magistra vitae* a la recomendación de que el historiador debe buscar la *lumen veritatis* y cuidarse de las falsedades [13].

Cuando surgió el modelo de investigación histórica, comenzaron las controversias sobre el significado del descubrimiento de la verdad. Puesto que se sabía muy poco sobre la materia de la investigación histórica, ese nuevo modelo de estudio histórico se basaba en débiles fundamentos, y lo único que había eran demasiadas ideas de la verdad que había que descubrir. En el primer período de la hegemonía de ese nuevo modelo en Europa, se podían distinguir por lo menos cuatro ideas de ese tipo: dos de ellas de orientación eclesiástica (católica y protestante), una de orientación cortesana y una «culta», es decir, procedente de los historiadores imbuidos de las ideas de la *respublica docta*.

La imagen de los sucesos pasados obtenida de este modo no podía ser fácilmente confrontada con nada. Esto fue advertido por pensadores como Voltaire, Turgot, Condorcet, Montesquieu y Herder, que pidieron una ampliación de la investigación histórica e introdujeron en la historia una serie de conceptos generales sacados de la evolución de las sociedades humanas. Podemos ver el punto de partida de estos intentos en el famoso *La Siècle de Louis XIV* (1756) de Voltaire, que fue también el autor del artículo *Historia* en la *Encyclopédie*. El modelo crítico de investigación histórica dio lugar a dos tendencias: la erudita (que subrayaba la necesidad de acumulación de datos sobre el pasado) y la filosófica (así llamada por Hegel), que subrayaba la intención de averiguar las regularidades de los sucesos pasados; esto debía lograrse usando, en la investigación histórica, el conocimiento general sobre la sociedad, y se hacía, por supuesto, con vistas al descubrimiento de la verdad.

La tendencia erudita tenía al principio la hegemonía. Acentuaba la necesidad de ampliar las técnicas de investigación del historiador para poder acumular un conocimiento lo más comprensivo posible de la materia de estudio. Este debía ser, ante todo, un conocimiento de los hechos, aunque tampoco faltaban audaces ideas de síntesis. El concepto de nación, que dirigía la atención a la necesidad de estudiar el pasado de un pueblo concreto, sirvió de motivo importante para esa investigación. Los historiadores, como registradores de hechos o como autores de síntesis, estaban unidos por un mismo esfuerzo en acumular información sobre los acontecimientos pasados (principalmente de sus respectivas naciones), y por eso se pueden clasificar como representantes de la misma tendencia erudita. Los viejos sabios también acumulaban hechos, pero ése era el período en el que tenían en mente, sobre todo, que debían considerar la verdad como objetivo. Cuando dos siglos más tarde Ranke decía lo mismo, la pretensión de la verdad había sido por entonces una vieja máxima, aunque se iba

13 A este otro aspecto del principio de Cicerón me ha hecho prestar atención M. H. Serejski (en comunicación personal).

a repetir entonces e incluso en épocas posteriores, y la nueva meta era preferiblemente averiguar muchos sucesos.

El modelo erudito tuvo su mayor logro en la reflexión genética, es decir, prestando atención a la necesidad de unir hechos establecidos en secuencias cronológicas. Globalmente, el modelo erudito, en sus variantes, la llamada romántica, la positivista (orientada genéticamente) y la «coleccionista de arte», atribuía gran importancia a los hechos (la calificación de *llamada* romántica es aconsejable, debido a la naturaleza inexacta del término). Pero los hechos eran siempre demasiado pocos. Cada estudio abría áreas nuevas e inexploradas. El elemento nuevo, que era el acento puesto por algunos historiadores (por ejemplo, H. T. Buckle) sobre la necesidad de buscar regularidades en los hechos pasados, estaba, como veremos, muy poco relacionada con el análisis de los hechos, por su interpretación específica de las regularidades.

La tendencia creciente hacia un acercamiento integral a la materia de estudio, es decir, hacia la revelación de la estructura total de esa materia de la investigación histórica, era una reacción contra el modelo erudito-genético de investigación. Esto contribuyó a intensificar las diversas tendencias hacia la integración del estudio histórico, y dio lugar a un nuevo tipo de reflexión sobre la investigación histórica y a un nuevo modelo de dicha investigación, que se podría llamar estructural.

El modelo dialéctico de investigación histórica se proponía tareas incluso más ambiciosas. Abarcaba todos los logros de las tendencias anteriores y contemporáneas en la historiografía, que integró convirtiendo el estudio del desarrollo de la sociedad en la tarea primordial de la investigación histórica. Sólo en este modelo se introdujo la categoría de *desarrollo* en la ciencia histórica para sustituir al concepto cartesiano de *progreso*. El estudio del desarrollo significa la integración del acercamiento genético y el estructural. Esto hace posible eliminar aquellos factores que permanecen fuera del proceso histórico (la deidad, el espíritu de la nación, el progreso interpretado en términos de ley de la naturaleza, los factores raciales y geográficos interpretados de un modo determinista, etc.). El modelo dialéctico de investigación histórica presupone, sin embargo, un conocimiento amplio que permita estudiar simultáneamente la estructura y los cambios temporales.

Cada uno de estos modelos dio como resultado su propio tipo de narración histórica. La estructura de esa narración cambiaba a medida que se desarrollaba la investigación histórica, o sea, a medida que la historiografía se planteaba nuevas tareas. Los fundamentos de la narración histórica se configuraron, globalmente, en el momento en que los dos primeros modelos prevalecieron.

IV

Reflexión pragmática

1. *Antigüedad*

No es correcto unir, como se suele hacer, el origen del pragmatismo, o sea, del propósito de atribuir tareas prácticas a la literatura histórica, con los nombres de Polibio y Tucídides, porque, como ha mostrado J. Dobias, la literatura histórica dirigida a proporcionar recomendaciones y valoraciones para las actividades públicas y privadas, puede remontarse, en su forma original, a la historiografía hitita (siglo XIV a. C.) y hebrea (esta última relacionada con la edición del Antiguo Testamento)[1]. El término *pragmátikos* se debe en realidad a Polibio (siglo II a. C.), pero todos los escritos de Tucídides (siglo V a. C.), el fundador de la historiografía política, que eran escritos destinados a instruir a hombres de estado, tenían ya la marca de un pragmatismo avanzado[2]. El hecho de que la musa de la historia se llamara Clío testifica la temprana influencia del pragmatismo en la historiografía griega, que ha sido subrayada en varias ocasiones[3]. El nombre *Clío* viene seguramente de *kleio*, «glorificar, venerar». Esta opinión sobre los objetivos de la literatura histórica impregnó la historiografía durante largo tiempo, determinando así las tareas de cualquier historiador consciente de su papel, incluso aunque dicho historiador creyera, como Polibio, que la historia podía escribirse de otra manera para los «sabios», es decir, sin fe ni temor de los dioses *(deisdaimonia)*.

Aunque los historiadores de orientación pragmática se atribuían la tarea de buscar las causas de los sucesos, y en la práctica, de las acciones humanas (lo cual se considera a menudo como el rasgo característico de la historiografía pragmática), sin embargo sus logros reales en ese aspecto fueron bastante pequeños. La búsqueda de causas, sin embargo, se ha convertido desde entonces en un elemento de la narración histórica. La intervención divina y la providencia fueron destacadas en la Antigüedad (cfr. Herodoto), como lo fue más tarde en la Edad Media, pero el papel del hombre (individuo) como factor histórico, un individuo cuyas acciones estaban siendo valoradas todo el tiempo (cfr. Tucídides), era acentuado con más fuerza que en la Edad Media; en la Antigüedad esto significaba abandonar los mitos para pensar en términos históricos. Polibio, uno de los mayores his-

[1] J. Dobias, *op. cit.*, págs. 36, 49-50. Los comentarios más incisivos sobre la narración en los historiadores antiguos se encuentran en L. Canfora, *Totalità e selezione nella storiografia classica*, Bari, 1972.

[2] *Ibidem*, pág. 102; E. Bernheim, *op. cit.*, pág. 27; R. Aron, «Thucydide et le récit des événements», *History and Theory*, vol. I, 1961, págs. 104 *et passim;* ver también F. Chatelet, *La naissance de l'histoire*, ed. cit., págs. 81 y ss.

[3] Por ejemplo, A. Stern, *Philosophy of History and the Problem of Values*, La Haya, 1962, pág. 49.

H. I. Marrou[8]. En un período posterior, la tendencia hacia acercamientos más amplios puede verse en muchos historiadores, entre ellos, sobre todo, Poseidonio (135-50 a. C.).

Había, sin embargo, mucha menos reflexión sobre el conocimiento histórico mismo, o sea, sobre los fundamentos de la narración basados en fuentes, aunque los antiguos (por ejemplo, Tucídides) en la práctica habían dominado casi por completo la heurística y muchos métodos de reconstrucción del pasado. Necesariamente, esto dio lugar —a pesar de la carencia de estudios teóricos— al desarrollo de la heurística práctica. El progreso en ese campo puede observarse a partir del hecho de que Herodoto, en contraste con los logógrafos, revelaba sus fuentes, hasta cierto punto. Sin embargo, ésta no era la regla; con lo preciso que era, ni siquiera Tácito anotó sus fuentes[9]. En general, no había un clima que impulsara a agrupar e investigar las fuentes. Los historiadores no se preocupaban de reunir fuentes y conservarlas; usaban los testimonios que encontraban, e incluso esto lo hacían de un modo más literario que estudioso. Esta valoración general no se ve refutada por ciertas excepciones, en particular la aproximación inductiva de Aristóteles y su recomendación de reunir datos sobre los hechos. Todo esto se debía a la circunstancia de que el acercamiento estudioso a los sucesos pasados apenas se podía encontrar aún, y lo mismo vale para la Edad Media. El sentido crítico hacia las fuentes puede verse ya en los elementos de una interpretación racional de los viejos mitos cuando se les considera fuentes, elementos que encontramos en la *Genealogía* de Hecateo de Mileto (vid. supra). Pero más tarde, a pesar de que aumentó la conciencia hacia el estudio de las fuentes, los historiadores no consiguieron realizar la crítica interna y externa de las mismas.

2. *La Edad Media*

En último término, la Edad Media heredó de la Antigüedad, por lo que se refiere al método histórico, ciertos elementos de la teoría de la descripción histórica, y sobre todo una inmensa experiencia práctica en la literatura histórica, marcada por altos valores estéticos. Pero esa experiencia práctica no se usó debidamente, y sólo en el último período medieval, bajo el impacto del humanismo, la historiografía europea alcanzó el viejo nivel de narración, cuidadosa en su forma, pero más precisa en cuanto a la situación de la materia en el tiempo y en el espacio. La reflexión sobre el tiempo representaba también la principal fuerza del pensamiento medieval, tanto sobre la filosofía de la historia como sobre las técnicas de literatura histórica. Para los cristianos, el tiempo está claramente delimitado: desde la creación del mundo hasta el Juicio Final. En la Antigüedad, especialmente para los griegos, el tiempo no tenía dirección y corría cíclicamente. El cambio de opinión sobre el tiempo en la Edad Media tenía que reflejarse en las maneras de interpretar los sucesos pasados. La más importante para la literatura histórica fue la introducción, por Aurelio Augustino (San Agustín, 354-430 d. C.), de la interpretación del pasado como una secuencia de épocas determinadas, cada una de las cuales era la realización de un objetivo

[8] H. J. Marrou, *Qu'est-ce-que-c'est l'histoire. L'Histoire et ses méthodes*, edición citada, págs. 5 y ss.

[9] Cfr. S. Hamer, «Tacyt i jego dzielo» (Tácito y su obra), que es una introducción a Tácito, *Dziela* (obras escogidas), vol. I, Varsovia, 1959, pág. 50.

divino específico. La interpretación lineal de sucesos fue reforzada por las concepciones cristológicas (las épocas del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo), y más tarde, por la división, introducida por Joaquín de Fiore (siglo XII), en épocas *(status)* y períodos *(aetates)*, marcados por generaciones sucesivas y también, a veces, por las actividades de personas prominentes, como Juan el Bautista, Constantino el Grande, etcétera. Después hará esto Bossuet (1627-1704), y aún más tarde lo harán los filósofos de la Era de la Ilustración, quienes combinaron estas concepciones con elementos seculares.

En la práctica histórica medieval fueron mucho más importantes, dada la época, los avances en la medida del tiempo. Además de anteriores logros de los cronógrafos Sexto Julio Africano (siglo III) y Eusebio de Cesarea (siglo IV)[10], los fundamentos generales fueron puestos por el eminente historiador eclesiástico Beda el Venerable (673?-735), autor de *De Temporum Ratione*, en su obra sobre las tablas pascuales que sirvieron para computar las fechas de la Pascua. Beda notó la diferencia creciente entre el año astronómico y el año del Calendario Juliano e inició el estudio de una reforma del calendario, que no tuvo lugar hasta el siglo XVI, con la introducción del Calendario Gregoriano, y que, de cualquier manera, la Iglesia vetó en un principio. Sin embargo, fue de enorme importancia práctica su tabla pascual en la que el tiempo se contaba a partir del nacimiento de Cristo. Este método de computar fue creado por un monje romano llamado Dionisio el Corto (siglo VI), pero Beda fue el primero en introducir el método de Dionisio en la historiografía. La obra de Beda y la de los tabuladores cristianos tardíos contribuyeron a la unificación del sistema cronológico usado en la literatura histórica medieval europea. Sin embargo, esto sirve sólo para los anales y las crónicas (en el estricto sentido de estos términos), puesto que los autores de las obras que eran mucho más narrativas o épicas (hablamos del período anterior al siglo XIII), como las *gesta*, no atribuían tanta importancia a la precisión cronológica, ya que centraban su atención en la descripción de sucesos, de la forma más colorida e instructiva posible. Puede decirse en general, no demasiado concisamente, que la primera tendencia estaba más unida a los centros eclesiásticos (monasterios y cabildos), mientras que la última representaba más bien la literatura histórica de tipo cortesano.

La reflexión sobre el elemento espacial, que dirigió la atención de los historiadores hacia las diferencias entre territorios y pueblos, y por tanto exigió explicaciones de tales diferencias, se hizo más pronunciada en la Edad Media. Por otra parte, los árabes consiguieron grandes logros en el campo de la geografía, en especial Al Mussudi (siglo X) e Ibn Khaldun (siglo XIV), probablemente los más importantes viajeros medievales, ayudados por la relativa unidad del mundo musulmán[11]. Sus obras no influyeron, sin embargo, sobre los autores cristianos.

Así pues, no hay que pensar que, a pesar del avance en la precisión de las descripciones, la historiografía cristiana no hizo ningún progreso en las reflexiones sobre las causas de las diferencias y los cambios. La antigua y fuerte tendencia humanística en la presentación de los sucesos pasados

[10] Cfr. W. Nigg *Die Kirchengeschichtsschreibung. Grundzüge ihrer historischen Entwicklung*, Munich, 1934.

[11] Este hecho se manifiesta plenamente en los famosos libros de viajes de Ibn Battuta (siglo XIV). La versión polaca de sus informes es *Peculiaridades de las ciudades y maravillas de los viajes, 1325-1354*, Varsovia, 1962.

provocó una combinación de las fuentes de los cambios con las acciones humanas.

En la Edad Media cristiana, esta tendencia se había debilitado mucho. El individualismo dejó paso al universalismo; el hombre se convirtió en un instrumento en manos de Dios, que asigna a la historia su objetivo y asegura al mundo su protección divina, mientras que el hombre, por sí mismo, no está en posición de hacer ningún cambio esencial en el mundo. Esta interpretación de los hechos debe de haber dado lugar a una actitud metodológica definida hacia la descripción de esos hechos. La observación en las descripciones de la secuencia temporal de los hechos hizo que los historiadores buscaran un nexo causal, pero el omnipresente pragmatismo, por otro lado, les hizo buscar en los hechos pasados modelos que en última instancia venían de Dios, y así bloqueaban el camino a los procedimientos de explicación, respecto a los factores determinantes de los cambios y a las reflexiones sobre el auténtico concepto de causalidad en la historia. Algún progreso en las explicaciones históricas se debía a los historiógrafos árabes, pero ellos también carecían de la categoría de desarrollo histórico.

La historiografía medieval era pragmática, tanto en su versión eclesiástica (ejecución de ideas cristianas) como en su versión laica (servicio a los monarcas y estados), pero, siguiendo una hegemonía más fuerte de los elementos religiosos en la vida intelectual, tenía efectos de más largo alcance que en la Antigüedad en lo referente a la selección de los hechos, y por tanto una pluralidad y objetividad relativas. Por otro lado, el universalismo cristiano contribuyó al desarrollo de las tendencias universalistas en la historiografía, que intentaban abarcar todo el pasado en el contexto geográfico más amplio posible, incluso aunque la adopción del factor divino que explicaba todo no dirigía la atención hacia otros factores que podían ser la base de cambios y diferencias. Se pueden encontrar ejemplos en las obras de Orosio (mencionado previamente), Otto de Friesingen (siglo XII) y Martin de Opava (Troppau), llamado Martín el Polaco, autor de la *Crónica de los Papas y Emperadores* (siglo XIII). Por tanto, para todas las tendencias hacia aproximaciones integrales, la falta de reflexiones sobre los conceptos de diferencia, cambio, y desarrollo, impidió una transformación de la literatura de crónicas medieval, básicamente compiladora. Es obvio que ni la utilización más precisa del tiempo y el espacio como elementos de descripción basta para que esa descripción sea un cuadro coherente. Esto requiere una reflexión avanzada sobre la explicación de las diferencias de situaciones, cambios en el tiempo y desarrollo; tales explicaciones sólo pueden surgir de una aproximación exploratoria a los hechos pasados, y esa aproximación era inexistente en la Edad Media, como también lo había sido en la Antigüedad.

Pero las descripciones podían mejorarse basándose en fundamentos lo más fiables posible. La Edad Media, especialmente en la historiografía bizantina y árabe, sí marcó algún progreso en el análisis de fuentes. Pero, si nos concentramos en la literatura cristiana, esa crítica era extremadamente tímida. Se debía a ciertos avances en la heurística, la atención prestada a la recogida de fuentes, y una documentación más cuidadosa y completa de las descripciones. Este progreso fue paralelo a una marcada apertura del horizonte intelectual de los estratos superiores de la sociedad, relacionada con el desarrollo de la cultura urbana y la vida universitaria, y con una cierta evolución de los puntos de vista sobre las tareas de la historia.

Crecía la demanda de obras que fueran de naturaleza laica y políticamente comprometidas en la misma medida en la que fueran religiosas. La cuestión era tener obras que correspondieran a la creciente manifestación de los sentimientos nacionalistas; los anales tradicionales y la hagiografía, basados en débiles fundamentos heurísticos y ya en decadencia por aquel tiempo, no podían estar al nivel que la ocasión exigía. La tendencia comenzó en los siglos XI y XII, tanto en Europa occidental como en Rusia (en este último caso, bajo la influencia de la historiografía bizantina), pero alcanzó su auge después, en el siglo XV.

En Polonia el intento de escribir una gran crónica nacional se manifestó en el siglo XIV en la forma de la *Crónica Magna seu Longa Polonorum*, que parece haber sido el resultado de una obra preparatoria (heurística) escrita probablemente por Junko de Czarnków[12], que tenía en mente el escribir una historia nacional[13]. La idea fue puesta en práctica por Jan Dlugosz. Sus *Annales* atestiguan un considerable progreso en las técnicas heurísticas, incluso teniendo en cuenta que Dlugosz fue uno de los historiadores más eminentes de su época. J. Dabrowski asegura que en la época de actividad de Dlugosz «ningún historiador en Europa podía igualarle, ni por supuesto, superarle»[14]. También asegura que ni siquiera los primeros escritores y humanistas, incluido el famoso Enneas Silvio Piccolomini, produjeron una obra que puediera competir con la de Dlugosz, a pesar de que éste escribía todavía con el espíritu pragmático de la Iglesia. Utilizando las fuentes, Dlugosz mostraba su tendencia a basar sus conclusiones en los fundamentos más variados posibles y a obtener fuentes primarias, cosa que hay que subrayar, es decir, no sólo compilaciones posteriores, sino también aquellos documentos «que están desperdigados en las Iglesias, los archivos y otros lugares». Escribió que no quería «quedar satisfecho con la repetición de lo que habían escrito antes historiadores extranjeros, sino que intentaba dar un paso adelante»[15]. Hay que advertir, puesto que el hecho suele pasar desapercibido, que por medio de la yuxtaposición de varias fuentes (crónicas polacas, y datos bohemios, rusos, húngaros y de los caballeros teutónicos, cartas, tradición oral, sus propias observaciones e informaciones de sus contemporáneos), Dlugosz mostró elementos de su crítica externa e interna. Según la costumbre de su época, Dlugosz no citaba sus fuentes, pero un análisis crítico de su trabajo muestra que cuando describía un hecho concreto prefería basarse en aquellos testimonios que fueran lo más originales posible, y lo más cercanos al hecho en cuestión. La fiabilidad del trabajo de Dlugosz, debido al avance que representó en la heurística, ha sido demostrada recientemente, a pesar de que en sus narraciones confundía las informaciones sobre los hechos con invenciones de su propia imaginación, con las que quería llenar las lagunas de las fuentes y ofrecer explicaciones causales. Su crítica de fuentes no podía ser todavía moderna porque aún no existían unas ciencias auxiliares bien desarrolladas: no aparecieron hasta más tarde, a partir de la reflexión sobre los fundamentos del conocimiento histórico.

12 Esto sigue las sugerencias de J. Dabrowski en su *Dawne dziejo pisarstwo polskie* (Historiografía polaca antigua), Varsovia, 1964, págs. 129 y ss.
13 Cfr. B. Kürbis, *Dziejo pisarstwo wielkopolskie XIII i XIV w.* (Historiografía en la Gran Polonia en los siglos XIII y XIV), Varsovia, 1959, págs. 35 *et passim*.
14 J. Dabrowski, *op. cit.*, pág. 239.
15 *Ibidem*, pág. 223.

Pero el nacimiento de las ciencias históricas auxiliares podría situarse en la época de la actividad de Dlugosz. Como era de esperar, estas disciplinas surgieron junto a la crítica de documentos, tan importantes en la Edad Media y que a menudo eran falsos. L. Valla (1407-1457), secretario papal de mente excepcionalmente interesante, fue uno de los primeros estudiosos que mostró sospechas de este tipo. Cuando analizó la llamada donación de Constantino, que consideraba como mito, intentó usar la crítica externa e interna. Un historiador, pensaba, debe ser objetivo y tener claro que su imagen del pasado no debe distorsionarse por el *studium, odium* y *vanitas* [16].

En la baja Edad Media, uno de los que aportó valores excepcionales a la interpretación de la literatura histórica fue Ibn Khaldun (Abd ar-Rahman Ibn Khaldun, 1332-1406), el historiador más eminente del mundo musulmán, autor de un trabajo sobre la historia de los árabes, los persas y los bereberes, y de sus *Prolegómenos a la historia*, que hicieron época. En sus obras anticipó claramente los avances de la reflexión sociológica posterior sobre la historia, señalando la necesidad de tener en cuenta los cambios de la estructura social en el proceso histórico. Analizando, sobre todo, las diferencias entre los pueblos nómadas y los sedentarios, subrayó factores que provocan los cambios sociales (en especial el factor geográfico). Interpretó la materia de la historia de una forma muy amplia, como un estudio de «la cultura del mundo», anticipándose así a la época de la Ilustración. En sus obras podemos encontrar destellos de una distinción entre historia científica e historia descriptiva (la primera consiste en el estudio de los cambios de la estructura social). También combinó un conocimiento amplio y comprensivo de las fuentes con una gran cantidad de crítica [17].

16 Cfr. B. Suchodolski, *Narodziny nowozytnej filozofii czlowieka* (El nacimiento de la filosofía del hombre moderno), Varsovia, 1963, págs. 35-37. L. Valla es mencionado, a veces con gran detalle, en muchas obras.

17 La investigación sobre Ibn Khaldun está resumida por H. Becker y H. E. Barnes en *Social Thought from Lore to Science*, vol. I, 3.ª ed., Nueva York, 1963. Entre las obras sobre Ibn Khaldun, hay que anotar la obra de N. Schmidt, *Ibn Khaldun*, 1930, en particular el capítulo sobre Ibn Khaldun como historiador, y Muhsin Mahdi, *Ibn Khaldun's Philosophy of History*, 1957. Entre las contribuciones polacas están J. Bielawski, «Tworca socjologii w swecie Islamu Ibn Châldun» (Ibn Khaldun, el fundador de la sociología en el mundo musulmán), *Kultura i Spoleczenstwo*, vol. III, núm. 2. La obra de Ibn Khaldun ha sido publicada en traducción inglesa: *The Muquddimah: An Introduction to History*, 3 vols., Nueva York, 1958.

V

Reflexión crítica

1. *El desarrollo del modelo crítico de investigación y el erudicionismo temprano*

Era destacable en la baja Edad Media y claramente marcado en los tiempos modernos que el centro del interés de un historiador era moverse de la narración misma a los fundamentos de esa narración. El resultado fue un enorme desarrollo de las técnicas críticas del historiador. La precisión cada vez mayor de esas técnicas es el *signum specificum* del buen trabajo de un historiador, y las mismas son consideradas por algunos historiadores interesados en la metodología (por ejemplo, L. E. Halkin) como el criterio de la naturaleza científica de la investigación histórica, incluso hoy, que los modelos de investigación histórica están en un nivel más alto y la calidad de las técnicas de investigación está garantizada. Este criterio, que minimizaba la cuestión de los hechos pasados, fue enriquecido —a la luz del modelo crítico de investigación— por la exigencia de que las narraciones históricas fueran no sólo ciertas, sino también acomodadas a la teoría (filosofía). Esta exigencia fue mantenida principalmente por filósofos y teóricos de la ciencia, aunque los historiadores destacados coincidían en las consideraciones generales de la misma.

El modelo crítico de investigación estaba dominado por la reflexión —inspirada por varios motivos— sobre los métodos de establecer las fuentes en las que se basa la investigación, y por la crítica hacia tales fuentes. Esa crítica también cubría, por descontado, varias obras previamente escritas por historiadores. Tal fue el espíritu que inspiró la primera historia moderna y general de la historiografía, escrita por La Popelinière [1]. Las muchas e interesantes propuestas que se encuentran en esa obra —que proponía la idea de «historia acabada» *(histoire accomplie)*— incluyen la condena de las narraciones que atribuyen a sus héroes monólogos y diálogos inventados por los historiadores. La Popelinière se opone a la excesiva emisión de veredictos sobre el pasado, y compara a los historiadores que lo hacen con los estudiantes que nada más dejar la sala de lectura tratan de «cambiar» las leyes de Licurgo o Solón. Subraya que la historia no debe escribirse para beneficio de nadie. La narración debe ser verdadera y tener la intención de derrumbar las leyendas y los mitos. Su naturaleza científica debe ser establecida por el esfuerzo en descubrir las «causas naturales» *(causes naturelles)* de los sucesos históricos. Así, la obra de la Popelinière podría considerarse como la manifestación de un nuevo modelo de inves-

1 H. L. V. de la Popelinière, *Histoire des Histoires avec l'idée de l'histoire accomplie*, 1599.

tigación histórica. Cabría la posibilidad de apuntar muchas más obras que propagaron ese modelo de investigación.

Su equivalente filosófico se encontraba en las obras de Francis Bacon (1561-1626), que llamaba la atención hacia el cuidado en la formulación de opiniones y quería reformar la ciencia señalando el papel dominante de la inducción. En el caso de la historia, esto significaba la recomendación de seguir estrictamente las fuentes. Pero no postulaba una renuncia total a las hipótesis que no estuvieran basadas en fuentes. Su intento de sistematizar aquellas ideas que acechan a las mentes humanas y estorban, por tanto, al historiador en su reconstrucción crítica del pasado, se hizo célebre. Esas ideas son las que llama *idola theatri* (aceptación ciega de la doctrina), *idola fori* (tomar las palabras como cosas), *idola specus* (creencias individuales) e *idola tribus* (mitos de un grupo). Pero el induccionismo de Bacon no iba a encontrar plena confirmación hasta el positivismo del siglo XIX.

Es evidente que, en comparación con la crítica moderna de las fuentes, ese tipo de crítica promovida y practicada con referencia a los testimonios del pasado tenía todavía un alcance limitado y, más aún, tenía sus orígenes, especialmente durante el Renacimiento, no en los esfuerzos independientes para lograr la verdad del historiador, sino en fines prácticos. La referencia a los ejemplos históricos como argumentos para dirimir conflictos se hizo cada vez más popular. Y esto fue estimulado por la escalada sin precedentes de conflictos religiosos en el período de la Reforma. Los promotores de la Reforma buscaban apoyos en el pasado e intentaban demostrar (en un terreno determinado) la falsedad del cuadro del pasado dibujado por la vieja historiografía de la Iglesia y por su literatura histórica papal contemporánea. Estos intentos comenzaron en el siglo XV y se intensificaron en el XVI. En conexión con esto, el análisis de fuentes iría muchas veces más allá de la crítica externa, formando así el núcleo de la hermenéutica. Pero los resultados del interés analítico en las fuentes se iban a manifestar de forma más amplia sólo en el siglo XVII. El Renacimiento exigió un examen crítico de las fuentes, pero —si consideramos la cuestión desde el punto de vista del desarrollo de la reflexión sobre la historia— dio lugar a la extensión de la filosofía social y política (la primera podría llamarse también sociología histórica), de enorme importancia para la evolución, entonces en sus principios, de las opiniones sobre la materia de la investigación histórica. En N. Maquiavelo (1469-1527), F. Guicciardini (1483-1540), J. Bodin (1530-1596) y otros, esa filosofía, que hasta el momento había sido deductiva y teológica, entró en contacto con la historia. Sin embargo, el punto de partida no era una búsqueda estudiosa de la verdad que fuera de naturaleza puramente cognoscitiva, sino más bien las necesidades de conocimiento social y político, para lo cual se buscaba apoyo en el pasado, incluso aunque los autores en cuestión estuvieran apartados de una intención moralizadora.

La importancia excepcional de las obras de Maquiavelo para el desarrollo de la reflexión sobre la historia no puede menos que ser subrayada. Maquiavelo, a quien, por cierto, sus contemporáneos consideraban sobre todo un historiador, aportó a la política —después de un intervalo que duraba desde Aristóteles— un acercamiento laico y científico. En sus obras históricas, Maquiavelo, siguiendo un sendero parcialmente recorrido, si consideramos a los Villanis y sus *Crónicas Florentinas* como sus predecesores directos, acentuó las cuestiones sociales y los conflictos en la sociedad, se interesó por el origen del estado (¡el nacimiento del concepto de contrato

social!), por el papel social de la religión y la ley y por la vida económica. La ampliación de la materia de investigación histórica se relacionaba con las ideas filosóficas (teóricas) no teológicas, que ayudaron a organizar la descripción histórica de los sucesos, y que eran inexistentes en la historiografía pragmática y en la del tipo de las crónicas. Esta ampliación de materia incluía también una selección apropiada de datos sobre los hechos. No es casualidad, entonces, que la reflexión sobre este asunto se remonte al Renacimiento. A pesar de las diferencias entre los dos historiadores, F. Guicciardini representó tendencias metodológicas en la literatura histórica similares a las de su gran predecesor[2].

En el desarrollo de la metodología de la literatura histórica el punto crucial debe verse en el *Methodus ad facilem historiarum cognitionem* de J. Bodin (1566), nacido de las controversias mencionadas más arriba sobre la Reforma y dedicada exclusivamente a las reflexiones sobre la historia, aunque se refería más a los hechos pasados que a los métodos para reconstruirlos[3]. J. Bodin subrayó que el desarrollo de la literatura histórica requería un mejor análisis y una crítica más exhaustiva de las fuentes. En su reflexión sobre la historia fue el primero en subrayar con tanta firmeza la necesidad de los historiadores de tener un conocimiento no basado en fuentes, sobre todo en cuanto a las cuestiones geográficas y cronológicas. En su análisis de la «historia humana», que caracterizaba como el origen de la sociedad y el estado, y por tanto como aquellos factores que explican las diferencias en las situaciones de los distintos pueblos, Bodin prestó atención a los rasgos geográficos y climáticos del entorno y a los rasgos antropológicos de los seres humanos (factores estáticos), pero también advirtió el papel de los factores sociales, principalmente los conflictos que surgen en las sociedades, y por tanto, los hechos relacionados con las acciones humanas (factores dinámicos). Muchas de sus conclusiones recuerdan las obtenidas previamente por su brillante predecesor Ibn Khaldun, cuyos escritos podría haber leído Bodin. Bodin mostró también un sentido más preciso del tiempo histórico y del proceso de la historia que el que habían tenido los historiadores anteriores.

La aparición del concepto de «progreso»[4], no muy claramente comprendido aún en aquel tiempo, atestigua también una evolución general de las opiniones del Renacimiento. El progreso se ha convertido desde entonces en una categoría permanente del pensamiento histórico, y puede conside-

[2] Cfr. W. Voisé, *Poczatki nowozytnych nauk spolecznych* (Los orígenes de las ciencias sociales modernas), Varsovia, 1962, págs. 206-222.

[3] Téngase en cuenta también la obra básica de J. Bodin, *La République*, publicada en 1576 por primera vez.

[4] Cfr. K. Grzybowski, «Z dziejów pojecia postepu» (Problemas de la historia del concepto de progreso), *Kwartalnik Historyczny*, núm. 3, 1957, págs. 3 y siguientes. Sobre los cambios en el pensamiento histórico durante el Renacimiento, ver W. K. Ferguson, *The Renaissance in Historical Thought*, Boston, 1948; A. Klempt, *Die Säkularisierung der universalhistorischen Auffassung. Zum Wandel der Geschichtswissenschaft in 16 und 17 Jahrhundert*, Göttingen, 1960; H. Butterfield, *The origins of Modern Science 1300-1800*, Londres, 1958. Sobre Polonia, ver K. Dobrowolski, «Studia nad kultura naukowa w Polsce do schylku XVI stulecia» (Estudios sobre la cultura científica en Polonia hasta finales del siglo XVI), *Nauka Polska*, vol. XVII, Varsovia, 1933, y S. Herbst, «Poczatki historycznego widzenia rzeczywistosci w nauce i sztuce polskiego Odrodzenia» (Los comienzos de la aproximación histórica en la ciencia y el arte durante el Renacimiento en Polonia), *Odrodzenie w Polsce* (El Renacimiento en Polonia), vol. II, parte 1, Varsovia, 1956. Ver también G. Monod, «Du progrés des études historiques en France depuis le XVI siècle». *Revue Historique*, vol. I, París, 1876, págs. 5-33.

rarse como el principal logro de los escritores renacentistas en este terreno. El estadio inicial de esa evolución lo marcaron las obras de F. Bacon y J. Bodin, el último de los cuales trató además de tener en cuenta hasta cierto punto la historiografía anterior. Aquel intento tuvo un continuador destacado en la persona de La Popeliniére.

El intenso sentido crítico manifestado en la literatura histórica del Renacimiento dio lugar a las ciencias históricas auxiliares, en primer lugar la diplomática, en el sentido amplio de este término. Esto fue acompañado por grandes avances en la cronología, a partir de las controversias motivadas por la reforma del Papa Gregorio XIII (J. Scalinger, 1540-1609, *Thesaurus Temporum;* D. Petavius, 1583-1652, *De doctrina Temporum,* 1627). Scalinger propuso la división del tiempo, en relación con la literatura histórica, según principios matemáticos y astronómicos, mientras que Petavius fue el primero que consiguió fechar sucesos dividiéndolos entre los que tuvieron lugar antes o después del nacimiento de Cristo. Este sistema de datación se hizo común durante el siglo XVII. Igual que el estudio de la cronología, también la diplomática se desarrolló en el ambiente monástico de las abadías de St. Germain-des-Près y St. Denis, pero no nació hasta 1681 con la aparición del libro I de *De re diplomática libri VI,* de J. Mabillon. El mismo período vio también la publicación del diccionario de latín medieval de Du Cange, que ha conservado su valor hasta hoy.

El siglo XVII, que se caracterizó sobre todo por el progreso en la técnica de establecer los hechos, vio la publicación de las primeras colecciones de fuentes, a veces muy amplias, en las que los principios críticos iban siendo gradualmente aplicados. En 1623, G. J. Voss publicó en Leyden su *Ars histórica,* que fue el núcleo de los tratados futuros sobre la literatura histórica. No encontramos en él ningún análisis metodológico riguroso, sino simplemente una lista de reglas de la técnica de la literatura histórica, en relación con lo que Voss llamaba la capacidad de distinguir la falsedad de la verdad. La capacidad de escribir historia es llamada aquí «arte histórica», un arte crítico[5]. La opinión, subrayada por F. Bacin, de que es necesario liberarse del pragmatismo y escribir narraciones objetivas sobre los hechos pasados, iba ganando terreno entre los estudiosos. Las discusiones sobre el tema se intensificaron, lo que dio ímpetu a las tendencias críticas de una parte de los estudiosos que disponían de técnicas cada vez mejores.

Los sucesos que tuvieron lugar en el siglo XVII, y en parte también en el siglo XVI, en la esfera de la literatura histórica, merecen atención especial[6]. Fue en aquel tiempo cuando se formó por primera vez, sobre todo en Francia, un círculo de historiadores y estudiosos en general conscientes de su identidad y concentrados en una reconstrucción objetiva de los hechos pasados. Querían considerar la historia como una ciencia, y se oponían por tanto a las tendencias pragmáticas, especialmente las inspiradas por la Iglesia y los grupos dirigentes. En este sentido, rechazaban totalmente las especulaciones, comunes anteriormente, sobre los hechos pasados, y centraban la atención en una mejora de los métodos de investigación, principalmente la crítica de fuentes.

Estas tendencias tienen orígenes diversos, y se manifestaron claramente en los círculos eclesiásticos más ilustrados, tanto católicos como protes-

[5] E. Bernheim, *op. cit.,* págs. 31, 173, 222 y 227.
[6] Cfr. F. Smith-Fussner, *The Historical Revolution. Historical Writing and Thought, 1580-1660,* Londres, 1962. Estoy en deuda con M. H. Serejski por haber dirigido mi atención hacia este libro.

tantes. En las discusiones se empezó a prestar atención a la necesidad de apoyar las afirmaciones. Una muestra interesante la ofrece sobre todo el *Acta Sanctorum,* obra del grupo de estudiosos llamados Bollandistas, seguidores de Jean Bolland, el iniciador de la publicación. En su obra se aplica un pensamiento científico riguroso a un terreno tan poco cultivado por la crítica como la hagiografía. La manifestación más clara de las nuevas tendencias de la literatura histórica podía verse en las obras de Mabillon y Du Cange, antes mencionadas. Fue Mabillon quien estableció las reglas fundamentales para investigar la autenticidad y fiabilidad de las fuentes, normas que iban a conservar su valor durante largo tiempo[7].

En resumen, podemos hablar del nacimiento de la primera fase del *erudicionismo* en la historiografía. Su primera función consistió en intentar convertir la investigación histórica en algo científico. Los defensores del erudicionismo se enfrentaron a la historiografía dirigida por la Iglesia o por la nobleza. Por supuesto, la historiografía erudita no desapareció en el siglo XVII, sino que continuó existiendo y enriqueciéndose regularmente con valores nuevos que después se convirtieron en los rasgos característicos de las obras históricas.

A pesar de estos intentos críticos, la literatura histórica continuó siendo un arte que no profundizaba en la crítica, sino que intentaba jugar, junto con la filosofía, y a veces incluso por sí sola, el papel de *magistra vitae.* Así puede entenderse que no lograra ganar la aprobación del riguroso y escéptico Descartes (1596-1650), como antes no había logrado la aprobación de Aristóteles. Descartes, que postulaba un modelo deductivo de conocimiento, reprochaba a la historia su escasa crítica, demasiada imaginación, e incapacidad de seleccionar los hechos. Al hacerlo tenía bastante razón, y esta situación de la historia, junto con el hecho de que la ciencia natural, anteriormente rechazada, se iba haciendo cada vez más científica, podía agrandar la distancia entre los estudios sobre la naturaleza, amplios y rigurosos, y los estudios sobre la sociedad.

La influencia de Descartes en la metodología de la investigación histórica fue doble. En primer lugar, promovió una atmósfera filosófica que favoreció la lucha en favor del rigor, la claridad y el espíritu crítico. En segundo lugar, al proponer la idea del progreso constante, fijado de una vez por todas hasta que el conocimiento humano, basado en el axioma del orden natural del universo, llegue al estado de perfección, Descartes fue el verdadero autor de la idea, desarrollada en la época de la Ilustración, de las leyes de la naturaleza consideradas como axiomas de los que se puede deducir todo el conocimiento humano (por un proceso de deducción análogo al de la geometría). Esto implicaba una idea definida de progreso: a partir de Descartes el progreso se convirtió en algo ahistórico, como un «proceso natural», que es la realización de las leyes inmutables de la naturaleza que hacen felices a los seres humanos y pueden ser abarcadas por la razón. El carácter inmutable de estas leyes iba unido, obviamente, a la afirmación de que la naturaleza humana es también inmutable. En esta interpretación el progreso suponía la posibilidad de averiguar las leyes que lo

[7] Jean Mabillon (1639-1707) fue un monje de la abadía benedictina de St. Germain-des-Prés en París. Estableció las reglas para examinar la autenticidad de las fuentes (diplomas medievales) cuando estudiaba documentos del período merovingio. Jean Bolland, 1596-1665, un jesuita belga, llegó al mismo resultado al publicar documentos pertinentes a la biografía de santos (Las *Acta Sanctorum* mencionadas más arriba) y al preparar su *Martyrologium Romanum.*

rigen, como principios *a priori* que son independientes del curso real de los acontecimientos. Hasta la época de la Ilustración no llegaron a buscarse dichas leyes en serio [8].

2. *La variante filosófica del modelo crítico de investigación histórica. Desarrollo posterior de los instrumentos de crítica histórica en el siglo XVIII*

El peligro de una desproporción entre el desarrollo de la investigación histórica y el de la ciencia natural fue evitado por el desarrollo posterior de las ideas políticas y sociales antifeudales, nacidas durante el Renacimiento y unidas a la decadencia del feudalismo y al crecimiento de la ideología correspondiente a las necesidades de la burguesía, que iba ganando fuerza. Esto ocurría porque estos hechos daban a la historia la oportunidad de convertirse, a su debido tiempo, en la ciencia que investiga el origen y desarrollo de la sociedad humana, y explica la formación de las instituciones sociales, sobre todo la institución del estado. Esto fue demostrado primero por las reflexiones de Grocio, Harrington, Hobbes, Locke (entre otras cosas, en relación con el problema del contrato social), y más tarde por el vasto panorama del pensamiento filosófico, social y político del siglo XVIII. Esto, sin embargo, requería un inmenso trabajo paralelo sobre la metodología de la investigación histórica. Pero esta última no logró ir a la velocidad de los logros en la explicación del proceso histórico, logros relacionados con el progreso en la conversión de la investigación histórica en «filosófica», es decir, con la gran irrupción de las ideas sociales.

El interés por la explicación causal, o sea, por explicar sobre todo las diferencias entre las situaciones reales de los diversos pueblos, indujo a los estudiosos a desarrollar el método comparativo y las aproximaciones genéticas. Mientras que la heurística y la crítica de fuentes, y por tanto el establecimiento de los hechos pasados, se desarrollaban cada vez más, la época de la Ilustración ejerció una mayor influencia sobre la definición de la materia de la investigación histórica, sobre el análisis de los factores que ayudaban a explicar los hechos pasados, y sobre las leyes del progreso en la historia. En la reflexión sobre la naturaleza de la narración histórica, la historia comenzó a aparecer, de forma incierta al principio, como una disciplina científica que describe los sucesos pasados (interpretados a partir del Renacimiento de forma cada vez más amplia) con cierta actitud crítica, explica los hechos, e intenta predecir —por medio de generalizaciones— las posibles conexiones mutuas de los sucesos. Como resultado de todo esto, las importantes lagunas de los tiempos antiguos en la reflexión metodológica sobre la historia iban cubriéndose, a veces de forma superficial, pero esto no significaba que hubieran desaparecido las desproporciones en la reflexión metodológica.

La enorme tarea de hacer de la historia una disciplina totalmente madura contó con la colaboración de los filósofos (en el sentido que entonces se daba a este término) y de los escritores de historia. El rasgo característico fue el vivo interés mostrado en la investigación histórica práctica por los filósofos, incluidas las grandes mentes de aquella época (como Hume,

[8] R. G. Collingwood, *The Idea of History*, ed. cit., pág. 59; F. J. Teggart, *Theory and Processes of History*, ed. cit., págs. 87-91.

Voltaire y otros), un hecho cuya importancia para el desarrollo de la ciencia histórica y de la reflexión sobre ella merece ser destacada.

En cuanto a la heurística y la crítica de fuentes, es digno de subrayarse un cierto escepticismo cognoscitivo. En 1722, Lavesque de Poully escribió *Sur l'incertitude de l'histoire des quatres premiers siècles de Rome;* un estudio parecido fue publicado en 1738 por Louis de Beaufort [9]. Más confianza en la posibilidad de encontrar la verdad con el apoyo de las fuentes mostraba Nicolás Lenglet de Fresnoy, autor de *La Mèthode pour étudier l'histoire* (1713, versión aumentada en 1740), que fue el libro de texto sobre la técnica de investigación histórica que siguió al *Ars histórica* de Voss. Una comparación de los libros de texto de Voss y Fresnoy muestra que la crítica progresaba [10]. Fresnoy intentó ordenar los criterios de fiabilidad de las fuentes (observaciones hechas por el propio autor de una fuente, imparcialidad, claridad y precisión de las afirmaciones) y las causas de los defectos en las fuentes procedentes de diversos períodos. Señaló, de acuerdo con la opinión que entonces nacía, las diferencias entre los originales, más valiosos para los investigadores, y las copias de las fuentes. Subrayó la importancia del conocimiento no basado en fuentes para establecer los hechos (conocimiento de varias religiones y costumbres). Numerosas y ambiciosas ediciones de fuentes proporcionaron práctica y al mismo tiempo un estímulo para desarrollar la heurística y la crítica de fuentes, y por tanto, las ciencias históricas auxiliares. Los siguientes títulos pueden servir de ejemplo. Franceses: *Palaeographia graeca*, de Bernard de Montfaucon (1708); *Rerum Gallicarum et Franciscarum scriptores*, de M. Bouquet (a partir de 1738, en 31 volúmenes); *Sacrorum Conciliorum nova et amplissima collectio*, de J. Mansi (a partir de 1759); ingleses: *Foedera conventiones literae et cuiusque generis acta publica*, de T. Rymer (a partir de 1704); italianos: *Rerum italicarum scriptores ab anno Chr. 500-1500*, en veinticinco volúmenes, y otras publicaciones de L. A. Muratori; alemanes: *Codex juris gentium diplomaticus* (1693), *Scriptores rerum Brunsvicensium* (a partir de 1707), y otras obras de G. W. Leibniz, *Teutsches Reichsarchiv*, de J. Ch. Lünig (a partir de 1710); *Scriptores rerum germanicarum praecipue saxonicarum*, de J. B. Menckes (a partir de 1778), la primera publicación amplia del tipo de los *regesta*, compilada por P. Georgisch (a partir de 1740); polacos: *Volumina legum* (a partir de 1732), *Codex diplomaticus* (a partir de 1758).

En vista de este vivo interés por la heurística y la crítica de fuentes, la exigencia de una nueva publicación como la de Mabillon parecía natural; fue satisfecha por Toustain y Tassin, que publicaron *Le nouveau traité de diplomatique* (6 volúmenes, 1750-1765). El desarrollo de la diplomática fue acompañado por el de la paleografía, que se convirtió gradualmente en una disciplina histórica auxiliar aparte. Lo mismo ocurrió con la cronología; su origen como disciplina histórica auxiliar se remonta a los estudios hechos por los benedictinos franceses, quienes en 1750 comenzaron a publicar *L'art*

[9] E. Bernheim, *op. cit.*, pág. 223.

[10] *Ibid.*, pág. 226. Una aproximación adecuada a las obras de Fresnoy fue la dada en 1826 por J. Lelewel, «O historii, jej rozgałezieniach i naukach zwiazek z nia majacych» (Sobre la Historia, sus ramificaciones y las disciplinas relacionadas), *Dziela* (Obras completas), vol. II, 1.ª parte, Varsovia, 1964, págs. 233, 395-397, 402-403, 405. Ver también J. Topolski, «Na drodze do nowoczesnej nauki historycznej. Nicolas Lenglet DuFresnoy (1674-1755) i jego metoda badania historycznego» (Hacia la ciencia histórica moderna. Nicolas Lenglet DuFresnoy (1674-1755) y su método de investigación histórica), en *Wiek XVIII. Polska i swiat* (El siglo XVIII. Polonia y el mundo), Varsovia, 1974, págs. 51 61.

de vérifier les dates et les faits historiques. Las décadas siguientes vieron la publicación de gran número de libros de texto sobre las distintas disciplinas históricas auxiliares. El desarrollo gradual de la lingüística aportó también instrumentos cada vez más precisos para la comprensión y la crítica de las fuentes.

Las primeras reflexiones teóricas sobre el establecimiento de los hechos no lograron tampoco ponerse a la altura de los avances en la práctica de investigación. El progreso en ese campo, en comparación con la obra de Fresnoy, fue mostrado sobre todo por los estudios de J. M. Chladenius (*Allgemeine Geschichtswissenschaft*, 1752) y G. B. de Mably (*De la manière d'écrire l'histoire*, 1782), y después por los numerosos libros de J. C. Gatterer y A. L. Schlözer. La obra de Chladenius estaba dominada por la cuestión de la fiabilidad de las fuentes. El grado de fiabilidad de una unidad de información basada en fuentes, o sea, su concordancia con los hechos, lo indica la «calidad» del informador, el grado de universalidad del suceso en cuestión, la confirmación por otras fuentes, las conclusiones que deben sacarse del análisis del estado real de las cosas. Las otras obras, junto a los problemas de la crítica de fuentes, prestaban más atención a las nuevas aproximaciones a los hechos sociales y políticos, tan características de la época de la Ilustración; la tendencia a escribir historia universal; las reflexiones sobre la clasificación, el esfuerzo para conseguir una interpretación integral de los sucesos pasados y de los lazos entre la historia y las demás disciplinas. En Polonia, estas ideas fueron brevemente expuestas en *Memorial wzgledem pisania historii narodowej* (Memorandum sobre cómo escribir historia nacional) (1775), de A. Naruszewicz (1733-1796). Este eminente historiador subrayó la importancia de una técnica correcta para alcanzar la verdad. Escribió: «La crítica nos dice cómo discernir lo bueno de lo malo, las apariencias de la verdad, cómo pesar los asuntos humanos en la escala de la razón, cómo descubrir sus causas, analizar los métodos y valorar los efectos» [11], aunque, preocupado por las ideas de la época de la Ilustración, representó más el erudicionismo naciente que la historia «filosofizante». En su esfuerzo por «filosofar» la historia, ese erudicionismo, marcado por el acento puesto en una exposición sistemática y académica de la materia, fue propuesto por representantes de la escuela de Göttingen, fundada por J. C. Gatterer (1727-1799) y A. L. Schlözer (1735-1809), célebres autores de algunos esbozos de historia general [12]. Esta escuela se convirtió en el precedente o precursor directo del modelo erudito de investigación histórica, que se desarrolló en el siglo XIX, pero no debe confundirse con esta última corriente. La lucha en favor del erudicionismo y de la crítica fue al principio muy limitada (por ejemplo, Gatterer y Schlözer no sabían aún cómo separar la historia bíblica de la laica), y, por otro lado, las relaciones con el giro volteriano eran demasiado estrechas.

Los cambios en las visiones sobre la materia de la investigación histórica estaban muy relacionados con el progreso en la explicación causal.

11 A. Naruszewicz, «Memorial wzgledem pisania historii narodowej» (Memorándum sobre cómo escribir una historia nacional), en *Historycy o historii* (Historiadores sobre la Historia), M. H. Serejski (ed.), Varsovia, 1963, pág. 36.

12 Sobre la escuela de Göttinger ver H. Wesendonch, *Die Begründung der neueren deutschen Geschichtsschreibung durch Getterer und Schlözer*, Leipzig, 1875. Para un acercamiento nuevo ver H. Butterfield, *Man on his Past*, Cambridge, 1955; M. H. Serejski, *Koncepcja historii powszechnej Joachima Lelewela* (La idea de la historia universal en Joaquín Lelewel), Varsovia, 1958, págs. 33-41.

Junto al desarrollo de la aproximación crítica a las fuentes históricas, éste fue el mayor logro de la reflexión metodológica moderna sobre la historia. La influencia de los problemas sociales en el estudio de la historia, y por tanto, la extensión esencial de la materia de la investigación histórica —o el nacimiento de la ciencia social dentro del estudio de la historia— data sólo, como hemos dicho, del Renacimiento. Es significativo que son los historiadores —Ibn Khaldun y Ferguson, el autor de *Essay on the History of Civil Society* (1767)— a quienes se suele mencionar como padres de la sociología. En sus obras históricas analizaban dinámicamente las diversas categorías sociológicas relacionadas con la vida de los grupos sociales y con los cambios sociales. Junto a las obras pioneras de estos dos estudiosos y los estudios anteriormente mencionados del Renacimiento, la evolución de las opiniones sobre la materia de la historia fue estimulada por las obras de la época de la Ilustración: sobre todo las de Voltaire [13], y además las de Montesquieu [14], A. H. L. Heeren [15], J. Müller [16], E. Gibbon [17], y otros muchos. Voltaire afirmaba que el hacer una historia científica dependía del desarrollo de las técnicas de crítica y de la amplitud de los puntos de vista del historiador sobre el pasado. El conocimiento creciente del pasado como un todo, en todas sus manifestaciones, apoyado por la filosofía, iba a ayudar a conseguir un cuadro verdadero del pasado —cosa que los historiadores de la época de la Ilustración vieron claramente. La obra de E. Gibbon sobre la caída del Imperio Romano sirve como un ejemplo excelente de este tipo de literatura histórica. En general, en las obras de este tipo, unidas a la expansión intelectual del pensamiento laico moderno, social, político, legal y económico, obras que además surgían a partir del conocimiento geográfico cada vez mayor (por ejemplo, los descubrimientos de nuevas tierras), la materia de la narración histórica aparece claramente como el estudio de toda la cultura humana en sus formas más variadas y evolucionadas; la historia abarcaba áreas cada vez mayores de las actividades humanas, que aparecían en las formulaciones más dispares. Por otro lado, sin embargo, sabemos

13 Esto se refiere, sobre todo, a la obra *Le Siècle de Louis XIV*, Berlín, 1751, en la que Voltaire trataba muchos problemas económicos. Estos intereses nos los muestran también otras obras suyas, especialmente *Essai sur les Moeurs et Esprit des Nations* (1753-1758). Los autores posteriores difieren ampliamente en sus opiniones sobre el papel de Voltaire en la historia de la investigación histórica. Es alabado por Fuoro Diaz (*Voltaire storico*, Turín, 1958), mientras que J. H. Brunfitt (*Voltaire Historian*, Londres, 1958) es mucho más crítico, y señala que en algunas cuestiones las interpretaciones de Montesquieu son mejores, y que Voltaire daba todavía demasiada importancia a los individuos sobresalientes. Para la edición modelo de las obras históricas de Voltaire, ver *Voltaire, oeuvres historiques*, Bibliothèque de la Pléiade, París, con una introducción de René Pomeau. Ver también *Ideas in History. Essays presented to Louis Gottschalk*, Durham, N. C., 1965 (con documentos sobre Voltaire y Condorcet de K. Weintraub y R. Rockwood, y con un tratamiento del historicismo alemán por G. G. Iggers).

14 Ch. L. Montesquieu, *L'esprit des lois* (primera edición de 1748) y otras obras.

15 A. H. L. Heeren, *Ideen über die Politik, den Verkehr und den Handel der vornehmsten Völker der alten Welt*, vols. I-III, Göttingen, 1793-1812. Se pueden encontrar muchos comentarios interesantes sobre este autor en S. I. Krandievsky, *Ocerki po istoriografii ekonomiceskoy istorii* (Notas sobre la historiografía de la historia económica), Jarkov, 1964, págs. 123-4.

16 J. von Müller, *Geschichte der schweizerischen Eidgenossenschaft*, Leipzig, 1786-1808.

17 E. Gibbon, *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, 1776-1788. F. J. Teggart (*Theory and Processes of History*, ed. cit., págs. 36-38), tiene razón al apreciar mucho el papel de Gibbon en el desarrollo del pensamiento histórico.

que incluso las más consistentes formulaciones de un problema iban a seguir siendo meras exigencias durante unos cincuenta años; era demasiado fuerte la inercia de las viejas tradiciones en la literatura histórica. De cualquier modo, iba ganando terreno una aproximación cada vez más integral a las tareas de la historiografía, lo cual dio lugar a un interés por la historia universal, siempre en aumento. Este tipo de integracionismo se basaba en fundamentos bastante diferentes de los de la Iglesia Cristiana, cuyo universalismo se integraba por la idea de Dios.

Hoy es difícil decir si esa introducción de factores cada vez más diversos en la busca de las causas de las diferencias entre las situaciones de distintos países y pueblos dio lugar a una ampliación de la materia de la investigación histórica, o si la relación fue la contraria. Pero no hay duda de que estas dos tendencias fueron concomitantes, aunque ambas se veían obstaculizadas por la idea de la naturaleza humana inmutable, una idea que tenía bastante fuerza en la época de la Ilustración. Entre los factores apuntados para explicar las diferencias y los cambios, el mundo sobrenatural iba perdiendo su papel (obviamente, sólo en las mentes de los que seguían el espíritu de su tiempo, e incluso no sin excepciones), mientras que factores tales como el entorno geográfico y el clima, el nivel intelectual de los diversos pueblos y las características culturales de los grupos sociales, e incluso los factores económicos (principalmente comerciales) iban siendo analizados con mayor precisión, lo cual puede considerarse como el nacimiento de muchas disciplinas especializadas, como la antropogeografía, etnología, historia económica, e incluso la sociología. Esto dio mayor importancia a los factores dinámicos, relacionados con las actividades humanas, pero las diferencias y los cambios en los factores estáticos, independientes de las acciones humanas, como el clima, el entorno geográfico, y las diferencias raciales, siguieron dominando por un tiempo la reflexión histórica.

Sería difícil enumerar todos los historiadores importantes que tuvieron en cuenta los factores mencionados. Se pueden ver en general en todas aquellas obras que intentaban considerar la materia de la descripción histórica de un modo más amplio, y que rompieron con la interpretación teológica de la historia, que todavía tenía fuerza y cuyo modelo fue dado en el siglo XVII por Bossuet. Pero algunas de las obras fueron de especial importancia para el desarrollo de las reflexiones sobre la naturaleza y las relaciones internas en la historia. Pertenecían a dos tendencias: una que prestaba más atención a los factores físicos y biológicos, y la otra que buscaba la explicación del carácter nacional y de las situaciones de los grupos sociales en los factores socio-psicológicos. En este sentido, Montesquieu analizaba sobre todo los factores climáticos, que según él tenían la máxima importancia, y a continuación el comercio y los contactos entre los pueblos, la densidad de población y el nivel intelectual[18]. Gibbon veía las causas de la caída del Imperio Romano en el desarrollo del Cristianismo. D. Hume, filósofo, pero también el autor de *History of Great Britain*, en 19 volúmenes (a partir de 1754), llamado determinista cultural por H. Backer y H. E. Barnes, fue más allá en su análisis de las diferencias

[18] Ver los comentarios de H. Becker y H. E. Barnes, *Social Thought from Lore to Science* (El pensamiento social desde la erudición a la ciencia), páginas 527-529. El énfasis de Montesquieu sobre la enorme importancia del clima como factor histórico estaba inspirado por J. Arbuthnoth, el autor de *Essay Concerning the Effects of Air on Human Bodies* (Ensayo sobre el efecto del aire en los cuerpos humanos) (1733). *L'esprit des lois* apareció en 1748.

y los cambios. Pensaba que antes de tener en cuenta los posibles efectos de los factores climáticos y biológicos, debemos investigar ante todo los efectos de los factores culturales. Entre éstos se pueden incluir los diversos procesos de congregación, imitación y educación, contactos entre diversos grupos e intercambio de ideas, y una ruptura revolucionaria de las relaciones estables en el área de las ideas, poder político y sociedad[19]. Turgot siguió la misma dirección[20]. Pero, como en el caso de Montesquieu y Hume, la afirmación de que la naturaleza humana no cambia (considerando al hombre ahistóricamente) privaba de profundidad histórica a sus intentos de explicación de las situaciones en las diversas comunidades, convirtiéndolos en esquemas anónimos aplicables a cualquier período de la historia. Creía que el hombre es siempre el mismo, en todas las épocas y en todos los lugares[21]. En su opinión, el cambio social nace sobre todo como resultado de las migraciones y de los contactos culturales, especialmente por medio del comercio[22].

Los factores sociales, y en gran medida también los factores económicos, fueron tenidos en cuenta por J. G. Herder, quien, aunque prestaba atención al papel del entorno geográfico, y al clima sobre todo, como un factor permanente, no sucumbió al determinismo geográfico, evitando así los errores cometidos por Montesquieu. Si consideramos toda la historiografía de la época de la Ilustración, Herder mostró probablemente la mejor comprensión de la interacción de los diversos factores en la historia, pero la significación excepcional de esa mente consistió en romper con la idea de una naturaleza humana inmutable, a pesar de la actitud diferente adoptada por Kant. Si consideramos la actitud similar de Ferguson, y la de Condorcet, que al hablar del progreso constante en la historia de la humanidad, pensaba que se debía a los progresos de la mente humana y de la educación[23], podemos decir que los pensadores de la época de la Ilustración desarrollaron una marcada corriente que consideraba la literatura histórica como un reflejo del efecto dialéctico (esto, especialmente, en el caso de Herder) de factores constantemente cambiantes del progreso del hombre, es decir, una corriente en la investigación histórica que intentaba enlazar el estudio del progreso con el estudio del proceso real de los sucesos históricos. En esta corriente se incluye también A. L. Heeren, que ponía el acento en fenómenos como

[19] Esto se refiere, en particular, a las obras de Hume *Of Rise and Progress of the Arts and Sciences* (1742) y *Of National Character* (1748). Cfr. F. J. Teggart, *Theory and Processes of History*, 3.ª ed., 1962, cap. 15, «The Method of Hume and Turgot», págs. 181 y ss., y cap. 15, «The Method of Hume and Turgot», págs. 181 y siguientes, y H. Becker y H. E. Barnes, *op. cit.*, págs. 526-527.

[20] F. J. Teggart, *op. cit.*, págs. 183 y ss.

[21] A. R. J. Turgot, *Oeuvres*, ed. G. Schelle, vol. I, París, 1913. Estoy en deuda con I. Berlin, *The Age of Enlightenment*. La filosofía del siglo XVIII, seleccionada, con una introducción y un comentario interpretativo, Nueva York, 1956. Ver también G. Pflug, «Die Entstehung der historischen Methode im 18. Jahrhundert», *Deutsche Vierteljahrschrift für Literaturwissenschaft und Geistesgeschichte*, vol. XXVIII, 1954, págs. 447-471, y K. Weyand, *Kants geschichtsphilosophie*, Colonia, 1963.

[22] Para un análisis amplio de esta cuestión, ver H. Becker y H. E. Barnes, *op. cit.*, págs. 529-535.

[23] A. N. Condorcet, *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain* (primera edición en 1794); ver también la introducción de B. Suchodolski a la edición en polaco, Varsovia, 1957.

el comercio, el transporte, las migraciones y los conflictos[24]. Todos estos autores, como no comprendían el concepto de progreso, pero querían averiguar los elementos de las diferencias entre las situaciones humanas, tenían que referirse a datos de otros campos, lo cual dio lugar al método comparativo en la investigación histórica.

Un interés creciente por el pasado y unos análisis históricos cada vez más profundos contribuyeron a la reflexión sobre la naturaleza metodológica de la ciencia histórica. Esto no se refería a la literatura histórica tal como estaba en un período concreto, sino más bien al lugar que la historia debería ocupar en el terreno de las ciencias. Hasta cierto punto esta reflexión era una variedad concreta de la reacción anti-cartesiana. R. G. Collingwood escribió que Hume, en su *Treatise on Human Nature* (1734-40), «puso a la historia en su lugar»[25]. En realidad, las contribuciones de Hume (como las de Locke y parcialmente las de Berkeley) a las reflexiones sobre la historia como ciencia son grandes, pero el «poner a la historia en su lugar», es decir, el considerarla no sólo como una narración, sino como una ciencia de un tipo concreto, fue la obra colectiva de una galaxia de mentes brillantes. La primera de ellas fue la de G. B. Vico (1668-1744), el autor de la precursora *Scienza Nuova,* publicada por primera vez en 1725, y exhaustivamente revisada y publicada en una versión nueva en 1738. Reprochaba a Descartes su errónea tendencia a seguir el modelo geométrico para toda investigación, cuando las distintas ciencias requieren diferente tratamiento, según su materia. La historia, que se ocupa del estudio de lo que ha hecho el hombre, tiene un método distinto de la ciencia natural. Como el hombre tiene una mayor oportunidad de abarcar las acciones humanas que la naturaleza, el carácter de la historia, según su contenido humanístico, se define con bastante claridad[26]. La historia era concebida por Vico como el estudio del pasado de la sociedad. Respecto al alcance del proceso cognoscitivo, la opinión de Kant era parecida, ya que aseguraba que el conocimiento del hombre alcanza los límites de sus propias acciones, pero Kant estaba preocupado por la ciencia natural, en la que estaba introduciendo la idea de cambio y variabilidad (que no iba a afectar al pensamiento histórico hasta una fecha más tardía), y por tanto no se interesaba demasiado por la historia. Mientras que las ideas de Vico formularon el punto de partida en el análisis metodológico de la investigación histórica en la época de la Ilustración, las ideas de A. N. Condorcet (1743-94) marcaron su culminación. Pero las obras de estos dos autores, que aún pertenecían a una misma tendencia de renacimiento, característica de la época de la Ilustración, iban acompañadas de la diversidad naciente de puntos de vista sobre la posibilidad de aplicar patrones usados en la ciencia natural a la investigación histórica, y a la investigación en las ciencias sociales en general. Vico, obviamente, no veía el problema como una opción entre dos modelos metodológicos: sólo buscaba un lugar para la historia en el mapa de la ciencia, del que había sido apartado por Descartes. Por el contrario, Condorcet, que seguía las ideas cartesianas, tenía su propia visión del problema: quería formular una ciencia universal del hombre, siguiendo el modelo de las matemáticas, que a su vez determinaban su opinión sobre los problemas metodológicos de la historia. Como en el caso de la naturaleza, la historia de la humanidad se rige por leyes que pueden ser descubiertas en el proceso de la investigación. Una vez que conocemos estas leyes, la corriente del desarrollo se puede predecir de manera científica[27]. Pero éstas son aún leyes deductivas basadas en la aceptación del orden predeterminado por la naturaleza. Una vez descubiertas estas leyes, la actividad práctica debe crear las condiciones adecuadas —por medio de una apropiada conformación de las mentes— para asegurar un curso «natural» de los sucesos y para apartar todos los obstáculos que puedan impedirlo.

En resumen, el período que hemos denominado de la reflexión crítica sobre la historia, y que —por lo que respecta al siglo XVIII— podría llamarse igualmente el período de la reflexión filosófica o de la deducción, estuvo marcado por importantes cambios en la historiografía. Junto al gran progreso hecho en la heurística y en la crítica —en el campo del pensamiento metodológico—, que dieron lugar a aproximaciones teóricas a estas ramas del procedimiento del historiador, la narración histórica se vio imbuida de elementos de la teoría social, lo cual se debió a una creciente demanda social para la literatura histórica. La estructura de las aproximaciones históricas empezó a surgir de estos elementos. Nuevas partes de esa estructura, en forma de categorías sociológicas, antropo-geográficas, e incluso, hasta cierto punto, económicas, fueron añadidas a las partes antiguas, mientras tanto reforzadas por los intentos de periodización de los elementos temporal y espacial que contribuyeron a organizar las descripciones históricas. Esto hizo surgir la convicción de que era necesario un conocimiento teórico definido que guiara la investigación histórica. Estos cambios en las opiniones sobre la investigación histórica se combinaron con una evolución en las miradas hacia el pasado. La gente empezó a ver en el proceso histórico la labor de ciertas leyes universales, y no sólo «la mano de Dios», aunque esas leyes se interpretaran de modo cartesiano. Esto permitió indicar, en relación con las leyes de la naturaleza, la posibilidad de que la historia fuera un instrumento de predicción (sobre todo Condorcet). Todo esto, por supuesto, se refiere a los logros más importantes, que estaban cuantitativamente perdidos en un mar de literatura histórica tradicional, no crítica y regida por las anécdotas, que era una continuación de la historiografía pragmática tradicional.

[24] Cfr. H. Becker y H. E. Barnes, *op. cit.*, págs. 538-541. Ver también J. Niedermann, *Kultur. Werden und Wandlungen des Begriffs und seiner Ersatzbegriffe von Cicero bis Herder,* Biblioteca del Archivum Romanicum, serie I, vol. 28, Florencia, 1941; A. L. Kroeber, C. Kluckhohn, *Culture. A Critical Review of Concepts and Definitions,* Cambridge, 1952; M. H. Serejski, «Poczatki i dzieje slow "kultura" i "cywilizacja" w Polsce» (Los orígenes y la historia de los términos «cultura» y «civilización» en Polonia), en *Przeszlosc a terazniejszosc* (El pasado y el presente), en págs. 237 y ss.

[25] R. G. Collingwood, *The Idea of History,* pág. 65; ver también G. A. Sabine, «Hume's contribution to the Historical Method», *Philosophical Review,* vol. 15, 1909.

[26] Ver G. B. Vico, *The New Science,* en *Theories of History,* P. Gardiner (editor), Glencoe, 1959, págs. 12-21, en particular págs. 20-21; B. Croce, «Giovanni Battista Vico», *Encyclopaedia of the Social Sciences,* vol. 15, págs. 249-250.

[27] Cfr. A. N. Condorcet, *The Progress of the Human Mind,* en *Theories of History,* pág. 57.

VI

Reflexión erudita y genética

1. *Las bases para distinguir este modelo de reflexión. La tercera fase de la narración histórica*

A efectos prácticos, tenemos que dudar si la historiografía del siglo XIX, tan abundante en tendencias (las más descriptivas contra las más filosóficas, las menos comprometidas contra las más vívidas), cumplía las exigencias de algún modelo único. La cuestión es incluso más complicada, ya que, desde que la busca de la verdad se había convertido en la tarea principal de la investigación histórica, la historiografía se iba desarrollando continuamente, por lo que respecta a las técnicas de investigación. Desde ese punto de vista, la historiografía del siglo XIX era una continuación de las tendencias anteriores, eruditas y filosóficas, especialmente si tenemos en cuenta la escuela de Göttingen y la historiografía alemana posterior. Pero toda esta literatura histórica anterior sólo estaba llegando laboriosamente a separar los hechos de los mitos, las leyendas y las fábulas. Incluso Schlözer comenzaba el primer período de la historia con Adán y lo terminaba con Noé. La historiografía consistía en una recolección de hechos, era de carácter erudito, pero sobre todo tenía que hacer más sólido el sentido crítico que permite separar la verdad de la falsedad. En la historiografía pragmática, este sentido podía encontrarse de forma nuclear, pero no podía desarrollarse, por las otras tareas que la investigación histórica tenía ante sí.

Por parte del siglo XVIII, esa labor básica —por lo que respecta a establecer fundamentos para las afirmaciones históricas— había sido completada. Ya no había una necesidad sistemática de subrayar que en la literatura histórica se deben basar las propias afirmaciones en lo que las fuentes testifican; ahora que los historiadores habían asumido ese hábito, podían proceder a formular todas las afirmaciones posibles. La tarea principal, que por supuesto absorbía las anteriores, era aumentar el conocimiento del pasado, es decir, buscar la erudición. Sin embargo, no hay que olvidar que esta corriente podía tener varias motivaciones, en particular las ideas nacionales, en la época en la que la conciencia nacional había despertado y estaba consolidándose. La erudición, interpretada bien como anticuarios o coleccionistas de arte, bien como literatura sintética, bien como esteticismo, se convirtió en el patrón obligatorio y al mismo tiempo en objeto de orgullo de los historiadores. Este patrón aunaba diversas corrientes, algunas de ellas, incluso, incompatibles en cuanto a las actitudes políticas y las opiniones sobre las tareas de la historia. Otro rasgo de la historiografía del siglo XIX fue la configuración final de la narración histórica. Junto a la exclusión de las afirmaciones no confirmadas fuera de las narraciones (en teoría, por supuesto), su principal logro fue el intento de descripción genética, es decir, la exposición de la materia con la reconstrucción de secuencias cro-

nológicas de hechos; esto es, los sucesivos estadios de los procesos que se investigan. Los eruditos anteriores se habían conformado con unas formas más simples de descripción. El punto de vista genético estaba inspirado, en primer lugar, por las distintas concepciones teleológicas, y además por la idea positivista de progreso y evolución. Bastante diferentes desde el punto de vista filosófico, ambas tendencias estaban consolidando la reflexión diacrónica, es decir, regida por el tiempo.

Los avances científicos del modelo erudito de literatura histórica deben valorarse de dos formas.

La dominación de la historiografía erudita no significó la extinción de la tendencia filosófica en la literatura histórica. El siglo XIX era demasiado complejo para que los historiadores pudieran describir todos los fenómenos sobre la base de fórmulas no ambiguas. Ese siglo dio a la historiografía puntos de vista fuertes y débiles que pueden verse actualmente. Como las condiciones sociales estaban cambiando, a causa de la industrialización, las divergencias en la interpretación del método histórico y en la concepción de la historia como una rama del conocimiento humano, que ya existían en forma embrionaria, aumentaban cada vez más. Lo que anteriormente se podía contar como una tendencia, en concreto el intento de combinar la literatura histórica con el deber de explicar el pasado, y no sólo de describirlo, se convirtió ahora en un variado mosaico de opiniones en conflicto. La moderación del siglo XVIII en el tratamiento de los factores, descubiertos poco a poco, que explicaban las diferencias entre las situaciones sociales, se convirtió, en el caso de muchos autores, en una tendencia hacia formulaciones radicales que exageraban el papel de un factor determinado (entorno geográfico, factor biológico, papel de los individuos, etcétera). Ese conglomerado de opiniones, que solían ser miradas con interés por la comunidad educada, un conglomerado cuya complejidad aumentaba constantemente, proporcionó a los filósofos relacionados con los diversos grupos políticos y de clase una buena cantidad de material para reflexionar sobre el pasado y sobre la forma de reconstruirlo, al combinarse con un aumento sin precedentes de la producción de obras históricas, en forma de cientos y miles de publicaciones de muchos volúmenes, en su mayoría, lo cual nos hace admirar los esfuerzos de aquellos individuos. En el siglo XVIII el límite entre los historiadores y los filósofos prácticamente no existía, pero más tarde, con el desarrollo de la educación formal y el nacimiento de la enseñanza de la historia en los seminarios universitarios (primero en Alemania, y después en otros países), e incluso el nacimiento de una escuela de crítica de fuentes (*Ecole de Chartes*, 1823), los historiadores profesionales, que confiaban en una serie de reglas críticas, en el conocimiento filológico y en las disciplinas históricas auxiliares, comenzaron a extenderse. A partir de ese momento, dejaron el pensamiento no basado en fuentes a los filósofos, quienes, de acuerdo con la especialización cada vez mayor, no se dedicaron a la investigación histórica, al contrario que en el pasado. Esto tenía que afectar a la literatura histórica y a la reflexión sobre ella. El estudio de los hechos pasados no podía sustituir al estudio de las estructuras sociales. Esta laguna en la ciencia social, dejada por la historiografía erudita, fue llenada gradualmente por la sociología, que antes se había desarrollado dentro de la historia, y ahora recibió un fuerte impulso de A. Comte[1].

[1] Esta afirmación no debe entenderse de forma extrema; se refiere a las características generales de la historiografía del período y no a historiadores individuales.

En general, la historiografía del siglo XIX[2] no perdió ninguno de los rasgos principales del análisis metodológico que la había caracterizado en épocas anteriores. Siguió siendo crítica, y desarrollando este rasgo de una manera notable. No olvidó la reflexión teórica, aunque éste no era su punto fuerte. Proclamaba su objetividad, pero era todavía pragmática, con la diferencia de que su pragmatismo estaba a menudo hábilmente oculto (criptopragmatismo). La tendencia erudita que le atribuimos significaba solamente un acento algo más fuerte sobre la recogida y el examen de información basada en fuentes. La debilidad teórica de la literatura histórica erudita la mantenía en el nivel de las explicaciones genéticas, es decir, descripciones de secuencias de hechos, que no señalaban ninguna causa más profunda de dichos sucesos ni las leyes del desarrollo histórico; e incluso las explicaciones genéticas las hacía más fáciles el evolucionismo Hegeliano, y más tarde el positivista. Por eso se le ha denominado historiografía genética; a menudo se llamaban así ellos mismos.

En el desarrollo de la reflexión metodológica sobre la literatura histórica del siglo XIX —que H. Berr llamó, correctamente, y según la convicción predominante entonces, «la era de la historia», como A. Thierry— vemos una línea divisoria clara en los años 1850-1870, cuando la reacción contra la narración erudita esteticista y contra las implicaciones nacionalistas del Romanticismo, y también contra las ideas democráticas, empezó a adoptar diversas formas que imprimieron a las últimas décadas del siglo el rasgo característico de las aproximaciones metodológicas estrechamente unidas a actitudes sociales y políticas específicas. En ese momento la historia consolidó su posición como ciencia y consiguió tener un lugar importante entre las disciplinas humanísticas. Los historiadores se convirtieron en las principales figuras de las universidades de la época.

2. *Reflexión metodológica en el Romanticismo*

En la primera mitad del siglo XIX las observaciones metodológicas y las prescripciones que se encontraban en las obras históricas podían derivar de dos principios hasta cierto punto opuestos: la teleología, idealista y evolucionista, que se consolidaba, y la creencia en la posibilidad de reconstruir totalmente el pasado por medio de una enumeración cronológica de sucesos establecidos a través de un análisis crítico de las fuentes. El primero de estos principios contribuyó a que la investigación histórica asimilara gradualmente la categoría de cambio y progreso, una categoría que iba siendo comprendida de un modo cada vez mejor, mientras que el segundo principio, que, como hemos dicho, era una continuación directa de las tendencias críticas anteriores, desarrollaba las técnicas de investigación moderna de los historiadores, pero, a causa de su enorme empirismo (inducción) les impedía

[2] Sobre la historiografía del siglo XIX se puede obtener aún mucha información de G. P. Gooch, *History and Historians in the Nineteenth Century*, a pesar de que el libro fue publicado hace más de cincuenta años, y de E. Füter, *Geschichte der neueren Historiographie*, ed. cit. Ver también L. Halphen, *L'histoire en France depuis cent ans*, París, 1914; H. E. Barnes, *A History of Historical Writing*, 2.ª edición revisada, Nueva York, 1963; B. G. Reizov, *Francuskaya romanticeskaja istoriografia* (Historiografía francesa en la época romántica), Leningrado, 1956; J. W. Thompson, *A History of Historical Writing*, Nueva York, 1942. Sobre la historiografía alemana consultar F. Wegele, *Geschichte der deutschen Historiographie*, Munich, 1935; F. Meinecke, *Die Entstehung des Historismus* (vols. I y II), Berlín, 1936; G. Below, *Die deutsche Geschichtsschreibung*, Berlín, 1915.

asimilar categorías sociales teóricas que guiaran sus observaciones basadas en fuentes. Sólo algunos historiadores, incluyendo al polaco Lelewel, consiguieron basar su investigación en los últimos avances del pensamiento filosófico de la época, avances que empujaban hacia adelante la metodología de las ciencias (por ejemplo, los de Kant), y al mismo tiempo consiguieron usar técnicas de investigación que aún hoy nos sorprenden por su precisión, y tuvieron en cuenta categorías y directrices teóricas conscientemente adoptadas.

Estos principios se manifestaban en diversos grados en las obras de los distintos historiadores. Algunos historiadores ponían más empeño en mostrar el desarrollo de ciertas ideas sociales o ciertos principios políticos (por ejemplo, J. Michelet o T. Macaulay), mientras que otros, con unos objetivos más imparciales (por ejemplo, L. Ranke), se preocupaban sobre todo de hacer un pleno uso de todos los datos, y de establecer el mayor número posible de hechos. El primer grupo hacía formulaciones sintéticas regidas en gran medida por las necesidades propias de las aspiraciones y los conflictos políticos, y pretendían mostrar que el mundo, de acuerdo con una cierta lógica de la historia, había estado yendo en una dirección determinada (por ejemplo, hacia la implantación de las ideas de libertad y democracia), mientras que el segundo grupo realizaba síntesis eruditas que enumeraban secuencias cronológicas de muchos sucesos. Los dos grupos estaban lejos de hacer síntesis científicas, a pesar de que el primero representaba a los historiadores que, sin distanciarse de las exigencias de la vida práctica y de las luchas ideológicas y políticas, tenían un sentido más apropiado de las necesidades de la ciencia. Ambos grupos se ocupaban mucho más de la belleza de la forma literaria de la narración histórica, hecho que, junto con su desarrollo común de las técnicas modernas de la crítica de fuentes, era el principal lazo de unión entre los dos grupos. Sus obras tienen psicología intuitiva y la capacidad de reconstruir vivamente el pasado. Los historiadores de esa época recurrían en sus obras a las técnicas de las *belles lettres*, y ese método cubría la laguna causada por la falta de categorías teóricas que convirtieran las descripciones de los hechos pasados en síntesis históricas. Durante muchas décadas no hubo necesidad de hacer accesibles sus libros: su propia habilidad literaria les permitía ganarse al público y conformar actitudes concretas en sus lectores, de una forma que probablemente no ha sido superada desde entonces[3]. H. Berr llama a A. Thierry y a J. Michelet poetas *«au sens profond du mot»*[4]. Y el mismo Thierry, al indicar las bases metodológicas de la historiografía de su época, dijo: *«A mon avis, toute composition historique est un travail d'art autant que d'érudition»*[5].

[3] Las discusiones sobre la cuestión de cómo la historiografía estatalizada y nacionalista alemana había preparado el camino para el Nazismo suelen apuntar a Ranke, cuyas obras habían tenido un enorme efecto; en este sentido, adviértase que Ranke murió en 1886, a la edad de noventa y un años, y fue un autor prolífico hasta el fin de sus días. El problema es analizado por P. Geyl, «Ranke in the Light of Catastrophe», en *Debates with Historians*, Groningen, Yakarta, La Haya, 1955, pág. 118. Sobre Ranke y la historiografía de su época ver también C. Hinrichs, *Ranke und die Geschichtstheologie der Goethezeit*, Göttingen, 1954.

[4] H. Berr, *La synthèse en histoire, son rapport avec la synthèse générale* (edición revisada), París, 1953, págs. 232-233.

[5] «A mon avis, toute composition historique est un travail d'art autant que d'érudition.» Mencionado en H. Berr, *op. cit.*, pág. 233. Ver también el amplio análisis de la escuela romántica francesa en la obra de B. G. Reizov mencionado en la nota 2; sobre el carácter poético de esa escuela ver pág. 150.

Estos historiadores hicieron grandes méritos en el campo de la crítica erudita, lo cual estaba relacionado con un rápido desarrollo de las disciplinas históricas auxiliares, cuyos conceptos se han extendido desde aquella época. Las bases fueron puestas no sólo por las exigencias internas de la investigación histórica, sino también, en una medida equivalente, por los avances en otras disciplinas como filología (la lingüística comparada, sobre todo), geografía, economía política, etcétera. Es cierto que había una divergencia de opiniones considerable sobre el alcance de las disciplinas históricas auxiliares, pero ya comenzaron a dividirse entre disciplinas auxiliares en el sentido estricto del término (que ayudan a adquirir un conocimiento de las fuentes históricas) y disciplinas relacionadas con la historia, clasificación que se sigue aceptando hoy (ver cap. II). Rasgos característicos del desarrollo de la historiografía erudita fueron los numerosos tratados sobre métodos de investigación histórica en los que encontramos las diferencias de opiniones, una búsqueda de clasificaciones claras, y la confusión terminológica a que daba lugar.

Los tratados estaban llenos de reflexiones sobre el concepto y los tipos de fuentes históricas, y de información sacada de las disciplinas auxiliares, que más tarde se convertirían en materia de compendios separados. Las cuestiones generales eran sobre todo las del concepto de historia y la división interna de esta disciplina.

Los que mejor nos ilustran sobre esto son los tratados alemanes (que además, eran los más valorados), tanto los tempranos: C. J. Gatterer, *Handbuch der Universalhistorie*, 1765; K. T. G. Schönemann, *Grundriss einer Encyklopädie der historischen Wissenschaften*, 1788-1799, como los posteriores: J. E. Fabri, *Encyklopädie der historischen Hauptwissenschaften und deren Hilfsdoktrinen*, 1808; C. F. Rühs, *Entwurf einer Propädeutik der historischen Studien*, 1811; E. W. G. Wachsmuth, *Entwurf einer Theorie der Geschichte*, 1820, etcétera.

Las obras metodológicas del polaco J. Lelewel, sobre todo *Historyka* (El estudio de la historia), 1815, y *O historii, jej rozgalezienieach i naukach zwiazek z nia majacych* (Sobre la historia y sus ramificaciones y las disciplinas relacionadas, 1826), que reflejaban el acercamiento filosófico a la literatura histórica, eran muy diferentes de los manuales mencionados anteriormente. Los tratados se ocupaban de los principios de una historiografía «descriptiva» y «narradora», considerada como un arte, mientras que Lelewel se ocupaba igualmente de la explicación causal. El veía los siguientes pasos en el trabajo de un historiador: heurística (en el sentido actual del término), crítica, explicación causal («señalar los caminos que llevan a la comprensión de las causas y los efectos de los asuntos humanos»), y los métodos de exposición, descripción y narración, que llamaba historiografía. Tenía razón al asegurar que la explicación requiere una teoría social —cosa que no era muy comprendida en aquel tiempo—, que él incluía en sus análisis metodológicos. Deliberadamente sustituía el término *ars historica* por el término polaco *historyka* (que acuñó él mismo, y que puede definirse como «el estudio de la historia»), para liberar de asociaciones con el arte a las consideraciones metodológicas. Otros autores de manuales se referían sólo (por medio de varios términos acuñados por ellos) a la heurística, crítica e historiografía (descripción, exposición). Wachsmuth, al hablar de teoría de la historia, se refería a la heurística (toda la investigación) y exposición. Dentro de la heurística se interesaba por las fuentes (entre las cuales valoraba sobre todo las escritas) y por el análisis del tiempo y el lugar como las formas de los

sucesos históricos. Su interpretación de la heurística, por tanto, era muy amplia. El concepto de fuente histórica y la clasificación de las fuentes progresaron considerablemente en aquella época. Para Lelewel, todo lo que pudiera contribuir a la reconstrucción del pasado era una fuente histórica. Dividía las fuentes históricas entre: tradición oral, fuentes no escritas (silenciosas) y fuentes escritas. También comprendió que, desde el punto de vista de un problema concreto de investigación, puede haber fuentes directas e indirectas (es decir, unidades de información).

Los avances de la historiografía en la primera mitad del siglo XIX por lo que respecta a la crítica permitieron que se desarrollara el método de un establecimiento indirecto de los hechos. El estímulo fue el gran interés por la historia antigua y medieval, que exigía un establecimiento indirecto de sucesos. Los datos para la inferencia indirecta empezaron a buscarse en las disciplinas históricas auxiliares y en el conocimiento general proporcionado por el desarrollo de la ciencia en ese período.

En general, la teoría de la descripción histórica avanzó mucho. Los historiadores de mente erudita consideraban la materia de tal descripción de un modo tan amplio como sus predecesores de la época de la Ilustración, pero no consiguieron avanzar hacia una interpretación integral de los hechos sociales. En los períodos iniciales, los polihistoriadores (eruditos) podían conseguir combinar los diversos puntos de vista: político, económico, antropológico, etcétera. Más tarde, como resultado de una especialización avanzada, la tarea se hizo cada vez más difícil, para mostrarse finalmente irrealizable. A pesar de los intentos de aproximaciones integrales, los estudios históricos[6] estaban todavía dominados por la historia política, tanto en el caso de los estudiosos «de mente objetiva» como en el de los que estaban comprometidos políticamente. El estudio de la historia política reflejaba también de modo clarísimo los principios metodológicos característicos de la historiografía en el período Romántico. El primer grupo se interesaba sobre todo por la historia antigua, que reinterpretaban cada cierto tiempo, y por la historia medieval, incluyendo los siglos XVI y XVII. El último grupo estaba inclinado también hacia estudios de interés más local.

Entre los historiadores que fueron los más representativos del período romántico en la primera mitad del siglo XIX, el primero en publicar sus obras fue J. Ch. L. Simonde de Sismondi (1774-1842), un economista a historiador progresista al que Lenin llamó más tarde representante del Romanticismo económico[7]. Empezó a publicar en 1807. Representaba los intereses de la clase media baja, y en sus obras sobre historia política le interesaba el desarrollo de las ideas de libertad política, democracia y el sistema parlamentario. En la misma época (1808) aparecieron las obras de K. F. Eichhorn (1787-1854), junto con las de K. F. Savigny (1779-1861), el fundador de la escuela histórica en el estudio del derecho. Savigny era un representante

[6] Cfr. J. Topolski, «Zagadnienia gospodarcze u Joachima Lelewela» (Joaquín Lelewel y los problemas económicos), en *Z badan nad pracami historycznymi J. Lelewela* (Estudios sobre los escritos históricos de J. Lelewel), Poznan, 1962, págs. 33-50.

[7] V. Lenin, *K charakteristike ekonomiceskogo romantisma* (Contribución al romanticismo económico). Entre las obras históricas de Sismondi hay que mencionar *L'histoire des républiques italiennes du moyen age*, Zürich-París, 1807-1818 (16 vols.), y la más importante, *Histoire des Français sous les deux premières dynasties*, París, 1821. Sobre Sismondi, ver también Y. Plejánov, *El desarrollo de la visión monista de la historia*, Moscú, 1956, págs. 26-27.

de la escuela que interpretaba la historia como la ciencia que retrata el progreso constante de la humanidad[8]. Ese período vio también la publicación (1811-1812) de los dos primeros volúmenes de la renombrada *Römische Geschichte* de B. G. Niebuhr (1776-1831), quien, junto con L. Ranke (1795-1886), se considera como el padre de la historiografía verdaderamente «científica».

Sin despreciar la contribución de estos historiadores a la formación del modelo erudito y genético de literatura histórica, tenemos que subrayar que las opiniones antes mencionadas son muy exageradas, lo cual se deduce claramente de lo que se ha dicho. La actividad de Ranke y otros historiadores que sostenían ideas similares no indicaba ningún giro crucial en el desarrollo general de los métodos de investigación en la historia. La famosa afirmación de Ranke en el prólogo a la primera edición de *Geschichte der romanischen und germanischen Völker* (1824), de que él no quería moralizar, sino sólo mostrar «wie es eigentlich gewesen» («lo que realmente fue»), suponía no sólo su acento en una actitud anti-pragmática (que no era nada nuevo), sino también, en contradicción con este principio de objetividad, una condena de la historiografía filosófica de la época de la Ilustración, comprometida en la lucha por el progreso social y político, a pesar de que en otras ocasiones Ranke cogía elementos de la época de la Ilustración (por ejemplo, al valorar en gran medida las posibilidades de la historia como método de investigación). Las discusiones sobre la obra de Ranke se fueron convirtiendo en la base de la opinión formulada, entre otros, por Dilthey, de que en la filosofía de la historia de Ranke no había más que la convicción de que un estudio desapasionado de los hechos individuales (es decir, describirlos «tal como fueron») era el objetivo de la investigación histórica. Ranke subrayaba la importancia de la comprensión intuitiva de la voluntad de los individuos sobresalientes, del espíritu de la época, y de instituciones como el estado, que en última instancia es un producto de la voluntad de Dios. Todos los cambios en la historia son manifestaciones de la voluntad divina, y «cada época», como subrayó Ranke en otra famosa afirmación suya, «está cercana a Dios»[9]. Ranke rechazaba las especulaciones filosóficas, y no estaba tan ferozmente en favor de la política nacionalista alemana como luego estuvieron sus discípulos (él era más conformista), pero tenía su idea de historia, cuyo significado resulta ser un conservadurismo y la fe en la Providencia. Después de todo, había estudiado teología, lo cual influyó en sus escritos, y especialmente en su actitud hacia la explicación en la historia.

Entre los contemporáneos de Ranke se incluían historiadores tan famosos como los franceses A. Thierry (1795-1856) y J. Michelet (1798-1874), los ingleses Th. Carlyle (1798-1881) y Th. Macaulay (1800-1859), el holandés G. van Prinsterer (1801-1876) y el checo F. Palacky (1798-1876). Entre los que eran algo mayores están J. Lelewel (1786-1861), F. Guizot (1787-1874), y sobre

[8] Cfr. K. Grzybowski, «O miejscu niemieckiej szkoly historycznej w rozwoju nauki prawa» (El papel de la escuela alemana de historia en el desarrollo de la jurisprudencia), *Szasopismo Prawnó-Historyczne*, vol. VIII, núm. 2, 1956. Sevigny se ocupó también de la historia del Derecho Romano; en este sentido, ver su *Geschichte des Römischen Rechts im Mittelalter*, Heidelberg, 1816-1818.

[9] Esto lo subraya P. Geyl. La cuestión es tratada también por G. G. Iggers, «The image of Ranke in American and German Thought», *History and Theory*, volumen II, núm. 1, 1962, págs. 17-40, y por G. Schilfert, *Studien über die deutsche Geschichtwissenschaft*, Berlín, 1963, págs. 241 y ss. Ver también la opinión de Acton sobre Ranke en H. Butterfield, *Man on His past*, págs. 86 y ss. El carácter ideográfico de los escritos de Ranke fue subrayado por K. Marx.

todo N. M. Karamzin (1765-1826), cuya *Istoriya gosudarstva Rossiyskogo* (Historia del Estado Ruso) comenzó a aparecer en 1818. Todos ellos dejaron en la historiografía de su época una impronta quizá más fuerte que la de Ranke. Muchos de ellos (lo cual vale también para Carlyle, en el primer período de su actividad), promovían las ideas de democracia o liberalismo. A pesar de sus intentos de una aproximación universal, estaban todos marcados por un etnocentrismo de diversos tipos. Fue en ese período cuando el vocabulario de términos históricos empezó a incluir conceptos como nación, pueblo, clase social, y lucha de clases. Michelet, que —hay que recordarlo— estaba hasta cierto punto influido por las lecturas de A. Mickiewicz en el Collège de France, alababa la Revolución Francesa[10], pero alababa sobre todo a Francia. Su pre-nacionalismo (dejemos el término *nacionalismo* para un período posterior) le hizo afirmar que la nación francesa era «la primera nación de Europa»[11]. Otros historiadores de esa época sostenían unas opiniones similares sobre sus naciones respectivas: Macaulay llamaba al pueblo inglés «el más grande y más civilizado»[12], y Ranke pensaba lo mismo sobre los alemanes. Estas opiniones eran de lo más peligroso cuando las propagaban historiadores cuyos países estaban oprimiendo a otras naciones, especialmente si iban unidas (como era el caso de Ranke) a una afirmación consistente de ese país concreto y de su poder. Karamzin revivió el interés por la historia de Rusia. Palacky defendía el derecho de la nación checa a su independencia política[13]. Sin embargo, en tales intentos fue superado por Lelewel[14], que, más aún, sabía cuál debía ser el camino real a la libertad política. Guizot y Thierry justificaron el papel histórico del tercer estado como la fuerza principal de la nación.

Lelewel combinaba una inmensa obra histórica con grandes intereses en la metodología de la historia, que ya hemos descrito anteriormente. A pesar de su gran erudición, no era un historiador del tipo erudito. Se oponía a la literatura histórica narrativa dominante entonces, y luchaba por una aproximación filosófica a la historia, que debía basarse en los logros más avanzados de la epistemología y en un sistema de categorías sociológicas (concebido por el propio Lelewel), un sistema que ofrecía una visión estructural de la materia de investigación. Esto no tenía nada que ver con una concepción teleológica del espíritu de una nación; que veía con escepticismo y de la que incluso se distanciaba explícitamente, al margen de que viniera de Condorcet, Kant, Fichte o los románticos polacos. Al igual que Michelet, Guizot y Thierry, Lelewel veía el principal motor de los cambios históricos en la actividad de las masas, una idea puramente laica y altamente democrática. Teniendo en cuenta las opiniones que prevalecían en su época, Lelewel iba muy lejos.

[10] Sobre esta cuestión ver M. H. Serejski, «Jules Micheleta Polska» (Polonia vista por Jules Michelet), en *Przeszlosc a terazniejszosc* (El pasado y el presente), págs. 108 y ss.

[11] Cfr. P. Geyl, «Michelet and His History of the French Revolution», en *Debates with Historians*, pág. 82.

[12] «Macaulay in his Essays», *Debates with Historians*, pág. 26.

[13] En su obra fundamental *Geschichte von Böhmen*, vols. I-V, Praga, 1836-1867 (la primera edición en lengua checa fue publicada durante la Primavera de las Naciones y continuó en 1848-1876). Su tema principal era la lucha de la nación checa por la libertad.

[14] Esto puede verse claramente en el resultado de la investigación en sus obras. Un amplio tratamiento de la opinión metodológica de Lelewel se puede encontrar en la introducción a su *Pisma Metodologiczne* (Escritos metodológicos), en *Dziela* (Obras escogidas), vol. II, partes 1 y 2, págs. 7-93, en particular páginas 46-77. Estas menciones son muy usadas en este libro.

Veía los hechos pasados de una forma integral, y subrayaba su «unidad y universalidad», pero, por supuesto, no podía aún analizar con mayor detalle los factores que contribuían al desarrollo, de modo que pudiera señalar las causas de los cambios en esa universalidad. Era muy exigente sobre la exactitud y precisión en la investigación, y muy puntilloso en ese aspecto. En su acercamiento metodológico era, en muchas cuestiones, superior a los historiógrafos posteriores, positivistas, que prolongaron la vida del idiografismo en la literatura histórica rompiendo por completo con el concepto de una historiografía «filosófica», guiada por afirmaciones generales específicas [15].

Las primeras décadas del siglo XIX vieron estudios exhaustivos en el terreno de la historia económica, enormemente influida por los avances en la economía política. Esto ocurrió en todos los países, pero sobre todo en Gran Bretaña, donde el capitalismo había avanzado y donde las primeras series de estudios de historia económica llegaron incluso a adelantarse al nacimiento de la escuela histórica en economía [16]. Entre docenas de nombres y cientos de publicaciones, mencionemos a los franceses L. Reynier (historia económica antigua) y A. A. Monteil (una historia socio-económica de Francia en diez volúmenes, a partir de 1828); los ingleses D. Macpherson (una historia del comercio, la industria y la navegación inglesa en cuatro volúmenes, 1805), T. Took y W. Newmarch (los precios y la moneda en Inglaterra, 1793-1850, publicado en 1838-1857) y G. R. Porter (una historia económica del Imperio Británico en tres volúmenes, 1836-1843); los alemanes G. Hansen (historia agraria) y G. L. Maurer, historiador de la antigua marca (comunidad) alemana, que fue muy valorado por Marx y Engels [17]. Ese período vio también el comienzo de estudios del nivel económico de los estratos más pobres (F. Eden, *The State of the Poor*, 1797), y de la creciente clase obrera (P. Gaskell, D. Tuchett, E. Buret, P. Vinçard y otros), lo cual coincidió con los comienzos de los estudios sociológicos sobre la situación de la clase obrera dirigidos por L. R. Villermé, Le Play y otros.

La historia de la cultura también tuvo estudiosos propios. De modo que la materia de las narraciones era grande.

Estas obras, como las de historia política, estaban inspiradas, muchas veces, por la tendencia a justificar la necesidad de modificar la situación de los campesinos y trabajadores. Además, estos estudios reflejaban las ideas de cambio y progreso. Junto a los criterios políticos de progreso (tales como la libertad), comenzó a surgir tímidamente una reflexión sobre los criterios

[15] Como hemos mencionado, los escritos metodológicos de Lelewel se pueden encontrar en el volumen II de sus obras escogidas (Varsovia, 1964). Una gran luz sobre su opinión metodológica la aporta su *Dzieje historii i jej badan i sztuki* (Una historia de la historia, su investigación y su arte) en *Dziela* (Obras escogidas), vol. II, parte 2, págs. 709-856. L. Janowski, en su *Wstep ogólny do historii powszechnej* (Introducción general a la historia universal), 1846, se mostraba cercano a la postura de Lelewel. Otros seguidores de la opinión de Lelewel podrían mencionarse, pero, en general, Lelewel no fue comprendido por sus contemporáneos, ya que era demasiado avanzado para su época.

[16] Para la historia de la historia económica ver W. Kula, *Problemy i metody historii gospodarczej* (Problemas y métodos en la Historia económica), Varsovia, 1963.

[17] El estudio de las viejas comunidades rurales estaba bastante extendido en la historiografía del siglo XIX. Cfr. las obras de E. Nasse y P. Violette. Las importantes ideas de Lelewel estaban relacionadas con esta corriente de investigación.

económicos del progreso, bajo la influencia de la revolución industrial que estaba teniendo lugar en ese momento.

En esa época, el progreso era interpretado por los historiadores como un proceso continuo cuyo motor no eran las leyes de la naturaleza, sino unas fuerzas espirituales internas igualmente oscuras, más variables, sin embargo, que la naturaleza humana. El concepto de progreso estático que puede comprenderse por deducción y que tiene un límite, invariable, y al que se puede llegar en todas las épocas [18], fue sustituido por el concepto de un progreso cuya naturaleza hay que descubrir, ya que no se nos da *a priori*. Esto significaba una ampliación de las tareas inductivas de una descripción histórica, y también ciertos avances en el análisis del concepto de cambio. Sin embargo, ese concepto estaba todavía lejos de las posibilidades cognoscitivas de la narración genética. Este tipo de historiografía no adoptaba ni las sugerencias dialécticas hechas por Herder ni la dialéctica ampliada y el holismo de Hegel (1770-1831), holismo que era un acercamiento integral al pasado y ofrecía alguna oportunidad de interpretar el progreso como un proceso de desarrollo y de explicarlo causalmente. Como la burguesía, que primero se consolidó y después empezó a sentir el creciente peligro de las nuevas fuerzas sociales, este tipo de historiografía, relacionado con la burguesía, perdió poco a poco sus posibilidades objetivas de formular interpretaciones atrevidas sobre el pasado, ya que estas interpretaciones diferían de sus intereses de clase.

Por tanto, la referencia a los motivos de acción de los individuos continuó siendo dominante en el área de las explicaciones causales, por lo que se refiere a los hechos menores. Y el curso general de los hechos no necesitaba ninguna explicación, porque, según las opiniones de J. B. Fichte (1762-1814) y F. W. J. Schelling (1775-1854), las concepciones hegelianas de la idea absoluta, y las opiniones de otros pensadores (entre ellos, F. Schiller), que fueron asimiladas por los historiadores, el proceso histórico se interpretaba como un auto-desarrollo *sui generis* de una idea, y la historia, en su globalidad, era, en última instancia, la historia de esa idea, que tenía que ser comprendida [19]. El origen de esa idea no podía ser penetrado si no se asumía el poder director de Dios. Esto lo hicieron algunos. Ranke aceptaba la omnipotencia absolutoria de Dios en la historia (y por eso fue acusado de un relativismo que justificaba los actos históricos de ilegalidad) [20]. Otros creían en la idea de progreso que se materializa en el curso de la historia, y lo buscaban en sus investigaciones. Para ambos grupos, la idea se manifestaba en las acciones de los seres humanos que la apoyaban. Sobre esta cuestión encontramos grandes diferencias de opinión: desde la identificación, caricaturesca, de la historia sólo con las acciones de los individuos destacados, que hacía

[18] Los comentarios de T. J. Teggart en su *Theory and Processes of History*, edición citada, págs. 96-98, son muy instructivos a este respecto.

[19] Ver en particular la introducción de Hegel a su *Filosofía de la Historia* (en *Theories of History*, ed. cit., págs. 60 y ss.). El comentario característico de Lelewel acerca de la idea de Fichte sobre la historia es digno de mencionarse: La historia «es una idea infinitamente progresiva, la encarnación (...) de un ideal (...), pero cuándo alcanzará el ideal al que se acerca no se puede indicar ni por la experiencia ni por la teoría, es sólo una cuestión de fe, una creencia en el papel de un hombre actuando». (*Dziela* (Obras escogidas), vol. II, parte 1, págs. 819-820). Ver también R. G. Collingwood, *The Idea of History*, ed. cit., págs. 89-114.

[20] P. Geyl, *Debates with Historians*, ed. cit., pág. 13.

Th. Carlyle[21], hasta las concepciones más equilibradas pero también dominadas por los héroes de Ranke y otros[22]; la opinión de Sismondi, que atribuía las diferencias en el pasado de las naciones a sus sistemas de gobierno, hasta las avanzadas concepciones de Guizot, Thierry, Tocqueville y L. von Stein[23], que consideraban que la acción del tercer estado como clase era el motor del progreso. Esta no era todavía una aproximación teórica que introdujera las categorías de clase y lucha de clases en la historiografía, sino una atribución concreta de características específicas a una clase particular que se enfrentó al feudalismo. Este marcado refuerzo de la estructura de la narración no fue adoptado más tarde por las ideas metodológicas de los historiadores relacionados con los intereses de la burguesía.

Estas aproximaciones, a pesar de las profundas diferencias entre ellas, no asumían ninguna necesidad de establecer leyes históricas, porque, en la interpretación de los historiadores activos en la primera mitad del siglo XIX, la realidad (la materia de investigación) no permitía, por su propia naturaleza, establecer ninguna ley sobre ella. Esos historiadores, por tanto, representaban el idiografismo objetivo[24], que les hacía permanecer en el nivel de la descripción de los hechos aislados, que, en su opinión, eran de naturaleza única. En comparación con los avances metodológicos de la época de la Ilustración, que establecieron la existencia de leyes históricas (a pesar de que fueron establecidas en relación con la inmutabilidad de la categoría de razón), notamos un paso atrás, que, sin embargo, encierra un embrión de progreso metodológico. Las leyes del progreso fueron siendo sustituidas por las ideas o corrientes que gobernaron las diversas épocas del pasado y que eran los temas que había que descubrir en las investigaciones. La mayoría de las veces se hacían referencias al espíritu de la nación, muy popular entre los historiadores del período Romántico. Cuando estaban intentando vencer las limitaciones de los conceptos de leyes del progreso, tal como las habían formulado en la época de la Ilustración, todavía no sabían cómo sustituirlas por las leyes del desarrollo; por tanto, decidieron arreglárselas sin las leyes formuladas por los historiadores ilustrados y continuar con un análisis del concepto de cambio, aunque lo hicieron al precio de meterse de lleno en la metafísica.

La separación entre ciencia natural y ciencia social contribuyó aún más a la búsqueda del lugar de la historia en el sistema de las ciencias. La reacción anticartesiana de G. B. Vico, un siglo antes, era una manifestación de que el historiador se consideraba a sí mismo cada vez más, y demostraba que su trabajo era tan científico como el de los científicos naturales, aunque de diferente manera. En la primera mitad del siglo XIX, la interpretación de la ciencia histórica caminó por esta dirección, abandonando, por tanto, el acercamiento integral que caracterizaba a D'Alembert y Condorcet. Schelling, y sobre todo Hegel, hacían una distinción muy estricta entre fenómenos naturales e históricos. El concepto de desarrollo no valía para los primeros, ya que los cambios de la naturaleza son cíclicos. Por tanto, la investigación

[21] Especialmente en *On Heroes, Hero-Worship and the Heroic in History*. Ver también P. Geyl, «Carlyle, His Significance and Reputation», en *Debates with Historians*, ed. cit., págs. 35-55.

[22] Este hecho fue señalado por W. Dilthey.

[23] Autor de *Geschichte der sozialen Bewegung in Frankreich von 1789 bis an unsere Tage*, 1850.

[24] Ver A. Malewski y J. Topolski, *Studia z metodologii historii* (Estudios sobre la metodología de la historia), Varsovia. 1960, págs. 11-40.

en la ciencia natural y la investigación histórica pertenecen a mundos diferentes, regido, cada uno de ellos, por principios propios. Hay que advertir que los historiadores activos en la primera mitad del siglo XIX no adoptaron ni la aproximación integral a la historia, con su holismo metodológico, ni la dialéctica que preparó el camino hacia la comprensión del mecanismo del desarrollo. Pero, en comparación con los períodos posteriores, las diferencias de los acercamientos a la materia de la investigación histórica, que hemos descrito más arriba, no estaban muy avanzadas. El papel unificador lo jugó, hasta cierto punto, el concepto idealista de teleología.

3. *Las peculiaridades de las reflexiones positivistas sobre la historia*

La segunda mitad del siglo XIX vio una serie de cambios en la reflexión metodológica sobre la historia. Aquí también tenemos que buscarlos en las acciones prácticas de los historiadores, aunque también su conocimiento metodológico iba creciendo cada vez más. Al mismo tiempo, la historia como disciplina se convirtió, como nunca antes lo había hecho, en una fuente inagotable de reflexiones, tanto para los filósofos como para los sociólogos. Sus discusiones se basaban, en realidad, en el rápido crecimiento de las diversas disciplinas, cada una de las cuales intentaba definir su lugar en el mundo de la ciencia, de una forma bastante comprensible, y hacer ese lugar lo más importante posible.

En la segunda mitad del siglo XIX, la historiografía tenía la influencia predominante del positivismo[25], la corriente que, rechazando la metafísica y exigiendo un examen desapasionado de los hechos, consiguió dominar el pensamiento filosófico y científico y entró profundamente en los modos cotidianos de pensamiento. Pero, al exigir que los historiadores se atuvieran a los hechos y no fueran más allá de los datos basados en fuentes, el positivismo consolidó la tendencia erudita en la ciencia histórica y le dio unos fundamentos más modernos. La aproximación «filosófica» a la historia, tal como la comprendían en la época de la Ilustración, o, por ejemplo, Lelewel, comenzó a eliminarse de la ciencia, aunque siguieron desarrollándose residuos considerables de las opiniones especulativas y teleológicas del tipo del «espíritu de la nación», especialmente en la escuela nacionalista, llamada Prusiana, de historia. No hay que olvidar tampoco que las imprentas siguieron viéndose inundadas de escritos sobre historia cuyo nivel les hacía quedar muy retrasados respecto a los mejores avances de la época, avances que, por supuesto, son lo que más nos interesa aquí.

Al hablar del efecto de las ideas positivistas en las reflexiones metodológicas sobre la historia, que llegó a ser muy importante en Europa, y también fuera de Europa, sobre 1850, como factor característico en el desarrollo de esas reflexiones y como medida de sus logros, tenemos que advertir que la extinción de las viejas ideas y el nacimiento de otras nuevas ocurrieron de un modo que hace difícil señalar el proceso cronológicamente. Los representantes de la escuela antigua estaban todavía vivos y activos, e influían, por tanto, a sus discípulos, que no adoptaron automáticamente las nuevas ideas. Entre los representantes de la nueva generación de historiadores, la mayoría de ellos nacidos en el segundo cuarto del siglo XIX o alrededor de 1850, algunos se inclinaban más hacia la tendencia objetiva (representada

[25] No hay que olvidar que el positivismo estaba representado por sus diversas versiones.

por Ranke), y otros, hacia la tendencia teleológica (representada por los historiadores franceses). A pesar de las apariencias, esta última fue, en gran medida, la predecesora de la primera en cuanto al positivismo en la historia. Más aún, los historiadores sacaban diversas inspiraciones del positivismo, que por su parte era una doctrina ecléctica. Podemos hablar también de varios tipos de positivismo[26], que influyeron en la investigación histórica de diversas formas.

La tendencia positivista en la filosofía y en la ciencia la inició A. Comte (1798-1857) en su *Cours de philosophie positive* (1830-1842), que se convirtió en el punto de partida de las diversas variedades de la escuela francesa de positivismo (H. Taine, 1838-97; E. Renan, 1823-92, y otros). La misma época vio el nacimiento del positivismo empírico inglés, basado en sus propias fuentes y formulado de forma más plena en las obras de J. S. Mill (1806-1873); su impacto extraordinariamente fuerte sobre la mentalidad de sus contemporáneos se debió a la famosa *History of Civilization in England* (1857-1861), de H. T. Buckle (1820-1862), traducida a muchos idiomas (ésta era también la opinión del propio J. S. Mill). La obra de Buckle fue también una fuente de inspiración para la metodología positivista de la historia. Al construir su empirismo epistemológico y la teoría de la inducción, Mill rechazaba todas las premisas *a priori* (incluyendo la realidad de los conceptos generales) y afirmaba la existencia, solamente, de cosas y hechos individuales. Afirmaba que el razonamiento inductivo debe preceder al deductivo, y que ambos se basaban en los principios descubiertos por él en el estudio de la ciencia natural[27]. Comte consideraba además que sólo los objetos y hechos empíricos podían ser materia de la ciencia.

Esta opinión contribuyó a los avances de las técnicas de narración por medio de la disociación final, al menos en teoría, de la historia y la literatura, de la que se había considerado que la historia era una rama. Algunos estudiosos que se envuelven en la vieja discusión sobre la cuestión de cuándo se convirtió la historia en una disciplina científica consideran este hecho como el síntoma más importante, y se inclinan, por tanto, a considerar la historia como una ciencia a partir de 1850, más o menos. Sin embargo, en realidad todo esto tuvo una importancia secundaria; una obra sobre historia cuyo lenguaje se eleva hasta el nivel del arte literario se puede mostrar como algo mucho más científico que una exposición sobria pero superficial.

El positivismo eliminó de las narraciones históricas las acumulaciones, todavía grandes, de fantasía (por ejemplo, al buscar el «origen» de la nación, el estado, diversas instituciones, etc.), y debilitó fuertemente los elementos de la metafísica religiosa. Subrayó la renuncia a todo pragmatismo incluso con más fuerza de lo que lo había hecho anteriormente. Afiló los instrumentos de la crítica histórica de un modo hábil y siguió mejorando la complicada técnica de la demostración indirecta. Los libros y publicaciones sobre historia, los congresos de historiadores, que aumentaron, se convirtieron en el terreno de agudas controversias sobre la correcta interpretación de las fuentes. Sin embargo, el cripto-pragmatismo continuó siendo un fenómeno

[26] Cfr. J. Legowicz, *Zarys historii filozofii* (Esbozo de historia de la filosofía), Varsovia, 1964, págs. 302 y ss.

[27] El efecto del positivismo filosófico en la historiografía es tratado por I. S. Kon en *Die Geschichtsphilosophie des 20. Jahrhunderts*, ed. cit., págs. 46 y siguientes, y por A. Galleati en *Natura e finalità della storia nel moderno pensiero europeo. Dalla storia filosofica allo storismo idealistico*, Milán, 1953, páginas 173 y ss.

universal. En Polonia esto dio lugar a la controversia entre las llamadas Escuela de Varsovia y Escuela de Cracovia de historia. Juzgadas según los patrones de su tiempo, las dos eran más o menos positivistas, y la única diferencia entre ellas era el grado de apoyo a la Iglesia Católica y la actitud hacia cuestiones sociales y políticas locales. Sus discusiones no aportaron ninguna idea metodológica nueva[28].

Los avances en la crítica y en la heurística, que consistían en la exigencia de una apreciación estricta de los hechos y de una precisión en el manejo de las fuentes, eran evidentes en la serie de nuevos tratados sobre el método histórico (metodologías, introducciones, principios de crítica histórica, etcétera). Terminaron con la constante búsqueda anterior de terminologías y clasificaciones: en esa época, debido a los avances de la reflexión lógica, esas cuestiones habían sido ya discutidas y codificadas. Por supuesto, a este respecto había una diferencia entre las aproximaciones de mitad de siglo y las de las últimas décadas. Las primeras publicaciones son las de P. J. B. Buchez en 1833 (*Introduction à la science de l'histoire*), con algunos tonos positivistas, veinte volúmenes de estudios de P. C. F. Daunou (*Cours d'études historiques*, 1842-1849), y —con algunas reservas— las obras de los historiadores alemanes, como J. G. Droysen (*Enzyklopädie und Methodologie der Geschichte*, 1858, y *Grundriss der Historik*, 1868)[29]. Algún tiempo después, varios países vieron la aparición de muchas obras parecidas de estilo positivista, en concreto las de Ch. de Smedtal (1881), N. T. Kareyev (1883-1913), E. A. Freeman (1896), P. Lacombe (1904)[30], G. B. Andrews (1897), y Ch. Langlois y Ch. Seignobos (1897), siendo este último el más conocido. A pesar de que los enumeramos a todos aquí, todos ellos diferían, a veces consi-

[28] En la reflexión metodológica, que no estaba demasiado avanzada, se hacían referencias a la exigencia de objetividad (especilmente la escuela de Varsovia, con T. Korzon y T. Wojciechowski), al empirismo y a la inducción (A. Pawinski, M. Bobrzynski, T. Korzon y otros), a las «regularidades» en el desarrollo social (W. Smolenski, M. Bobrzynski y otros), a la unidad de los métodos de la ciencia natural y de la historia (M. Bobrzynski, T. Wojciechowski). J. Szujski, que representaba las opiniones anti-positivistas, se oponía ante todo al acercamiento anticlerical y laico característico de esa tendencia. S. Smolka se opuso también en gran medida a esa corriente. Las afirmaciones hechas por los historiadores polacos de esa época se encuentran en M. H. Serejski, *Historycy o historii* (Historiadores sobre historia), ed. cit., págs. 139-400 (con comentarios del editor en las págs. 130-8). Queda sin examinar la postura de K. Potkanski.

[29] El manuscrito de la segunda de estas dos obras estaba fechado en 1858 (2.ª ed. en 1875, 3.ª en 1882). Más tarde ambas obras fueron publicadas juntas como *Johann Gustav Droysen Historik* (1936-1943). La última edición (1958) lleva el título *Historik. Vorlesungen über Enzyklopädie und Methodologie der Geschichte*. Sobre J. G. Droysen (1808-1884) ver F. Meinecke, «Johann Gustav Droysen. Sein Briefwechsel und seine Geschichtsschreibung», en *Historische Zeitschrift*, número 141, 1938, págs. 249-283. Droysen, que se ocupó sobre todo de la historia antigua, escribió también una particularmente tendenciosa. *Geschichte der preussischen Politik*, en 15 vols., que llega hasta la Guerra de los Siete Años (publicada entre 1868-1886). J. G. Droysen no aceptaba las leyes en el sentido positivista del término; era un intuitivo y el promotor, junto con otros, de la idea de *Staatsgefühl* en Alemania, la idea que influyó de modo esencial sobre las posturas metodológicas de los historiadores alemanes e impidió el desarrollo de las ideas positivistas. La influencia de J. G. Droysen en W. Dilthey ha sido subrayada recientemente (ver F. F. Suter, «Philosophie de l'histoire chez Wilhelm Dilthey», Basilea, 1960, pág. 204). Además de J. G. Droysen, también fueron historiadores activos sus hijos Gustav Droysen (historia del siglo XVII) y Hans Droysen (historia militar).

[30] B. Lacombe, *De l'histoire considerée comme una science*, París, 1894 (2.ª edición en 1930).

derablemente, en su opinión filosófica. Sin embargo, era común a todos ellos el intento de ser precisos en los problemas del método histórico. Podemos ver nuevas ideas sobre la clasificación de las fuentes. Los diversos pasos de la labor del historiador se fijaron ya como heurística, crítica, sistematización (construcción) y descripción.

Las consignas que reflejaban los métodos nuevos fueron la base para la aparición de publicaciones periódicas históricas. La *Revue Historique*, que ahora cumple justo un siglo, fue fundada en 1876, con G. Monod como director, para consolidar el positivismo histórico en Francia. Tanto los estudios interesados estrictamente en la reflexión sobre la ciencia histórica como las numerosas grandes monografías o las pequeñas colaboraciones estaban inspiradas por la famosa afirmación: «*L'Histoire se fait avec des documents*», hecha por Langlois y Seignobos. Los documentos (en el sentido de fuentes) que contenían información sobre los hechos iban a ser la base de observaciones parecidas a las que se hacían en la ciencia natural. Cuanto más numerosas fueran las observaciones (es decir, cuanto más numerosos los hechos establecidos), más fiable era la investigación. Se creía que éste era el único modo posible de obtener conocimiento del pasado, un proceso en el que la personalidad del historiador debía interferir lo menos posible. El punto fundamental era el hecho, como en el caso del estudio de la naturaleza.

El positivismo, que —como señaló E. Durkheim, el sociólogo francés— creció a la sombra de la ciencia natural, traspasó en ese momento a la esfera de la historia el concepto de hecho, que más tarde iba a ser fortalecido por la influencia de la sociología post-positivista (especialmente la de Durkheim), como una de las categorías fundamentales de la reflexión histórica[31].

En la metodología de la historia actual ya no hay referencias al origen de ese concepto, lo cual, en opinión de este autor, es la razón de muchos puntos oscuros en su interpretación. Pero es obligatorio subrayar el sentido marcadamente estático del término, debido a la interpretación positivista del hecho histórico. Su sentido no se puede aprehender si ignoramos la concepción entera de la metodología positivista, una metodología que, al referirse claramente a las ideas vigentes en la época de la Ilustración, adoptó sus valores importantes y sus puntos débiles[32]. Sobre la reflexión sobre la historia, el positivismo (sobre todo a través de A. Comte) transmitió también ideas características de la época de la Ilustración —y, hasta cierto punto, de la filosofía cartesiana— al siglo XIX[33]. A cambio de abandonar la aproximación teleológica, que suponía una metafísica pero que introducía al hombre, e incluso a las clases sociales, como elementos activos en la historia, los historiadores obtuvieron una claridad mayor en el establecimiento de los hechos, pero retrocedieron en el camino hacia una mejor comprensión de las categorías de cambio y desarrollo, categorías que son esenciales para toda reflexión sobre el curso de la historia.

[31] El término que se solía usar anteriormente era *suceso*, pero la cuestión no es importante, pues tanto *hecho* como *suceso* pueden interpretarse dinámica o estáticamente.

[32] El esquema de historiografía de Comte refleja la influencia de la escuela de Saint-Simon.

[33] Esta definición fue adoptada —por medio de M. Defourny (*La sociologie positiviste-Auguste Comte*, Lovaina, 1902, págs. 353-354)— por F. J. Teggart en su *Theory and Processes of History;* ofreció una interpretación aguda de las ideas metodológicas de Comte. Ver también L. Lévy-Brühl, *Die Philosophie Auguste Comte's*, Leipzig, 1912.

Como resultado, ese punto de vista dificultó un pleno desarrollo de la historia y de la «física social», es decir, la sociología, postulada por Comte. Comte clasificaba las ciencias en abstractas, o sea, las que descubren leyes sobre los hechos, y concretas, o sea, descriptivas —las que formulan afirmaciones sobre los hechos[34]. Excepto la sociología, todas las demás ciencias sociales, incluida la historia, las situaba en la última clase de disciplinas secundarias, descriptivas. Según la concepción de Comte, toda ciencia abstracta, incluida la sociología, tiene una parte estática y una parte dinámica. En el área de la física social esa parte dinámica recuerda una sociología histórica, y se ocupa del establecimiento de una secuencia ideal de manifestaciones del progreso en la historia de la humanidad. Esto requiere, sobre todo, un método comparativo, basado en la observación de sociedades contemporáneas que representen los diversos niveles del desarrollo; el método histórico se convierte en algo de importancia secundaria, porque las secuencias ideales de Comte no necesitan ninguna coordenada temporal ni espacial. El progreso, que debe verse en el paso de la humanidad de un nivel al siguiente, es algo natural y tiene lugar al margen de los sucesos históricos. Se materializa continuamente, a través de cambios lentos cuyo avance lo determinan sus propias leyes. Los hechos o sucesos históricos no son sus portadores, y por tanto pueden considerarse de modo estático, como elementos pasivos de la historia, como manzanas de edificios situadas por alguien de un modo arreglado con anterioridad. Así recuerdan a los hechos de la naturaleza, igualmente estáticos: a pesar del nacimiento, a partir de mediados del siglo XVIII, de una aproximación evolucionista a la naturaleza (Kant, Laplace, Lamarck, Hutton), la postura de Comte siguió siendo la de considerar los hechos naturales como totalmente estáticos. El acercamiento evolucionista, que subrayaba la continuidad de los cambios pequeños, fue adoptado por Comte sólo en relación con las disciplinas dinámicas en las ciencias abstractas, interesadas en el progreso abstracto. El concepto estático de hecho histórico fue apoyado más tarde por la sociología post-Comtiana, que abandonó la poco convincente idea de Comte sobre el progreso y se centró en la aproximación estática, es decir, en el estudio de la estructura de la sociedad contemporánea. Estos estudios, llenos, al principio, de construcciones especulativas, evolucionaron gradualmente hacia una aproximación empírica[35].

Las dos fuentes principales de inspiración evolucionista en el siglo XIX, es decir, el evolucionismo en antropología y el evolucionismo en la ciencia natural, no podían estimular la reflexión histórica, tampoco, porque las dos, influidas en gran medida por Comte, consideraban los cambios como algo independiente de los hechos.

Los antropólogos, en sus intentos de construcciones teóricas, no se ocupaban de un estudio de los hechos históricos, y se limitaban a rechazar la opinión de Comte sobre un desarrollo uniforme de la humanidad[36]. Se

[34] Cfr. Comte, *Cours de la philosophie positive, 1830-1842.*

[35] Cfr. H. Maus, «Zur Vorgeschichte der empirischen Sozialforschung», *Handbuch der Empirischen Sozialforschung*, vol. I, Stuttgart, págs. 18-37, 1967.

[36] Esto se refiere a antropólogos culturales como E. B. Tylor, G. Weitz, J. F. McLennan, L. H. Morgan, J. G. Frazer, y también a L. Gumplowicz. (Adviértase, en este sentido, la introducción de J. Lutynski a la versión polaca de J. G. Frazer, *The Golden Bough*, que apareció en Polonia en 1962). Ver también el análisis de J. H. Steward sobre el concepto de evolución en la antropología cultural (en *Anthropology Today*, A. L. Kroeber (ed.), Chicago, 1953, págs. 313-325, con bibliografía).

interesaban sobre todo en el estudio de las semejanzas, y esto condujo a algunos a discusiones ahistóricas sobre el «comienzo» de algunos fenómenos, y a otros al «difusionismo», o sea, a prestar excesiva atención a la busca de influencias de los cruces de culturas. La cuestión fundamental era, sin embargo, que abarcaban con su investigación los períodos que anteriormente se había considerado «legendarios», y que iban más allá del área convencional de la cultura europea.

La revolución en la ciencia natural, debida a la formulación por Ch. Darwin (1809-1882) de su teoría de la evolución (1859), dio una historia a la naturaleza, pero era una historia evolucionista que cumplía el principio, formulado en el siglo XVIII y adoptado más tarde por Comte y aplicado a la naturaleza, de que *natura non facit saltum*[37]. Por eso, la concepción del positivismo evolucionista de H. Spencer (1820-1903), aunque señaló un progreso en el desarrollo del evolucionismo, al abarcar con ese principio todos los fenómenos sociales y naturales, no abrió nuevos terrenos a la historiografía (excepto para ofrecer mejores asociaciones derivadas de la aproximación orgánica). Desde el punto de vista de un historiador, los análisis de H. Taine (1838-1893) eran más interesantes. El acercamiento de Taine a las ciencias sociales era, como el de Spencer y el de Comte, fuertemente naturalista; pensaba que los principios metodológicos observados en las ciencias naturales eran válidos para las ciencias sociales[38], y aseguraba que tanto los hechos naturales como los históricos tenían un carácter recurrente. Rechazaba el evolucionismo en relación con ambos tipos de hechos, y por tanto se enfrentaba a la tarea de explicar de otro modo las diferencias entre los estadios de civilización, lo cual le hacía interpretar la historia de un modo mucho más profundo que Comte, porque no se refería a un concepto abstracto de progreso independiente de la interacción de los hechos.

La idea de Comte, que no tenía en cuenta ese estado real de los estudios históricos y limitaba los hechos a simples descripciones, no fue nunca totalmente aceptada por los historiadores. Los que solían reflexionar sobre los problemas de la metodología de la investigación histórica no querían ver las tareas de la literatura reducidas a descripciones; querían que los historiadores formularan generalizaciones y descubrieran las leyes que rigen los acontecimientos, como se hace en las «ciencias abstractas». La obra de H. T. Buckle mencionada anteriormente[39] fue el manifiesto más consistente de esas ideas. Provocó muchas discusiones, sobre todo a causa de su anticlericalismo, pero no pudo afectar mucho a la historiografía, en primer lugar, porque las tradiciones de la corriente erudita eran demasiado fuertes, y en segundo lugar, porque el concepto positivista de leyes históricas estaba demasiado influido por ideas ahistóricas que se remontaban al siglo XVII y a la Ilustración, ideas que conducían a la concepción de leyes de la naturaleza y de características intelectuales inmutables en el hombre. Podemos encontrar ideas parecidas incluso en J. S. Mill, que criticaba a su padre

[37] Comparar la aproximación de F. J. Teggart en *Theory and Processes of History*, ed. cit., págs. 137-138.

[38] Sobre la situación de la ciencia actual a este respecto, ver J. Giedymin, «Spór miedzy naturalizmem i antynaturalizmem w pojmowaniu nauk spolecznych» (La controversia entre los naturalistas y los antinaturalistas sobre la inerpretación de las ciencias sociales), *Rocznik Ekonomiczny PTE*, Poznan, vol. XIII, 1961-1962, págs. 173-191.

[39] Ver en particular caps. I-IV.

(James Mill) y a J. Bentham por tener una interpretación demasiado estrecha de la idea de leyes inmutables de la naturaleza que rigen la conducta humana, y que comprendía la historia mejor que Comte. A pesar de la exigencia de que los diversos niveles de la evolución de la sociedad fueran estudiados empíricamente y de que se formularan leyes empíricas, dichas leyes no podían explicarse sin una referencia a los principios fundamentales de la psicología del individuo (leyes de la naturaleza humana)[40]. En esta interpretación, estas leyes no eran leyes de desarrollo histórico, sino leyes de progreso. La evolución señalaba la naturaleza pasiva de su propio objeto; el desarrollo implicaba cambios en el objeto, sin determinar previamente la naturaleza de esos cambios, continuos o dialécticos. Esta es la razón de que las opiniones corrientes que afirman que el evolucionismo convirtió a la historia en una ciencia no tengan demasiada base. Para convertirse en una disciplina separada la historia necesitó la combinación del estudio de los hechos con el estudio de los cambios, en la forma de un estudio integral del proceso del desarrollo, y no del progreso, ni metafísico ni positivista (es decir, como una evolución de la mente o del conocimiento humano).

Mill señaló el hecho de que desde el punto de vista lógico una ley es una afirmación estrictamente general. Distinguía entre leyes causales y leyes de concurrencia. Comte no relacionaba el concepto de causa directamente con las leyes, ya que para él la causa tenía su *raison d'être* en el estudio de la secuencia de hechos, y no en el estudio de los cambios[41]. Mill pensaba que la naturaleza causal de las acciones humanas era un resultado de la interacción de las leyes mencionadas, pero admitía algún papel de la voluntad libre del hombre[42]. La aceptación de la existencia de leyes liberó a la historiografía de la carga del idiografismo objetivo, a pesar de que, como hemos visto, la interpretación de las leyes, en realidad, era ahistórica. En la práctica, sin embargo, siguió existiendo la literatura histórica idiográfica; ese idiografismo no se debía a ninguna imposibilidad de investigar las leyes en cuestión, sino a las dificultades prácticas para buscarlas, porque la concepción de leyes positivistas era artificial y no derivaba de las necesidades reales de la ciencia histórica, que debe interesarse sobre todo en el mecanismo del desarrollo. El ejemplo de Buckle mostraba que incluso las técnicas de investigación de un historiador tan destacado pro-

[40] Cfr. *Theories of History*, ed. cit., págs. 83-84. Las tesis de J. S. Mill están expuestas en su *A System of Logic* (libro VI, caps. X y XI) (reeditado en *Theories of History*, págs. 84-105).

[41] «Como hemos visto, la primera característica de la Filosofía Positiva es que considera que todos los fenómenos están sujetos a leyes naturales invariables. Lo que nos interesa es —viendo lo vana que resulta cualquier investigación sobre las llamadas causas, tanto primeras como finales— conseguir un descu brimiento preciso de estas Leyes, con la intención de reducirlas al número menor posible.» A. Comte, *Cours de la philosophie positive*, vol. I, ed. cit., cap. 1 (mencionado en A. Comte, «El carácter de la Filosofía Positiva», en *Theories of History*, P. Gardiner (ed.), Glencoe, 1959, pág. 76).

[42] «He tratado esta cuestión, en lo que parecía ajustarse a la situación, en un capítulo anterior; y no creo necesario repetir más que la doctrina de la Causalidad de las acciones humanas, llamada impropiamente la doctrina de la Necesidad, supone nexos misteriosos, o una fatalidad omnipotente; afirma nada más que las acciones humanas son el resultado de leyes generales y de las circunstancias de la naturaleza humana, y de sus caracteres particulares.» J. S. Mill, *A System of Logic*, libro VI, cap. X, mencionado en *Theories of History*, edición citada, pág. 96. J. F. Stephen (Cfr. *The Study of History*, 1961), que recientemente recibió atención en *History and Theory*, vol. I, núm. 2, 1961, págs. 186-201, intenta interpretar el concepto de leyes en historia de un modo parecido.

ducían resultados triviales en la búsqueda de tales leyes. Esto significaba que el modo de vencer las consecuencias cada vez más alarmantes de la erudición evolucionista (genética) debía buscarse en otro lado.

En el análisis de los factores que contribuían a crear las diferencias en el nivel de las distintas sociedades, las observaciones más importantes solían surgir como resultado de apartarse de los principios del positivismo estricto. La serie de factores que se tenían en consideración como influencias sobre la historia siguió siendo la misma. Se daba demasiada importancia al factor geográfico (influencia de Buckle y la escuela geográfica, F. J. Turner), el factor demográfico, el desarrollo del conocimiento humano, el papel del estado (S. M. Solovyev y otros), mientras que —aunque no en todos los casos— se negaba a la religión y a la Iglesia ningún papel histórico importante.

El desarrollo de la historia económica como una disciplina histórica separada contribuyó a un mejor entendimiento del factor económico. Las complejas circunstancias que dieron lugar a su nacimiento incluían la escuela histórica de economía política, que se desarrolló a partir de la oposición a las concepciones clásicas de Smith y Ricardo. Los principales logros no fueron afirmaciones teóricas, sino innumerables volúmenes de estudios de historia económica. El nacimiento de la escuela histórica estaba relacionado con las concepciones genéticas (o sea, con un historicismo *sui generis)* características del período romántico (pensemos en las ideas de Savigny, Ranke y otros) y de la filosofía positivista de Comte. El mayor avance teórico de esta escuela lo constituyeron las diversas concepciones de los pasos en el desarrollo económico de la humanidad. Nacidas del evolucionismo positivista, relacionadas a menudo con una interpretación que tendía a considerar la sociedad como un organismo, esas concepciones adolecían de una aproximación ahistórica: al señalar los distintos pasos del desarrollo económico no descubrían el mecanismo de transición de un paso al siguiente. Por tanto, en la interpretación de la escuela histórica, los diversos niveles aparecen como algo completo y totalmente formado, sin períodos de transición. W. Roscher (1817-1894) y B. Hildebrand (1812-1886) distinguían la economía natural, la monetaria y la de crédito, pero para ello no se apoyaban en un estudio de los cambios históricos, sino de las analogías en la historia de los distintos países. Quizá ésa fue la razón de que K. Knies (1821-1898), el más avanzado en la reflexión metodológica, subrayara el carácter nacional de las actividades humanas y se abstuviera de referirse a dichos estadios de desarrollo universalmente concebidos. Afirmaba que la tarea principal de la economía era descubrir las causas concretas, históricamente condicionadas, de la actividad económica del hombre; dichas causas podían ser de naturaleza variable, y las más importantes eran las condiciones naturales y la mentalidad humana. Las analogías, que según Knies son el contenido de las leyes históricas (económicas), tienen lugar si hay un paralelismo, no sólo en las propiedades de los fenómenos en cuestión (cosa que asumía la concepción de los niveles en el desarrollo económico), sino también en las causas de tales fenómenos.

En su desarrollo posterior, la escuela histórica tomó dos direcciones diferentes. Una de ellas continuó con la idea de los niveles en el desarrollo económico (por ejemplo, K. Bücher), sustituyendo con ello la búsqueda de regularidades en el desarrollo económico; la otra, por ejemplo, G. Schmoller, fue más allá (aunque las apariencias pudieran sugerir lo contrario),

pero aunque dio un paso adelante en la búsqueda de leyes, no traspasó los límites de la causalidad y de la descripción genética. Sin embargo, como hemos mencionado anteriormente, incluso las interpretaciones más avanzadas teóricamente del positivismo (de Comte y de J. S. Mill) no consiguieron enlazar la causalidad con la idea de las regularidades universales. Las leyes se concebían como si fueran una fuerza exterior a las actividades del hombre: en el mejor de los casos (J. S. Mill) las acciones humanas se interpretaban como un resultado de dichas leyes y de la «naturaleza humana»[43].

La aproximación positivista, que gradualmente resultó ser un freno para las explicaciones, estuvo, en la investigación histórica, relacionada con una desintegración creciente de los estudios históricos. La historia política (aunque interpretada de diferentes modos) dominaba aún, aunque veía su monopolio amenazado por la historia económica, pero el desarrollo de las diversas disciplinas históricas dio lugar, cada vez más, a la especialización. Los historiadores, como individuos, estrecharon gradualmente sus respectivos campios de visión, lo cual les condujo o a abandonar los intentos de formular explicaciones o a sobrevalorar las cuestiones sobre las que se centraba su investigación. Las discusiones estaban llenas de argumentos sacados de la heurística, la crítica externa y la política, y no de la teoría social o económica. La animación a la que dio lugar el nacimiento de la metodología positivista fue seguida, en la mayoría de los historiadores, por un reflujo alarmante del interés por la metodología. Sólo unos cuantos historiadores vieron que la investigación histórica, interesada por su propia «corriente de hechos», iba acompañada del nacimiento de muchas disciplinas interesadas por el hombre y la sociedad, que señalaban una situación nueva para las ciencias sociales en general. Aún menos numerosos eran los que conseguían apreciar las oportunidades ofrecidas por el método dialéctico, la teoría del materialismo histórico, y la economía política de Marx, que entonces ya había sido formulada. Por eso los marxistas jugaron un papel muy pequeño en la reacción contra la metodología positivista; pero la actitud hacia la teoría y el método nuevos fue la materia de un número cada vez mayor de discusiones, ya que los estudiosos no podían permanecer indiferentes a las nuevas ideas que promovían soluciones para muchos problemas vitales de la humanidad.

[43] Hay una enorme cantidad de obras sobre el concepto de niveles en el desarrollo económico (y en el desarrollo de la humanidad en general). Las más recientes incluyen B. F. Hoselitz, «Theories of Stages of Economic Growth», en *Theories of Economic Growth*, 1960, y W. Kula, *Problemy i metody historii gospodarczej* (Problemas y métodos de Historia Económica), ed. cit., págs. 24-33. Entre las obras anteriores están, sobre todo, K. Bücher, *Die Entstehung der Volkswirtschaft*, 1893, y K. Breysig, *Der Stufenbau und die Gesetze der Weltgeschichte*, 1904. La obra de Breysig será mencionada más tarde.

VII

Reflexión estructural

1. *El nacimiento de un modelo estructural de investigación histórica*

La reflexión metodológica antipositivista en los estudios históricos estaba marcada sobre todo por la negación y el escepticismo. Ese escepticismo tenía tres aspectos. Las ideas antipositivistas nacían de las dudas sobre los valores cognoscitivos de la acumulación inductiva de hechos, es decir, del proceso cognoscitivo analítico. Se dudaba, con mucha razón, si el conocimiento humano de los hechos pasados aumenta proporcionalmente al número de hechos establecidos. En el nacimiento de esa nueva reflexión, un papel no menos importante lo jugó el escepticismo ante la idea positivista de una evolución constante de los valores intelectuales y morales del hombre, evolución que seguía, supuestamente, las leyes naturales del progreso, que trabajan al margen de los hechos; esta forma de escepticismo se refería a la propia existencia de esas leyes. Finalmente, el escepticismo ante el tratamiento optimista de la historiografía como una disciplina muy parecida a las ciencias naturales y ante la corrección del principio de una historiografía «objetiva», separada de las exigencias prácticas, tuvo también una gran influencia sobre la reflexión antipositivista.

Este escepticismo, en sus tres caras, al afectar directa o indirectamente a todas las esferas de la reflexión metodológica, condujo a diversas propuestas, a menudo incompatibles. El primer aspecto dio lugar a un pesimismo cognoscitivo en la investigación histórica y a un enriquecimiento del proceso cognoscitivo histórico, con intentos de acercamientos integrales. El segundo condujo, por un lado, a una nueva negación de cualquier ley histórica y a un regreso al idiografismo objetivo y al indeterminismo, y por otro, a un mayor progreso en las reflexiones sobre las leyes históricas y sobre las explicaciones en la historia. El tercero produjo una negación total de la naturaleza científica de la historia y argumentos nuevos en favor de la afirmación de que la investigación histórica es una disciplina exacta. En resumen, algunas de las nuevas tendencias pueden interpretarse ahora como una continuación y ampliación crítica de las ideas básicas del positivismo (en su versión más o menos evolucionista), y otras como una negación de esas ideas y una vuelta a concepciones anteriores. La característica dominante, y valiosa, de la reflexión metodológica nacida de la crítica escéptica ante el positivismo del siglo XIX fue que se advirtió —aunque desde distintas posturas filosóficas— de la importancia de un acercamiento integral para la investigación histórica, cosa que la historiografía erudita había negado múltiples veces. Esto produjo unos intentos, realizados de diversos modos, 1) de integrar internamente el análisis histórico del proceso de averiguación de hechos y de relacionarlo con las interpretaciones sintéticas, 2) de combinar los distintos puntos de vista, político, económico, etcétera, de la materia de investigación, 3) de usar otras disciplinas al llevar a cabo la investigación histórica.

Todo esto contribuyó a la adopción de una nueva postura, estructural, que de algún modo establecía lazos de unión entre los hechos separados, interpretados de modo positivista; a la investigacion histórica le hacía falta una postura así, que atañe a todo el desarrollo social, un proceso en el que todos los elementos están más o menos interrelacionados. Lo que todavía faltaba era una tendencia más clara a integrar el estudio de los hechos con el estudio de los cambios, es decir, a hacer la aproximación más dinámica, y no hay que olvidar que sólo esta combinación dio la oportunidad de hacer una descripción total y una explicación del proceso de desarrollo en la historia. La crítica al evolucionismo consistió en rechazarlo totalmente, pero no se indicó ninguna solución mejor. A pesar de estos defectos, podemos llamar estructural a la reflexión metodológica nacida de la crítica al acercamiento erudito, ya que estaba dominada por un intento de interpretación estructural del conjunto. Pero, como veremos, dichas interpretaciones eran muchas veces puramente especulativas. De modo que, otra vez, un avance en un área de la reflexión metodológica significaba un retroceso o un estancamiento en otra.

2. *Inspiraciones filosóficas de la historia anti-positivista*

Fue principalmente de la filosofía, que a finales del siglo XIX renacía, sobre todo en gnoseología y metodología, de donde la investigación histórica sacó la inspiración para su oposición al dominio del modelo metodológico de la ciencia natural, la desintegración positivista de la materia de investigación, su interpretación estática y la actitud pasiva del historiador, que sólo tenía que percibir los hechos separados tal como los registraban las fuentes. Los filósofos, muchos de los cuales consideraban la ontología como metafísica, no sólo pusieron las nuevas bases para una teoría general del conocimiento, sino que también abarcaron el conocimiento histórico y la estructura metodológica de la historia con sus análisis, por primera vez en un nivel tan amplio. La reflexión metodológica llevada adelante por los historiadores en esta nueva atmósfera filosófica consistía, como en el siglo XIX, en aplicaciones más o menos precisas de esos análisis a las exigencias prácticas de la investigación histórica. Como en aquel tiempo la historia como ciencia comenzaba a afrontar ciertos problemas comunes a todas las disciplinas sociales y humanísticas, no dejó de recibir la influencia de las tendencias predominantes en esas disciplinas, principalmente en la sociología, antropología, economía y psicología. Pero además, por supuesto, la historia, con sus propios problemas, se convirtió en una de las fuentes generales para la búsqueda de soluciones nuevas en la filosofía y en las humanidades y ciencias sociales en general.

En gnoseología, se proponía el conocimiento intuitivo para sustituir al empirismo inductivo, y se atribuía el papel principal y activo en dicho proceso a la mente del investigador como factor de organización. La importancia de su papel se iba a manifestar sobre todo en las ciencias de la cultura, y por tanto también en la historia, porque, para abarcar todos los aspectos de la cultura como un producto humano complejo, era necesario —ésta era la opinión dominante— comprenderla directamente, y no sólo

explicarla señalando la causa (que es un procedimiento suficiente en la ciencia natural). Interpretada como muchas variedades del conocimiento puramente intuitivo, que es una experiencia cognoscitiva que no se presta a ningún análisis más estricto, esta exigencia era formulada por los neo-Kantianos de las escuelas de Baden y Marburg, los neo-Hegelianos, la escuela de la «filosofía de la vida», y los fenomenologistas [1].

H. Bergson (1859-1942), cuya influencia sobre las ideas filosóficas en la historia en esa época fue, probablemente, más fuerte que la de ningún otro, quería interpretar el mundo como una totalidad en movimiento (en contraposición a los positivistas) y en este sentido escribió que «La evolución requiere que el presente sea realmente una continuación del pasado, exige que la duración sea un lazo de unión» [2], y, al criticar a Spencer, escribió que en su evolucionismo «no se hacía referencia ni al devenir ni a la evolución», porque «el truco del método de Spencer solía ser reconstruir la evolución a partir de fragmentos de lo que ya había evolucionado» [3].

La fenomenología de E. Husserl (1859-1939), representante de la reflexión lógica anti-empirista sobre la ciencia, se relacionaba también con la intuición, es decir, no con la inducción o la deducción, sino con un conocimiento «directo» independiente de la psicología y de la teoría, pero esta relación era diferente. Según Husserl, son accesibles a esa intuición, que llamaba eidética, no sólo los objetos individuales (hechos), sino también las esencias generales de las cosas (abstracciones). En relación con tal intuición, hay que renunciar a toda construcción conceptual, incluso a las latentes. «Esta suspensión universal de toda actitud hacia el mundo objetivo, llamada *epoché* fenomenológica, se convierte en el medio metodológico por el que me interpreto a mí mismo como el Yo y como esa vida de la conciencia en y a través de la cual existe para mí el mundo objetivo precisamente como es para mí» [4]. Por tanto, el objeto cognoscitivo no es algo que puede ser aprehendido pasivamente, sino algo constituido por el papel «creativo» de un acto cognoscitivo. Se puede advertir fácilmente que es en este punto donde se manifiesta claramente el nivel final idealista del proceso cognoscitivo fenomenológico integral.

E. Cassirer (1874-1945), de la escuela de Marburgo, que tuvo también mucha influencia, examinó la cultura, no como una acumulación de hechos y fenómenos individuales, sino como un todo que tiene una estructura lógica específica. Aseguraba —al contrario que Husserl— que el conocimiento requiere unos elementos (símbolos) *a priori*, que, sin embargo, no se interpretan de una manera definitiva, sino considerando su variabilidad en el curso de la historia. Estos símbolos nos permiten combinar los hechos para formar globalidades, pero cualquiera de estas globalidades no es algo real,

[1] J. Legowicz habla de una «filosofía positivista de la vida» (ver su *Zarys historii filozofii* (Esbozo de la historia de la filosofía), ed. cit., págs. 316 y ss.). Pero yo no me inclino a clasificarla como una rama del positivismo y encuentro más convincente la clasificación de W. Tatarkiewicz (ver su *Historia Filozofii* (Historia de la Filosofía), vol. III, Varsovia, 1958, págs. 258 y ss.).

[2] Cfr. H. Bergson, *L'évolution créatrice*, París, 1912, pág. 24: «L'évolution, elle implique une continuation réelle du passé par le présent, une durée qui est un trait d'union.»

[3] Cfr. H. Bergson, *op. cit.*, pág. 393: «En réalité, il n'y était question ni de devenir ni d'évolution (...). L'artifice ordinaire de la méthode de Spencer consiste à reconstituer l'evolution avec les fragments de l'évolueé.»

[4] Ver E. Husserl, «Die Krisis der europäischen Wissenschaften und die transzendentale Phänomenologie», Philosophia, 1936, pág. 14.

un ser en el sentido ontológico de la palabra, sino una construcción de la mente. Esta combinación de hechos es lo único que hace posible la comprensión de un elemento concreto de la cultura. En contraposición a la formulación de Ranke, Cassirer escribió que «lo que la memoria conserva de los hechos y procesos se convierte en una recolección histórica sólo cuando sabemos transformarlo y meterlo en nuestro «interior» [5].

3. *La filosofía anti-positivista de la historia*

Las investigaciones filosóficas generales tenían su extensión directa en la filosofía de la historia que estaban desarrollando rápidamente, sobre todo, los filósofos que se ocupaban también de la investigación histórica [6]. Como resultado, se produjo una avalancha de opiniones que en muchas cuestiones chocaban, pero que en conjunto se oponían a la opinión erudita, que era optimista en el problema del conocimiento y determinista (o más bien fatalista) en otras cosas. Esa filosofía se interpreta ahora desde varios puntos de vista y se subrayan sus distintas características. I. S. Kon la analizaba como «una crisis del pensamiento histórico» [7]. Veía esa crisis en la filosofía no marxista a partir del nacimiento del marxismo. Cuesta defender su opinión. Las ideas de Marx, que eran muy avanzadas para su tiempo, no tuvieron oportunidad de extenderse ampliamente cuando surgieron, y no sólo por las razones de clase mencionadas anteriormente. En esa época, la reflexión sobre la historiografía estaba en el estadio de la aproximación erudita genética; su paso adelante «natural» era prestar atención a los problemas estructurales. Por tanto, la historiografía, en general, no estaba todavía en condiciones de adoptar modelos dialécticos (que unificaban los acercamientos genético y estructural) sin atravesar primero el nivel estructural. Por eso la reflexión en ese estadio no se puede considerar como una manifestación general del pensamiento histórico: en muchos problemas significó un importante progreso (en el análisis de los procedimientos de investigación) en comparación con las soluciones propuestas por el acercamiento erudito genético, a pesar de que no se elevó al nivel del modelo dialéctico de investigación.

Muchas corrientes de la filosofía post-positivista de la historia han sido denominadas «filosofía crítica de la historia» por R. Aron, que considera que su rasgo fundamental es el rechazo del sistema de Hegel [8], es decir, una concepción que es más «direccional» que unilateralmente estructural,

[5] E. Cassirer, *Zur Logik der Kulturwissenschaften, Fünf Studien*, Göteborg, 1942, pág. 85. «Was das Gedächtnis an Tatsachen und Vorgärgen aufbewahrt, das wird zur historischen Erinnerung esrt dadurch, dab wir es in unser Inneres einbeziehen und in dasselbe zu verwandeln vermögen.» G. Santayana (1863-1952) limitaba el simbolismo a la contemplación poética, presentando así una visión irracional del mundo.

[6] De las obras sobre la filosofía post-positivista que he usado, las más importantes son: M. Mandelbaum, *The problem of Historical Knowledge*, Nueva York, 1938 (entre los autores tratados por Mandelbaum están Croce, Dilthey, Mannheim, Simmel, Rickert, Scheler, Troeltsch); R. Aron, *La philosophie critique de l'histoire*, París, 1950 (2.ª ed.); I. S. Kon, *Die Geschichtsphilosophie des 20. Jahrhunderts*, vol. I, Berlín, 1964; F. Kaufmann, *Geschichtsphilosophie der Gegenwart*, Berlín, 1931.

[7] I. S. Kon, *op. cit.*, «Die Krise des bürgerlichen Geschichtsdenkens».

[8] La opinión de que el siglo XX se ha caracterizado por una deshegelización de la filosofía en general. Cfr. la introducción de Morton White a *The Age of Analysis*, 1.ª ed., 1966; 4.ª ed., 1958.

y su relativismo gnoseológico. M. Mendelbaum clasifica las diversas concepciones desde el punto de vista de su actitud hacia la posibilidad de un conocimiento histórico objetivo (verdadero), y señala a los relativistas, por un lado, y los anti-relativistas, por otro. Una postura diferente, que se refiere sobre todo a los filósofos alemanes, consiste en clasificarlos como defensores del historicismo y del anti-historicismo (P. Engel-Janosi, P. Rossi, K. Popper, y otros)[9], para no hablar de las numerosas variantes «nacionales» de la reflexión filosófica que estamos tratando.

[9] No trataremos el historicismo aparte, sino sólo en relación con cuestiones importantes y más amplias. Esto se debe a que el concepto de historicismo es uno de los más ambiguos en la metodología de la historia. Sus principales significados se pueden enumerar de este modo:

a) Historicismo general, es decir, el acento puesto en el movimiento constante y el cambio en el curso de los acontecimientos (que no niega nadie); el acento sobre los cambios varía, obviamente, según el modelo de investigación histórica.

b) Historicismo absoluto (llamado también relativismo), corriente, sobre todo, en las obras de los historiadores alemanes, que F. Meinecke consideraba como el principal producto del «espíritu alemán» desde la Reforma; se caracteriza, como resultado de la afirmación de que todos los hechos históricos son únicos, por un relativismo absoluto respecto a la verdad (es imposible alcanzar la imagen objetiva, es decir, cierta, de los sucesos pasados) y a los valores (ya que no hay modelos eternos y leyes eternas de la naturaleza, ninguna corriente teológica de sucesos, etc.); el historicismo absoluto se opone totalmente a la idea de la invariabilidad de la naturaleza humana; según los seguidores de esa tendencia, se suponía que era el Estado la medida de los valores (ver G. G. Iggers, *The German Conception of History. The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present*, Middletown, 1968).

c) El historicismo de Popper pretendía abarcar las distintas filosofías de la historia que aspiran a descubrir las leyes históricas que hacen predicciones sobre el posible futuro de los sucesos, y que Popper critica (ver K. Popper, *The open Society and its Enemies*, vol. II, pág. 242).

d) Historicismo como sinónimo de «la filosofía de la historia) (usado en este sentido por M. C. D'Arcy en *The Meaning and Matter of History*, Nueva York, 1959).

e) Historicismo existencial, como parte de la doctrina general del existencialismo, que subraya la «historicidad» del hombre (Heidegger, Ortega y Gasset, Sartre en sus primeros escritos) (ver J. Ortega y Gasset, *Historia como sistema)*; esta interpretación también se opone totalmente a la idea de la naturaleza humana inmutable (comparar, en este sentido, el dicho de Ortega de que el hombre no tiene naturaleza, y lo que tiene es historia).

f) Historicismo dialéctico, que parte de K. Marx y F. Engels, como doctrina que afirma que es posible alcanzar una imagen verdadera del pasado, porque el mundo es cognoscible, y señala el hecho de que los sistemas de valores no son ni totalmente absolutos (eternos, inmutables) ni totalmente relativos. La categoría básica del historicismo marxista en su versión ontológica es la del desarrollo dialéctico. Interpretado de este modo, el desarrollo no se rige por ninguna fuerza externa, ni es una secuencia de sucesos con una dirección de cambios predeterminada; es un proceso que afecta a los sistemas y tiene lugar por medio de interacciones, variables en fuerza y dirección, de los elementos que forman esos sistemas. Respecto a la sociedad y su desarrollo, el concepto de historicismo ontológico se concreta cuando se le une la categoría de práctica humana, que nos permite tener un acercamiento activo al proceso histórico. Las tesis del historicismo marxista, en su versión metodológica, incluyen por lo menos dos afirmaciones: que el valor explicativo de las teorías universales que dejan al margen las diferencias cualitativas entre los sistemas (especialmente las formaciones sociales) es pequeño, o nulo, o negativo; y que, por tanto, las afirmaciones universales se pueden reducir a afirmaciones sobre sistemas cualitativamente distintos en muy pequeña medida solamente.

En la crítica del conocimiento histórico positivista («razón histórica») las principales (aunque diferentes) concepciones fueron las de W. Dilthey (1833-1911), B. Croce (1866-1952), G. Simmel (1858-1918), H. Rickert (1863-1936) y M. Weber (1864-1920). Todos ellos señalaron el hecho de que los positivistas habían ignorado las diferencias entre el conocimiento de la naturaleza y el conocimiento de la vida social (el mundo de los valores, el espíritu y la actividad humana), y la formulación más radical fue la de Dilthey, que dijo que «explicamos la naturaleza y comprendemos la vida espiritual». En Dilthey se desarrolló al máximo, y también se complicó hasta el extremo, la doctrina de la comprensión histórica *(Verstehen)*[10]. Al criticar la inducción por no ser completa, Dilthey aseguraba que cuando tenemos que «aprehender» ciertas totalidades, y por tanto también en el caso del conocimiento histórico, no llegamos a ese acercamiento integral (que, según él, es la manifestación principal de la naturaleza objetiva del conocimiento histórico) sin una experiencia cognoscitiva apropiada. Así, en la teoría de Dilthey, el conocimiento histórico es relativo y depende de la naturaleza de esa experiencia; un historiador se forma una imagen subjetiva del pasado al mirarlo a través de un sistema de valores actuales. El conocimiento histórico se basa en datos históricos, que son una forma de manifestación de la actividad espiritual; la investigación histórica se dirige, por tanto, hacia el conocimiento de «diversas manifestaciones objetivas del espíritu». Esto implica dos métodos de adquisición del conocimiento de los hechos, que se usan conjuntamente: la experiencia (que se refiere a uno mismo) y la comprensión (que se refiere a otros). La comprensión *(Verstehen)* es una operación en la que, sobre la base de nuestras propias experiencias espirituales, vivimos a través de las experiencias de alguien. Sólo la experiencia, sin combinarla con la comprensión, no produciría más que nuestra propia biografía. Pero puede verse fácilmente que los límites de la comprensión están marcados por las fronteras de nuestra propia biografía espiritual, ya que no podemos «comprender» experiencias ajenas que no hayamos sentido nosotros mismos. Dilthey pensaba que las biografías eran la forma más importante del trabajo de historiador, y para él las autobiografías eran las fuentes más valiosas. Los seres humanos cuyas acciones tienen un objetivo pero son espontáneas (expresan la vida), son los principales todos que los historiadores deben estudiar.

B. Croce, con su intuicionismo, estaba cercano a Dilthey. Aseguraba que sólo podemos reconstruir las cadenas de causas y efectos con referencia a la naturaleza, basándonos en el concepto de causa, que no es propio de la historia. En la ciencia natural usamos términos teóricos, pero la historia se caracteriza por la narración. En sus narraciones, un historiador, evidentemente, usa construcciones teóricas, pero esto es sólo una forma necesaria de pensamiento, cuya sustancia es la intuición como fuente de todo el conocimiento histórico. La intuición (basada en la propia experiencia mental) era para Croce una forma de expresión del espíritu, que produce imágenes (es

[10] En particular, en *Der Aufbau der geschichtlichen Welt in den Geisteswissenschaften* (1920), y anteriormente, en *Einleitung in die Geschichtswissenschaften* (1883). Entre las obras recientes sobre la postura de Dilthey están W. Kluback, *Wilhelm Dilthey's Philosophy of History*, Nueva York, 1956, y H. Diwald, *Erkenntnistheorie und Philosophie der Geschichte*, Göttingen, 1963. Sobre la «comprensión», ver J. Wach, *Das Verstehen. Grundzüge einer Geschichte der hermeneutischen Theorie im 19. Jahrhundert*, Tübinga, 1926-29 (2 vols.). Para las obras escogidas de Dilthey, ver *Gesammelte Schriften*, vols. I-IX, XI-XII, Leipzig-Berlín, 1914-1936, vol. X, Stuttgart, 1958.

decir, ideas), más que conceptos. La intuición es anterior a la producción de conceptos y a la actividad práctica, porque (como explica M. Mandelbaum cuando analiza la teoría de Croce) es independiente de ellas, mientras que la situación inversa no existe. Ya en su primer ensayo sobre la filosofía del lenguaje, *La storia ridotta sotto il concetto generale dell'arte* (1893), Croce se refería a una «visión intuitiva» por medio de la cual llegamos a conocer los hechos individuales (y son éstos los que se estudian en la investigación histórica), y que recuerda a la intuición artística. Desarrolló su idea, sobre todo, en *Teoria e storia della storiografia* (1917). Para conocer los hechos se necesita una «empatía» y una identificación mental con los hechos». La idea de la historiografía como un producto subjetivo de la mente viva, que anima los hechos históricos que «vibran» en él e imprime, por tanto, la marca de la contemporaneidad en todos los sucesos pasados, la podemos encontrar también en *La storia come Pensiero e come Azione* (1938). No hay rasgos de nada «externo» al «espíritu». Los hechos pasados y presentes sólo se pueden comprender como hechos espirituales, de modo que, en el nivel espiritual, el pasado se mezcla con el presente. Los hechos reales registrados en las fuentes se hacen verdaderos sólo cuando se convierten en elementos del presente variable, como resultado de su animación espiritual.

Las conclusiones que se sacan de esa concepción del conocimiento histórico se parecen algo a las de Dilthey. Es imposible adquirir el conocimiento de lo que realmente tuvo lugar en el pasado si todos los sucesos pasados tienen que ser «contemporáneos», es decir, animados por la mentalidad del historiador que vive en el presente. Si la intuición fabrica los hechos, hace hechos presentes y no pasados. Por tanto, de la doctrina de Croce se deduce que es imposible adquirir ningún conocimiento objetivo del pasado. Para evitar la objeción del relativismo total, Croce introduce, como criterio máximo de veracidad, el incomprensible concepto del «absoluto». M. Mandelbaum, al sacar conclusiones de la teoría de Croce, escribió, en 1938, que, según su propia teoría, «Croce no tiene derecho a criticar la práctica corriente de la literatura histórica en Alemania (es decir, la que dominaba en 1938.—*J. T.*), puesto que esta literatura responde a una necesidad verdadera (...) ha surgido una cuestión que sólo puede responder el Absoluto y no el señor Croce» [11].

G. Simmel basó su teoría de la historia en las experiencias de la historia de la cultura. Aunque él también aseguraba que la literatura histórica es un producto de la intuición del historiador, no se oponía al relativismo. A pesar de sus reservas, las consecuencias de su acercamiento son de naturaleza relativista. I. S. Kon llamó a la concepción de Simmel una síntesis de la *Verstehen* (comprensión) de Dilthey y la aproximación *a priori* Kantiana aplicada a la historia. Mandelbaum daba una interpretación similar [12]. Simmel aseguraba que la historia, tal como la conocemos, es un producto de nuestra mente, que en su acción creadora se relaciona con la experiencia mental interior del historiador; pero no nos encontramos con una interpretación puramente subjetiva de la historia, aunque el conocimiento histórico no es un espejo del pasado. Su naturaleza objetiva está garantizada por las categorías mentales «universales y necesarias», que organizan la experiencia interna. El historiador sólo describe hechos mentales: pensamientos, emociones, actos

[11] M. Mandelbaum, *The Problem of Historical Knowledge*, ed. cit., pág. 56.

[12] I. S. Kon, *op. cit.*, pág. 171; M. Mandelbaum, *op. cit.*, págs. 102 y ss. Las opiniones de Simmel sobre las cuestiones de interés fueron expuestas en su libro publicado en 1892 *(Die Probleme der Geschichtsphilosophie)*.

de voluntad, pero esto, asegura Simmel, no significa una invasión del terreno de la psicología, porque la narración histórica se ocupa de hechos individuales y de su descripción, mientras que la psicología —que, según Simmel, es una disciplina natural— utiliza el procedimiento que generaliza y da explicaciones. El historiador puede utilizar esos datos psicológicos individuales y presentarlos como un todo integral, ayudándose de la capacidad suprasubjetiva *(übersubiektive)* de abarcar estados mentales de otros, tanto individuales como colectivos. Esa capacidad consiste, por un lado, en una comprensión a través de la proyección de las experiencias mentales propias en otros y, por otro lado, en la «sensación directa de lo suprasubjetivo». Esta sensación de lo suprasubjetivo garantiza, supuestamente, que en esta proyección el historiador sólo utiliza las experiencias que pueden considerarse experiencias de otras personas también; garantiza, por tanto, la naturaleza objetiva del conocimiento. Que es posible cualquier experiencia interna «típica» es algo que se deduce de la existencia de las categorías comunes mencionadas del pensamiento humano. A pesar de estas reservas, la conclusión final es que en el conocimiento histórico la experiencia interna de cada historiador juega un papel creativo, que impide adquirir un conocimiento objetivo del pasado.

La teoría de la historia de Rickert es mucho más sutil y precisa; evita una metafísica tan clara como la que marca los análisis de Croce, Dilthey y Simmel. En realidad, estaba dirigida, en gran medida, contra Dilthey y su escuela. Rickert no estaba interesado en la naturaleza de la materia de la investigación histórica (el proceso histórico) [13], sino en la metodología de esa investigación, que se supone dirigida hacia los hechos (que a su vez son exclusivamente individuales y no recurrentes). Rickert también hablaba de la comprensión *(Verstehen)* en la historia, pero analizaba ese concepto con más detalle. Mostró que comprendemos los hechos individuales al combinarlos en secuencias de causas y efectos (lo cual hace que la operación *Verstehen* incluya un procedimiento de explicación) o al integrarlos en ciertas totalidades (es decir, estructuras), actuando como elemento de unión una referencia a los valores. Esta referencia a los valores convierte un objeto (hecho, proceso) dado en una «individualidad» histórica. Por ejemplo, Napoleón y Goethe son individualidades históricas, pero un hombre de la calle no lo es. Esto ocurre porque Napoleón y Goethe encarnaron ciertos valores, aunque una persona relacionada con Napoleón también se convirtió en una individualidad así. Pero una valoración efectuada por un historiador no basta por sí sola para imprimir un nivel histórico a los objetos de los que se ocupa; esto tiene lugar sólo cuando se refieren a los valores sociales (humanos) universales, como los llamaba Rickter, es decir, valores aceptados por todos. Un historiador puede dar un gran valor a un amigo suyo, pero este hecho no tiene por qué bastar para «referirlo» a esas categorías axiológicas universales. Estas categorías axiológicas son valores culturales *(Kulturwerte)*, lo cual, a su vez, da a la historia el rango de una ciencia individualizadora de la cultura.

[13] Rickert no consiguió observar consistentemente el principio de la clasificación formal de las disciplinas que se ocupan de la misma serie de hechos, división entre las que siguen el procedimiento usado en la ciencia natural (formulación de conceptos generales) y las que lo hacen sobre bases históricas (individualizadoras). Finalmente, llegó a atribuir a los hechos, solamente, las características que los individualizan. Esto ha sido demostrado por K. Bakradze, *Ocerki po istorii nowiejszej i sowremiennoj burzuaznoj filozofii*, Tbilisi, 1960, páginas 302-305.

Para Rickert, la peculiaridad de las humanidades, en comparación con las ciencias naturales, consiste en que todas las acciones humanas (y sus productos) no pueden ser separadas de la valoración. Esa referencia a los valores es, para él, la base para establecer relaciones causales que, sin embargo, se limitan a las causas que motivan las acciones humanas. Para explicar las acciones humanas, el investigador debe unir una acción concreta (o sus resultados) con el sistema de valores del agente, que motiva tal acción.

Respecto a la metodología de las ciencias sociales (incluida la historia), la reflexión estructural alcanzó su máximo nivel en las obras de M. Weber[14]. Sus análisis de los instrumentos del conocimiento científico (incluido el histórico) y del papel de la valoración en la ciencia han servido como fuentes de importantes inspiraciones metodológicas. Se oponía a los intuicionistas, y con Rickert sólo compartía la opinión de que las ciencias de la cultura se ocupan de fenómenos de importancia cultural, y de que esa importancia se determina en relación con los valores de la cultura universal, que son característicos de una época concreta. La exigencia de Weber de que en la ciencia hay que hacer una estricta distinción entre el establecimiento de los hechos empíricos y las valoraciones[15] iba más allá de las ideas de Rickert. Si esa exigencia se cumple, es posible adquirir un conocimiento verdadero de la sociedad con la aceptación simultánea del papel de la valoración en la investigación. La valoración se manifiesta sobre todo en la selección de los hechos. Otra forma de adquirir un conocimiento objetivo es la explicación causal, que no puede sustituirse con la comprensión intuitiva. Pero a causa de la interdependencia de los fenómenos, que hace difícil describir las secuencias de causas y efectos en toda su complejidad, el historiador debe recurrir a ciertas simplificaciones y a indicar las conexiones que tienen mayor importancia en un contexto dado. Esto da lugar a una selección derivada del sistema de valores que rige a un historiador concreto.

Weber quería que la historiografía incluyera afirmaciones más generales de lo que quería Rickert. Intentó conseguirlo construyendo lo que llamaba tipos ideales, su mayor logro metodológico. Los tipos ideales son idealizaciones (conocidas en metodología), conceptos de casos límite, modelos teóricos, etcétera; es decir, medidas *sui generis* con las que se compara la realidad.

[14] Ver. F. Kaufmann, *Geschichtsphilosophie der Gegenwart*, Berlín, 1931, pág. 78. Existe una gran cantidad de estudios sobre las ideas metodológicas de Max Weber. Además de los ya mencionados, se consultaron los siguientes: *Max Weber in the Methodology of the Social Sciences*, E. A. Shils and H. A. Finch (eds.), Glencoe, 1949; R. Bendix, *Max Weber. An Intellectual Portrait*, Nueva York, 1960 (desgraciadamente, no pudimos conseguir *Interpretation of Conduct and History* (1946), del mismo autor); *Max Weber und Soziologie Heute*, Tubinga, 1965; K. Bosl, «Der 'soziologische' *Aspekt in der Geschichte. Weltfreie Geschichtswissenschaft und Idealtypus»*, *Historische Zeitschrift*, vol. 201, núm. 3, 1965, págs. 613-650; E. Pitz, «Geschichtliche Struktur. Betrachtungen zur angeblichen Grundlagenkrise der Geschichtswissenschaft»; *Historische Zeitschrift*, vol. 185, núm. 2, 1958, págs. 265-305; S. Kowalski, «Krytyka teorii nauki Maxa Webera» (Una crítica de la teoría de la ciencia de Max Weber), *Studia socjologicznopolityczne*, núm. 17, 1964, págs. 127-162. Ver también Max Weber, *Werk und Person. Dokumente ausgewählt und kommentiert von E. Baumgarten*, Tubinga, 1964, y las obras principales de Max Weber, publicadas en Tubinga, de 1921 a 1924. Aquí hay que mencionar las ideas estructurales de Alfred Weber (*Bewegungsformen der Geschichte*, sobre los cambios en los tipos humanos a través de la historia) y E. Spranger (*Lebensformen*, 1.ª edición, en 1907; 7.ª ed., en 1930). W. G. Runciman, *A Critique of Max Weber's Philosophy of Social Sciences*, Cambridge, 1972.

[15] Cfr. M. Weber, *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, Tubinga, 1922, páginas 54 y ss.

Se forman sobre la base de un conocimiento de los hechos, pero son solamente una categoría gnoseológica y metodológica que nos sirve para adquirir un conocimiento de la realidad sin ser un producto de dicho conocimiento. Weber subrayaba con fuerza la naturaleza instrumental de sus tipos ideales. La tarea del historiador consiste en comparar la realidad con los tipos ideales, como forma de percibir la realidad. No son, como en las obras de Marx, una clase concreta de descripción de los hechos que utiliza conceptos idealizadores (abstractos), sino solamente un instrumento que se usa para ordenar los hechos y comprender las acciones humanas.

El papel creativo y cognoscitivo del historiador que, al recurrir a la operación *Verstehen*, construye una imagen de los sucesos pasados y no los reproduce simplemente, como pretendían los positivistas, fue subrayado por muchos filólogos de ese período, que representaban todas las tradiciones filosóficas mencionadas más arriba: en Francia, por Paul Valéry (1871-1945), que acuñó el famoso dicho de que la historia es «el producto más peligroso de la química del intelecto»; en Alemania, por O. Spengler (1880-1936), quien, en su famosa *Der Untergang des Abendlandes* (1918-1922), rechazaba la inducción y las generalizaciones como forma propia del conocimiento histórico; en Gran Bretaña, por el neo-hegeliano F. H. Bradley (1846-1924)[16], y en Estados Unidos, por W. James (1845-1910). Este último estudioso, discípulo de Ch. S. Peirce, el fundador del pragmatismo, subrayó que la realidad y el conocimiento son dos realidades separadas: el conocimiento no reproduce la realidad, sino que proporciona hipótesis como instrumentos de acción, que a continuación son comprobadas por el grado de utilidad de los resultados que producen.

El rechazo de una relación simple y directa entre la realidad histórica y su proceso cognoscitivo cambió las interpretaciones del concepto de hecho histórico. El símbolo positivista de la ecuación ya no se situaba entre el hecho como un fragmento de la realidad y el hecho tal como informa sobre él un historiador. Un hecho es considerado como una construcción hecha por un historiador, cuando su experiencia científica, guiada por su situación real de un modo subjetivo, crea un hecho histórico que no existe fuera de su mente; o si una construcción *qua* de un hecho está unida a la realidad empírica concebida como una totalidad y no a un fragmento-hecho *qua* de una realidad. Tales opiniones inclinaron a los estudiosos a considerar los hechos históricos como mentales y no como materiales. Se hacían referencias a los valores más que a los hechos. Los estudiosos dejaron de hablar sobre la concordancia entre los resultados de la investigación y los hechos, porque el problema había perdido su *raison d'être:* lo que se convertía en un hecho histórico era sólo la experiencia cognoscitiva de uno, que tiene en cuenta los hechos, pero no sólo estos hechos. Esto, por supuesto, no significaba una arbitrariedad completa en la construcción del pasado. Incluso Croce, que comparaba la historia con el arte, dijo que era un arte de un tipo especial, o sea, uno en el que los principios de la crítica están unidos. Es un arte porque, según Croce, no puede existir una ciencia de algo que es individual, es decir, no recurrente. En la historiografía erudita la crítica de textos era suficiente: en palabras de Croce esto era una pseudo-historia, una historiografía «filológica», escritura de crónicas que no estaba animada por ninguna experiencia viva del historiador. R. G. Collingwood, uno de los mayores

[16] Autor de *The Presuppositions of Critical History*, Londres, 1874.

defensores de Croce, llamaba a los que escribían, de acuerdo con estas reglas, «historiadores de tijeras y engrudo».

El acento puesto sobre el factor «humanístico» en el conocimiento histórico pretendía señalar la posición independiente de la historia en el sistema de la ciencia, es decir, liberarla del dominio de las ciencias naturales, que, aparentemente, carecían, todas ellas, de ese factor. Los modelos metodológicos aportados por la ciencia natural eran considerados como inaceptables para los historiadores, porque la historia lucha por abarcar su propio mundo a través de la operación *Verstehen*. Es, en primer lugar, un mundo de hechos que son individuales y no recurrentes, y en segundo lugar, además, un mundo de valores en el que es imposible disociarse de las valoraciones sobre los sucesos pasados. El acento sobre la naturaleza individual y no recurrente de esos hechos que forman la materia de la investigación histórica solía producir conclusiones que derivaban del análisis del estado real de la literatura histórica (idiografismo metodológico), que por entonces era, casi exclusivamente, descriptiva y concentrada en hechos individuales. En muchos casos dio lugar a postulados que limitaban los intereses de la investigación histórica y, por tanto, las tareas de los historiadores, a descripciones de hechos individuales y no recurrentes, es decir, postulados de idiografismo metodológico. La defensa de dichos postulados no tenía por qué, pero podía ser asociada con el idiografismo objetivo, es decir, con atribuir a la realidad histórica la naturaleza de algo que puede abarcarse sólo a través de un estudio de hechos individuales que tienen que ser «entendidos», porque estos hechos no pueden subsumirse en leyes generales, ya que tales leyes no existen.

De la inmensa literatura (ver las obras mencionadas en las notas de pie de página de la obra de E. Bernheim) que se ocupó, a finales del siglo XIX, del problema de la estructura metodológica de la historiografía, los más conocidos fueron los neo-Kantianos de la Escuela de Baden, y especialmente W. Windelband (1848-1915) y H. Rickert. Windelband, en 1894, sugirió sustituir la clasificación de las ciencias en ciencias naturales *(Naturwissenschaften)* y ciencias del espíritu *(Geisteswissenschaften)*, que predominaba en la ciencia alemana (cfr. Dilthey) y que tomaba como criterio de división la materia de investigación, por la clasificación en ciencias que describen lo que es individual (ciencias idiográficas) y ciencias que intentan establecer leyes (ciencias nomotéticas), es decir, por una clasificación que diferencia las ciencias por sus objetivos [17]. H. Rickert [18], aunque conservaba la idea principal de Windelband, de disciplinas individualizadoras y generalizadoras, añadió la clasificación de las ciencias basada en la materia de la investigación: las ciencias de la naturaleza y las ciencias de la cultura, siendo su criterio de distinción la relación con los valores. La naturaleza está libre de esa relación *(wertfrei)*, en oposición a los productos del hombre, o sea, la cultura, porque el hombre, cuando actúa, intenta alcanzar un objetivo,

[17] Esta visión fue expuesta por Windelband en su conocida conferencia de rector «Geschichte und Naturwissenschaft», publicada en *Präludien*, 5.ª ed., volumen II, Tubinga, 1915, págs. 136-160, en particular, págs. 142-143, 145, 151. Ver también A. Malewski y J. Topolski, *Studia z metodologii historii* (Estudios sobre metodología de la historia), ed. cit., págs. 24-26; G. Klaus y H. Schulze, «Windelband und die Methodologie der Geschichtswissenschaft», *Historische Zeitschrift*, volumen 201, núm. 13, 1965, págs. 1125-1147.

[18] Ver, en particular, sus obras *Die Grenzen der Naturwissenschaftlichen Begriffsbildung*, 1846-1902 (la edición consultada fue la 5.ª, Tubinga, 1929) y *Kulturwissenschaft und Naturwissenschaft*, 1899 (la edición consultada fue la 7.ª, Tubinga, 1926).

y sus objetivos dependen de sus sistemas de valoración (valores), es decir, de su axiología. En este sentido, la historia es una ciencia individualizadora de la cultura, relacionada con la valoración. Es cierto que en la literatura histórica se hace, ocasionalmente, referencia a conceptos generales, pero éstos sirven para mostrar hechos individuales, mientras que en las ciencias generalizadoras ellos son el objetivo. La valoración pone las bases para la construcción de conceptos en historia y para la selección de los hechos, como tarea que fue fuertemente subrayada en la metodología anti-positivista; se creía (por ejemplo, Windelband) que era la base de las humanidades.

La aceptación de hechos subjetivamente individuales, construidos por medio de una relación con los valores, como materia de la investigación histórica, tuvo consecuencias metodológicas muy definidas. Los neo-Kantianos, que intentaban poner las bases para una ciencia de los hechos individuales, no dudaban que la historia es una ciencia, a pesar de que a menudo la comparaban con un arte. Lo mismo habían hecho Dilthey y Simmel. Estas comparaciones eran frecuentes: las encontramos incluso en Ranke. Pero, junto con esta opinión, la negación de la posibilidad de existencia de una ciencia de los hechos individuales condujo a la visión de Croce, mencionada anteriormente, que hasta cierto punto identificaba la historia con el arte. Para Croce, esta visión estaba relacionada con un fuerte acento en la naturaleza individual de la materia de la investigación histórica; no sólo se unía al postulado del idiografismo metodológico, sino también al del idiografismo objetivo. Se suponía que el historiador sólo narraba los hechos, aprovechándose de conceptos generales proporcionados por la filosofía. Esta opinión, por supuesto, es considerar la literatura histórica como una rama de las *belles lettres* [19], donde no hace falta atenerse a los hechos.

El idiografismo objetivo, que subraya que los hechos individuales son de naturaleza no recurrente, tenía que unirse a la negación de la existencia de leyes sin excepciones en la historia; el idiografismo metodológico señalaba la falta de interés —por parte de los historiadores que describían hechos individuales— por descubrir leyes, pero no negaba la posibilidad de que tales leyes pudieran descubrirse; sus postulados apartaban a los historiadores de la investigación nomotética, pero sin prejuzgar si una investigación así en las ciencias sociales es posible o no. Todo esto suponía romper con la idea positivista de las leyes del progreso, que en la Epoca de la Ilustración era una novedad inspirada, pero que, por su sentido ahistórico, tenía que provocar gradualmente objeciones por parte de los historiadores. La idea de las leyes del progreso no dejaba ningún lugar al papel activo del hombre: su tarea consistía en «descubrir» las leyes inmutables de la naturaleza y comportarse de modo que no impidiera la auto-materialización de esas leyes a través de una lenta evolución. Obviamente, si el hombre iba a jugar ese papel, tenía que desarrollarse intelectualmente, lo cual le permitiría comprender las leyes de la naturaleza, y esto, a su vez, explica por qué se subraya tanto el papel configurador de la historia que han tenido los cambios en el nivel intelectual de las sociedades.

H. Bergson tenía razón al decir que el evolucionismo, que junta los fragmentos de «lo que ya se ha desarrollado», nos impide comprender el

[19] Un ejemplo del tratamiento de la historia como arte y ciencia lo proporciona B. Russell, *History as an Art*, Kent, 1951. En un sentido más literal, es considerada como poesía por parte de O. Spengler en *Der Untergang des Abendlandes*, Munich, 1923, vol. I, págs. 129-131 (algunos párrafos estás publicados en *Theories of History*, págs. 190-200).

mecanismo del desarrollo, y por eso sugería que nos refiriéramos a una «evolución creativa» que, si ésta interpretación es correcta, tendría en cuenta tanto el desarrollo como la estructura. La transición de una estructura a otra, suponía él, tiene lugar como resultado de una «guía vital» *(élan vital)*, que podía interpretarse como la «ley» más general del desarrollo. Por supuesto, no sería una ley de desarrollo en el estricto sentido del término, porque no se refiere a ninguna relación definida entre los hechos, relación que explicaría sus cambios en el curso del tiempo. El problema, que los evolucionistas y los defensores de la idea de las leyes del progreso no habían notado, no se solucionaba así, sino que entraba en la esfera de la metafísica. Un tipo de explicación parecida sobre el desarrollo, en el que las leyes históricas son sustituidas por categorías idealistas interpretadas de forma intuitiva, era el representado por M. Scheler (1875-1928)[20], que sugirió la idea de una «guía» configuradora de la historia *(Drang)* que no está sujeta a ninguna ley; por F. Nietzsche (1844-1900), que se refería a una «voluntad de poder», y por otros. Todo esto mostraba una clara relación con las ideas metafísicas que marcaron la reflexión metodológica sobre la historia en el período romántico, en particular con las ideas defendidas por A. Schopenhauer (1788-1860), que aseguraba que «la voluntad de vivir» es la fuerza que gobierna el mundo[21].

Todas estas propuestas fallaban totalmente al querer enlazar el aspecto de la estructura con el de cambio en la historia. El rechazo de las leyes históricas (leyes del desarrollo) impedía a los historiadores ir más allá de la interpretación de los sucesos pasados como una secuencia cronológica de estructuras no recurrentes. Husserl, en su intento de conseguir una precisión lógica y una eliminación de las afirmaciones metafísicas, subrayó claramente la superioridad del pensamiento estructural sobre el genético (que seguía una dirección), y pensaba que este último era un mal necesario dentro de la ciencia[22]. Dilthey también se refería a las leyes estructurales y negaba la existencia de las genéticas[23]. M. Weber intentaba superar la dicotomía entre estructura y cambios temporales, introduciendo su categoría de los tipos ideales, que pretendían servir para una aproximación integral a la materia de la investigación histórica. Weber consideraba sus tipos ideales como leyes históricas *sui generis*[24] sobre el comportamiento humano y necesarias para explicar dicho comportamiento. Las leyes de Simmel, que según él eran «generalizaciones hipotéticas de fenómenos típicos en la historia»[25], eran parecidas. Rickert estudiaba el problema de las leyes en detalle. Al analizarlas desde un punto de vista formal, mostró que las leyes son afirmaciones generales de validez universal[26], formulación que llegó a ser aceptada de modo más o menos general en la ciencia. Pero en la historia no existen tales leyes:

[20] Sobre M. Scheler, ver M. Mandelbaum, *The Problem of Historical Knowledge*, págs. 147-156.
[21] Cfr. S. I. Kon, *Die Geschichtsphilosophie des 20. Jahrhunderts*, pág. 74.
[22] Cfr. *Filozofia i socjologia XX wieku* (Filosofía y sociología en el siglo xx), 1.ª parte, Varsovia, 1965, pág. 297.
[23] Estas leyes, obviamente, son de naturaleza mental.
[24] M. Weber, *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, Tubinga, 1922, páginas 204-205; W. Bienfait, *Max Webers Lehre von geschichtlichen Erkneen*, Berlín, 1930.
[25] G. Simmel, *Die Probleme der Geschichtsphilosophie*, Leipzig, 1907, pág. 95.
[26] Estas afirmaciones, más tarde, comenzaron a llamarse afirmaciones generales con una generalidad específica (cfr. K. Popper, *Logik der Forschung*, Viena, 1935, págs. 28-29) o afirmaciones estrictamente generales (cfr. A. Malewski y J. Topolski, *Studia z metodologii historii* (Estudios sobre metodología de la historia), ed. cit., pág. 16).

como aseguraba Rickert, hay una contradicción interna incluso al hablar de leyes en relación con hechos individuales[27]. La negación de la existencia de leyes, en general (entre ellas, el principio de causalidad), y el énfasis puesto en la naturaleza individual de los sucesos históricos (es decir, el idiografismo objetivo) se encuentra en O. Spengler[28], en la filosofía existencialista que subraya la autonomía del individuo y la carencia de condicionamientos históricos[29], y en los personalistas neo-tomistas que intentan poner de acuerdo los dos factores que subrayan, es decir, el libre albedrío del hombre y la libre acción de Dios[30]. Los convencionalistas (H. Poincaré, P. Duhem, E. le Roy y otros) tenían mucha razón al subrayar el papel de las convenciones en la ciencia y sugerían la aceptación de la existencia de leyes científicas, pero no como meros reflejos de lo que existe realmente, sino como un simple resultado de la convención adecuada, adoptada en nombre del desarrollo de la ciencia (por ejemplo, las leyes de Le Roy suelen ser definiciones que estipulan)[31], y, por tanto, interpretaban las leyes como las propias construcciones del científico. Desde el punto de vista de la historia esto significaba un apoyo filosófico para el relativismo y el intuicionismo, y también para el idiografismo en la aproximación a la materia de conocimiento.

Otro tipo de intento de poner de acuerdo la aproximación idiográfica a los hechos y la aceptación de la categoría de leyes científicas, intento que quiere justificar la naturaleza científica de la historia como un estudio de hechos individuales, es el concepto de leyes estadísticas, relacionado con el concepto de probabilidad. Es evidente que el señalar ciertas regularidades

[27] H. Rickert, *Die Probleme der Geschichtsphilosophie*, Heidelberg, 1924, página 90; ver también S. Ossowski, «Prawa 'historyczne' w socjologii» (Leyes «históricas» en sociología), *Dziela* (Obras escogidas), vol. IV, Varsovia, 1967, pág. 64.
[28] Cfr. O. Spengler, *Der Untergang des Abendlandes*, Munich, 1923, vol. I, páginas 129 y 131.
[29] Una de las principales objeciones presentadas contra el existencialismo es su historicismo radical (que en realidad resulta en ahistoricismo); esto se manifiesta, sobre todo, en la afirmación de que la sociedad es una suma de individues cada uno de los cuales es una entidad auto-abarcada cuya existencia tiene una historia propia. J. Ortega y Gasset escribió: «La historia es una ciencia sistemática de esa realidad radical. Es, por tanto, una ciencia del presente en el sentido más riguroso y real de la palabra. Si no fuera una ciencia del presente, ¿dónde podríamos encontrar ese pasado que se suele atribuir al tema? La interpretación opuesta —y habitual— equivale a hacer del pasado un abstracto, irreal, que permanece sin vida precisamente donde ocurrió en el tiempo, mientras que el pasado, en realidad, es la vida, la fuerza activa que sostiene nuestro hoy. No hay acción en la distancia. El pasado no está allí, en la fecha en la que ocurrió, sino aquí, dentro de mí. El pasado es yo, por lo que doy sentido a mi vida.» *(La historia como sistema)*. Ver también K. Jaspers, *Ursprung and Ziel der Geschichte*, Zürich, 1949, traducción francesa publicada en París, 1954.
[30] J. Maritain (1882-1973) aseguraba que «Dios es absolutamente inocente No es de ningún modo la causa del mal moral». El hombre, al hacer la historia, puede elegir los medios, y por tanto puede hacer bien o mal. (Ver su *On the Philosophy of history*, Nueva York, 1957, en particular, págs. 27, 28, 32, 119 y123). La idea de historia interpretada como hechos singulares y pensamiento libre del hombre fue propuesta también por Ch. Peguy, que influyó en algunos grupos de historiadores franceses. Un representante de la filosofía cristiana de la historia es J. Danielou, *Essai sur le mystère de l'histoire*, París, 1953. En Polonia fue S. Swiezawski quien salió en defensa de un programa ideográfico basado en la «comprensión» de hechos singulares (ver su «Koniecznosc i wolnosc w dziejach» (Necesidad y libertad en la historia), *Roczniki Nauk Humanistycznych*, núm. 4, 1964).
[31] En el período entre las dos guerras mundiales, el convencionalismo radical estuvo representado por K. Ajdukiewicz.

estadísticas y el valorar, por tanto, la probabilidad de ciertos sucesos concretos no tiene por qué combinarse con la aceptación de la existencia de leyes que sirven para el mundo real, aunque, habría que pensar con fundamento, debería llevar a una aceptación de dichas leyes [32]. Pero trataremos esta cuestión más tarde, en un contexto más amplio.

El rechazo de las leyes positivistas del progreso, que no dejaban lugar para un papel activo de los individuos o de las masas, no ha dado lugar, por tanto, en los análisis filosóficos anti-positivistas, a la resolución de la categoría de leyes históricas interpretadas como leyes del desarrollo que señalan el mecanismo interno de los cambios en las estructuras. Se sugerían varias soluciones sustitutivas: o se decía a los historiadores que abandonaran toda búsqueda de leyes o se negaba la posibilidad de descubrir ninguna regularidad en el curso de los acontecimientos. Pero todo esto se relacionaba, en mayor medida que anteriormente, con un énfasis en el papel activo del hombre como hacedor de la historia. Pero la falta de cualquier concepto de leyes del desarrollo produjo una sobreestimación del papel de los individuos y de los sucesos casuales en la historia, e incluso el atribuirles el papel de factor decisivo.

4. *Las características de la reflexión estructural en la investigación histórica*

La reflexión metodológica del período, cuando se limitaba estrictamente al área de la historiografía, manifestaba claramente elementos de las nuevas concepciones del conocimiento histórico, basadas en la operación *Verstehen* y en la aproximación estructural (integral). Todo esto se podía ver en la serie de nuevos tratados anti-positivistas sobre la metodología de la historia y en la obra de algunos historiadores. Pero las técnicas de investigación de los historiadores medios tenían todavía muy poca influencia de estas nuevas ideas. El positivismo, que preconizaba el basarse en los hechos, y por tanto en las fuentes, tenía el mayor reclamo para los historiadores, para quienes la aproximación erudita, que tendía hacia la producción de «aportaciones», seguía siendo el modelo de investigación, de modo que en la práctica combinaban las exigencias tanto del positivismo como del anti-positivismo. Su bajo nivel de formación teórica y la atmósfera política en la que tenían que trabajar contribuían al hecho de que en sus técnicas de investigación no hubiera penetrado el principio de los acercamientos integrales, tan importante desde el punto de visto cognoscitivo y metodológico, tanto como oscuras visiones de la historia, inspiradas por una ideología política reaccionaria. En este sentido, lo más característico fue el comentario de H. Berr, quien, al publicar en 1953 *La synthèse en histoire*, que resumía sus cuarenta años de actividad, escribió que su exigencia de acercamientos integrales era válida todavía: en particular, todavía no se había establecido el puente entre la historia y la sociología.

En el campo de la reflexión sobre la heurística y la crítica externa, los historiadores siguieron desarrollando los logros del período anterior. Sus numerosas obras hacían aportaciones a la cantidad de hechos establecidos, pero no se formularon postulados metodológicos cualitativamente nuevos. En el

[32] Característico de esta tendencia fue P. Vandryès, *De la probabilité en histoire*, París, 1949. Este intento de hacer más precisa la historia por referencia al concepto de probabilidad ya fue observado escépticamente por H. Berr en *La synthèse en histoire* (1953), pág. X.

área de la explicación se hicieron avances en el análisis estructural, es decir, en señalar el lugar y el papel de diversos elementos en ciertos todos, pero se progresó poco en el análisis dinámico, que explica el desarrollo de las estructuras. En la investigación, la aproximación evolucionista estática fue sustituida por una aproximación estructural estática. En una estructura dada era posible destacar el papel de un solo factor o considerar que todos los elementos de esa estructura tenían la misma importancia. Los factores que se destacaban como elementos que explicaban el curso de los sucesos pasados podían tomarse realmente, como había ocurrido en el período precedente, como explicaciones de las diferencias entre sociedades concretas en ciertos momentos, es decir, como explicaciones de los cambios, pero no como explicaciones del desarrollo histórico. Estos factores se consideraban como elementos especiales de una estructura determinada, que dominaba a todos los demás elementos de esa estructura.

Los factores seleccionados de este modo no podían servir como guía para la comprensión del mecanismo del desarrollo, porque los procedimientos explicativos abarcaban principalmente los factores que están fuera de la esfera de la influencia decisiva del hombre, en particular el factor geográfico (el clima, la situación geográfica, etc.) y las características biológicas del hombre. Son, sobre todo, factores naturales y no sociales, y el acento puesto unilateralmente en ellos dio lugar, en muchos casos, al determinismo geográfico y biológico, interpretado como una teoría general del desarrollo social. Incluso cuando se hacía referencia al papel fundamental del factor económico, éste se interpretaba no como un complejo de actividades económicas de una sociedad dada, sino como una situación económica específica, por así decirlo, prefabricada, lo cual sólo podía explicar el estado existente de la estructura en cuestión (este procedimiento produjo el llamado economismo). Es obvio que tener en cuenta todos los factores en un análisis estructural y dinámico (es decir, un análisis a la vez sincrónico y diacrónico) liberaría a la investigación histórica del determinismo unilateral, mostrando que el factor natural (y por tanto estático) sólo puede explicar la orientación original de una estructura concreta, pero al ser de carácter pasivo no basta para explicar lo que sucede más tarde con la estructura en cuestión. Por ejemplo, una situación geográfica favorable puede explicar que una sociedad concreta disfrute de la oportunidad de dedicarse al comercio, pero no explica por qué se utilizó esta oportunidad ni por qué, posiblemente, siguió siendo así durante mucho tiempo, ya que este tipo de explicación no abarca el mecanismo de los cambios. Esto muestra que el tener en cuenta el elemento del desarrollo, es decir, el combinar el factor diacrónico con el sincrónico, evita el peligro de atribuir un papel unilateralmente determinante a un solo factor. Un determinismo tan erróneo sólo es posible en el caso de las aproximaciones estáticas, en las que el desarrollo se considera como una serie de estructuras nuevas cada vez y no como un proceso interno de transición de una estructura a otra. La interpretación del desarrollo como un progreso evolutivo condicionado por leyes naturales independientes favorecía también el atribuir una importancia absoluta a los diversos factores geográficos y biológicos. Esta es la razón de que las aproximaciones positivista y anti-positivista se fueran acercando. Así, junto a H. Taine, como representante del determinismo geográfico, tenemos que situar a F. Ratzel (1844-1900), el fundador de esa aproximación, y muchos otros que se inspiraron en la

antropogeografía[33]. Lo mismo se puede decir sobre el determinismo biológico, iniciado por J. A. de Gobineau (1816-1882), que produjo concepciones racistas. La tendencia simultánea a basar las explicaciones en el factor demográfico (densidad de población) marcó una cierta dinamización del acercamiento, ya que la densidad de población es un factor variable[34]. Lo mismo ocurre con el factor económico, que ciertos historiadores económicos (por ejemplo, T. Rogers) tendían a sobrevalorar, puesto que no conseguían abarcar todo el desarrollo económico.

El acento puesto sobre el papel especial de un solo factor dentro de una estructura concreta, interpretada estáticamente, era una manifestación de lo que A. Labriola y Y. Plejánov llamaban la teoría de los factores[35]. Esa teoría encontraba su apoyo en los avances hechos en las diversas disciplinas que se ocupaban de los factores aislados; como manifestación de la aproximación analítica, contradecía las exigencias de una interpretación integral y dinámica de los hechos históricos.

El tratamiento equivalente de todos los elementos de una estructura dada dio lugar al llamado interaccionismo, popular en sociología (cfr. Alfred Weber y Max Weber) y corriente en la investigación histórica estructural, que trataremos más tarde. Formas menos radicales del interaccionismo eran las marcadas por un cierto acento puesto sobre uno de los factores (normalmente, el geográfico), que, sin embargo, no se consideraba como la causa incondicional de efectos concretos, sino sólo como una posibilidad que podía conducir a dichas consecuencias. Este interaccionismo posibilístico estaba representado por la escuela de los *Annales* en Francia, en particular, con relación al factor geográfico[36]. En último análisis, el interaccionismo conducía o a una aproximación determinista a factores concretos o a la demostración de la compleja y difícilmente analizable red de relaciones entre los diversos elementos de una estructura dada, un análisis que, sin embargo, no explica las transiciones de una estructura a otra. El interaccionismo posibilista, de todos modos, marcó un progreso en los procedimientos de explicación en comparación con la teoría pura de los factores, que no afirmaba, como hacía la teoría nacida del positivismo, la existencia de ninguna fuerza determinante e interpretada de modo fatalista (o sea, independiente de las acciones humanas), que guiara el proceso de la historia, sino que dejaba espacio para la acción de los seres humanos, que podían aprovecharse de los factores adecuados. Pero el dejar esos factores fuera de las acciones humanas, lo cual era un rasgo del positivismo, en lugar de situar al hombre en una relación mutua con un factor determinado, junto con el atribuir la misma importancia a todos esos factores, era un obstáculo para la explicación del desarrollo de las estructuras y para un estudio total de las leyes del desarrollo histórico. Los motivos psicológicos de la conducta de los individuos, surgidos especialmente en las obras de historia política, se usaban también como factores explicativos. El descubrimiento de dichos motivos

[33] Entre muchos autores, hay que mencionar a E. Demolins, L. I. Mecnikov y E. Reclus.

[34] Entre los representantes del determinismo demográfico estaban M. Kovalevsky (1851-1916) y A. Coste (1842-1901). Ver T. Szczurkiewicz, *Rasa, srodowisko rodzina* (Raza, ambiente, familia), Varsovia, 1938.

[35] G. V. Plejánov, *O materialisticheskom ponimanyi istoryi*, en *Izobrannyie filosofskye proizvedenyia*, vol. 2, Moscú, págs. 238 y ss. A. Labriola, *Del materialismo storico. A proposito della crisi del marxismo*, Roma, 1902, págs. 30 y ss.

[36] Cfr. L. Febvre, *A geographical introduction to History*, Londres, 1932, en particular, pág. IX.

ayudaba a la comprensión de un suceso dado. La oposición a esta opinión produjo ideas que intentaban unir las acciones de los individuos con las características generales de la mentalidad típica de un período o un grupo concreto. Eran simplemente ideas, modernizadas, del «espíritu de los tiempos», «el espíritu de la nación», etc., como factores explicativos.

En muchos casos, la teoría de los factores y el interaccionismo daban lugar a una elección subjetiva por parte de los historiadores de factores específicos como elementos explicativos. Por eso no había que extrañarse de que un pensador tan riguroso como, por ejemplo, A. A. Cournot (1801-1877) asegurara que cuando la historia busca explicaciones se convierte en filosofía más que en ciencia[37]. La literatura histórica estaba marcada, por consiguiente, por una arbitrariedad total en los procedimientos de explicación, y la confusión se hizo mayor por el hecho de que los historiadores no conseguían darse cuenta de los diversos significados del término *causa* (en el sentido de factor, condición, etc.), que ellos no analizaban con mayor profundidad. Pero las vivas discusiones sobre los procedimientos de explicación aumentaron el interés de los historiadores por ese aspecto del estudio del pasado.

Las nuevas tendencias hacia una integración estructural de la investigación histórica, manifestadas, por ejemplo, en la resurrección de la teoría de los factores en los procedimientos de explicación, se unió a la fuerte corriente de sugerencias anti-positivistas sobre la interpretación de la naturaleza de la ciencia histórica, avanzada por los historiadores y nacida de las tendencias filosóficas mencionadas más arriba. Los postulados preconizados por la escuela de síntesis de H. Berr (1863-1954) en Francia y el círculo de K. Lamprecht en Alemania consiguieron la mayor fama. A su lado hubo, casi en cada país, la aparición de estudios notables, característicos de la nueva tendencia en la teoría de la investigación histórica.

5. *H. Berr y la escuela de los* Annales. *Otras corrientes en Francia*

H. Berr, que tenía una gran influencia de Bergson y la escuela de Durkheim, sugirió que las síntesis eruditas, que eran simples listas de hechos, fueran sustituidas por una síntesis científica. Aseguraba que esta síntesis se mostraba como imposible si los historiadores iban a seguir las opiniones idiográficas de Rickert y Croce, que consideraban la historia como un estudio de hechos individuales[38], mientras que «el campo de la historia y el campo de las leyes es el mismo» (*«le terrain de l'histoire et des lois est le même»*)[39]. Berr, al contrario que sus contemporáneos (por ejemplo, Ch. Seignobos y A. D. Xénopol), sostenía que el problema de las leyes no podía separarse del problema de la explicación causal en la historia. En gran medida, se llega

[37] H. Sée, «Quelques remarques sur la philosophie de l'histoire de Cournot», *La Revue de Synthèse Historique*, vol. XLVI, París, 1926, págs. 15-18. La teoría de los factores abarcaba los principales intentos de «explicación». Por ejemplo, R. Brück relacionaba el desarrollo consecutivo de varios centros de civilización con los cambios en la actividad magnética (cfr. H. Berr, *La synthèse en histoire* París, 1911, pág. 33).

[38] H. Berr, *op. cit.*, pág. 24.

[39] *Ibidem*, pág. 26. La publicación *Evolution de l'humanité*, iniciada por H. Berr, intentaba presentar una imagen integral de la evolución de la humanidad, refiriéndose a los logros de los historiadores. Iba a ser una nueva interpretación de la historia universal. H. Berr fue el fundador de *La Revue de Synthèse Historique*, que apareció por primera vez en 1900 y se convirtió más tarde en *Revue de Synthèse*.

a una síntesis a través de una comprensión intuitiva[40] de los lazos de unión entre los hechos, es decir, a través de una explicación (descubrimiento de las causas) que, en parte, consiste en la operación *Verstehen.* Tenía razón al asegurar que un mayor progreso en la investigación histórica consistiría en mejorar, no la teoría de la narración, sino la de la investigación «general», en la que la cuestión central es el concepto de causa, que requiere profundos análisis semánticos, filosóficos y lógicos. Berr distinguía tres clases de hechos históricos y relaciones causales unidas a ellos: sucesos de azar *(la contingence)* unidos por determinación ordinaria, por una secuencia temporal[41], sucesos necesarios *(la nécessité)*, unidos por relaciones constantes en forma de condiciones necesarias[42] y sucesos en la esfera de «la lógica de la historia», unidos racionalmente en los modos dictados por las exigencias de esa lógica[43]. No hay leyes establecidas en el primer grupo de hechos, al que se limitaría la historia idiográfica. Por tanto, en ese terreno sería imposible explicar la estructura y la evolución, es decir, pasar a una aproximación general. El segundo grupo muestra leyes estructurales que son típicas de la investigación sociológica, y el tercero —aquí incluía Berr las, por entonces, obsoletas ideas de la aproximación teleológica— incluye las leyes de la evolución y del progreso, que se diferencian de las leyes estructurales porque señalan el nacimiento de elementos nuevos, leyes que previamente habían sido analizadas por la filosofía de la historia de la época de la Ilustración o la de los positivistas. Aquí podemos ver claramente la inspiración de la exigencia de Berr sobre una aproximación integral, es decir, la exigencia de que los historiadores se ocupen de la sociología y de la filosofía. La idea de progreso, retomada por Berr, que se rige por su lógica específica (que es el resultado de un acercamiento *a priori* y no de una investigación histórica), hacía, supuestamente, que sus síntesis se hicieran dinámicas y se convirtieran en el criterio de selección de los hechos. Pero en realidad no iba más allá de los conceptos de leyes abstractas del progreso o de evolución, sin revelar el secreto del desarrollo. Se suponía que la mencionada «lógica de la historia» tenía su única fuente en la causa principal o motor de la historia, que Berr identificaba con la voluntad creadora de los individuos, es decir, con un factor que se parecía mucho al *élan vital* de Bergson[44]. La vieja idea de progreso, por tanto, se veía unida al énfasis en la voluntad activa de los individuos. En la opinión de Berr, la historia (en el sentido del curso de los acontecimientos) es, en último análisis, el desarrollo del factor espiritual *(l'esprit)*.

Berr intentaba restaurar la unidad de la ciencia natural y social, y defendía, con este fin, una unificación del lenguaje de la ciencia[45]. Mostraba así una amalgama *sui generis* del positivismo y el intuicionismo estructural. De este modo criticaba la creencia, inherente a la opinión evolucionista y popularizada por las obras teóricas de A. D. Xénopol (1847-1920), de que la historia se diferencia de la ciencia natural porque estudia secuencias de hechos y no hechos recurrentes. Esas secuencias de hechos son resultado de la acción de «fuerzas históricas» no especificadas, es decir, factores que están fuera de los datos históricos *(matériel de l'histoire)*. Las leyes históricas, por tanto, pueden interpretarse como una manifestación de esas fuerzas[46]. En Francia éste fue el programa de la historia estructural, originada por L. Febvre y M. Bloch (1886-1940) y su escuela de los *Annales*[47], que pretendía liberar a la reflexión histórica de las implicaciones de la síntesis de Berr, aunque ese programa derivaba de dicha síntesis. La historia se concebía como una ciencia que lucha por conseguir formulaciones generales y pluralistas, y se opone, especialmente en la esfera de la historia económica, al idiografismo práctico (metodológico y a veces también objetivo), es decir, a la historia que se ocupaba de los sucesos *(histoire événementielle)* y no de las explicaciones. El método principal de esa crítica consistía en prestar atención, como había postulado también Berr, a los fenómenos duraderos de la historia, es decir, a las estructuras. Esto, a su vez, sugería conexiones con disciplinas más teóricas, sobre todo la economía y la sociología[48] En términos concretos, esto significaba caer bajo la influencia de la escuela de Durkheim y post-Durkheim, en sociología, y de la economía política subjetiva. Esto explicaba también el vivo interés mostrado por la escuela de los Annales tanto en la historia económica como en la historia de las «ideas colectivas», es decir, la historia de la mentalidad social (G. Duby)[49]. La aproximación teleológica de Berr fue sustituida por el interaccionismo, en el que los diversos elementos de las estructuras son considerados de modo semejante. Las estructuras están configuradas dentro de marcos construidos por las llamadas fuerzas permanentes *(les forces permanents, les permanences)*, sobre todo por el entorno natural. Las propias estructuras (o sea, las condiciones económicas, sociales, psicológicas) forman hechos y fuerzas de larga duración *(de longue durée)*. También destacan los sucesos *(événements)*, es decir, las actividades humanas, que están relacionadas causalmente y sujetas al azar. Las estructuras se comparan, metafóricamente, a un lienzo, y la forma de lo que está bordado sobre él depende del azar. Las actividades humanas encuentran manifestaciones en las «coyunturas», es decir, en los datos sobre los cambios de población, la cantidad de mercancías producidas, los precios, etc. La separación de los sucesos (coyunturas) de las estructuras, que aparece a menudo en las obras de los historiadores de la escuela de los *Annales*, revela trazos de las dificultades positivistas para enlazar los hechos con los cambios. La novedad de este acercamiento consistía en centrar la atención sobre el estudio de las

40 *Ibídem*, pág. 227.
41 *Ibídem*, págs. 55 y ss.
42 *Ibídem*, págs. 113 y ss.
43 *Ibídem*, págs. 138 y ss.
44 Cfr. F. Teggart, *Theory and Processes of History*, ed. cit., pág. 272; K. Górski, *O interpretacji i wartosciowaniu w historii* (Sobre las interpretaciones y las valoraciones en la historia), Lublin, 1948, pág. 12.
45 Cfr. I. Dambska, «W stulecie urodzin Henri Berra» (Sobre el cien aniversario del nacimiento de Henri Berr), *Ruch Filozoficzny*, núms. 1-2, 1954, páginas 33-36.

46 A. D. Xénopol, *Théorie de l'histoire*, París, 1911 (la primera edición se llamó *Principes fondamentaux de l'histoire*, en 1899), págs. 71, 163, 300, *et passim.* Ver también H. Berr, *La synthèse en histoire*, págs. 24, 26, 31, 41-42, *et passim;* A. G. Widgery, *Interpretation of history*, págs. 243-244.
47 La publicación comenzó a aparecer en 1929 como *Annales d'Histoire Economique et Sociale*, de 1939 a 1941 llevó el título de *Annales d'Histoire Sociale*, y de 1942 a 1945 el de *Mélanges d'Histoire Sociale;* tras la Segunda Guerra Mundial, aparece como *Annales. Economies. Sociétés. Civilisations*, para subrayar el acercamiento integral. Sobre M. Bloch, ver Ch. E. Perrin, «L'oeuvre historique de Mare Bloch», *Revue Historique*, 1948, vol. XCIX, págs. 161-188. Sobre la escuela de los *Annales* en general, ver K. E. Born, «Neue Wege der Wirtschafts und Soziolgeschichte in Frankreich. Die Historikergruppe der *Annales*», *Saeculum*, volumen 15, núm. 3, 1964, págs. 298-309, y G. G. Iggers, *New Directions in European Historiography*, Middletown, 1975, págs. 43-79.
48 Cfr. F. Braudel, «Histoire et Sociologie», en G. Gurvitsch, *Traité de sociologie*, vol. I, París, 1958.
49 Las relaciones con la escuela de Durkheim fueron analizadas por W. Kula en su introducción a la versión polaca de la obra de M. Bloch, *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien* (Varsovia, 1960).

estructuras y en interpretar los sucesos a través de períodos largos, lo que permite trazar la «forma» de los cambios, o sea, una coyuntura dada. El acercamiento a la cuestión de las leyes fue un resultado de esa postura. Por supuesto, se suponía que las leyes actuaban en la esfera de las estructuras y no en la de los sucesos. L. Febvre aseguraba que el concepto de ley no podía abarcar ni las leyes a través de las cuales pesa el pasado sobre los hombres ni las que fuerzan al hombre a actuar (es decir, leyes directoras); sólo podía abarcar las que se interpretan como «fórmulas generales que agrupan hechos que hasta entonces estaban aislados» [50]. La atención prestada a las estructuras suponía una aproximación más teórica e interdisciplinar y, por tanto, el rechazo de la fórmula, que Febvre llamaba peligrosa, que establece que «*l'histoire se fait avec des documents*», porque la investigación histórica tenía que ir más allá de los documentos. Esto suponía la validez de las hipótesis en la investigación histórica.

Tenemos que subrayar también el carácter subjetivo de las aproximaciones estructurales. Se manifestaba en la reflexión sobre la materia de la historia interpretada por M. Bloch (consciencia humana) y en la consideración de los hechos históricos «que son esencialmente hechos psicológicos» [51]. La conducta humana, muchas veces, está dictada «por las misteriosas profundidades de la vida espiritual del hombre» [52]. Como puede verse, el puente que une esa opinión con el Bergsonismo no estaba destruido.

En comparación con el grupo de Berr y la escuela de los *Annales*, las otras propuestas para la interpretación de la historia como una ciencia, que surgieron en Francia, no sugerían novedades más importantes, sino que, más bien, se relacionaban con la idea de la historiografía tradicional, «comprendida» de modo intuitivo. Podemos mencionar aquí, por un lado, a R. Aron, un sofisticado filósofo que escribe según el espíritu de Husserl y M. Weber, y por otro lado, H. I. Marrou, un excelente historiador ecléctico que utiliza los sistemas filosóficos más especulativos. Tanto Aron [53] como Marrou se ocupan sobre todo del proceso cognoscitivo histórico. Aron se inclina a limitar la investigación al estudio de los hechos aislados y sus causas y a dejar para los sociólogos el estudio de las relaciones generales entre los hechos [54]. En su

[50] L. Febvre, *Combats pour l'histoire*, París, 1953, págs. 15-16: «(...) ces formules communes qui, groupant des faits jusque là séparés, en forment des séries».
[51] M. Bloch, *op. cit.*, pág. 101.
[52] Ver el documento de J. Topolski sobre el libro de M. Bloch en *Kwartalnik historyczny*, núm. 2, 1961, págs. 460-461. Las tendencias a combinar el estudio de las «coyunturas» con el de las «estructuras» señalando los diversos procesos de desarrollo se manifiestan en la conferencia que dio F. Braudel cuando recibió el doctorado *honoris causa* por la Universidad de Varsovia. «Rechazo, por tanto —dijo—, tanto la historia de los sucesos como la historia de las coyunturas. Y entonces, en lo que queda, es decir, en mi historia selecta y privilegiada, son los sistemas los que aparecen: sociales o socio-económicos, culturales o demográficos, sistemas cuyo ritmo de vida es lento y cuya duración es larga, (...) Los sistemas socio-económicos son los que forman el problema más importante. Tenemos que distinguir en ellos, sobre todo, las fluctuaciones a corto plazo de los procesos de desarrollo de larga duración. (...) Poniendo énfasis en los sistemas socio-económicos, creo que me refiero a los logros más duraderos del pensamiento marxista.» (Citado en la versión polaca publicada en el semanario de Varsovia *Kultura*, núm. 26, 25 de junio de 1967).
[53] Hay que mencionar sus libros: *La philosophie critique de l'histoire* (2.ª edición, 1950); *Introduction à la philosophie de l'histoire*, París, 1938; *Dimensions de la conscience historique*, París, 1961.
[54] R. Aron, *Introduction à la philosophie de l'histoire*, ed. cit., págs. 190 y 229.

opinión, la explicación causal implica leyes, es decir, la aceptación de relaciones constantes entre los hechos, relaciones que son de naturaleza probable (estadística) [55]. Para él, el conocimiento histórico supone la necesidad de adoptar ciertas construcciones teóricas, una de las cuales es la de un hecho histórico [56].

H. I. Marrou, en una ocasión, describió su propia genealogía filosófica [57], que incluye a Bergson, los neo-Kantianos, los neo-Hegelianos, Husserl, los existencialistas y también R. Aron. La armadura anti-positivista de su libro está hecha de una aleación de teorías gnoseológicas seleccionadas específicamente, contenidas en esas filosofías. El papel central se lo asigna a la categoría fenomenológica de Husserl de *epoché*, pero Marrou ha vulgarizado esa categoría, que pretendía designar una suspensión *sui generis* de la propia aproximación al mundo objetivo, liberándose de las convicciones en el proceso cognoscitivo [58]. Adoptaba la empatía, una identificación gradual de la propia personalidad con la de la persona estudiada, como medio principal de conocimiento, que no es exacto, por consiguiente, sino sólo intuitivo, ya que «sólo Dios» puede conocer plenamente el pasado [59]. El conocimiento, por tanto, es para él un acto subjetivo de acuerdo con el principio de San Agustín *nemo nisi per amicitiam cognoscitur*. El proceso cognoscitivo tiene la ayuda de ciertas categorías producidas por la mente, tales como tipos ideales, términos técnicos, etcétera [60]. El conocimiento histórico es totalmente una construcción del historiador; cuanto mayor sea «la calidad del alma» y «la apertura de la mente *(esprit)* del historiador», mejor será la construcción mencionada [61]. Marrou considera que los todos estructurales son ficticios: para él, el individuo es el único organismo verdadero [62]. La explicación en la historia no consiste en buscar las causas, ya que eso significaría una simplificación de la realidad, sino en una comprensión intuitiva de todos los complejos lazos de unión entre los hechos. Sobre la historia, Marrou acepta la unicidad de los fenómenos y niega la existencia de leyes del desarrollo.

Podrían mencionarse muchas otras obras —menos conocidas— sobre las reflexiones históricas; por ejemplo, 1951 vio la aparición de *Initiation à la critique historique*, de L. E. Halkin (hay dos ediciones posteriores), muy valiosa en las secciones sobre crítica textual, pero —como Berr tuvo todavía oportunidad de señalar— «irritante» y «deprimente» en sus secciones filosóficas [63]. Según Halkin, la historia se hace científica si es crítica y no por ser un estudio de «lo general» y del establecimiento de leyes del desarrollo

[55] R. Aron, *op. cit.*, pág. 226.
[56] C. Bobinska, *op. cit.*, págs. 50-51.
[57] H. J. Marrou, *De la conaissance historique*, París, 1956. Hay varias reseñas polacas, la más amplia de las cuales es la de W. Moszczenska, «O sprzecznosciach wewnetrznych 'programowego' subiektywizmu» (Sobre las contradicciones internas del subjetivismo «programático»), *Kwartalnik Historyczny*, núm. 2, 1958, páginas 440-463.
[58] Cfr. E. Husserl, *Die Krisis der europäischen Wissenschaften und die transzendentale Phänomenologie*, pág. 14.
[59] H. J. Marrou, *De la connaissance historique*, pág. 58.
[60] *Ibídem*, págs. 146 y ss.
[61] *Ibídem*, pág. 103.
[62] *Ibídem*, pág. 177.
[63] H. Berr, *La synthèse en histoire*, ed. cit., págs. 293-294. En su 3.ª ed. París, 1963), L. E. Halkin correspondió con la afirmación de que la obra de Berr «aporta pocos elementos constructivos» (pág. 99). El manual de D. Harsin, *Comment on écrit l'histoire*, Lieja, 1933 (3.ª ed., 1949), que se ocupa sobre todo de las técnicas de investigación, fue mejor tratado por Berr.

social. La historia se ocupa de hechos únicos que hay que entender «subjetivamente». Entre otras obras hay que nombrar las de P. Ariès [64], L. Halphen [65] y A. Choulguin [66]. El famoso estudio de J. M. Romein [67], que intentó imbuir teoría en la investigación histórica, difiere de los mencionados más arriba por su ambición.

6. *Reflexión metodológica en Gran Bretaña y América*

En Gran Bretaña, el nuevo acercamiento a la historia estuvo relacionado, aparte del mencionado F. H. Bradley, con J. E. Acton (1834-1902), conocido por su principio: estudiar los problemas y no los períodos [68], lo cual pretendía dirigir la atención hacia las limitaciones cognoscitivas del acercamiento erudito, y también con J. B. Bury en la última época de su actividad (especialmente a partir de 1909) [69], y con M. B. Oakeshott [70]. Sus ideas, nacidas de la corriente intelectual contemporánea y marcadas principalmente por la filosofía y la metodología de la historia de Croce, fueron desarrolladas más tarde por R. G. Collingwood (1889-1943) (*vid.* más arriba). Su obra, *The Idea of History* (publicada póstumamente en 1946, con cuatro ediciones más hasta 1961), estaba caracterizada por el fuerte disgusto del autor respecto al acercamiento erudito. Collingwood se oponía a todas aquellas tendencias que comparaban la historia con las disciplinas naturales [71]. La historia es una ciencia de lo único, pero forma una clase por sí misma. Su materia son las acciones humanas conscientes y no «un proceso histórico», que recuerda a los procesos naturales. Esto significa que, en último análisis, toda historia es una historia de las ideas: en este sentido la naturaleza no tiene historia. Sólo nos encontraríamos con la unidad de los procesos natural e histórico si asumimos que ambos están determinados por Dios [72]. Como un historiador investiga actos de pensamiento, no puede adquirir ningún conocimiento de ellos por observación, sino que tiene que recurrir al conocimiento intuitivo (basado en una categoría de imaginación *a priori* que recuerda a Kant), lo cual significa que debe rehacer el pasado en su propia mente. El trabajo de un historiador difiere muy poco de la actividad literaria, teniendo en cuenta que su imagen del pasado debe estar de acuerdo con las fuentes, ser coherente y localizado en el tiempo y el espacio [73]. Para él, los hechos no eran nada; la interpretación lo era todo. Como bien señaló M. Heitzman, la opinión de Collingwood conducía a la aceptación de un acto de pensamiento primario, extra temporal y extra espacial, que puede revivir en las mentes de los distintos individuos [74]. Fue de este modo como Collingwood intentaba oponerse al acercamiento erudito, que, como él dijo, era una simple lista de hechos, de modo que, por ejemplo, sobre las descripciones de la Guerra del Peloponeso, no había un acercamiento diferente entre *The Cambridge Ancient History* y Tucídides. Sobre la postura de Collingwood se han formulado muchas opiniones contradictorias, que, sin embargo, estaban de acuerdo sobre las afirmaciones generales de su metodología. Podemos encontrar ideas menos radicales, pero parecidas, sobre la interpretación de la investigación histórica (individualismo, relativismo, anti-naturalismo), en las obras de Ch. Oman [75], G. J. Renier [76] y muchos otros. Una de las más interesantes es la de E. Hallet Carr [77], que evita formulaciones extremas.

El medio americano ha sido más activo en cuanto a las reflexiones sobre la investigación histórica. Surgieron algunas opiniones nuevas de J. H. Robinson, E. P. Cheyney y F. J. Teggart, que en algún caso recuerdan a la escuela de Berr; por otro lado, las propuestas europeas sobre una historiografía comprometida (por ejemplo, la de Croce), han sido llevadas al extremo, dando como resultado un relativismo muy abierto que fue llamado presentismo.

J. H. Robinson, en su idea de una «nueva historia» [78], sugería una ampliación de la materia de interés del historiador, más allá de la tradicional historia política. Pero, en su opinión, para seleccionar adecuadamente los hechos que hay que investigar es necesario «reconstruir» nuestras propias mentes, lo cual, a su vez, exige el desarrollo del conocimiento adecuado de la sociedad para cambiar el propio acercamiento «conservador» y convertirlo en uno «radical». El radicalismo interno de la naturaleza (una especie de «guía» hacia los cambios y el progreso) impulsa las mejoras, da impulsos que trabajan incluso independientemente de la posible actitud pasiva del hombre. Por eso, una persona cuyo acercamiento es radical (en este caso, identificado con el científico) puede mover rocas, en el camino hacia el progreso. Este acercamiento muestra ciertas referencias a las ideas cartesianas, de la época de

64 P. Ariès, *Le Temps de l'Histoire*, Mónaco, 1954.

65 L. Halphen, *Introduction à l'histoire*, París, 1948. Sostiene que es inútil buscar leyes del desarrollo, y sale directamente contra Marx (págs. 44-45).

66 A. Choulguine, *L'histoire et la vie. Les lois. Le hasard. La volonte humaine*, París, 1957. Entre las obras de este grupo también está P. Ricoeur, *Histoire et verité*, París, 1955.

67 J. M. Romein, *Theoretische Geschiedenes*, Groningen, 1946.

68 J. E. Acton, *A lecture on the Study of History*, Cambridge, 1895. Entre los discípulos de Acton estaba G. M. Trevelyan (1876-1962), que también defendía una retirada del positivismo. Un historiador, en su opinión, debería «entender» el pasado y compartir sus pasiones. Sobre Acton, ver H. Butterfield, *Man on His Past*, ed. cit., págs. 62-69.

69 Pensamos en su ensayo *Darwinism and History* (1909), en el que criticaba la idea de las leyes del progreso y la evolución. Llegaba al individualismo total y a la aceptación del azar como factor decisivo en la historia.

70 Famoso por su *Experience and its Modes*, Cambridge, 1933, en el que se declaraba en favor de una diferencia entre la estructura metodológica de las ciencias exactas y la de la historia. No interpretaba la historia como el mundo de los hechos objetivos, sino como un mundo de ideas reales, y aseguraba que estos dos acercamientos, que los positivistas no habían advertido, debían diferenciarse el uno del otro. Como B. Croce, sostenía que los hechos históricos son contemporáneos.

71 R. G. Collingwood, *The Idea of History*, ed. cit., págs. 205 y ss., en particular, págs. 215-218 y 228. Sobre Collingwood, ver M. Heitzman, «Collingwooda teoria poznania historycznego» (La teoría del conocimiento histórico de Collingwood), *Teki Historyczne*, vol. II, núm. 4, Londres, 1948, págs. 233-255; E. E. Harris, «Collingwood's Theory of History», *Philosophical Quarterly*, vol. VII, 1957, páginas 35-49; N. Rotenstreich, «From Facts to Thought: Collinswood's Views of the Nature of History», *Philosophy*, vol. XXXV, 1960, págs. 122-136. De éstos, el documento de Heitzman es el más preciso. Ver también *Theories of History*, edición citada, págs. 249-251.

72 R. G. Collingwood, *op. cit.*, pág. 216.

73 R. G. Collingwood, *op. cit.*, pág. 245.

74 M. Heitzman, *op. cit.*, pág. 254.

75 Ch. Oman, *On the Writing of History*, Londres, 1939.

76 G. J. Renier, *History. Its Purpose and Method*, Londres, 1950. En relación con esto, téngase en cuenta J. Huizinga, «The Idea of History», en F. Stern, *The Varieties of History*, Nueva York, 1957.

77 E. H. Carr, *What is History*, Londres, 1962.

78 J. H. Robinson, *The New History*, Nueva York, 1912; *The Mind in the Making*, Nueva York, 1921. Sobre Robinson, ver F. J. Teggart, *Theory and Processes of History*, págs. 199-205.

la Ilustración y positivistas [79], teniendo en cuenta que se ha añadido un mecanismo de progreso en forma de impulsos misteriosos.

E. P. Cheyney [80] se oponía a las opiniones que consideraban que el curso de los acontecimientos era un juego de azar. Aseguraba que todos los cambios parecen tener lugar como resultado de estar totalmente determinados, y que parece que hay una secuencia independiente de sucesos, una necesidad inevitable que controla el progreso de los asuntos humanos. «La historia, el gran curso de los asuntos humanos, no ha sido el resultado de esfuerzos voluntarios por parte de individuos o grupos de individuos, y mucho menos del azar, sino que ha estado sujèta a ciertas leyes» [81]. Aunque aceptaba la existencia de leyes, Cheyney quería conservar plenamente el principio del libre albedrío. Aseguraba que el hombre puede actuar «libremente», pero los resultados de sus acciones dependían del acuerdo entre sus acciones y las leyes. También formuló algunas de esas leyes (continuidad, variabilidad, interdependencia, democracia, contrato social libre, y progreso moral) [82], que recuerdan a los anteriores conceptos de progreso, especialmente, tal como lo interpretaba Buckle.

Según estas teorías, la historia es una ciencia que no se limita a las descripciones, sino que se ocupa además de descubrir leyes. Esta opinión fue defendida también por F. J. Teggart, autor de uno de los más profundos estudios sobre la metodología de la historia que haya sido jamás escrito [83]. Defiende los principios de la historia integral y quiere que los historiadores combinen el estudio de los cambios con el estudio de los hechos, ofreciendo así nuevos análisis de los fundamentos de la historiografía en esta cuestión. Piensa que el problema se podría resolver con una diferenciación entre la creencia en el progreso como una herencia cartesiana y la creencia en la posibilidad de progreso [84]. La primera implica una actitud pasiva y fatalista, mientras que la segunda supone un papel activo del hombre y conduce a la verdad de que para asegurar el progreso tenemos que promover el conocimiento. Y el conocimiento no se adquiere por un acto de buenos deseos solamente, sino haciendo pleno uso de los recursos acumulados por la sociedad en las instituciones científicas [85]. Así ofrece una explicación del desarrollo social por el desarrollo del conocimiento. Teggart, que a pesar de toda su erudición era programáticamente incapaz de comprender la dialéctica, no pudo vencer la separación del estudio de los hechos y el estudio de los cambios, aunque explicaba los cambios no en términos de progreso abstracto, sino en términos de una inclinación de la naturaleza humana, en concreto, una «creencia en la posibilidad de progreso».

[79] Las opiniones positivistas, evidentemente, tienen todavía defensores, a pesar de que no han sido típicas de la reflexión metodológica en el siglo XX. En Francia, A. Piganiol, en su «Quest-ce-que c'est l'histoire», *Revue de métaphysique et morale*, 1961, se opuso a las opiniones de H. J. Marrou. Téngase en cuenta también el análisis anti-relativista de las leyes de la naturaleza por L. Strauss (Natural Right and History, Chicago, 1953).
[80] E. P. Cheyney, *Law in History and Other Essays*, Nueva York, 1927.
[81] *Ibídem*, pág. 7.
[82] *Ibídem*, pág. 11.
[83] F. J. Teggart, *Theory and Processes of History*, Berkeley y Los Angeles, 1962. Esta es una edición reunida de sus dos libros, *Theory of History*, Yale, 1925, y *The Processes of History*, Yale, 1918. Estas dos obras fueron publicadas juntas por primera vez en 1941.
[84] F. J. Teggart, *Theory and Processes of History*, ed. cit., pág. 220.
[85] *Ibídem*.

El presentismo, preconizado por muchos historiadores en diversos países (F. H. Bradley, G. Simmel, M. B. Oakeshott, J. Ortega y Gasset, R. G. Collingwood, J. H. Robinson y otros), y que parte fundamentalmente de B. Croce (que aseguraba que toda la historia es historia actual), encontró un gran apoyo en el pragmatismo americano, que medía la importancia del conocimiento según su eficacia para conseguir objetivos específicos. Los presentistas sacaban sus conclusiones de la interpretación de la historia como una ciencia de los hechos individuales que no están gobernados por ninguna ley general, son comprendidos intuitivamente y construidos, por tanto, por los historiadores [86]. Para ellos, la historia era un producto subjetivo de los historiadores y era, por tanto, parte del presente construido por los historiadores. Se pueden encontrar muchos elementos de estas opiniones en Ch. H. Beard, que en 1934 publicó su estudio *Written History as an Act of Faith* [87], en C. L. Becker, autor de *Everyman His Own Historian* (1935), en C. Read [88] y muchos otros. Hasta el presente podemos ver una cantidad de diversas formas de literatura histórica que tienen un tinte presentista. Según los representantes de esta corriente, la historia está siendo escrita siempre de nuevo, no porque adquiramos, a través de procesos cognoscitivos, un conocimiento cada vez mejor de los hechos históricos objetivos, sino porque los historiadores, al ser, ellos mismos, productos de condiciones y necesidades específicas, están produciendo historia en su propio modo subjetivo permanentemente.

7. *Tendencias metodológicas en la historiografía alemana*

El presentismo de intrusión política fue particularmente activo a lo largo del siglo XIX en la historiografía alemana, al margen de sus tendencias, es decir, comenzando con L. Ranke [89] y G. Droysen, hasta K. Lamprecht y F. Meinecke, hasta muchos historiadores contemporáneos de Alemania Occidental, que intentan rehabilitar las viejas ideas (idealismo y nacionalismo) y al mismo tiempo buscar la responsabilidad del nazismo fuera de la nación alemana. Tanto en la reflexión teórica como en la actividad práctica, la ciencia histórica no ha sido considerada casi nunca en Alemania como una disciplina sujeta a un examen objetivo, como lo es la ciencia natural. De un modo bastante característico, los historiadores alemanes han sufrido muy poca influencia del positivismo: en sus tendencias filosóficas derivaron casi direc-

[86] Ver también M. A. Destler, «Some observations on contemporary historical Theory», *The American Historical Review*, núm. 3, 1950; C. Strout, *The Pragmatic Revolt in American History: Carl Becker and Charles Beart*, New Haven, 1958.
[87] *The American Historical Review*, vol. 39, núm. 2, 1934, págs. 219-229. Su documento fue discutido posteriormente en el vol. 40, 1934, págs. 339-349, y en el vol. 41, 1936, págs. 74-87.
[88] C. Read, «The social responsabilities of the historian», *The American Historical Review*, vol. 55, núm. 2, 1950. He aquí una cita de la obra de Becker, *Everyman His Own Historian*, «American Historical Review» (vol. 37, 1931-1932, página 247): «Cada generación, la nuestra incluida, comprenderá inevitablemente, el pasado, y anticipará el futuro, sobre la base de su propia experiencia limitada». Este principio rige la selección de los hechos y la construcción de las síntesis.
[89] La nueva edición de la obra de Ranke, *Preubiche Geschichte*, por la Editorial H. J. Schoeps (Darmstadt, 1956), destinada a rehabilitar el nombre de Prusia, fue un hecho señalado. En relación con esto, ver J. Krasuski, *Z dziejów niemieckiej mysli politycznej XIX i XX wieku* (Cuestiones de historia del pensamiento político alemán en los siglos XIX y XX), Poznan, 1965, págs. 7 y ss. Krasuski también define el historicismo alemán (cfr. págs. 56 y ss. y 107 y ss.).

tamente del Romanticismo al anti-positivismo, al que, como hemos visto, han contribuido mucho desde el punto de vista filosófico.

Esto muestra ciertas características distintas en el desarrollo en Alemania de la reflexión metodológica sobre la historia. Para abarcar estas características vale la pena anotar las dos controversias metodológicas básicas entre los historiadores alemanes: sobre el acercamiento colectivista al pasado y sobre el historicismo. En cada una de estas ideas vemos manifestaciones del pensamiento positivista y también, más claramente, varias formas de reflexión estructural. K. Lamprecht (1856-1915)[90], aprovechando los logros de la psicología social (especialmente los de J. F. Herbart), sugirió, como hizo H. Berr en Francia, un acercamiento integral que fuera más allá de la historia política, un acercamiento en el que los sucesos se explicarían por motivos de acción de los grupos y no de los individuos. No sería una descripción única de hechos individuales, sino una ciencia que establece las leyes que rigen el curso de los acontecimientos. Estas leyes tendrían la naturaleza de las que son válidas en psicología social. Los cambios en el pasado dependen de los cambios en las actitudes psicológicas de las masas. Lamprecht pensaba que de este modo estaba explicando el desarrollo histórico. En realidad, no dio más que un pequeño paso en esa dirección: ni siquiera consideró el problema del origen de los cambios en las actitudes de las masas, a las que, por cierto, consideraba simplemente como sumas de individuos. Su idea ofrecía un método de explicar los cambios, pero no el desarrollo. Sustituyó la fórmula de Ranke: *wie es eigentlich gewesen*, por su propia fórmula: *wie es eigentlich geworden*, que señala su interés por las causas de los cambios.

La crítica de las opiniones de Lamprecht unió a los defensores y a los oponentes de lo que se llamaba el historicismo alemán. El historicismo, que tenía sus raíces en la historiografía de principios del XIX, era —según la interpretación de E. Troeltsch (1865-1923)[91]— una amalgama del evolucionismo genético y el acercamiento ideográfico a la historia. El historicismo subraya la variabilidad constante de los sucesos y la unicidad de los hechos no recurrentes. Por tanto, todo es relativo en la historia. No hay modelos absolutos de valoración, lo cual se expresa con la fórmula *veritas et virtus filiae temporis*[92]. Así, el curso de los acontecimientos no está regido por leyes, aunque el principio de causalidad opera; los cambios son resultado

[90] Cfr. K. Lamprecht, «Was ist Kulturgeschichte?», *Deutsche Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, vol. I, 1895; *Einführung in das historische Denken*, Leipzig, 1912. Las opiniones de Lamprecht fueron criticadas por Y. Plejánov, *Über die Rolle der Persönlichkeit in der Geschichte*, Berlín, 1945, págs. 17 y ss. El problema ha sido tratado recientemente por G. G. Iggers. La idea de Lamprecht se desarrollaba a partir del positivismo, pero parece más oportuno clasificarla como un modelo estructural de investigación histórica. Hay gran cantidad de publicaciones sobre el historicismo alemán. Algunas importantes se mencionan en varios lugares de este libro. Sobre Troeltsch, ver M. Mandelbaum, *The Problem of Historical Knowledge*, ed. cit., págs. 155-156. Al defenderse contra el relativismo de los «historicistas», Troeltsch llegaba al historicismo absoluto de Croce. En su sistema, el criterio definitivo debe verse en «la verdad de Dios», es decir, algo parecido al «absoluto» de Croce. La «conciencia» del historiador debe ayudarle a comprender esa verdad. Sobre la escuela neo-Rankiana, ver *Studien über die deutsche Geschichtswissenschaft*, ed. cit., págs. 264-270.

[91] E. Troeltsch, *Der Historismus und seine Probleme*, Tubinga, 1922. Compárense también los análisis, muy interesantes, que se encuentran en F. Wagner, *Moderne Geschichtsschreibung*, Berlín, 1960.

[92] Cfr. A. Stern, *Philosophy of History and the Problem of Values*, edición citada, pág. 13: «El historicismo se puede definir con la fórmula: *veritas et virtus filiae temporis*».

de las acciones de los individuos y de los Estados, de la razón de estado, del entorno geográfico, etcétera. El historicismo, de este modo, se declaraba opuesto a las ideas de la época de la Ilustración y positivistas sobre el progreso, sin sustituirlas por otras leyes directrices. Fue defendido vigorosamente, sobre todo, por F. Meinecke[93] y K. Mannheim[94]. El relativismo histórico fue criticado, entre otros, por Troeltsch y K. Heussi[95], pero ellos también se oponían a la aceptación de la existencia de leyes del desarrollo. Se oponían a las visiones positivistas, explicando el curso de los acontecimientos por el desarrollo de las ideas. También cambiaron el centro de interés de la ontología a la gnoseología, defendieron el acercamiento intuicionista y pensaron que la historia era un producto subjetivo de un historiador concreto. De este modo, en Alemania, tanto el historicismo como el anti-historicismo favorecieron el crecimiento del relativismo cognoscitivo, preconizado por toda la escuela prusiana (J. G. Droysen, H. Sybel, H. Treitschke) y los neo-Rankianos, cuyo objetivismo les hacía abandonar la estrecha visión prusiana de la historia alemana, pero que, de todos modos, en la práctica, seguían la vieja tendencia de la historiografía políticamente comprometida.

Las opiniones positivistas que comparaban la historia con la ciencia natural y recomendaban la búsqueda de leyes, y por tanto, evidentemente, las opiniones de Lamprecht, fueron atacadas con vehemencia, especialmente por E. Bernheim[96]. En vista de la popularidad de su tratado sobre los métodos históricos, esto tuvo grandes repercusiones en la configuración de las opiniones populares sobre la historia.

La visión de E. Meyer, que defendía las ideas del libre albedrío en el comportamiento humano, la labor del azar, y la naturaleza única de los sucesos históricos[97], iba en una dirección similar. Al tratar de las ideas anti-positivistas en Alemania tenemos que subrayar la influencia de F. Nietzsche, que defendía el principio de la investigación histórica no objetiva, que tuviera como fin objetivos prácticos[98]. La influencia de J. Burckhardt, que fue uno de los primeros en poner en duda la idea positivista de progreso continuo, también fue fuerte.

Algunas ideas de Lamprecht fueron defendidas por E. Gothein, K. Breysig y O. Hintze, y hoy en día, los historiadores que han dejado algunos conceptos tradicionales y apoyan el de *Strukturgeschichte* se refieren también a él. Breysig aceptaba la unidad como una serie de estados socio-psicológicos en el desarrollo de la humanidad, que puede estudiarse, por tanto, como una entidad. Esa entidad pasa de un estado a otro y produce así una serie de niveles o tipos. El paso de la sociedad a través de los diversos niveles es la ley histórica más general. Breysig enumeró también otras leyes, que en realidad eran generalizaciones históricas más o menos fundadas. Al contrario que Lamprecht, mantenía que son los individuos, y no las masas, los que juegan el papel creativo en la historia[99].

[93] *Die Entstehung des Historismus*, Munich, 1938.

[94] K. Mannheim, *Historicism. Essays on the Sociology of Knowledge*, Londres, 1952.

[95] K. Heussi, *Die Krisis des Historismus*, Berlín, 1932.

[96] E. Bernheim, *op. cit.*, págs. 101, 113, 121, 126, 159, 166 *et passim*.

[97] E. Meyer, *Zur Theorie und Methodik der Geschichte*, en *Kleine Schriften*, volumen I, Halle, 1924.

[98] F. Nietzsche, *Vom Nutzen und Nachteil der Historie für das Leben*, 1873.

[99] Cfr. K. Breysig, *Der Stufenbau und die Gesetze der Weltgeschichte*, Berlín, 1905. Las memorias de Breysig (*Aus meinen Tagen und Träumen*, Berlín, 1963) también son de interés.

Los economistas que eran miembros de la escuela histórica también se levantaron en contra del *status* dominante de la historia política y adelantaron la idea ya mencionada de los niveles de desarrollo, ahora en el campo económico [100]. Evidentemente, la teoría de los niveles de desarrollo económico sustituía a la idea de progreso por el concepto de cambio, pero no comprendía todavía la categoría de desarrollo. Sus defensores no explicaban muy bien cómo se suponía que tenían lugar las transiciones de un nivel a otro, ya que para ellos los distintos niveles surgían como «prefabricados», sin períodos de transición. Para imbuir alguna vida al proceso se usaban a veces elementos de un acercamiento teleológico [101].

8. *Historiografía estructural en otros países. Conclusiones*

Las ideas inherentes al acercamiento erudito, tal como las hemos descrito más arriba, han tenido respuestas en casi todos los países. En Rusia hay que mencionar la difusión del método comparativo, el intento de enlazar la investigación histórica con los estudios sociológicos y los importantes avances de la historia económica. La escuela rusa de historia social ha sido ampliamente conocida; su último representante fue P. A. Sorokin, un sociólogo, economista e historiador, que trabajó durante muchos años en Estados Unidos y llevó a cabo un programa de integración de las ciencias. Uno de sus primeros representantes fue M. M. Kovalevsky (1851-1916), cuyas obras usó F. Engels [102]. Sorokin intentó construir una sociología histórica; al hacerlo se inclinaba hacia acercamientos tipológicos. En su opinión, la fuerza decisiva en el curso de los acontecimientos es el desarrollo de la ciencia y la tecnología y no los factores económicos [103].

En Polonia, a principios del siglo XX, hubo poco interés en el terreno de la reflexión metodológica sobre la historia. Se podría mencionar la crítica que hizo L. Gumplowicz de las ideas de Lamprecht [104], las controversias sobre Lamprecht entre su oponente (B. Dembinski) y sus defensores (W. Sobieski y otros) [105], y las numerosas afirmaciones marginales, muy especulativas, que hacían los historiadores en relación con sus estudios fundamentales (por ejemplo, J. K. Kochanowski y F. Koneczny), pero el lugar principal, desde

[100] Ver nota 43 en el cap. VI, y el importante fragmento de ese capítulo.

[101] Los alemanes han publicado muchos tratados sobre el método histórico. Cfr. W. Bauer, *Einführung in das Studium der Geschichte*, Tubinga, 1921; A. Meister, *Grundrib der geschichtswissenschaftlichen Methodik*, 1923; A. Feder, *Lehrbuch der geschichtlichen Methode*, Ratisbona, 1924; W. Görlitz, *Idee und Geschichte. Die Entwicklung des historischen Denkdens*, Friburgo, 1949; P. Kirn, *Einführung in die Geschichtswissenschaften*, Berlín, 1947; K. G. Faber, *Theorie der Geschichtswissenschaft*, Munich, 1974. Este es un intento de escribir sobre la teoría de la historia en su significado actual.

[102] Entre las obras de M. M. Kovalevsky hay que mencionar, sobre todo, *Ekonomiceskiy rost Evropy do vozniknovenia kapitalisticeskogo khoziastva* (El crecimiento económico de Europa hasta la llegada de la economía capitalista), volúmenes I-III, 1898-1903. Sobre Kovalevsky, ver S. I. Krandievsky, *Ocerki po istorii ekonomiceskoy istorii* (Notas sobre la historia de la historia económica), edición citada, págs. 266 y ss.

[103] Cfr. P. A. Sorokin, *Social and Cultural Dynamics*, Nueva York, 1937-1941.

[104] L. Gumplowicz, «Historia a socjologia» (Historia y sociología), *Przeglad Historyczny*, vol. I, 1905.

[105] Cfr. M. H. Serejski, *Historycy o historii* (Historiadores sobre Historia), Varsovia, 1963, págs. 408 y ss.

luego, es el de la *Historyka* (Metodología de la historia) de M. Handelsman [106].

Esta última obra fue, y en gran medida sigue siendo, el principal tratado sobre metodología de la historia en Polonia. Recuerda al libro de Marrou. Eminente historiador, M. Handelsman (1882-1945) daba una excelente introducción a la heurística y al análisis histórico, pero, atrapado en varias teorías filosóficas especulativas, en los capítulos sobre el proceso cognoscitivo histórico daba una exposición de la materia difícilmente aceptable. Reflejaba, sobre todo, la visión de los intuicionistas alemanes del tipo de las de Simmel y Dilthey: así, es la «comprensión», es decir una «visión indirecta del todo» [107] o una «visión creativa del todo individual» [108], lo que es el factor decisivo en el proceso cognoscitivo histórico.

Handelsman distinguía entre el proceso de «examen», interesado por las fuentes históricas, y el de «conocimiento», interesado por el proceso histórico. El conocimiento consiste en construir la realidad por parte del historiador, el cual «da vida» a los resultados de su estudio. Los principales elementos de construcción son: el tiempo y el espacio (interpretados ambos como formas de la conciencia) y el acercamiento genético, que consiste en la «comprensión» de las relaciones entre los hechos. En la investigación histórica la cuestión no es obtener una respuesta a la pregunta de por qué algo ocurrió así, sino sólo una respuesta a la pregunta de cómo ocurrió algo, es decir, la cuestión es ofrecer «explicaciones genéticas» [109]. Siguiendo a Rickert, Handelsman distinguía entre causalidad general (como la relación del tipo de una condición suficiente), como está establecida en la ciencia natural, y causalidad individual, cuando se refiere a «una causa específica y un efecto específico». La relación genética es «una forma más plena de causalidad individual», y señala todo aquello sin lo cual no habría podido tener lugar un hecho, es decir, una serie de condiciones necesarias. Como en la investigación histórica estudiamos fenómenos individuales, una investigación así no está interesada por la causalidad general, sino sobre todo por la búsqueda de relaciones genéticas. La explicación genética, sin embargo, sólo es una parte del proceso cognoscitivo en la investigación histórica, cuyo efecto debe ser «la comprensión histórica». Todo lo que está relacionado con el hombre debe ser aprendido «en sí mismo» como «algo único», es decir, experimentado a través de «una visión directa del todo».

Para Handelsman, la realidad histórica era, sobre todo, de naturaleza mental, única y no recurrente en cada uno de sus elementos. No puede abarcarse en términos teleológicos ni deterministas, y es básicamente diferente de los hechos naturales. En sus obras, Handelsman subrayó la gran importancia del desarrollo de las nacionalidades como «factor histórico», pero más tarde se inclinó, cada vez más, a adscribir el papel decisivo en la historia a los individuos destacados (ver su estudio de A. Czartoryski).

Estas opiniones le condujeron a un tratamiento anti-naturalista de la ciencia histórica, y a interpretar el método histórico como opuesto al método

[106] M. Handelsman, *Historyka* (Los métodos de la investigación histórica), 1.ª parte. *Los principios de la metodología de la historia*, Zamosc, 1921; *Historyka. Zasady metodologii i teorii poznania historycznego* (Los métodos de la investigación histórica. Los principios de la metodología y la teoría del conocimiento histórico), 2.ª ed., revisada y ampliada, Varsovia, 1928.

[107] M. Handelsman, en la edición de 1928 del libro antes mencionado, en la página 314.

[108] *Ibidem*, pág. 316.

[109] *Ibidem*, pág. 308.

usado en la ciencia natural, ya que el primero se ocupa del estudio de «el origen individual de los fenómenos», y, más aún, la historia incluye muchos elementos del arte (aunque Handelsman no fue tan lejos como Croce a este respecto). Pero Handelsman no creía que la historia fuera una disciplina puramente idiográfica, ya que, junto a descripciones corrientes, busca también «formulaciones válidas para secuencias en desarrollo». Pero, por otro lado, estas formulaciones no establecen ninguna causalidad «general», y son sólo una forma más plena en la que se manifiesta la causalidad «individual». Estas formulaciones pueden incluir también leyes, que Handelsman interpretaba, de modo posibilista, como ciertas «tendencias causales» que expresan la posibilidad de recurrencia de ciertos fenómenos en circunstancias específicas [110].

En esta situación, destacan por su precisión excepcional los análisis metodológicos realizados por J. Rutkowski (1886-1946) [111] y F. Bujak (1875-1953). Sus estudios se ocupaban tanto de las cuestiones específicas de los métodos de investigación usados en la historia económica como de los problemas más amplios de la metodología de la historia en general. En su documento *Zagadnienie syntezy w historii* (El problema de la síntesis en la historia) [112], Bujak se mostraba en contra de limitar la historia a la descripción, y postulaba una ampliación de los análisis generales, cosa que defendían también algunos positivistas. Pensaba que no hay una diferencia esencial entre la historia y otras ciencias sociales: los fenómenos históricos son fenómenos sociales, y éstos, a su vez, son fenómenos psicológicos, y, puesto que los fenómenos psicológicos están regidos por regularidades, la historia también debe tenerlas. Bujak las concebía de modo estadístico: los sucesos históricos no pueden predecirse, pero se pueden señalar sus respectivas probabilidades. Las opiniones de Bujak, por tanto, correspondían a las tendencias dominantes en la metodología anti-positivista.

La reflexión que hemos llamado integral o estructural encontró apoyo en las tendencias que comenzaban entonces a prevalecer, sobre todo, en antropología, sociología y economía. El evolucionismo, que había dominado en antropología y sociología, dejó sitio al funcionalismo. El análisis fun-

[110] En la Polonia posterior a 1945 podemos encontrar todavía una propuesta programática de la idea de literatura histórica ideográfica. Cfr. K. Górski, *O interpretacji i wartosciowaniu historii* (Interpretación y valoración en la investigación histórica), Lublin, 1948; S. Swiezawski, «Koniecznosc i wolnosc w dziejach» (Necesidad y libertad en historia), *Roczniki Nauk Humanistycznych*, núm. 4, 1964, págs. 3-12, en particular, pág. 7 («En historiografía, el nomotetismo no sólo está fuera de lugar, sino que incluso es peligroso (...), ya que crea la ilusión de predecir el futuro»); M. Wachowski, «Przedmiot pedagogiki porównawczej» (La materia de la pedagogía comparativa), *Kwartalnik Pedagogiczny*, núm. 1, 1965 (asegura que «los modelos historiográficos corrientes» no postulan «el principio obsoleto» de establecer las «llamadas leyes»). C. Bobinska *(op. cit.)* también se acerca al idiografismo cuando postula que la literatura histórica debe ser «concreta», y que las afirmaciones generales no deben dejar de lado ningún rasgo particular de los sucesos pasados concretos. En este sentido, ver J. Kmita, «Celiny Bobinskiej 'Historyk. Fakt. Metoda'» (La obra de Celina Bobinska «Historiador. Hecho. Método»), *Nurt*, núm. 1, 1965, págs. 73-74.

[111] Cfr. J. Rutkowski, *Historia gospodarcza Polski* (Historia económica de Polonia), «Wstep do gospodarczych dziejów Polski» (Introducción a la historia económica de Polonia), vol. I, Poznan, 1946, págs. 1-26. Cfr. J. Topolski, «Badania historyczno gospodarcze w Polsce» (Estudios de historia económica de Polonia»), *Roczniki Dziejów Spolecznych i Gospodarczych*, vol. XXV, 1963.

[112] F. Bujak, «Zagadnienie syntezy w historii» (El problema de las síntesis en Historiografía), *Kwartalnik Historyczny*, 1923, págs. 1-23.

cional se ocupa sobre todo de establecer las funciones respectivas de los diversos elementos de un todo concreto, sin importarle el desarrollo de ese todo en el tiempo. El acercamiento funcional se suele relacionar con B. Malinowski, y a continuación con R. Brown y R. Merton, pero, por supuesto, adopta formas diversas, algunas de carácter más radical y otras menos [113]. En la sociología, el funcionalismo —que predomina en muchos grupos— se puede encontrar en la influyente teoría de la labor de los sistemas sociales, formulada por T. Parsons [114], un discípulo de Malinowski.

A causa de la excepcional popularidad de las opiniones antropológicas formuladas por C. Lévi-Strauss [115], tenemos que señalar su inspiración estructuralista, que se remonta a la oposición (que partió sobre todo de F. Boas) al evolucionismo en la teoría de la cultura. Lévi-Strauss, fascinado por las sociedades primitivas que estaba investigando, y que son incapaces de pensar en términos históricos, pero que actúan sobre la base de ciertos sistemas (estructuras) duraderos, llegó a la conclusión de que esta actitud de la mente es natural y fundamental. Por tanto hay que ver el curso de los acontecimientos como una secuencia de estructuras que carece de continuidad y como un desarrollo que es una ilusión *sui generis*. Lévi-Strauss sugiere que «nos liberamos» de la historia considerándola como un método: la historia no es más que un método en nuestro intento de estructurar los hechos.

Las teorías estadísticas también se inspiraron en la economía, incluso aunque los intentos de dinamizar la investigación, emprendidos sobre todo por la escuela sueca, no se desarrollaran realmente hasta después de la Segunda Guerra Mundial, en relación con la teoría del crecimiento económico. La influencia de esas teorías en la investigación en el terreno de la historia económica aumenta sistemáticamente. Facilitan la introducción en esa investigación de varios análisis que explican los cambios en los sistemas. Así, nos hacen esperar que el acercamiento estructural a la historia económica producido en Francia se hará más variado [116].

La reflexión estructural en la investigación histórica se ha manifestado en consideraciones metodológicas, más que en escritos realizados por los historiadores. Como se ha dicho anteriormente, la mayoría de los estudiosos no han mostrado interés por las discusiones teóricas, y han estado practicando, de modo espontáneo, el idiografismo, sucumbiendo a la filosofía especulativa.

[113] Algunos funcionalistas muestran una tendencia hacia aproximaciones dinámicas (por ejemplo, A. L. Kroeber). Ver A. Kloskowska, «Socjologia a historia» (Sociología e historia), *Kwartalnik Historyczny*, núm. 3, 1964, págs. 661-674.

[114] Ver *Studia Filozoficzne*, núm. 4, 1962, págs. 71-93. Ver también J. Topolski, «Integracyjny sens teorii materializmu historycznego» (La función integradora de la teoría del materialismo histórico), *Studia Metodologiczne*, núm. 1, 1965.

[115] Ver en particular C. Lévi-Strauss, *Anthropologie structurale*, París, 1958; *La pensée sauvage*, París, 1962; *Sens et usage du term structure*, L. Bastide (editor), La Haya, 1962; E. Leach, *Claude Lévi-Strauss*, Nueva York, 1970; J. Topolski, «Lévi-Strauss and Marx on History», *History and Theory*, vol. XII, núm. 2, 1973, páginas 192-207.

[116] Cfr. J. Topolski, «Historia gospodarcza a teoria ekonomii» (Historia económica frente a Teoría económica), *Kwartalnik Historyczny*, núm. 1, 1964.

VIII

Reflexión lógica

1. *El nacimiento de la reflexión lógica sobre la ciencia*

Los tipos de reflexión metodológica sobre la historia, es decir, sobre los hechos pasados y sobre la investigación histórica (explícitamente formulados o aplicados en la práctica por los historiadores), que hemos tratado hasta ahora, se ocupaban principalmente de cuestiones ontológicas y epistemológicas. La clara prioridad dada a los análisis de los rasgos característicos de los hechos pasados, vista en la reflexión pragmática, crítica, erudita y genética, se vio seguida —bajo la influencia de la reflexión estructural— por un mayor interés ante el proceso cognoscitivo histórico. Pero el estudio de los problemas metodológicos en el sentido más estricto del término, es decir, los modos de llegar a las afirmaciones hechas por los historiadores, la naturaleza formal de dichas afirmaciones y los tipos de relaciones entre ellas, era sólo, todavía, una cuestión marginal. Pero esto exigía la aceptación del hecho de que era necesario un análisis lógico de la ciencia.

El nacimiento del análisis lógico de la ciencia había sido preparado por un desarrollo gradual de la propia lógica, y también por el interés, manifestado en varios sistemas filosóficos, por el lenguaje de la ciencia y por los modos de producción de la ciencia. Pero el surgimiento de una investigación especializada sobre las bases lógicas de la ciencia, de modo independiente respecto a cualquier escuela filosófica, fue un asunto de las últimas décadas, y se debió, sobre todo, a la inspiración del convencionalismo, el pragmatismo, las tendencias a axiomatizar y formalizar las matemáticas, la filosofía analítica, y el positivismo lógico. Estas inspiraciones, como puede verse, bastante distintas en su naturaleza, dieron lugar a un interés cada vez mayor por la lógica, y al nacimiento de la metodología moderna de las ciencias y los métodos de investigar la propia ciencia, métodos que, a su vez, están basados en conceptos lógicos. Más adelante, sólo en años recientes, podemos ver el impacto que en la metodología de las ciencias han tenido disciplinas nuevas como la teoría de la información, la cibernética, la teoría del juego y de la decisión, y sobre todo la semiótica, que se ha convertido en un punto de encuentro de científicos que representan diversas tradiciones de la ciencia de la ciencia.

La principal embestida, que en última instancia iba a proporcionar información sobre el estado real de la ciencia. vino —como se sabe— de las ciencias exactas. Los defensores del convencionalismo se ocupaban, principalmente, de la investigación matemática y física, pero crearon un modo de pensar que, con su radicalismo en destruir los lazos de unión entre los hechos, por un lado, y las teorías y afirmaciones teóricas, por otro

(estas últimas se consideraban como convenciones científicamente convenientes, y por tanto, ni verdaderas ni falsas), fue importante para la promoción de la investigación en la ciencia. Cuando estudiamos la historia del convencionalismo vemos que no surgió con H. Poincaré. La actitud crítica hacia las afirmaciones «absolutamente» evidentes hechas en las diversas disciplinas se había manifestado anteriormente, y cada vez tenía más fuerza. El descubrimiento de que la geometría, que aparentemente había sido tan sólida como una roca, podía tener varios sistemas además del de Euclides, contribuyó de modo particular a la reflexión sobre la ciencia. Todo esto hizo que los historiadores dominaran los fundamentos lógicos de la ciencia, a pesar de que el hecho de que los convencionalistas terminaran en un estudio estricto de la sintaxis de los lenguajes usados en la ciencia indicaba que habían llegado a un callejón sin salida, más que al final de la carrera.

Los aspectos positivos del convencionalismo produjeron la lucha por la investigación de las bases lógicas de las matemáticas, que demostraron ser muy importantes para configurar la reflexión lógica sobre la ciencia. Los logros están relacionados fundamentalmente con D. Hilbert (1862-1943), G. Peano (1858-1932), B. Russell (1872-1970) y otros. Señalaron el gran papel jugado en la ciencia por la estructura formal de las teorías y por el estudio del problema de la consistencia, y subrayaron el hecho de que las preguntas sobre la veracidad o falsedad de las afirmaciones no son de naturaleza absoluta, y sólo se pueden plantear dentro de una teoría concreta. El hecho de que la labor de purificación del lenguaje científico comenzara con las matemáticas, es decir, con la disciplina que ofrecía las mayores dificultades a este respecto, resultó ser fructífero para el progreso en la metodología general. Nació un amplio campo de estudios, que Hilbert denominó metamatemática, y que en realidad contribuyó al nacimiento de la metodología apragmática (en la terminología de K. Ajdukiewicz). Sus logros fundamentales incluían el uso de lenguajes artificiales (simbólicos) en los análisis metodológicos, y la distinción, debida principalmente a Hilbert, entre lenguaje objeto y metalenguaje. La aportación de B. Russell fue la reducción de los conceptos fundamentales de las matemáticas a los de la lógica.

Un papel importante en el estudio de la lógica y la metodología de las ciencias fue el jugado por los polacos S. Lesniewski (1886-1939), A. Tarski (n. 1902), K. Ajdukiewicz (1890-1963), J. Lukasiewicz (1876-1956), L. Chwistek (1884-1944), y T. Kotarbinski (n. 1886), que fundaron lo que llegó a conocerse como la escuela polaca de lógica, y que hicieron muchas aportaciones originales a la sintáctica y a la semántica.

También la filosofía analítica inspiró la reflexión lógica sobre la ciencia a partir de G. E. Moore (1873-1958). Algunos de los autores de los fundamentos de las matemáticas (por ejemplo, B. Russell) estaban, filosóficamente, situados en esa tendencia, que a veces se considera la característica de la filosofía no marxista actual. Los representantes de diferentes acercamientos a la filosofía analítica están unidos por la inmensa importancia que atribuyen al análisis del lenguaje (científico y corriente), tarea que, según los más extremistas, es la principal de la filosofía. Este análisis, muchas veces, se identifica simplemente con la filosofía. De este modo, las consideraciones esencialmente lógicas, que se ocupan de ciertos problemas estrictos (sólo sintácticos) de la ciencia, se ven adscritas el papel de sistema filosófico, con la convicción (típica de todos los sistemas y, en realidad, metafísica) de su función crucial en la historia intelectual.

Durante unos veinte años la filosofía analítica tuvo su manifestación más famosa en el positivismo lógico, que, al perder gradualmente las características de sistema separado y las ilusiones de una reconstrucción exhaustiva de la ciencia, se ha difuminado en varias corrientes. Pero, al mismo tiempo, muchos positivistas lógicos, librándose de su sentido de misión reformadora de la ciencia, se han concentrado en varias cuestiones técnicas de la metodología de las ciencias, y han implantado en la investigación de ese terreno los principios de rigor conceptual, precisión y discernimiento [1].

El positivismo lógico partió, como es sabido, de M. Schlick (1882-1936), el fundador del Círculo de Viena, quien tomó, como punto inicial, los postulados (mal interpretados) formulados por L. Wittgenstein en su *Tractatus Logicus philisophicus* (1922). Schlick pensaba que al adoptar los métodos del análisis lógico participamos en la revolución final en filosofía y estamos totalmente justificados para considerar como terminado el estéril conflicto de los sistemas filosóficos [2].

2. *El problema de la demarcación lógico-positivista de la ciencia y la metafísica*

De las tendencias, mencionadas anteriormente, que han desarrollado la reflexión lógica sobre la ciencia, el positivismo lógico fue la única en comprometerse en la mayoría de las incursiones de largo alcance, aunque raras y normalmente fortuitas, en el terreno de las humanidades. Esto era debido a la principal demanda positivista, de que se eliminara toda metafísica de la filosofía, y por tanto de cualquier disciplina especializada. Evidentemente, los ejemplos de afirmaciones oscuras, llenas de metafísica, se pueden encontrar, sobre todo, en las ciencias que utilizan un lenguaje corriente. Al formular esta idea los positivistas lógicos han adelantado muchas afirmaciones que desde entonces se han incluido en el estudio de la metodología de las ciencias sociales.

En las obras de los fundadores del positivismo lógico (M. Schlick, R. Carnap, O. Neurath, y otros), el problema de la separación entre ciencia y metafísica tenía, al principio, una formulación muy radical.

Tomando como referencia el empirismo de Bacon, Hume, Locke, y especialmente de los positivistas del siglo XIX, llegaban a la conclusión de que el único conocimiento que cuenta es el que se adquiere por la experiencia (observación), y que la materia de la experiencia, que no analizarían más, son las impresiones (en la aproximación subjetiva que conduce directamente a Berkeley) o los hechos (en la aproximación objetiva que conduce al materialismo mecanicista). Esto restituía la opinión positivista de que lo cognoscible se divide en hechos, como elementos que lo componen. Los positivistas lógicos solían formular afirmaciones sobre esos hechos, es decir, afirmaciones que se pueden comprobar empíricamente, llamadas a menudo afirmaciones de protocolo o de observación, sin explicar con más detalle cómo se comprueban esas afirmaciones. Todas las afirmaciones más generales (teóricas) están construidas con términos y afirmaciones de observación, de modo que la totalidad de las afirmaciones (y términos) de la

[1] Sobre la historia de la lógica, ver el esbozo, breve pero instructivo, de H. Scholz, *Geschichte der Logik*, Berlín, 1931.

[2] M. Schlick, *Umschwung in der Philosophie*, «*Erkenntnis*», núm. 1, 1930.

ciencia se puede dividir en las que están basadas en la observación y las que son teóricas (y por tanto se pueden reducir a la primera categoría). Como la construcción de afirmaciones está basada en la lógica, el estudio de los resultados del proceso cognoscitivo debe consistir en un análisis lógico del lenguaje de la ciencia, es decir, en un análisis de las relaciones entre las afirmaciones (análisis metalingüístico). Este análisis puede producir una simple descripción del procedimiento lógico utilizado, o puede ir más allá, formulando modelos de procedimientos científicos. Los positivistas lógicos diferían entre sí por el tratamiento de las tareas de dicho análisis. El programa del positivismo lógico, esbozado aquí muestra que sus representantes consideraban como metafísica todo aquello que no podía reducirse a afirmaciones de protocolo [3], es decir, todas las afirmaciones que no pueden comprobarse empíricamente.

El criterio de comprobación de la línea de demarcación entre la ciencia y la metafísica ha demostrado ser peligrosa para el desarrollo de la ciencia, ya que eliminaba de esta última, considerándolas metafísicas, varias series de afirmaciones teóricas que van más allá de simples conjuntos de afirmaciones de observación; para empeorar las cosas, no tenía en cuenta la existencia de un cierto conocimiento inicial (que, en el caso de la historia, sugerimos que se llame conocimiento no basado en fuentes), que es indispensable, sobre todo, para una selección de hechos o sucesos que debe preceder a las observaciones. Evidentemente, esto no tiene por qué ser ningún conocimiento ***a priori*** (por ejemplo, como lo interpretaba Kant); el mencionado conocimiento inicial, en última instancia, es también empírico, pero sólo respecto al conocimiento en general (o al proceso cognoscitivo), y no respecto a ninguna parte concreta de ese conocimiento, es decir, aquellas observaciones que acaban de ser realizadas por un investigador dado. Los positivistas lógicos empezaron a darse cuenta de esta dificultad bastante pronto.

La exigencia de comprobación, es decir, la búsqueda de una confirmación completa, basada en la observación, de las afirmaciones teóricas (o sea, la exigencia de que se reduzcan a afirmaciones de observación) ha ido acompañada por la exigencia de falsación, es decir, capacidad negativa de decidir, propuesta por K. Popper [4]. En lugar de buscar confirmaciones positivas, los investigadores deberían, de acuerdo con esta última exigencia, buscar, en sus datos basados en la observación, casos negativos que refuten (falseen) una afirmación teórica dada. Si se hace una observación negativa, la falsación de dicha afirmación sería una razón para rechazarla como falsa. Popper, que se oponía al induccionismo unilateral, fue bastante explícito al decir que una teoría no puede construirse sobre la base única de afirmaciones de observación [5]. La investigación debe comenzar con la

[3] Cfr. el famoso documento de R. Carnap sobre «Ueberwidung der Metaphysik durch die logische Analyse der Sprache», *Erkenntnis*, vol. 12, 1932; ver también *Philosophy and Logical Syntax* del mismo autor, Londres, 1935.

[4] K. Popper, *The logic of Scientific Discovery*, Nueva York, 1959. En relación con esto, ver J. Giedymin, «Uogólnienie postulatu rozstrzygalnosci hipotez», *Studia Filozoficzne*, núm. 4, 1959, págs. 139-160. Ver también W. Mejbaum, «Falsyfikacja hipotez» (Rechazo de las hipótesis), *Studia Filozoficzne*, núm. 3, 1964, págs. 49-57.

[5] En la investigación metodológica reciente, la división entre términos y afirmaciones de observación y términos y afirmaciones teóricos ha sido criticada. Esta crítica ha sido planteada, entre otros, por J. Giedymin (cfr. el informe sobre la conferencia sobre «teoría y experiencia», *Studia Filozoficzne*, núm. 3, 1964, páginas 229-230; se señalaba, en la discusión, que «en cualquier caso, los términos

formulación de una hipótesis, que tiene que ser razonada. En la práctica, la falsación fue sustituida, a menudo, por el principio de ejemplificación como método de probar las hipótesis: para comprobar una hipótesis, bastaría enumerar una serie de casos empíricos que estén de acuerdo con ella [6].

Los propios fundadores de la comprobación inductiva han modificado su opinión desde entonces [7], de modo que, hoy en día, probablemente, no tiene muchos defensores. Para ilustrar esta evolución, mencionemos *Introduction to Semantics* [8], del propio Carnap, que se refiere a entidades abstractas [9] que van más allá de las afirmaciones de observación, y justifica su existencia en la ciencia.

3. *Cuestiones metodológicas en la filosofía analítica*

Actualmente se realizan avanzados análisis metodológicos en la filosofía analítica [10], que en gran medida proviene del positivismo lógico. Sus representantes sugieren varias soluciones, a menudo opuestas. Las diferencias de opinión dentro de la filosofía analítica [11] atañen a cuestiones tan fundamentales como el método de acercamiento a la materia de investigación, el método de construcción de la ciencia, la unidad metodológica de la ciencia, y los límites de los análisis lógicos. La opinión sobre la primera cuestión enumerada es de gran importancia para el acercamiento a la investigación histórica.

Todas estas diferencias, por supuesto, afectan directamente al acercamiento a los problemas metodológicos de la historia. Por tanto, respecto a la naturaleza metodológica de la materia de investigación, junto a la aproximación individualista [12], que se deduce naturalmente del empirismo que marca a los positivistas lógicos y subraya que en las ciencias sociales (sociología, historia) estudiamos acciones humanas individuales, y cualquier posible regularidad atañe sólo al comportamiento de los individuos, también tiene sus defensores la aproximación holística. Esta última aproximación señala los «todos» sociales, irreductibles a actos individuales de comportamiento, y los considera como la verdadera materia de investigación [13], e indica el hecho de que las afirmaciones sobre hechos sociales no se pueden reducir totalmente a afirmaciones sobre el comportamiento de los individuos.

Sobre la cuestión de los modos en que se construye la ciencia, el positivismo lógico ha atestiguado, desde sus comienzos, una marcada diferencia entre el programa de los induccionistas (Carnap) y el de los anti-induccionistas (Popper). Refiriéndonos a un análisis realizado por J. Giedymin [14], podemos describir el induccionismo, de un modo amplio, como el acercamiento basado en el método individual (la mente refleja la realidad a través de la acumulación de observaciones); las generalizaciones basadas en observaciones individuales deben comprobarse por medio de la búsqueda de los hechos que las confirmen. Por tanto, este acercamiento está relacionado con la exigencia de comprobación mencionada anteriormente. El anti-induccionismo (o hipotetismo) se opone a la idea que sugiere que la mente es sólo un recogedor y clasificador pasivo de observaciones; se asegura que ni el conocimiento científico ni el pre-científico consisten en recolectar datos obtenidos por una observación no dirigida, y en generalizar los resultados. La ciencia sólo se puede desarrollar sobre la base del método de criticar las hipótesis: tenemos que formular las hipótesis, que no tienen por qué ser generalizaciones de observaciones, y criticarlas, intentando rechazarlas constantemente por medio de pruebas rigurosas. Los anti-induccionistas señalan el hecho de que el induccionismo extremista puede, muy

---

y afirmaciones que en la práctica corriente de investigación se consideran como de observación, por regla general, contienen elementos teóricos más o menos latentes»).

[6] Cfr. H. Albert, «Probleme der Wissenschaftslehre in der Sozialforschung», en *Handbuch der empirischen Sozialforschung*, ed. cit., págs. 52-54.

[7] Cfr. J. Giedymin, «Indukcjonizm i antyindukcjonizm», *Studia Filozoficzne*, número 2, 1959, pág. 8.

[8] R. Carnap, *Introduction to Semantics*, Cambridge, 1942.

[9] La evolución posterior de las opiniones de Carnap se refleja en su obra «The Methodological Character of Theoretical Concepts», *Minnesota Studies in the Philosophy of Science*, vol. I, Universidad de Minnesota, Minneapolis, 1956, páginas 38-75.

[10] El término filosofía analítica pretendía señalar la separación de «toda» metafísica.

[11] Sobre los presupuestos generales de la filosofía analítica, ver *The Age of Analysis*, Morton White (ed.), 1.ª ed., 1955, 4.ª ed., 1958.

[12] En cuanto a la historia, la postura del indidivualismo metodológico es defendida, por ejemplo, por F. A. Hayek, J. W. N. Watkins («Ideal Types and Historical Explanation»; *British Journal for the Philosophy of Science*), I. Berlin, K. Popper. Véase esta instructiva descripción del individualismo metodológico, dada por A. Danto: «De modo que vemos que el Individualismo Metodológico no tiene nada que ver con una serie de posiciones interesantes y excitantes a las que se podría pensar que se parece. De modo muy breve parece sostener: *a)* que las oraciones sobre los individuos sociales son lógicamente independientes de las oraciones sobre los individuos humanos; *b)* que los individuos sociales son ontológicamente distintos de los individuos como seres humanos; *c)* que los individuos sociales son causalmente dependientes del comportamiento de los individuos humanos, y no al contrario; *d)* que las explicaciones del comportamiento de los individuos sociales deben ser siempre rechazadas como definitivas si estas explicaciones no se enmarcan exclusivamente en los términos del comportamiento de los individuos humanos, y *e)* que la explicación del comportamiento de los individuos humanos no se puede enmarcar en los términos del comportamiento de los individuos sociales; *a)* es una tesis sobre el significado; *b)* y *c)* son tesis sobre el mundo, y *d)* y *e)* son tesis sobre la forma ideal de una ciencia social». (*Analytical Philosophy of History*, Cambridge, 1965, págs. 267-268). Los individualistas metodológicos han sido particularmente aficionados a demostrar que el materialismo histórico (mal interpretado) es «lógicamente imposible», pero no han tenido éxito al respecto, ya que incluso los críticos que no están a favor del materialismo han desacreditado el individualismo desde el punto de vista metodológico.

[13] El holismo metodológico es defendido, entre otros, por M. Mandelbaum («Societal Facts», *British Journal for the Philosophy of Science*, 1955, reeditado en *Theories of History*, ed. cit., págs. 476-488), y L. Goldstein («The Inadequacy of the Principle of Methodological Individualism in History and Sociology», *Proceedings of the Aristotelian Society*, 1956, reeditado en *Theories of History*, edición citada, págs. 501-509; esta última publicación contiene también su réplica a Watkins). El concepto más conocido es el de «hecho social», formulado por M. Mandelbaum, que dice que los hechos sociales son «hechos que atañen a la organización de la sociedad» (cfr. *Theories of History*, ed. cit., pág. 481). El holismo metodológico rechaza el psicologismo puro (es decir, las explicaciones que sólo se refieren a los motivos que guían a los individuos), inherente a la teoría del individualismo metodológico, que subraya que las afirmaciones psicológicas (es decir, las afirmaciones sobre el comportamiento humano) no se pueden deducir de las no psicológicas (es decir, las afirmaciones sobre las formas de organización de la sociedad). A. Danto subraya que ningún acercamiento está adecuadamente fundamentado, y por tanto sugiere «el desarme lógico y la coexistencia pacífica filosófica» (*op. cit.*, pág. 277).

[14] J. Giedymin, «Indukcjonizm i antyindukcjonizm», *Studia filozoficzne*, número 2, 1959.

fácilmente, admitir para la ciencia, incluso la metafísica más brillante, especialmente en el caso de la investigación histórica.

La naturaleza metodológica de las ciencias sociales y las humanidades, y por tanto, también de la historia, tiene diferentes interpretaciones en la filosofía analítica. Los defensores de esta tendencia no comparten de modo unánime la opinión de los positivistas lógicos de que la ciencia es una, es decir, de que no hay divergencias básicas entre las ciencias sociales y naturales [15]. Los anti-naturalistas, o sea, los defensores de la opinión de que las ciencias sociales tienen sus características distintas y de que los métodos usados en la ciencia natural no se les pueden aplicar, han surgido con la serie de argumentos, ya conocidos y esencialmente anti-positivistas (la naturaleza no recurrente e individual de los hechos, la imposibilidad de evitar las valoraciones, etcétera). Los naturalistas, que disponen de argumentos mucho más fuertes, parecen ser mayoría. Aceptan la unidad metodológica de las ciencias y consideran la historia como una ciencia que puede formular leyes, a pesar de que, al referirse a la investigación histórica, su postura se puede relacionar con el programa metodológico del idiografismo.

También son importantes las discrepancias sobre los límites de aplicación de los métodos lógicos. Aunque todos los representantes de la filosofía analítica consideran que la tarea primaria de la investigación filosófica es un análisis del lenguaje, sin embargo, podemos ver (véanse, en este sentido, los estudios de J. Kotarbinska) [16] que hay una diferencia de acercamiento entre los reconstruccionistas y los descripcionistas. Los primeros (Russell, Carnap y otros) consideran el análisis del lenguaje, principalmente, como un método de mejorar el lenguaje desde el punto de vista lógico, de modo que, junto a una reconstrucción de los tipos de razonamiento, sugieren también un programa de firme transformación lógica de la ciencia. Los últimos (Wittgenstein, en su última época de actividad, y la escuela de Oxford) se muestran escépticos ante el programa para hacer más preciso el lenguaje natural (y ante el uso de lenguajes artificiales en los estudios metodológicos), y piensan que tenemos que limitarnos al examen de los modos en que se utiliza realmente ese lenguaje en las funciones de la ciencia, sin intentar mejorarlo lógicamente, siendo la única concesión posible su apoyo a los términos «útiles». Ponen en cuestión, sobre todo, la utilidad de las definiciones, y sugieren que se sustituyan por «reglas de uso» (es decir, descripciones de las funciones semánticas). Sostienen que las leyes de la lógica formal no se pueden aplicar a los razonamientos prácticos formulados en lenguaje natural.

4. *Confusiones sobre la lucha de la filosofía analítica contra la metafísica en la historia. K. Popper e I. Berlin*

El individualismo metodológico era propugnado sobre todo por las teorías que afirman que la suerte del hombre no la decide él mismo, sino fuerzas que son independientes de él, es decir, una «necesidad histórica»,

[15] Cfr. J. Giedymin, *Problemy, zalozenia, rozstrzygniecia* (Problemas, supuestos, soluciones), Poznan, 1964, págs. 249-270. La unidad metodológica de la ciencia es defendida con fuerza por E. Nagel en *The Structure of Science. Problems in the Logic of Scientific Explanation*, Londres, 1961.

[16] J. Kotarbinska, «Spór o granice stosowalnosci metod logicznych» (La controversia sobre los límites de aplicación de los métodos lógicos), *Studia Filozoficzne*, núm. 3, 1964, págs. 25-47.

sea cual sea su interpretación. Los oponentes del individualismo metodológico, en este caso otros representantes de la filosofía analítica, se oponen también a las teorías fatalistas del desarrollo social, teorías que hablan de una «inevitabilidad» histórica. Aunque se hace referencia a muchas concepciones, se puede ver fácilmente que el principal adversario es el materialismo histórico. La discusión resultante incluía muchas afirmaciones fructíferas y comentarios profundos que hicieron avanzar la reflexión sobre la historia, pero, al mismo tiempo, muchas formulaciones sobre el materialismo histórico se basaron en simplificaciones y concepciones erróneas. Al materialismo histórico se le atribuyeron tres afirmaciones a las que en realidad se oponía y que difieren del concepto dialéctico de curso de los acontecimientos.

El error básico y flagrante es el considerar la interpretación materialista de la historia como una continuación del concepto de «progreso», como factor independiente de las acciones humanas, que tenían los cartesianos, la época de la Ilustración y los positivistas. Casualmente, esta identificación nunca se ha demostrado con un análisis sobre la teoría marxista. La teoría de Marx se enumera en el mismo círculo que las concepciones de Turgot, Condorcet, Comte, Spencer y otros, concepciones basadas en la idea de progreso «inevitable» [17]. Como la idea de progreso «inevitable» se suele criticar al lado de las diversas interpretaciones cíclicas del curso de los acontecimientos (O. Spengler, A. Toynbee mal interpretado, H. B. Adams, V. Pareto y otros), entonces el materialismo histórico, a causa de su contenido supuestamente metafísico, se pone en el mismo saco que las teorías mencionadas.

Como es sabido, la idea de progreso sustituyó a la interpretación providencial de los hechos, y jugó así un importante papel al hacer científica la investigación histórica. En otras palabras, era un concepto racionalista y laico de Providencia, bajo el cual el hombre estaba en posición (e incluso tenía el deber moral) de contribuir con su propia actividad (especialmente el desarrollo de la ciencia) a poner en marcha ese progreso [18]. La unión del concepto de progreso con el concepto biológico de evolución (Spencer, Gumplowicz, Ratzenhofer), que atribuía a la sociedad la propiedad de desarrollarse, como hace un organismo, «por sí solo», no cambió la naturaleza metafísica de la idea de progreso, que, igual que antes, era incapaz de explicar por qué era la historia como era.

Tampoco daba esta explicación lo que proporcionaban las diversas teorías de un curso cíclico de los hechos, teorías que no estaban libres de varias implicaciones irracionales. Los antiguos griegos habían desarrollado un modelo astronómico de dichas teorías, que, en los tiempos modernos, comenzó a basarse en analogías biológicas. Las interpretaciones cíclicas se pusieron de moda, tenían apariencia de explicaciones, y le permitían a uno ser pesi-

[17] Esto hacen, por ejemplo, R. Aron, I. Berlin, R. von Daniels, A. Danto, L. Gottschalk, G. G. Iggers, K. Popper. En todas sus obras encontramos la opinión, incorrecta, basada en interpretaciones esquemáticas, que no consigue ver la naturaleza dialéctica del materialismo histórico, que rechaza todo fatalismo.

[18] Esto fue dicho ya por J. Bury en *The Idea of Progress*, Nueva York, 1955, capítulo IX *et passim*. Ver también K. Löwith, *Meaning in History: The Theological Implications of the Philosophy of History*, Chicago, 1949. Bury distingue tres niveles en la interpretación del concepto de progreso: 1) anterior a la Revolución Francesa; 2) anterior a Darwin; 3) después de Darwin. Admite que ésta es una clasificación temporal. Ver también G. G. Iggers, «The Idea of Progress. A Critical Reassessment», *The American Historical Review*, núm. 1, 1965, págs. 1-17; K. E. Bock, «Theories of Progress and Evolution», en *Sociology and History*, W. Y. Cahnman y A. Boskoff (eds.), Glencoe, 1964, págs. 21-41.

mista u optimista sobre la historia. P. Sorokin dibujó una larga lista de «ciclos sociales», apoyándose en los cuales aseguró que la historia se movía como un péndulo [19].

La concepción dialéctica de desarrollo social es una continuación de la idea de progreso sólo en la misma medida que cualquier teoría nueva —que explica los hechos mejor que las anteriores— es una continuación de sus predecesoras. La idea de progreso podía tratarse de dos maneras: 1) los investigadores podían intentar liberarla de sus elementos metafísicos y valorativos (el progreso como algo que se materializa independientemente del hombre, y el progreso como cambios constantes que producen una mejora moral, la regla de la ciencia, etcétera); 2) podían construir un concepto nuevo del proceso histórico, una concepción libre de fatalismos.

Como mostraremos en el próximo capítulo, el marxismo fue la única teoría que ha sugerido la segunda de estas dos soluciones. A la interpretación del curso de los acontecimientos ha aportado la categoría de desarrollo autodinámico, sin recurrir a fuerzas externas a los hechos históricos. En esta interpretación, el desarrollo se puede explicar completamente como un proceso dentro de los sistemas sociales que se están investigando.

Ni los representantes de la filosofía analítica, ni muchos otros autores que se oponían a la metafísica intentaron ver la naturaleza dialéctica de esa concepción de historia, y quedaron satisfechos con algunas formulaciones metafóricas usadas por Marx. La liberación del concepto de progreso de sus aspectos metafísicos, junto con la falta de sugerencias sobre ninguna interpretación nueva del curso de los acontecimientos, dio lugar a una situación en la que los autores mencionados sólo tenían que aceptar los *cambios* en la historia, sin buscar ningún apoyo de esos cambios en las regularidades permanentes del desarrollo. Sin embargo, el marxismo sí sugirió un apoyo, señalando una serie de regularidades universales, confirmadas por numerosos estudios (regularidades de este tipo: si *a* ocurre, *b* también ocurrirá, y no de este tipo: *a* o *b* ocurrirán inevitablemente). Pero los defensores directos e indirectos de la teoría que aceptaba los cambios se limitaban a señalar la existencia de ciertas tendencias o corrientes en el curso de los sucesos.

Tal como las interpretan varios autores [20], dichas tendencias parecen ser solamente secuencias de sucesos observables y permanentes que indican la dirección de los cambios en la historia. No tienen nada que ver con las regularidades en forma de afirmaciones condicionales, cuyo conocimiento permite predecir los hechos futuros; sólo informan *ex post facto* sobre ciertos aspectos de lo que ha ocurrido hasta el momento. Por tanto, señalan los procesos de «racionalización» y laicización de la vida humana, el papel cada vez mayor de la ciencia y la tecnología, etcétera. Se puede advertir fácilmente que el descubrimiento de esas tendencias no está en contradicción con la aceptación del concepto de desarrollo en la historia. Los historiadores marxistas han hecho muchas generalizaciones parecidas. Las extrapolaciones de las tendencias han permitido formular ciertas predicciones, pero entonces tenemos que aceptar que las regularidades existen. Algunos autores (especialmente los sociólogos, por ejemplo, F. Znaniecki, R. M. Mac Iver,

---

[19] P. Sorokin, *Social and Cultural Dynamics*, Nueva York, 1937-1941.

[20] Esto aseguran K. Popper, G. G. Iggers, W. H. Walsh (*An introduction to Philosophy of History*, 5.ª ed., Londres, 1958), E. Kahler (*Meaning of History*, Nueva York, 1964), y otros. También se refirió a estas tendencias M. Weber.

K. Mannheim) se han dado cuenta de que los descubrimientos de tendencias resultan «inevitables» (lo cual, sin embargo, es una «inevitabilidad» lógica, y no histórica) en la aceptación de regularidades en el curso de los acontecimientos. Incluso señalan una «tercera fase» en el desarrollo de la teoría del cambio social, que consiste en la busca de un mecanismo interno de los cambios [21].

Las afirmaciones hechas por K. Popper [22], I. Berlin [23] y F. A. Hayek [24] son las formas más conocidas de la crítica de la interpretación metafísica de la historia, término con el que, erróneamente, han abarcado también la teoría marxista. Por lo que concierne a la historia, el problema ha sido tratado sobre todo por K. Popper. Ha aplicado el término *historicismo* a todo lo que él describía como «metafísica» en historia, y así ha tratado de desacreditar el conglomerado artificial de opiniones [25] que, junto con los propios añadidos de Popper, es una mezcla de diversas opiniones (las de Marx, Spencer, Toynbee, Mannheim y otros), cuya característica común es un acercamiento holístico a la sociedad y la aceptación de leyes históricas, tendencias, «ritmos» históricos, etcétera, en una interpretación fatalista. En realidad, tal como lo concibe Popper, ésta es básicamente una crítica del punto de vista marxista, que se puede ver también en su otro libro, *The Open Society and Its Enemies* (1945), que desarrolla sus ideas anteriores.

El modelo de historicismo reconstruido por Popper y criticado a continuación por él mismo es ajeno a la teoría marxista, y por tanto, el conflicto tiene lugar *in vacuo*. En primer lugar, el historicismo no necesita ser relacionado, contrariamente a lo que sugiere Popper, con afirmaciones que él llama anti-naturalistas, tales como: la no recurrencia y complejidad de los hechos sociales y la imposibilidad resultante de formular afirmaciones generales aplicables a períodos largos; la imposibilidad de predecir los hechos futuros (ya que las acciones deliberadas del hombre pueden impedir que el hecho predicho tenga lugar); la interpretación intuitiva de los hechos sociales (indicación de sus causas, indicación de su papel dentro de un todo concreto, su valoración desde el punto de vista de las regularidades históricas); la imposibilidad de hacer experimentos; y el holismo que señala el hecho de que los grupos sociales no son series ordinarias de elementos, lo cual, según se dice, elimina la posibilidad de usar métodos cuantitativos y hace que los investigadores busquen metafísicamente la «esencia» de un todo social concreto («esencialismo», en la terminología de Popper). De todas estas afirmaciones, la teoría marxista está en favor del acercamiento holístico y del esencialismo, que, sin embargo, interpreta dialécticamente,

---

[21] Cfr. A. Boskoff, «Recent Theories of Social Change», en *Sociology and History*, ed. cit., pág. 150.

[22] K. Popper, *The Poverty of Historicism*, Londres, 1957. Ver también K. Popper, *Objective Knowledge. An Evolutionary Approach*, Oxford, 1973. Para su tratamiento crítico, ver M. Gordon, «Ujecie prawdy i wiarygodnosci w nowej ksiazce Poppera» (La interpretación de la verdad y la credibilidad en la reciente obra de Popper). *Studia Filozoficzne*. núm. 1, 1975, págs. 101-117.

[23] I. Berlin, *Historical Inevitability*, Londres, 1954.

[24] F. A. Hayek, *The Counter-Revolution of Science: Studies of Reason*, Nueva York, 1952.

[25] La artificialidad del modelo de historicismo de Popper es subrayada por J. Giedymin («Model historycyzmu prof. K. Poppera», *Studia Filozoficzne*, número 3, 1958, págs. 205-214) y R. Dyoniziak («Historyzm w ujeciu Karola Poppera», *Kwartalnik Historyczny*, núm. 4, 1959, págs.. 1254-1261).

es decir, empírica y dinámicamente. Popper dice que los defensores del historicismo están equivocados al referirse a ejemplos sacados de la ciencia natural y destinados a apoyar sus aseveraciones de que es posible hacer predicciones basadas en el conocimiento de las leyes históricas, considerando esas predicciones como la principal tarea práctica de las ciencias sociales. Lo mismo ocurre con el principal objetivo de la investigación social, que consiste en la detección de las fuerzas que causan el cambio social. Todo esto se alega como resultado de una interpretación errónea de la ciencia natural.

Se puede ver claramente que el principal ataque de Popper al historicismo se dirige a la consideración de la historia social como un todo que está sujeto a leyes específicas históricas que rigen sus cambios. Piensa que una afirmación ontológica como esta sobre la realidad histórica va en detrimento de la investigación histórica, porque introduce en ella elementos de la metafísica (fatalismo), mientras que, según Popper, la principal tarea de la historia es establecer hechos individuales. Popper acepta el establecimiento, en las ciencias sociales, de leyes interpretadas como afirmaciones estrictamente universales (sin determinantes espaciales ni temporales), pero como una aproximación puramente metodológica, que no implica ninguna opinión concreta sobre los hechos históricos. Según Popper, no hay leyes históricas que expliquen el mecanismo del curso de los acontecimientos. Si el proceso histórico revela una tendencia de desarrollo en el pasado, esto es una afirmación de hecho, y no una afirmación universal que permita sacar la conclusión de que ocurrirá si tienen lugar las condiciones apropiadas [26].

«No existe ninguna ley de la evolución» —dice Popper— «sólo el hecho histórico de que las plantas y los animales cambian. o más precisamente, que han cambiado. La idea de una ley que determina la dirección y el carácter de la evolución es un error típico del siglo XIX, que surge de la tendencia general a atribuir a la "ley natural" las funciones tradicionalmente adscritas a Dios» [27]. Esto es perfectamente correcto, pero —como hemos dicho— esta crítica no se puede aplicar a las leyes marxistas de desarrollo histórico, que explican el mecanismo interno de los cambios y no tienen nada en común con el fatalismo.

La crítica de I. Berlin, formulada en su *Historical Inevitability*, que aprueba explícitamente las opiniones de Popper, está dirigida sobre todo a las afirmaciones naturalistas de la teoría positivista. Uno puede estar de acuerdo con Berlin cuando escribe que «la noción de que la historia obedece a unas leyes, tanto naturales como sobrenaturales, de que todo hecho en la vida humana es un elemento en un modelo necesario, tiene

[26] K. Popper, «Prediction and Prophecy in the Social Sciences», en *Theories of History*, ed. cit., pág. 266.

[27] K. Popper, *op. cit.*, pág. 280. D. E. Lee y R. N. Beck («The Meaning of 'Historicism'», *American Historical Review*, vol. 69, 1954, págs. 568-578) tampoco consigue notar las diferencias entre el marxismo y el fatalismo. Por otro lado, A. Stern *(Philosophy of History*, ed. cit., en particular pág. 169) sí las advierte. R. D. Bradley, en su «Causality, Fatalism and Morality», *Mind*, vol. 73, octubre de 1963, págs. 591-594, también se inclina a hacer esta distinción. Popper cometió el mencionado error, aunque se había interesado por la dialéctica (ver su «Wast ist Dialektik», en *Logik der Sozialforschung*, E. Topitsch (ed.), Colonia-Berlín, 1963, páginas 262-290, que era una reimpresión de *Mind*, 1949, y fue también reeditada en *Conjectures and Refutations*, Londres, 1963, págs. 312-337).

profundos orígenes metafísicos» [28], si tenemos en cuenta la interpretación positivista de las leyes. Pero si consideramos las leyes marxistas del desarrollo dialéctico, entonces esa conclusión resulta ser una confusión obvia. Berlin, que era un excelente experto en las obras de Marx [29], que ha demostrado que aprecia, en gran medida, la grandeza de Marx [30], no enlaza el positivismo con el marxismo en la cuestión de las leyes de un modo tan explícito como Popper. Sus objeciones son más bien de naturaleza moral: todas las filosofías de la historia que tienen un substrato determinista son incompatibles con la idea del libre albedrío, y si un individuo está sujeto a las leyes que rigen los «todos», entonces no se le puede considerar responsable de su conducta [31]. Es evidente que tampoco esta opinión rebaja la posición marxista, puesto que la teoría marxista también se opone a las valoraciones relativistas que dejan toda la carga de la responsabilidad a las «fuerzas históricas» que son independientes del hombre y trabajan de modo fatalista [32]. Esta es la razón de que un seguidor del marxismo suscriba totalmente esa crítica al historicismo, una crítica que revivió después de la Segunda Guerra Mundial junto con el problema de la responsabilidad moral por los atroces crímenes del nacismo. Entre las formulaciones más conocidas de esta crítica hay que mencionar, sobre todo, el excelente libro de G. Barraclough [33], que se opone al historicismo relativista. I. Berlin, en sus otras obras, propugna un ideografismo objetivo y defiende el programa idiográfico de la investigación histórica [34].

5. *Tendencias en el análisis lógico de la historia*

El fuerte crecimiento de la reflexión metodológica sobre la ciencia fue seguido por un interés general, cada vez mayor, por la ciencia de la historia, lo cual, junto con los avances en la metodología general de las ciencias, produjo resultados cada vez más tangibles en diversos campos. Podemos hablar, en este sentido, del estudio de la relación entre el lenguaje de la investigación histórica y los hechos que se investigan (semántica), el lenguaje de la propia literatura histórica (sintáctica), y la actitud del investigador hacia sus afirmaciones (pragmática). La reflexión lógica dirigió su atención hacia el hecho de que, estudiando las suposiciones que subyacen bajo los procedimientos de investigación, llegamos a investigar los sistemas de valores representados por los diversos estudiosos. Nos ha dado, por tanto, nuevos instrumentos para el estudio de la materia de investigación y para los procedimientos investigador y cognoscitivo. En favor de la reflexión lógica hay que decir que ha consolidado nuestra convicción de que es imposible hablar

[28] I. Berlin, *Historical Inevitability*, Londres, 1953, pág. 13.

[29] Cfr. I. Berlin, *Karl Marx. Sa vie, son oeuvre*, París, 1962, págs. 175 y ss.

[30] I. Berlin, *op. cit.*, págs. 12, 206 *et passim.*

[31] I. Berlin, *op. cit.*, pág. 42.

[32] Cfr. M. Fritzhand, *Czlowiek, humanizm, wolnosc* (Hombre, humanismo, libertad), Varsovia, 1961. Ver también A. Stern, *Philosophy of History*, págs. 164 y siguientes.

[33] G. Barraclough, *Geschichte in einer sich wandelnden Welt*, Gotinga, 1957 (el original está en inglés). Ver también M. C. D'Arcy, *The Meaning and Matter of History*, Nueva York, 1959 (una interpretación cristiana del concepto de historia y una valoración del historicismo).

[34] Cfr. I. Berlin, «History and Theory. The concept of Scientific History», *History and Theory*, vol. I, núm. 1, 1960, págs. 1-31. Su documento fue criticado por G. S. Murphy en «Sir I. Berlin on the Concept of Scientific History», *History and Theory*, vol. 4, núm. 2, 1965, págs. 234-243.

de objetos (por ejemplo, el proceso histórico) sin analizar el lenguaje utilizado. Sólo podemos tomar en cuenta lo que se puede describir en un lenguaje.

Ahora indicaremos sólo algunos problemas concretos, que son importantes para los historiadores y han tenido avances por parte de la reflexión lógica.

Como hemos visto, la crítica de la metafísica en las opiniones sobre el curso de los acontecimientos y sobre la ciencia histórica, que, en gran medida, estaba destinada a desacreditar el historicismo, ha revivido, sobre todo, las afirmaciones de que los hechos históricos son no recurrentes, y que es por tanto imposible establecer leyes del desarrollo histórico; esto ha dado lugar a la conclusión de que la historia es una ciencia de «lo único». La reflexión lógica sobre la historia, que se desarrolló a partir del empirismo de los positivistas lógicos, intentaba —en la parte negativa de su programa— privar a la historia de los logros de otras formas de reflexión, en concreto los del estructuralismo (holismo), el concepto de leyes del desarrollo (por supuesto en su interpretación no fatalista), y, en general, las creencias de que es posible aplicar en la investigación histórica modelos sacados de la ciencia natural. Ciertamente, no todos los representantes de la reflexión lógica han compartido estas opiniones, que, después de todo, corresponden a las numerosas diferencias dentro de la filosofía analítica[35].

Las investigaciones se centraron sobre todo en lo que era más controvertido, el problema de la explicación en historia, es decir, la cuestión fundamental de la síntesis histórica. El estudio de esa cuestión estaba destinado también a establecer el status metodológico de la historia. Por tanto, no hay que extrañarse de que la reconstrucción de las explicaciones realizada en la historia se convirtiera en la cuestión más ardientemente discutida en relación con la reflexión lógica sobre la historia. Se llegó a la conclusión de que el estudio de la comprensión *(Verstehen)*, que según los intuicionistas era el rasgo característico del proceso cognoscitivo en las ciencias sociales y las humanidades, pertenece al terreno de la psicología, y no al de la lógica, que se debe ocupar de los procedimientos de explicación[36]. También se dice que uno llega a entender los hechos cuando los explica[37].

Los primeros estudios sobre la lógica de la investigación histórica[38] aparecieron poco antes de la Segunda Guerra Mundial. Esta afirmación se refiere sobre todo a los estudios generales de M. Mandelbaum *(The Problem of historical Knowledge*, Nueva York, 1938) y de H. Comparez *(Interpretation. Logical Analysis of a Method of Historical Research*, La Haya, 1939)[39].

[35] Alguna de estas cuestiones será analizada con mayor detalle en los capítulos correspondientes de este libro.

[36] Fue formulado explícitamente por H. Reichenbach en *Experience and Prediction. An Analysis of the Foundation and the Structure of Knowledge*, Cambridge, 1938. Hacía una distinción entre el «contexto de descubrimiento» (para la comprensión) y el «contexto de justificación» (para la explicación).

[37] Cfr. W. H. Dray, *Philosophy of History*, 1964, pág. 5.

[38] Esto deja de lado estudios más generales que van más allá de la metodología de la historia, como la obra de K. Popper, *Logik der Forschung*, 1935.

[39] Entre los estudios más generales están K. Löwith, *Meaning in History*, Chicago, 1949; M. H. Walsh, *Philosophy of History: An Introduction*, Nueva York, 1960; *Philosophy and History*, S. Hook (ed.), Nueva York, 1963 (documentos y discusiones de filósofos e historiadores sobre algunos problemas de la metodología de la historia); *Evidence and Interference in History*, D. Lerner (editor) Glencoe, 1959; W. H. Dray, *Philosophy of History*, 1964 (en la colección filosófica de Prentice-Hall Inc.). Hay que mencionar, especialmente, dos selecciones: *Theories of History*, P. Gardiner (ed.), Nueva York, 1961, con una excelente bibliografía, y *The Philosophy of History in Our Time*, H. Meyerhoff (ed.), Garden City, 1959. Véase también la reseña crítica de Meyerhoff sobre la selección de Gardiner *(History and Theory*, vol. I, núm. 1, 1960, págs. 90-97).

En el año 1942 se publicó *The Function of General Laws in History*, de C. G. Hempel[40], que ha iniciado la mencionada discusión del problema de la explicación en la historia. Ha dado lugar, hasta hoy, a un gran número de documentos que se refieren a las cuestiones más intrincadas de síntesis histórica.

El problema de las leyes surgió desde el mismo principio de la discusión: la cuestión apareció (incluso había aparecido esporádicamente antes, por ejemplo con H. Berr) sobre la posibilidad de formular explicaciones en la historia si se acepta firmemente que la historia es una ciencia de hechos únicos, y por tanto una ciencia que no se ocupa ni de establecer leyes ni de utilizar leyes establecidas por otras disciplinas; es decir, sobre si, o hasta qué punto, se puede incluir la categoría de leyes dentro de las características metodológicas de la historia. En otras palabras, ayudó a resolver el problema de hasta qué punto es aplicable a la historia el modelo deductivo de explicación, característico de la ciencia natural, en el que los hechos singulares se explican subsumiéndolos en una ley apropiada que establece una relación general.

El mencionado modelo deductivo trabaja de modo que un investigador, apoyándose en su conocimiento de una ley dada 1) afirma que los hechos $a_1, \ldots, a_n$, 2) explican la ocurrencia de los hechos $b_1, \ldots, b_n$, 3). La afirmación 3) se deduce de la conjunción de las afirmaciones 1) y 2). Este esquema de explicación, que fue dado por K. Popper (1934, 1945) como esquema general de explicación de la ciencia, fue transmitido por C. G. Hempel (1942) al campo de la investigación histórica.

Este acercamiento, que en la literatura de habla inglesa sobre la materia se llama la «covering-law theory» (teoría de la ley abarcadora), ha sido aceptado por algunos participantes en la discusión (por supuesto, con propuestas de ciertas modificaciones), y rechazado por otros, que aseguraban que los modelos metodológicos de la ciencia natural no son aplicables a la historia. Evidentemente, el acercamiento mencionado debe resultar inaceptable para los teóricos abiertamente idealistas de la historia, como M. Oakeshott (que no aceptó ni el concepto de causa en la historia, para no hablar del de leyes) y R. G. Collingwood. Fue aceptado por M. Mandelbaum en su obra, mencionada anteriormente, de 1938. En 1961, el mismo autor[41] clasificó a los participantes de la discusión como «teóricos de la covering-law», es decir, defensores del modelo deductivo de explicación, «reaccionarios» e «idealistas». En el último grupo incluyó a teóricos como Croce, Oakeshott y Collingwood, y añadió que tenían mucho en común con el segundo grupo. Aproximándonos a la cuestión desde otro punto, podríamos clasificar a los «reaccionarios» como representantes de la tendencia descriptiva dentro de la filosofía analítica, es decir, como los que tienden a describir el estado actual de cosas, y a los «teóricos de la covering-law» como reconstruccionistas, que tienden a imprimir a las explicaciones en la ciencia (en nuestro caso, en la historia) el mayor grado posible de precisión.

[40] C. G. Hempel, «The Function of General Laws in History», *Journal of Philosophy*, vol. 39, 1942.

[41] M. Mandelbaum, «The problem of 'Covering Laws'», *History and Theory*, volumen I, núm. 3, 1961, págs. 229-242.

Adoptan el modelo de explicación de la ciencia natural para imitarlo en el caso de cualquier tipo de explicación. Con una gran simplificación, podríamos decir también que los «idealistas» tienden a explicar refiriéndose a una descripción genética, los «reaccionarios» aceptan relaciones causales sin ninguna referencia a las leyes, y los defensores del modelo deductivo enlazan el concepto de causa con el de ley.

Entre los defensores del modelo deductivo se incluían, sobre todo, M. White, J. W. N. Watkins, M. Mandelbaum, W. W. Bartley[42], y —con muchas reservas— P. Gardiner[43]. El modelo de Hempel fue más o menos criticado por W. Dray, W. B. Gallie, A. C. Danto, F. A. Gellner, A. Donagan, A. L. Ryle, N. Rotenstreich, J. Agassi, y otros[44]. Los «reaccionarios» buscaron el apoyo para su acercamiento fundamentalmente ideográfico a la materia y las tareas de la investigación histórica en las actividades prácticas de los historiadores. Aseguraban que en los escritos históricos no se encuentran formulaciones de leyes, y que, incluso aunque a veces están ahí, entonces tienen la forma de afirmaciones que carecen de precisión, y por tanto difieren de las formulaciones usadas en la ciencia natural. Trataremos esta cuestión más tarde, en un contexto más amplio.

El problema de las generalizaciones, que en cierto modo surgió en la controversia sobre la explicación en la investigación histórica, también fue examinado al margen de dicha controversia. Lo más interesante, en este sentido, es la colección (que editó L. Gottschalk) de documentos de los propios historiadores[45]. La cuestión era darse cuenta, en primer lugar, de cómo introducen los historiadores conceptos generales en sus escritos, y cuáles son los tipos de dichos conceptos generales. Esto condujo a la cuestión sobre las generalizaciones en la historia, si revelan ciertas propiedades

[42] M. White, «Historical Explanation», *Mind*, 1943 (reeditado en *Theories of History*, págs. 357-370; J. W. N. Watkins, «Ideal Types and Historical Explanation», *The British Journal for the Philosophy of Science*, 1932; W. W. Bartley, «Achilles, the Tortoise, and Explanation in Science and History», *The British Journal for the Philosophy of Science*, núm. 49, 1962.

[43] P. Gardiner, *The Nature of Historical Explanation*, Londres, 1952.

[44] W. Dray, *Laws and Explanation in History*, Londres, 1957; W. B. Gallie, «Explanations in History and the Genetic Sciences», *Mind*, 1955 (reeditado en *Theories of History*, págs. 386-402). También hay que mencionar el comentario de A. Montefiore «Professor Gallie on Necessary and Sufficient Conditions», *Mind*, 1946, págs. 534-541. A. Danto, en su *Analytical Philosophy of History*, intentó ofrecer una apreciación sintética de la discusión y proponer una teoría que satisficiera a todas las partes (págs. 201-232). Ver también F. A. Gellner, *Explanations in History*, «Proceedings of the Aristotelian Society», suplemento; A. Donagan, «Explanation in History», *Mind*, 1957 (reeditado en *Theories of History*, páginas 428-443); e «Historial Explanation. The Popper-Hempel Theory Reconsidered», *History and Theory*, vol. IV, núm. 1, 1964, págs. 3-26; A. L. Burns, «International Theory and Historical Explanation», *History and Theory*, vol. I, número 1, 1960, págs. 55-75. Estas cuestiones, incluido el problema de la explicación, serán tratadas más adelante en este libro.

[45] Son, sobre todo, historiadores americanos (en el orden de las afirmaciones): Ch. G. Starr, M. J. Finley, A. F. Wright, D. Bodde, R. R. Palmer, W. P. Metzger, Th. C. Cochran, L. Gottschalk, R. F. Nichols, W. O. Aydelotte, D. M. Potter, M. Klein. H. Meyerhoff, el filósofo, también fue consultado; en su opinión, no hay problemas específicos de las generalizaciones en la investigación histórica en oposición a otras ciencias; sólo existe la cuestión de la generalizaciones como tales. Las generalizaciones, la explicación y la causalidad, vistas desde una postura lógica, forman un solo síndrome, y por eso los filósofos han tratado estas materias conjuntamente (cfr. *Generalisation in the Writing of History*, Chicago, 1963, página VI). Este libro incluye una bibliografía de obras sobre la metodología de la historia.

peculiares, es decir, si existe un problema separado de las generalizaciones en la historia o se reduce al de las generalizaciones en todas las ciencias. L. Gottschalk dividía a los historiógrafos en descriptivos y teóricos, y añadía que, según el tipo de trabajo un historiador pertenece predominantemente a uno de estos dos grupos[46]. Cada uno de ellos tiene que enfrentarse al problema de las generalizaciones. Desde ese punto de vista, Gottschalk los clasificaba en seis grupos: 1) los que evitan las generalizaciones («la escuela de lo único»), 2) los que introducen las generalizaciones deliberadamente pero con cautela (el acercamiento narrativamente descriptivo), 3) los que intentan generalizar apoyándose en su conocimiento de las tendencias, es decir, genéticamente, comparando los hechos con sus antecedentes (en un acercamiento genético), 4) los que hacen generalizaciones comparando los hechos en diferentes épocas y diferentes lugares (acercamiento comparativo), 5) los que hacen generalizaciones en forma de leyes (acercamiento nomotético), y 6) los que hacen generalizaciones que abarcan todo el curso de los sucesos (filósofos de la historia). En este último grupo, Gottschalk incluía a Condorcet, Hegel y Marx. Añadía también que, respecto a esta clasificación, un mismo historiador puede pertenecer a varios grupos, y cada grupo juega su papel propio y distintivo, y es indispensable en la investigación histórica[47]. La discusión señalaba las dificultades para separar las generalizaciones de los informes sobre los hechos, pero dejaba sin examinar el problema de las leyes en historia.

Junto al análisis lógico de la naturaleza de la explicación, la cuestión de las valoraciones, es decir, la cuestión de la objetividad de la investigación histórica, se convirtió también en un punto de interés universal por parte de los metodologistas de la historia. Para los positivistas, el hecho de que los escritos históricos incluyeran afirmaciones valorativas no era un obstáculo para considerar la historia como una ciencia «objetiva» que recuerda a las ciencias exactas. La reflexión anti-positivista consideraba que el factor valor era el elemento que distingue a la historia (y a otras ciencias de la cultura) de la ciencia natural. En cuanto a la reflexión lógica, especialmente la que tuvo su origen en la tradición positivista lógica (a partir de M. Schlick), las valoraciones históricas, tan cargadas de pensamientos especulativos, se veían con grandes sospechas. Fue surgiendo la exigencia poco realista de liberar la investigación histórica de valoraciones, si no se llegó a afirmar que los historiadores deberían intentar separar la descripción de hechos de las valoraciones.

La opinión que prevaleció fue la de que «una ciencia social desinteresada es (...) totalmente absurda»[48], y la eliminación de la metafísica del

[46] *Generalisation in the Writing of History*, ed. cit., pág. v.

[47] *Ibidem*, págs. 113-129.

[48] G. Myrdal, *Value in Social Theory. A Selection of Essays on Methodology*, Londres, 1935, pág. 54. Entre las publicaciones más directamente relacionadas con la investigación histórica, véase M. Mandelbaum, *The Problem of Historical Knowledge* (crítica del acercamiento relativista que elimina las valoraciones); I. Berlin, *Historical Inevitability*, ed. cit. (la historiografía no puede ser objetiva); Ch. Blake, «Can History by Objective?», en *Theories of History*, ed. cit., páginas, 329-413, indica las dificultades relacionadas con la eliminación de las valoraciones; J. A. Passmore, «Can the Social Sciences Be Value-Free?», en *Readings in the Philosophy of Science*, H. Feigl y M. Brodbeck (eds.), Nueva York, 1953. Las discusiones sobre las valoraciones en la historiografía están resumidas por A. Stern en *Philosophy of History and The Problem of Values*, La Haya, 1962. Se dará más información bibliográfica en el tratamiento de las valoraciones en la historiografía.

pensamiento histórico no debe tener lugar por medio de eludir las valoraciones, sino a través de su uso deliberado. La aceptación de dichas opiniones fue facilitada por los análisis cada vez más frecuentes que demostraban que las ciencias naturales tampoco están libres de valoraciones[49]. Los historiadores que se ocupaban fundamentalmente de la literatura histórica han contribuido muy poco a la controversia sobre las valoraciones. Han hecho una serie de comentarios generales en favor de diversos acercamientos, pero el énfasis sobre la posibilidad de convertir la historia en una ciencia objetiva fue puesto por los filósofos, y no por los historiadores[50].

Mientras que la reflexión lógica se ha desarrollado excepcionalmente en la esfera de la síntesis histórica, los problemas del análisis en la investigación histórica, es decir, los métodos de establecer los hechos, no se han comenzado a investigar más estrechamente (desde el punto de vista metodológico) hasta años recientes[51]. Hasta ahora, los mayores logros en el análisis lógico del conocimiento basado en fuentes, es decir, el tipo de conocimiento específico de los historiadores, se deben a J. Giedymin, que se ha ocupado de la clasificación lógica de las fuentes, la lógica de la inferencia basada en fuentes y la cuestión de la fiabilidad de los informantes[52].

---

49 Ver el análisis de estos problemas en la Quinta Parte de este libro.

50 Esto ha sido advertido por muchos autores; cfr. W. Dray, *Philosophy of History*, ed. cit., pág. 23, que menciona, en relación con esto, la opinión de H. Meyerhoff.

51 Cfr. A. Malewski y J. Topolski, *Studia z metodologii historii* (Estudios sobre metodología de la historia), ed. cit., caps. II y III. La falta de tales análisis fue señalada por este autor en su artículo «O metodach badawczych historii gospodarczej» (Métodos de investigación usados en la historia económica), leído en el VIII Congreso de Historiadores Polacos e incluido en *Historia gospodarcza Polski* (Historia económica de Polonia), Varsovia, 1960, págs. 13 y ss. En ese artículo también se mencionaba *An Introduction to Logic and Scientific Method*, de M. R. Cohen y E. Nagel (ediciones de 1934, 1949, 1951), como una excepción en este campo. Ver también J. Giedymin, «Problemy logiczne analizy historycznej» (Problemas lógicos de los análisis históricos), *Studia Zrodloznawcze*, volumen II, 1958, pág. 22, donde se encuentra una opinión parecida.

52 J. Giedymin, *Z problemow logicznych analizy historycznej* (Algunos problemas lógicos de los análisis históricos), Poznan, 1961; «Wiarogodnosc informatora. Proba eksplikacji dwoch pojec z analizy i krytyki zródel historycznych» (Fiabilidad del informante. Intento de explicación de los dos conceptos en el análisis y crítica de las fuentes históricas), *Studia Zródloznawcze*, vol. VII, 1962, páginas 1-13; «Problemy logiczne analizy historycznej» (Problemas lógicos de los análisis históricos), *Studia Zródloznawcze*, vol. II, 1958, págs. 1-39. Más adelante daremos más datos bibliográficos. Hay que advertir que, desde que este libro fue escrito (1964-1966), la investigación sobre la metodología general de las ciencias, fundamental para la reflexión metodológica sobre los estudios históricos, se ha desarrollado mucho en el círculo de Poznan. Esa investigación ha abarcado, en particular, los principios de abstracción y concreción y, por tanto, los problemas de construcción de modelos (Leszek Nowak) y el procedimiento de explicación de las acciones humanas, es decir, la llamada interpretación humanística (Jerzy Kmita). De las numerosas publicaciones recientes hay que mencionar, sobre todo, *Zalozenia metodologiczne «Kapitalu» Marksa* (Los presupuestos metodológicos en «El capital» de Marx), de varios autores, Varsovia, 1970; L. Nowak, *U podstaw marksistwskiej metodologii nauk* (Los fundamentos de la metodología marxista de las ciencias), Varsovia, 1971; J. Kmita, *Z metodologicznych problemów interpretacji humanistycznej* (Problemas metodológicos escogidos de interpretación humanista), Varsovia, 1971; *Elementy marksistowskiej metodologii humanistyki* (Elementos de metodología marxista de las ciencias humanas y sociales), J. Kmita (ed.), Poznan, 1973; L. Nowak, *Zasady marksistowskiej filozofii nauki* (Principios de filosofía marxista de la ciencia), Varsovia, 1974. El presente autor ha colaborado en los dos libros colectivos mencionados anteriormente.

XI

Reflexión dialéctica

1. *Un repaso de los primeros tipos de reflexión sobre la historia*

Todos los tipos de reflexión sobre la historia que han sido analizados hasta ahora estaban marcados por formulaciones de líneas de avance específicas en la ciencia histórica. Como hemos mostrado más arriba, el proceso fue extremadamente complejo, y no siguió un camino constantemente ascendente. Normalmente un desarrollo de la reflexión sobre la historia en un área iba acompañado por un estancamiento en las restantes, lo que a su vez daba lugar a una concentración excesiva de la atención en aquellos campos que habían sido abandonados antes. Podría decirse que la reflexión metodológica sobre la reflexión histórica se desarrollaba de acuerdo con los principios de la dialéctica: las desproporciones en la reflexión sobre los diversos campos impedían el progreso general de la reflexión metodológica sobre la investigación histórica, y esto a su vez producía una tendencia a igualar las desproporciones, lo cual significaba un desarrollo a través de contradicciones internas.

El desarrollo de los diversos tipos de reflexión dio lugar a una serie de reglas de descripción histórica, es decir, a un modelo específico de descripción. Las características de dicho modelo podrían reconstruirse así: referencia de la descripción al tiempo y al espacio coordinados, uso crítico de las fuentes, terminología apropiada que facilite la descripción, aproximación integral, en lo posible, a la materia de estudio, que revele su estructura, y esfuerzo por lograr una precisión lógica. Así, en cuanto a las descripciones, los historiadores disponían de una serie de resultados de los tipos de reflexión antiguos que, en conjunto, formaban un cuerpo complejo de conocimientos especializados, y ofrecían amplias oportunidades para un establecimiento preciso de los hechos. En particular, los historiadores recibían una serie de métodos que indicaban cómo analizar las fuentes y qué técnicas usar en la descripción de los hechos, apoyándose en las fuentes.

Bajo las afirmaciones de la historia científica, que se propone metas cognoscitivas, una descripción es sólo, sin embargo, una parte de las tareas del historiador. La otra parte, que es mucho más difícil, ya que quiere ir más allá de las fuentes, consiste en explicar los hechos revelados por ellas. Desde el nacimiento de la reflexión pragmática se ha comprendido que las explicaciones entran dentro de las tareas del historiador. Ese tipo de reflexión, sin embargo, no favorecía el desarrollo del pensamiento sobre las explicaciones en la investigación histórica. Daba dos modelos de explicación, que normalmente aparecían unidos: el providencial y el psicológico. Según el modelo providencial, la transición del estado a_1 al estado a_2 era explicado por la intervención divina, ya que la deidad, de acuerdo con su naturaleza,

trabaja de un modo específico en situaciones concretas: por ejemplo, castiga o recompensa un cierto tipo de comportamiento. Según el modelo psicológico, el comportamiento humano se explica por estar tácitamente incluido en una ley psicológica *sui generis* que establece que el hombre (o posiblemente un hombre con determinados rasgos de carácter), en determinadas circunstancias, actúa normalmente de un modo específico. Más aún, hasta la decadencia de la idea de una naturaleza humana invariable, el hombre era considerado como un elemento inmutable y pasivo. Sus actos debían cumplir ese modelo, por tanto. Pero estos dos modelos de explicación no aclaraban el mecanismo del proceso histórico.

En la época de la reflexión pragmática, que contemplaba unos patrones de conducta, las reflexiones sobre el curso del tiempo pasado y sobre los sucesos que realmente tuvieron lugar estaban muy poco desarrolladas, lo que afectó de manera adversa el progreso de la cuestión de las explicaciones. Esto ocurría porque en el caso de la explicación, que exige ir más allá de las fuentes, se necesitaba más el conocimiento de la materia de investigación, sin basarse en fuentes, que en el caso del establecimiento de los hechos.

La convicción, desarrollada por la reflexión moderna sobre los sucesos pasados, de que el curso de los acontecimientos tiene una dirección y es continuo, amplió la cuestión de las explicaciones en la historia, y al mismo tiempo la hizo más compleja, ya que junto a la pregunta sobre la causa de la transición del estado a_1 al estado a_2, surge la pregunta sobre los factores de las transiciones constantes de estado a estado, es decir, sobre el mecanismo del curso de los acontecimientos. Los viejos modelos, que no fueron abandonados, fueron unidos por los diversos modelos de explicación genética, por explicaciones a base de factores de cambio (sobre las transiciones de estado a estado), y por modelos de explicación del curso de los acontecimientos por medio de varias leyes (interpretadas de diversas maneras). En el modelo genético, la explicación consiste simplemente en una descripción de los estadios consecutivos de un sistema, que sigue a otro en el tiempo. La explicación relacionada con los factores del cambio saca a la luz el papel de uno o más factores (por ejemplo, el clima), considerados como externos al sistema en cuestión, lo cual dio lugar al peligro de una sobreestimación de la influencia de ese factor (de aquí, por ejemplo, el determinismo geográfico). Pero, como se ha mostrado antes, todos esos modelos no ofrecían oportunidad para explicar el desarrollo del curso de los acontecimientos, es decir, el mecanismo de las transiciones de estado a estado ($a_1 \to a_n$). Los modelos de explicación relacionados con las leyes, como se apuntó en los tipos de reflexión tratados más arriba, eran de dos clases: basado en la adopción de un concepto de progreso, que es evolutivo, independiente de cualquier suceso específico, y que tiene lugar según alguna ley de la naturaleza, o basado en la asunción de unas fuerzas internas no especificadas, que ponen un sistema concreto en movimiento (por ejemplo, el *élan vital*, el espíritu de la nación, etcétera, es decir, leyes *sui generis*). En ambos casos, el problema no fue resuelto, sino simplemente desviado hacia el área de la metafísica (en el último caso, nos encontramos en realidad con una variedad mecánica del modelo basado en factores de cambio, porque incluso el élan vital presupone un motor externo primario). Por supuesto, aquellos historiadores que no aceptaban la existencia de ninguna ley que rigiera la historia se limitaban a las explicaciones por medio de descripciones o indicando las causas de los hechos aislados. Por tanto, en

todos los tipos de reflexión sobre la historia tratados hasta aquí, la cuestión de la explicación permanecía abierta. Esto quería decir que el desarrollo de la ciencia histórica exigía, primero, que se construyera un modelo universal que explicara tanto las transiciones de un estado a otro como el mecanismo de todo el curso de los acontecimientos, y segundo, que ese modelo se construyera sin recurrir a especulaciones metafísicas.

Estas tareas fueron asumidas por representantes de la reflexión dialéctica sobre el pasado y sobre el método de reconstruirlo, pero el modelo para una solución total a estos dos problemas ha sido construido por los fundadores del materialismo dialéctico. Los otros tipos de reflexión dialéctica dieron sólo, como veremos, soluciones parciales.

En la esfera de la reflexión dialéctica la pregunta que se planteaba primero era: ¿cuál es el mecanismo de su desarrollo? Esto era necesario para la construcción de un modelo (en el sentido de una teoría) que un historiador pudiera aplicar en todos los casos de la labor investigadora. Los intentos de respuesta a esa pregunta general dados por los representantes de la reflexión dialéctica diferían de un caso a otro, pero sus intentos de modelos de explicación del desarrollo (movimiento) en el curso de los acontecimientos tenían un elemento común, en concreto, el autodinamismo (relativo o completo) y el holismo (idealista o materialista), como componente indispensable del primero. El autodinamismo significa la búsqueda de la explicación del proceso de cambios (movimiento) en el mecanismo interno de transformaciones de los sistemas en cuestión, es decir, de las transiciones de un estado a otro. Así, en la aproximación dialéctica, la materia de investigación adopta la forma de un todo dinámico que está en estado de desarrollo y movimiento condicionado internamente. Es una aproximación tal que sólo establece hechos históricos en movimiento, esto es, los convierte en elementos activos del proceso histórico. Aquí surge una oportunidad de unir el estudio de los hechos con el de los cambios, y el problema de la explicación en la investigación histórica adquiere, por tanto, un nuevo significado (ya que lo que se explica son los cambios): se traslada desde una posición, en cierto sentido, externa respecto al proceso histórico, a una posición interna, lo cual significa que la explicación del secreto del movimiento y el desarrollo se busca en el proceso histórico mismo. Puesto que, como hemos visto, el autodinamismo supone el conocimiento del mecanismo interno que causa el movimiento y el desarrollo, el Bergsonismo no se incluye entre las teorías autodinámicas, ni el concepto de espíritu de una nación, ya que estas teorías quedan satisfechas con la afirmación de la existencia de fuerzas no especificadas que influyen en un movimiento espontáneo. Estas fuerzas, se supone, son de algún modo inherentes a los hechos históricos, pero no se sabe cómo ponen esos hechos en movimiento. Estas teorías afirman, normalmente, que interviene un factor divino (y si no lo hacen explícitamente, conducen a dicha conclusión), de modo que en realidad ofrecen un modelo «mejorado» de explicación relacionada con la Providencia. Dicho modelo es también teológico. El autodinamismo espontáneo se encuentra ya en la concepción de Leibniz sobre la variabilidad de las mónadas, pero en su tiempo esta idea tenía una impronta de profecía inspirada.

Señalar un mecanismo dado de desarrollo interno, es decir, un autodinamismo, puede dar lugar a lo mismo si el modelo incluye un factor sobrenatural, por ejemplo, un Hacedor de tal mecanismo que vigila que todas las cosas puestas en movimiento por ese mecanismo se muevan en la dirección debida. En tal caso, el autodinamismo se vuelve relativo y siempre es de

naturaleza idealista. Más aún, tal operación cambia radicalmente ese concepto de autodinamismo idealista, porque —tanto si sus autores lo quieren (cfr. A. Toynbee) como si no— le da al modelo un carácter teológico o incluso fatalista. Si, en última instancia, todo está siendo guiado por un «relojero» supremo, entonces podemos dejar muy poco espacio, en ese modelo, para un papel real de los hechos históricos en la configuración del proceso histórico. Sin embargo, aparte de estas consecuencias irrealistas, las concepciones dialécticas incluyen los resultados de muchas investigaciones penetrantes que atestiguan el esfuerzo constante de la mente humana para buscar la solución del problema, extremadamente difícil, del cambio y el desarrollo en la historia.

2. *La aparición de la reflexión dialéctica en la historia*

Las ideas dialécticas en las oponiones sobre el pasado (y sobre la naturaleza) tomaron forma bastante despacio, de modo que antes de que hubieran tomado su forma plena, en las obras de K. Marx y F. Engels, solían aparecer en su forma nuclear, a menudo relacionadas con las visiones opuestas. De esta forma podían observarse en las obras de Ibn Khaldun, y después, más claramente, en las concepciones históricas y filosóficas de J. G. Herder. El mecanismo del movimiento y el desarrollo, tal como lo interpretaba Ibn Khaldun, consiste en apoyar que el desarrollo social se basa en los conflictos y en particular en la oposición entre el modo de vida nómada y el urbano. Como escribieron H. Becker y H. E. Barnes, los procesos cíclicos de la dinámica social de Ibn Khaldun tenían lugar entre estos dos polos [1]. En las obras de Herder encontramos tanto elementos de la teoría del progreso constante de la época de la Ilustración como fuertes elementos de una interpretación dialéctica del curso de los acontecimientos. Atribuía un gran papel a las diversas fuerzas rivales e interpretaba el proceso histórico como «un resultado del trabajo de fuerzas antípodas que luchan una contra otra y producen una unidad nueva y mejor» [2].

Como es sabido, la filosofía de los procesos dialécticos no fue fundada hasta G. W. Hegel (1770-1831). La ciencia histórica, que, en aquel tiempo, después de haber sido tratada bastante superficialmente en el período de la reflexión crítica, entraba en el período dominado por la aproximación erudita, no estaba todavía preparada para asimilar las ideas que indicaban el modo de resolver el problema más difícil de la historia, es decir, el del desarrollo. En aquel tiempo parecía más urgente adquirir capacidad y precisión científica para establecer los hechos. Pero el positivismo, que dirigió la atención de los historiadores, sobre todo, a la tarea de establecer los hechos, y al mismo tiempo proclamaba la fe en el progreso constante de la historia, levantó, sin embargo, dudas en las mentes de los estudiosos más penetrantes sobre lo correcto de una explicación del curso de los acontecimientos como ésa, tanto más cuanto que los datos proporcionaban, al parecer, pruebas de lo contrario.

Fue J. S. Mill quien señaló por primera vez las regresiones temporales en la historia de la humanidad, y la tendencia pesimista en el positivismo tuvo su origen en J. Burckhardt (1818-1897), el autor de *Die Kultur der Renaissance in Italien* (1860). La crítica del supuesto funcionamiento de las

[1] H. Becker, H. E. Barnes, *Social Thought from Lore to Science*, edición citada, vol. I.

[2] E. Adler, *Herder i Oswiecenie niemieckie* (Herder y la época de la Ilustración en Alemania), Varsovia, 1965, pág. 234.

leyes del progreso, independientes de los hechos, como una fuerza desviable, crítica procedente de los representantes de la reflexión estructural, era indispensable para trasladar ese problema, desde un terreno externo a los hechos históricos, al interior del curso de los acontecimientos. Este traslado del problema, a su vez, era necesario si se querían resolver las cuestiones de la explicación del curso de los acontecimientos. Esta crítica no equivalía a la adopción del punto de vista dialéctico sobre el desarrollo de la historia. Simplemente introducía el holismo como un elemento necesario, pero no suficiente, en la interpretación de la sociedad humana. Como hemos visto (cfr. capítulo VI), el holismo, o las diversas aproximaciones estructurales, podrían servir de base para varios tipos de explicaciones, tomando como patrón o el modelo de explicación relacionada con la Providencia, o el modelo psicológico (por ejemplo, en el espíritu de la psicología social, como en el caso de Lamprecht), o el modelo de explicación relacionada con los factores. El modelo dialéctico, construido primero por Hegel y modificado después por Marx y Engels, e incluido por ellos íntegramente en la filosofía materialista, servía entonces como modelo de explicaciones sólo para un pequeño grupo de historiadores relacionados con el movimiento obrero naciente.

Parece lógico que la oposición política o enemistad hacia toda la concepción marxista, que señalaba el hecho de que las contradicciones, cada vez mayores, obraban hasta hacer visible el ocaso del capitalismo, era el principal obstáculo para la adopción, por parte de círculos más amplios de historiadores, del modelo de explicación dialéctica en las técnicas de investigación y en análisis más generales. La dialéctica hegeliana repelía a los historiadores tradicionales por sus conclusiones racionalistas y progresistas (desde el punto de vista social y político), cuyo alcance llegaron a comprender más tarde los izquierdistas hegelianos. Otra razón del hecho de que el pensamiento dialéctico fuera pobremente asimilado por los historiadores debe verse en el estado general de la ciencia histórica, como se ha mostrado más arriba, marcado por un bajo nivel de reflexión teórica, explícitamente atestiguada por los libros de texto sobre investigación metodológica, escritos por Marrou, Handelsman, Halkin y otros, incluso aunque éstos revelaban un alto nivel de técnicas de investigación.

Hegel, al indicar el camino para la solución del enigma del desarrollo en el curso de los acontecimientos, no podía prescindir del concepto metafísico de espíritu absoluto. Según Hegel, tanto la naturaleza del ser como la del pensamiento es lógica. El ser sólo puede abarcarse como un todo. El ser sufre cambios incesantes sujetos a leyes lógicas, de forma que cada estado sigue lógicamente al precedente. Por tanto, en Hegel, el desarrollo histórico es el desarrollo del pensamiento, el desarrollo de la idea absoluta [3], y no sólo una colección de hechos casuales. Pretende su objetivo último, que es la victoria de la razón [4]. Según Hegel, esa victoria significaría la conciencia de la libertad. Hegel creía que el Estado era «la encarnación de la libertad racional», aceptando plenamente, como es sabido, las condiciones existentes

[3] Cfr. W. Tatarkiewicz, *Historia filozofii* (Historia de la filosofía), vol. II, Varsovia, 1958, págs. 297-298. Se encuentran muchos análisis detallados sobre la filosofía de la historia de Hegel en los estudios de T. Kronski, *Rozwazania wokól Hegla* (Reflexiones sobre Hegel), Varsovia, 1960, y «Hegel i problemy filozofii historii» (Hegel y los problemas de la filosofía de la historia), *Studia Filozoficzne*, número 3, 1958, págs. 42-76. Ver también J. Kudrna, *Studie k Heglovř pojeti historie* (Estudios sobre el concepto de historia en Hegel), Praga, 1964.

[4] Una interpretación semejante se encuentra en las obras de Fichte.

en el Estado prusiano, porque para él lo que era real era necesario y racional. Los estadios del desarrollo histórico son estadios del desarrollo del espíritu. Hegel subrayaba cuatro estadios en la historia de la Humanidad: el oriental, el griego, el romano y el germánico, que, aseguraba, era el estadio del desarrollo gradual del espíritu objetivo.

Olvidemos toda esta superestructura idealista historiosófica y concentrémonos en la lógica dialéctica de Hegel. Para Hegel, la tesis principal de esa lógica era el principio dialéctico que establece que toda premisa verdadera tiene como correspondiente su no menos verdadera negación. Esto significa que una cosa, a la vez, es y no es. Hegel destacó dos direcciones opuestas del proceso ontológico, que son el llegar a ser y el terminar, las cuales, juntas, forman la unidad de ese proceso[5]. La contradicción es la fuente del autodinamismo, es decir, del auto-desarrollo. En Hegel, la afirmación sobre las contradicciones como fuente de movimiento aparece con una formulación clara, aunque sólo los fundadores del materialismo dialéctico llegaron a subrayar que las contradicciones son la fuente principal de movimiento y desarrollo. Un interesante estudio sobre ese principio de la lógica de Hegel es el escrito por L. S. Rogowski[6], que señaló la diferencia entre la concepción hegeliana del movimiento y las teorías estáticas del movimiento formuladas por Bergson y Russell[7]. Es obvio que no podemos aceptar el principio de autodinamismo sin aceptar el principio, igualmente importante, de condicionamiento y causalidad (que es un caso especial de condicionamiento), lo cual significa que el autodinamismo se basa tanto sobre la contradicción como sobre el condicionamiento[8].

La combinación de estos dos principios se ha hecho posible por la aproximación holista, en la que los todos son considerados como series de elementos relacionados entre sí. Como escribió L. Ragowski sobre las ideas de Hegel, el movimiento *als Selbstbewegung* es un movimiento de un todo considerado de ese modo. Por ejemplo, el hecho de que un cuerpo, *C*, deje de estar en un lugar, *L*, es una condición del hecho de que el cuerpo *C* comience a estar en un lugar distinto de *L*. En este caso, dos estados de un solo cuerpo físico se condicionan mutuamente; adviértase que estos dos estados no van uno detrás del otro, sino —puesto que cada uno de ellos está en el estadio de llegar a ser— son simultáneos, de modo que cada uno de ellos, por medio de su llegada (en direcciones opuestas), «llena» el mismo momento presente. Si ese condicionamiento, que en cierto sentido es interno, es a su vez condicionado por algo más, entonces tenemos que tener en consideración un todo más amplio, y así sucesivamente. De este modo, las diversas formas de movimiento relativamente espontáneo pueden considerarse, en última instancia, como manifestaciones del movimiento en el sentido más general del término, es decir, el proceso autodinámico *par excellence*, el autodinamismo del mundo[9]. La causalidad, como forma especial de condicionamiento, es interpretada por Hegel no como cosas o sucesos separados que van uno detrás de otro, sino de modo que la causa se desvanece en el efecto, mientras

5 Cfr. G. W. F. Hegel, *Wissenschaft der Logik*, vol. I, Leipzig, 1951, pág. 58.
6 L. S. Rogowski, *Logika kierunkowa a heglowska teza o sprzecznosci zmiany* (Lógica direccional y tesis de Hegel sobre las contradicciones de los cambios), Toruń, 1964.
7 *Ibidem*, pág. 17.
8 *Ibidem*, págs. 19-20.
9 *Ibidem*, pág. 20.

que el efecto está en la causa[10]. Hegel señaló también el hecho de que el desarrollo no es (uniformemente) continuo: períodos relativamente tranquilos son seguidos por otros caracterizados por cambios más violentos.

Así, pues, en las obras de Hegel encontramos, en forma más o menos amplia, la mayoría de los principios de la dialéctica que más tarde iban a ser incluidos en un solo cuerpo por los fundadores del materialismo dialéctico, el tratamiento del todo como unidad de los contrarios, la relación mutua de los elementos de un mismo todo y de diferentes todos; la aceptación de las contradicciones internas de un todo como fuente del movimiento autodinámico, la consideración del movimiento y el desarrollo como procesos no continuos, en los que los cambios cuantitativos producen nuevas cualidades. Estos principios son, además, una serie de reglas metodológicas.

La influencia de Hegel sobre el desarrollo de la reflexión sobre el pasado fue polifacética, pero, en general, los mismos historiadores fueron incapaces de usar las oportunidades de una aproximación integral, inherente a los principios dialécticos; se referían más veces al idealismo de Hegel que a su método de aproximación al objeto de estudio.

En el pensamiento histórico actual, probablemente es la propuesta de A. Toynbee (1889-1975) la más ampliamente extendida y la idea más ambiciosa sobre un autodinamismo idealista dialéctico. Ha dado lugar, desde la publicación de los primeros volúmenes de su *A Study of History*, en 12 volúmenes, a discusiones muy amplias, o mejor, intentos de interpretación de las afirmaciones contenidas en la obra de Toynbee[11]. Hoy estamos en una situación conveniente, desde que en 1961 apareció el volumen XII de la obra, titulado *Reconsiderations*, en el que el propio Toynbee escribe sobre los comentarios a su libro, y en algunos casos corrige sus opiniones anteriores, como resultado de la crítica o de investigaciones subsiguientes. El volumen mencionado ofrece también la última formulación de las opiniones metodológicas de Toynbee.

A pesar de que sus opiniones —tanto las formuladas explícitamente como las que se deducen de sus análisis de las diversas civilizaciones— muestran ciertas inconsistencias o quizá, simplemente, omisiones que permiten sacar diferentes conclusiones de sus afirmaciones, en general, la vasta concepción de Toynbee debe ser interpretada como la manifestación de una reflexión dialéctica sobre el pasado y sobre los métodos de reconstruir ese pasado. Parece que muchos malentendidos entre Toynbee y sus críticos e intérpretes se deben al hecho de que (por lo que puede entender este autor) los que lo

10 G. W. F. Hegel, *Wissenschaft der Logik*, pág. 191.
11 A. Toynbee, *A Study of History*, vols. I-III, en 1934; vols. IV y V, en 1939; vols. VII-X, en 1954; vol. XI, en 1955, y vol. XII, en 1961. La serie de obras sobre el trabajo de Toynbee es inmensa, bastante mayor de 200 (el propio Toynbee, en sus *Reconsiderations*, menciona 210). Éstas son las principales: *Toynbee and History. Critical Essays and Reviews*, M. F. Ashley (ed.), Boston, 1956 (incluye afirmaciones de historiadores y metodologistas, entre ellos P. Geyl, W. Kaufmann, P. A., Sorokin, W. H. Walsh, H. Trevor-Roper, L. Walker, G. Barraclough, E. Barker); *L'Histoire et ses interpretations. Entretiens autour d'Arnold Toynbee sous la direction de Raymond Aron*, París-La Haya, 1961 (Procedimientos de la conferencia organizada por la École Pratique des Hauter Études; incluye aportaciones de M. Crubellier, R. Aron, H. Marrou, L. Goldmann y otros); E. F. J. Zahn, *Toynbee und das Problem des Geschichte*, Colonia, 1954; J. Ortega y Gasset, *Una interpretación de la historia universal*. En la historiografía polaca, la historia se interpretaba como el desarrollo de civilizaciones en conflicto, por parte de F. Koneczy (1862 1949); ver su *O wielkosci cywilizacji* (La grandeza de las civilizaciones), 1935.

discuten no han logrado notar el sentido dialéctico de la obra de Toynbee. Algunos puntos que Toynbee tiene en común con O. Spengler [12], pero que son de importancia secundaria para el problema de la explicación en la investigación histórica, hacen que mucha gente asocie a Toynbee con Spengler, contra lo que el propio Toynbee ha protestado firmemente [13]. Y en realidad, la idea de Spengler no tiene nada que ver con el concepto de autodinamismo, que caracteriza el sistema de Toynbee. Es cierto que en las interpretaciones de Spengler las civilizaciones surgen y perecen, y en el proceso pasan a través de determinados estadios, como hacen los animales y las plantas, pero todo esto tiene lugar según un destino inevitable [14] que recuerda las leyes positivistas. Toynbee, al protestar porque se le relacione con Spengler, se disociaba explícitamente, sobre todo, del fatalismo de Spengler. Subrayaba que no era un determinista (en el sentido de fatalismo) y que, al contrario que Spengler, no aceptaba la idea de que las civilizaciones existían aisladas.

Toynbee admitía indirectamente haber sido inspirado por Hegel, y se refería explícitamente al efecto que había tenido sobre él el profundo estudio de Teggart (cfr. capítulo VI) [15]. Cuando explicaba su concepto básico de «reto y respuesta», que podemos tomar cómo una interpretación específica de la lucha de los contrarios en un todo concreto, esto es, la fuente del autodinamismo, Toynbee escribió: «La idea del reto y la respuesta, que juega un papel fundamental en mi cuadro del curso de los asuntos humanos, no es sólo una "interpretación privada" mía. La pareja de palabras me vino del poeta inglés Robert Browning, aunque había olvidado que no fui yo quien acuñó la expresión hasta que redescubrí su fuente por casualidad, después de publicar mis seis primeros volúmenes. La idea que expresan las palabras me vino, como he sabido siempre, del Antiguo Testamento; y teniendo en cuenta la extraordinaria influencia de la Biblia en todo el pensamiento occidental, incluso el pensamiento que se ha rebelado conscientemente contra la dominación de la Biblia, no tengo ninguna duda de que ésta fue la fuente de la que también Browning recibió la idea, y fue también la fuente de la que Hegel obtuvo su concepto de dialéctica, Malthus su concepto de lucha por la existencia y Darwin, a través de Malthus, su concepto de evolución» [16].

Según Toynbee, lo que es nuevo en la historia ha nacido exactamente de las respuestas del hombre a los diversos retos que vienen del ámbito natural o de otra gente [17]. Toynbee rompió completamente con la interpretación positivista del progreso y comenzó a interpretarlo (al crecimiento) como desarrollo. «Lo he visto como una serie de actos en el drama del reto y respuesta, en el que cada acto da lugar a una respuesta con éxito al reto con el que se ha abierto ese acto, mientras que cada una de estas respuestas logradas

[12] Cfr. el artículo de M. Crubellier en *L'Histoire et ses interpretations*, páginas 8 y ss. La mencionada conferencia mostró una comprensión inadecuada de las ideas de Toynbee. Incluso L. Goldmann *(ibídem*, págs. 76 y ss.) aseguraba que la concepción de Toynbee es catastrófica, como la de Spengler.

[13] Cfr. *A Study of History*, vol. XII, págs. 5, 238, 245, 256; *L'Histoire et ses interpretations*, ed. cit., pág. 18 (en este libro, Toynbee señala la falacia de tratamiento aislado que da Spengler a las distintas civilizaciones): «Can we know the Pattern of the Past?— A Debate», en *Theories of History*, ed. cit., págs. 312 y ss.

[14] Spengler dice en *The Decline of the West* (citado de acuerdo con *Theories of History*, ed. cit., pág. 199): «La morfología de lo orgánico, de la historia y de la vida y todo lo que lleva el signo de la dirección y el destino (...)».

[15] Se podría decir que Toynbee tomó las ideas de Teggart en el punto donde este último las había abandonado.

[16] A. Toynbee, *A Study of History*, vol. XII, ed. cit., págs. 254 y 255.

[17] *Ibídem*, págs. 254-263.

da lugar a la presentación de un nuevo reto que produce un nuevo acto» [18].

La dialéctica de Toynbee está profundamente imbuida por la metafísica religiosa, lo cual es la razón principal de que sea considerado más como poeta que como un estudioso, o incluso como un visionario y profeta, contra lo que él también protestaba. Toynbee aseguraba que su principio de reto y respuesta, que es la fuente del desarrollo, es una manifestación de Dios, incluso aunque el reto venga del hombre o de la naturaleza [19]. Sobre este punto, Toynbee encontraba dificultades para conciliar el autodinamismo, la voluntad de Dios y la libre voluntad del hombre. Hablaba sobre la voluntad parcialmente libre [20] y al mismo tiempo establecía que este complejo de relaciones es probablemente algo más allá de la comprensión humana.

El caso de Toynbee muestra claramente las consecuencias de la dialéctica idealista, que se convierte en misticismo religioso y se acerca al gnosticismo.

3. *Los nuevos elementos ontológicos y epistemológicos en la dialéctica materialista*

El nuevo elemento dialéctico en el sistema de Hegel, que revolucionó las interpretaciones anteriores sobre el pasado, fue plenamente apreciado por K. Marx (1818-1883) y F. Engels (1820-1895). Pero ellos trasladaron esa dialéctica desde el nivel de la idea o el espíritu al nivel del mundo material de la naturaleza y la sociedad, es decir, transformaron la dialéctica idealista en dialéctica materialista. «De este modo —como escribió Engels—, la propia dialéctica de los conceptos se convirtió simplemente en el reflejo consciente del movimiento dialéctico del mundo real, y así la dialéctica de Hegel se situó en su cabeza; o más bien, desvió la cabeza sobre la que se apoyaba y se colocó sobre sus pies» [21]. Esto implicaba también abandonar las opiniones del grupo de la izquierda hegeliana, al que Marx y Engels habían estado unidos al principio; ese grupo rechazó el idealismo de Hegel, pero también rechazó el método dialéctico porque no logró ver que el materialismo, sin la dialéctica que explica el movimiento y el desarrollo, debe conducir a un interpretación idealista del pasado. Desde el punto de vista epistemológico, además, el materialismo mecanicista era, en realidad, más primitivo que el idealismo dialéctico, puesto que interpretaba el mundo de forma pasiva, sin asumir el papel activo de la materia cognoscitiva. Marx, al criticar el materialismo de Feuerbach, pero inspirándose al mismo tiempo en sus opiniones, subrayaba el hecho de que era el principal defecto de las aproximaciones materialistas anteriores. Escribió que «el principal defecto de todo el materialismo existente hasta ahora —incluido el de Feuerbach— es que la cosa realidad, sensualidad, sólo es concebida en forma de objeto o de contemplación, pero no como actividad sensible humana, no subjetivamente. Así ocurría que el lado activo, en contraposición al materialismo, fue desarrollado por el idealismo —pero sólo de forma abstracta, puesto que, desde luego, el idealismo no conoce la actividad real, sensible, como tal» [22].

[18] *Ibídem*, pág. 268.

[19] *Ibídem*, págs. 256-257.

[20] *Ibídem*, pág. 259. El acercamiento de Toynbee a la cuestión de las leyes es analizado por W. Dray, «Toynbee's Search for Historical Laws», *History and Theory*, vol. I, núm. 1, 1960, págs. 32-54.

[21] F. Engels, *Selected Works*, vol. II, pág. 350 (citado por la edición inglesa, 1949).

[22] K. Marx, *Selected Works*, vol. II, pág. 365 (citado por la edición inglesa, 1949).

El materialismo dialéctico, al unir integralmente el materialismo con la dialéctica, unió en un mismo sistema la tesis sobre la realidad material como objeto de conocimiento con la tesis sobre el papel activo de la materia cognoscitiva, que en cierto modo «configura» el objeto de conocimiento en el curso del proceso cognoscitivo. Lo que los intuicionistas trataban de alcanzar de forma mística, sugiriendo una «comprensión» de los hechos, especialmente los sociales, que haría posible «penetrar en la esencia de los hechos», fue resuelto de un modo plenamente racionalista por el método del materialismo dialéctico.

El materialismo dialéctico evitaba, por un lado, el acercamiento característico del positivismo, que asume un reflejo pasivo del mundo real en la materia cognoscitiva, y por otro lado, la opinión que afirma que la realidad es creada por la materia cognoscitiva en el proceso del conocimiento. Tal como lo interpreta el materialismo dialéctico, el conocimiento es un proceso en el que hay una contradicción constante entre el sujeto y el objeto del conocimiento, contradicción que es la fuente del desarrollo del proceso cognoscitivo. Llegamos a conocer el mundo real en el curso de la actividad práctica, es decir, cuando transformamos el mundo real, que es el objeto de nuestro conocimiento. Cada estado real del mundo real es un estímulo que hace que el hombre emprenda una actividad cognoscitiva, y al mismo tiempo sirve como criterio sobre la validez de los actos de conocimiento anteriores. Para el conocimiento histórico esto significa que adquirimos el conocimiento de los hechos pasados en el curso de transformaciones constantes de las imágenes consecutivas de esos hechos (hechos historiográficos, ver capítulo XI), producidas por el proceso cognoscitivo, porque los hechos pasados no pueden transformarse por sí mismos. También adquirimos el conocimiento de los hechos pasados cuando comprobamos las líneas maestras basadas en el estudio del pasado y proyectadas para transformar las condiciones ahora existentes. Si nuestra actividad, basada en el conocimiento del pasado, produce los resultados esperados, esto señala la fiabilidad de ese conocimiento nuestro; si no lo hace, entonces este hecho es un estímulo más para afrontar estudios que modifiquen (globalmente o en parte) la imagen del pasado obtenida hasta el momento.

De este modo, la idea dialéctica de la superación de las contradicciones como fuente de movimiento y desarrollo ha permitido, en el nivel ontológico, cambiar totalmente el modelo de explicación de la historia como resultado de una nueva interpretación de los hechos pasados y así explicar el enigma del desarrollo. En el nivel epistemológico ha permitido evitar los errores del inducciónismo mecanicista y del deduccionismo *a priori*, preparando así el camino hacia una aproximación integral que combine la inducción con la deducción. La reflexión dialéctica ha combinado, en un todo, las exigencias contradictorias de varios tipos de reflexión metodológica sobre el pasado; la mezcla de esos distintos tipos de reflexión, cada uno nacido de su propia tradición filosófica particular, ha producido una clase de reflexión enteramente nueva sobre la investigación histórica. Aparte de las tradiciones filosóficas mencionadas, sólo algunas pueden considerarse directamente relacionadas con el origen de la dialéctica materialista.

Al referirse a las fuentes del materialismo dialéctico, Engels, en su *Anti-Dühring*, subrayó las tradiciones materialistas e idealistas de la época de la Ilustración; las ideas utópicas de C. H. Saint-Simon (1760-1825), Ch. Fourrier (1772-1837) y R. Owen (1771-1858), que proclamaban el reino de la razón

y de la justicia eterna (interpretado de formas diferentes y ahistóricamente por todos ellos), que podía ser inmediatamente hecho realidad, una vez comprendido, y que podía convertirse en el pensamiento materialista moderno. También mencionaba, en relación con esto, la tendencia dialéctica en filosofía, que tuvo su origen en la Antigüedad y sus cimas en las concepciones de Hegel[23]. En esta concepción, todo el mundo de la naturaleza, la historia y el espíritu se mostraba como un proceso, o sea, sujeto a cambios, transformaciones, un movimiento constante y un desarrollo. «Desde esta base, la historia de la humanidad (...) aparecía (...) como el proceso de desarrollo de la propia humanidad.. Ahora se convertía en una tarea del pensamiento seguir los estadios graduales de este proceso a través de todos sus caminos tortuosos y trazar las regularidades internas que corren a lo largo de todos sus fenómenos aparentemente fortuitos»[24].

Todavía queda otro problema, que es de importancia considerable para establecer la estructura metodológica de la investigación histórica; en concreto, el problema de la interpretación del proceso de la naturaleza, por un lado, y el de la historia, por otro. La postura sobre este problema influía sobre las opiniones en torno a la historia como una ciencia que difiere metodológicamente de la ciencia natural o que revela similitudes esenciales con la última. El materialismo dialéctico también ha establecido lazos entre estas dos posturas. El resultado es una visión uniforme del desarrollo en la naturaleza y en la sociedad que admite los rasgos específicos del desarrollo histórico y, por otro lado, no implica las consecuencias fatalistas de la opinión que ve en el desarrollo histórico la labor de leyes «implacables» que recuerdan a las leyes de la naturaleza[25].

«Pero lo que es cierto de la naturaleza (...) es del mismo modo cierto de la historia de la sociedad en todas sus ramas (...) La historia del desarrollo de la humanidad demuestra ser esencialmente diferente de la de la naturaleza. En la naturaleza —en la medida en la que ignoramos la reacción del hombre sobre la naturaleza— sólo hay agentes ciegos, inconscientes, actuando uno sobre otro, con una ley general que opera fuera de su interacción. Nada de todo lo que ocurre —sea en los innumerables accidentes aparentes que podemos observar en la superficie o en los resultados finales que confirman la regularidad inherente a estos accidentes— ocurre como un objetivo deseado conscientemente. En la historia de la sociedad, por el contrario, los actores están todos dotados de conciencia; son hombres que actúan con deliberación o con pasión, trabajando para conseguir metas definidas; nada ocurre sin un propósito consciente, sin un objetivo proyectado. Pero esta distinción, con ser importante para la investigación histórica, particularmente sobre hechos y épocas particulares, no puede alterar el hecho de que el curso de la historia está gobernado por leyes internas generales»[26].

Puesto que el desarrollo histórico, a pesar de sus peculiaridades, es en principio un proceso natural que tiene lugar en cada caso de acuerdo con los principios de la dialéctica, es decir, puesto que la historia de la sociedad es considerada, en última instancia, como la historia de la naturaleza, los métodos de estudiar la historia de la sociedad no necesitan diferir esencial-

[23] F. Engels, *Anti-Dühring*, Berlín, 1948, págs. 17-32.
[24] *Ibidem*, pág. 25.
[25] La estructura del proceso histórico y el desarrollo en la historia son tratados con más detalle en otra parte de este libro. Aquí se subraya el principio de activismo, que excluye una interpretación fatalista de las regularidades.
[26] F. Engels, *Selected Works*, vol. II, págs. 353-354. (Ed. inglesa, 1949.)

mente de los que se utilizan para estudiar la naturaleza. Esto apoya de un modo nuevo la opinión de que todas las ciencias son uniformes desde el punto de vista metodológico. Marx escribió que «en el futuro, la ciencia natural absorberá la ciencia humana del mismo modo que la ciencia humana absorberá la ciencia natural: se convertirán en una sola disciplina»[27].

Los principios de la dialéctica —entendida esta última como la teoría del desarrollo del mundo real y como el método de interpretar esa teoría— fueron desarrollados, sobre todo, por Marx y Engels[28] y más tarde por los representantes más eminentes del pensamiento marxista: V. Lenin[29], Y. Plejánov, A. Labriola, A. Gramsci y otros.

Normalmente, los libros de texto enumeran varios principios, rasgos o leyes de la dialéctica, pero en la mayoría de los casos sólo los nombran, sin ofrecer ningún intento de distinguir los más importantes y los que dependen del primer grupo. Pero las obras de los fundadores de la dialéctica nos autorizan explícitamente a afirmar algo que se deduce también de un análisis de la dialéctica de Hegel, que lo que es nuevo en la teoría y el método de la dialéctica es la solución del problema del movimiento y el desarrollo. Esto significa que el principio de autodinamismo (que dice que el movimiento y el desarrollo tienen lugar a través de contradicciones) y el principio del desarrollo saltan al primer plano[30]. La condición necesaria de tal interpretación del movimiento es, como hemos dicho previamente, la consideración del mundo real como un todo (un sistema) cuyos elementos están unidos unos con otros y afectan unos a otros. Este es, por tanto, el principio del holismo. Los principios del autodinamismo y el holismo, estrechamente relacionados, que afirman que «el todo» se mueve y desarrolla como resultado de contradicciones internas, subrayan el hecho de que dichos «todos» contienen «partes» contradictorias (subsistemas, elementos) que se condicionan recíprocamente la existencia. Su lucha causa el movimiento y el desarrollo. Esto se denomina el principio de unidad de los contrarios. Los principios del autodinamismo y del holismo dan lugar directamente a otro principio, también, en concreto el que afirma que, en el curso del movimiento y del desarrollo, los cambios cuantitativos producen cambios cualitativos, es decir, el nacimiento de nuevas cualidades. Si aceptamos el autodesarrollo, asumimos que

[27] K. Marx, *Kleine ökonomische Scriften*, Berlín, 1955, pág. 38.

[28] El principal papel lo cumplen K. Marx y F. Engels, *Die deutsche Ideologie* (1845-1846); K. Marx, *Misère de la Philosophie*, 1847; K. Marx, *Postscript to the 2nd. edition of Capital*, 1873; F. Engels, *Anti-Dühring*, 1878; F. Engels, *Ludwig Feuerbach and the Outcome of Classical German Philosophy*, 1886; F. Engels, *Dialectics of Nature*, 1873-1888; entre los escritos marxistas sobre el método dialéctico están W. Krajewski, *Ontología*, Varsovia, 1965; M. Cornforth, *Dialectical materialism*, vol. I, Londres, 1952. La dialéctica del proceso histórico (en la naturaleza y en la sociedad) es analizada por A. Grushin, *Ocerki logiki istoriceskogo issledowania* (Esbozo de lógica de la investigación histórica), Moscú, 1961. Véase también J. P. Sartre, *Critique de la raison dialectique*, París, 1960, que se ocupa de la sociedad (grupo social) como un todo, desde el punto de vista holista.

[29] Ver, en particular, V. Lenin, «Filosofkie tetradi», *Socinenya*, Moscú, 1958, volumen 38.

[30] V. Lenin escribió explícitamente que la esencia de la dialéctica consiste en la comprensión de los elementos contradictorios de todo fenómeno (cfr. M. Cornforth, *Dialectical Materialism*, ed. cit., pág. 84). La formulación de este principio (que se refiere a las tendencias en conflicto) no invalida el principio lógico de la contradicción: el hecho de que algo se desarrolle de un modo determinado no implica un par de afirmaciones contradictorias (cfr. K. Ajdukiewicz, «Zmiana i sprzecznosc» (Cambio y contradicción), en *Jezyk i poznanie* (Lenguaje y conocimiento), vol. II, Varsovia, 1965, págs. 90-105.

los fenómenos nacen, toman forma y se desvanecen, y por tanto, asumimos que en cierto momento un fenómeno que toma forma alcanza un estado en el que está totalmente formado y aparece como una nueva cualidad. Esa nueva cualidad puede ser la negación de una cualidad anterior, y la negación de esta nueva calidad puede recordar de algún modo esa cualidad anterior.

Estas cuestiones serán tratadas de nuevo en la siguiente parte del libro, cuando se analicen las características de la materia del estudio del pasado. Lo mismo ocurre con los problemas del materialismo histórico, que forman el centro de las subsiguientes reflexiones sobre la historia y el método de explicarla.

4. *El nacimiento del materialismo histórico*

El método de la dialéctica materialista, aplicado al estudio de la historia social, dio lugar a la teoría y al método del materialismo histórico[31]. Al referirnos al materialismo histórico como teoría queremos decir la serie de afirmaciones generales sobre los hechos pasados, afirmaciones que explican el movimiento y el desarrollo en la sociedad, y al referirnos al materialismo histórico como método queremos decir la serie de líneas maestras de investigación que forman un modelo específico de explicación del pasado. La teoría y el método del materialismo histórico, igual que la dialéctica materialista, fueron creadas por Marx y Engels[32], cuyas tesis fueron desarrolladas más tarde por V. Lenin[33] y Y. Plejánov, principalmente. Más aún, muchas tesis fueron desarrolladas también por K. Kautsky, A. Labriola, H. Cunow, N. Bukharin, L. Krzywicki, K. Kelles-Krauz, A. Gramsci, G. Luckács, L. Goldman[34] y otros[35], quienes, aun usando los mismos conceptos, han

[31] El término *materialismo histórico* abarca la interpretación de la historia y su método de estudio.

[32] La teoría y el método del materialismo histórico fueron desarrollados por Marx y Engels, prácticamente, en todas sus obras. Entre las obras de Marx, véanse *Zur Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie*, 1844; *Misère de la philosophie*, 1847; *Zur Kritik der politischen Oekonomie*, 1859, y las obras que eran aplicaciones prácticas de los principios del materialismo histórico al estudio de la historia: *The 18th Brumaire of Louis Bonaparte*, 1851; *The Civil War in France*, 1871, y *El capital* (vol. I, 1867; vols. II y III, publicados por Engels en 1885 y 1894), que es la obra fundamental de la teoría marxista. Entre las obras de Engels, véanse *Ludwig Feuerbach and the Outcome of Classical German Philosophy*, 1886; *Anti-Dühring*, 1878; *Origin of the Family, Private Property and the State; The Development of Socialism from Utopia to Science*, y *The Peasant War in Germany*, donde se aplican en la práctica los principios del materialismo histórico. Las obras escritas conjuntamente por Marx y Engels son, entre otras, *Die deutsche Ideologie*, 1845-1846, y *The Communist Manifesto*, 1847. También se encuentran muchas afirmaciones en la correspondencia de Marx y Engels.

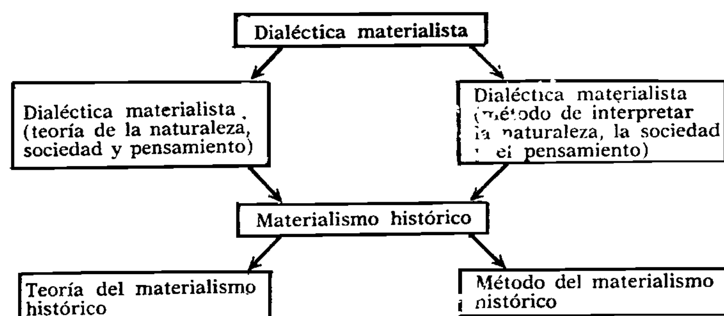
[33] Entre las obras de Lenin, véanse *The Development of Capitalism in Russia*, 1899; *The State and the Revolution*, 1917.

[34] Y. Plejánov, *Contribución al problema del desarrollo de la interpretación monística de la historia*, 1894; *La interpretación materialista de la historia*, 1897; *El papel del individuo en la historia*, 1905; K. Kautsky, *Die materialistische Geschichtsauffassung*, Berlín, 1927; la obra más importante de A. Labriola es *Del materialismo storico*, 1896; H. Cunow, *Die Marxsche Geschichts-Gesellschafts- und Staatstheorie*, 1923; N. Bukharin, *The Theory of Historical Materialism*, 1921. Entre las aportaciones polacas están muchas obras de L. Krzywicki, con afirmaciones sobre la teoría del desarrollo social, y K. Kelles-Krauz, *Materialism ekonomiczny*, Cracovia, 1908. A. Gramsci, varias obras; G. Luckács, *Geschichte und Klassenbewubtsein*, Berlín, 1923; L. Goldman, *Sciences humaines et philosophie*, París, 1952.

[35] Entre las obras recientes sobre un análisis e interpretación de los principios del materialismo histórico están: K. V. Konstantinov, *Istoriceskiy materia-*

introducido muchos elementos controvertidos. Los últimos se relacionan, entre otras cosas, con la definición del lugar del materialismo en el sistema de las ciencias y en la teoría marxista [36].

El siguiente esquema muestra las relaciones mutuas entre el materialismo histórico y el dialéctico:



Los fundadores del materialismo histórico llegaron a la conclusión de que el desarrollo de la sociedad es de naturaleza dialéctica, después de haber examinado la historia de la humanidad. Esto se afirma claramente en *El Manifiesto Comunista*, que resumía el estado de formación del materialismo histórico. El estado posterior es de desarrollo de las ideas que explican la historia. La teoría del desarrollo social como desarrollo que tiene lugar a través de la lucha de las contradicciones ha adquirido así una amplia base factual, y una serie de afirmaciones sobre las cuestiones más variadas de la historia humana. Los problemas específicos serán tratados más tarde [37], por el momento señalemos las manifestaciones fundamentales de las contradicciones que son la fuente del autodinamismo en la historia, y que habían sido indicadas por los fundadores del marxismo. Para evitar las asociaciones con el desarrollo histórico interpretado como un proceso «automático», es decir, que tiene lugar independientemente de las acciones humanas, usaremos el término «activismo marxiano» para el propósito de estudiar la sociedad. Con referencia al mundo real como un todo (es decir, naturaleza y sociedad), podemos, por supuesto, conservar el término «autodinamismo», que indica que todo el sistema trabaja «independientemente». El desarrollo

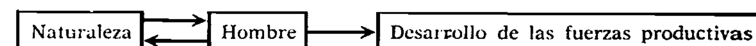
lism, Moscú, 1950; J. Hochfeld, *Studia o marksistowskiej teorii spoleczenstwa*, Varsovia, 1963; O. Lange, Political Economy, vol. I, cap. II, Oxford, 1963; J. J. Wiatr, *Szkice o materializmie historycznym i socjologii*, Varsovia, 1962; A. Malewski, «Empiryczny sens materializmu historycznego», *Studia Filosoficzne*, número 2, 1957, págs. 58-81; la aplicación del método del materialismo histórico en los estudios históricos se analiza en: A. Malewski, J. Topolski, «Metoda materializmu historycznego w pracach historyków polskich», *Studia Filozoficzne*, número 6, 1959. La función integradora del materialismo histórico es señalada en J. Topolski, «Integracyjny sens materializmu historycznego», *Studia Metodologiczne*, núm. 1, 1965. Ver también O. Monter, «Die philosophischen Grundlagen des historischen Materialismus», *Saeculum*, 1960, págs. 1-26, y *Poznan Studies in the Philosophy of the Sciences and the Humanities*, Amsterdam.

36 Un buen análisis de esta cuestión se encuentra en J. Hochfeld, «Matrializm historyczny a socjologia», incluido en el libro de Hochfeld mencionado en la nota anterior.

37 Además, la terminología usada será ligeramente diferente.

de la sociedad a través de las contradicciones no sólo no se deja de lado, sino que afirma explícitamente la formación de la imagen del pasado por la sociedad misma. Desde luego, dicha actividad sólo puede tener lugar en condiciones naturales específicas, que no son constantes, pero —de acuerdo con la dialéctica— están en el proceso constante del movimiento y el desarrollo, proceso que en este caso, también, tiene lugar por la superación de las contradicciones. Los todos naturales y sociales están, como subrayaron Marx y Engels, relacionados mutuamente. Junto a la suma de las contradicciones que «ponen a la naturaleza en movimiento», y la suma de las contradicciones que «ponen a la sociedad en movimiento», debe haber un punto de contacto de estos dos subsistemas. Y es en ese punto de contacto donde los fundadores del materialismo histórico descubrieron el estímulo básico de desarrollo de la historia de la humanidad.

Esto ocurre porque la principal contradicción que condiciona el desarrollo social está situada justo en el límite entre la naturaleza y la sociedad. Es la contradicción entre el hombre y la naturaleza la solución que da lugar al desarrollo de las fuerzas productivas [38].



Adviértase, en este sentido, la siguiente afirmación de Marx que explica el proceso del trabajo (es decir, el de la actividad del hombre): «El trabajo es, en primer lugar, un proceso en el que participan tanto el hombre como la naturaleza, y en el que el hombre, por propia decisión, empieza, regula y controla las reacciones materiales entre él y la naturaleza. Se enfrenta a la naturaleza como una fuerza perteneciente a ella, poniendo en movimiento brazos y piernas, cabeza y manos, las fuerzas naturales de su cuerpo, para utilizar los productos de la naturaleza de una forma adecuada a sus propios deseos. Con este actuar sobre el mundo externo y cambiarlo, cambia al mismo tiempo su propia naturaleza. Desarrolla sus poderes adormecidos y los obliga a actuar obedeciendo su poder» [39]. La contradicción entre el hombre y la naturaleza es dinámica, puesto que las fuerzas productivas que surgen como resultado de esa contradicción tienden a desarrollarse continuamente.

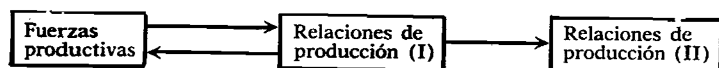
La segunda contradicción, que condiciona el desarrollo social y está estrechamente unida a la primera, concierne a la relación entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. «En la producción social de su vida, los hombres entran en relaciones definidas que son indispensables e independientes de su deseo, relaciones de producción que corresponden a un estado definido de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales» [40]. Entonces surge una contradicción entre las fuerzas de producción, que son más dinámicas, y las relaciones de producción, que son más inertes, ya que aquellos grupos sociales que tienen a su disposición la propiedad y el poder y por tanto determinan la naturaleza de la producción, y consiguien-

38 Cfr. J. Topolski, «Aktywistyczna koncepja procesu dziejowego» (El concepto activista de proceso histórico), *Studia Filozoficzne*, núm. 2, 1972, páginas 121-135.

39 K. Marx, *Capital*, vol. I, Chicago, 1915, págs. 197-198.

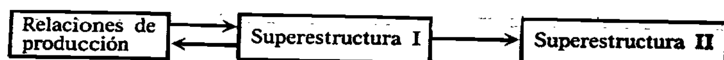
40 K. Marx, *Selected Works*, vol. I, pág. 328 (edición inglesa, 1949).

temente, las relaciones sociales, se oponen a los cambios que les serían desfavorables. La superación de esta contradicción da lugar al desarrollo de las relaciones de producción (I) que, al adecuarse al nivel de las fuerzas de producción, se convierten en relaciones de producción nuevas (II).



La contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción adopta varias formas. Su forma más manifiesta es la lucha de clases, es decir, el conflicto entre grupos de personas, algunos de los cuales están interesados en cambiar las relaciones de producción existentes, en asfaltar el camino para el desarrollo de nuevas fuerzas productivas, mientras que los otros se esfuerzan en conservar el estado actual de cosas.

La tercera contradicción fundamental en el macrosistema que es la sociedad tiene lugar entre las relaciones de producción y la denominada superestructura social, es decir, la «superestructura legal y política a la que corresponden formas definidas de conciencia social»[41]. Marx escribió que el estado de las instituciones, opiniones e ideas, tal como existe en una sociedad dada, esto es, en general, el estado de la conciencia humana, «debe explicarse más por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción»[42]. Mientras que las relaciones de producción son marcadamente estáticas, en comparación con las fuerzas de producción, la superestructura (como un todo) revela a su vez este rasgo, en comparación con las relaciones de producción. Los cambios en las relaciones de producción dan lugar a cambios de adaptación en la superestructura, porque la vieja superestructura (I) impide las transformaciones de las relaciones de producción. Así hay un conflicto, a nivel superestructural, entre aquellos elementos que sirven a las relaciones de producción existentes y aquellos que favorecen los cambios. Esto da lugar a la formación de una nueva superestructura (II), que, sin embargo, conserva muchos elementos viejos.



Estas tres contradicciones pueden ser interpretadas también como las leyes básicas del desarrollo social. Esta cuestión será tratada más adelante.

La teoría del materialismo histórico, al descubrir el mecanismo del desarrollo, proporciona un modelo específico para explicar la historia. Este modelo es dialéctico (con vistas al desarrollo), y por tanto, holista y dinámico (o estructural y genético). Este modelo indica el camino para la solución de uno de los problemas más desconcertantes de las ciencias sociales,

[41] *Ibidem:* «... worauf sich ein juristischer und politischer Ueberbau erhebt, und welcher bestimmte gesellschaftliche Bewubtseinformen entsprechen.»

[42] *Ibidem*, págs. 13-14: «... sondern mub vielmehr dies Bewubtsein aus den Widersprüchen des materiellen Lebens, aus dem vorhandenen Konflikt zwischen gesellschaftlichen Produktivkräften und Produktionsverhältnissen erklären.»

ción de uno de los problemas más desconcertantes de las ciencias sociales,

en concreto el de la unión del estudio de la estructura con el estudio de los cambios. Debe subrayarse, sin embargo, que todo esto es todavía, en gran parte, un postulado metodológico. En la práctica, la investigación metodológica sólo tiene, todavía, una orientación estructural, o sólo genética, y se ha hecho muy poco, hasta el momento, para combinar estas dos aproximaciones en una. Puesto que la aproximación genética parece lógica para los historiadores, parece que, para unir el estudio de la estructura con el de la génesis u origen, es necesario integrar la investigación histórica con la sociológica y con otras investigaciones (por ejemplo, económica), promovidas por las ciencias sociales que tienen una mayor orientación teórica. Las últimas disciplinas mencionadas proporcionan categorías conceptuales que son indispensables para una aproximación metodológica de orientación estructural. Se afirma, por supuesto, que el modelo dialéctico, o sea, el modelo que indica que las explicaciones deben buscarse en las contradicciones de los sistemas (estructuras) que se investigan, es tomado como punto de partida, es decir, como hipótesis heurística. El lugar donde deben buscarse esas contradicciones en el estudio del pasado de la humanidad, lo indica la teoría del materialismo histórico.

Las investigaciones basadas en el modelo dialéctico de explicación están ganando un reconocimiento cada vez mayor en todo el mundo. Junto a los historiadores de los países socialistas, grupos considerables de historiadores de otros países, también, están en favor de la interpretación marxista de la historia y del método dialéctico. Los primeros en escribir una historia según el modelo del materialismo dialéctico fueron líderes de la clase obrera, de quienes Lenin fue el más importante. M. Pokrovsky fue uno de los primeros historiadores profesionales que desarrolló la reflexión teórica sobre el pasado inspirada por la dialéctica materialista[43]. Después de la Segunda Guerra Mundial ha habido un destacado aumento de este tipo de investigación, estimulado además por el rechazo del culto a la personalidad (asociado con José Stalin), que suponía el dogmatismo en las ciencias sociales.

El intento de reconstruir los diversos tipos de reflexión metodológica en la investigación histórica hecho más arriba muestra que cada uno de ellos estaba en favor de una forma específica de ciencia histórica. Cada uno de ellos, consiguientemente, dio su propio modelo de narración y explicación, normalmente considerada como racional desde el punto de vista de las exigencias planteadas por los historiadores en un período concreto.

Pero, al margen del tipo de modelo, que para un historiador concreto significa una serie específica de reglas para los procedimientos de investigación, reglas lógicas desde el punto de vista de un objetivo determinado de investigación, podemos hablar de ciertos elementos básicos, pasos o formas de dichos procedimientos, que son característicos de cualquier reconstrucción del pasado. Así, en cada modelo, los resultados dependen, aparte de las fuentes, del objetivo y del conocimiento no basado en fuentes. La situación ideal sería aquella en la que el objetivo no sólo no estuviera en contradicción con las exigencias de la investigación científica, sino que estimulara dicha investigación, y en la que el historiador tuviera tal conocimiento no basado en fuentes que facilitara su investigación, en el máximo grado posible.

[43] Pokrovsky, *Istoriceskaya nauka i borba klasov*, vols. I-II, Moscú, 1933. M. Dubrovsky, «Akademik N. M. Pokrovsky i ego rol v razviti sovetskoy nauki», *Voprosy Istorii*, núm. 3, 1962, págs. 31-40.

Si afirmamos que el objetivo de todo científico, y por tanto, también de la investigación histórica, es adquirir el conocimiento del mundo real para satisfacer el viejo interés del hombre por el mundo que le rodea, del que forma parte, y para modificar ese mundo real, entonces podemos decir, en términos generales, que el grado en el que se puede obtener ese objetivo depende del conocimiento, basado y no basado en fuentes, que tenga el historiador, y de su capacidad para utilizar todo ese conocimiento.

TERCERA PARTE

LA METODOLOGIA OBJETIVA DE LA HISTORIA

X

Hechos históricos

1. *Notas preliminares*

Cuando un historiador se dispone a estudiar un fragmento elegido del pasado, tiene a su disposición, entre otras cosas, un conocimiento general específico del proceso histórico y un conocimiento más detallado de los problemas de la época y la región que investiga. Ese conocimiento general, cualquiera que sea su modelo y comoquiera que le ayude en su investigación, es uno de los principales elementos de lo que se llama el conocimiento no basado en fuentes de un historiador. Su estructura y funciones serán investigados con mayor detalle en la Cuarta Parte, cuando estudiemos los procedimientos en la investigación histórica.

En la Tercera Parte centraremos la atención en el ámbito de ese conocimiento general del proceso histórico que es indispensable para cualquier historiador. Este proceso debe entenderse de modo que abarque los cambios de dirección y los problemas de estructura, o sea, de modo que use el concepto de desarrollo, que es la síntesis de los cambios y la estructura y que es fundamental en toda investigación histórica. Más aún, el concepto de desarrollo debe interpretarse de modo que lo disociemos, no sólo de todas las concepciones que ven en el pasado el caos y nada más, sino también, e incluso quizá más firmemente, de muchas teorías sobre un curso cíclico de los acontecimientos, una evolución y un progreso que son independientes de las acciones humanas.

Sin olvidar que el hecho del desarrollo en el curso de los acontecimientos es crucial en nuestras investigaciones, realizaremos el análisis de la materia de la investigación histórica en dos niveles:

1) el primer nivel, más abstracto, atañe al concepto de hecho histórico, que, como se afirma normalmente, es el elemento primario del interés de un historiador;

2) el segundo nivel es el de un acercamiento directo a los problemas del proceso histórico y su mecanismo.

Para el análisis que vamos a realizar nos serán útiles ciertos conceptos cibernéticos.

2. *La controversia sobre el concepto de hecho histórico*

Muchas veces nos encontramos con un concepto nada claro de hecho histórico. Normalmente, los interesados comprenden las dificultades relacionadas con la explicación del término, pero no se deciden a sustituirlo por ningún otro. Un hecho histórico se considera como parte del proceso histórico, es decir, como un elemento de la materia de la investigación his-

tórica. Lo que se ha conseguido hasta el momento en el análisis del concepto de hecho histórico no va más allá de la esfera de ciertos problemas tradicionales. En general, se limitan a algunas propuestas de clasificación, generales y a veces contradictorias[1].

Un hecho histórico se interpreta de dos maneras en la literatura de la materia. La interpretación ontológica señala que un hecho histórico es «un objeto de investigación histórica» que existe objetivamente, es decir, independientemente de la materia de conocimiento, como «un suceso en sí mismo», como «lo que realmente fue», etcétera. En este sentido, la historia, que es la materia de la investigación histórica, es una serie específica de hechos, que un historiador reconstruye «reflejándolos» en su conciencia. La interpretación epistemológica y metodológica concierne precisamente a ese proceso de reconstrucción del pasado, o sea, se refiere a un hecho histórico como «una construcción científica» o «una interpretación de un suceso» por un historiador. Para distinguirlo de un suceso-hecho, esta reconstrucción hecha por un historiador (no una afirmación histórica, sino más bien «la materia prima» con la que se puede formar esa afirmación) comenzó a llamarse hecho historiográfico.

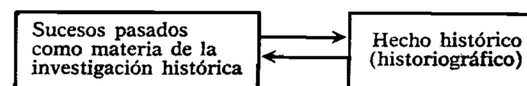
La interpretación de la relación entre estos dos aspectos de la comprensión de un hecho histórico tiene a su vez dos caras. A veces un hecho histórico se considera como una categoría ontológica y como una epistemológica, es decir, de modo que un hecho historiográfico se toma como un reflejo más o menos aproximado de un hecho considerado como una materia objetiva de conocimiento. Pero, por otro lado, hay también una fuerte tendencia a considerar el concepto de hecho histórico exclusivamente como una construcción científica, o sea, a relacionarlo sólo con un hecho historiográfico, sin buscar sus equivalencias directas entre los hechos pasados. El primer acercamiento es característico de los positivistas, que fueron los primeros en introducir el concepto de hecho histórico en la metodología de la historia. El último está relacionado con la reacción estructural antipositivista que se dio en la reflexión sobre el conocimiento histórico, una reacción que subrayaba el papel activo de la materia de conocimiento en el proceso de «crear» el pasado.

La interpretación positivista del hecho histórico es la más popular entre los historiadores; posiblemente, esto ocurre porque, a primera vista, es la más cercana al sentido común. Entonces se supone que el pasado está formado por un número adecuado de hechos —elementos del pasado— que un historiador, simplemente, reconstruye. Esta reconstrucción debe estar de acuerdo con esos hechos, y ese acuerdo, a su vez, es el criterio de veracidad de esa reconstrucción.

El acercamiento que ve en el hecho histórico, nada más, una construcción científica, es criticada a veces como una manifestación de subjetivismo, es decir, una tendencia del historiador a «crear» su propia realidad histórica[2]. Esta crítica es correcta sólo si la aceptación de un hecho histórico como una simple construcción científica va unida a la negación de la existencia de la realidad objetiva independiente de la materia de conocimiento, porque en tal caso nos encontramos, en realidad, con una construcción subjetiva del pasado hecha por un historiador.

Sin embargo, es posible aceptar la existencia de la realidad objetiva, independiente de la materia de conocimiento, y al mismo tiempo, sostener que esta realidad no es en absoluto una serie de hechos ya listos, que sólo necesitan reflejarse en la conciencia de uno y ser reconstruidos de esa forma. Se puede sugerir una interpretación del concepto de hecho histórico que acepte la existencia de una realidad histórica objetiva como objeto de estudio y la función cognoscitiva creativa de la mente de un historiador. Llamemos a esta interpretación dialéctica. Afirma que los hechos históricos son tan complejos y variados en su diversidad y relaciones mutuas que la construcción de los hechos (basada en afirmaciones simplificadoras) es un método inevitable para adquirir un conocimiento simplificado de ellos (que pueden adoptar la forma de modelos), de modo que nos acercamos a la verdad absoluta a través de verdades relativas y aproximadas. Esto no tiene nada que ver con el subjetivismo. Por el contrario, es la postura opuesta la que es una manifestación de un subjetivismo *sui generis* en la interpretación de los hechos históricos, puesto que nos hace ver una materia de investigación compleja y no totalmente conocida por medio de una reconstrucción de los hechos que coincide con esa materia de investigación sólo en opinión del investigador. En la interpretación dialéctica, hay una confrontación constante entre las realidades históricas, cuyo conocimiento invariablemente aumenta, y los hechos históricos tal como los construye el investigador. Esto significa que, sobre la base de un depósito de datos que crece o cambia, modificamos nuestras construcciones, que pasan de ser hipótesis menos concretas o menos firmemente apoyadas, a ser otras sustentadas con más fuerza. Un hecho histórico, tal como lo interpretan los positivistas, es decir, como un fragmento del pasado, pierde su *raison d'être* en la interpretación dialéctica, porque un hecho historiográfico no se refiere a un hecho histórico como equivalente suyo o como modelo original, sino a toda la compleja realidad que intentamos llegar a conocer construyendo los hechos (recurriendo a procedimientos que, quizá, no son los mejores). La interpretación dialéctica exige que, si se va a conservar el concepto de hecho histórico como materia de investigación en el proceso de construcción de hechos historiográficos, entonces debemos dar a ese concepto su significado propio. Esto lo analizaremos posteriormente.

Esquemáticamente, la interpretación dialéctica del concepto de hecho histórico puede representarse como sigue:



[1] Cfr. W. Kula, *Rozwazania o historii* (Reflexiones sobre la historia), Varsovia, 1958, págs. 61 y ss.; K. Budzyk, «Fakt historyczny, prawa rzadzace historia» (Hechos históricos, leyes que rigen la historia), *Przaglad Humanistyczny*, número 5, 1958; J. Dutkiewicz, «Fakt historyczny» (Hechos históricos), *Sprawozdania Lódzkiego Towarzystwa Naukowego*, vol. XIV, núm. 5, 1959, págs. 1-6; G. Labuda, «O metodyce ksztalcenia mlodych historyków» (Los métodos de formación de jóvenes historiadores), *Kwartalnik Historyczny*, núm. 3, 1960, pág. 766; C. Bobinska, *Historyk. Fakt. Metoda* (El historiador, el hecho, el método), Varsovia, 1964, págs. 21 y ss.

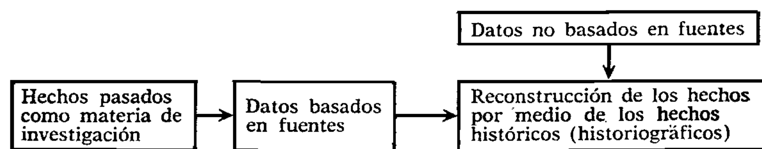
[2] La crítica en este sentido ha sido planteada por C. Bobinska, *op. cit.*, páginas 21 y ss.

La clasificación de los hechos históricos levanta controversias solamente ~~en lo que respecta a su división~~ entre simples (unitarios, parciales) y complejos (fenómenos, hechos a gran escala, hechos como procesos). Los hechos simples se consideran a veces como naturales (físicos, biológicos), que forman el contenido natural de un hecho histórico más o menos complejo, y a veces como aquellos hechos históricos que son menos complejos en comparación con otros. Sólo parece ser útil la división entre hechos simples y complejos, si no olvidamos que esto es relativo. El que un soldado fuera herido en un campo de batalla durante la Segunda Guerra Mundial sería clasificado, por tanto, como un hecho simple, mientras que la Segunda Guerra Mundial como un todo sería un hecho complejo. La referencia a los hechos naturales como elementos simples de hechos históricos, en los que estos últimos se pueden «descomponer», no mejora la clasificación desde el punto de vista del historiador. ¿Qué beneficio puede sacar de la afirmación de que un hecho complejo como la batalla de Grunwald y Tannenberg entre los Polacos y los Caballeros Teutónicos en 1410 incluía una serie de hechos «simples» como las diversas deformaciones de los objetos de metal cuando las espadas chocaban con los escudos?

Por tanto, la interpretación naturalista de los hechos simples no parece útil en la investigación histórica. Hay otras formas, mucho más evidentes, de clasificar los hechos según las esferas a las que pertenecen, que no requieren ninguna explicación más profunda: nos referimos a la clasificación de los hechos en económicos, políticos, culturales, etcétera. Es obvio que cada una de estas categorías puede dar lugar a varias discusiones.

También surgen controversias cuando hay que clasificar los hechos según su importancia. Las diferencias de opinión se centran en la cuestión de si todos los hechos del pasado son «históricos», es decir, si todo lo que ha ocurrido pertenece a la historia, o si sólo son históricos aquellos que son de algún modo más «importantes». La postura de que ciertos hechos del pasado deberían ser eliminados como no históricos discrepa de las exigencias básicas de la objetividad en la investigación científica. Un hecho más pequeño, que no es de ningún modo conspicuo, es parte de uno «más amplio», que sí tiene importancia a los ojos de todos.

También tenemos que señalar el concepto de hecho basado en fuentes, que a veces nos encontramos en el análisis metodológico. El término significa un reflejo de un hecho histórico en una fuente histórica. Este concepto sólo se puede adoptar basándose en un convenio, puesto que en el caso de una fuente histórica no tratamos con un hecho como tal: una fuente solamente proporciona datos sobre un hecho histórico que nosotros construimos usando además nuestros datos no basados en fuentes. Estas relaciones se pueden esquematizar como sigue:



Llegamos así a la conclusión de que un hecho histórico (historiográfico) se basa en el uso hecho por el historiador de datos basados y no basados en fuentes cuando emprende una reconstrucción científica del pasado. Pero esta reconstrucción, por definición, no puede ser la misma en el caso de todos los historiadores, ya que los historiadores se diferencian unos de otros por su conocimiento no basado en fuentes. Las reconstrucciones se ocupan de los hechos pasados. Se puede decir que el pasado consiste en hechos históricos, pero sólo con la condición de que esos hechos sean entendidos apropiadamente.

Por tanto, un historiador reconstruye el pasado por medio de la construcción de hechos históricos, pero, de algún modo, él es el «fabricante» de los hechos históricos: construyéndolos los trae a la vida de la sociedad, es decir, a la existencia en forma de una narración histórica que sea accesible a la sociedad. Si no hubiera sido por el trabajo del historiador no conoceríamos nada del pasado, excepto una vaga información transmitida por la tradición oral. El pasado, aunque en un tiempo tuvo su existencia objetiva, permanecería desconocido, y en ese sentido no existiría para nosotros. Todo trabajo histórico, tanto si reconstruye hechos históricos que eran desconocidos como si arroja una luz nueva y diferente sobre hechos que ya se conocen, no sólo describe el pasado, sino que lo «crea». El verbo *crear* está escrito entre comillas para indicar que esta forma de creación no tiene nada que ver con las concepciones subjetivas idealistas del conocimiento.

Finalmente está la cuestión de la relación entre el hecho histórico y el hecho social. La interpretación positivista de los hechos históricos, que es la que predomina, es básicamente estática, y por tanto en contradicción con la auténtica naturaleza del proceso histórico y de la investigación histórica. El concepto de hecho histórico es una concreción, aplicada a la historia, del concepto de hecho social, difundido sobre todo por la escuela de Durkheim y la sociología estructuralista (funcional). La sociología se ocupa de los hechos sociales, y del mismo modo la historia se ocupa de los hechos históricos. Pero esta afirmación no ha sido seguida de un análisis de la diferencia entre los acercamientos estructurales (funcionales) en sociología, y la necesidad de acercamientos dinámicos en la investigación histórica.

¿Cuál es la relación entre los hechos históricos y los hechos sociales? De cualquier modo es obvio que todo hecho histórico, simple o complejo, es un hecho social, y más aún si nos damos cuenta de que sólo existen el pasado y el futuro (ver más abajo), mientras que el presente es un concepto convencional. Por tanto, podemos abarcarlo con la definición formulada por S. Czarnowski, que dice que un hecho social es un hecho que «en su origen, proceso o resultado, está condicionado por la existencia de una comunidad humana» [3]. Así, por ejemplo, la muerte de Napoleón I, como la muerte de cualquier otra persona, es un hecho social (e histórico), porque aquí nos ocupamos no sólo del hecho biológico de la muerte de un ser humano, sino de la muerte de una persona que tenía un nombre, un apellido, una profesión o empleo, etcétera, y que por tanto era miembro de una comunidad concreta. Cada hecho social es también histórico en el sentido de que es producto de un desarrollo.

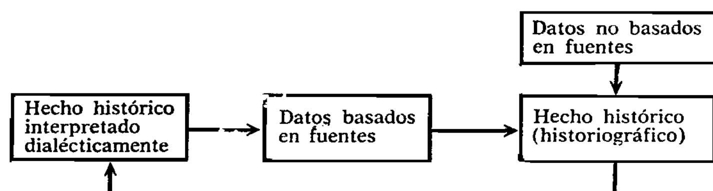
[3] S. Czarnowski, «Definicje i klasyfikacja faktów spolecznych», *Dziela* (Obras escogidas), vol. II, Varsovia, 1956, pág. 227.

Esta clase de «historicidad» es inherente a cualquier hecho social. Pero un hecho social no es necesariamente un hecho histórico, si lo examinamos sólo como elemento de la estructura social, sin tener en cuenta el factor desarrollo.

En conclusión, podemos decir que el concepto de hecho histórico requiere una reflexión sobre su lugar en una estructura y su papel en el proceso de cambio. Esto es más que una simple referencia al espacio y el tiempo, puesto que la localización en el espacio y el tiempo no es equivalente por sí sola al movimiento y el desarrollo.

3. *Características principales de la interpretación dialéctica del hecho histórico. Un hecho como sistema*

Para modificar el esquema anterior como sigue:



es decir, para unir el hecho histórico con el hecho historiográfico de modo que se conserve toda la complejidad de la realidad histórica como un todo estructural que está en estado de movimiento y desarrollo constante, tenemos que interpretar, como se ha dicho antes, los hechos dialécticamente. El hecho estático, tal como lo interpreta la teoría positivista, debe estar lleno de significado dinámico y holístico, es decir, un significado que integre los diferentes puntos de vista.

Esta interpretación del hecho histórico ha sido permitida por los conceptos proporcionados por el materialismo histórico, con el apoyo de los conceptos proporcionados por la cibernética. Podemos distinguir las siguientes características de la construcción dialéctica del hecho histórico, basada en el materialismo histórico: 1) el holismo y el dinamismo, 2) la naturaleza relativa de los determinantes temporales y espaciales, 3) la naturaleza material de un hecho dado. Estos rasgos serán tratados uno por uno, pero tenemos que subrayar sus interrelaciones, ya que todos ellos están basados en la dialéctica materialista.

El materialismo histórico puede describirse como un caso particular de una teoría que se ocupa del desarrollo de ciertos todos estructurales. La sociedad humana, que va de un estado de desarrollo a otro, es ese todo estructural analizado por la teoría del materialismo histórico. La importancia del holismo para los procesos integradores, que permiten unir resultados de varias investigaciones, es evidente si para contrastar indicamos las características principales de la tendencia opuesta, es decir, el atomismo o individualismo metodológico en la investigación social.

Este individualismo está representado principalmente por varios defensores del empirismo lógico y de la filosofía analítica. Aseguran que hablar de «todos» que son algo más que la simple suma de sus componentes respectivos es meterse en el terreno de la metafísica, es decir, discutir problemas

falsos. Por tanto, en el caso del individualismo metodológico no puede haber ninguna referencia a leyes aplicables a los «todos», ni a predicciones científicas aplicables a esos todos. Según el individualismo metodológico, «los constituyentes últimos del mundo social son personas individuales que actúan más o menos adecuadamente, a la luz de sus disposiciones y su comprensión de la situación. Cada situación social compleja, cada institución, cada suceso, es el resultado de una configuración particular de los individuos, sus disposiciones, situaciones, creencias, recursos físicos y medio ambiente»[4]. En esa teoría, se asegura que los todos no pueden observarse, pero se olvida el hecho de que tales todos pueden tener naturaleza teórica, y por tanto ser «reales», aunque no observables.

Los defensores del holismo y del dinamismo han encontrado recientemente un fuerte aliado en la cibernética: la serie de conceptos que usa esta disciplina, desarrollada principalmente como una manifestación de la necesidad de amplios acercamientos integrales, trabaja sobre el principio de la realimentación, facilitando así la integración de la ciencia. Pero mientras que la cibernética puede cooperar perfectamente con ese holismo característico del materialismo histórico, supone un golpe tanto para el individualismo como para el holismo idealista (metafísico), que la mayoría de las veces adopta la forma de un acercamiento teológico que afirma que todo está gobernado por una fuerza no material (la Idea, Dios, etcétera).

En cibernética, el concepto de todo tiene su equivalente en el concepto de sistema, que significa una serie de elementos que trabajan y se relacionan mutuamente, y en el concepto de estructura de un sistema, es decir, la red de conexiones entre los elementos. En el acercamiento cibernético, el hecho de que un sistema pueda incluir elementos heterogéneos no es un obstáculo, y por tanto no se tiene en cuenta una de las principales objeciones puestas por el individualismo contra el holismo.

Como ha demostrado O. Lange[5], lo cual —en opinión de este autor— merece ser apuntado al menos en términos generales, el análisis cibernético ofrece una prueba matemática del hecho de que ni el funcionamiento ni las propiedades de un sistema dado pueden inferirse del funcionamiento y las propiedades de cada uno de sus elementos. Por tanto, para averiguar el funcionamiento de un sistema no basta conocer la matriz que muestra el funcionamiento de sus elementos (la matriz de transformación, T), sino que es indispensable conocer también la matriz de la estructura de ese sistema, es decir, la red de conexiones (uniones) entre los elementos (la matriz de estructura, E), porque el funcionamiento del sistema como un todo depende de ese factor también. Así, si llamamos X al vector combinado de las condiciones de entrada de los elementos de un sistema concreto, consistente en los vectores de entrada de los diversos elementos, y llamamos Y al vector correspondiente a las condiciones de salida, el funcionamiento de ese sistema, según O. Lange, es mostrado por las fórmulas:

$$X' = TE\ (X)$$
$$Y' = ET\ (Y)$$

[4] J. N. Watkins, «Historical Explanation in the Social Science», en *Theories of History*, ed. cit., pág. 505.

[5] O. Lange, *Wholes and parts*, Oxford-Varsovia, 1965, en particular, páginas 1, 2, 17, 27, 29-32. El análisis dado aquí se basa en esta obra.

La introducción en el funcionamiento del sistema y de sus elementos del factor tiempo (llamado intervalo de tiempo para la respuesta), y por tanto de un análisis del desarrollo de ese sistema en el tiempo, muestra que la explicación del concepto de desarrollo no necesita ninguna referencia a fuerzas no materiales ni a ningún factor teológico inmanente de desarrollo. El acercamiento cibernético define estrictamente el concepto de contradicción dialéctica inherente a un sistema dado (en el sentido de la contradicción entre ciertas condiciones de entrada y de salida de determinados elementos) y proporciona una explicación que afirma que tal contradicción es la fuente del movimiento y del desarrollo espontáneo del sistema en cuestión. La ley matemática del movimiento de un sistema, con la consideración del factor tiempo, adopta la forma de ecuaciones vectoriales que determinan las relaciones entre las condiciones de entrada y de salida en un momento, *t*, y las correspondientes condiciones de entrada y de salida en momentos posteriores. En el caso de un solo proceso en el tiempo, las ecuaciones son:

$$X_{t+t'} = TE\ (X_t)$$
$$Y_{t+t'} = ET\ (Y_t)$$

donde *t* representa el momento inicial y *t'* el intervalo de tiempo para la respuesta.

Si el proceso, tanto continuo como discontinuo, es prolongado, la ley del movimiento de un sistema dado con la consideración del factor tiempo adopta una forma más complicada, en concreto la de ecuaciones de vectores diferenciales de grados superiores, que ilustran la serie de transformaciones, o en el caso de procesos continuos prolongados, la forma de ecuaciones de vectores integrales. Las soluciones, que muestran el proceso de desarrollo de un sistema dado, son denominadas por Lange la ley del desarrollo de ese sistema. En el proceso del desarrollo los diversos todos se combinan para formar sistemas más complejos que son cualitativamente nuevos en comparación con los anteriores.

El concepto de sistema, que es crucial en la cibernética, puede compararse al de hecho histórico cuando este último se interpreta estáticamente. Un hecho histórico interpretado dinámicamente, o sea, un hecho histórico en el verdadero sentido del término, tendría su equivalente en un sistema en proceso de transformación, o sea, que está yendo de un estado a otro. Es evidente que el concepto de sistema dinámico es muy general: un sistema puede ser comparativamente pequeño, o enormemente grande, caracterizado por la abundancia y complejidad de sus elementos[6]. Tenemos ejemplos de sistemas históricos en una formación socio-económica concreta, o en la Guerra del Peloponeso, en una manufactura concreta del siglo XVIII o en una determinada granja de campesinos.

Los cambios constantes en las condiciones de un sistema corresponden al proceso de su desarrollo. El concepto de proceso de desarrollo está estrechamente unido al auténtico concepto de sistema dinámico. Cuando señalamos el proceso del desarrollo de un sistema, esto supone que vemos la constante transformación de sus condiciones. Una formación socio-económica puede ser vista como un hecho histórico interpretado como un estado y como un hecho histórico interpretado como un proceso. Por tanto, el concepto de

[6] W. Ross Ashby, *An Introduction to Cybernetics*, Londres, 1958, pág. 62. Sobre el sistema social, ver también F. Znaniecki, *Wstep do socjologii*, Poznan, 1922, págs. 346 y ss.

sistema permite combinar la interpretación estática y dinámica de un hecho histórico. Esto reduce considerablemente la dificultad para abarcar los hechos históricos, dificultad que resulta de su cambio constante. Parece que la interpretación de los sucesos en términos de sistemas es más fértil que la que se hace en términos de hechos, a no ser que interpretemos un hecho histórico como un sistema, lo que se sugiere en este libro. Parece que la distinción entre el estado de un sistema y el desarrollo de ese sistema refleja la distinción entre los hechos interpretados como estados y los hechos interpretados como procesos.

Un sistema no es una entidad homogénea, y esa propiedad corresponde a los hechos históricos interpretados como sistemas, cada uno con una estructura muy compleja. Un sistema puede denominarse como una serie de elementos que trabajan relacionados mutuamente. Cada elemento de un sistema está influido por otros elementos (el medio ambiente del sistema) y a su vez influye sobre ese entorno. Los elementos, influidos por el entorno, adoptan varias condiciones específicas, denominadas condiciones de entrada. Estas condiciones, a su vez, influyen sobre el entorno de un elemento dado por las llamadas condiciones de salida[7]. Es obvio que los sistemas más pequeños funcionan como elementos de sistemas más grandes. Así, si algo se llama sistema o elemento, este término debe ser considerado en relación con el punto de referencia. La clasificación en sistemas y elementos podría equivaler a la clasificación en hechos simples y complejos. Parece que si el concepto de hecho está fabricado para abarcar un sistema y sus elementos, entonces el concepto es lo suficientemente amplio para abarcar los «todos» y sus componentes, y también el universo como el mayor macrosistema.

El concepto de hecho histórico podría reservarse para elementos activos nada más, pero eso no sería conveniente ni adecuado. En primer lugar, porque la clasificación en elementos y sistemas es relativa, ya que un sistema puede funcionar como elemento en un caso concreto, y viceversa, y en segundo lugar, porque aunque tratáramos de distinguir los elementos, no podríamos abarcar todo lo que interesa a la historia. Lo interpretaríamos de un modo individualista y no holista. Las leyes del desarrollo y movimiento de los «todos», como nos muestra también la cibernética, no se pueden deducir de elementos observables como la suma de sus acciones. Sólo es posible una interpretación dinámica si abarcamos un «todo» teniendo en cuenta la estructura y el desarrollo de un sistema. Por tanto, la comparación entre elementos y hechos todavía deja hechos en un nivel estático.

El mecanismo del desarrollo de sistema muestra que algunos sistemas o elementos dominan a otros. Esta dominación ocurre cuando el efecto de realimentación del otro elemento es débil o inexistente. Al mirar el proceso histórico encontramos a menudo que algunos elementos o sistemas influyen sobre otros más fuertemente de lo que a su vez son influidos por ellos. Estos elementos o sistemas más fuertes se suelen llamar factores de desarrollo. En la interpretación sugerida en este libro esto vale también para los hechos históricos. Puede haber equivalentes, por lo menos, de algunos de los llamados hechos importantes. Estos factores a menudo se consideran como algo más que hechos históricos, pero los argumentos aducidos más arriba no apoyan esta interpretación.

En resumen, este autor es favorable a una interpretación muy amplia de los hechos históricos, tan amplia que abarque toda la realidad histórica en

[7] O. Lange, *op. cit.*, pág. 4.

su existencia estática y dinámica. De este modo, los hechos históricos equivaldrían a la materia de la investigación histórica, y tomando la forma de los llamados hechos historiográficos, a un intento de reconstrucción de esa materia. Pero, a su vez, dicha materia de la investigación histórica no sería sólo una suma de hechos, como muchas veces se ha asegurado, sino un macrosistema enormemente complejo y complicado de sistemas más pequeños y elementos que cambian sin cesar y se desarrollan en toda su complejidad e innumerables relaciones mutuas, de acuerdo con las leyes de la dialéctica. Si adoptáramos cualquier otra interpretación, el concepto de hecho histórico en la metodología carecería de argumentos en su favor.

4. *Determinantes espacio-temporales de los hechos históricos*

Al margen de cómo interpretemos los hechos históricos (de forma positivista, estructural, dialéctica), cada hecho tiene sus determinantes espacio-temporales que le asignan un espacio y un tiempo como características inseparables. Por tanto, en el cuerpo de conocimientos de un historiador debe incluirse algún conocimiento de los problemas filosóficos de espacio y tiempo.

Al referirnos al tiempo y al espacio centraremos nuestra atención en: la naturaleza material y objetiva del tiempo y el espacio [8], la dirección del curso del tiempo [9] y los límites temporales de un hecho histórico.

El principio de que el tiempo y el espacio tienen un carácter material y objetivo ha encontrado nuevo apoyo, como es sabido, en la teoría de la relatividad, que es una transformación dialéctica de la teoría clásica del tiempo y el espacio. La afirmación de que un intervalo de tiempo entre dos sucesos cualesquiera es constante ha sido sustituida por la afirmación de que dicho intervalo es así solamente en un sistema concreto: en el universo como un todo no es absoluto, sino relativo. Sucesos que parecen ser simultáneos, si los observamos desde un determinado sistema, pueden mostrarse como no simultáneos si los observamos desde otro sistema. La distancia espacial entre los sucesos también es relativa. Las distancias, tanto en el espacio como en el tiempo, dependen de la velocidad con la que se mueven los cuerpos en cuestión.

Además de la afirmación de que el tiempo y el espacio dependen de la velocidad con que se mueven los cuerpos físicos, la teoría de la relatividad señala la interdependencia entre el intervalo de tiempo y la distancia espacial. Esto se refleja en el concepto de un espacio-tiempo (cuatridimensional) en el que el tiempo tiene una dimensión y el espacio, tres; es decir, en el que se conservan las características distintivas del espacio y del tiempo. Además del número diferente de dimensiones, el espacio es isotrópico y el tiempo es anisotrópico (corre en una dirección específica). En la teoría de la relatividad, la unión del tiempo y el espacio con los cuerpos materiales, sin los cuales no podrían existir ni el tiempo ni el espacio, y la indicación de la relación mutua

[8] Cfr. Z. Augustynek, «Czas i przestrzen a materia» (Tiempo y espacio contra materia), en *Jednosc materialna swiata* (La unidad material del mundo), Varsovia, 1961, págs. 205-254.

[9] Cfr. I. Szumilewicz, *O kierunlu uplywu czasu* (La dirección del curso del tiempo), Varsovia, 1964. Ver también Z. Zawisrki, «Rozwoj pojecia czasu» (La evolución del concepto de tiempo), *Kwartalnik Filozoficzny*, vol. 12, 1936, y H. Reichenbach, *Philosophie der Raum-Zeit-Lehre*, Berlín-Leipzig, 1928, y, del mismo autor, *The Direction of Time*, Berkeley, 1956. Esta última obra supone el mayor avance de la filosofía actual en la cuestión del tiempo.

entre el tiempo y el espacio, dan un apoyo dialéctico a la naturaleza objetiva de estas categorías. El tiempo y el espacio existen objetivamente, pero sólo junto con objetos materiales (los sucesos); por tanto, son de naturaleza material y objetiva (respecto a la materia de conocimiento). Una interpretación diferente de la naturaleza objetiva del espacio y el tiempo es la que daba, por ejemplo, I. Newton, que sostenía que el tiempo existe objetivamente, pero independiente de los sucesos; su concepción ya fue criticada por G. W. Leibniz. La teoría de la relatividad ha confirmado, por tanto, la convicción materialista de que el tiempo y el espacio son atributos de la materia. No hay que olvidar, sin embargo, que en la investigación histórica, que se ocupa sólo de un sistema (nuestro mundo, quizás con su «entorno más próximo»), usamos en la práctica las categorías absolutas de tiempo y espacio, características de la mecánica clásica y válidas en el entorno que conocemos por nuestra experiencia cotidiana.

Pero también podemos hablar de la relatividad del tiempo y el espacio en cuanto al estudio del pasado en un sentido muy diferente. En esta interpretación, la velocidad con la que se mueve el tiempo y las dimensiones del espacio dependen del criterio utilizado para valorar la duración de un proceso dado y la distancia espacial entre sucesos concretos. En tal caso, ese criterio se apoya sobre el conocimiento no basado en fuentes del historiador, que forma sus criterios de valoración. Según estos criterios, puede resultar que en algunos períodos el tiempo [10] transcurre «más rápidamente» y en otros más despacio, porque en algunas épocas los cambios que tienen lugar en la dirección que el historiador valora positivamente son bastante rápidos, mientras que, en otras, los cambios no son claramente visibles. En general, los historiadores están de acuerdo en que los cambios se acumulan en ciertos períodos, puesto que están de acuerdo en que el tiempo (llamémoslo tiempo histórico) fluye más rápidamente durante las revoluciones, las guerras, etcétera, cuando cada hora puede traer sistemas nuevos. En general, se puede decir que la aceleración del tiempo histórico se siente con relación a aquellos intervalos de tiempo en los que los pequeños cambios cuantitativos se convierten en sistemas cualitativamente nuevos. Esto vale, sobre todo, para aquellos sistemas que modifican claramente las condiciones de existencia social precedentes. En dichos períodos, el paso del tiempo se nota casi en el sentido literal de la palabra. La unión del tiempo histórico con el ritmo de desarrollo que resulta del choque de contradicciones supone la sensación de que el paso del tiempo no transcurre uniformemente, que late, junto con los sucesos, en la imagen del pasado. Esta presencia se refleja incluso en la forma exterior de la narración: comparemos el número de páginas dedicadas en los libros de texto de historia a la Revolución Francesa o a la Revolución de Octubre (si el autor de un libro de texto concreto sabe apreciar su papel en el pasado) con el número de páginas dedicadas a los tiempos tranquilos, y comparemos los resultados con la duración real de ambos períodos. El problema del tiempo histórico desde el punto de vista del estudio de la estructura de la conciencia social tiene una literatura muy amplia sobre

[10] Hay que hacer una distinción entre los distintos significados del término *tiempo*. K. Ajdukiewicz distingue cuatro significados: *a)* tiempo como un momento, un suceso puntual; *b)* período de tiempo (por ejemplo, el período de gobierno de Carlomagno); *c)* duración, es decir, la longitud de un período de tiempo (períodos de tiempo diferentes pueden tener la misma duración); *d)* el período de tiempo que comprende todo, el eje temporal infinito. En las narraciones históricas se pueden encontrar todos estos conceptos.

la materia, principalmente con un acercamiento sociológico [11], pero también los historiadores han estudiado la sensación del paso del tiempo en distintas épocas y en distintos grupos sociales [12]. Estas cuestiones están muy relacionadas con la conformación de las ideas sociales sobre la dirección del curso del tiempo, pero su estudio recae más sobre el campo de la historia de la conciencia histórica que en el de la metodología de la historia.

La sensación del espacio no es tampoco un simple equivalente de sus dimensiones objetivas. El historiador tiene que tener plena conciencia del hecho de que el papel de la distancia entre los sucesos ha variado de una época a otra y de un territorio a otro. W. Kula tiene razón al afirmar que «si debemos entender el aspecto espacial de las relaciones cambiantes, pasadas y presentes entre los individuos y los grupos humanos, no podemos conformarnos con contar la distancia en kilómetros a partir de mapas actuales. La tarea es mucho más compleja» [13]. Los avances en las comunicaciones y los transportes han dado lugar a un relativo acortamiento de las distancias, que de algún modo ha estrechado el espacio. Si, por ejemplo, hablamos de los comerciantes que solían visitar las ferias de Champagne en la Francia medieval, debemos recordar que algunos tenían que transportar sus mercancías a la feria durante un buen número de semanas. Una visita a una ciudad a pocas millas de distancia equivalía a una expedición, y enviar noticias a una persona era un problema, a pesar de algunos sistemas postales que fueron surgiendo en los tiempos modernos.

El acortamiento de distancias suponía la sensación de que el tiempo corría más deprisa. La mayor facilidad de contactos entre la gente aumentaba la vida social y contribuía, por tanto, a una acumulación de cambios. En resumen, para el hombre moderno el tiempo corre más rápido y el espacio es «más pequeño» (a pesar de todas sus conquistas en la exploración del globo) que para sus antecesores, quienes solían tener una expectativa de vida más corta, pero cuyo ritmo era más lento. No hay que olvidar tampoco que incluso los propios mapas pueden sugerir distintas ideas sobre la distribución espacial de los objetos y sucesos (por ejemplo, si difieren en las escalas): un mapa a pequeña escala puede dar la impresión de una concentración de sucesos mayor de lo que en realidad es.

En términos generales, los hechos históricos interpretados como equivalentes de los sucesos pasados remiten al pasado. El concepto de pasado presupone nuestra opinión de que el tiempo corre solamente en una dirección y el pasado queda siempre restringido para una persona concreta. Para un hombre que vivió en el siglo XVIII, la Primera Guerra Mundial no existió en el pasado. Para un hombre nacido, pongamos por caso, en 1905, este hecho pertenecía a su futuro, al principio, pero después se convirtió en un elemento de su pasado. Por tanto, toda persona tiene su lugar en el tiempo. En el caso de las predicciones científicas, el historiador cruza el punto que separa el pasado del futuro y empieza a ocuparse de este último. El concepto de presente es igualmente relativo. El presente no tiene ningún punto propio en

[11] Este punto ha sido subrayado, en particular, por los antropólogos culturales.

[12] Cfr. J. Le Goff, «Temps de l'église et temps du marchand», *Annales E. S. C.*, número 3, 1960. Ver también G. Beaujouan, «Le temps historique», en *L'Histoire et ses méthodes*, París, 1963, págs. 52-67, donde subraya la no-homogeneidad del tiempo histórico.

[13] W. Kula, *Problemy i metody historii gospodarczej* (Problemas y métodos de la historia económica), Varsovia, 1963, pág. 61.

el eje temporal, a no ser que lo consideremos como un punto sin dimensiones o lo definamos por medio de un convenio que puede ser, por ejemplo, que consideremos el año pasado, o los cinco últimos años, o los diez últimos años, como presente. Esto muestra que dicho convenio puede ser bastante arbitrario. También significa que la división entre pasado y futuro es convencional (una convención que no adopta una sola persona, sino un grupo social).

Por lo que concierne al conocimiento no basado en fuentes del historiador, su postura ante los argumentos en favor de una dirección del paso del tiempo no es diferente, ya que el problema está relacionado con el de la reversibilidad o irreversibilidad de los procesos históricos. La sensación de que el tiempo pasa solamente en una dirección es una de las más fundamentales del hombre, pero está basada exclusivamente en su experiencia, limitada a la aproximación del sentido común. Sin embargo, resulta que hoy no estamos todavía en condiciones de dar una respuesta que no sea ambigua a la cuestión de si el tiempo forma un continuo abierto o cerrado.

I. Szumilewicz clasificó las teorías sobre un curso dirigido del tiempo en tres grupos: las teorías causales, las teorías relacionadas con la entropía y las teorías basadas sobre modelos cosmológicos específicos [14]. Dice que las teorías del primer grupo, basadas en el principio de causalidad, que afirma que la causa es anterior al efecto, no bastan para decidir cuál es la dirección del curso del tiempo; sólo permiten definir la relación «estar entre», que ordena las series de sucesos simétricamente, sin ninguna dirección. Las teorías causales actuales sobre el curso del tiempo tienen sus principales representantes en H. Weyl y H. Reichenbach (en sus primeras épocas de actividad). Arguyen que la división entre pasado y futuro está condicionada por las propiedades objetivas del mundo, cuya estructura es causal. Las teorías basadas en la entropía parten de la afirmación de que la entropía tiende a aumentar en los sistemas (lo afirma el segundo principio de la termodinámica): esto significa una tendencia a desperdigar la energía en los sistemas y, por tanto, también en el universo. En física, el concepto de entropía se usa para describir (medir) ese desperdicio de energía. En último análisis, nos encontramos con el proceso de desperdicio de la energía térmica, un proceso que es irreversible. Pero el desarrollo de las ciencias naturales ha dirigido la atención a procesos que no están basados en la entropía. En el estado actual de los análisis parece justificado adoptar la división entre pasado y futuro, asumiendo el concepto de una dirección «local» del tiempo, que basta para estudiar la historia de la humanidad. No vamos a tener en cuenta aquí las teorías basadas en los modelos cosmológicos, ya que esto nos llevaría a una red de opiniones extremadamente controvertidas [15].

Los determinantes espacio-temporales de un hecho histórico concreto pueden definirse con un grado de precisión variable. Los avances en la medida del tiempo y del espacio (cfr. capítulos IV y V) han hecho posible definir dichos determinantes con bastante exactitud. Estas cuestiones pertenecen a la esfera de la cronología (medida del tiempo) y la geografía histórica y la metrología (medida del espacio) como disciplinas históricas auxiliares, de las que no nos ocuparemos mucho aquí.

No es fácil definir los límites cronológicos (el comienzo y el final) de un hecho histórico, es decir, relacionar ese hecho con su determinante temporal. Esto ocurre porque consideramos un hecho (excepto los llamados

[14] Cfr. I. Szumilewicz, *op. cit.*, en la nota 9, pág. 61.

[15] *Ibídem*, págs. 101 y ss.

hechos simples) como un sistema que sufre constantes transformaciones. Entonces, ¿cuándo termina un hecho y comienza otro que quizá puede ser el resultado del anterior?[16]. Esto depende de cómo construyamos un hecho historiográfico, que es la simplificación de un hecho (sistema) histórico desconocido, es decir, de cómo dibujamos nosotros mismos esos límites. Sólo podemos pedir atención para el hecho de que la demarcación de esos límites se ve facilitada si estudiamos los procesos de transición, en el pasado, de cambios cuantitativamente pequeños a cualidades nuevas. El concepto de una nueva cualidad es relativo, desde luego. Un hecho puede ser una nueva cualidad respecto a otros hechos «menores», pero puede ser, a su vez, una manifestación de un cambio cuantitativo visto desde el punto de vista de cualidades «mayores»[17]. Por ejemplo, la Batalla de Stalingrado, en 1942-1943, fue una nueva cualidad comparada con sus diversas etapas, pero en relación con la Segunda Guerra Mundial fue uno de sus cambios más importantes, un cambio cuantitativo que dio lugar a la victoria sobre el nazismo.

Hay hechos cuyos límites cronológicos son muy fáciles de definir. Abarcan, por ejemplo, el período del reinado de un determinado gobernante, que está limitado normalmente por la fecha en que tomó el poder y la fecha en que murió o fue privado del poder. Pero, por otro lado, no podemos decir con precisión cuándo empezó el capitalismo en Europa o cuándo terminó la Epoca de la Ilustración. En la práctica, los historiadores hacen referencia a tres clases de tiempo: corto (medido con un reloj), mediano (medido con un calendario) y largo (medido por años)[18].

La consideración del tiempo y el espacio como atributos de la materia implica la aceptación de los hechos históricos como algo que tiene naturaleza material. Un hecho histórico es una partícula del universo. La consideración del universo como algo material, que es el principio fundamental del materialismo dialéctico, implica también la aceptación de los hechos históricos como algo material. En este sentido es fundamental comprender exactamente lo que quiere decir el concepto de materia. Cuando analizamos el concepto de materia, especialmente tal como lo encontramos en las obras de Engels y Lenin, podemos llegar a la conclusión de que la materia tiene una existencia objetiva que está en relación específica con las materias de conocimiento y que tiene sus propiedades ontológicas específicas que nos permiten deducir que su existencia tiene un carácter físico. Cuando reflexionamos sobre la materia como algo que tiene una existencia física solemos subrayar el hecho de que sus propiedades están dadas subjetivamente en datos de interpretación y que la existencia física de la materia se refiere también a sus rasgos espacio-temporales y dinámicos, y que los diversos fragmentos de la materia tienen una interacción mutua. Esta naturaleza dinámica de la materia, y por tanto del universo, determina la aproximación del historiador al concepto de hecho histórico, que es entendido como un sistema dinámico y holístico que sufre un proceso de cambios constantes. En esta interpretación se subraya más la naturaleza holística de los sistemas de lo que se suele subrayar en la literatura marxista de la materia.

---

[16] Esta dificultad ha sido señalada por W. Kula en su *Rozwazania o historii*, edición citada, pág. 64.

[17] Este autor trató la cuestión con más detalle en *Historia Gospodarcza Polski* (Historia económica de Polonia), VIII Congreso de los Historiadores Polacos, 1960, págs. 73-75.

[18] Una clasificación semejante se encuentra en A. Cordolani, «Comput, Chronologie, Calendrier», en *L'Histoire et ses méthodes*, ed. cit., págs. 37-52.

La naturaleza dinámica de la materia, y por tanto de los hechos históricos, que ha sido tratada con mayor detalle antes, hace difícil establecer su identidad en las etapas respectivas de sus transformaciones, es decir, en los momentos t_1, t_2, ..., t_n. El problema es hasta qué etapa de transformación sigue siendo el mismo hecho y desde cuándo es uno nuevo, o sea, dónde termina un hecho, por ejemplo, en el t_{12} o en el t_{35} o en algún otro momento. La relación genética habla en favor de la identidad de un hecho concreto, *a*, en los momentos t_1, t_2, ..., t_n, mientras que las diferencias en las características de ese hecho en las diversas etapas del proceso de transformación hablan contra dicha identidad. En general, se puede decir que un hecho, *a*, en la práctica (es decir, para los propósitos de la investigación histórica), sigue siendo un hecho *a* mientras conserve una serie de propiedades sin las cuales no puede existir como hecho *a* desde el punto de vista del problema que tratamos. Por ejemplo, el feudalismo como sistema socio-económico (hecho *a*) existe mientras conserva sus propiedades fundamentales (la propiedad de la tierra por parte de la nobleza o clase media y la servidumbre de los campesinos). En cuanto las transformaciones acaban con estas dos características, el feudalismo deja de existir como feudalismo y se transforma, por ejemplo, en el capitalismo: el hecho *a* (un sistema socio-económico concreto) se ha convertido en el hecho *b*. En este caso ya no podemos hablar de identidad, a pesar de la relación genética entre los dos hechos.

En términos generales, en la investigación histórica, el considerar un hecho histórico cambiante como una entidad única es una simplificación necesaria. La tarea del historiador es no sobrepasar los límites de dicha simplificación, límites que están indicados por las características esenciales de un hecho concreto, adoptadas para los fines de la investigación determinada.

XI

El proceso histórico (causalidad y determinismo)

1. *El principio de causalidad como base para la afirmación sobre la regularidad de los hechos históricos*

La consideración de la materia como una entidad dinámica y la consiguiente consideración similar de los hechos históricos da lugar a la aceptación del principio de causalidad, que afirma que todo cambio en la naturaleza y en la sociedad es un resultado de la labor de causas específicas[1]. El principio de causalidad, a su vez, es la base de la afirmación sobre el carácter regular (nomológico) del universo. La última afirmación significa que no existen hechos que no estén condicionados. En una formulación más radical, ese condicionamiento va unido a la aceptación de las regularidades que gobiernan los cambios en la naturaleza y la sociedad (las afirmaciones sobre las regularidades se llaman leyes, ver capítulo XII). Una formulación menos radical se reduce a la aceptación de un condicionamiento causal. La última afirmación, menos radical, resulta ser, en la práctica, una negación de la regularidad de los hechos, como puede verse en muchas filosofías de la historia. Sin embargo, la afirmación de que los hechos están regidos por regularidades tiene un fuerte apoyo en los resultados de la investigación científica. Lo que queremos decir es que los resultados de la investigación se pueden interpretar, realmente, en términos de regularidad. Esto nos permite sacar conclusiones sobre las regularidades que rigen la materia de investigación y, por tanto, que rigen también los hechos históricos. Pero esto no significa que la aceptación de las regularidades en sentido gnoseológico suponga para todos los investigadores la aceptación de todas las conclusiones ontológicas que se derivan.

El paso necesario, a continuación, es un intento de explicación de términos como cambio, desarrollo, condicionamiento (dependencia) y causa (factor), que son de enorme importancia para el historiador. Para formular con precisión el significado de la palabra cambio debemos introducir primero el concepto de la diferencia entre los hechos que se combinan para formar la imagen de las condiciones reales de un período concreto (en la época *i*). El concepto de diferencia entre situaciones sociales (hechos históricos) es estático y se refiere al registro de las diferencias entre sociedades concretas (hechos históricos) observadas en un tiempo concreto, *i*. Si a esos hechos (sociedades) los llamamos *a*, *b*, *c*, ..., las diferentes condiciones predominantes en la época *i*, pueden llamarse $\{a_i, b_i, c_i, \ldots\}$

[1] Esto no quiere decir que la atribución de los sucesos a causas específicas deba ser necesariamente no-ambigua. Parece que no debemos esperar siempre que los mismos efectos sigan a las mismas causas. La cuestión debería ser tratada, sobre todo, por los filósofos.

En los primeros tiempos la reflexión sobre los hechos sociales prestaba atención, sobre todo, a las diferencias entre las condiciones reales de las diversas sociedades, etcétera. De aquí los intentos de explicación de los antiguos por medio del factor climático (cfr. Platón, Aristóteles). Las diferencias entre las condiciones de las diversas sociedades se mostraron como las más sorprendentes de todas.

El concepto de cambio implica además el de dirección: cuando atendemos a los cambios hacemos observaciones sucesivas de los mismos hechos históricos en momentos sucesivos. Gráficamente, son vectores que de forma extendida dan lugar a una matriz de cambios, que llamaremos *Z:*

$$Z = \begin{Vmatrix} a_1, & b_1, & c_1, & \ldots \\ a_2, & b_2, & c_2, & \ldots \\ a_3, & b_3, & c_3, & \ldots \\ \ldots & \ldots & \ldots & \ldots \\ a_n, & b_n, & c_n, & \ldots \end{Vmatrix}$$

Pero el simple registro de un cambio no explica de ningún modo la transición de $a_1, b_1, c_1, \ldots$, a $a_2, b_2, c_2, \ldots$, es decir, el mecanismo de transformación. La descripción de los cambios más la indicación de su mecanismo forman una descripción del desarrollo, como se ha dicho antes. Al intentar una explicación del desarrollo, el primer paso consiste en asumir que los elementos de un sistema en desarrollo concreto se condicionan mutuamente. Este condicionamiento implica alguna forma de unión de un elemento con otro y quizás es un equivalente del concepto cibernético de unión. El conocimiento de la red formada por dichas uniones (es decir, el conocimiento de la estructura del sistema en cuestión) permite averiguar el funcionamiento de ese sistema y, por tanto, su movimiento y su desarrollo. El conocimiento del funcionamiento de sus elementos, exclusivamente, no basta para este fin[2]. El condicionamiento puede valer sólo para dos elementos o dos sistemas, y entonces el conocimiento de ello basta para describir el funcionamiento de un elemento, pero no para describir el movimiento y el desarrollo de todo el sistema. El concepto de condicionamiento, que corresponde al de unión, no es idéntico, evidentemente, al de la red de uniones, aunque es su componente esencial.

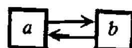
El proceso de desarrollo de un sistema puede interpretarse, según O. Lange, como un producto de la matriz de transformaciones (el modo de funcionar de los elementos) y la matriz de estructura (la red de uniones entre los elementos). Esto se expresa uniendo a la matriz de cambios una regla adecuada, que, según O. Lange, llamaremos el operador de transformación:

$$T \times Z$$

En cibernética se distinguen varios tipos de uniones, que podemos tomar como ejemplos de la clasificación de los condicionamientos de diversos tipos. Incluyen: uniones consecutivas (directas e indirectas), uniones de realimentación (negativas y positivas), que pueden ser directas o indirectas, y uniones paralelas[3]. En el caso de las uniones consecutivas, la relación entre los dos sistemas implicados tiene una sola dirección. En el caso de las uniones de

[2] Cfr. O. Lange, *op. cit* (en la nota 5 del cap. X), pág. 30.
[3] Cfr. H. Greniewski, *Cybernetics without Mathematics*, Oxford, 1960, páginas 31-44.

realimentación (o simplemente: realimentación), no sólo hay una unión consecutiva de un sistema *a* con un sistema *b*, sino también al revés. Podemos esquematizar una realimentación directa como sigue:



Por tanto, una realimentación puede partirse en, por lo menos, dos uniones consecutivas, de modo que cada una enlaza algunos sistemas o sus elementos en una sola dirección:



Una unión de realimentación de ciertos elementos puede designar también una unión paralela, que trataremos más tarde. Las uniones consecutivas representan la situación en la que, por lo menos, una salida de un sistema (elemento) *a* es al mismo tiempo una entrada de un sistema (elemento) *b*. La conexión de *a* y *b* significa aquí una acción de *a* sobre *b* y supone una transición de *a* a *b* y, por tanto, un paso del tiempo. Las uniones consecutivas son el tipo de condicionamientos entre los que tenemos que buscar el nexo causal, es decir, donde tenemos que buscar las interacciones entre los hechos que van de acuerdo con la dirección del curso del tiempo. Los condicionalistas [4] han intentado identificar las condiciones con las causas, defendiendo, por tanto, la eliminación del concepto de causa del lenguaje científico; esto fue el resultado de que aseguraran que todas las condiciones para que ocurra un hecho son igualmente importantes. Pero tenemos que distinguir entre un condicionamiento y un nexo causal, y no sólo en la investigación histórica. El concepto de condición es más amplio que el de causa, y no se puede llamar nexo causal a toda labor de un fragmento del universo material sobre otro fragmento (de un hecho histórico sobre otro) [5]. El concepto de causa, tanto principal como accesoria (lo cual, en su más amplio sentido, abarca el concepto de regularidad; ver capítulo XIII), debe reservarse para los condicionamientos (uniones) que son más necesarias para que ocurra un hecho posterior (efecto), aunque hay grados de necesidad. La búsqueda de dichos condicionamientos esenciales es tarea e interés de la investigación. Los métodos para encontrarlos serán tratados en la Quinta Parte del libro.

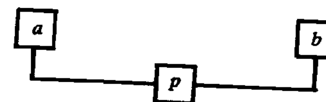
Este concepto de causa concuerda, en general, con los procedimientos usados en la práctica por los historiadores más interesados en averiguar las causas llamadas principales, esenciales, etcétera. La eficacia de tal búsqueda y de las opiniones de los diversos historiadores que están dispuestos a jurar que son ellos quienes han descubierto la causa real de un hecho concreto, es una historia diferente. M. Bloch distinguió, entre los antecedentes de los hechos (efectos) específicos, los más generales y más constantes (como la ley de gravedad que determina la trayectoria de los misiles en una batalla, que debe tenerse en cuenta al investigar las causas de la victoria de un bando), y, a continuación, las condiciones y las causas. «Los antecedentes más detallados, pero que tienen una cierta durabilidad, forman lo que se llama normalmente condiciones. La condición más específica, que en la serie de fuerzas generadoras representa los factores diferenciadores, es lo que se suele llamar causa. Se dice, por ejemplo, que en la época de la Ley, la inflación fue la causa del alza general de los precios. La existencia del medio económico francés, homogéneo y bastante consolidado por aquel entonces, fue simplemente una condición: facilitó la circulación del dinero, proceso que, al distribuir papel moneda por todas partes, provocó el alza, lo precedió y le sobrevivió» [6]. Así, el historiador separa la causa de la red de condiciones, trabajando sobre el principio de la unión consecutiva.

[4] El condicionalismo tiene como fundador a M. Verworn (1863-1921).

[5] El concepto materialista de causa se refiere a una acción de un objeto material sobre otro en la que está implicada una transmisión de energía (cfr. W. Krajewski, «Istota zwiazku przycznowego» (La esencia del nexo causal), *Studia Filozoficzne*, núm. 1, 1964, págs. 75-98). El mismo autor hace una distinción entre el concepto de causa de los espiritualistas (voluntaristas), racionalistas y fenomenalistas.

Los condicionamientos o uniones paralelas, distintos de las uniones o los condicionamientos consecutivos, en los que debemos buscar las causas, suelen ser (o por lo menos lo son algunos de ellos), junto con las uniones de realimentación, equivalentes a las relaciones simultáneas que podemos llamar estructurales o morfológicas. Esas relaciones reflejan la estructura del mundo. No señalan condicionamientos causales, sino que sólo subrayan el hecho de que no pueden existir elementos o sistemas específicos aislados, sino que es necesaria la concurrencia de otros sistemas o elementos. Por ejemplo, en el sistema capitalista, la existencia de la clase trabajadora no es una causa de la existencia de la clase capitalista, ni viceversa, aunque ninguna de las dos clases puede existir sola.

El siguiente esquema muestra una unión paralela simplificada (de dos elementos):



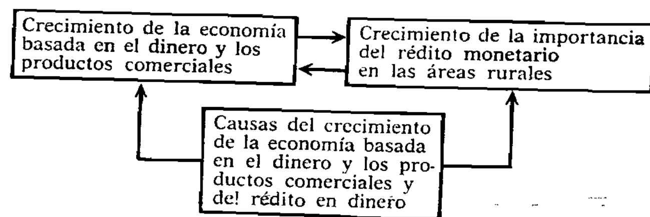
Como puede verse, la concurrencia de *a* y *b* en este tipo de unión se debe a (o se ve afectada por) un factor adicional *p*. En la terminología cibernética el esquema mostrado es el de un sistema de réplica. Se puede notar fácilmente que nos encontramos con uniones consecutivas, que ocurren simultáneamente, entre *a* y *p* y entre *p* y *b*. La unión paralela sólo se da entre *a* y *b*. En otras palabras, la existencia de una determinada estructura de ese fragmento del universo que se investiga es evocada por causas específicas. La concurrencia de la clase trabajadora y la clase capitalista, por ejemplo, tiene su causa en aquellos factores que produjeron el nacimiento del capitalismo. La existencia de una unión paralela entre *a* y *b* no excluye la existencia simultánea de una unión de realimentación entre ellos: por ejemplo, tal unión de realimentación existe entre la clase trabajadora y la clase capitalista, y se manifiesta, por ejemplo, en la lucha de clases.

No todas las uniones paralelas son condicionamientos estructurales. Aquí es de nuevo tarea del historiador (o quizá del sociólogo), encontrar, en la masa de uniones paralelas sin importancia, las uniones que tienen una importancia fundamental; debe hacerlo para poderlas clasificar adecuadamente, y para poder, por tanto, estructurar adecuadamente los hechos históricos de los que se ocupa. El indicar el sistema *p* saca a relucir la unidad última de las uniones consecutivas y paralelas, es decir, su unidad, cuando las examinamos desde el punto de vista direccional y estructural. Esta es una directriz de investigación muy importante, aunque, como hemos visto, sólo

[6] M. Bloch, *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*, París, 1949, página 100.

ha sido tenida plenamente en cuenta por el modelo dialéctico de investigación histórica. La mencionada unidad de uniones, sin embargo, implica que los condicionamientos consecutivos son los principales, y entre ellos hay que dar prioridad a los más fuertes de ellos, es decir, a los causales. Esto parece apoyar la afirmación anterior de que el principio de causalidad es la razón fundamental para decir que el universo se rige por regularidades.

Las uniones de realimentación, subrayadas en la cibernética, son muy útiles en la investigación histórica, ya que permiten a los historiadores interpretar de una forma más completa los hechos. Este concepto saca a relucir el carácter activo de todos los elementos de un sistema concreto, y elimina de ese modo la inclinación a interpretar el efecto como algo pasivo. He aquí un ejemplo. El rédito monetario, que en el siglo XVIII empezó a sustituir a los deberes que tenían los campesinos por su condición de siervos, nos plantea la pregunta sobre las causas de ese interesante hecho. Una de las causas que normalmente se apunta en este sentido es el desarrollo de la economía monetaria y de la producción comercial. Pero, a su vez, cuando explicamos el desarrollo de esa clase de economía en el siglo XVIII, nos referimos al hecho de que en las áreas rurales el dinero comenzó a reemplazar a las prestaciones derivadas de la condición servil de los campesinos. Parece que el problema puede explicarse si consideramos una unión paralela que muestra que tenemos que buscar una causa común que dio lugar a la concurrencia de la economía creciente basada en el dinero y en los productos comerciales, y a la importancia creciente del rédito en dinero, y también a una realimentación entre el crecimiento de los réditos y el mencionado tipo de economía:



Al señalar el papel de la realimentación subrayamos de nuevo que los condicionamientos causales son la manifestación principal de las relaciones en la naturaleza y la sociedad. El principio de causalidad demuestra ser una parte integral de la interpretación dinámica de la materia. No hay que olvidar que incluso los hechos más casuales tienen sus causas y son manifestaciones de las regularidades que los gobiernan. Esto ocurre porque un suceso casual es un concepto relativo: sólo es un hecho casual en relación con un hecho concreto, y en relación con otros hechos puede mostrarse como una manifestación normal de una regularidad. Trataremos esta cuestión más adelante.

2. *Determinismo e indeterminismo en la historia*

El problema del determinismo, es decir, el problema del principio que afirma que todos los fragmentos del universo tienen su condicionamiento,

está estrechamente unido al principio de causalidad como fundamento de la afirmación de que los hechos (tanto naturales como sociales) se rigen por regularidades. El principio de causalidad es la esencia o la principal manifestación del determinismo. Se puede decir, sin embargo, que el determinismo implica más que la causalidad, porque junto a la propia causalidad, acepta también la existencia de regularidades que determinan el funcionamiento de las causas. Por tanto, es un concepto que une el problema de las causas con el de las leyes, es decir, la causalidad con la interpretación nomotética.

La afirmación, hecha al principio de este capítulo, de que los condicionamientos implican la aceptación de la causalidad y la existencia de regularidades es determinista. La afirmación, reducida a la aceptación de los condicionamientos causales, es causalista. En este caso nos enfrentamos con el determinismo ontológico y el causalismo ontológico.

Pero surge una cuestión, si el causalismo que no acepta las regularidades supone siempre un indeterminismo, y, en general, cuáles son los límites entre el determinismo y el indeterminismo. Esto exige ciertas explicaciones preliminares, con las que comenzaremos nuestro análisis. Después procederemos a examinar, uno por uno, los problemas particulares del determinismo en la explicación de los sucesos pasados. Sólo con todos estos análisis podremos formular, en líneas generales, nuestra postura sobre el problema del determinismo en la historia.

K. Ajdukiewicz distinguía entre el determinismo ambiguo y el determinismo no ambiguo[7]. En lenguaje corriente, nos encontramos con el determinismo ambiguo cuando, para cada caso de comportamiento específico de un objeto x (o sea, un suceso x), siempre tenemos uno o más sucesos y cuya existencia va siempre acompañada de la existencia de x, pero de forma que en los distintos casos de existencia de x pueden existir diferentes sucesos y. El principio del determinismo no ambiguo exige que los sucesos y dependan sólo de x y no varíen, al margen de las diferentes formas de existencia de x[8]. Parece que esta distinción, más el hecho de que un determinista afirma que todos los sucesos se rigen por algunas regularidades o por condicionamientos causales bastante constantes (interpretados como no ambiguos o estadísticos) nos permite señalar otra diferencia entre el determinismo ambiguo y el no ambiguo: el determinismo no ambiguo afirma la existencia de regularidades no ambiguas que excluyen las regularidades estadísticas (posibilistas[9]), mientras que el determinismo ambiguo no excluye el último grupo de regularidades.

Surge la cuestión de si podemos hablar también de causalismo ambiguo y no ambiguo. La respuesta parece ser afirmativa. Y si las diferencias en las interpretaciones del determinismo van unidas a los tipos de regularidades aceptados, la diferenciación del causalismo debe ir unida a los tipos de acción causal específica, que puede ser ambigua o no ambigua. A este respecto, el determinismo ambiguo se ve reforzado en combinación con el causalismo no ambiguo. El causalismo no ambiguo (que utiliza el concepto de causa

[7] K. Ajdukiewicz, «O niektórych sposobach uzasadniania wlasciwych naukom przyrodniczym» (Sobre ciertos métodos de fundamentación que son específicos de la ciencia natural), en *Jezyk i poznanie* (Lenguaje y conocimiento), vol. I, Varsovia, 1960, págs. 72 y ss.

[8] *Ibidem*, pág. 74.

[9] El concepto de probabilidad en la investigación histórica será tratado más tarde.

como una acción física de un sistema sobre otro) afirma que las acciones físicas (por ejemplo, usando la energía) a las que está expuesto un sistema en un momento t_1 de una forma no ambigua determina el estado de ese sistema en un momento t_2. El causalismo no ambiguo admite una determinación probabilista en tales casos. Así, podemos distinguir entre el determinismo ambiguo y el no ambiguo en combinación con el causalismo ambiguo y el no ambiguo. Estas cuatro afirmaciones pueden formularse como afirmaciones metodológicas u ontológicas. Algunos investigadores que aceptan el determinismo en sentido metodológico, no lo aceptan como una afirmación sobre la estructura del universo. El acercamiento materialista consiste en aceptar el determinismo en sus dos formas.

El determinismo no ambiguo, combinado con el causalismo no ambiguo, puede denominarse determinismo radical[10]. El determinismo ambiguo, especialmente cuando se combina con el causalismo ambiguo, puede llamarse, en opinión de este autor, indeterminismo moderado, con la condición de que dicho indeterminismo acepte el causalismo.

La interpretación que niega que el universo se rige por regularidades, es decir, que no acepta la existencia de las regularidades y leyes no ambiguas, ni siquiera la de las regularidades estadísticas, puede ser llamado indeterminismo radical. Para un indeterminista radical el universo es un conjunto de sucesos que no están sujetos a ninguna regularidad. Suele aceptar el principio de causalidad, aunque sólo sea por el hecho de que es uno de los principios de conocimiento basado en el sentido común (ver capítulo X), pero muchas veces lo limita a las causas inmediatas y se niega a aceptar el condicionamiento causal indirecto. Así, un indeterminista radical dirá que la Primera Guerra Mundial fue causada por el asesinato de Sarajevo, y quizás llegará un poco más lejos en su análisis, pero se negará a buscar las causas, por ejemplo, en los conflictos económicos y políticos entre las grandes potencias. En la práctica, encontramos varios grados de indeterminismo radical. A menudo, este hecho se debe a que el historiador no tiene suficiente conocimiento no basado en fuentes, especialmente el conocimiento del mecanismo del proceso histórico. La investigación espontánea, bastante frecuente en el estudio de la historia, se limita necesariamente al descubrimiento de las causas directas, que son de poca importancia y, normalmente, de pequeño interés. No es posible un progreso en la cadena de causas sin la luz que arroja el auténtico conocimiento no basado en fuentes.

El indeterminismo radical suele aparecer en sus dos versiones combinadas, la ontológica y la gnoseológica. Por el contrario, el indeterminismo moderado puede aparecer, en su versión gnoseológica, con la versión ontológica del indeterminismo radical. De cualquier modo, el principio del indeterminismo radical en su versión gnoseológica y ontológica combinadas no ha avanzado en la ciencia contemporánea, ya que sería incompatible con el principio de que la investigación científica no debe limitarse a simples descripciones de los hechos.

Ahora bien, si rechazamos el indeterminismo radical, como se ha rechazado universalmente en su nivel epistemológico, queda una cuestión, cuál de las restantes orientaciones, el determinismo y el indeterminismo moderado

[10] La definición de E. Nagel es: «El determinismo en la historia es la tesis en que, para toda serie de acciones humanas, individuales o colectivas (...) hay un sistema que es determinante respecto a estas acciones». *(The Structure of Science*, Londres, 1961, pág. 595).

(que es el que admite las regularidades estadísticas junto a las regularidades no ambiguas), refleja mejor la estructura del mundo. En el materialismo dialéctico, la cuestión provoca controversias. Muchos autores están a favor de un indeterminismo moderado, al cual incluso llaman determinismo, por ejemplo, G. A. Svechnikov. Su postura se debe sobre todo a los últimos avances de la ciencia natural en el estudio de los procesos microscópicos, en particular la mecánica cuántica, que es de naturaleza estadística, y también al principio de indeterminación de W. Heisenberg, que establece que al estudiar las micropartículas es imposible hacer mediciones que no afecten a la partícula en cuestión.

La cuestión debe quedar abierta, porque no es posible excluir la existencia, en la naturaleza y en las sociedades humanas, de interacciones ambiguas, es decir, situaciones en las que las mismas causas, bajo las mismas circunstancias, producen efectos diferentes. La investigación futura, especialmente la que se ocupa de los procesos físicos, demostrará si está justificado dar tal libertad a los hechos. El problema es más claro que lo que respecta a las acciones humanas: las dificultades que se encuentran en la investigación social consisten en los constantes cambios de las condiciones sociales, lo cual, junto con lo intrincado de la vida social que incluye las acciones humanas conscientes, nos impide estar seguros de que comparamos exactamente las mismas situaciones.

El conocimiento del mundo se adquiere gradualmente, aunque T. S. Kuhn no se equivoca al asegurar que el desarrollo de la ciencia tiene lugar sobre todo a través de revoluciones sucesivas. La abundancia de hechos no se manifiesta inmediatamente *in toto*, y probablemente nunca lo hará. Por eso no hay que extrañarse de que un progreso en nuestro conocimiento del mundo nos revele amplias áreas que parecen indeterminadas para nosotros, pero que en realidad no tienen por qué serlo.

Respecto al estudio de hechos sociales, parece necesario distinguir entre el determinismo radical y el moderado. En la versión radical nos encontramos con un determinismo absoluto de todas las acciones humanas; esto indica la naturaleza necesaria de todo acto humano, y también, por tanto, de todo hecho histórico, ya que cada hecho histórico es efecto de una acción humana. En su forma más radical, esta opinión puede caer en el fatalismo, que tiene dos versiones, una materialista y otra idealista. En su versión moderada, el determinismo subraya el condicionamiento general de las acciones humanas, sin determinar de antemano la forma definida de las acciones de un hombre concreto.

3. *Regularidad y azar en la historia*

Hemos llegado así a la cuestión, muy discutida, del azar. Nuestra postura sobre el asunto se deduce de la opinión, descrita más arriba, sobre el determinismo y el indeterminismo. El problema puede resumirse como sigue, con especial referencia a la cuestión de los sucesos casuales:

tesis 1 — indeterminismo radical: no hay sucesos regulares, y por tanto todos los sucesos son sucesos casuales, aunque estén provocados por unas causas;

tesis 2 — indeterminismo moderado: hay sucesos regulares, que están determinados de una forma no ambigua, y sucesos casuales, es decir, no determinados, que llenan el margen entre la probabilidad considerable y la certeza;

tesis 3 — determinismo radical: todos los sucesós son regulares, no hay sucesos casuales;

tesis 4 — determinismo moderado (dialéctico): existen tanto los sucesos regulares como los casuales, pero los sucesos casuales sólo lo son aparentemente, en realidad están determinados; esto significa que cada suceso es a la vez un suceso regular y un suceso casual; es regular porque está unido a regularidades específicas; es un suceso casual porque puede no aparecer en la «superficie» de los hechos como un resultado del efecto de factores perturbadores, o porque puede manifestarse de forma desfigurada.

La tesis 4, que le parece la más convincente de todas a este autor, exige más elaboración. En favor de la afirmación de que los sucesos casuales en la historia lo son sólo aparentemente, se puede aducir el siguiente razonamiento: en primer lugar, se subraya la naturaleza relativa del concepto de azar. El punto de partida es la afirmación de que la existencia de un hecho concreto (hecho histórico) tiene que deberse a unas causas (en su sentido más amplio), que se pueden clasificar como principales (significativas) y secundarias. Las causas principales o factores (que incluyen las regularidades, ver capítulo XII) son necesarias para la existencia de una determinada clase de hechos, individuales o colectivos, porque determinan las características esenciales de un hecho y así justifican su inclusión en una clase concreta. Por ejemplo, hay una serie de causas principales que condicionan la aparición de las huelgas de los trabajadores en el sistema capitalista. Pero cualquier huelga concreta, es decir, su existencia, el momento de su aparición y su historia individual, que le hacen distinguirse en algo de todas las demás huelgas, dependen de una serie de causas que «cooperan» con las principales y que podemos llamar secundarias. Estas causas secundarias no aparecen nunca solas respecto a una clase concreta de hechos; van unidas a un hecho determinado por la causa principal o por una serie de causas principales. Es evidente que las causas principales tampoco aparecen aisladas, y su funcionamiento se manifiesta en la superficie en la acción recíproca de las causas secundarias. Los fundadores de la filosofía marxista formularon esto en la escueta frase que afirma que «la necesidad se manifiesta a través de los sucesos casuales». Las causas principales juntan una serie de hechos específicos, que son eslabones en las diversas cadenas de causas, y así hacen posible que un hecho concreto aparezca como elemento de una determinada clase de hechos. Pero puede ocurrir que una causa principal concreta (o una serie de causas principales) no logre juntar esos hechos específicos, proceso que es necesario para que ocurra un hecho histórico determinado. Esto sucede si las diversas causas secundarias, que son potenciales en el caso del hecho en cuestión, consiguen superar la labor de las principales. En tal caso, el suceso en cuestión no aparece. Por tanto, sólo aparece si los factores perturbadores no impiden a la causa principal que se manifieste. Si un hecho concreto no aparece, podemos sospechar que otra causa principal, más fuerte, intentó y consiguió evitar las causas accidentales que, en potencia, ayudarían a la causa rival. Dicha causa principal se denomina impedimento.

Como puede verse, la llamada necesidad se relaciona con el azar. Las causas accidentales son sucesos casuales respecto a las causas principales, pero son igualmente indispensables para la existencia de un hecho determinado. Se puede decir que el estallido de una huelga en un día concreto

es un suceso casual, que, sin embargo, manifiesta la necesidad de la lucha de los trabajadores para conseguir un mejor nivel de vida o unos derechos políticos. La forma de dicha lucha, su duración, etcétera, son también sucesos casuales. Llegamos así a la conclusión de que todos los hechos (tanto las causas como los efectos) son sucesos regulares (necesarios) y casuales. Son hechos casuales porque las características individuales son efectos de la labor de las causas accidentales, que son eslabones en varias cadenas de causas; su regularidad consiste en que son manifestaciones de la labor de la causa principal, que condiciona la verdadera existencia de un suceso de una categoría concreta, y también en el hecho de que las causas accidentales también están condicionadas por causas principales específicas.

Muchas veces se dice que los sucesos que se deben a causas principales son necesarios, y los que se deben a causas accidentales son sucesos casuales. Lo que se ha dicho más arriba demuestra que esta distinción es incorrecta. Las llamadas causas (factores) principales (significativas) nunca se manifiestan en su forma pura: provocan los sucesos a través, solamente, de las llamadas causas accidentales. En otras palabras, las causas indirectas (o «escondidas»), con las cuales podemos comparar las causas principales, trabajan sólo por medio de relaciones más directas, que hemos llamado aquí accidentales, aunque quizá sería mejor llamarlas más directas.

En último análisis, para que exista un hecho histórico dado, es necesario y suficiente que:

1) existan las causas principales;

2) que existan las causas accidentales, que trabajan en nombre de las causas principales mencionadas.

La serie de causas accidentales puede ser de varias clases. El punto de encuentro de las diversas cadenas causales, que incluyen las distintas causas accidentales, condicionadas por la labor de la causa principal, produce un hecho histórico específico, que por tanto es necesario desde un punto de vista y un suceso casual desde otro.

Esa naturaleza doble de los hechos históricos no se ha advertido muchas veces. Los materialistas activos en la época de la Ilustración (por ejemplo, Holbach) defendían el determinismo mecánico, y creían que todas las causas eran igualmente necesarias, sin hacer ninguna distinción entre principales y accidentales. El resultado obvio fue que subrayaban el papel del azar. Muchos representantes del ideografismo objetivo, que rechazaban el determinismo (por ejemplo, E. Meyer), pensaban que todos los sucesos históricos eran sucesos casuales, que debían situarse en los puntos de encuentro de varias cadenas independientes de causas y sucesos. Esta oscilación de puntos de vista entre los extremos refleja la naturaleza relativa del concepto de azar, y al mismo tiempo añade ambigüedad al concepto. Desde el punto de vista subjetivo, cuanto menos esperado es un hecho, o sus consecuencias, más casual es. Por tanto, el concepto de azar está sujeto a una gradación.

4. *El problema de la libre voluntad del individuo*

El siguiente problema que aparece es cómo conciliar el punto de vista determinista, aplicado a los hechos sociales (históricos) con la naturaleza consciente de la actividad humana. La formulación tradicional del problema consiste en preguntar el alcance del efecto de la libre voluntad del hombre sobre el curso de los acontecimientos y sobre el papel del individuo en la

historia. La primera de estas dos preguntas es la más importante: ya que si no admitimos ningún efecto de la libre voluntad humana sobre el curso de los acontecimientos, está fuera de lugar hablar sobre el papel del individuo en la historia, puesto que en tal interpretación la libre voluntad de ese individuo no puede manifestarse.

El problema de la libre voluntad del hombre ha acosado a los seguidores de diversos sistemas religiosos durante siglos. En particular, los filósofos cristianos han encarado el dilema de la aceptación de la libre voluntad del hombre (ya que hay que dar al hombre una oportunidad para elegir su conducta correcta) y la omnipotencia de la voluntad de Dios, que determina las acciones humanas. Se han sugerido varias soluciones a ese dilema; abarcan desde la doctrina de San Agustín sobre la predestinación hasta la opinión de Santo Tomás de Aquino, que admite un cierto grado de libre albedrío humano. El punto de vista de J. Maritain fue mencionado antes (capítulo VII). La posición adoptada por H. Butterfield es claramente determinista. Los filósofos cristianos suelen aceptar la libre voluntad del hombre, a pesar de las contradicciones internas mencionadas más arriba; al hacerlo, acusan al materialismo histórico de tener conclusiones fatalistas; en concreto, de eliminar la responsabilidad moral del hombre por sus actos: el hombre no debe ser responsable de lo que la «irremediabilidad histórica» le obliga a hacer.

El determinismo moderado (dialéctico) se separa firmemente de estas implicaciones fatalistas. Esta es una clara consecuencia del modelo dialéctico de desarrollo histórico, un modelo que atribuye un papel activo a todos los elementos del sistema que se desarrollan venciendo todas sus contradicciones internas. Las acciones humanas tienen un margen concreto de libertad: por un lado, ese margen es lo suficientemente grande como para permitir ver en el hombre al «hacedor» de la historia, y por otro lado, es lo suficientemente pequeño como para limitar las acciones humanas dentro del marco de las condiciones objetivas (que, en su parte social, son los resultados de las acciones humanas). Al establecer las metas de las acciones debemos tener en consideración estas condiciones objetivas (ver capítulo XXI).

Las restricciones de la libre actividad del hombre tienen dos caras: natural y social. Las primeras se deben al hecho de que el hombre es parte de la Naturaleza, y por tanto está sujeto a sus diversas leyes. Si quiere vivir, tiene que comer, beber, etcétera. En sus actividades debe tener en cuenta la fuerza de la gravedad, el hecho de que la radiactividad (por encima de un cierto nivel) es peligrosa para la salud e incluso para la vida, etcétera; todo esto se relaciona con un número enorme de casos. Es bien sabido que a lo largo de la historia el hombre va aumentando su dominio de las fuerzas de la Naturaleza, pero esto no consiste en cambiar sus leyes, sino en adquirir un mejor conocimiento de esas leyes y en usarlas para los propósitos humanos. Así, la creciente independencia del hombre respecto a la Naturaleza (que consiste en el hecho de que el hombre adquiere un mejor conocimiento de la Naturaleza y puede evitar más eficazmente muchas sorpresas) se combina con una dependencia creciente del hombre respecto a la naturaleza, puesto que cada vez la usa más y la encuentra más indispensable.

Las restricciones sociales sobre la actividad libre del hombre varían de carácter, pero en primer plano están dos tipos: en primer lugar, el hombre

tiene que actuar bajo condiciones que ha recibido y que no puede escoger. Así, ni siquiera el más ingenioso habitante de la antigua Roma tenía la oportunidad de construir un avión, o incluso inventos mucho más simples, porque el nivel de producción social en aquel tiempo no proporcionaba las condiciones necesarias para ese empeño. En segundo lugar, el hombre, al ser miembro de la sociedad, no actúa nunca aislado, sino que siempre pertenece a un determinado grupo social; el más importante, la clase social a la que pertenece. Así, las actividades del hombre están condicionadas en gran medida por su pertenencia a un grupo o clase. Esto confirma simplemente que las opiniones y la conducta de un hombre dependen de su situación social[11]. Y más aún, el hombre, como ciudadano de un determinado Estado, tiene que cumplir las leyes que están en vigor en ese Estado.

Estas restricciones no son absolutas. El hombre se ve mucho más limitado por las condiciones naturales que por las sociales, especialmente las segundas mencionadas más arriba. El hombre puede dejar de lado muchas de estas coacciones. Si actúa contra las leyes de la Naturaleza, lo cual es posible en un caso dado, se arriesga a sufrir daños en su salud, sufrimientos y aniquilación. Puede olvidarse del frío exterior y salir sin ropa adecuada, pero se arriesga a empeorar la salud. Puede intentar hervir agua mientras echa trozos de hielo dentro, pero no conseguirá su propósito. Así, el libre deseo del hombre se podrá manifestar incluso respecto a ciertas restricciones que le impone la Naturaleza.

En cuanto a las restricciones sociales, la libre voluntad del hombre tiene pocas oportunidades para manifestarse sobre las condiciones de vida que ha heredado. Puede ir en cabeza de su época, pero la distancia recorrida no será larga. Es mayor su oportunidad cuando trata de luchar contra una clase o un grupo, es decir, contra los intereses de dicha clase o dicho grupo.

Pero aunque nosotros, por supuesto, tenemos que recordar que la libre voluntad del hombre no se manifiesta de manera absoluta, sino de forma que está determinada por las restricciones mencionadas, no debemos creer que el principal campo de acción de la libre voluntad del hombre es el estado incompleto de las restricciones naturales y sociales. La principal esfera de acción del libre deseo del hombre hay que buscarla en el campo de las causas accidentales, en relación con lo anterior, es decir, el campo del azar. Los condicionamientos sociales y naturales forman el substrato de las acciones humanas. Este substrato consiste en varias leyes de la Naturaleza (más o menos universales) y leyes sociales (históricas), y también en las causas principales, mencionadas más arriba, que, por supuesto, pueden formar también un sistema propio. Así resulta que el libre albedrío del hombre ha quedado como una gama de acciones a través de las cuales las causas principales (y por medio de ellas, también las leyes históricas) se manifiestan. De qué modo se manifiestan esas causas, y lo que quizá es el problema, cuáles de ellas se manifiestan, son cuestiones que dependen de las acciones humanas definidas. En este caso, la labor del deseo libre es como sigue. Las acciones del hombre tienen un fin. Por tanto, la primera decisión que hace es sobre la elección de ese fin. Después, al intentar alcanzar

[11] A. Malewski sostenía la teoría de que las relaciones entre las situaciones de la vida humana, por un lado, y las opiniones y el comportamiento humano, por otro, son una de las tesis fundamentales en el materialismo histórico. (Cfr. A. Malewski, «Empiryczny sens teori materializmu historycznego», *Studia Filozoficzne*, núm. 2; 1957, págs. 63-68.

ese fin, afronta muchas veces la posibilidad de elegir distintas estrategias, es decir, juega una partida en el mundo. En las mismas situaciones, diversas personas pueden elegir diferentes fines y adoptar distintas estrategias para conseguirlos. Cuanto más conocemos el mundo, y, sobre todo, las regularidades que rigen el mundo, más posibilidades tenemos de elegir una estrategia mejor, es decir, la que tenga en cuenta esas regularidades. Por tanto, nuestra libertad es mayor, ya que es difícil decir que la libertad de andar a tientas en la oscuridad es una libertad plena. Llegamos así a la conocida formulación de que la libertad significa una necesidad comprendida. Esta afirmación, que encontramos en las obras de Spinoza y Hegel, fue elaborada por Marx y Engels, que la incluyeron en un modelo dialéctico del proceso histórico.

En resumen, podemos decir que las acciones humanas revelan el efecto de las causas principales y de las regularidades que centran dichas acciones. Pero ¿la posibilidad que tiene el individuo de tomar varias decisiones, como hemos dicho, no niega el principio del determinismo dialéctico? Se puede responder que no. Porque, aparte del hecho de que las acciones humanas están unidas a las causas principales y a las regularidades, cada decisión es resultado de motivos específicos, o, mejor dicho, la resultante de una larga serie de diversos motivos. Las decisiones humanas son regulares y están basadas en el azar: son regulares porque están relacionadas con una red de condicionamientos, y están basadas en el azar porque pueden variar de individuo a individuo.

También hay otra restricción sobre la libre voluntad: al intentar alcanzar sus respectivos fines, los individuos no suelen ser capaces de predecir las consecuencias sociales de sus acciones. Sus predicciones, la mayoría de las veces, se limitan a los resultados de las acciones individuales, y, más aún, a los resultados que no estén muy alejados en el tiempo. En un largo recorrido, y a escala social, los individuos pierden el control de las consecuencias de sus acciones. Por tanto, los efectos sociales de las acciones se convierten en una de las condiciones fundamentales de las acciones nuevas de los mismos u otros individuos[12]. Así podemos decir que cada acción humana tiene sus componentes subjetivos (fines y conocimiento) y objetivos (resultados).

5. *El papel de los individuos destacados en la historia*

A la luz de los análisis hechos hasta aquí, ¿cuál es el papel de los individuos destacados, es decir, la función del deseo de tales individuos? Dejando aparte, por el momento, las características que nos hacen distinguir a esos individuos destacados de entre la totalidad de los miembros

[12] Los problemas del azar y la necesidad y el libre albedrío fueron ampliamente tratados por K. Marx y F. Engels, que subrayaron las relaciones entre las acciones humanas y las condiciones existentes. Las acciones humanas con un propósito producen resultados que, a su vez, influyen en esas acciones. Estos resultados de las acciones humanas, a escala de masas, son, en otras palabras, las causas principales mencionadas y las regularidades (leyes) que influyen en las acciones humanas posteriores. En *Sobre Feuerbach* (1875), Marx escribió que «la doctrina materialista de que los hombres son productos de las circunstancias y la educación, y que, por tanto, los hombres cambiados son productos de otras circunstancias y de educación cambiada, olvida que son los hombres los que cambian las circunstancias y que el educador debe ser a su vez educado». *Selected works*, vol. II, ed. cit., págs. 365-366. De este modo es como trabajan las regularidades por medio de los sucesos de azar.

de una sociedad concreta, comencemos con la afirmación de que su papel es grande, y, sobre todo, definido estrictamente y además indispensable para el curso de los acontecimientos. En la literatura no marxista sobre la materia las apreciaciones sobre ese papel han oscilado entre dos extremos, uno, el concepto de héroes de Th. Carlyle, y el otro, la opinión fatalista de historiadores como Guizot, Mignet y Thierry, quienes se oponían a las interpretaciones, corrientes en la época de la Ilustración, que afirmaban, como dice Plejánov, que «las opiniones (es decir, la actividad consciente del individuo) gobiernan el mundo». Ninguno de estos acercamientos mostraban una comprensión del proceso histórico. En esa época el mecanismo del desarrollo fue comprendido solamente por Hegel, que inició la interpretación dialéctica del papel de los individuos destacados. Pero unió su papel excesivamente a la labor de las condiciones heredadas y a las funciones de las leyes del desarrollo, dejando muy poco espacio a la iniciativa creadora de dichos individuos. Sólo Marx y Engels vencieron la contradicción entre la aceptación del principio del determinismo y el reconocimiento del papel de los individuos en la historia.

Los autores marxistas que desarrollaron los puntos de vista de Marx y Engels (Y. Plejánov, K. Kautsky, N. Bukharin, A. Gramsci, y otros) están de acuerdo en dos cuestiones básicas: el condicionamiento de las acciones de los individuos destacados y el reconocimiento de su influencia, considerable y definida, en el curso de los acontecimientos. Por otro lado, hay diferencias de opinión sobre si se reconoce esa función a los individuos destacados en general, o a personas específicas. En otras palabras, algunos (que son mayoría)[13] sostienen que no es esencial saber qué individuos aparecen en el escenario de la historia, ya que, de cualquier modo, las regularidades históricas encontrarán siempre un instrumento de acción en un individuo, sea el que sea.

Así, aunque Cromwell no hubiera aparecido en un momento determinado de la historia, su papel habría sido interpretado por otra persona; del mismo modo, aunque Napoleón hubiera perdido la vida pronto, por ejemplo, en la batalla de Arcole, el giro fundamental en la historia de Francia hubiera permanecido. Otros tienden a atribuir mayor importancia a las personas específicas, y aseguran que fueron exactamente Cromwell y Napoleón quienes hicieron que los hechos tomaran un rumbo determinado. Sin ellos, el curso de los acontecimientos podría haber sido bastante distinto. Esta interpretación atribuye un papel importante a las personas particulares y no sólo a los individuos destacados en general.

En los escritos de los fundadores del marxismo encontramos una confirmación de la postura que combina estas dos interpretaciones. Puede describirse así:

Mientras que las acciones cotidianas de la gente, es decir, de todos los miembros de una sociedad dada, reflejan las causas accidentales, a través de las cuales se manifiestan las causas principales, las acciones de los individuos destacados tienen además una función centradora. De este modo, los individuos destacados son como organizadores que inician, en mayor o menor grado, y unen las acciones de las otras personas. Evidentemente, ni los individuos destacados ni el resto de la gente actúan aisladamente, sino como

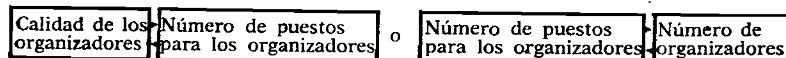
[13] Cfr. J. Wiatr, *Czlowiek i historia* (Hombre e historia), Varsovia, 1965, páginas 203 y ss. El libro es de carácter divulgativo, pero incluye un interesante resumen de las opiniones sobre el papel de los individuos destacados.

miembros de ciertos grupos sociales, de los cuales el más importante es la clase social. La suma de sus acciones constituye la acción de la clase respectiva. Como escribió Lenin, «las acciones de los individuos vivos dentro de cada formación socio-económica, acciones que son infinitamente variadas y aparentemente no sujetas a ninguna sistematización, han sido generalizadas y reducidas a acciones de grupos de individuos (...), acciones de clase (...)» [14].

Y. Plejánov llamó a los grandes hombres «iniciadores» [15], subrayando así una de las dos funciones, como hemos mencionado, que cumplen los individuos destacados en la historia. Este papel de iniciadores, que también unen las acciones de los otros, se les atribuye a los individuos destacados en general. Sin ellos, la sociedad estaría condenada a un estancamiento, y el desarrollo (o sea, las transformaciones de los sistemas) sería enormemente lento, especialmente de acuerdo con el ritmo de las leyes de la Naturaleza. Pero el hecho de que el hombre debe abastecer sus necesidades elementales le enfrenta con la Naturaleza, es decir, le hace intentar utilizar sus fuerzas.

A medida que la lucha del hombre con la Naturaleza intensifica la organización (o sea, la iniciativa y el concierto de esfuerzos), se hace cada vez más importante, ya que sin organización es imposible la satisfacción de las necesidades elementales del hombre, incluso en el estadio más temprano de la historia de la humanidad. Hay una demanda de organizadores que pueden ser predominantemente iniciadores o, sobre todo, coordinadores, o pueden combinar por igual las dos funciones. En el curso de la historia siempre hay que llenar sus lugares, ya que de otro modo la sociedad no podría funcionar y estaría sujeta a una auto-destrucción. El modo de reclutar a los dirigentes difiere, sin embargo, de un período a otro. A veces se abrieron oportunidades para los individuos dotados de talento, que así pudieron ascender en la escala social, pero muchas veces la sociedad puso freno a sus manifestaciones de talento y contribuyó así a hacer más lento el paso del desarrollo. Este último proceso podía consistir no sólo en evitar que la gente sobresaliente ocupase los lugares de los dirigentes, sino en abrir muy pocos de dichos lugares en un sistema social concreto. Las barreras de clase son el principal obstáculo al ascenso de los individuos con talento hasta las funciones de organizadores; es decir, que las barreras de clase son un obstáculo para la selección de los individuos más útiles.

Por otro lado, el grado de control del hombre sobre la Naturaleza, es decir, el grado de desarrollo de la producción y, consiguientemente, de toda la vida social, ha sido la condición más importante para la apertura de nuevos puestos de organizadores. Estas dos condiciones: el tipo de selección de los individuos para las posiciones dirigentes y el grado de control del hombre sobre la Naturaleza, que aumenta el número de esas posiciones, están estrechamente relacionadas; una es una función de la otra, de modo que una mejor capacidad de los organizadores ayuda a aumentar el número de puestos para los organizadores. Esto puede mostrarse por medio de los siguientes esquemas, que muestran la realimentación:



[14] V. Lenin, «El sentido económico de la Teoría de Narodniki y su crítica por Struve», en *Obras*, vol. I.

[15] G. Plejánov, *Über die Rolle der Persönlichkeit in der Geschichte*, edición citada, pág. 43.

A esta realimentación podríamos llamarla ley del progreso en la historia. Volveremos sobre esta cuestión, y por el momento nos limitamos a señalar el mencionado papel de los organizadores en el proceso histórico [16], es decir, el papel de aquellos cuya función es más importante que las de los otros miembros de la sociedad. Resulta que el acometimiento y la coordinación de las capacidades de los otros, es decir, el progreso interpretado como el surgimiento de sistemas cada vez más complejos, dirigidos a una satisfacción cada vez más amplia de las necesidades humanas, depende exactamente de los organizadores, suponiendo que éstos tengan buenas oportunidades para actuar, es decir, que sean bastante numerosos y sus normas sean las adecuadas [17]. Por tanto, este progreso puede ser más rápido o más lento según el nivel de los organizadores.

Esto nos acerca a subrayar el papel de los individuos específicos y no sólo el papel de los organizadores como grupo. Los individuos más o menos importantes, es decir, los que son más o menos eficaces para realizar sus funciones de organizadores y aunar las acciones de otros individuos, pueden subir a los puestos de organizadores, puestos cuyo número aumenta a medida que la sociedad se desarrolla. Ahora bien, cuanto más destacados sean los individuos que ascienden a tales posiciones, mayor será el desarrollo de la actividad social y más fuerte la concentración de dicha actividad, que recibe así una guía mejor. La fuerza del efecto social de una concentración así es a menudo enorme, como sabemos por la historia (por ejemplo, la Revolución de Octubre). Las actividades de diferentes individuos, orientadas hasta ese momento en varias direcciones, son sustituidas por una actividad ordenada, orientada hacia una sola dirección, lo cual marca el principal elemento nuevo de la nueva situación. La suma de fuerzas representadas por las actividades pluridireccionales de los diversos individuos, antes de que un individuo destacado se convierta en organizador, no necesita ser menor que la suma realizada después de que él aparezca en escena; como hemos dicho, el efecto consiste en el hecho de que la dirección es sólo una. Esta dirección, cuya fuerza está en proporción con lo destacado que sea el individuo en cuestión, cambia la red de enlaces en una parte concreta del sistema y hace que el sistema desarrolle nuevas contradicciones internas, que a su vez hay que vencer, y esto, como hemos visto, es la fuente de movimiento y desarrollo del sistema. Es evidente que la actividad de cada individuo, y no sólo de uno destacado, da lugar a cambios en los sistemas, pero los sistemas afectados en esos casos son relativamente pequeños, de modo que las contradicciones tienen menos importancia. Por otro lado, las decisiones sobre organización hechas por individuos destacados ponen en movimiento sistemas enteros, suponiendo, claro está, que sus decisiones consigan atraer a las masas y las hagan adoptar como propias las metas formuladas por un individuo destacado. Esto implica que las masas deben adoptar la ideología que sirve para conseguir esa meta (entendiendo la ideología como la formulación de la meta de la acción y la justificación de esa meta) y aceptar esa ideología como el sistema que guíe sus acciones. Un sistema así asegura el entendimiento entre los organizadores y el resto de la sociedad. Cuanto más dure y mejor formulado esté un sistema, más largo y mejor será ese entendimiento.

Por supuesto, no hay abismos como los que sugería Carlyle entre las masas y los individuos destacados. En primer lugar, la actividad de los indi-

[16] Este concepto es interpretado aquí de modo muy amplio.

[17] El concepto de «calidad» de un organizador será explicado más adelante.

viduos destacados es imposible sin la actividad de las masas. Los individuos deben tener en cuenta la actividad de las masas y no pueden contradecirla en su largo trayecto. En segundo lugar, los individuos destacados provienen de todos los estratos de la sociedad, en gran número. Cuando, al referirnos a individuos destacados, hablamos solamente de César, Carlomagno, Cromwell, Napoleón Bonaparte y Carlos Marx, estamos simplificando. Es cierto que éstos están entre las personalidades más eminentes de la historia de la humanidad, y que sin ellos la historia social habría sido bastante distinta: se puede dudar si la «epopeya» napoleónica habría tenido lugar sin Napoleón y si la transición de la revolución democrático-burguesa a la socialista en Rusia habría sido tan rápida sin Lenin.

Al lado de aquellos que son los más visibles en la arena de la historia debemos advertir que hay grandes huestes de individuos destacados, de diversas capacidades (incluso más cercanos a las masas), que aparecen en la sociedad. Entre ellos, por supuesto, no se incluyen todos los organizadores de la vida social, ya que algunos de ellos pueden no contribuir a nada, sino simplemente seguir a otros. Pero si esto es así, buscaremos a estos individuos entre los organizadores de la producción, los estudiosos y científicos, los políticos y los militares.

En tercer lugar, tenemos que subrayar el significado relativo del concepto «individuo destacado». Una persona puede ser destacada (en el sentido de que inicia u organiza las acciones) en un sistema específico, mientras que en otros sistemas puede ser guiado por otros organizadores. En cuarto lugar, el hecho de que una persona se haga destacada en la historia se debe normalmente a la existencia de condiciones específicas. Figuras mediocres e incluso grotescas han conseguido entrar a menudo en el feudo de la historia.

Marx, en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte,* escribió que quería mostrar «cómo la lucha de clases en Francia había creado las circunstancias y relaciones que permitieron que una mediocridad grotesca representara el papel de un héroe» [18]. Las condiciones que favorecen la formación de un área de acción de un individuo destacado son la labor de la sociedad como un todo, y más aún, ese individuo se desarrolla en el curso de la acción, es decir, en el curso de su cooperación con las masas. Sería absurdo afirmar que un individuo está totalmente formado ya antes de que comience a actuar. De qué modo se vea afectado por sus acciones es algo que, evidentemente, depende en gran medida de las características de ese individuo.

No se ha dicho nada hasta ahora sobre por qué ciertos individuos destacados son grandes, es decir, pueden actuar como iniciadores y coordinadores. Aquí señalaremos su propiedad básica, cuyo grado, alcanzado por una persona determinada, es la razón de su ascenso entre el término medio. Nos referimos a la capacidad de prever las consecuencias sociales de sus propias acciones junto con las acciones de aquellos sobre quienes trata de influir. Como hemos dicho antes, suele ocurrir que los individuos prevén las consecuencias más o menos directas de sus acciones, sin darse cuenta de cuáles serán los efectos sociales. Un individuo destacado, sin embargo, debido a su capacidad, más desarrollada, de predecir los desarrollos futuros, puede tomar decisiones apropiadas sobre sus acciones, y al realizarlas puede elegir las estrategias más eficaces. Es evidente que el grado que tienen diversos individuos destacados de esa capacidad para predecir desarrollos futuros varía

[18] K. Marx, *Der achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte,* Berlín, 1927, página 18.

de una persona a otra. Si el grado es mayor, un individuo destacado, en sus acciones, sigue las tendencias (o sea, las leyes y causas principales) que tienen más probabilidad de ganar, incluso aunque su victoria parezca en un principio problemática. En este grupo se incluyen, sobre todo, los dirigentes de las revoluciones victoriosas, como Cromwell, Robespierre y Lenin. Ellos se asociaron con aquellas fuerzas que podían proporcionarles victorias o, por lo menos, éxitos históricos enormes. Está claro que si las decisiones las hubieran hecho otras personas el curso de los acontecimientos podría haber sido diferente.

Si su capacidad para predecir los desarrollos futuros no es tan grande, y más aún, si no es capaz de ir más allá de los intereses de su clase, puede unirse a tendencias que parecen desarrollarse visiblemente, pero que no tienen oportunidad de un triunfo permanente. En este caso, la persona en cuestión actúa, hasta cierto punto, contra las masas, cuyas actividades cotidianas determinan las tendencias de los sucesos. El pasado ofrece muchos ejemplos de estos individuos que sirvieron a intereses que diferían de los intereses de las masas. Tales personas contribuyen a la materialización de ciertos procesos que más tarde, enfrentados con la mayor fuerza de las masas, tienen que ser modificados.

Podemos indicar otra característica de los individuos destacados: comprenden cuándo es el momento más ventajoso para la acción y saben cómo beneficiarse de esto. Esta propiedad se debe a su capacidad para comprender las situaciones existentes con sus implicaciones a largo plazo. Como puede verse, la naturaleza de las características que buscamos en los individuos destacados consiste, sobre todo, en su capacidad para unir sus acciones con las de las masas.

Hemos llegado así a las fuentes del mecanismo de ese autodinamismo de desarrollo al que nos hemos referido ya en muchas ocasiones. Podemos ver que el autodinamismo dialéctico aplicado a la sociedad está estrechamente unido al énfasis sobre el papel activo de todos los individuos, asignando un papel especial a los individuos destacados (organizadores). Sin esta última categoría de personas, las acciones de diversos individuos podían estar tan desperdigadas que el desarrollo y el progreso serían enormemente lentos. La actitud activa de las masas y de los individuos destacados nos hace sustituir, en lo que se refiere al desarrollo social, el término autodinamismo (que se reserva para el mundo en general) por el de activismo, que evita todas las alusiones al automatismo en la vida social. Resulta que, a pesar de todas las restricciones, la libre voluntad del hombre tiene un margen tan amplio que no exageramos al asegurar que la historia está hecha por seres humanos que no están sujetos a ninguna «necesidad inevitable».

6. *Fatalismo y teleología. El problema del determinismo en la explicación de los hechos pasados*

Los principios del determinismo dialéctico, que acepta el papel del azar y de la libre voluntad de los individuos en el curso de la historia, pero que les asigna, a estas dos categorías, sus lugares específicos en el proceso histórico, difieren mucho de la visión fatalista (o cripto-fatalista) y su variante teleológica (o cripto-teleológica). El fatalismo afirma que los sucesos seguirán un dirección específica, sin tener en cuenta las acciones humanas. Sin embargo, esto no quiere decir que el fatalismo implique siempre un abandono de toda actividad (excepto las acciones absolutamente indispensables). Esta

opinión puede incluir una actitud activa si va acompañada por la convicción de que las acciones específicas son una necesidad predeterminada, o pasiva (quietista) si va acompañada por la convicción de que las personas tienen que acatar pasivamente la labor de una voluntad superior. La primera opinión da lugar, por ejemplo, al fanatismo religioso (por ejemplo, el de los seguidores de Mahoma), y la última, a las diversas ideologías contemplativas.

El teleologismo asegura que todas las cosas de la Naturaleza y de la sociedad han sido dispuestas por una fuerza superior (por ejemplo, Dios), con arreglo a ciertos propósitos. Se le ha asignado estrictamente un lugar a cada elemento del mundo, y los seres humanos sólo pueden adquirir el conocimiento de ese orden de cosas, pero no pueden cambiarlo. En la práctica, ésta es también la base del fatalismo, aunque de forma quizás menos extrema. La opinión teleológica puede tener varias versiones. La más extremista (Platón, San Agustín, Santo Tomás de Aquino y otros) asegura que la intervención de la fuerza superior en el curso del mundo es constante; según la postura menos extremista (Descartes), un «primer paso» bastó para que funcionara por *sí* mismo el mecanismo dirigido a un fin. El espacio entre estas dos opiniones está ocupado por las opiniones «fatalistas» de los historiadores (ver capítulo VI) que aseguran que el curso de los acontecimientos está guiado por un «espíritu de la época» o un «espíritu de la nación». En biología, los vitalistas formularon una teoría parecida, diciendo que el factor que guía el desarrollo de los organismos es lo que ellos llamaban la fuerza vital.

El fatalismo (junto con el teleologismo) fue, durante siglos, la visión dominante en la historia, ya que estaba inevitablemente conectada con la opinión espiritualista que acepta la omnipotencia de las fuerzas espirituales. Pero el materialismo mecanicista también llevaba, en último análisis, a conclusiones fatalistas que podemos ilustrar con la teoría de las leyes del progreso, expuesta por los materialistas del siglo XVIII (cfr. capítulo VI): en esa teoría no quedaba espacio para un papel activo de los individuos en la historia.

Pero no hay que subrayar estas materias, que son más o menos conocidas. Vamos a tratar ahora el problema del determinismo en la explicación de los hechos pasados refiriéndonos a varios factores (geográfico, biológico y determinismo económico). Todas estas variedades de determinismo, si no son parte integrante del modelo dialéctico de proceso histórico, son en realidad manifestaciones del fatalismo.

Nuestros análisis abarcarán sólo el determinismo geográfico y hasta cierto punto recordarán y ampliarán los comentarios hechos en la Segunda Parte. Sobre el determinismo geográfico ha habido muchos malentendidos y cosas pasadas por alto, en silencio.

En primer lugar, tenemos que distinguir entre el determinismo geográfico, que es sinónimo de fatalismo, el posibilismo geográfico, y el determinismo geográfico dialéctico, que es parte de la teoría del desarrollo histórico. Este último se opone al fatalismo, mientras que las implicaciones del posibilismo pueden variar según las opiniones de sus representantes sobre el curso de la historia. Hay que prestar también atención al papel variable del determinismo geográfico en los diversos períodos del desarrollo de las ideas sociales e históricas.

Nuestro punto de partida será la clasificación (cfr. capítulo X) de las categorías: diferencias (entre sistemas observados al mismo tiempo), cambios (de sistemas observados en distintos momentos), y desarrollo (que tiene en cuenta el factor cambio). El énfasis puesto en el factor geográfico para explicar las diferencias en las situaciones de las sociedades ha jugado un papel especial. El señalar el entorno geográfico, y especialmente el clima, como un factor que explica las diferencias entre las situaciones y características de diversas sociedades, ha tenido los antecedentes más antiguos y prolongados. Hipócrates (460-377 a. C.) suele ser el primer autor anotado en relación con esto. El pensaba que las personas que habitan territorios marcados por amplias variaciones en el clima son más cambiables que las que habitan territorios más tranquilos. Podemos encontrar referencias al efecto del clima sobre la población en Platón (427-347 a. C.), en su *República*, y en particular en la *Política* de Aristóteles (384-322 a. C.), donde se usa el factor climático para explicar las supuestamente excepcionales cualidades intelectuales y políticas de los griegos[19]. Hay que anotar, sin embargo, que incluso en la Antigüedad se vio el surgimiento del punto de vista opuesto, que adelantaba en siglos a las ideas sociales predominantes. Fue Estrabón *(c.* 63-*c.* 25 d. C.), el geógrafo tan penetrante intelectualmente, quien, a la vez que tomaba el factor geográfico en cuenta, recomendaba buscar otras causas que explicaran las diferencias en el arte, formas de gobierno, costumbres y maneras, carácter nacional, etc. Más aún, creía que esas diferencias se debían a ciertas «fuentes internas»[20]. En ese momento, casi tocó el enigma del desarrollo. Estrabón consideraba el factor geográfico como uno de los muchos elementos de una estructura concreta, un factor que tiene su papel en el proceso del desarrollo, pero no como una fuerza geográfica exterior cuyo impacto sobre la sociedad adopta varias formas, sino como unidireccional e inevitable.

A pesar de todas estas limitaciones, la propuesta, en la Antigüedad, del factor geográfico como una explicación de las diferencias en las situaciones de las diversas sociedades fue un avance considerable del pensamiento científico. Era un testimonio a favor de la formulación de preguntas racionales sobre las causas de las diferenciaciones en el mundo humano. Es evidente que cuando, al buscar respuestas para las preguntas mencionadas, no se hicieron referencias a la historia social y a la explicación de las condiciones posteriores por medio de las situaciones anteriores, se prestó atención, comprensiblemente, al entorno del hombre como *la* (o al menos *una)* explicación.

En la Edad Media se veía una explicación final en los factores sobrenaturales. Encontramos ideas interesantes en las obras de los autores árabes solamente, en particular Ibn Khaldun (cfr. capítulo IV). En opinión de este autor, él anticipó el llamado posibilismo geográfico, en concreto la teoría que considera que el entorno geográfico forma la serie de condiciones y posibilidades que el hombre puede utilizar. Determinan que el hombre elija un determinado comportamiento, que, sin embargo, puede tener muchas variaciones. Esto significaba un rechazo de las implicaciones fatalistas del antiguo determinismo geográfico. Como en el caso de los autores mencionados previamente, Ibn Khaldun se interesaba principalmente por el clima. En su opinión, un buen clima era una condición *sine qua non* de la existencia de la vida social, pero no una explicación suficiente de las formas que esa vida social asume.

En la época moderna, la discusión sobre el papel del factor geográfico en la historia fue iniciada por J. Bodin. Ese factor atrajo la atención de los

[19] Ver el análisis de esas partes de obras antiguas en F. I. Teggart, *Theory and Processes of History*, ed. cit., pág. 174.

[20] Para un análisis de las opiniones de Estrabón (pero que no saca a relucir los factores indicados aquí), ver H. Becker, H. E. Barnes, *op. cit.*, págs. 250-252.

estudiosos como resultado de la expansión europea y del período de los grandes descubrimientos. Cuando los estudiosos se dieron cuenta de la existencia, fuera de Europa, de gentes diferentes con sus variados modos de vida, intentaron explicar las diferencias que veían. Pensaban también que era lógico y racional asociar esas diferencias a las diferencias del entorno geográfico, más aún, porque se ocupaban, sobre todo, de las diferencias en la civilización material, tipos de consumo, así como características étnicas y nacionales, más que de los tipos de modos de producción Bodin siguió el mismo modelo[21]. Subrayó principalmente las diferencias de mentalidad entre los habitantes del Hemisferio Norte y los del Hemisferio Sur. A partir de su época, el entorno geográfico ganó importancia en las explicaciones de las diferencias en las situaciones y carácter de varios pueblos. Esto significaba una oposición a la interpretación providencialista de la historia, y en ese sentido tuvo una significación considerable en la evolución de las opiniones sobre la sociedad y la historia social.

A partir del Renacimiento, la terminología usada en las reflexiones sobre los sucesos pasados incorporó gradualmente el concepto de progreso, y más tarde, en el período de dominación de las ideas positivistas, el de evolución. Del primer desarrollo son características las obras de Ch. Perrault (siglo XVII) y J. A. Condorcet (siglo XVIII), y del último, las de A. Comte, Ch. Darwin, H. Spencer y muchos antropólogos culturales, como E. B. Taylor. Mientras que la teoría de la evolución revolucionó el desarrollo de la ciencia natural, ya que se había pensado anteriormente que la Naturaleza no tenía historia, en el área de la ciencia social, especialmente en la historia, supuso la resurrección de la Ilustración con su concepto de progreso. Pero en la segunda mitad del siglo XIX, ese concepto era mucho menos estimulante de lo que había sido antes. La hegemonía, en las ciencias sociales, de los modelos de metodología sacados de la ciencia natural, supuso un paso atrás, especialmente en lo referente a la adopción, en la investigación histórica, del concepto de desarrollo. El problema de la explicación del curso concreto de los acontecimientos permanecía abierto. La gente sabía que los sucesos siguen el camino del progreso, pero no sabía de qué dependían los sucesivos cambios en las situaciones sociales. Esto dio lugar al problema de la explicación de aquellos cambios que habían surgido como resultado de unos estudios. Todas estas circunstancias contribuyeron gradualmente a la formulación de la teoría de los factores[22] en la explicación del pasado (cfr. capítulo VI). Esa teoría consistía en señalar un factor concreto (el entorno geográfico, la raza, la densidad de población, la política del Estado, la economía, etc.) como la causa latente de los cambios. La teoría de los factores fue un añadido importante al concepto de progreso, pero también suponía el peligro de dar demasiada importancia a esos factores y, por tanto, el peligro del determinismo geográfico en la explicación de los cambios. Esto ocurría porque, además de poner énfasis sobre alguno de los factores, no se hacía un acercamiento integral a la sociedad como una estructura concreta, internamente coherente.

[21] Cfr. *Methodus ad facilem historiarum cognitionem*, 1566, y *Les six livres de la république*, 1576.

[22] El término fue introducido por A. Labriola (ver su «Del materialismo storico», en *Saggi sul materialismo storico*, 1946, págs. 99 y ss.), y más tarde, por G. Plejánov, en *Materialisticeskoe ponimane istorii* (La interpretación materialista de la historia), 1897.

Ch. Montesquieu era un eminente defensor de la teoría de los factores, y ponía el acento en el clima. Sus comentarios sobre el efecto del clima en el hombre y su historia estaban basados en la amplia literatura de la materia. Como escribió F. J. Teggart, «en las discusiones de la teoría de la influencia del clima se suele pasar directamente de la obra de Bodin a la de Montesquieu. Sin embargo, este procedimiento pasa por alto el importante hecho de que la teoría fue mantenida comúnmente, y frecuentemente adelantada, en los siglos XVII y XVIII, por personas como Bonhours, Chardin, Fontenelle, Madame Decier, y más especialmente por el Abad du Bos»[23]. A esa lista podríamos añadir los nombres de Montaigne, Bacon y Vico.

Montesquieu usó como fuente básica *Essay Concerning the Effects of Air on Human Bodies*, de J. Arbuthnoth (1733), y en su *Esprit des lois* (1748) se ocupó más de analizar las diferencias en los rasgos característicos de la gente que vive en diferentes climas que en averiguar las causas de los cambios. Después de todo, esto era, aunque en grado variable, típico de los representantes de la teoría de los factores. En los análisis de Montesquieu, las explicaciones de los cambios estaban unidas, principalmente, a las leyes del progreso, y las explicaciones de las diferencias, al efecto de los factores. Montesquieu se refería al clima para explicar las religiones inmutables, las costumbres y leyes del Oriente, porque el clima no inclina a la gente a hacer esfuerzos. También advirtió la influencia de otros factores, pero sostenía que el clima era el más importante de todos. Hasta cierto punto, advirtió las relaciones entre el entorno geográfico y el tipo de producción, pero no elaboró esa nueva idea suya[24].

El determinismo climatológico, animado por Montesquieu, se hizo muy popular entre los autores de la Epoca de la Ilustración. Por supuesto, había referencias directas a los autores antiguos, con Hipócrates en primer lugar. El acercamiento unilateral de Montesquieu también fue criticado, y esa crítica contribuyó a una mejor comprensión del papel del factor geográfico en las explicaciones históricas. La crítica vino, sobre todo, de A. R. J. Turgot, que señaló el hecho de que el entorno geográfico cambia muy poco, mientras que las sociedades pueden cambiar muy rápidamente. Estos cambios se deben a los contactos entre pueblos de un nivel bajo de cultura y otros que han alcanzado un mayor nivel de desarrollo intelectual. D. Hume (1771-1776)[25] adelantó ideas parecidas. Montesquieu fue criticado también por C. A. Helvetius (1715-71) y P. H. D. Holbach (1723-89)[26], que pensaban que otros factores distintos del entorno geográfico eran decisivos para los cambios sociales.

La crítica de J. G. Herder[27] siguió un camino diferente: no sólo analizaba el clima como causa posible de los cambios, sino, como hemos mencionado más arriba, anticipó la interpretación dialéctica del progreso, que más tarde sería desarrollada por Marx y Engels. Aceptó el importante papel del clima que contribuye al hecho de que «la fortuna del mundo, todo lo que el

[23] F. J. Teggart, *Theories and Processes of History*, ed. cit., pág. 176.

[24] Cfr. J. Litwin, *Szkice krytyczne o determinizmie geograficznym* (Ensayos críticos sobre el determinismo geográfico), Varsovia, 1956, pág. 14.

[25] Cfr. F. J. Teggart, *op. cit.*, págs. 180 y ss.; H. Becker, H. E. Barnes, *op. citada*, págs. 526-527.

[26] Cfr. J. Litwin, *op. cit.*, pág. 33.

[27] Cfr. E. Adler, *Herder i Oswiecenie niemieckie* (Herder y la ilustración alemana), Varsovia, 1965, págs. 222-238.

hombre hace y sostiene, cambie»[28], pero también señaló el influjo del hombre sobre el entorno geográfico. Apoyó un posibilismo cuando escribía que «el clima no obliga, sino que induce y desarrolla una disposición ligera en los seres humanos»[29]. En resumen, en las obras de Herder encontramos una mezcla de la aceptación de las leyes del progreso que funcionan como las Moiras, de la teoría de los factores aplicada a un análisis del cambio social, y de una formulación nuclear de la teoría del desarrollo dialéctico de las sociedades humanas. Herder no comprendió que abarcar el curso de los acontecimientos no basta para conocer el estado de sociedades concretas en cierto momento —junto al conocimiento de los factores del cambio y las leyes del progreso—, ya que el investigador debe tener en consideración, ante todo, la historia global de las sociedades en cuestión. En el siglo XIX, el materialismo histórico fue la única teoría que tomó y desarrolló los elementos dialécticos formulados en la Epoca de la Ilustración.

El período positivista estuvo marcado por la hegemonía de la teoría de los factores en su forma pura, como complemento a las leyes del progreso, estas últimas interpretadas ahistóricamente. Podrían anotarse muchos ejemplos. El caso característico es el de H. Taine, en el estudio de la historia cultural, y el de H. T. Buckle, en cuanto a la civilización (material). Su *History of Civilization in England*, como es sabido, influyó considerablemente en la literatura histórica por su racionalismo y su optimismo epistemológico. Aparte de formular leyes del progreso, que, en último análisis, en su opinión, depende de los avances de la ciencia, Buckle tuvo en consideración el efecto de varios factores; el factor geográfico (clima) sobre todo. Buckle no era un determinista geográfico en el pleno sentido del término, no como F. Ratzel, el fundador de la antropogeografía y la geopolítica (*Anthropogeographie*, 1882-1891; *Politische Geographie*, 1897). Desde el punto de vista científico, sus opiniones sobre la explicación de los hechos en aquella época marcaron un paso atrás, mientras que políticamente se convirtieron en la cobertura teórica del imperialismo alemán, con su lucha por el *Lebensraum*[30]. La geopolítica se introdujo en muchas obras estudiosas; señalaba las consecuencias prácticas de la teoría de los factores, ya que el papel de los diversos factores puede exagerarse de una forma incontrolada por otras consideraciones históricas. Esto ocurrió porque los factores quedaban, como si dijéramos, fuera de la corriente de los hechos históricos.

La reacción anti-positivista consistió, sobre todo, en señalar los problemas de estructura, evitados hasta entonces. En comparación con el evolucionismo, esto marcó un progreso claro en la comprensión de los hechos históricos. Pero, como hemos mostrado, en la interpretación de los historiadores estructuralistas, el curso de los acontecimientos forma una serie de estructuras, y su investigación en el orden cronológico de aparición se convierte en la observación de varios estados en diferentes períodos de tiempo. Por tanto, es todavía un estudio de los cambios, no un estudio del desarrollo. El factor geográfico explica una configuración concreta de los elementos de una estructura, pero no explica el desarrollo. En este caso, como en el caso del acercamiento evolucionista, se le puede atribuir excesiva importancia al factor geográfico, de modo que una interpretación posibilista tiende hacia el determinismo. Estas consecuencias se pueden encontrar en muchas obras que postulan un estudio histórico de las condiciones climáticas[31]. En Francia, es E. LeRoy Ladurie quien se ha hecho recientemente muy conocido en relación con esto[32].

[28] Mencionado por E. Adler, *op. cit.*, pág. 225.
[29] *Ibídem*, pág. 227.
[30] En este sentido, véase una obra determinista semejante de E. Huntington. *Civilisation and Climate*, New Haven, 1915.

El énfasis puesto por los historiadores franceses en la importancia del entorno geográfico en el curso de la historia se debe, en parte, a su estrecha cooperación con los geógrafos que representan la llamada *géographie humaine* (opuesta al determinismo de Ratzel) y propone el posibilismo. Esto se refiere, sobre todo, a P. Vidal de la Blache (*Tableau de la géographie de la France*, 1903)[33].

El enigma del desarrollo, cuya resolución intuitiva se ha alcanzado muchas veces, casi, desde la antigüedad (esto se refiere, sobre todo, a Herder), no llegó a ser resuelto, como es sabido, hasta Hegel, Marx y Engels. En su visión del papel del entorno geográfico, Hegel se acercó al materialismo histórico[34]. En su interpretación, el entorno geográfico es una serie de posibilidades que el hombre puede convertir en condiciones reales específicas. Su acercamiento podría denominarse posibilismo dialéctico, distinto del posibilismo evolucionista o estructural. Señalaba una constante interacción entre el hombre y su entorno geográfico. Esta interacción puede demostrarse con la condición de que se abandonen las consideraciones puramente climatológicas y que los recursos naturales, que condicionan la producción de mercancías, se confirmen como el elemento importante del entorno geográfico. Esto lo cumplía Hegel. El posibilismo no dialéctico no veía en esta interacción la fuente del desarrollo, sino solamente un factor que condiciona los lazos entre los elementos de una estructura concreta en un momento determinado. La concepción de Hegel estaba bloqueada por la opinión de que la Naturaleza es inmutable y no tiene historia. Pero, por otro lado, esa opinión podía haberse convertido en un estímulo que ayudara a desarrollar la concepción dialéctica de la relación mutua entre el hombre y la Naturaleza. Más tarde, cuando —siguiendo el advenimiento de la teoría evolucionista— la Naturaleza se convirtió también en un fenómeno histórico, la idea de que el cambio social debe ser explicado por factores naturales se hizo más evidente.

El materialismo dialéctico e histórico, al unir la interpretación direccional y estructural de la historia, y al vencer así la visión unilateral del estructuralismo y del evolucionismo, ofrecía una interpretación que no deja espacio al determinismo geográfico, porque se supone que los elementos de cada sistema están unidos entre sí: los elementos se influyen mutuamente y, al surgir las contradicciones, dan lugar a un desarrollo del sistema. Por tanto, en esta interpretación, el entorno geográfico no se puede considerar como un factor externo y autónomo; en relación con todo el sistema es siempre un objeto de acción constante de un hombre que, de ese modo, lo configura dentro del sistema. En una interpretación estática esta situación externa

[31] Cfr. J. Topolski, «O tak zwanym kryzysie gospodasczym XVII wieku w Europie» (La llamada depresión económica en la Europa del siglo XVII), *Kwartalnik Historyczny*, núm. 23, 1962, págs. 370-371.
[32] Cfr. E. Le Roy Ladurie, «Histoire et Climat», *Annales*, núm. 1, 1959, páginas 13-14. Los estudios históricos sobre el clima tienen ahora una inmensa literatura, muy caracterizada por el determinismo geográfico.
[33] Cfr. L. Febvre, *A geographical Introduction to History*, Londres, 1932.
[34] Un análisis detallado de las opiniones de Hegel sobre el entorno geográfico fue hecho por J. Litwin, *op. cit.*, págs. 35 y ss.

del entorno geográfico era posible, porque no atañía a ninguna interacción constante de los elementos. La dependencia del hombre respecto a la Naturaleza es resultado de su necesidad de satisfacer sus propias necesidades, y consiste, por tanto, principalmente, en el proceso de producción. La dependencia del hombre respecto a la Naturaleza es dialéctica, lo cual quiere decir que cuanto más controla la Naturaleza, más la necesita y más depende de ella. En este sentido, la opinión remanente del determinismo geográfico, que establece que cuanto menor es el nivel de desarrollo social, mayor es la dependencia humana de la Naturaleza, no es correcta. El hombre utiliza gradualmente las diversas esferas de su entorno natural, lo cual, a su vez, da lugar a una ampliación del concepto de entorno geográfico[35]. La contradicción dialéctica entre el hombre y su entorno natural se manifiesta en el desarrollo constante de la producción, desarrollo que es el fundamento del desarrollo social y la fuente de contradicciones posteriores, que se reflejan —por el principio de realimentación— en el proceso de producción y, a través de ello, en el entorno geográfico. Esto muestra que el entorno geográfico juega un papel esencial en la teoría del desarrollo social, pero que no es un factor independiente, ya que está envuelto en el funcionamiento de un sistema tan vasto como la sociedad.

Como muestran los análisis precedentes, el entorno geográfico ha sido interpretado de varios modos por los pensadores sociales. Durante mucho tiempo se usó (sobre todo, el clima) para explicar las diferencias entre las culturas y las características de diversas sociedades. Esto fue, ciertamente, un logro del pensamiento humano, ya que la explicación de los hechos sociales refiriéndolos a los fenómenos naturales libra al hombre de pensar en términos sobrenaturales. Esta opinión era también una consecuencia natural de haber olvidado, en la explicación de las diferencias, el proceso histórico.

A medida que la gente empezó a darse cuenta de que el proceso histórico significa cambios constantes y que, por tanto, el curso de los acontecimientos debe interpretarse dinámicamente —a pesar de que todavía carecían del concepto de desarrollo histórico—, empezaron a considerar el entorno geográfico (incuidos otros elementos aparte del clima) como un factor que explica los cambios sucesivos. Esta fue una de las manifestaciones de la teoría de los factores. En su versión evolucionista (direccional) esa teoría unía las leyes *a priori* del progreso con los análisis de formas concretas del proceso histórico. La consideración de los factores como entidades autónomas creó el peligro de atribuir excesiva importancia a algunos de esos factores y, por tanto, el peligro del determinismo geográfico. En la versión estructural, en la que el entorno geográfico se interpretaba en relación con la actividad del hombre, se aseguraba que no determina las acciones humanas fatalistamente, sino que sólo define las condiciones en las que se desarrolla la actividad humana. En esta interpretación, la valoración del impacto del entorno geográfico varía de un caso a otro, pero, en general, se inclina hacia el posibilismo.

Sólo cuando se aceptó la teoría del desarrollo social se hizo completamente imposible apoyar el determinismo (fatalismo) geográfico. El desarrollo, considerado como el movimiento del sistema causado por constantes contradicciones internas de sus elementos, nos impide atribuir demasiada importancia a ningún factor aislado. Todos los factores están interrelacionados, el hombre actúa sobre todos ellos y todos ellos actúan sobre el hombre. El papel del entorno geográfico es importante, pero no independiente. Ese entorno consigue influir sobre el hombre de modo esencial sólo cuando comienza el proceso social de producción[36].

Junto al determinismo geográfico y económico, que explica las acciones humanas en relación con factores externos, los historiadores han aceptado a menudo determinismos de otros tipos. Nos referimos aquí a las teorías que usan un modelo de hombre guiado por mecanismos psicológicos que no comprende (cfr. S. Freud y sus seguidores, los psicohistoriadores americanos) o por estructuras de la mente humana válidas universalmente (cfr. C. Lévi-Strauss).

[35] K. Marx incluía la constitución del mismo hombre y la naturaleza de alrededor entre las condiciones naturales de producción. Cfr. *Capital*, vol. I, edición citada, pág. 562.

[36] R. D. Bradley, en su «Causality, Fatalism and Morality», *Mind*, 1963, octubre, vol. LXXII, pág. 594, introdujo la siguiente distinción entre determinismo y fatalismo: «El determinismo causal es consistente al decir que mi futuro está en parte determinado por lo que hago hoy, mientras que el fatalismo es inconsistente respecto a ello, no puede haber una inferencia válida a partir del primero hacia el último.» Esto es correcto, ya que no es posible la predicción científica si se acepta el fatalismo.

XII

El proceso histórico (regularidades históricas)

1. *El concepto de regularidades históricas y un intento de clasificación*

El determinismo dialéctico en la interpretación de los hechos supone, como hemos visto, un causalismo que afirma la existencia de regularidades, o sea, de condicionamientos más profundos, a los cuales están subordinadas las causas principales de los hechos históricos; a través de estas últimas, esa subordinación llega a las cadenas de causas directas o accidentales (que hemos llamado también *adventicias).*

Aquí hay que subrayar que el concepto de regularidades se relaciona directamente con el proceso histórico, y las afirmaciones sobre esas regularidades se llaman leyes.

La postura que acepta sólo los condicionamientos causales directos ha sido llamada causalismo de sentido común (o fenomenalista). Si el principio de causalidad abarca las causas principales, es decir, los condicionamientos más fundamentales, pero que están «escondidos bajo las superficie», de los hechos históricos visibles, podemos hablar de un causalismo anti-positivista, ya que esa postura permite ir más allá del ideografismo en la descripción de los sucesos pasados. Pero, como hemos dicho, sólo podemos decir que es la postura del determinismo dialéctico la afirmación de que el curso de los acontecimientos está regido por regularidades, combinada con el causalismo que acepta el papel activo de las acciones humanas en la historia.

La clasificación de las regularidades estará unida a la sistematización de los condicionamientos sugerida en el capítulo XI, o sea, uniones entre los elementos de un sistema y los sistemas (es decir, entre los hechos históricos, simples y compuestos). Podemos distinguir los siguientes tipos de regularidades históricas:

1) Regularidades sincrónicas (estructurales).
2) Regularidades diacrónicas (causales, direccionales).
3) Regularidades sincrónicas y diacrónicas (regularidades de desarrollo, regularidades estructurales-direccionales)[1].

[1] La división entre leyes sincrónicas (funcionales) y diacrónicas (direccionales) (estas últimas se refieren a todo el desarrollo social o a algunos elementos de él) se encuentra en M. Mandelbaum (ver *The British Journal for the Philosophy of Science*, XI, 1957). Sin embargo, no menciona la categoría de leyes sincrónico-diacrónicas. En la literatura polaca de la materia, O. Lange se refiere a tres clases de leyes: leyes causales, leyes estructurales y leyes funcionales (sólo para las relaciones cuantitativas) (cfr. *Political Economy*, vol. I, ed. cit., pág. 49). Esta clasificación es aceptada de modo bastante general, teniendo en cuenta que las leyes causales deben considerarse como las más fundamentales. J. J. Wiath

La primera de estas tres categorías corresponde a las uniones paralelas, que indican las relaciones mutuas entre hechos históricos simultáneos y también condicionan la existencia de una red específica de uniones entre los elementos del sistema. Las regularidades diacrónicas (causales, direccionales) pueden interpretarse como uniones consecutivas, que suponen un lapso de tiempo entre la salida del elemento que es la causa, y la entrada del elemento que es el efecto. Como hemos demostrado anteriormente, estas regularidades se pueden reducir a las causales. La tercera categoría de regularidades, que combina las propiedades de las dos primeras, es la más importante en el curso de los acontecimientos, ya que consiste en las leyes que determinan el desarrollo histórico. Por eso las hemos llamado regularidades de desarrollo (leyes estructurales-direccionales). Estas son las regularidades que ponen en movimiento el sistema y que son la base del desarrollo, o sea, muestran el mecanismo del dinamismo de la historia. Se manifiestan como realimentaciones (cfr. capítulo XI). En dichas realimentaciones, el impacto de *a* en *b* causa cambios en *b*, lo cual significa que surge una contradicción entre *a* y *b*. Si se quiere vencer tiene que haber, a su vez, un cambio en *a*, etcétera. Como puede verse fácilmente, es, como si dijéramos, una síntesis de una realimentación positiva y una negativa. Aquí observamos la tendencia a conservar un estado que se acerca al de equilibrio, como en el caso de una realimentación negativa[2], pero al mismo tiempo tenemos el efecto de una realimentación positiva: esos estados de equilibrio se elevan hasta niveles más altos, de modo que se alejan del estado de equilibrio original[3].

Las regularidades sincrónicas-diacrónicas (o sea, las regularidades de desarrollo) tienen un nivel superior al de los otros dos grupos, ya que pertenecen al auténtico mecanismo de la historia. Son, por tanto, los más generales, y su operación es la más variada.

2. *Las regularidades históricas y las causas principales*

El concepto de causas principales introducido en este libro (ver capítulo XI) impone una delimitación entre esas causas y las regularidades. La estructura de los condicionamientos de la realidad histórica parece tener muchos niveles. El término *regularidades* y *leyes*, en este sentido, debería reservarse para las relaciones en las estructuras más profundas de la realidad, y por tanto, de especial importancia para el curso de los acontecimientos. Las causas generales, a su vez, se aplicarían a las estructuras menos profundas («internas» en la terminología de L. Nowak, ver capítulo VIII), mientras que las causas accidentales se aplicarían a los fenómenos de superficie. Queda una cuestión abierta, si hay que llamar leyes sólo a aquellas afirmaciones que se refieren a las regularidades del nivel más profundo.

Las relaciones universales que siguen siendo válidas en relación con toda la historia humana conocida pueden clasificarse sin duda como regu-

sostiene que «las leyes sociales son de naturaleza específica e histórica», es decir, que tienen determinantes espacio-temporales, y las clasifica por su grado de generalidad; las que son válidas durante todo el tiempo del desarrollo humano tal como lo conocemos; las que son válidas durante varias formaciones socio-económicas; las que sólo valen para una formación, y las que valen para períodos de tiempo más cortos (cfr. *Szkice o materializmie historycznym i socjologii*, Varsovia, 1962, págs. 24-25).

[2] H. Greniewski, *Cybernetics without Mathematics*, ed. cit., págs. 37-39.
[3] *Ibidem*, págs. 39-41.

laridades. Estas relaciones universales (de las tres categorías especificadas más arriba) son, por así decirlo, los fundamentos de la historia, y su investigación es la base de la teoría del desarrollo social. Junto a las universales, podemos mencionar las relaciones que aparecen durante períodos más cortos de duración variable y de diferente importancia. Aquí también podemos buscar regularidades, pero en nuestra búsqueda nos tendremos que parar, probablemente, en una división más fundamental, dentro de una formación social dada[4]. Las relaciones universales abarcan hechos que se pueden observar en todos los niveles de desarrollo de la humanidad. Estos hechos incluyen, por ejemplo, el uso de herramientas, la producción (en el sentido más amplio del término, que abarca, por ejemplo, la recolección de alimentos), la procreación, etcétera. Las relaciones de un nivel más bajo abarcan hechos que sólo se pueden observar en ciertos períodos, y con la característica de que algunos de estos hechos pueden ocurrir sólo en ciertas áreas. Por ejemplo, las clases sociales no aparecen hasta un cierto estadio del desarrollo social, la demanda sólo es posible cuando existe el mercado y el intercambio de mercancías, la servidumbre de los campesinos aparece en el período feudal, etcétera. Por supuesto, todas las relaciones que atañen a esta clase de hechos tienen un alcance, en el tiempo, más o menos limitado, lo cual significa que se limitan a períodos específicos.

Estas regularidades se llaman históricas, no sólo porque atañen a los hechos históricos, sino también porque (excepto las universales) son aplicables a un marco espacio-temporal estrictamente específico, puesto que se refieren a hechos que tienen determinantes espacio-temporales. Pero incluso las regularidades universales resultan ser históricas en su último sentido, aunque su marco espacial y temporal es mucho más amplio. Sin embargo, ese marco existe: está determinado cronológicamente por el surgimiento de la humanidad y espacialmente por nuestro globo, que no es el único planeta en el Universo, y que puede demostrarse que es sólo uno de los muchos planetas habitados por seres inteligentes que tienen su propia historia.

A continuación procederemos a tratar las principales regularidades sincrónicas, diacrónicas y sincrónicas-diacrónicas, es decir, las que forman el cuerpo principal de la teoría materialista dialéctica del desarrollo social.

3. *Regularidades sincrónicas*

Los problemas de estructura no se suelen tratar en términos nomológicos, lo que significa que, al describir las uniones sociales y económicas básicas, los investigadores no señalan el hecho de que son regularidades sincrónicas (estructurales).

Las tesis sobre las regularidades estructurales básicas se conocen, en el análisis del proceso histórico, como:

1) la ley de la macroestructura;
2) la ley de la estructura económica;
3) la ley de la estructura social;
4) la ley de la estructura de la superestructura.

[4] Usamos el término *formación social* en lugar de *formación socioeconómica* porque el modificador *social* se toma aquí en su sentido más amplio, que abarca toda la historia humana.

La primera de las cuatro tiene naturaleza universal, mientras que las otras tres pueden formularse con algún grado de limitación histórica.

La ley de la macroestructura se refiere al sistema histórico más grande (más amplio), en concreto el macrosistema que forma la humanidad. La red básica de uniones en ese sistema fue descubierta por Marx y Engels, y más tarde investigada por muchos representantes de la teoría del materialismo histórico.

El mencionado macrosistema tiene los siguientes elementos: las fuerzas productivas; las relaciones de producción; la superestructura.

Las fuerzas productivas sociales consisten en tres elementos: herramientas; seres humanos que saben usarlas; y objetos a los que se aplican esas herramientas, es decir, materias primas y terreno[5]. Las fuerzas productivas no pueden existir sin relaciones de producción, con las que tienen siempre una unión paralela, y con la condición de que en ese caso la unión paralela trabaja según el principio de realimentación, puesto que —al ser la unión fundamental en el mecanismo del desarrollo histórico (el punto de partida del autodinamismo)— no depende de ningún sistema de réplica. (Para el espiritualista que no acepta el autodinamismo suele ser Dios quien actúa como sistema de réplica, es decir, como un sistema que activa el sistema de fuerzas productivas y el de las relaciones de producción.)

Las relaciones de producción son un concepto muy amplio. En términos generales, son relaciones (uniones) entre seres humanos que se desarrollan en el curso de los procesos de producción. Forman el elemento principal de los lazos sociales[6], o sea, un macrosistema cuyo desarrollo es la materia de la investigación histórica. Entre esas uniones que se combinan para hacer relaciones de producción y que forman una red muy complicada, distinguimos aquellas que tienen importancia primordial para determinar la naturaleza de las relaciones de producción. Son aquellas uniones que se refieren a la propiedad de los medios de producción, las herramientas y los objetos a los que se aplican en el proceso productivo, es decir, las materias primas y el terreno. Como escribió O. Lange: «La propiedad de los medios de producción es la relación social sobre la que se basa todo el complejo de relaciones humanas desarrolladas en el proceso social de producción. Puesto que es la propiedad de los medios de producción lo que decide los modos de usarlos, y por tanto determina las formas que adopta la cooperación y la división del trabajo. Más aún, la propiedad de los medios de producción determina la cuestión de quién posee los productos, y por tanto decide cómo se distribuyen»[7]. A su vez, la propiedad de los medios de producción es definida por él así: «La relación básica surge de la propiedad de los medios de producción. Esta propiedad no es una mera posesión. Es una propiedad, es decir, posesión reconocida por los miembros de la sociedad, protegida por medidas sociales generalmente respetadas en forma de leyes y costumbres, y guardada por la existencia de sanciones contra la violación de estas reglas sociales»[8].

Mientras que las fuerzas productivas no pueden existir sin las relaciones de producción, estas últimas, igualmente, no pueden existir sin las prime-

[5] Algunas veces sólo se hace mención de los instrumentos y los seres humanos con sus capacidades (cfr. J. J. Wiatr, *op. cit.*, en nota 1, *in fine*, pág. 80).
[6] Sobre las relaciones sociales, ver J. Szczepanski, *Elementarne pojecie socjologii*, Varsovia, 1970.
[7] O. Lange, *Political Economy*, vol. I, ed. cit., págs. 16-17.
[8] *Ibidem.*

ras, ya que el proceso de producción no puede tener lugar sin las fuerzas productivas. La necesaria coexistencia de las fuerzas productivas y las relaciones de producción se refleja en la categoría de modo de producción, introducida por Marx [9]. El modo de producción significa la unidad de fuerzas productivas y relaciones de producción. En la historia humana se distinguen cinco modos de producción, tomando como criterio la propiedad de los medios de producción: comunidad primitiva, esclavitud, feudalismo, capitalismo y socialismo. Esta clasificación la trataremos más adelante.

Otro elemento del macrosistema, es decir, la superestructura, ha sido definida con suma precisión y claridad por Marx, quien escribió que «la suma total de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, el fundamento real, sobre el que se alza una superestructura legal y política y al que corresponden formas definidas de conciencia social» [10]. En la parte institucional de la superestructura es el Estado el que juega el papel principal. Obra como regulador de las relaciones sociales, o sea, funciona de modo que conserva el orden social a la vez que defiende los intereses de la clase dominante [11]. Consigue ese objetivo, entre otras cosas, por medio de normas legales, es decir, ese elemento de la superestructura que está estrechamente unida al estado. Junto al estado y la ley, en la parte institucional de la superestructura se incluyen la familia y la nación [12], así como la serie de normas morales por las que se guían los individuos al tomar parte de la vida social. Es evidente que dichas normas morales se desarrollan precisamente en el proceso de la interacción social entre los individuos, dentro de la sociedad.

---

[9] K. Marx, «A contribution to the Critique of Political Economy», *Selected Works*, vol. I, ed. cit., pág. 329.

[10] *Ibidem*. Los análisis marxistas posteriores de la cuestión de la base y la superestructura tendían a reducir el concepto de esta última a los elementos que están relacionados con una base concreta; esto implicaba la exclusión de: *a)* los elementos constantes que se transmiten de una época a otra (por ejemplo, el lenguaje, la familia, las relaciones, la ciencia); *b)* las reliquias de la superestructura antigua; *c)* los elementos que anticipan una nueva superestructura. Este acercamiento fue marcado particularmente en J. Stalin, *Marksizm i voprosy yazykoznaniya* (El marxismo y los problemas de la lingüística), Moscú, 1950.

Las discusiones sobre la inclusión de ciertos elementos (por ejemplo, la ciencia) en la superestructura fueron amplias. El problema puede abordarse de dos modos. Uno consistiría en aceptar que la superestructura abarca todo lo que, en la conciencia social y las instituciones sociales, sirve a un modo de producción concreto (cfr. O. Lange, *Political Economy*, vol. I, ed. cit., pág. 26), pero entonces nos encontraríamos con la superestructura de un modo concreto de producción y no con la superestructura que se observa en un período o época histórica concretos. El último acercamiento, representado por K. Marx, parece más útil desde el punto de vista de un historiador, ya que no rompe un sistema que debe ser estudiado como un todo. Por supuesto, esto no excluye otras subdivisiones de la superestructura concebida de este modo, subdivisiones que podrían tener en cuenta los elementos constantes mencionados, las reliquias de una superestructura vieja y las anticipaciones de una nueva.

[11] Ésta es la fórmula presentada por G. Klaus en su *Kybernetik und Gesellschaft*, Berlín, 1964, págs. 60-61.

[12] La distinción frecuente entre nacionalidades (que, supuestamente, existen desde antes de la llegada del capitalismo) y las naciones (a partir del capitalismo) es considerada, por este autor, como algo que da lugar a una confusión innecesaria en la investigación histórica. Si aceptamos que una nación es una institución histórica, también aceptamos el hecho de que sus elementos se han ido configurando gradualmente. No está claro por qué debemos hablar de nacionalidad polaca, durante el reinado de Segismundo Augusto (siglo XVI), y no de nación polaca, aunque nos damos perfecta cuenta de las diferencias de consolidación interna de esa nación en ambos períodos. La cuestión de las características que debe tener un grupo concreto para merecer ser llamado nación no se analiza aquí, ya que es demasiado complejo y queda fuera de las necesidades de nuestras consideraciones. Sólo advirtamos que mantenemos que la conciencia de fronteras específicas, conciencia formada por un pasado común, es el elemento principal (y necesario) para la existencia de una nación. Este es el único elemento observable en todos los casos en los que podemos hablar de naciones. Ni el factor lingüístico ni el territorial es necesario o suficiente para ello. Un ejemplo interesante lo ofrece el *Atlas narodov mira* (Atlas de las naciones del mundo), Moscú, 1964, que utiliza el criterio del idioma y la conciencia para diferenciar las naciones y los grupos étnicos.

Todas estas instituciones están estrechamente unidas a la conciencia social, que es un concepto muy heterogéneo. En términos generales, y con algunas reservas, se puede dividir en ideología y ciencia. Aquí nos ocupamos de dos interpretaciones de la ideología: a) la serie de puntos de vista que son útiles para que un grupo social dado consiga sus objetivos; b) la serie de visiones que indican para qué hay que esforzarse, qué objetivos hay que buscar, y qué valores hay que apreciar [13]. Dichas opiniones pueden ser de los más variados tipos: económicas, legales, filosóficas, religiosas, artísticas, etcétera. Estas opiniones, que valoran los hechos, desarrollan en los seres humanos actitudes específicas que determinan sus acciones, incluyendo sus decisiones en la actividad científica.

La ideología no puede separarse de forma estricta de la ciencia, y ésta es la razón de que los intentos para separar la ciencia del resto de la conciencia social (la superestructura), para incluirla, por ejemplo, en las fuerzas productivas, no parezcan justificados, aunque la ciencia podría interpretarse como un elemento de la capacidad en las fuerzas productivas y como una parte de la superestructura. Como hemos mencionado más arriba (confróntese capítulo IX), el proceso de tomar las decisiones, que es el punto de partida para toda la acción, y no sólo para la actividad científica, está estrechamente conectado con la valoración. Esto se refiere no sólo a las ciencias sociales, sino, aunque en un plano algo diferente, también a las ciencias naturales [14]. Por eso está totalmente justificado considerar la ciencia como parte de la superestructura, al margen de su posible inclusión en las fuerzas productivas. De momento nos olvidamos del difícil problema de la definición de la ciencia, que no necesitamos aquí, pero que será tratado más tarde (confróntese capítulo XIII).

En resumen, la ley de la macroestructura podría formularse así: ningún elemento del macrosistema (o sea, de la totalidad de los hechos sociales),

---

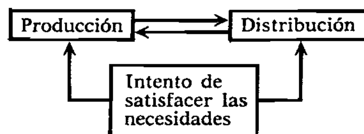
[13] Esta distinción fue introducida por A. Malewski (ver su «O rozbieznosciach w pogladach socjologicznych i o rozbieznosciach w pojmowaniu nauki» (Diferencias en las opiniones sociológicas y en el concepto de ciencia). *Studia Filoczoficzne*, número 2, 1958). También distinguía una tercera interpretación del concepto de ideología, en concreto, todas aquellas afirmaciones que sólo tienen apariencia de teoremas, y emociones que carecen de valores cognoscitivos. Esta es también la definición de ideología propuesta por W. Stark (ver nota 14, más adelante). J. J. Wiatr usa la definición que se parece a la primera formulación de Malewski: «Una ideología es una serie de opiniones y creencias que sirven a las clases sociales, movimientos políticos, grupos nacionales —y de otras clases— como base para la fundamentación de sus actividades.» (Cfr. *Ideologia i zycie spoleczne*, Varsovia, 1965, pág. 7.)

[14] Hay muy pocas obras sobre los condicionamientos ideológicos de la ciencia, aunque el problema requiere investigaciones especiales. Los principales estudios son: K. Mannheim, *Ideologie und Utopie*, Francfort, 1952; Th. Geiger, *Ideologie und Wahrheit*, Stuttgart-Viena, 1953; W. Stark, *The Sociology of Knowledge*, Londres, 1958. La obra de G. Myrdal ha sido mencionada anteriormente.

es decir, las fuerzas productivas, las relaciones de producción y la superestructura, pueden existir independientemente unos de otros; sólo pueden funcionar relacionados sincrónicamente. Como de aquí en adelante describiremos ciertas regularidades por medio de afirmaciones sobre ellas, usaremos alternativamente el término *ley* y el término *regularidad*.

Debemos recordar que cuando usamos términos como *fuerzas productivas* o *relaciones de producción* y cuando hablamos sobre las relaciones entre ellos, usamos formas abreviadas que encubren lo complicado de la acción humana. Todas las leyes pueden formularse en términos de procesos históricos y en términos de acciones humanas orientadas a un fin.

También podemos proceder a formular leyes estructurales sobre sistemas más pequeños, es decir, elementos del macrosistema descrito arriba. La ley que hemos denominado de la estructura económica señala la coexistencia de dos esferas de relaciones económicas: relaciones de producción [15] y de distribución [16]. Aunque no tenemos en cuenta, aquí, la dependencia de las relaciones de distribución respecto de las de producción, tenemos que decir que hay una relación estructural entre las dos. Marx escribió que las relaciones de distribución son «la otra cara» de las de producción [17]. Están relacionadas por objetos materiales que sirven para satisfacer las necesidades humanas, es decir, mercancías (medios de producción y productos). La satisfacción de las necesidades es el objetivo de la actividad económica del hombre. El intento de satisfacer las necesidades es en este caso un sistema de réplica que enlaza estos dos elementos de las relaciones económicas, como muestra el siguiente esquema:



No hay una unión paralela «pura»: como en el caso de las uniones en el macrosistema, tenemos una combinación de uniones paralelas con realimentaciones, de modo que las fuerzas de acción de los diversos elementos difieren entre sí [18].

Los problemas de estas uniones son estudiados por la economía política, que Lange define así: «La economía política, o economía social, es el estudio de las leyes sociales que rigen la producción y la distribución de los medios materiales para satisfacer las necesidades humanas» [19].

[15] Adviértase que aquí el término *relaciones de producción*, unido al término *relaciones de distribución*, tiene una extensión menor que el término *relaciones de producción* usado anteriormente para referirse a la base.

[16] O. Lange dice que «hay dos clases de relaciones económicas. Las de la primera clase aparecen en el proceso de producción y se llaman relaciones de producción, las de la segunda clase aparecen en el proceso de distribución y se llaman relaciones de distribución; cuando, en un paso particular del desarrollo histórico, la distribución adopta la forma de intercambio, las relaciones de distribución se llaman relaciones de intercambio». *(Political Economy*, vol. I, edición citada, pág. 9).

[17] La cita correspondiente de *Zur Kritik der politischen Okonomie* se encuentra en O. Lange, *op. cit.*, pág. 12.

[18] El problema se aclarará en el análisis posterior.

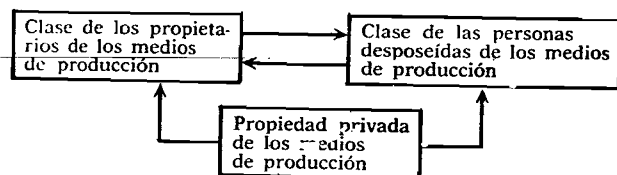
[19] O. Lange, *op. cit.*, pág. 1.

El problema de las leyes de la estructura social nos trae al terreno de la sociología [20]. Sin embargo, de momento sólo nos interesa la ley básica de la estructura social, que afirma que en el proceso de la producción social los seres humanos son mutuamente dependientes, lo cual significa que ese proceso no podría tener lugar sin su acción simultánea. Si nos reducimos a situaciones modelo, la naturaleza de esa dependencia mutua puede tener dos caras: sólo en el área de la tecnología de la producción (cooperación), o tanto en el área de la tecnología productiva como en el del aspecto social de la producción (propiedad). Las relaciones sincrónicas de cooperación sólo tienen lugar cuando los medios de producción pertenecen por igual a todos los que participan en el proceso social de la producción, es decir, cuando hay una posesión pública de los medios de producción. Esto ocurre en la comunidad primitiva y en el sistema socialista. Si las diversas personas tienen diferentes relaciones con la propiedad (o sea, con el elemento básico de las relaciones de producción), lo cual significa que hay una propiedad privada de los medios de producción, tenemos que tener en cuenta, junto a las relaciones que resultan de la cooperación, las relaciones de propiedad. Esto significa que las personas se distinguen unas de otras, no sólo por su lugar en el proceso de producción (o sea, por su profesión u oficio), sino también por ser o no ser propietarios de los medios de producción. Este último criterio hace posible distinguir los dos grupos sociales, o clases, básicos (y opuestos), que podemos llamar las clases sociales básicas [21].

La ley de la estructura social se convierte entonces en la ley de la estructura de clases. Afirma que en una sociedad en la que hay una propiedad privada de los medios de producción existen dos clases básicas y opuestas, cuya existencia depende la una de la otra. Podemos mostrarlo por medio del siguiente esquema:

[20] Las opiniones sobre la materia de la sociología son muy diferentes, tanto en la literatura marxista como no marxista de la materia. Esto se refleja en numerosas obras y documentos sobre la cuestión. Todas las definiciones, tanto las que se refieren al estudio de la estructura de grupo de la sociedad como las que subrayan que la sociología es la ciencia de las leyes de la estructura social y el desarrollo social, carecen de claridad. Sin embargo, esto es consecuencia del rápido crecimiento de esta disciplina y las consiguientes interpretaciones variadas de su materia. En Polonia, la situación existente queda reflejada en el ámbito de problemas tratados en *Studia Socjologiczne*. Pero, cualquiera que sea la definición que se adopte, la cuestión de la estructura social es uno de los puntos principales de interés de la sociología. En Polonia, *Elementarne pojecia socjologii*, Varsovia, 1970, de J. Szczepanski, es el esbozo de sociología que resulta más útil para un estudiante de historia. J. Szczepanski dice que la materia de la sociología abarca «las manifestaciones y los procesos de la formación de los diversos aspectos de la vida comunitaria de los seres humanos; la estructura de las diversas formas de las comunidades humanas; los fenómenos y los procesos que tienen lugar en dichas comunidades como resultado de las interacciones entre los seres humanos; las fuerzas que unen tales comunidades y las que las rompen; los cambios y las transformaciones que tienen lugar en esas comunidades» *(Op. cit.*, pág. 12).

[21] Véase la definición de Lenin sobre clase social: «Las clases son grandes grupos de gente que difieren entre sí por el lugar que ocupan en un sistema de producción social históricamente determinado, por la relación (normalmente sancionada y fijada por ley) con los medios de producción, por el papel en la organización social del trabajo, y, consiguientemente, por el tipo y el tamaño de la participación de la parte de riqueza social que tienen a su disposición» (V. Lenin, *Socineniya* [Obras escogidas], vol. 29, pág. 388).



La ley de la estructura de clases fue descubierta por Marx y Engels y tratada por ellos, en detalle, en muchas obras, desde el *Manifiesto Comunista* a *Ludwig Feuerbach y el fin de la Filosofía clásica alemana*[22].

La interpretación de la estructura social como una dicotomía, descrita más arriba, tiene intencionalmente la naturaleza de modelo, ya que eso nos permite destacar las cuestiones fundamentales y simplificar hechos altamente complejos. La historia humana no proporciona ejemplos de una estructura social que sea una simple dicotomía. Suele estar llena de matices, de modo que una descripción más detallada de ella exige la adopción de una serie de criterios de diferenciación, además de los ya expuestos. Esto se refiere, en particular, al problema de las llamadas clases intermedias y de las divisiones dentro de cada clase (divisiones en estratos, grupos, etcétera).

Las condiciones predominantes en varias sociedades y en varios períodos se combinan para formar un mosaico excepcionalmente rico de múltiples estructuras posibles. Más aún, pueden sobreponerse divisiones típicas de diferentes épocas históricas.

Para distinguirlo del modelo de la estructura social básica, llamaremos a la estructura real (que, sin embargo, se basa en esa dicotomía) estructural de clases ampliada, como J. Hochfeld[23]. La estructura de dicotomía, a la luz de los modos específicos de producción, basados en la propiedad privada de los medios de producción, da lugar a los siguientes pares de clases básicas:

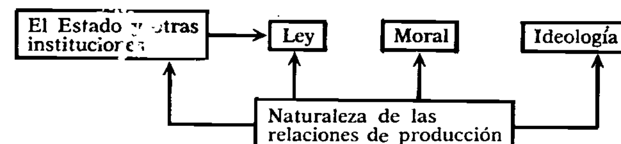
Propietarios de esclavos	Esclavos
Señores feudales	Siervos
Capitalistas	Trabajadores

En la teoría marxista de las clases, la naturaleza funcionalmente integral de las divisiones de la sociedad es fuertemente subrayada. Esto es debido, entre otros factores, al acercamiento holista en los estudios sociales dialécticos.

[22] En la literatura polaca sobre la materia, la teoría marxista de las clases ha sido tratada muy ampliamente por J. Hochfeld en «Marksowska teoria klas: proba systematyzacji», *Studia Socjologiczne*, núm. 1, 1961, págs. 29-47, y núm. 3, 1961, págs. 55-85, y en *Studia o marksowskiej teorii spoleczenstwa*, Varsovia, 1963. Ver también S. Ossowski, *Struktura klasowa w swiadomosci spolecznej* (La estructura de clases reflejada en la conciencia social), Lodz, 1957. En cuanto a obras no polacas, ver R. Bendix y S. M. Lipset (eds.), «Karl Marx'Theory of Social Classes», en *Class, Status and Power: a Reader in Social Stratification*, Glencoe, 1957. También se pueden encontrar observaciones interesantes sobre la estructura social en B. Galeski, «Niektóre problemy struktury spolecznej w swietle badan wiejskich», *Studia Socjologiczne*, núm. 1, 1963. Ver también A. Jasinski, L. Nowak, «Foundations of Marx's Theory of Class: A Reconstruction», en *Poznan Studies in the Philosophy of Sciences and the Humanities*, vol. I, núm. 1, 1975, Amsterdam, págs. 91-119.

[23] Cfr. el documento de J. Hochfeld en *Studia Socjologiczne*, págs. 42 y ss. (citado en la nota 22).

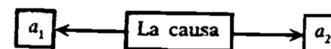
Otra ley estructural fundamental se ocupa de las uniones entre los diversos elementos de la superestructura. El problema es complicado, sobre todo por la naturaleza heterogénea de esos elementos. En términos generales, se puede decir que hay una unión paralela (completada en algunos casos con realimentaciones de fuerza variable) entre la parte institucional de la superestructura y aquellos elementos de ella que están basados en la conciencia. Si todos los elementos que están poco conectados con las relaciones de producción son eliminados de la superestructura (nos referimos sobre todo a la familia, la nación y la ciencia), entonces podemos sugerir el siguiente esquema de la estructura interna de la superestructura:



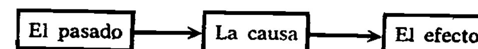
Otras leyes estructurales se refieren a los diversos elementos (sistemas). Por ejemplo, dentro del sistema «Estado» nos encontramos con la existencia simultánea de los que gobiernan y los que son gobernados, con diversas relaciones entre ellos y las autoridades como un hecho social definido[24].

4. *Regularidades diacrónicas*

Como todo nexo causal, las regularidades diacrónicas indican el paso del tiempo necesario para que llegue un estímulo de un elemento o un sistema *a* (en términos cibernéticos, unas condiciones de salida de *a*) y provoque una respuesta en un elemento o sistema *b* (unas condiciones de entrada de *b*). Está claro que en esta interpretación hay que rechazar la teoría causal del paso del tiempo (cfr. capítulo X), que intenta explicar el principio de causalidad simplemente por el paso del tiempo. Pero, por la misma construcción del concepto de causa, es necesario adoptar el concepto de un paso direccional del tiempo; esta decisión debe justificarse de alguna otra forma, por ejemplo por la entropía. De otro modo, como hemos dicho, una causa es un concepto que se refiere sólo al hecho de que un elemento (o un sistema) está situado entre otros sistemas; entonces puede actuar igualmente bien en cualquiera de las dos direcciones, o simultáneamente, sobre el elemento «a la izquierda» de él o sobre el elemento «a la derecha». Lo ilustraremos con este diagrama:



Si a eso añadimos el principio de que el tiempo corre en una dirección indicada, el diagrama se convierte en:



[24] El problema del poder ha sido ampliamente tratado en las obras de sociología. Las diversas posturas son analizadas en W. Wesolowski, *Klasy, warstwy i wladza* (Clases, estratos y poder), Varsovia, 1966. Se pueden encontrar una serie de leyes estructurales en A. Malewski, «Empiryczny sens materializmu historycznego», *Studia Filozoficzne*, núm. 2, 1957, págs. 69 y ss.

Aquí se excluye al pasado del sistema que funciona como causa, pero permanece conectado con ella, por el principio de interdependencia de los hechos históricos.

Las regularidades diacrónicas (causales) describen los modos en que ciertas clases de hechos son direccionalmente dependientes de otras clases de hechos[25]. En otras palabras, afirman que los hechos específicos (sistemas) siempre dan lugar a otros hechos (sistemas), o que los cambios dentro de ciertos hechos (sistemas) son estímulos que provocan respuestas en otros hechos específicos (sistemas). En el primer caso, un hecho (sistema) causa una transformación del primer sistema de alcance tan largo que podemos hablar del surgimiento de un sistema nuevo. En el último caso, un cambio en el estado de las conexiones dentro del sistema *a* produce una transformación de otro sistema *b*. Esto tiene lugar por el nacimiento, en *b*, de nuevos elementos, cuyo proceso se debe a la influencia de elementos de *a*.

En el caso de las regularidades direccionales, pensamos que atañe principalmente a un sistema que produce transformaciones en otro sistema. Por ejemplo, si decimos que un alza de los precios causa un descenso de la demanda del producto cuyo precio ha subido, es decir, si formulamos esa regularidad direccional, nos encontramos con un sistema *a* (un sistema de precios) que produce una transformación en un sistema *b* (demanda). Evidentemente, en cierto momento, la transformacion llega a un punto en el que el sistema transformado se convierte en uno nuevo (una nueva cualidad).

El mayor crédito del descubrimiento de las regularidades sociales direccionales se debe a Marx y Engels, cuyas obras incluyen muchas afirmaciones sobre las leyes (regularidades) de ese tipo. Las dos más importantes son:

1) la ley de los cambios en las relaciones de producción;
2) la ley de los cambios en la superestructura.

Según la primera, cada cambio en el sistema de las fuerzas productivas da lugar a un cambio en el sistema de las relaciones de producción, lo cual muestra que las relaciones de producción son direccionalmente dependientes de las fuerzas productivas. Su mutua dependencia paralela ha sido tratada anteriormente.

La segunda ley afirma que los cambios en la superestructura dependen de las relaciones de producción, es decir, cada cambio en el sistema de las relaciones de producción da lugar a un cambio en el sistema de la superestructura.

Estas dos leyes direccionales son parte de las leyes de desarrollo (excepto la ley del desarrollo de las fuerzas productivas), que trataremos más tarde.

Merece la pena anotar las formulaciones de las leyes extraídas de los escritos de los fundadores del marxismo, tal como las dio A. Malewski[26]. Sobre las relaciones entre las situaciones de vida de la gente y las opiniones y comportamiento de dicha gente (presentado en una escala temporal), A. Malewski menciona las siguientes leyes:

[25] Esto, obviamente, supone la aceptación del principio de que los hechos históricos pueden volver a ocurrir. El problema será tratado en la Quinta Parte de este libro, cuando se analice la estructura metodológica de la historia, y por tanto su lugar dentro del sistema de las ciencias, ya que esto requiere ciertas comparaciones con la ciencia natural, y también una referencia a la naturaleza de la materia de la investigación histórica, es decir, la estructura del pasado.

[26] Cfr. su documento citado en la nota 24, págs. 58 81.

«Si la adopción, por parte de un grupo, de una ideología específica exige la renuncia a ciertos privilegios que disfruta ese grupo, la mayoría de los miembros de ese grupo rechazará esa ideología.»

«Si los seguidores de un sistema político propagan, como programa, una ideología definida en lo religioso, filosófico o artístico, aumentará el porcentaje de seguidores de ideologías opuestas entre los oponentes del sistema.»

«Si hay un conflicto entre los intereses y la ideología profesada, durante un largo período la gente *en masse* tenderá a actuar de acuerdo con los intereses, y no de acuerdo con la ideología.»

«Si, durante un período largo de tiempo, hay un conflicto entre los intereses de un grupo y su ideología, la ideología *en masse* será modificada para ajustarse a los intereses del grupo.»

Estas leyes son más bien ejemplos específicos de la ley mencionada de los cambios en la superestructura. La siguiente ley entra en la misma categoría:

«Si una clase (o cualquier otro grupo social) que está ganando fuerza se enfrenta con condiciones políticas y legales que restringen sus aspiraciones y que difieren de sus intereses, aquellas ideologías que justifiquen la necesidad de cambiar esas condiciones se harán populares.»

La siguiente formulación se refiere a la ley de los cambios en la estructura social, y procede también de A. Malewski:

«Si los propietarios de los medios de producción, guiados por sus intereses a corto plazo, introducen nuevas fuentes de energía que sustituyen el trabajo humano y desarrollan nuevas ramas de la producción, causan cambios en la estratificación social; estos cambios consisten en que algunas clases crecen en número y en importancia, mientras que otras clases pierden su importancia anterior.»

5. *Las regularidades del desarrollo histórico (regularidades sincrónicas-diacrónicas)*

Como hemos dicho anteriormente, las regularidades del desarrollo histórico son a la vez sincrónicas y diacrónicas, y se pueden interpretar como realimentaciones. El dinamismo del desarrollo se produce sólo cuando se subraya la naturaleza dual de estas regularidades. Una regularidad direccional pura pone en movimiento un sistema una vez; para decirlo metafóricamente, admite una corriente constante de energía que asegura una operación prospectiva (en el sentido de dirigida hacia el futuro) de ese sistema. Una autoinducción *sui generis* en un sistema, es decir, su desarrollo, sólo puede tener lugar si el sistema que funciona como causa y el sistema sobre el que actúa el primero están interrelacionados sincrónicamente, y con esa interrelación reforzada por una realimentación. En el caso de la acción unidireccional, la auto-inducción, por supuesto, no puede existir. En un macrosistema como la sociedad, hay una fuente básica de su desarrollo, acompañada por tres fuentes más, formando todas ellas la materia de las regularidades del desarrollo histórico.

Las afirmaciones sobre estas regularidades son:

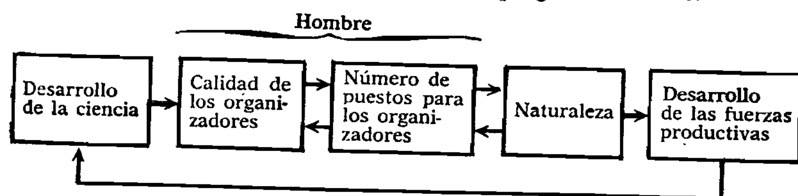
1) la ley del desarrollo de las fuerzas productivas (junto con la ley del progreso histórico y la ley del desarrollo de la ciencia);
2) la ley del desarrollo de las relaciones de producción;
3) la ley del desarrollo de la superestructura;
4) la ley de la lucha de clases.

La ley del desarrollo de las fuerzas productivas es primaria: sus efectos se manifiestan en la labor de todas las otras leyes de desarrollo. Más aún, es la única ley de desarrollo que no puede dividirse en leyes direccionales, ya que en su caso nos encontramos con un ejemplo especial de realimentación, una auto-unión de un sistema [27].

La ley del desarrollo de las fuerzas productivas muestra cómo las contradicciones entre el hombre y la Naturaleza (cfr. cap. IX) dan lugar a un desarrollo dialéctico constante (por supuesto, con posibles cambios regresivos) de las fuerzas productivas [28]. Podemos formular la ley como sigue. Todo cambio en el entorno natural del hombre, es decir, todo paso destinado a conseguir el control sobre su entorno, estimula otras acciones humanas, en otras palabras, otro cambio en ese entorno. De este modo, para usar la formulación de L. Krzywicki, aumentan las posesiones materiales de la humanidad. La energía que se necesita para ese proceso se saca de esa gran reserva que es la Naturaleza. De esta forma el equilibrio entre el hombre y la Naturaleza se establece cada vez a un nuevo nivel, y las relaciones entre los dos se hacen cada vez más complejas. Consideremos un simple ejemplo: se construye un canal para enlazar un mar con la cuenca de un río que hasta entonces estaba separado del mar. El canal puede usarse para transportar cosechas de cultivos de esa cuenca. Esto aumentará el cultivo de ciertas plantas; se trabajarán nuevas zonas, etcétera. La nueva situación puede inducir a la gente a construir silos para almacenar el grano o una planta que produzca medios de transporte para llevar la cosecha, etcétera. Este razonamiento podría extenderse prácticamente hasta el infinito.

La ley del progreso histórico, a la que nos hemos referido antes en este capítulo, está estrechamente conectada con la del desarrollo de las fuerzas productivas. Habla de la contradicción. constantemente vencida, entre el número de puestos para los organizadores, es decir, los que de algún modo guían el proceso de control de la Naturaleza. y el número de los que se ocupan de ese proceso. Cuanto más capaces sean esas personas, más rápido será el proceso mencionado, lo cual significa que el número de puestos para los organizadores, y por tanto su demanda, aumentará. La ley que consideramos indica que el progreso histórico está en manos de los seres humanos: no es, como creían los pensadores de la Epoca de la Ilustración, una fuerza cuyo lugar en la Historia es independiente de las acciones humanas.

Para conseguir el control sobre la Naturaleza, el hombre se ve ayudado por la ciencia. La calidad de un organizador depende cada vez más de su capacidad para utilizar los avances de la ciencia. El conocimiento científico se convierte así en un factor importante del progreso histórico.

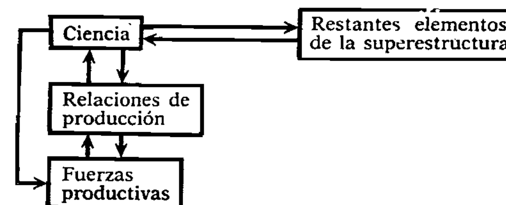


[27] Cfr. H. Greniewski, *Cybernetics without Mathematics*, ed. cit., pág. 42.
[28] O. Lange llama a esta ley la ley del desarrollo progresivo de las fuerzas productivas (*Political Economy*, vol. I, ed. cit., págs. 34-36).

Este esquema muestra las relaciones implicadas. Como puede verse, es una ampliación de la ley del desarrollo de las fuerzas productivas en la parte que se refiere a la actividad humana.

Por tanto, la ciencia resulta ser un factor estrechamente unido con las fuerzas productivas. Afecta al desarrollo de aquellas fuerzas a través de las habilidades humanas, y por tanto pueden considerarse como parte del sistema «fuerzas productivas», con la condición de que al mismo tiempo tengamos en cuenta su papel como un factor en la conciencia social. El lugar de la ciencia en el proceso histórico es bastante excepcional. Por eso no hay que asombrarse de que los racionalistas del siglo XVII y del XVIII, confiando en el poder de la razón, pensaran que la ciencia era independiente y el factor principal del progreso histórico (el concepto de desarrollo histórico no se conocía aún).

La ciencia está conectada con las relaciones de producción y con las fuerzas productivas, en ambos casos según el principio de realimentación, como mostramos aquí:



La ley del desarrollo de las relaciones de producción se define a veces como la ley de la conformidad necesaria entre las relaciones de producción y el carácter de las fuerzas productivas [29]. La ley afirma sobre todo que las relaciones de producción dependen de las fuerzas productivas. Metafóricamente, Marx la formuló al decir que el molino manual dio lugar a la sociedad de los señores feudales, y el molino de agua a la sociedad de los capitalistas industriales. Es cierto que existe una realimentación entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, pero la unión fuerzas productivas→relaciones de producción trabaja con mucha más fuerza que la contraria. Esto da lugar a contradicciones entre el estado de las fuerzas productivas y el carácter de las relaciones de producción.

Las fuerzas productivas están siempre por delante de las relaciones de producción, y estas últimas se adecúan constantemente al nivel de las primeras.

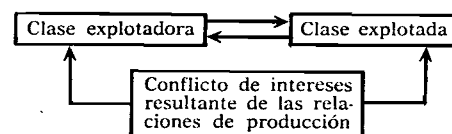
La ley del desarrollo de las relaciones de producción podría formularse así: Cada cambio en el sistema «fuerzas productivas» da lugar a cambios en el sistema «relaciones de producción», de tal modo que el carácter de las relaciones de producción está hecho para corresponder al nivel de las fuerzas productivas. Esto ocurriría si todas las entradas y salidas de los sistemas implicados estuvieran operando, pero esto no ocurre en la realidad. Por tanto la ley que consideramos señala solamente la tendencia hacia la situación que da oportunidad de desarrollarse a las fuerzas productivas.

[29] O. Lange la llama la primera ley básica de la sociología (*Political economy*, vol. I, ed. cit., pág. 23). Su término no está claro para este autor.

La ley del desarrollo de la superestructura se llama la ley de la conformidad necesaria entre la superestructura y la base económica, o la segunda ley básica de la sociología. Afirma que los cambios en el sistema «fuerzas productivas» da lugar a los cambios correspondientes en el sistema «superestructura». Estos últimos cambios van a adecuar la superestructura a la situación en las relaciones de producción de modo que no impida el desarrollo de esas relaciones. La adecuación puede consistir en un cambio en una serie de elementos de la superestructura; dicho cambio puede consistir en el nacimiento de nuevos elementos o en una transformación más o menos esencial de los existentes. Algunos elementos de la vieja superestructura pueden permanecer iguales, mientras estén a la altura de las exigencias del desarrollo de las relaciones de producción; en tal caso son adoptados en su forma previa (aunque, por supuesto, en desarrollo) por la nueva superestructura. Esto vale sobre todo para la ciencia, las relaciones familiares, la institución nacional, aunque esta carencia de cambios no se puede interpretar en un sentido absoluto. Como resultado, la superestructura es un sistema que incluye viejos elementos y otros cualitativamente nuevos (en comparación con la superestructura característica del período anterior), que se necesita para la conservación de las relaciones nuevas de producción. Entre los elementos tomados de la vieja superestructura se incluyen los que se desarrollan continuamente y sirven a los sistemas sucesivos de relaciones de producción (por ejemplo, la ciencia, y —hasta cierto punto— la religión), y aquellos que permanecen en la superestructura nueva por inercia, aunque las relaciones de producción nuevas podrían desarrollarse libremente sin esas formas obsoletas. Un ejemplo nos lo proporciona el área de las costumbres en los diversos terrenos de la vida social. Tanto los elementos viejos como los nuevos pueden incluir ideas que estén por delante del nivel actual de desarrollo de una sociedad concreta. Pueden ser ideas que no tengan oportunidad de hacerse efectivas (utopías) por su contenido o por los métodos que sugieren. Por ejemplo, el socialismo utópico proponía ideas que, en términos generales, dominarían el futuro, pero que al mismo tiempo sugerían que necesitaban, para ser efectivas, métodos sin la menor oportunidad de implantación. Pero entre esas ideas que están por delante de su tiempo se pueden incluir también otras que tienen oportunidad de materializarse y por tanto de «acelerar» el desarrollo histórico. Ponemos el verbo entre comillas porque sin ellas parecería que el desarrollo histórico tiene lugar, en principio, «normalmente», y que en ciertos casos puede «acelerarse». Pero, si afirmamos que la historia está hecha por seres humanos, todo lo que hagan en ese área será «normal», ya que no hay desarrollo histórico sin sus acciones. Hablar de aceleración del desarrollo es un resto de la opinión de que el progreso tiene lugar independientemente de las acciones humanas.

Las ideas se pueden convertir en un elemento activo del proceso histórico sólo a través de las acciones humanas; pero esto requiere gente que sepa formular dichas ideas (realizables) y convertirlas en directrices de acción para grandes grupos sociales o en (algún otro) sistema que guíe las acciones humanas. Un ejemplo sobresaliente lo proporciona la actividad de Lenin y los comunistas rusos que supieron llevar adelante la revolución socialista que comenzó la expansión del sistema socialista en el mundo. La esencia de su éxito fue un sistema de ideas que, en determinadas circunstancias históricas, tuvo oportunidad de materializarse, con la condición evidente de que la actividad social se intensificara enormemente.

Los conflictos de intereses entre las clases sociales antagonistas, que se manifiestan en el hecho de que estos conflictos surgen constantemente en forma de lucha de clases, no se suelen considerar como leyes de desarrollo histórico. Se suele decir que la lucha de clases[30] es un factor de desarrollo social, y que la lucha de clases refleja la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Estas afirmaciones son correctas, pero parece que subrayan demasiado poco el papel de la lucha de clases en el proceso histórico. Hay que elevar este énfasis en el papel activo de la lucha de clases en el desarrollo histórico hasta el nivel de una ley de desarrollo histórico, aunque base su existencia en la labor de la ley del desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción. La formulación podría ser como sigue. En una sociedad que está formada por clases opuestas que representan intereses en conflicto se desarrollan actitudes antagónicas. En último análisis, resulta que una de las clases tiende a mantener el tipo de relaciones de producción existente, mientras que la otra clase intenta cambiarlo, lo cual significa que una de las clases tendrá acciones que provocaran contra-acciones de la otra, que a su vez dará lugar a cambios sociales. Nos encontramos aquí con una realimentación combinada con una unión paralela, un fenómeno típico del desarrollo histórico. Podemos ilustrar esto con el siguiente diagrama, que es simplemente otra versión del ofrecido anteriormente:



Este esquema, por supuesto, vale para la situación modelo de una sociedad de dicotomía, y no para cualquier sociedad real con una estructura de clases desarrolladas. El esquema pretende solamente mostrar que las acciones de una clase incitan a la otra clase a actuar. De este modo, en las sociedades clasistas, la lucha de clases se convierte en una fuente de cambios. Sin embargo, hay que subrayar explícitamente que no es la fuente fundamental: esta última está relacionada con la ley del desarrollo de las fuerzas productivas. Esta ley refleja la lucha del hombre para satisfacer sus necesidades. La obligación de satisfacer las necesidades es un estímulo para los intentos de controlar la Naturaleza. Esta lucha fundamental da lugar a una accidental, la de satisfacer las necesidades de uno tan plena-

[30] En su prólogo a la tercera edición alemana de «El 18 Brumario de Luis Bonaparte», de Karl Marx, F. Engels escribió: «Fue precisamente Marx quien había descubierto primero la gran ley del movimiento de la historia, la ley según la cual todas las luchas históricas, tuvieran lugar en el terreno político, religioso, filosófico o cualquier otro, son en realidad, solamente, la expresión más o menos clara de las luchas de las clases sociales, y que la existencia y, por tanto, también los choques entre esas clases están a su vez condicionados por el grado de desarrollo de su posición económica, por su modo de producción y del intercambio determinado por ella». *Selected Works*, vol. I, ed. cit., páginas 223-224. En la sociología no marxista, los estudios de la lucha de clases están contenidos o son sustituidos por los estudios de la movilidad social, que es un concepto más amplio que el de la lucha de clases.

mente como sea posible. En una sociedad basada en clases, se manifiesta en el conflicto de intereses, mencionado más arriba, que da origen a actitudes antagonistas y a la lucha de clases.

Pero las contradicciones de clase no son un factor universal de desarrollo social. En una sociedad basada en clases son una fuente secundaria, en el sentido de que finalmente ayudan a vencer la lucha de la clase propietaria para conservar el *status quo*.

La lucha de clases tiene lugar en varios niveles, que se pueden reducir a los tres principales: económico, ideológico y político. A menudo ocurre que el conflicto se desarrolla en los tres niveles, pero a veces podemos observar un claro predominio de un conflicto en un solo nivel. Un ejemplo de lucha de clases en el nivel económico se puede ver en la resistencia de los campesinos a pagar las rentas feudales; el conflicto entre los jacobinos y los girondinos, entre la Iglesia y los grupos heréticos, entre los positivistas lógicos y los marxistas, etcétera, pueden servir como ejemplos de luchas ideológicas.

La lucha en el nivel político es la forma superior de lucha de clases, ya que atañe al auténtico núcleo del conflicto entre las clases, es decir, a la posesión del poder, y por tanto es una manifestación de un nivel de conciencia de clase de altura equivalente. Esa es una lucha en la que está en juego la obtención, consolidación o recuperación del poder. Como dice J. J. Wiatr, la contribución del marxismo al estudio de los movimientos políticos consiste en «una adopción determinada y consistente de la perspectiva sociológica, o sea, en enlazar la interpretación de esos movimientos con fenómenos de masas de larga duración, en particular con los cambios que tienen lugar en la estructura de clases de la sociedad. En la interpretación marxista, todo movimiento político es una cristalización más o menos clara de las luchas y demandas de una clase social concreta, un grupo de clases aliadas, o parte de una clase» [31].

La lucha de clases puede adoptar formas diferentes en niveles distintos. Algunas de ellas son tranquilas, mientras que otras son violentas. Por ejemplo, en el caso de la lucha de clases sostenida por los campesinos en el período feudal podemos distinguir sus formas latentes y manifiestas; mientras que la huida del trabajo en los campos del señor era una de las formas latentes, los levantamientos de los campesinos eran la más alta de las formas manifiestas.

En el nivel político, la revolución es la forma más violenta de lucha: consiste en luchar para abolir la clase dominante y tomar el poder por la fuerza. Una revolución indica que la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y el de las relaciones de producción era de largo alcance y no había forma de vencerla. A menudo ocurre que el estado consigue, por medio de una política reformista, difuminar una situación revolucionaria y por tanto posponer el planteamiento del conflicto fundamental.

La teoría de las revoluciones fue desarrollada por los fundadores del marxismo. El proceso tuvo lugar en dos niveles: el marxiano y el leninista. Marx estudió el mecanismo de las revoluciones sobre todo a partir de los datos proporcionados por la situación en Francia en 1848-51 y 1871, y formuló

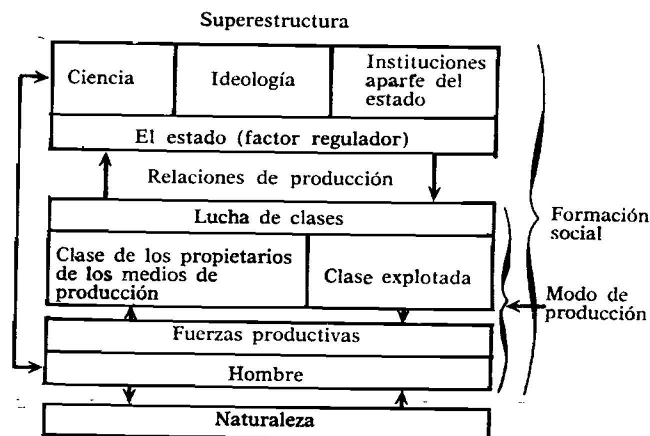
[31] Cfr. J. J. Wiatr, *Szkice o materializmie historycznym i socjologii*, ed. cit., página 114. Algunos hallazgos de ese autor serán utilizados más tarde, en los comentarios sobre la revolución.

muchos teoremas importantes en relación con las revoluciones socialistas.

La teoría de las revoluciones socialistas fue desarrollada más tarde por Lenin, cuya contribución consiste sobre todo en demostrar el importante papel jugado por el partido de la clase obrera en la lucha por el poder y en formular el concepto de los dos niveles —el demócrata-burgués y el socialista— de las revoluciones en aquellos países retrasados en su desarrollo capitalista. También subrayó el hecho de que en ambos niveles es la clase obrera la que juega el papel dominante.

Se puede decir, en general, que la ley de la lucha de clases indica el papel sobresaliente de las masas en la historia: las masas forman los grupos más numerosos que luchan para cambiar las condiciones existentes y promover así el desarrollo histórico.

En resumen, tenemos que subrayar la fuerte dependencia mutua de las regularidades del desarrollo histórico. La historia es tan rica y compleja que la formulación de leyes y sus dependencias implica siempre una cierta simplificación (abstracción). Estas leyes se aplican siempre a hechos en sus formas simplificadas.



Este esquema es también una simplificación del mecanismo de desarrollo (la dirección: de las fuerzas productivas a las relaciones de producción a la superestructura, indica una influencia más fuerte que en las otras direcciones). El esquema sirve para una sociedad clasista, o sea, el tipo de sociedad que más a menudo ha sido estudiado por los historiadores.

6. *Niveles en el proceso histórico (formaciones sociales)* [32]

La totalidad de las fuerzas productivas, relaciones de producción y superestructura, consideradas en un período concreto, constituyen una formación social (cfr. el esquema superior). En otras palabras, una formación

[32] El término corriente es *formaciones socio-económicas*. El término usado aquí será *formaciones sociales*, ya que en opinión de este autor el desarrollo social equivale a todo el desarrollo histórico. ¿Si prestamos atención especial a los problemas económicos, por qué debemos dejar de lado las cuestiones políticas, ideológicas, y de otras clases, que son también elementos de una formación concreta? El término *formación social* también es usado por O. Lange.

social es un macrosistema social visto desde el punto de vista del desarrollo. O. Lange definió una formación social como «el modo de producción junto con la superestructura»[33], pero como él no identifica superestructura con la totalidad del fenómeno de la conciencia social, en su interpretación la formación social no incluye ciertos elementos de la conciencia. J. Hochfeld escribió lo siguiente: «lo que yo llamo una formación socio-económica es la totalidad de las relaciones sociales en un lugar y tiempo específico, que se distingue por su sistema económico específico (llamado también su base económica) y por su superestructura ideológica e institucional, que está funcionalmente subordinada a ese sistema. Un sistema económico está dominado por un modo de producción que es característico de una formación concreta»[34]. Esto está de acuerdo con la opinión de O. Lange, que escribió: «El modo de producción junto con su superestructura se llama la formación social o sistema social, y las relaciones de producción propias de una formación social dada se llaman su base económica». Y la superestructura «abarca sólo aquellas relaciones sociales conscientes (...) y aquellas ideas sociales y actitudes socio-psicológicas que son necesarias para la existencia de un modo de producción concreto (...)»[35]. Esto no está claro, ya que no sabemos si la permanencia de la conciencia social ejerce la función auxiliar referida más arriba. La posición de J. J. Wiatr es intermedia: critica a Stalin por sus limitaciones del concepto de superestructura, pero por su parte no incluye en el concepto de superestructura «las opiniones e instituciones que son neutrales en relación con la base económica existente»[36]. En opinión de este autor, el concepto de formación social, si queremos que sea útil a los historiadores, que intentan un acercamiento integral al desarrollo histórico, debería incluir —según la opinión de Marx sobre el problema— la totalidad de los fenómenos de la conciencia social»[37].

Los estudios históricos realizados por los fundadores del marxismo, y confirmados por las investigaciones posteriores, han mostrado cinco formaciones sociales en la historia, que en sus formas «puras» son modelos teóricos de las relaciones más complejas que en realidad existen. Su complejidad se debe al proceso constante de transformación (desarrollo) de un sistema social concreto, que es la causa de que, dentro de una formación dada, desaparezcan elementos de la formación anterior y empiecen a aparecer elementos de la nueva. Para facilitar la comprensión de ese dinamismo constante del desarrollo los historiadores marxistas han hecho una distinción entre los dos niveles de creación de una nueva formación dentro de una vieja. En el primero, sólo aparecen elementos sueltos de la formación nueva; en el segundo, esos elementos se combinan para formar un sistema nuevo que gradualmente ahoga al viejo. En cuanto al desarrollo de una formación nueva, los historiadores ven dos o tres niveles en ese proceso. En el primer caso, se refieren al período de una tendencia ascendente y al de una tendencia descendente (en el que la formación que consideramos declina)[38]. En el último caso, se suele hacer referencia a los períodos de aparición, estabilización

[33] Cfr. O. Lange, *Political Economy*, vol. I, ed. cit., pág. 26.
[34] J. Hochfeld, *Studia o marksowskiej teorii spoleczenstwa*, ed. cit., páginas 171-172.
[35] O. Lange, *Political Economy*, vol. I, ed. cit., pág. 26.
[36] J. J. Wiatr, *Szkice o materializmie historycznym*, ed. cit., págs. 71-72, 81.
[37] K. Marx, «Contribución a la crítica de la Economía Política», vol. I, edición citada, pág. 329.
[38] Cfr. *Voprosy istorii*, núm. 3, 1955.

y declive. Pero la adopción de cualquiera de estos conceptos es una cuestión de convenios, ya que cada uno de ellos está igualmente bien sustentado. El último, sin embargo, permite una mejor traducción al lenguaje de la cibernética y de la teoría de la información. Ahora bien, si una formación social es considerada como un sistema estable a través del cual luchan enérgicos procesos[39] para lograr un estado de equilibrio, podemos estudiar la resistencia de esa formación a los disturbios en su desarrollo en los diversos niveles de existencia. Un sistema naciente muestra poca resistencia a los disturbios; se hace resistente en el período de estabilización, para perder esa resistencia en el período de declive.

Una formación puede ser analizada también desde el punto de vista de la ordenación de sus elementos, es decir, la entropía de esa formación considerada como un sistema. En el primer nivel el grado de entropía es considerable; disminuye con el proceso de ordenación interna del sistema (período de estabilización) para aumentar otra vez en el período de declive de la formación.

Las cinco formaciones mencionadas, observadas en la investigación histórica, y que permiten una generalización adecuada de los hechos, son: comunidad primitiva; esclavitud; feudalismo; capitalismo; socialismo. La teoría del materialismo histórico define los lugares respectivos de las diversas formaciones en el proceso del progreso histórico (es decir, el control cada vez mayor del hombre sobre la Naturaleza). El orden de las formaciones dado más arriba refleja su orden real en el pasado. Así, las formaciones son los principales niveles del proceso histórico, y por tanto pueden tomarse como criterio básico para dividirlo en períodos (cfr. capítulo XXII). Esto no implica que toda sociedad pase por todas las formaciones: una opinión así bordearía el fatalismo. En la mayoría de los casos, el desarrollo consiste en realidad en el paso de una determinada formación a la siguiente, pero muchas veces se salta una formación. Por ejemplo, los pueblos eslavos no atravesaron la formación de esclavitud, aunque algunos elementos de la esclavitud fueron a veces muy fuertes. La transición de una formación a otra es la esencia del proceso histórico.

El proceso histórico, como hemos delineado en este capítulo, es la materia del conocimiento histórico, que tiene como objetivo su reconstrucción.

[39] Cfr. O. Lange, *Wholes and Parts*, ed. cit., págs. 58 y ss.

CUARTA PARTE

LA METODOLOGIA PRAGMATICA DE LA HISTORIA

LA TEORIA DEL CONOCIMIENTO BASADO Y NO BASADO EN FUENTES

XIII

La naturaleza del conocimiento histórico

1. *Descripción general del proceso cognoscitivo*

Las reflexiones sobre los fundamentos del conocimiento histórico, interpretado aquí como el conocimiento de los sucesos pasados en la historia de la humanidad [1], debe comenzar con una descripción general del proceso cognoscitivo. Adquirir el conocimiento del pasado, cosa que ocurre a través de la investigación histórica, es —al margen de las propiedades que se le puedan atribuir— parte del proceso cognoscitivo humano.

El conocimiento puede ser abordado desde dos puntos de vista: como el proceso en el que el sujeto del conocimiento (el sujeto conocedor) adquiere información del objeto de conocimiento, o como el resultado de ese proceso. En el último caso, el proceso cognoscitivo se convierte en conocimiento. El conocimiento del objeto cognoscitivo es por tanto un resultado del proceso (acto) cognoscitivo, que, sin embargo, supone un sistema de memoria.

Entre el proceso cognoscitivo y el conocimiento hay una relación de realimentación: el conocimiento depende del proceso cognoscitivo, ya que sin ese proceso (es decir, la suma de actos aislados de conocimiento) no hay ningún resultado; por otro lado, el propio proceso cognoscitivo tiene lugar sobre la base del conocimiento existente. Pero esta última relación no es aceptada unánime ni igualmente en epistemología. Por tanto, en este punto, entramos en el área de las controversias entre las diversas formas de abordar el conocimiento. En general, las diferencias entre las opiniones filosóficas sobre el problema del proceso cognoscitivo se pueden reducir a las que existen en la interpretación del objeto de conocimiento, de la relación entre proceso cognoscitivo y conocimiento, y del alcance de las posibilidades cognoscitivas del hombre.

El objeto cognoscitivo se considera, o bien como algo que existe independientemente del sujeto conocedor y fuera de ese sujeto (es decir, como se dice a menudo, objetivamente existente), o bien como un producto de la mente del sujeto conocedor. La primera opinión es la que sostienen el materialismo (que acepta el mundo material como objeto cognoscitivo) y el idealismo objetivo (que acepta la naturaleza espiritual del objeto cognoscitivo, pero acepta la existencia de este último independientemente del sujeto conocedor). La segunda postura la sostiene el idealismo subjetivo. La controversia se sitúa en la esfera de la ontología, y su sentido forma como un puente entre la ontología y la epistemología.

La naturaleza de la relación entre el proceso cognoscitivo y el conocimiento pertenece estrictamente al área de la epistemología. Son posibles

[1] De ahora en adelante se llamará el conocimiento del pasado.

dos situaciones básicas: 1) En primer lugar tenemos un conocimiento *a priori*, que es independiente de la experiencia, y una mente adecuadamente estructurada, y el proceso cognoscitivo parte de esa base. Una vez que ha comenzado, empieza a operar la realimentación entre el proceso cognoscitivo y el conocimiento. 2) Es la experiencia la que sirve como punto de partida; nos da un conocimiento que a su vez se convierte en una condición más o menos indispensable del proceso cognoscitivo posterior. El primer caso es aceptado por el apriorismo (platonismo cartesiano, Kantismo, convencionalismo), y el último, por el empirismo epistemológico (Bacon, Locke, Hume, Mill), que suele aparecer junto con el sensualismo (Condillac). El empirismo epistemológico tiene dos versiones: positivista (que considera al sujeto conocedor como un mero receptor pasivo) y dialéctica, que acepta un papel activo del sujeto conocedor en el proceso cognoscitivo y un conocimiento creciente del objeto cognoscitivo.

No nos ocuparemos aquí de lo que se llama conocimiento intuitivo, ya que en ese caso no aceptaríamos que tuviera lugar a través del sujeto conocedor ni un proceso cognoscitivo *a priori* ni uno *a posteriori*. Se dice que ese proceso cognoscitivo consiste en una visión directa intuitiva del objeto cognoscitivo, obtenida por medio de una «penetración» en ese objeto.

La epistemología marxista, que afirma la existencia de un mundo material, objetivo, que es independiente del sujeto conocedor, adopta la postura del empirismo materialista (sensualista) en su versión dialéctica, es decir, la versión que subraya la relación dialéctica entre el proceso cognoscitivo y el conocimiento y acepta así el papel esencial del conocimiento en el proceso cognoscitivo.

Las opiniones sobre el alcance y la calidad del conocimiento que los seres humanos pueden tener varían también, según las posturas. El agnosticismo niega la posibilidad de cualquier conocimiento completo del objeto cognoscitivo. Su versión kantiana afirma que sólo adquirimos el conocimiento de los fenómenos, sin aprehender «la esencia de las cosas» *(noumena)*, mientras que el escepticismo radical filosófico subraya la imposibilidad de llegar a la verdad. El positivismo (o realismo ingenuo), que se opone al agnosticismo, no consigue advertir la complejidad del proceso cognoscitivo y afirma que la percepción sensorial nos puede dar un reflejo inmediato y fiel del objeto cognoscitivo, resolviendo así el problema de la cognoscibilidad del mundo. A. J. Ayer tiene razón al subrayar que la afirmación de que «los objetos físicos que percibimos comúnmente son, por así explicarlo, "dados a nosotros"», significa en realidad un acercamiento intuitivo [2].

Estas dos visiones extremas son rechazadas por el materialismo dialéctico, que alza contra el agnosticismo la afirmación de que el mundo es cognoscible, pero subraya que esto no debe implicar que ya está plenamente conocido ni que su conocimiento se puede adquirir en un número finito de actos de conocimiento [3]. Si adquirimos algún conocimiento del mundo y actuamos eficazmente sobre la base de ese conocimiento, esto significa que el mundo es cognoscible, aunque el proceso cognoscitivo es complejo y difícil. Acusa al positivismo de negar el papel activo de la mente del sujeto conocedor y destaca que el mundo es cognoscible sólo si tenemos

[2] A. J. Ayer, *The Problem of Knowledge*, Baltimore, 1961, pág. 79.
[3] Para los argumentos contra el agnosticismo, ver F. Engels, el prólogo a la edición inglesa de «Socialism: Utopian and Scientific», *Selected Works*, volumen I, ed. cit., págs. 92-94.

en cuenta ese factor. La mente humana permite a los hombres adquirir un conocimiento del mundo aportando formas de percepción de los hechos como resultado de la experiencia, y libera el contenido del conocimiento humano de deformaciones debidas a la imperfección de los sentidos humanos. Esta opinión encuentra reflejo en la distinción hecha entre el nivel de la percepción sensorial y el del pensamiento abstracto, en el cual el lenguaje se usa como instrumento del pensamiento [4].

A pesar de todas las diferencias de opinión sobre el proceso cognoscitivo y sus resultados, hay una aceptación corriente de la postura de que el conocimiento depende del proceso cognoscitivo, lo cual significa que el conocimiento se adquiere en el proceso cognoscitivo.

2. *Características del conocimiento científico*

Respecto al proceso cognoscitivo científico (para el que valen las afirmaciones anteriores), deberíamos preguntarnos la diferencia entre el conocimiento científico y el «ordinario» o «cotidiano». Especificando más, podríamos preguntar si la diferencia consiste en el proceso cognoscitivo o se hace manifiesta sólo en el área del conocimiento adquirido a través del proceso cognoscitivo.

La respuesta resulta difícil, pero el punto de partida parece simple. Puesto que la diferencia principal entre el proceso cognoscitivo en general y el proceso cognoscitivo científico es que el objetivo del último no es adquirir conocimiento del mundo en general, sino un conocimiento científico de él, podríamos definir el proceso cognoscitivo científico como aquel cuyo objetivo es adquirir un conocimiento científico. Pero entonces surge un problema, qué es el conocimiento científico, y cuál es, o debería ser, el proceso para adquirirlo.

La ciencia, o el conocimiento científico, se ha definido de varias formas [5]. F. Bacon (en su *Novum Organum)* subrayó su aspecto pragmático al afirmar que la ciencia ayuda al hombre a controlar la Naturaleza y satisface su intento de conocerse a sí mismo. Desde ese punto de vista, el conocimiento científico se puede definir por su objetivo. El mismo criterio se usa para distinguir el conocimiento científico si este último se define como el conocimiento verdadero (es decir, el conocimiento basado en «la verdad contra la falsedad» como principio) [6]. En el último caso, el objetivo del proceso cognoscitivo científico consiste en adquirir conocimiento verdadero. Se subraya que dicho conocimiento debe tener ciertas características, que, en conjunto, pueden describirse como la exigencia de precisión. Una de las primeras definiciones que indicó la estructura metodológica del conocimiento científico fue la que dio W. S. Jevons en *The Principles of Science.* Escribió que el conocimiento científico es conocimiento generalizado, distinto del conocimiento sensorial de los hechos, y dichas generalizaciones se hacen

[4] La distinción entre estos niveles ha sido hecha por V. Lenin
[5] Hay una diferencia evidente entre la ciencia y el conocimiento científico: la primera abarca los resultados acumulados de la investigación y los métodos para obtenerlos, y es, por tanto, un concepto dinámico, mientras que el segundo abarca solamente los resultados de la investigación, y es por tanto un concepto estático.
[6] Cfr. S. Ossowski sobre las exigencias de responsabilidad científica en su *O osobliwosciach nauk spolecznych* (Sobre las peculiaridades de las ciencias sociales), Varsovia, 1962, págs. 283 y ss. Las observaciones hechas aquí se refieren a las disciplinas empíricas.

detectando la identidad y clasificando. «La ciencia (...) es la detección de la identidad, y la clasificación es poner juntos, en el pensamiento o en la proximidad espacial real, aquellos objetos entre los que se ha detectado la identidad»[7]. Los autores contemporáneos subrayan también la naturaleza general y abstracta del conocimiento científico[8].

El conocimiento se clasifica a veces como conocimiento científico e ideología. Pero la división no puede dibujarse claramente. Esto no ocurre sólo porque la valoración (o sea, la clasificación según el criterio: bueno contra malo, y no según el criterio: verdadero contra falso) subyace bajo todas las decisiones, incluidas las científicas, sino más bien porque lo que se considera normalmente como ciencia puede funcionar en algunos casos como ideología, es decir, como conocimiento que sirve a los intereses de grupos específicos.

Por ejemplo, la teoría copernicana jugó durante mucho tiempo un papel ideológico, al mirar el sistema predominante de valoración religiosa[9]. En vista de los fuertes lazos entre la ciencia y la ideología se subraya a menudo que el conocimiento científico es (o debería ser) neutral en relación con los intereses de diversos grupos sociales. Esto sólo es correcto en parte, y con la condición de que no se nieguen las relaciones entre la ciencia y la ideología, y que se distinga entre las relaciones que facilitan el camino a la verdad y las que lo dificultan.

Los intentos de definición del conocimiento científico hacen resaltar fuertemente el aspecto sociológico de la cuestión. Desde ese punto de vista, el conocimiento científico sería el que se adquiere por un grupo de gente apropiadamente reclutado que se ocupan profesionalmente de la ciencia (hombres de ciencia, estudiosos). Se guían por ciertas normas de conducta especializadas que están destinadas a obtener un conocimiento verdadero. Dichas normas pueden interpretarse como existentes o como postuladas. Se han hecho muchos intentos de formularlas, siendo el punto común el principio de la supervisión de la investigación por la totalidad de los científicos. El conocimiento científico sería así un conocimiento sujeto a la aprobación pública de los especialistas, o sea, sujeto a una supervisión.

El proceso cognoscitivo científico, es decir, el proceso cognoscitivo que da lugar al conocimiento científico (descrito arriba), es una variante del proceso cognoscitivo en general. Como todo proceso cognoscitivo, tiene su origen en la experiencia sensorial, en la cual, como hemos dicho antes, adquirimos un conocimiento del mundo externo no directamente, sino sólo como la causa de nuestra experiencia sensorial[10], es decir, como una serie de datos sobre ese mundo. En el proceso cognoscitivo científico, un hombre de ciencia dispone de instrumentos especializados que le permiten descifrar la información normalmente inaccesible a la gente ordinaria. Algunos de estos instrumentos vencen las limitaciones de nuestros sentidos. Un ejemplo de un instrumento que permite descifrar información que es inaccesible

[7] W. S. Jevons, *The Principles of Science*, vol. II, Nueva York, 1877, páginas 673-674.

[8] Cfr. Q. Gibson, *The Logic of Social Enquiry*, Londres, 1960, pág. 3.

[9] El término *ideología* tiene muchas interpretaciones diferentes. La más apropiada parece subrayar su naturaleza genética y funcional. Así, si una afirmación tiene un claro origen de clase, que indica su relación con grupos sociales específicos (que tienen intereses comunes), y si también formula los objetivos de esos grupos (o de la clase entera), entonces debe considerarse como una ideología.

[10] Cfr. A. J. Ayer, *The Problem of Knowledge*, ed. cit., vol. 3.

a la gente ordinaria nos lo proporciona el microscopio; el conocimiento de la paleografía, que permite leer textos antiguos reales, juega también el papel de un instrumento así. Pero las principales características del proceso cognoscitivo científico no hay que buscarlas en el nivel del conocimiento sensorial: consisten en la naturaleza abstracta del proceso cognoscitivo científico, manifiesta en gran medida incluso en el nivel del conocimiento especial para ser comprendidos. En ese nivel de conocimiento no podemos, como hemos dicho anteriormente, arreglárnoslas sin el lenguaje. El lenguaje se convierte, por tanto, en un instrumento necesario del proceso cognoscitivo científico y de la descripción del mundo[11]. Las reglas de investigación indican que el lenguaje científico debe facilitar al máximo el trasvase de información, dentro y fuera del medio científico. El proceso cognoscitivo científico no es un acto aislado, sino que forma parte del proceso general de desarrollo de la ciencia y en ese sentido es enormemente indirecto, ya que requiere que se tomen en cuenta los resultados obtenidos por otras personas, tanto dentro como fuera del medio científico.

Si queremos que el proceso cognoscitivo científico cumpla su tarea principal, que es proporcionar conocimiento verdadero, entonces tiene que incluir el procedimiento de apoyar las afirmaciones por medio de comprobaciones. Sólo el conocimiento comprobado puede ser científico. Mientras que en el conocimiento cotidiano la cuestión de sustentar el conocimiento adquirido es claramente de importancia secundaria, en el conocimiento científico ese paso del proceso cognoscitivo está claramente marcado y se convierte en una de las partes principales de la metodología de las ciencias o epistemología interpretada de un modo amplio.

3. *La controversia sobre la naturaleza del conocimiento histórico*

Aunque aparentemente no provocaría protestas el asegurar que el conocimiento científico es una variedad del conocimiento en general y que la investigación histórica supone una investigación científica, surgen serios problemas de interpretación cuando se hace referencia al conocimiento histórico. La razón parece evidente: el conocimiento histórico tiene como objeto diversos sucesos pasados que, como se coincide universalmente, no podemos observar a causa de nuestra situación en el tiempo, es decir, en cierto sentido, no podemos recuperarlos. Por el contrario, en relación con el conocimiento de los hechos presentes (observables) sí que los vemos, o por lo menos podemos hacerlo, porque nuestra posición en el tiempo es simultánea a la aparición de esos hechos.

Los problemas de interpretación implicados aquí se pueden agrupar en torno a diversas respuestas a las dos preguntas básicas: 1) ¿Es posible hacer afirmaciones con significado sobre el pasado, o sea, afirmaciones con un valor lógico? 2) Incluso si asumimos que es posible (es decir, que nuestras afirmaciones sobre el pasado se refieran realmente al pasado), ¿es posible dar una descripción verdadera (objetiva) del pasado?

[11] Cfr. K. Ajdukiewicz, *Jezyk i poznanie* (Lenguaje y conocimiento), 2 volúmenes, Varsovia, 1960-1965. Ver también W. P. Alston, *The Philosophy of Language*, Nueva York, 1964 (con bibliografía básica).

Respecto a la primera cuestión han surgido dos tipos de dudas[12]. Los positivistas lógicos, o al menos los defensores del comprobacionismo (que asegura —cfr. capítulo VIII— que una afirmación no analítica sólo puede tener significado si puede ser comprobada empíricamente), se vieron obligados a hacer la paradójica aseveración de que las afirmaciones sobre el pasado están más allá de la línea divisoria que separa las ciencias de la metafísica. Varias ideas, más o menos ingeniosas, han sido adelantadas para evitar esa conclusión. Una de ellas es que las afirmaciones históricas son en realidad afirmaciones sobre el futuro, porque predicen cuáles serán los resultados de la investigación (comprobaciones); esas afirmaciones, por tanto, adquieren (tanto en su versión positivista como en la pragmática) significado por estar dirigidas hacia el futuro y no dirigidas hacia el pasado. Esto salva el criterio de comprobación (porque podemos comprobar en el futuro lo que ocurrirá), pero, como puede verse fácilmente, el lazo de unión con el pasado como algo real se ha roto. En esa interpretación, las afirmaciones históricas no se refieren al pasado, sino a los fundamentos de nuestro conocimiento de ese pasado. Por eso, si un historiador afirma: «En 1865-71, Florencia fue la capital de Italia», no se refiere, según esa interpretación, al pasado, sino que solamente predice que las fuentes históricas (la investigación posterior) apoyarán esta hipótesis. La afirmación, por tanto, adquiere un sentido de predicción, y no adquiere el significado por su concordancia con el pasado. Como puede verse, el hecho de si Florencia existió o si fue la capital de Italia en el período mencionado más arriba no necesita ser tenido en consideración.

Esta solución, al ser tan paradójica, no satisface tampoco a los comprobacionistas. Otra idea ha sido la de reducir las afirmaciones sobre el pasado a afirmaciones sobre el presente. C. J. Lewis dice que cualquier hecho pasado puede ser analizado como extensible en el tiempo, de modo que sus consecuencias continúan hasta el presente, y éstas pueden comprobarse. A. C. Danto señaló lo absurdo de esa opinión. Si la batalla de Hastings, que evidentemente no es su propia consecuencia, no es cognoscible porque no podemos comprobarla, entonces, ¿cómo podemos conocer las consecuencias de ella, de algo que no es cognoscible? Más aún, pregunta, ¿en qué basamos nuestra creencia de que un suceso anterior está unido a un suceso que es observado por el historiador y que forma un todo con otros sucesos anteriores (si retrocedemos hasta el suceso original), si todas las partes anteriores de ese todo son no cognoscibles? Lewis trató de soslayar esta cuestión diciendo que las «marcas del pasado» que tienen los objetos existentes nos ayudan a encontrar el camino hacia sus partes anteriores, pero Danto señaló, correctamente, la insuficiencia de tal explicación[13].

A. J. Ayer rechazó los intentos de reducir las afirmaciones sobre el pasado a afirmaciones sobre el futuro o a afirmaciones sobre el presente y asegura que los hechos pasados son comprobables «por principio». En el presente también observamos sucesos que sólo tienen lugar cerca de nosotros, pero no los que ocurren en otro lugar. Pero nuestra situación en el espacio no convierte estos últimos sucesos en no comprobables. Esto muestra, como afirma Ayer explícitamente, que los sucesos no son pasados ni presentes; son sucesos, en general, privados de su dimensión temporal[14], y por

[12] Esos tipos de escepticismo son analizados por A. C. Danto, *The Analytical Philosophy of History*, ed. cit., págs. 27-111. Yo no estoy de acuerdo con él en muchas cuestiones, pero coincido con muchos de sus análisis.
[13] A. C. Danto, *op. cit.*, págs. 34-44.
[14] A. J. Ayer, *The Problem of Knowledge*, Edimburgo, 1961.

tanto, las afirmaciones sobre los sucesos se refieren a ellos como tales y no como pasados, presentes o futuros. Sin embargo —y esto también fue aducido por Danto—, el valor lógico de las afirmaciones no es independiente del momento en el que se formulan. Consideremos el siguiente ejemplo[15]: las afirmaciones 1) César morirá; 2) César está muriendo; 3) César murió, son «factográficamente» sinónimas y, por tanto, son todas ciertas si una de ellas es cierta, o todas falsas si una de ellas es falsa. Pero pierden esa propiedad cuando las analizamos según quién las hizo y cuándo. Si Bruto hace la afirmación 2) y en ese momento César ya ha muerto, la afirmación será falsa. Por tanto, este argumento tampoco vale como argumento en favor del comprobacionismo (o fenomenalismo metodológico), que parece ser más vulnerable exactamente en lo que se refiere a las reflexiones metodológicas sobre la investigación histórica (no limitada a lo que se acaba de decir).

El escepticismo sobre las posibilidades del conocimiento histórico ha encontrado también una formulación diferente, en concreto el segundo tipo de los escepticismos a los que nos hemos referido antes. Incluso si aceptamos que podemos hacer afirmaciones verdaderas sobre el pasado, surgen dudas (encabezadas sobre todo por B. Russell) sobre si podemos estar seguros de que en realidad se refieren al pasado. Porque una afirmación que describe un estado de cosas ficticio (por ejemplo, «Robespierre fue rey de Polonia») no difiere mucho de una afirmación formulada por un historiador y referida a hechos (por ejemplo, «Estanislao Augusto Poniatowski fue rey de Polonia»); ni difiere mucho de las afirmaciones que se refieren a sus fuentes. Esto, aparentemente, nos impide llegar a aquello sobre lo que trata la afirmación, es decir, alcanzar el pasado. Este tipo de escepticismo es criticado por Danto. En su análisis del lenguaje hace una distinción entre los términos y afirmaciones que se refieren al pasado, aquellos que son neutrales en relación con su referencia temporal, y aquellos que se refieren al futuro. Por ejemplo, la afirmación «esto es una cicatriz» se refiere a una herida anterior y señala un determinado nexo causal. Nuestro lenguaje, como bien señala Danto, está lleno de predicados que se refieren al pasado[16]. Mencionemos, en este sentido, que su número es probablemente más grande de lo que afirma Danto, ya que, para él, la afirmación «éste es un hombre» es neutral respecto a su referencia temporal, mientras que para este autor la afirmación en cuestión y el término «hombre» están condicionados temporalmente y se refieren al pasado. Por otro lado, el predicado «es rojo» parece ser temporalmente neutral. Pero la restricción del lenguaje sobre el tiempo no niega totalmente el escepticismo sobre si las afirmaciones que se refieren al pasado hablan realmente sobre el pasado, ya que ese escepticismo puede abarcar el concepto de causalidad al referirnos al principio de Hume de que *post hoc non est propter hoc*. Danto demuestra que, al contrario de lo que asegura Russell, los predicados que se refieren al pasado no se pueden reducir totalmente a predicados que sean neutrales respecto a su referencia temporal: lo que Russell llama conocimiento del pasado está constituido por afirmaciones que son lógicamente independientes del pasado y pueden, por tanto, ser analizadas desde el punto de vista presente como si el pasado nunca hubiera existido[17].

[15] Cfr. A. C. Danto, *op. cit.*, págs. 54-56.
[16] *Ibidem*, págs. 73 y ss.
[17] Esta opinión ha sido formulada por B. Russell en *The Analysis of Mind*, Londres, 1921. Lo citamos según A. C. Danto, *op. cit.*, págs. 77 y ss.

Aparte de este tipo de crítica, Danto sugiere que se neutralice el escepticismo ~~sobre si las afirmaciones~~ históricas se refieren realmente al pasado, extendiendo el acercamiento instrumentalista [18] hasta abarcar las afirmaciones históricas. En su opinión, las afirmaciones que se refieren al pasado juegan —a la luz del instrumentalismo en la investigación histórica— un papel similar al de las afirmaciones teóricas que ordenan (nuestro conocimiento de) los hechos. Por tanto, el término «Julio César» juega en una labor histórica un papel que es similar al jugado por el término «electrón» en un documento sobre física o el término «complejo de Edipo» en un estudio psicoanalítico [19]. Es simplemente un instrumento —mejor o peor— utilizado para ordenar los hechos, y no es esencial que se refiera a nada real, ya que las afirmaciones históricas no son afirmaciones sobre hechos. Así, el problema de la verdad y falsedad de las afirmaciones históricas desaparece.

Se puede ver fácilmente que el instrumentalismo no proporciona una solución satisfactoria del problema. El instrumentalismo neutraliza la controversia sobre el valor lógico de las afirmaciones históricas por medio de la eliminación de su marco de referencia, es decir, el pasado que es su modelo; por tanto, elimina algo real que el historiador no quiere perder. Por tanto, él rechaza el escepticismo en cuento a la posibilidad de hacer afirmaciones sobre el pasado y acepta esa posibilidad, y considera paradójico reducir las afirmaciones sobre el pasado a afirmaciones sobre el presente o sobre el futuro, o neutralizar el valor temporal de dichas afirmaciones, o abandonar la aseveración de que el pasado fue algo real.

4. *Argumentos contra el escepticismo. Rasgos característicos del conocimiento histórico*

Nos vamos a ocupar ahora del análisis de dos clases de escepticismo mencionadas anteriormente: sobre la posibilidad de hacer afirmaciones sobre el pasado y sobre si el pasado es realmente el objeto de nuestras reflexiones.

El argumento más radical contra el escepticismo sobre la posibilidad de hacer afirmaciones sobre el pasado consiste en demostrar que epistemológicamente no hay diferencia entre el conocimiento actual y el histórico, puesto que si no existe dicha diferencia, las dudas surgidas sobre el conocimiento histórico abarcarían todo el conocimiento en general. En nuestro caso, dicha conclusión es suficiente, porque nos interesa, sobre todo, demostrar que no existen características específicas del conocimiento histórico, lo cual es muy importante para las reflexiones sobre la ciencia histórica.

Para apoyar la aseveración de que no hay diferencia entre el conocimiento actual y el conocimiento histórico tenemos que escrutar, en primer lugar, la naturaleza indirecta del conocimiento de los sucesos pasados, que se debe a la imposibilidad de hacer observaciones directas del pasado y que causa la inquietud de los comprobacionistas.

Surgen dos cuestiones: ¿Realmente estamos privados por completo de la posibilidad de una observación directa del pasado? y ¿Esta imposibilidad es una peculiaridad del conocimiento histórico solamente?

[18] En la metodología de las ciencias, el instrumentalismo es la postura «según la cual las leyes científicas y las teorías no son afirmaciones verdaderas o falsas sobre los hechos, sino sólo instrumentos usados para ordenar y predecir los hechos observados». (Cfr. J. Giedymin, *Problemy, zalozenia, rozstrzygniecia*, edición citada, pág. 175.)

[19] A. C. Danto, *op. cit.*, pág. 79.

Antes de seguir adelante es necesario hacer dos distinciones: el conocimiento histórico en el sentido amplio del término frente al conocimiento histórico científico, y conocimiento histórico en general (tanto científico como en el sentido amplio del término) frente al conocimiento del pasado que tiene un individuo (tanto historiador como no). El conocimiento histórico en sentido amplio puede ser interpretado como cualquier conocimiento del pasado, y por tanto, además del conocimiento científico, como todos los tipos de conocimiento a los que recurrimos muchas veces en nuestra vida corriente cuando necesitamos un conocimiento de lo que había sido. El conocimiento científico de los sucesos pasados pretende proporcionarnos un conocimiento científico de esos sucesos, en el sentido explicado previamente. Podemos dar una característica más que distingue el conocimiento cotidiano del pasado del conocimiento histórico científico; esta característica hay que añadirla a las diferencias ya conocidas entre el conocimiento en general (menos el científico) y el científico. En lo que llamamos conocimiento cotidiano usamos casi exclusivamente la memoria, que en este caso sirve como canal de información. Otras fuentes, como cartas y demás documentos personales, juegan un papel meramente auxiliar. Respecto al conocimiento científico ocurre lo contrario: el uso de la propia memoria de los sucesos pasados tiene importancia secundaria. En el análisis que sigue nos ocuparemos del conocimiento histórico científico.

La opinión de que la aproximación indirecta es una peculiaridad de la adquisición del conocimiento sobre el pasado está muy extendida entre los historiadores [20]. ¿Pero está tan roto el lazo entre el pasado y el presente que no tenemos posibilidad de hacer observaciones directas del pasado aunque las acciones de los seres humanos que se combinaron para formar el pasado hayan terminado? El lazo sólo estaría completamente roto si fuera posible hacer una distinción consistente entre la percepción de los objetos y los sucesos que son las causas directas de nuestras experiencias sensoriales y la observación de los hechos pasados (que se pueden observar). Pero esta distinción no se puede realizar totalmente, ya que el conocimiento del pasado incluye la observación de los objetos físicos todavía existentes, incluyendo seres humanos, y no sólo en forma de restos humanos, sino también sus acciones actuales. Un historiador puede observar a la gente viva, cuyas acciones incorporan, más o menos claramente, la experiencia del pasado transmi-

[20] El hecho de que el conocimiento histórico es específicamente indirecto ha sido subrayado (además de los viejos manuales de Ch. V. Langlois y Ch. Seignobos, M. Handelsman, y el más reciente de S. Koscialkowski) por A. Gieysztor, *Zarys pomocniczych nauk historii*, Varsovia, 1950; R. Lutman, «Podstawy metodologiczne historiografii» (Los fundamentos metodológicos de la historiografía), *Actas del VIII Congreso de historiadores polacos*, vol. I, Varsovia, 1948, pág. 19; H. C. Hockett, *The Critical Method in Historical Research and Writing*, Nueva York, 1958, pág. 8; H. J. Marrou, *De la connaissance historique*, París, 1956, pág. 143. Este último autor opina que, a causa de que el conocimiento histórico es indirecto, no podemos hablar de la historia como una ciencia en el sentido total del término, ya que nos encontramos aquí con el conocimiento basado en la fe *(connaissance de foi)*. R. Lutman escribe también que en la historiografía «la actitud del investigador es básicamente fideísta» *(op. cit.*, pág. 24). Ver también C. Bobinska, *Historyk. Fakt. Metoda* (El historiador. El hecho. El método), págs. 112 y ss. Esta postura es criticada por W. Kula, en *Rozwazania o historii* (Reflexiones sobre historia), edición citada, págs. 42-60, que señala el hecho de que el conocimiento respecto a los hechos contemporáneos también es indirecto, no sólo en lo referente a los del pasado.

tida de generación en generación. Se dice a menudo que un hombre vivo es un portador de la tradición o una imagen del pasado. La observación del comportamiento de las personas que viven en unas condiciones poco propicias a los cambios (comunidades rurales, pueblos primitivos, etcétera) es especialmente instructiva en este aspecto. Estas observaciones son la principal fuente de muchos estudios realizados en antropología cultural. Esto abarca el estudio del lenguaje usado por los grupos bajo observación; el lenguaje se interpreta aquí no sólo como una forma específica de comportamiento (en concreto, comunicación), sino también como secuencias de frases emitidas y emisiones de significados concretos. Si dichas frases y emisiones se refieren al pasado, la memoria de la persona emisora se convierte en una fuente (histórica). Pero puede ocurrir también que aprendamos algo sobre el pasado a partir de frases que se refieren a situaciones actuales. En tal caso, el hombre cuyo comportamiento está siendo observado actúa apoyado en la memoria habitual, que procede más bien, automáticamente, de la experiencia pasada.

La observación de las acciones humanas puede tener como objetivo sólo una información sobre el comportamiento real de las personas en cuestión, sin ningún intento de descubrir en ese comportamiento restos del pasado, y ser, por tanto, una fuente de conocimiento del pasado, o puede ser también un mejor conocimiento del pasado. Los antropólogos culturales, durante mucho tiempo, se han limitado al primer tipo de observaciones, y los historiadores, normalmente, no han querido incluir las observaciones de la conducta humana en la serie de fuentes que les permiten reconstruir el pasado. Sólo los avances en la integración de la ciencia han acercado mutuamente estas dos aproximaciones a la observación de la conducta humana. Por ahora, se ha extendido la comprensión del hecho de que estas dos aproximaciones pueden acercarse. Al hablar de observaciones de la conducta humana tenemos que recordar que las técnicas de grabación nos permiten oír la voz de un hombre muerto como oímos las de los que todavía viven; del mismo modo, las películas y las fotografías nos permiten hacer observaciones (más o menos exactas) sobre los hechos pasados y sobre personas que ya no viven.

Dichas observaciones, que al mismo tiempo son observaciones de restos del pasado, van desde las observaciones de gente viva hasta las observaciones, a las cuales recurren a menudo los historiadores, de objetos inanimados (especialmente los arqueólogos y los historiadores de la civilización material), de objetos físicos inanimados que son restos del pasado[21]. Entre ellos se puede incluir todo tipo de objetos materiales que son producto del trabajo humano (por ejemplo, un viejo arado guardado en un museo o todavía usado por los campesinos) y todos los demás restos de la existencia del hombre en el globo. Esta última categoría abarca restos de todas las actividades que no son trabajo en el sentido económico de la palabra (por ejemplo, restos de

[21] M. Bloch sostiene que, cuando nos encontramos con objetos físicos que son restos del pasado, el conocimiento es directo: «Quelque jugement qu'on porte sur elle, c'est indéniablement une induction du type le plus classique; elle se fonde sur la constatation d'un fait et la parole d'autrui n'y intervient en rien.» (Cfr. *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*, pág. 20.) Su opinión ha sido criticada una vez por el presente autor, pero no en cuanto a las formas de conocimiento histórico, sino sobre los métodos de establecer los hechos. Los datos directos se pueden usar para el establecimiento directo o indirecto de los hechos. El ejemplo dado por Bloch es un caso típico de establecimiento indirecto de los hechos (es decir, por deducción). Cfr. *Kwartalnik Historyczny*, número 2, 1961, pág. 458.

juegos, entretenimientos, etcétera) y de restos humanos (por ejemplo, esqueletos en tumbas). Entre los objetos físicos inanimados que pueden ser la materia de observación de los historiadores puede haber restos de sustancias orgánicas, y su conocimiento puede contribuir al conocimiento, por parte del historiador, de la actividad humana. Así, por ejemplo, un análisis del polen nos puede ayudar a reconstruir el entorno vegetal del hombre, dentro del cual podemos distinguir las plantas que el hombre cultivaba. El conocimiento del modo de crecer de los árboles nos da información sobre los cambios de clima, y los esqueletos de animales nos permiten reconstruir las ocupaciones del hombre (la relación entre caza y crianza de animales) y su alimentación. Los límites de la observación directa de los objetos físicos que puede hacer un historiador son difíciles de definir. Basta mencionar, en este sentido, las enormes oportunidades proporcionadas por la fotografía aérea, que revela trazos de objetos físicos (o regiones) que de otro modo permanecerían inadvertidos, y nos permite así reconstruir los viejos límites entre los campos y la situación de los poblados. Hay que mencionar también que la observación de las viejas fuentes del derecho (por ejemplo, actas de parlamentos), significa también conocimiento directo si tales fuentes se han conservado en la forma de documentos originales. En estos casos ninguna persona actúa como intermediario. Esto muestra que los historiadores del derecho basan su investigación, en gran medida, en el conocimiento directo.

Todas las formas de conocimiento histórico anotadas hasta ahora consisten en una observación directa de los objetos físicos y apuntan una posibilidad de observación directa del pasado. El único argumento contra este razonamiento se ha encontrado en el libro de A. J. Ayer. No niega la existencia de restos del pasado (que tienen la etiqueta de pertenecientes al pasado), pero asegura que es imposible adquirir ningún conocimiento de ellos como fuentes de información sobre el pasado, sin tener un concepto del pasado[22]. Sin embargo, ésta no es la cuestión, pues se podría decir que no podemos adquirir ningún conocimiento de los sucesos presentes sin tener un concepto del presente, es decir, sin tener algún conocimiento que nos permita clasificar adecuadamente los objetos que observamos. Pero sería erróneo negar la gran importancia del conocimiento histórico indirecto, aunque a menudo el conocimiento indirecto está claramente unido al directo.

Hay también, hasta cierto punto, una observación directa de objetos físicos, en el caso de las fuentes cuyo valor cognoscitivo consiste no tanto en el propio hecho de su existencia, como restos de sucesos pasados, como en los datos que contienen. Por ejemplo, un viejo arado es un objeto directo de conocimiento histórico sólo como un objeto físico específico del pasado, pero un documento tiene interés para nosotros, sobre todo, como portador de un contenido determinado, y mucho menos como una hoja de papel concreta, o un pergamino, cubierto con escrituras y con un sello fijado a él. Las características externas mencionadas, sin embargo, pueden ser muchas veces importantes para descifrar o interpretar el contenido del documento en cuestión. Pueden ser también la materia de una investigación especial que se ocupe de la producción del papel, organización de las cancillerías, el modelo de escribas y los tipos de escritura. En estos casos, por supuesto, nos enfrentamos con la observación directa de un objeto físico. Todas las autopsias son observaciones directas de este tipo. Pero, en cuanto a los sucesos pasados a los que se refiere el documento, la observación del historiador es indirecta.

[22] Cfr. A. J. Ayer, *The Problem of Knowledge*, ed. cit., pág. 151.

Lo mismo ocurre con otras fuentes que registran, semánticamente o no, las observaciones hechas por otras personas. En todos estos casos, el historiador no adquiere información sobre el propio hecho, sino sobre una información que le atañe. Estas pueden ser informaciones hechas intencionalmente para reconstruir el pasado (una crónica) u observaciones registradas con algún propósito práctico (una carta privada, unas listas de Hacienda, etcétera). Hay que subrayar que, muchas veces, el historiador se encuentra en una situación en la que tiene que confiar en informaciones hechas por otras personas. Algunos autores, por ejemplo M. Bloch, afirman que la existencia de intermediarios entre un hecho pasado y el historiador es el criterio de distinción entre conocimiento directo e indirecto. Como veremos más tarde, esta distinción parece útil. En el caso del conocimiento indirecto, basado en informaciones hechas por otros, podemos distinguir varios grados. Cuanto más alejado esté el informante del hecho sobre el que informa, mayor será el grado de tortuosidad. Este tipo de conocimiento incluye el uso de las observaciones científicas hechas, directamente o no, por otros historiadores. Ya que, como hemos dicho anteriormente, es normal examinar las fuentes sólo parcialmente, basando algunas afirmaciones en el conocimiento adquirido por otros.

El conocimiento basado en la memoria de otros es también de naturaleza indirecta. A menudo nos referimos a lo que recuerdan los otros, y solemos combinar eso con observaciones de la conducta de personas vivientes [23]. La cuestión se hace más complicada cuando añadimos nuestra propia memoria, que, después de todo, es también una fuente de conocimiento histórico. Al contrario de A. J. Ayer, este autor sostiene que en dicho caso podemos hablar de conocimiento directo. Esto es así porque nosotros somos la persona que ha observado un suceso concreto en un momento dado y simplemente lo recordamos en un momento adecuado. Estos recuerdos pueden estar distorsionados por nuestras experiencias posteriores al suceso en consideración, de modo que no sean tan directos, pero aun así, predomina lo directo sobre lo indirecto.

Por tanto, el conocimiento histórico es una combinación del conocimiento directo e indirecto. Cuando el conocimiento se basa en datos proporcionados (de varias formas) por otros, podemos hablar, como M. Bloch, de conocimiento indirecto. Como esto ocurre muy a menudo, y es típico en el caso de los historiadores que trabajan principalmente sobre fuentes escritas, parece adecuado señalar lo indirecto del conocimiento histórico como su propiedad principal.

Pero preguntemos de nuevo, ¿son los historiadores los únicos investigadores que en su trabajo confían principalmente (o en gran medida) en las fuentes (interpretadas como datos de observaciones hechas por otros), y no en su propia observación directa? Cuando examinamos el problema más de cerca, la naturaleza indirecta del conocimiento histórico no es, en absoluto, exclusiva de los procedimientos de investigación usados por los historiadores. W. Kula ha mostrado que el estudio de los hechos sociales contemporáneos es también indirecto, o sea, basado en el uso de fuentes [24]. Podemos dar un paso más y decir que las situaciones en las cuales, junto a nuestra propia observación, utilizamos las que han hecho otros, son típicas de todo conocimiento científico. Es indiscutible que los físicos y los químicos también basan su investigación en observaciones hechas por otras personas. Por supuesto, la razón directo-indirecto puede variar de un tipo de investigación a otro, pero entonces el conocimiento histórico resulta ser sólo un poco más indirecto de lo que son otros tipos de conocimiento científico.

[23] Las memorias, una vez escritas, no se consideran como una fuente del tipo «memoria», sino como un relato de un tercera persona sobre ciertos hechos.

[24] W. Kula, *Rozwazania o historii*, ed. cit., págs. 42 y ss.

Aparte de lo que se ha dicho arriba, hay que apuntar que los argumentos utilizados hasta ahora se reducían a los objetos y sucesos que se podían observar. Pero es bien sabido que no todos los sucesos presentes se pueden observar directamente (al menos en el estado actual de los instrumentos y métodos de investigación). Por tanto, son observados a través de indicadores ilativos (para usar la terminología sugerida por S. Nowak). Así, un cirujano certal deduce del comportamiento de su paciente si éste sufre dolor; Un químico puede deducir que están teniendo lugar ciertas reacciones por medio del estudio de ciertas características externas de las sustancias que están investigando; un físico deduce ciertos procesos intra-atómicos mirando una fotografía hecha en condiciones específicas, etc. Para los historiadores, también, por lo menos algunas fuentes en las que basan sus investigaciones sirven de indicadores ilativos *sui generis* de los que sacan conclusiones sobre determinados sucesos. Un contrato de arriendo que ha escapado a la destrucción es un indicador de la transacción que se hizo; restos de casas son un indicador de que en cierta época el territorio estuvo habitado, las monedas romanas encontradas en el territorio actual de Polonia testifican que en el pasado hubo actividad mercantil, etc. En todos estos casos, el modo de razonar es el mismo, aunque en el primer grupo de ejemplos sacamos deducciones sobre hechos presentes, y en el último grupo, sobre hechos pasados. Pero todos ellos comparten un rasgo común: la naturaleza indirecta de su conocimiento. Esto se puede deber a la circunstancia de que unos hechos no se pueden observar por su naturaleza, otros por dificultades técnicas y otros, en principio, se pueden observar, pero después no, por el lapso de tiempo transcurrido. Este último grupo de hechos es estudiado no sólo por los historiadores, ya que un suceso que ocurrió en un momento t_0 deja de ser observable para un físico o químico en el momento t_1 aunque su naturaleza no excluye la capacidad de ser observado en general. Cuando el suceso ha terminado puede haber dejado nada más un resto (el rastro de un electrón es registrado por una fotografía).

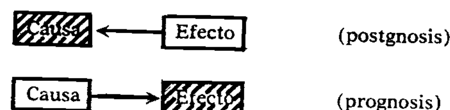
Por tanto, el conocimiento indirecto, aunque es frecuente en la investigación histórica, no es específico de ella. Varios autores que lo notaron señalaron otros aspectos del conocimiento histórico, que ellos sostienen que son específicos de él. Se refieren a la incapacidad del historiador para crear las fuentes, es decir, el carácter limitado de sus fuentes de conocimiento, lo cual queda en parte compensado por su conocimiento de los efectos y consecuencias consiguientes, cosa que un estudioso del presente no tiene.

La afirmación de que los historiadores no pueden crear fuentes, porque, como G. M. Trevelyan observó correctamente, el pasado es implacable en su silencio, sería tan lejana a la verdad si se formulara de un modo radical que nadie adelanta esa formulación. W. Kula la relaciona con la historia anterior sobre la cual podemos, como mucho, encontrar nuevas fuentes o interpretar de un modo nuevo las ya existentes [25]. La historia anterior comenzaría en el momento en el que ya no hay testigos de los sucesos de los que nos ocupamos. Sin embargo, puesto que. en general, siempre hay algunos testigos de algunos

[25] *Ibidem*, págs. 52-55.

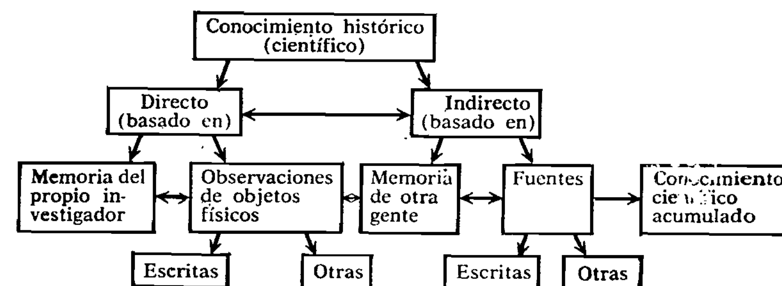
hechos, el proceso de fabricación de las fuentes es una de las tareas más importantes de los historiadores que estudian un pasado bastante reciente. De aquí se deduce que la incapacidad para crear las fuentes es sólo una limitación parcial, y sería erróneo, por tanto, verla como una característica específica de todo el conocimiento histórico. Por otro lado, es un rasgo característico del estudio histórico de períodos remotos, pero incluso en ese caso pueden surgir ciertas dudas si intentamos definir el concepto de «fabricación de fuentes» con mayor precisión. Después de todo, una entrevista con una persona viva muestra simplemente un conocimiento que ha sido acumulado anteriormente y no registrado todavía, pero no crea de ningún modo un conocimiento nuevo de hechos concretos. Sea como sea, la cuestión permanece abierta.

La aseveración de que el conocimiento de los efectos (consecuencias) de los hechos es específico del conocimiento histórico, especialmente en oposición al estudio de la época presente, requiere también una explicación. A causa del lapso de tiempo transcurrido, el historiador (cfr. capítulo XXIII) tiene un conocimiento de las consecuencias de determinados sucesos que le permite adquirir un conocimiento más completo de los hechos, al poder proveerse de una perspectiva temporal. Es cierto que los procedimientos de investigación en el estudio de la historia suelen ser post-gnósticos: la cuestión es averiguar las causas de ciertos hechos que nosotros consideramos como efectos. Por el contrario, un procedimiento prognóstico intenta averiguar las relaciones de las que podemos, con un alto grado de probabilidad, predecir los efectos de un hecho que nosotros afirmamos que es la causa. Este procedimiento se encuentra en las disciplinas teóricas que tienen como objetivo la formulación de leyes científicas. Sin embargo, ni la historia puede permanecer indiferente al procedimiento de formular leyes (cfr. capítulo VI), ni otras disciplinas pueden ser indiferentes al procedimiento postgnóstico. La averiguación de las causas de los hechos, apoyándonos en otros hechos que llamamos efectos, es bastante común en la ciencia. El historiador no puede asegurar que un conocimiento ordinario de las consecuencias (efectos) de los sucesos anteriores es específico de su disciplina. El esquema inferior señala los problemas metodológicos específicos de la postgnosis y de la prognosis. La cantidad de información requerida para la postgnosis no tiene por qué ser menor que en el caso de la prognosis, y más aún, para explicar un hecho (es decir, para indicar su causa o causas) tenemos que referirnos a una afirmación prognóstica (ley científica).



En el procedimiento prognóstico podemos hablar del conocimiento de los hechos sólo en la medida que conocemos las causas, porque el concepto de efecto adquiere significado sólo cuando es un elemento del par ordenado: causa-efecto. Pero solamente buscamos las causas, y raramente podemos saber con seguridad si el suceso que examinamos y consideramos como efecto de alguna causa o causas ha sido enlazado correctamente por nosotros con otro(s) suceso(s), y si, por tanto, podemos decir que el conocimiento de los efectos es una prerrogativa especial del conocimiento histórico. Podríamos hacerlo, pero sólo con una consideración explícita del factor tiempo (confrontar capítulo XXIII).

El siguiente esquema nos muestra una descripción general del conocimiento histórico:



Como todo conocimiento científico, el conocimiento histórico científico sólo puede comenzar con una cantidad adecuada de conocimiento acumulado, y no se puede imaginar un progreso en el proceso cognoscitivo si ese conocimiento no es, en parte, científico, como mínimo. Esto significa que el proceso cognoscitivo científico es, en cierto sentido, un proceso *a priori*, puesto que su punto de partida es siempre un conocimiento acumulado previamente, que en este caso es una categoría necesaria del proceso cognoscitivo (que, en último análisis, tiene su origen en la inducción). En el proceso cognoscitivo histórico, el papel del conocimiento (que hemos denominado no basado en fuentes) adopta varias formas, según los orígenes de ese conocimiento. Si usamos nuestra propia memoria, el proceso cognoscitivo consiste en nuestra reconstrucción de un fragmento dado de nuestro conocimiento, adquirido en una época anterior, o sea, nuestras propias observaciones directas; esta reconstrucción, sin embargo, tiene lugar con la participación del conocimiento que hemos adquirido después. Ese conocimiento, por un lado, facilita el recuerdo porque facilita la formulación de preguntas, pero, por otra parte, al estar permanentemente presente en el proceso cognoscitivo, puede hacernos difícil distinguir el fragmento deseado de conocimiento de forma que esté lo más conforme posible con nuestras primeras observaciones (o sea, que no esté distorsionado por las experiencias subsiguientes).

Sólo en el caso de la observación de los objetos físicos procedentes del pasado nos encontramos con un conocimiento totalmente directo, aunque difiera del conocimiento directo cotidiano por el hecho de que tenemos que recurrir a una gran cantidad de conocimiento acumulado previamente. Sin un conocimiento adecuado somos totalmente incapaces de clasificar un objeto concreto o, aunque reconozcamos en él algo como un arado, somos incapaces de extraer de él ninguna información sobre el pasado. El conocimiento histórico indirecto, es decir, el que se basa o en la memoria de otras personas o en observaciones hechas por otros y registradas en las fuentes, exige también una gran cantidad de conocimiento no basado en fuentes. La memoria de otras personas sólo puede «revivir» por nuestras preguntas, y éstas no pueden (cfr. capítulo XIV) formularse sin algún conocimiento previo. Lo mismo ocurre con otras fuentes de conocimiento histórico, que sólo pueden dar información si somos capaces de interpretarlas y extraer de ellas los datos que nos interesan.

Llegamos así a la conclusión de que todos los problemas del conocimiento histórico son al mismo tiempo problemas de todo el conocimiento en gene-

ral. El historiador no carece totalmente de la posibilidad de observar directamente el pasado, porque, como hemos visto, hay muchas categorías de fuentes para el conocimiento histórico que son partes del pasado y a la vez se prestan a ser directamente observadas. Por otro lado, el conocimiento del presente implica en gran medida una observación indirecta (podemos usar las observaciones de otras personas o deducir sobre la base de indicadores ilativos). Por tanto, la naturaleza indirecta del conocimiento, que a menudo se atribuye al conocimiento histórico, resulta no ser ninguna peculiaridad de este último.

Todo conocimiento es a la vez histórico y relacionado con el presente. Hay que anotar también que todos los sistemas que observamos están en constante movimiento, de modo que una afirmación sobre un suceso contemporáneo que tuvo lugar en un momento t no puede comprobarse por observación de ningún modo, ya que tal observación sólo podría darse en un momento $t + k$, es decir, de cualquier modo, después de t. Comprobaríamos así una afirmación sobre un sistema A_t, confrontándolo con otro sistema A_{t+k}. Así, la comprobación por medio de la experiencia directa es imposible en el caso de todas las afirmaciones sobre hechos, al margen de que se refieran a sucesos pasados o contemporáneos (en relación con el investigador). Por eso, en ambos casos tenemos que recurrir a diversas formas de comprobación indirecta, que trataremos más tarde.

Pero surge otra cuestión, en relación con los argumentos usados contra el escepticismo sobre si las afirmaciones sobre el pasado se refieren realmente a lo que ocurrió, es decir, sobre si hay un nexo lógico entre esas afirmaciones y los hechos pasados. Como hemos mencionado antes, ningún historiador que se ocupe de la práctica investigadora duda que tuvieron lugar en el pasado los hechos de los que se ocupa, y considera paradójicas todas las afirmaciones que señalan la falta de nexo lógico entre las afirmaciones sobre el pasado y su substrato real. Esta opinión de sentido común, que rechaza las ideas excesivamente sofisticadas, parece totalmente apoyada.

El concepto de lenguaje temporal, desarrollado en detalle por A. C. Danto, es un argumento importante a favor de la imposibilidad de romper el nexo entre los hechos pasados y las afirmaciones sobre ellos. «Por un término relacionado con el pasado me referiré a un término cuya aplicación correcta a un objeto o suceso presente implica *lógicamente* (cursiva, A. C. D.) una referencia a algún objeto o suceso anterior que puede no estar causalmente relacionado con el objeto al que se aplica el término»[26]. A. C. Danto se interesa solamente por los objetos y sucesos que están causalmente unidos a objetos y sucesos a los que se aplican los términos relacionados con el pasado. Si nosotros decimos «destruidos durante la guerra», o simplemente «destruidos», es evidente que esos predicados son ciertos sólo si afirmamos que el pasado fue algo real. En nuestro lenguaje cotidiano, que describe los objetos y sucesos contemporáneos, siempre asumimos tácitamente la existencia de ciertos hechos y sucesos en el pasado.

Como hemos dicho, el argumento basado en el lenguaje temporal pierde su importancia si adoptamos la opinión de Hume de que el concepto de efecto no tiene nexo lógico con el de causa. Para no enredarnos aquí en especulaciones filosóficas sobre el concepto de causa (más tarde será tratado en cuanto afecta a la investigación histórica), mencionemos que para el historiador el concepto de causa está estrechamente unido al de pasado. Normalmente no considera las causas y efectos como una secuencia ordinaria de hechos, sino que ve en ellos un nexo más estrecho (material o espiritual) que consiste en un intercambio *sui generis* de energía. La sugerencia de A. C. Danto de que las afirmaciones históricas sean consideradas como teorías y no como reflejos de la realidad, sólo porque no tenemos acceso epistemológico al pasado, está tan lejos de la incesante lucha del historiador para corregir su imagen del pasado (por medio de la confrontación de varias observaciones directas e indirectas y del conocimiento no basado en fuentes), que no puede ser una propuesta interesante. Es cierto que el proceso de corrección es siempre algo abierto, lo cual significa que las afirmaciones específicas nunca pueden tomarse como totalmente confrontadas con los hechos, pero hay diferencias en sus grados de sustentación. Si todas ellas fueran consideradas como instrumentos que ordenan el proceso cognoscitivo sin relacionarse con el eje verdad-falsedad, las diferencias mencionadas no tendrían lugar.

[26] A. C. Danto, *The Analytical Philosophy of History*, ed. cit., págs. 63-87.

Para defender su punto de vista de que las afirmaciones históricas se refieren normalmente a hechos y sucesos pasados pero reales, el historiador puede anotar el argumento general sobre la eficacia de nuestras acciones emprendidas con el apoyo de la experiencia adquirida en el proceso cognoscitivo y en la actividad práctica. La práctica nos dice que para conseguir un efecto determinado tenemos que realizar una acción específica (condición suficiente) o que la falta de ciertas acciones excluye la aparición de ciertos efectos (acción como condición necesaria). Esto se puede interpretar como algo que ocurre sin excepción (si existe a existe siempre b; b sólo existe si a ha existido) o estadísticamente (si existe a, b tiene una probabilidad específica de existir; b no tiene una probabilidad específica de existir si a no ha existido). Todo esto indica unos lazos reales entre los hechos. La práctica justifica así la opinión de que hay un lazo entre el concepto de pasado y el de causalidad: ya que si queremos pasar del efecto a la causa, procedimiento típico de la investigación histórica, como hemos destacado, y si afirmamos que entre la causa y el efecto hay algo más que una simple secuencia de sucesos, entonces tenemos que afirmar que aunque hablemos del presente nos estamos ocupando también del pasado considerado como hechos. De otro modo, tendríamos que rechazar la afirmación de que cuando reflexionamos sobre los sucesos presentes nos ocupamos de hechos presentes. Si una persona dice «un automóvil está pasando ahora», acepta también un pasado, porque el automóvil debe haber partido de un lugar, debe haber sido fabricado antes de partir, etcétera (siendo las posibilidades de regresión prácticamente ilimitadas). Por tanto, si aceptamos que tal afirmación sobre un coche que pasa se refiere a algo real, y si al mismo tiempo rechazamos el escepticismo de Hume sobre la causalidad, tenemos que aceptar lógicamente que las afirmaciones que se refieren a los pasos anteriores del suceso mencionado en la afirmación se refieren también a algo real. Si no tuviéramos en cuenta el criterio práctico, nos condenaríamos al instrumentalismo.

5. *El relativismo epistemológico y el problema de la objetividad en el conocimiento histórico*

Como hemos dicho, los historiadores no son escépticos sobre si pueden hacer afirmaciones con significado sobre el pasado y, al mismo tiempo, afirmaciones que tengan como materia el pasado; sin embargo muchos de ellos se inclinan hacia el relativismo. Esa postura también es popular entre el

gran público, en su forma más vulgarizada. En el último caso adopta la forma de un conflicto entre la propia visión del pasado, basado en el conocimiento y la experiencia propios, y el cuadro ofrecido por la ciencia histórica. Si estas dos difieren, la gente suele hacer comentarios escépticos sobre la falta de veracidad en las narraciones hechas por los historiadores, lo cual, curiosamente, no les impide creer, a la vez que son escépticos sobre las posibilidades cognoscitivas de los historiadores, que su propia visión de una parte del pasado, aunque está basada en una experiencia muy limitada, es cierta. Esto ocurre la mayoría de las veces con la historia contemporánea, sobre la que los comentarios los hacen aquellos que todavía viven y que de algún modo participaron en los hechos.

Un relativista, mientras que no se plantea la posibilidad de hacer afirmaciones con significado (verdadero o falso) sobre los hechos pasados y al mismo tiempo afirmaciones que tengan como materia el pasado, es escéptico sobre si estamos en situación de llegar a un grado importante de veracidad en dichas afirmaciones o sus secuencias (narraciones históricas). En otras palabras, un relativista no niega que los historiadores hacen afirmaciones sobre los sucesos objetivos pasados (es decir, sucesos que fueron o son independientes de los historiadores), pero tiene en poca estima la objetividad (es decir, acuerdo con los hechos) de esas afirmaciones, y acusa a las narraciones históricas de falta de objetividad (o sea, de subjetividad). Esa subjetividad de la que se acusa a la literatura histórica y que no se refiere a los hechos pasados sino a las afirmaciones sobre ellos, debe interpretarse de dos maneras: a) como un grado de falsedad, introducido por el historiador que pinta su imagen del pasado, en sus afirmaciones sobre él, o más bien, falsedad del cuadro pintado por él en su narración histórica, y b) como la imposibilidad de comprobar tales afirmaciones o sus secuencias de una manera intersubjetiva satisfactoria[27]. Podríamos decir que nos encontramos aquí, por un lado, con un subjetivismo epistemológico (y un objetivismo), en concreto el problema de la verdad, y por otro, con un subjetivismo (y objetivismo) metodológico, en concreto el problema de la sustentación y comprobación. Es evidente que el último deriva del primero: a los ojos de los relativistas la atribución de la subjetividad a la investigación histórica se debe al hecho de que los efectos del proceso cognoscitivo histórico dependen en gran medida del sujeto conocedor. Este punto débil del conocimiento, atribuido al conocimiento histórico, y que no se puede eliminar, es el responsable de que la investigación histórica produzca un conocimiento no objetivo; ésta, aseguran los relativistas, es la razón de que los resultados de la investigación histórica no puedan ser objetivos. El elemento subjetivo que aporta el historiador al proceso cognoscitivo es lo suficientemente fuerte como para dar lugar a una diferencia considerable entre los hechos y sus descripciones contenidas en las narraciones históricas.

Normalmente se enumeran cuatro factores que son la razón de la dependencia de los resultados del proceso cognoscitivo histórico respecto del sujeto conocedor: la posición social del historiador, que determina su perspectiva de investigación; la referencia a los valores; el conocimiento general o teórico que tiene el historiador al comenzar su investigación; la personalidad

[27] Adviértase que el modificador *objetivo* se usa aquí en dos sentidos diferentes: cuando decimos que los hechos son de naturaleza objetiva, se refiere a los hechos (y aparece en expresiones de lenguaje objeto); en el segundo sentido, se refiere a las afirmaciones sobre los hechos (y aparece en expresiones metalingüísticas).

del historiador. Estos factores, estrechamente relacionados entre sí, se suelen examinar separadamente. Por lo que concierne a todo el conocimiento científico, son estudiados por la sociología del conocimiento (ejercida de varios modos), la teoría y filosofía de los valores, y la metodología y psicología. La sociología del conocimiento, que continúa la idea marxista del condicionamiento social de la conciencia humana, puede verse, tanto en interpretaciones anteriores (por ejemplo, K. Mannheim)[28] como en otras más recientes (por ejemplo, W. Stark)[29] como la ciencia que investiga el condicionamiento social del conocimiento humano. Pero, mientras que Marx no pensaba que este condicionamiento fuera un factor que impedía a los seres humanos llegar a una descripción verdadera de los hechos, Mannheim es pesimista a ese respecto, es decir, relativista en el sentido definido previamente, ya que asegura que la subjetividad es inherente a las ciencias sociales, mientras que las naturales están libres de ella, al menos en su aspecto cuantitativo[30].

Los lazos entre el conocimiento histórico y el problema de los valores, es decir, la influencia de las opiniones mantenidas por el sujeto conocedor sobre los resultados de su investigación, sobre lo que en su opinión debería ser (lo que es bueno o malo, útil o un estorbo, progresivo o regresivo, etcétera), es decir, los lazos entre el conocimiento y la ideología (en uno de los sentidos del término) se subrayan muy a menudo. Algunos autores piensan que éste es un mal necesario *sui generis*, específico, en gran medida, de las ciencias sociales, y piden una investigación «pura», «objetiva», que —en el caso de la historia— debería guiarse, en lo posible, sólo por las fuentes realmente usadas. Otros no se alarman porque sostienen que en las ciencias naturales tampoco hay investigación pura; por tanto, al plantear cualquier exigencia, no sugieren que se elimine la valoración, ya que eso es imposible, sino que se use conscientemente. La aceptación de la influencia de la valoración sobre los resultados de la investigación histórica, en el sentido de que dichos resultados no pueden ser objetivos porque se interpretan a la luz del sistema de valores que tiene un investigador concreto, significa un relativismo epistemológico.

Para resumir lo que se ha dicho sobre la sociología del conocimiento, podemos encontrarnos con un relativismo que tiene en cuenta o la posición social del sujeto conocedor o su sistema de valores como factor que deforma el conocimiento.

Respecto al conocimiento general que el historiador tiene al comenzar su investigación y que también afecta a su narración, los autores que subrayan ese factor no siempre llegan a conclusiones relativistas. Se suele decir que la selección de los hechos depende de las categorías generales de pensamiento y de las categorías específicas de pensamiento histórico (confróntese A. Stern), de la teoría que represente el historiador (cfr. R. Aron), de la visión del mundo o del pasado que tenga. Más o menos, ocurre lo mismo con el énfasis puesto sobre la influencia de la personalidad del historiador sobre el cuadro del pasado que reconstruye, o, según algunos autores, construye (cfr. H. I. Marrou, Paul Valéry).

[28] Es el autor de la expresión sobre la «perspectiva de investigación» definida por una situación social dada. Cfr. K. Mannheim, *Ideology and Utopia. An Introduction to the Sociology of Knowledge*, Nueva York, 1936, págs. 240 y ss. También merece atención el prólogo de L. Wirth a esa obra.

[29] W. Stark, *The Sociology of Knowledge. An Essay in Aid of a Deeper Understanding of the History of Ideas*, Londres, 1958.

[30] K. Mannheim, *op. cit.*, pág. 261.

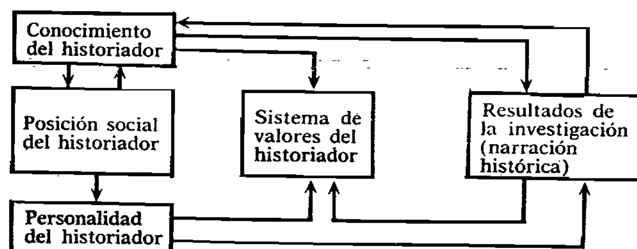
A la vista de lo dicho, surgen dos problemas estrechamente relacionados:

1) El hecho de que el conocimiento histórico dependa de la posición social del historiador, de su sistema de valores, de los principios teóricos que guían su proceso cognoscitivo, y de su personalidad, ¿da lugar inevitablemente a un relativismo epistemológico que niega la posibilidad de llegar a la verdad en la historia?

2) Esta situación, que es característica del conocimiento histórico, ¿es una peculiaridad de ese tipo de conocimiento, o es simplemente una variedad de una situación epistemológica general?

La dependencia del conocimiento histórico respecto de la posición (clase) social del historiador, de su sistema de valores, de los principios teóricos que guían su proceso cognoscitivo, y de su personalidad, está fuera de duda, y los relativistas tienen razón cuando aseguran eso. Pero en este sentido hay que hacer tres reservas. Primero, la relación entre los factores mencionados y los resultados de la investigación asumida por los relativistas es mucho más compleja de lo que parece a primera vista. Segundo, la relación no es una peculiaridad del conocimiento histórico (o sociológico) nada más, y tercero, no tiene por qué dar lugar a una negación de la objetividad de ese tipo de conocimiento, suponiendo que no nos refiramos a una objetividad absoluta. Un análisis de estas tres cuestiones nos dará argumentos contra el escepticismo sobre la posibilidad de alcanzar la verdad en el cuadro del pasado, y así contestará las preguntas planteadas más arriba.

La posición social del sujeto conocedor, su sistema de valores, los principios teóricos que le guían en su proceso cognoscitivo, y su personalidad, forman una complicada red que hay que mostrar con algún detalle para revelar el papel de estos cuatro factores. Esto es mostrado por el siguiente esquema; las flechas muestran la dirección de las influencias.



Se pueden advertir fácilmente numerosas realimentaciones e influencias indirectas. La posición social del sujeto conocedor afecta a los resultados de la investigación (conocimiento) a través de su sistema de valores conformado por esa posición social, el conocimiento de que dispone y su personalidad. Así, no es ningún factor independiente que pueda analizarse sin tener en cuenta el conocimiento adquirido hasta el momento por el historiador y sus características mentales. En este sentido, se puede decir brevemente que, si por el momento no tenemos en cuenta el objeto de conocimiento y la influencia directa de la personalidad sobre el resultado del proceso cognoscitivo, los resultados de la investigación histórica (proceso

cognoscitivo) dependen del cuerpo general de conocimiento del historiador y de su sistema de valores; evidentemente tenemos que recordar que ese sistema de valores está en función de la posición social del historiador y de su conocimiento general, o sólo en función de su conocimiento general, ya que su posición social, antes de afectar a su sistema de valores, debe encontrar un reflejo en el cuerpo general de conocimiento del historiador. Se puede asegurar por tanto que los resultados del proceso cognoscitivo dependen del conocimiento que tiene el historiador al comenzar su investigación. Es obvio que dicho conocimiento debe interpretarse de una forma muy amplia, de modo que abarque su sistema de valores, es decir, sobre todo, su sistema de normas axiológicas (o modelos). Cada acto cognoscitivo, añadido a su conocimiento, afecta a su sistema de valores y al sistema de valoraciones consiguiente. El proceso cognoscitivo resulta ser así un proceso continuo de interacciones de varios factores. Se puede ver claramente que la influencia del sujeto conocedor sobre los resultados del proceso cognoscitivo es considerable, lo cual da una imagen del proceso cognoscitivo muy distinta de la creencia positivista de que el sujeto conocedor refleja pasivamente el mundo exterior.

Pero esto no ocurre solamente con el conocimiento histórico. El defecto básico de la opinión positivista (cfr. Ch. Beard) no era tanto una exageración al subrayar el papel del sujeto conocedor en el caso del conocimiento histórico, como la opinión errónea sobre la situación epistemológica y metodológica de las ciencias exactas: en la interpretación relativista, el conocimiento histórico era considerado separadamente del proceso del conocimiento humano en general.

Pero todo el conocimiento humano, como hemos subrayado repetidamente, está guiado, hasta cierto punto, por el cuerpo general de conocimientos del sujeto conocedor, lo cual, evidentemente, incluye las valoraciones. No adquirimos ningún conocimiento de lo que nos está excluido por nuestro cuerpo general de conocimiento, demasiado limitado a un área pequeña. Todo lo demás se adquiere por medio de ese conocimiento general que, al darnos las reglas de selección en el proceso cognoscitivo, nos muestra el mundo, pero como un mundo algunas de cuyas partes están más destacadas y otras menos. Así, el cuadro que obtenemos no se muestra ni detallado ni uniformemente: es un cuadro interpretado por nuestro conocimiento previo, y por tanto lleno de trozos oscuros e iluminados. Esto no ocurre sólo porque es muy difícil adquirir un conocimiento adecuado del mundo y porque nuestro cuerpo de conocimientos está lleno de lagunas, sino también porque no todo lo que nos rodea en el mundo parece ser igualmente importante —y por tanto valioso—, y es bien sabido que aquellas cosas que por alguna razón consideramos de menor importancia no atraen mucho nuestra atención. En este sentido, no hay diferencia entre el estudio del pasado y el del presente: nuestro cuerpo de conocimientos previos interviene en ambos casos. Para un hombre que carezca de un conocimiento adecuado, un cuadro de Giotto, a pesar de su papel en la historia de la pintura europea, será simplemente un pedazo de lienzo cubierto de pintura. Del mismo modo, un ciclotrón será para él sólo un instrumento no descrito. Esto tiene consecuencias en la esfera de las valoraciones, aunque ésta es una función de todo el cuerpo de conocimientos que tiene el sujeto conocedor, y no sólo de la parte de ese cuerpo general de conocimientos que se usa activamente en el estudio de un objeto determinado. Por ejemplo, a causa de una laguna que tenga en su conocimiento, una persona puede

pensar que el ciclotrón que tiene oportunidad de mirar tiene muy poca importancia para los seres humanos; pero le puede atribuir un inmenso papel si su conocimiento anterior le hace dar una importancia grande, o incluso excesiva, a los objetos desconocidos y «misteriosos». Del mismo modo, en el conocimiento histórico, el cuerpo de conocimientos de una persona, especialmente su conocimiento histórico, le hace dar mayor o menor importancia a los objetos, individuos, grupos o sucesos concretos. Un historiador cuyo conocimiento comparativo es más bien pequeño, y que por tanto tiene un sistema de valoración «distorsionado», se inclina a dar demasiada importancia al pasado de la región, país, individuo o suceso que investiga.

Hay que destacar que, en cuanto a la investigación histórica, la opinión relativista no basa su escepticismo en la aseveración de que el proceso cognoscitivo es «relativo» (subjetivo, condicionado) porque depende de alguna manera de ese cuerpo general de conocimientos, sino, sobre todo, en la aseveración de que dicho conocimiento no es objetivo, porque es interpretado por el sistema de valores que tenga el sujeto conocedor. Se puede decir que la opinión relativista, mientras que subraya —en el conocimiento histórico y en cualquier otro— el papel del conocimiento entendido como una serie de afirmaciones sobre los hechos (que tienen cada una un valor lógico dado, es decir, están situadas en el eje verdad-falsedad), afirma que el proceso cognoscitivo histórico (como específicamente distinto del proceso cognoscitivo de las ciencias exactas) se guía además por un sistema de valores, es decir, por reglas situadas en el eje bueno-malo (útil-estorbo, progresista-reaccionario, etcétera), lo cual da al conocimiento histórico un tinte de predisposición. El hecho de que estos dos ejes, como si dijéramos, se crucen en el proceso cognoscitivo (lo cual, se asegura, es específico de este tipo de conocimiento) es un obstáculo, según los relativistas, para nuestra llegada a un conocimiento, en la investigación histórica, que podamos llamar verdadero. Puesto que el conocimiento de los hechos es, como hemos dicho, dependiente en gran medida de la posición del sujeto conocedor en la vida social, y constituye así la base para la formación de su sistema de valores, los relativistas hablan a menudo de una deformación del proceso cognoscitivo causada por las condiciones de vida, o, de un modo más abstracto, de una distorsión del pasado causada por el presente, lo cual, como hemos visto, les lleva a afirmar que toda la historia es historia presente (B. Croce).

Esta postura fue un resultado de la opinión anti-positivista sobre la naturaleza específica de la investigación histórica, en contraposición a la investigación en el área de las ciencias exactas. En realidad, los relativistas, al subrayar (con razón, pero demasiado radicalmente) la dependencia del proceso cognoscitivo histórico respecto del sistema de valores mantenido por el sujeto conocedor, llegaron a afirmar que un problema que es común a todas las disciplinas era específico de la investigación histórica. La opinión (defendida, entre otros, por H. Rickert) de que algunas ciencias son dependientes de los valores mientras que otras están libres de ellos, que es un ejemplo de esa postura, fue muy corriente en una época, y se puede encontrar todavía ahora.

Sin embargo, la valoración está en los fundamentos de la ciencia, de toda, la natural y la social[31], y esto no puede ser de otro modo, porque la ciencia es un producto de un hombre que vive en la sociedad. En primer lugar, el hombre debe haber llegado a la conclusión de que merece la pena buscar la verdad, y esa conclusión (es decir, una valoración específica) se convierte en el punto de partida para emprender la investigación científica. Así, todos los intentos de dibujar una línea de división estricta entre el mundo de la ciencia (sea la disciplina que sea) y el mundo de los valores, o de contrastar uno y otro, cae por su propio peso. Algunos metodologistas subrayan este hecho con mucha fuerza. Por ejemplo, K. Kaufmann dice que la actividad científica se puede interpretar como la lucha por ciertos objetivos que no se pueden «definir exclusivamente en términos de un (...) procedimiento científico». Este objetivo debe ser para un científico mejorar los niveles de vida y la felicidad de la humanidad, asegurar beneficios materiales y prestigio social para sí mismo, o conseguir una satisfacción de la investigación[32]. Todas las decisiones en la investigación científica, incluso aquellas que parecen estar completamente libres de valoraciones, pueden, en último análisis, reducirse a un objetivo general como ése, debido al cual se emprende la investigación, sea cual sea la descripción de ese objetivo. Incluso una persona que está haciendo un experimento químico y decide provocar una reacción para obtener el resultado deseado, si se le pregunta por la base de su decisión, tiene que remontarse a la decisión básica que le hizo emprender una investigación de un tipo concreto[33].

Este punto de partida común no significa que no haya diferencias entre las diversas disciplinas en su relación con los valores; sin embargo, esas diferencias no consisten en el hecho de que algunas están libres de los valores y otras (por ejemplo, la historia) dependen de ellos, sino simplemente en el grado en el que esa valoración se hace visible.

Para analizar mejor el problema tenemos que señalar en primer lugar que la toma de una decisión en la investigación (que, en la práctica, se reduce sobre todo a los problemas de selección) se ve influida simultáneamente por varios sistemas de valores, que se diferencian entre sí por el grado de generalización. Son el sistema de valores universales, el de los valores de grupo (entre los que destacan los valores de clase), y el de los valores individuales[34]. Los valores universales (que no hay que identificar

[31] Hay que mencionar aquí las importantes observaciones de M. Weber sobre el valor en la ciencia. Como es sabido, él defendía una estricta distinción entre las afirmaciones que tienen un valor lógico, y las normas, que no son ni ciertas ni falsas. Cfr. M. Weber, *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, Tubinga, 1922, que incluye «Der Sinn der Wertfreiheit der soziologischen und ökonomischen Wissenschaften». Ver también V. Kraft, *Die Grundlagen einer Wissenschaftlichen Wertlehre*, Viena, 1937. La literatura sobre el problema de los valores en la ciencia es muy abundante. Mencionamos aquí dos publicaciones que, en cierto modo, resumen la cuestión; en concreto, G. Myrdal, *Value in Social Theory*, Nueva York, 1958 (sobre las ciencias sociales en general), y A. Stern, *Philosophy of History and the Problem of Values*, La Haya, 1962 (sobre la historia). Myrdal asegura que la valoración es parte de la ciencia, y que no podemos imaginar ningún conocimiento social «desinteresado», lo cual, subraya, no está en contradicción con la búsqueda de racionalidad en el pensamiento. La opinión de Stern sobre la historia es muy parecida; también se opone al olvido radical de las diferencias entre las ciencias sociales y las naturales. Sin embargo, tenemos que subrayar que la valoración aparece en ambas clases de disciplinas.

[32] F. Kaufmann, *The Methodology of the Social Sciences*, 2.ª ed., Nueva York, 1958, pág. 67.

[33] El término *Basenentscheidungen* se encuentra en H. Albert, «Probleme der Wissenschaftslehre in der Sozialforschung», *Handbuch der empirischen Sozialforschung*, pág. 48. Ver también R. Rudner, «Value Judgements in the Acceptance of Theories», en *The Validation of Scientific Theories*, Nueva York, 1952.

[34] Una clasificación semejante se encuentra en A. Stern, *op cit.*, págs. 132-133 (valores universales, valores colectivos, valores individuales). Las diversas obras

con los valores absolutos, y por tanto ahistóricos, propuestos, como hemos mencionado, por H. Rickert en su campaña contra el historicismo alemán) en general son aceptados por todos, lo cual, evidentemente, no significa que todos acepten todos los valores en todas las épocas; es decir, simplemente, que los acepta en general, al margen de su grupo o status de clase. Una persona puede aceptar que la lucha por un mejor nivel de vida es un objetivo más importante que la lucha por satisfacerse con el propio trabajo; otra persona puede sostener el principio de que proteger la propia salud es más importante que luchar por un mejor nivel de vida, lo cual no nos impide incluir todas estas normas de conducta en el sistema de valores universales. Los objetivos de la investigación enumerados antes están también dentro de este sistema. En el caso de los valores universales en los que se basan tanto las decisiones en las ciencias sociales (y por tanto en la historia), como las de las ciencias naturales, las valoraciones convergen, y ésta es la causa de que no aparezcan a simple vista como valoraciones[35].

Si se quieren materializar los valores universales hay que emprender acciones específicas. Puesto que en una sociedad dividida en clases y niveles las diferentes situaciones de esas clases y niveles inducen a sus miembros a emprender acciones que a menudo son diferentes aunque quizás orientadas a un mismo objetivo general, entonces surgen ciertos valores que pueden ser aceptados por un grupo (o sea, por la mayoría de sus miembros), pero que son distintos de los aceptados por otro grupo. Si consideramos el siguiente valor universal (es decir, un objetivo general determinado): «cada uno debe mejorar su propio nivel de vida, y por lo menos no empeorarlo», entonces un capitalista acepta el valor de grupo que le hace defender el sistema capitalista, mientras que un empleado acepta el valor de grupo que le hace atacar ese sistema. Los valores de grupo (e incluso de clase) no tienen por qué estar en conflicto entre sí: la implantación del valor universal «protege tu salud» hace que la gente emprenda distintas acciones muy parecidas (cultivo de hábitos personales adecuados, etcétera), al margen de la pertenencia a un grupo. Así, entre los valores de grupo podemos distinguir aquellos que indican una simple aceptación, por parte de un grupo determinado, de los valores universales (valores de grupo$_1$) y aquellos que son transformaciones de valores universales, necesarias si un grupo concreto quiere implantar en su situación particular los valores universales en cuestión (valores de grupo$_2$). En conjunto, los valores de grupo$_1$ y los valores de grupo$_2$ forman un sistema de valores de grupo que es la base de las valoraciones hechas por los miembros del grupo. Un científico que sea objetiva o subjetivamente un miembro de un determinado grupo social suele aceptar el sistema de valores de ese grupo. Cuando los científicos que son miembros de varios grupos sociales implantan los valores de gru-

sobre el problema de los valores, empezando por la *Etica a Nicómaco* y la *Política*, hacen divisiones en varias clases de valores. Por el momento, nos interesan sólo las clasificaciones basadas en el alcance de la aceptación social. H. D. Lewis hace la distinción entre «la predilección personal» y los «presupuestos generales» (cfr. *Freedom and History*, Londres, 1962, págs. 202-206).

[35] El problema de la convergencia y la divergencia en la valoración es tratado por J. Banka, *Ideologia i nauki humanistyczne*, Publicaciones de la Universidad Adam Mickiewicz, Serie filosófica, psicológica y pedagógica, núm. 9, Poznan, 1966.

po$_1$, nos encontramos con valoraciones convergentes, como en el caso de los valores universales.

Por otro lado, la lucha para implantar los valores de grupo$_2$ puede combinarse con valoraciones distintas de los mismos hechos por científicos que son miembros de varios grupos sociales, lo cual puede influir de algún modo (más o menos advertido por el investigador, y a veces pretendido deliberadamente por él) en los resultados de la investigación[36]. Si un científico cree que el sistema capitalista debe ser conservado (porque lo valora positivamente), mientras que otro cree que ese sistema debe ser abolido (porque lo valora negativamente), entonces estas distintas valoraciones de grupo (en este caso, de clase) tienen muchas posibilidades de afectar a su trabajo de investigación, incluso en la elección de los problemas. Pero en el intento de implantar los valores de grupo, no todos los hechos se valoran de forma distinta. Las valoraciones suelen converger en cuanto a los fenómenos naturales (por ejemplo, las inundaciones, que empeoran las condiciones de vida de la gente, son valoradas negativamente por varias clases, lo que les hace ocuparse todos en medidas preventivas), y suelen ser divergentes en cuanto a los hechos sociales (por ejemplo, un oponente y un defensor del sistema capitalista tendrán distintas apreciaciones de una huelga). Pero también hay fenómenos naturales que son valorados de forma distinta por las diversas clases. Por ejemplo, las cosechas abundantes que hacen bajar los precios. También hay hechos sociales que son valorados de forma convergente (por ejemplo, en muchos casos, un alza en la renta nacional *per capita*, o una victoria en una guerra sostenida en defensa del propio país). La creencia de que los sucesos del mundo de la Naturaleza son valorados de forma convergente mientras que los hechos sociales son valorados de forma divergente ha dado lugar a la opinión de la posición diferente respecto a los valores en la ciencia natural, por un lado, y la ciencia social (a la que la historia tiene el orgullo de pertenecer) por el otro. Esta opinión está muy justificada, como vemos. Más aún, puesto que los valores del grupo$_2$ (y los valores de clase en particular) se suelen referir a hechos sociales, la identidad de la materia de investigación proporciona mejores oportunidades para que influyan sobre la investigación en las ciencias sociales que en las naturales. Pero, en general, no se puede dibujar una línea divisoria, basada en la valoración, entre estos dos grupos de disciplinas. Ambos grupos tienen la influencia de las valoraciones de grupo convergentes y divergentes.

El sistema de valores individuales es todavía más complejo y complicado que el de los valores de grupo. Incluye los valores universales aceptados por un individuo concreto (a través de los valores de grupo$_1$), los valores de grupo$_2$, y aquellos valores individuales específicos de la persona en cuestión. Esos valores individuales están relacionados con la experiencia y la mentalidad de esa persona. Suelen derivar de los valores universales y de los valores de grupo$_2$, pero a veces difieren de estos últimos. Por ejemplo, una apreciación negativa del hecho de fumar tabaco se clasificará como un valor individual relacionado con la experiencia de una persona (lógicamente, no tiene por qué ser su propia experiencia fumadora), mientras

[36] Las manifestaciones de la actitud valorativa en la investigación histórica serán tratadas más adelante, al hablar de las valoraciones en la historia. Los criterios de valoración (valoración absoluta, valoración radicalmente relativista y valoración moderadamente relativista) serán tratados en el mismo lugar.

que una apreciación positiva de empresas arriesgadas es un valor individual relacionado con su mentalidad. Los valores individuales tienen el mismo efecto sobre la investigación en la ciencia natural y en la social. Por ejemplo, la apreciación negativa del hecho de fumar tabaco por un experto en medicina puede afectar a su interpretación de los datos sobre la incidencia del cáncer de pulmón, y la valoración positiva (o condenación) del riesgo puede afectar la valoración de un historiador sobre una personalidad que vivió en el pasado. En último análisis, todos los valores universales y de grupos, y los propios valores individuales, se combinan para formar un sistema de valores individuales.

Al resumir la discusión sobre la dependencia del proceso cognoscitivo histórico respecto de los valores, tenemos que llegar a la conclusión de que dicha dependencia no es ninguna peculiaridad de la investigación histórica, ya que es característica de todo conocimiento científico. La ciencia natural no difiere a ese respecto de la ciencia social, esencialmente. En el caso de la primera, el hecho de estar libres de valoraciones ocurre sólo con una parte de los valores de grupo, en concreto los valores de $grupo_2$ divergentes, mientras que los valores universales, los valores de $grupo_1$, los valores convergentes y los propios valores individuales son típicos de todas las disciplinas. Tenemos que añadir que en una sociedad dividida en clases toda ciencia, tanto la social como la natural, juega un papel de clase, ya que cada disciplina es un instrumento de clases o grupos específicos. En este caso, la ciencia funciona como una ideología, y en este sentido no hay diferencia entre las diversas disciplinas. Por ejemplo, en nuestra época somos testigos del enorme papel ideológico del desarrollo de las ciencias tecnológicas.

Nuestras conclusiones, dirigidas contra el relativismo epistemológico atribuido sólo a las ciencias sociales (y en particular a la investigación histórica) no pretenden, como hemos dicho anteriormente, hacer que el relativismo abarque todo el proceso cognoscitivo científico, y eliminar así el problema por medio de la negación de la naturaleza objetiva de ese proceso. Los argumentos contra el relativismo, enumerados más arriba, se refieren en todo momento a lo que podríamos llamar relativismo absoluto. Según esta interpretación, la historia siempre resulta ser «un producto» del historiador que construye el pasado, su «confesión de fe»; supone siempre una historia presente, etcétera, y no puede alcanzar la verdad. No se puede admitir la sustitución del relativismo absoluto por el positivismo, porque, como hemos visto, este último simplifica demasiado el proceso cognoscitivo. Pero, a la luz de lo que hemos dicho, podemos esbozar una opinión que podríamos llamar moderada, o relativismo dialéctico. Este tipo de relativismo, admitiendo una relación entre el proceso cognoscitivo científico y el mundo de los valores (y el cuerpo general de conocimientos que tiene un sujeto conocedor concreto), no es tan pesimista como el relativismo absoluto respecto al hecho de que la relación mencionada distorsiona irreversiblemente los resultados del proceso cognoscitivo, es decir, respecto a la posibilidad de una investigación histórica objetiva que daría lugar a narraciones que serían a la vez verdaderas y comprobables intersubjetivamente [37]. Esto

[37] Entre los libros sobre el objetivismo en la investigación histórica, véanse M. Mandelbaum, *The Problem of Historical Knowledge*, ed. cit.; F. Kaufmann, *The Methodology of the Social Sciences*, Nueva York, 1958; I. Berlin, *Historical Inevitability*, ed. cit.; Ch. Blake, «Can History be Objective?», en *Theories of History*, ed. cit., págs. 329-413; la opinión de Blake es tratada por D. H. Lewis,

no niega el hecho de que, en la práctica, encontramos dichos casos de literatura histórica que siguen el modelo atribuido por los relativistas absolutos a la historiografía en general.

Podemos aducir estos tres argumentos para apoyar las aseveraciones del relativismo moderado; todas ellas señalan el hecho de que la «fluidez» de los factores variables del conocimiento tiene sus límites. Son:

1) la no uniformidad de la influencia de la posición social del investigador sobre los resultados de su investigación;

2) los valores de grupo específicos de los científicos;

3) la expansión y la uniformidad creciente del conocimiento no basado en fuentes de los historiadores.

Mientras que el relativismo absoluto asegura que la posición social del investigador deforma siempre los resultados de su investigación, los relativistas dialécticos mantienen que el efecto puede ser positivo o negativo, según su posición social. Las clases que promueven el progreso social cambian en los diversos niveles del desarrollo histórico. El cambiar las condiciones existentes va en beneficio de esas clases ascendentes, y esto les lleva a investigar los hechos lo más exhaustivamente posible. Por eso no basta decir que la posición social de uno afecta a los resultados de su investigación: tenemos que averiguar si el investigador (como miembro de una clase concreta) está interesado en descubrir la verdad o en ocultarla. «Cuanto más insensible e imparcial sea la ciencia, más cumplirá las aspiraciones e intereses de los trabajadores.» Karl Marx fue el primero en formular esta idea [38]

Las valoraciones divergentes basadas en las clases mencionadas anteriormente pueden suavizarse, en gran medida, respecto a la investigación: los estudiosos y científicos forman un grupo social específico que tiene sus propios valores de grupo específicos. Ciertas valoraciones generales dentro de ese grupo dan lugar a sistemas específicos de valores de grupo que son típicos de los investigadores que trabajan en las diversas disciplinas, y por tanto, también, de los historiadores. La *respublica docta*, aunque todavía desperdigada entre las clases, produce un número gradualmente mayor de normas que son comunes a todos sus miembros y que no pueden ser dejadas de lado si un investigador no quiere arriesgar su reputación. Estas normas se refieren a la honestidad en la investigación, basando todos los casos de deducción en bases comprobables por otros, claridad y precisión de formulaciones, competencia en el área de la propia investigación, aproximación crítica a los datos, etcétera. Aunque no eliminan las diferencias en la selección de los problemas que deben ser estudiados, marcan bastante bien el límite más allá del cual nos encontramos con distorsiones intencionadas de los hechos. Por supuesto, esto no excluye la posibilidad de que la producción cuasi-científica más allá de este límite parezca, a primera vista, ser genuinamente científica, pero de ello no se puede echar la culpa a los historiadores de mente objetiva.

Mientras que el primer argumento se dirigía contra la interpretación fatalista de la posición de clase, y la segunda señalaba ciertas circunstancias técnicas que suavizan las divergencias de los valores de grupo, el tercero

Freedom and History, Londres, 1962, págs. 201 y ss. Sobre el mismo problema, ver también J. A. Passmore, «Can the Social Sciences Be Value-Free?», en *Readings in the Philosophy of Science*, H. Feigl y M. Brodbeck (eds.), Nueva York, 1953; W. Kula, *Rozwazania o historii*, Varsovia, 1958.

[38] K. Marx, *Das Capital*, vol. I, Stuttgart-Berlín, 1922, pág. 7.

tiene un ámbito de aplicación más amplio. Se ha dicho que los resultados del proceso cognoscitivo histórico (por el momento no nos preocupamos de la calidad de las fuentes) depende de un cuerpo de conocimientos ampliamente concebido (incluyendo un sistema de valores) que tiene el historiador cuando empieza una investigación; lo hemos llamado, de un modo convencional, conocimiento no basado en fuentes. Este cuerpo de conocimientos se puede extender casi hasta el infinito, y puede convertirse en algo cada vez más uniforme para personas diferentes, proceso que asegurará una convergencia creciente de los resultados de la investigación. Cuando los historiadores se apoyan en los logros de otras disciplinas y los añaden a la serie de conceptos con los que comienzan la investigación, desarrollan así ciertas estructuras teóricas comunes a todos, que impedirán excesivas divergencias en los resultados de la investigación. En algunas ciencias naturales (por ejemplo, la física) ya se ha desarrollado esa serie de conceptos teóricos comúnmente aceptados. Esto no significa que su nivel de desarrollo sea superior: simplemente atestigua el hecho de que la materia de investigación en las ciencias sociales es mucho más compleja y exige diferentes procedimientos de investigación y tiene una forma de desarrollo propia.

Por tanto, en opinión de este autor, el conocimiento no basado en fuentes es el apoyo principal de la objetividad en la investigación histórica. Como veremos más tarde, al analizar el concepto de veracidad en la historia (o sea, el objetivo de la historiografía objetiva) y el de conocimiento no basado en fuentes, no hay obstáculos irremontables que nos puedan impedir hacer una literatura histórica objetiva. Su objetividad nunca será absoluta, ya que sería absurdo afirmar que el conocimiento no basado en fuentes de todos los historiadores es uniforme. Las gafas a través de las cuales miran los historiadores los colores y las formas del mundo siempre permanecerán diferenciadas, aunque sólo sea por las diferencias en la experiencia individual. Esto significa que la descripción de un hecho o de un sistema hecha por *A* será diferente, al margen de su conocimiento no basado en fuentes básicamente común, de la descripción correspondiente hecha por el historiador *B*. Desde un cierto punto en el desarrollo de la ciencia histórica, este hecho será considerado como bueno, y contribuirá gradualmente a un cuadro objetivo (verdadero) del pasado. Siempre tendremos que escribir la historia de un nuevo modo, pero no porque la historia sea «un producto subjetivo del historiador» que es incapaz de descubrir la verdad; lo haremos porque el conocimiento no basado en fuentes, el individual y el que es común a todos los historiadores y que nos acerca a la verdad, se acumulará con el paso del tiempo. Como escribió A. Gramsci: «Objetivo significa siempre "humanamente objetivo", lo cual corresponde estrictamente a "históricamente subjetivo", de forma que "objetivo" quiere decir lo mismo que "universalmente subjetivo"» [39].

6. *La verdad en la historia.*

Surge una cuestión, qué es la verdad en la interpretación del relativismo dialéctico y cuál es la relación entre el concepto de verdad y el de probabilidad, que a menudo se usa en relación con la investigación histórica. Los relativistas moderados afirman que el historiador, en su investigación, llega a una verdad relativa (verdades parciales), que es un estadio en su camino

[39] A. Gramsci, *Pisma wybrane*, vol. I, Varsovia, 1961, págs. 132-133.

hacia el acuerdo absoluto de sus afirmaciones con los hechos (isomorfismo perfecto), es decir, hacia la verdad absoluta. La verdad absoluta es una especie de concepto límite, de idealización. Teniendo en cuenta la infinita complejidad del mundo en constante cambio, sólo podemos intentar la verdad relativa. El acuerdo con los hechos es también el criterio para medir la verdad relativa, pero adelantamos que ese acuerdo, en todas las formas de conocimiento, es solamente relativo, y no absoluto, porque vale tanto para las regularidades y causas principales como para sus manifestaciones superficiales. El concepto metodológico de verdad (no modificado por ningún adjetivo) abarca así el concepto de verdad absoluta y el de verdad relativa. Se necesita en metodología como formulación del objetivo del proceso cognoscitivo científico.

Uno de los principios metodológicos y lógicos básicos, que dice que el concepto de verdad se aplica solamente a las afirmaciones (es decir, sólo las afirmaciones pueden ser verdaderas o falsas, de acuerdo o no con los hechos), exige una cierta modificación en la historiografía. En lo que respecta a la literatura histórica, en el caso de las consideraciones metodológicas penetrantes, es necesario no sólo tratar la verdad o falsedad de las afirmaciones aisladas, sino también la verdad o falsedad de las narraciones históricas, o sea, secuencias de afirmaciones que en conjunto forman cuadros del pasado (cfr. capítulo XXIII). Ahora nos interesa no sólo la verdad de afirmaciones aisladas como «La Bastilla fue tomada el 14 de julio de 1789», «La Constitución de 1791 marcó una victoria de las ideas revolucionarias», etcétera, sino también la verdad (acuerdo con los hechos) de todo el cuadro de la Revolución Francesa (o un fragmento) mostrado en la obra de un historiador concreto. Sabemos perfectamente que en una narración histórica la suma de una serie de afirmaciones verdaderas no necesariamente da un cuadro general verdadero de los sucesos. Por otro lado, puede ocurrir también que afirmaciones aisladas falsas, coexistiendo en una narración con otras verdaderas, no invaliden necesariamente la verdad de esa narración como un todo. Esto crea el problema del concepto de valor lógico de las narraciones, que hay que usar en los análisis metodológicos junto al del valor lógico de las afirmaciones [40]. La literatura histórica objetiva intenta no sólo la verdad de las afirmaciones, sino, sobre todo, la verdad de las narraciones: la cuestión es que la estructura de los hechos y de los procesos históricos sea reconstruida de acuerdo con lo que ocurrió. Evidentemente, no todos se dan cuenta de la importancia de esta tarea, y ésta es la razón de que muchas revisiones de estudios históricos se ocupen a menudo solamente del valor lógico de las afirmaciones aisladas, y no de la narración como un todo, lo cual hace imposible una apreciación correcta de importantes contribuciones [41]. Está claro que en cada caso habría que comprobar la verdad de las afirmaciones aisladas y de la narración, ya que sólo esto nos permite apreciar la contribución de un estudioso determinado a la investigación histórica.

Pero entonces surge la pregunta básica: ¿Qué es una narración verdadera? Si mantenemos la definición clásica de verdad, la respuesta sería —como en el caso de las afirmaciones— que una narración debe estar de acuerdo con los hechos. Pero ¿qué significa esto en el caso de una narración histórica?

[40] Esto es sólo una sugerencia, que tiene que ser elaborada aparte.

[41] El problema merece una investigación detallada; en realidad debe considerarse dentro de un contexto más amplio, el de los métodos de argumentación.

El problema no plantea dudas en relación con las afirmaciones aisladas, pero en lo referente a las narraciones da lugar a problemas enormemente complicados. Podemos dar, por lo menos, tres explicaciones posibles (y abreviadas) del concepto de «narración de acuerdo con los hechos históricos». Sería una narración que:

1) Ofrece una descripción fiel de los hechos (es decir, una que es detallada y está formada por afirmaciones verdaderas).
2) No ofrece una descripción totalmente detallada, pero no incluye afirmaciones que difieran de los hechos.
3) No ofrece una descripción detallada, pero no sólo no incluye afirmaciones que difieran de los hechos, sino que ofrece una interpretación integral de los hechos que muestra la estructura y el movimiento de un sistema concreto en total o en parte (cfr. capítulo XIV).

La primera explicación debe ser rechazada, no sólo por la imposibilidad física (al margen de la falta de fuentes) de dar una descripción totalmente detallada de los hechos, sino también porque la historiografía (como ciencia) no es escribir crónicas (cfr. capítulo XXIII). Las exigencias formuladas en la segunda explicación son demasiado limitadas; pueden ser consideradas suficientes por los que apoyan la investigación de tipo erudito, que subraya la formulación del mayor número posible de afirmaciones rigurosamente establecidas como ciertas. La tercera explicación ha sido redactada en términos necesariamente muy generales. Como se puede ver fácilmente, incluye la exigencia de que la historiografía preste atención a la estructura y al movimiento de los sistemas, es decir, explique el desarrollo (y cumpla, por tanto, el modelo dialéctico, ver capítulo IX). Una narración que se ocupe de los sistemas (que pueden ser de distinto tamaño) y de sus elementos tiene que tener en cuenta las fuerzas que ponen en movimiento el sistema y la posición de los diversos elementos de ese sistema. Esta exigencia, para ser satisfecha, necesita un conocimiento no basado en fuentes más amplio y unos niveles más altos de dicho conocimiento, ya que sólo así pueden surgir cuadros verdaderos a partir de afirmaciones verdaderas. Esto conduce a una conclusión de algún modo paradójica: es posible que a medida que mejora el proceso cognoscitivo histórico, afirmaciones que se solían aceptar como verdaderas lleguen a ser rechazadas por falsas; del mismo modo, las descripciones históricas que se solían clasificar como verdaderas pueden —siguiendo el desarrollo de la ciencia histórica, que significa, sobre todo, el desarrollo del conocimiento no basado en fuentes— mostrarse como falsas en virtud del cambio de perspectiva temporal. También es posible admitir la veracidad simultánea de una serie de descripciones (narraciones) del mismo fragmento del pasado, suponiendo que dichas descripciones (narraciones) sean compatibles entre sí. En tal caso, todas esas descripciones, en conjunto, indican un paso hacia el alcance de la verdad, si satisfacen la condición de un acercamiento integral. Esto ocurre también con otras disciplinas.

En resumen, podemos decir que el concepto de «estar de acuerdo con los hechos», aplicado a una narración histórica, no significa simplemente la etiqueta «cómo fue realmente» (lo cual es posible en el caso de afirmaciones aisladas), sino también una explicación de cómo deben interpretarse esos «hechos». En este punto vemos una relación entre las reflexiones en el campo de la metodología pragmática de la historia y las del campo de la metodología objetiva. La explicación de cómo hay que entender los «hechos» (en un

estadio concreto del desarollo de la ciencia) está en la esfera de la metodología objetiva. (Ver Tercera Parte.)

Pero entonces, ¿cómo sabemos si una afirmación histórica concreta es verdadera o falsa o, en una terminología un poco diferente, que tiene significado? Nos ocupamos todavía del estudio del pasado, de modo que ¿cómo podemos demostrar —en el curso del estudio— que una afirmación dada está de acuerdo con los hechos (exigencia de la definición clásica de verdad) si todavía no conocemos esos hechos? Por otro lado, si conociéramos esos hechos no tendríamos que estudiarlos.

Las reglas para averiguar directa o indirectamente el valor lógico de las afirmaciones se llaman también criterios, es decir, métodos para distinguir las afirmaciones verdaderas de las falsas, se han desarrollado en el curso de la investigación científica y son totalmente aplicables a la investigación histórica, también. De ellas no nos interesan aquí las reglas semánticas (como las tablas de verdad) que muestran cómo el valor verdad de las afirmaciones compuestas depende del valor verdad de las afirmaciones simples que las componen.

Fuera de las reglas que nos interesan aquí, la mayor importancia se debe atribuir al criterio de la práctica, ya que éste es el único criterio que nos permite averiguar cuál es la relación entre una afirmación sobre un hecho y el propio hecho. Podemos llamarlo, por tanto, criterio semántico. Todos los demás criterios son o sintácticos o pragmáticos; los primeros se refieren a las mismas afirmaciones o a las relaciones entre ellas, mientras que los últimos describen la relación entre las afirmaciones y los que las hacen, y en última instancia deben ser confirmados por el criterio de práctica.

El criterio de la práctica, que es la única prueba directa de verdad, ya que llega más allá de las afirmaciones y establece un «contacto» directo con los hechos, puede entenderse como general, que con el conocimiento de la eficacia de las acciones humanas nos permite averiguar la verdad de las afirmaciones sobre los hechos, y como algo técnico, para ser usado en la práctica investigadora cotidiana.

El criterio general de práctica es el fundamental en todas las disciplinas. El hombre va transformando gradualmente el mundo, utilizando igualmente los logros de las disciplinas sociales y los de las naturales, y su éxito en la transformación del mundo significa que confía en un conocimiento que es básicamente verdadero y que ha sido adquirido en el curso del proceso cognoscitivo (tanto en el área de la ciencia natural como de la ciencia social). No podemos imaginar el violento desarrollo de la tecnología de hoy en día sin la existencia de una sociedad organizada que base sus acciones en el conocimiento de los hechos sociales y que recuerde sus acciones en el pasado. El papel de la historia en dichas transformaciones es excepcionalmente grande: coopera con otras disciplinas sociales en el proceso de adquirir el conocimiento de la sociedad y de averiguar las regularidades, y más aún, sirve de memoria social. Imaginemos por un momento que el mundo, tal como lo conocemos, ha existido desde hace sólo cinco minutos, de modo que ni tiene historia propia ni los historiadores nos pueden contar nada sobre el pasado. Las mentes humanas se volverían huecas. Todos los conceptos formados a través de los tiempos perderían su significado; no habría bases para ninguna acción excepto las actividades diarias vitales para la existencia humana, etcétera. Si lo analizáramos más veríamos el cuadro apocalíptico de un mundo estancado. Por tanto, el hecho de que el mundo no sea como esa visión es un criterio, entre otros, a favor de la verdad del conocimiento histórico.

Pero nos encontramos con un criterio muy general que no puede considerarse absoluto. Hay que recordar que Lenin escribió: «(...) el criterio práctico no puede nunca confirmar ni rechazar ninguna idea humana, completamente, en la naturaleza de las cosas. Este criterio es lo suficientemente "indefinido" como para no permitir que el conocimiento humano sea "absoluto"»[42].

En las actividades investigadoras cotidianas (esto ocurre con la historia y con otras disciplinas) usamos el criterio no profesional de la práctica de forma casi universal; nos permite averiguar (aunque no absoluta o definitivamente) si una afirmación dada es verdadera o falsa. Ese criterio se identifica con la llamada capacidad empírica, o de observación, de las afirmaciones, para recibir decisiones, aunque tenemos que advertir que el criterio en cuestión es relativo. En este sentido podemos anotar lo que escribió Engels, que «desde el momento en que dirigimos estos objetos para nuestro propio uso, según las cualidades que percibimos en ellos, ponemos a prueba, una prueba infalible, la corrección o no de nuestra percepción sensorial»[43]. El criterio técnico es, por supuesto, el más ampliamente usado en las disciplinas experimentales, pero resulta que también se encuentra a menudo en otras ciencias, incluida la historia. El historiador lo usa (la mayoría de las veces, junto con otros criterios) cuando hay una posibilidad de conocimiento directo o, en otras palabras, de decidir empíricamente el valor verdad de una afirmación. Por supuesto, las afirmaciones sobre las que se podían tomar decisiones empíricas en el pasado no son susceptibles de ello hoy en día. Pero, bastantes veces, cuando el objeto bajo observación no cambia, se pueden seguir tomando decisiones empíricamente sobre las afirmaciones que se refieren a él. Dicho objeto, incluso, con un cambio en la extensión del concepto de observable (por ejemplo, un cambio así tuvo lugar con la llegada del microscopio electrónico), puede mostrar posibilidades, hasta el momento ocultas, de decidir el acuerdo entre las afirmaciones y los hechos.

Así, por ejemplo, la afirmación «este documento fue hecho en 1624» puede estar sujeta al criterio profesional de práctica (criterio de decisión empírica) si examinamos el documento y comprobamos la fecha, el papel sobre el que está manuscrito o impreso, el tipo de escritura o de imprenta, etcétera. Del mismo modo, la afirmación «la Constitución polaca de 1791 sólo incluye un artículo sobre los campesinos» puede confirmarse como cierta si leemos el texto de esa Constitución. Una visita a un museo nos permite determinar el valor verdad de muchas afirmaciones sobre civilización material.

Como sabemos, los defensores del empirismo lógico (llamado también comprobacionismo) se limitan a ese criterio y, por tanto, consideran faltas de significado todas las afirmaciones que no están sujetas a una comprobación empírica positiva, lo cual, se ha demostrado, ha resultado fatal para el desarrollo de la ciencia. Ha resultado que si hay que resolver problemas difíciles, la ciencia no puede entrar en la camisa de fuerza de la observación y de la comprobación empírica en cada paso. Es especialmente importante subrayar este punto en la investigación histórica, para la cual supuso un grave peligro la opinión empirista.

Los métodos indirectos de averiguar la verdad (o falsedad) de las afirmaciones, métodos que juegan un papel fundamental, se pueden definir

[42] V. Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*, Moscú, 1947, pág. 142.

[43] F. Engels, prefacio a la edición inglesa de «Socialism: Utopian and Scientific», ed. cit.

de un modo general como una sustentación de las afirmaciones a base de confrontarlas mutuamente; en otras palabras, las afirmaciones formuladas recientemente se confrontan con el cuerpo de conocimientos (la serie de afirmaciones ya aceptadas) de que disponemos con anterioridad. Las afirmaciones formuladas recientemente pueden deducirse de las ya aceptadas, o pueden ser reconocidas en vista de otras afirmaciones aceptadas, en conformidad con un procedimiento científico. De este modo, las afirmaciones apoyadas así pueden ser aceptadas al principio por un solo científico y más tarde por un grupo o la totalidad de los estudiosos. En la investigación histórica se ha desarrollado un procedimiento bastante complicado de apoyar las afirmaciones (un procedimiento estrechamente unido al de formular afirmaciones), que discutiremos con detalle más adelante. Incluye el examen de la autenticidad y la fiabilidad de las fuentes, una gama de métodos directos e indirectos de encontrar hechos y una explicación causal, acompañada constantemente por el conocimiento no basado en fuentes. Por el momento, limitémonos a averiguar qué etiquetas hay que poner a aquellas afirmaciones que en la investigación histórica demuestran ser ciertas sólo de modo indirecto. Para hacerlo, tenemos que analizar el concepto de probabilidad tal como se ha interpretado en la historia.

7. *El concepto de probabilidad en la investigación histórica*

El término *probabilidad*, que es materia de vivas discusiones, tiene varios significados, cada uno de ellos interpretado de diferentes maneras[44]. La clasificación fundamental es la que distingue entre probabilidad aplicada a las afirmaciones y la probabilidad aplicada a los sucesos. En el primer caso nos encontramos con la probabilidad lógica (en la terminología de R. Carnap: probabilidad), que establece (en la interpretación que adoptamos aquí) con qué grado de certeza (o sea, certeza racional, en la terminología de J. M. Keynes, o certeza epistemológica, en la terminología de B. Russell) puede aceptar una persona la afirmación *A* si ha aceptado la *B*; o nos encontramos con la probabilidad psicológica, que indica el grado de certeza con el que una persona acepta realmente una afirmación dada (posiblemente, sin relacionarla con el cuerpo de conocimientos que tiene).

La probabilidad lógica puede coincidir con la psicológica, pero la mayoría de las veces las afirmaciones probables (no sólo las que hacen los historia-

[44] Hasta ahora, el concepto de probabilidad en la investigación histórica ha sido tratado muy ampliamente por J. Giedymin, *Problemy logiczne analizy historycznej*, págs. 26-38. Entre las obras generales (excepto las matemáticas), las más importantes son: J. M. Keynes, *A Treatise on Probability*, Londres, 1948; R. Carnap, *The Two Concepts of Probability. Readings in Philosophical Analysis*, Nueva York, 1949, y *Logical Foundations of Probability*, Londres, 1951; H. Reichenbach, *Theory of Probability*, Berkeley, 1949; R. von Mises, *Probability, Statistics and Truth*, 2.ª ed., Londres, 1956; E. Borel, *Probabilité et certitude*, París, 1961; M. R. Cohen, *Reason and Nature*, Londres, 1964, págs. 125-135. Entre las obras de autores polacos están K. Ajdukiewicz, *Lógica Pragmática*, ed. cit., págs. 120-130, y J. Los, «Semantyczne reprezentacje prawdopobienstwa wyrazen w teoriach sformalizowanych» (Representaciones semánticas de la probabilidad de las fórmulas en las teorías formalizadas), *Rozprawy logiczne*, págs. 91-102. Los hace una distinción entre la probabilidad de la ocurrencia de un nexo causal y la probabilidad de existencia de ese nexo. Esta última no es —cuando se trata de la posesión de una determinada propiedad, por ejemplo, que *A* es una causa de *B*— una probabilidad en el estricto sentido del término (lo cual permitiría las muestras). El problema de la probabilidad es predominante, como es sabido, en H. Reichenbach, *The Rise of Scientific Philosophy*, Berkeley, 1951.

dores) muestran un refuerzo de la primera probabilidad por la segunda. La probabilidad de un suceso de una clase determinada de sucesos es igual al cociente del número de sucesos favorables por el número de todos los hechos de esa clase posibles. Si n representa el número de hechos favorables de tipo A (por ejemplo, sacar un as de un montón de cartas) y N el número de hechos posibles (por ejemplo, el número de cartas que se pueden sacar del montón), entonces la probabilidad de A es representada por la fórmula:

$$P(A) = \frac{n}{N}$$

La medida de la probabilidad dada por esta fórmula está en el intervalo cerrado 0,1 (el modificador «cerrado» significa aquí que la medida puede tener también cualquiera de los valores límites 0 y 1), lo cual significa que el valor 1 de A indica certeza (es decir, la certeza de que A tendrá lugar). La probabilidad de sacar un as de un montón de 52 cartas, por tanto, sería:

$$P(A) = \frac{4}{52}$$

Esta es la llamada definición clásica de probabilidad. Sin embargo, hay otra definición de la probabilidad de los sucesos que se llama definición estadística o de frecuencia de probabilidad. En este último caso no se hace referencia al concepto de suceso favorable y suceso posible, ya que no son conocidos en principio. En tal caso, la probabilidad de un suceso A sólo se puede fijar experimentalmente (por ejemplo, por pruebas múltiples). La probabilidad de frecuencia, por tanto, es la base de la frecuencia relativa de la aparición de un suceso W entre un número grande de otros sucesos. Puesto que, según la opinión predominante entre los expertos, la probabilidad de frecuencia se refiere solamente a los sucesos que aparecen a gran escala, o sea, que pueden estar sujetos a operaciones estadísticas, algunos expertos (por ejemplo, R. von Mises) —en concreto, los que aseguran que la investigación histórica se ocupa sólo de los hechos aislados— restringen la probabilidad de frecuencia a la ciencia natural (y las matemáticas). Esto revela una asimetría claramente marcada en la clasificación de los tipos de probabilidad: la probabilidad lógica y psicológica son aplicables a las afirmaciones sobre todos los sucesos y, por tanto, indirectamente, a todos los sucesos, mientras que la probabilidad estadística (empírica) sólo es aplicable a los sucesos que aparecen a gran escala. El comportamiento lingüístico característico de los historiadores, que en este caso se ajusta al uso cotidiano, muestra la laguna que consiste en la falta de un concepto de probabilidad que se pueda aplicar a los hechos aislados. Pero, como se verá después, ese concepto de probabilidad que se aplica a afirmaciones singulares y que es tan común a la investigación histórica está también sujeto a la interpretación de frecuencia.

Los historiadores han venido usando todos los conceptos de probabilidad mencionados más arriba; todos esos conceptos, además, parecen revalidarse en la investigación histórica. Pero ahora, al analizar los métodos de averiguar los valores lógicos de las afirmaciones, nos ocuparemos principalmente de la probabilidad lógica en relación con las afirmaciones y no con los hechos.

También se intentará demostrar que la probabilidad lógica está estrechamente relacionada con la probabilidad empírica.

En la ciencia hay dos interpretaciones diferentes de la probabilidad lógica. Una de éstas (usada, por ejemplo, por H. Reichenbach) afirma que la probabilidad lógica es una categoría semántica (concepto semántico), como la verdad y, por tanto, que es la medida (grado) de verdad de las afirmaciones, es decir, la medida de su aproximación a los hechos. En este sentido, los conceptos *falsedad-probabilidad-verdad* forman una sola secuencia. Por eso, la certeza de la validez de una afirmación A a la luz de otras afirmaciones, es decir, un cuerpo de conocimientos concreto, o sea, la certeza de su veracidad, se identifica con la verdad.

Esta confusión de conceptos se evita en la otra interpretación (J. M. Keynes, B. Russell, R. Carnap, J. Nicod, K. Ajdukiewicz), que considera la probabilidad lógica no como un grado de verdad (de una afirmación), sino como un grado de la certeza racional de la verdad (sustentación inductiva) de una afirmación dada. En esta interpretación, el eje falsedad-verdad es distinto del eje de los varios grados de probabilidad. Por tanto, la aceptación de una afirmación como cierta no tiene por qué dar lugar automáticamente a la etiquetación como verdadera. Como se deduce de la definición de probabilidad lógica, dada en el primer párrafo de esta parte, este autor considera la segunda interpretación más ajustada. La cuestión será tratada más tarde.

Las dos interpretaciones dicen que un grado definido de la probabilidad de una afirmación depende del grado de su sustentación, con la condición de que en el caso de la primera interpretación inmediatamente vamos a demostrar el grado correspondiente de verdad de esa afirmación, mientras que en el último caso sólo llegamos al grado correspondiente de certeza de su veracidad. De cualquier modo, se puede decir que, al margen de su interpretación, el concepto de probabilidad lógica está relacionado con la demostración indirecta de la verdad de las afirmaciones y es, así, una medida del éxito de esa demostración.

Pero si aceptamos la segunda interpretación, ¿estamos entonces condenados a llamar siempre sólo ciertas a afirmaciones sustentadas hasta algún grado, el mismo grado que para su veracidad, y a guardar la etiqueta de verdad sólo para las afirmaciones que han sido directamente confrontadas con los hechos? En otras palabras, ¿no hay posibilidad de pasar del nivel puramente pragmático (y sintáctico) al semántico, que considera las relaciones entre las afirmaciones y los hechos? En opinión de este autor, esa posibilidad existe, y su consideración nos permite evitar los intentos de hacer a la ciencia en general, y a la historia en particular, más «exacta» por medio de la eliminación del concepto de verdad en favor del de probabilidad, cosa que han sugerido algunos defensores de la primera interpretación. La segunda interpretación no advierte esa posibilidad, y subraya la naturaleza analítica de las afirmaciones probables (lo cual significa que dichas afirmaciones, se supone, no se refieren a los hechos).

Hay dos argumentos para no hacer distinciones, por parte de los historiadores, entre las afirmaciones cuya verdad está demostrada directamente y aquellas cuya verdad está demostrada indirectamente, es decir, para llamar verdaderas a aquellas afirmaciones que son ciertas respecto a su verdad.

El primero de estos dos argumentos señala la estrecha relación entre los comentarios probabilistas sobre las afirmaciones, por un lado, y los hechos a los que se refieren las afirmaciones, por otro; es decir, la relación

entre probabilidad lógica y probabilidad empírica. Consideremos las siguientes afirmaciones, que hasta el momento no hemos conseguido apoyar con datos sacados de fuentes: «Zyndram de Maszkowice no era el jefe polaco en la Batalla de Grunwald» (la batalla, en 1410, en la que los polacos vencieron a los Caballeros Teutónicos; también llamada la Batalla de Tannenberg). Esta afirmación tiene su grado de certeza de ser verdadera, es decir, su probabilidad lógica. Su aceptación se basa en su confrontación con otras afirmaciones, tales como: «En la Edad Media, la gente de baja condición y pequeña fortuna no solía ejercer el mando de sus superiores sociales», «Zyndram de Maszkowice era de condición relativamente baja», «No fue recompensado después de la batalla», «los jefes solían ser recompensados después de las batallas victoriosas», etcétera. La hipótesis mencionada más arriba sobre Zyndram de Maszkowice se deduce de estas afirmaciones con alguna probabilidad (el ejemplo que consideramos será analizado de nuevo con más detalle, pero en otro contexto).

Pero el teorema sobre la probabilidad lógica de una afirmación no se basa sólo en una confrontación tal de afirmaciones, de la que se deduce que nuestra hipótesis H tiene, a la luz de esas afirmaciones, una probabilidad p. Esta confrontación no sería posible sin ciertos hechos que hacen improbable que un hombre de baja condición fuera, en la Edad Media, un jefe de sus superiores sociales. Esta estructura de hechos es la base de nuestra posibilidad de encontrar argumentos en su favor: los hechos proporcionan argumentos en favor de sí mismos. La afirmación «La Batalla de Crécy fue ganada por gnomos» no tiene un testimonio aceptable de su veracidad, simplemente porque es incompatible con (la estructura de) los hechos. A veces formulamos una hipótesis sin ningún apoyo especial (posible de algún otro modo, pero sin fuertes argumentos en su favor sacados de las fuentes) y la consideramos aceptable; más aún, no provocamos protestas de otros investigadores. A simple vista, la estructura comúnmente conocida de los hechos relacionados hace que esa hipótesis sea bastante probable. Por tanto, estamos convencidos de que hay un gran grado de probabilidad de que sea verdadera, es decir, formulamos una afirmación con una probabilidad psicológica correspondiente. La discrepancia entre la probabilidad lógica y la psicológica se debe en este caso a la falta de una serie adecuada de afirmaciones necesarias para una confrontación con la hipótesis.

Se puede decir en general que toda afirmación que tiene su probabilidad lógica (o psicológica) puede tener su equivalente (modelo) en la probabilidad empírica, lo cual, evidentemente, no significa que en cada caso nuestra averiguación de su probabilidad lógica corresponda a la probabilidad desconocida de los sucesos. En otras palabras, la probabilidad se puede expresar en lenguaje objeto y en metalenguaje. La afirmación: «Los argumentos aducidos por el autor apoyan, con una gran probabilidad, la afirmación de que Zyndram de Maszkowice no fue el jefe en la Batalla de Grunwald», se refiere a la probabilidad (grado de certeza de la verdad) de una afirmación dada, y no a los hechos. Por tanto, es una meta-afirmación. Su equivalente en lenguaje objeto es: «Es altamente probable que Zyndram de Maszkowice no fuera el jefe en la Batalla de Grunwald», o «No es probable (es improbable) que Zyndram de Maszkowice fuera el jefe en la Batalla de Grunwald.» También se puede decir que su equivalente empírico es «Zyndram de Maszkowice fue el jefe en la Batalla de Grunwald

con una probabilidad p», ya que sólo hay dos posibilidades: o fue el jefe ($p=1$) o no lo fue ($p=0$); pero esto confirma la diferencia entre el grado real de probabilidad, que no conocemos, y el grado de probabilidad que atribuimos a la afirmación en cuestión. Esa diferencia es la medida de nuestra ignorancia. La relación entre la probabilidad que se refiere a las afirmaciones y la que se refiere a los hechos se puede ver claramente en la definición de probabilidad estadística, transformada por K. Ajdukiewicz para relacionarla con la probabilidad de las afirmaciones: «La probabilidad de una afirmación que dice que un objeto es A, en relación con una afirmación que dice que ese objeto es B, equivale a la frecuencia relativa de objetos A entre objetos B»[45].

En muchos casos, esa definición permitiría computar la probabilidad de las afirmaciones.

El concepto de probabilidad lógica, que se refiere a varios hechos históricos (y al mismo tiempo a las afirmaciones sobre los hechos), se puede interpretar en términos de frecuencia, lo cual, por supuesto, no significa que la frecuencia relativa de la aparición de los objetos (o las afirmaciones) A en la clase de objetos (o afirmaciones) B pueda establecerse en cada caso. Los historiadores siguen esta interpretación intuitiva usando a menudo formulaciones como «improbable», «muy probable», «casi cierto», etcétera, que J. Giedymin llama cuasi-métricas. Podríamos exigir una mayor precisión en estas formulaciones, a algunas de las cuales se podría dar una interpretación numérica. Nuestra aseveración de que la probabilidad de los sucesos aislados se puede interpretar en términos de frecuencia se basa en el hecho de que, como J. Giedymin apuntó correctamente, un historiador está en situación de establecer la probabilidad de un suceso sólo si se puede referir a una afirmación general sobre una clase de sucesos, en la que se incluiría el suceso en cuestión. Hemos dicho que era improbable que Zyndram de Maszkowice fuera el jefe en la Batalla de Grunwald porque si hubiera ejercido el mando esto diferiría de nuestro conocimiento sobre la Edad Media. Esta confrontación es, como podemos ver fácilmente, algo basado en las consideraciones de frecuencia: no nos referimos más que a la frecuencia relativa de que los jefes en las grandes batallas de la Edad Media fueran gente de baja condición y pequeña fortuna, frecuencia que es pequeña, y a que la frecuencia relativa de jefes recompensados en la clase de los jefes de las batallas vistoriosas es grande, etcétera.

La interpretación de la veracidad de una afirmación sobre un hecho (en nuestro caso sobre Zyndram de Maszkowice) en términos de frecuencia se basa en la interpretación de frecuencia de los sucesos mencionada más arriba. Es esta última la que, como si dijéramos, cede su grado de probabilidad a la primera. Una afirmación sobre un hecho sólo es probable en la medida en que lo sea el hecho al que se refiere. Las afirmaciones bien sustentadas sólo se pueden referir a hechos que ocurrieron o no. El hecho improbable de que un jefe medieval en una batalla importante fuera un hombre de baja condición y pequeña fortuna, que tendría que dar órdenes a señores y príncipes, supone que es improbable encontrar argumentos que apoyen la afirmación de que un hombre de baja condición y pequeña fortuna mandó a sus superiores sociales en una importante batalla medieval. Por tanto, la deducción, a partir del hecho de que una persona era de baja condición, de que él no fue el jefe en una batalla

[45] K. Ajdukiewicz, *Lógica Pragmática*, ed. cit., pág. 124.

importante, produciría unas conclusiones con bastante probabilidad de ser verdaderas.

La posibilidad de sustentación de una afirmación determinada por los hechos no significa sustentación real. El grado de una sustentación real (o sea, de la probabilidad de una afirmación) depende de nuestro conocimiento, con el que confrontamos ese hecho. Esto se puede referir a lo que sabemos sobre el informante (su fiabilidad), sobre la fuente implicada (su autenticidad), y al conocimiento general histórico, psicológico, sociológico, etcétera. Podemos imaginar así una afirmación verdadera cuyo grado de apoyo (certeza de su veracidad) es muy pequeño. A medida que nuestro conocimiento amplía esa afirmación, puede cambiar, en ciertas circunstancias, y estar mejor sustentada. La referencia a nuestro conocimiento consiste en buscar el apoyo determinado por los hechos; esta referencia, como hemos dicho, está basada en la frecuencia. Pero una referencia a una fuente o a un informante se puede interpretar en términos de frecuencia, también. En este caso, nos interesa la frecuencia con la que procede información verdadera de una fuente concreta (o de un tipo concreto de fuentes) o de un informante concreto, en relación con el total de unidades de información implicadas.

El segundo argumento que justifica la práctica de aceptar que afirmaciones que son ciertas sean verdaderas consiste en la referencia al criterio no profesional de la práctica. Como hemos señalado antes, este criterio nos demuestra que adquirimos el conocimiento verdadero de forma gradual; esto da valor al criterio profesional de práctica y a nuestras formas de demostrar indirectamente la verdad de las afirmaciones. Garantiza que si aceptamos una afirmación que es (racionalmente) cierta como verdadera no cometemos ningún error prácticamente importante. Como hemos dicho, esto concuerda con la práctica observada por los historiadores.

¿Qué afirmaciones, entonces, son las que los historiadores aceptan como probables, si las que son ciertas las aceptan como verdaderas? Aquí nos interesan las formulaciones positivas (y no las comparativas) en las que aparece el concepto de probabilidad, y por tanto, no las afirmaciones como: una afirmación *A* es más probable que una afirmación *B*; sino afirmaciones del tipo: es probable una afirmación *A* (según nuestro conocimiento basado y no basado en fuentes). Podemos incluir en la clase de afirmaciones probables aquellas que dudamos si llamar ciertas o verdaderas, pero que de ningún modo podemos aceptar como suficientemente sustentadas (ésta también es la práctica seguida por los historiadores).

Esto se refiere a las afirmaciones sobre el pasado que están basadas en datos indirectos exhaustivos y más o menos numerosos, afirmaciones que se ocupan del establecimiento de los hechos, y afirmaciones hipotéticas sobre el pasado, que se ocupan de las leyes y relaciones causales, pero no a las afirmaciones sobre el pasado que están bien establecidas y basadas en datos directos sobre los hechos a los que se refieren. Así, por ejemplo, ningún historiador dirá que es simplemente probable la afirmación de que la Bastilla fue destruida el 14 de julio de 1789, o de que la Segunda Guerra Mundial comenzó el 1 de septiembre de 1939, o de que *La Eneida* fue escrita por Virgilio, o de que Guillermo el Conquistador ganó la Batalla de Hastings. En esos casos los hechos a los que se refieren las afirmaciones han sido establecidos basándose en datos de fuentes suficientes y directas, es decir, datos que transmiten información directa sobre esos hechos. El historiador, entonces, acepta esas afirmaciones como ciertas, y las incluye en el cuerpo

de las (relativamente) verdaderas. Este es el estado de la enorme mayoría de las afirmaciones históricas, o sea, las que forman una base inductiva, observacional o empírica *sui generis* de las consideraciones históricas en general. Por el contrario, como no hay pruebas directas de que Martin Bormann muriera en Berlín en 1945, el historiador llega a la conclusión de que ésa u otra hipótesis sobre el asunto puede ser, como mucho, probable. Sin embargo, no hay que olvidar que si basamos las afirmaciones sobre el pasado en datos directos, tenemos que establecer la autenticidad de la fuente en cuestión y la fiabilidad de la información, antes de proceder a extraer de esa fuente los datos directos sobre los hechos que nos interesan. Si dicha autenticidad o fiabilidad se puede establecer sólo con una probabilidad menor de 1, la etiqueta de probabilidad vale también para la afirmación basada en los datos contenidos en esta fuente cuya autenticidad o fiabilidad no es bastante cierta. Puesto que la fiabilidad de los datos basados en fuentes se establece, a menudo, por la inferencia de probabilidad (cfr. capítulo XIX), algunas afirmaciones, a pesar de estar basadas en datos directos, pueden tener un margen de incertidumbre. En la práctica, sin embargo, si un historiador acepta determinados datos directos de acuerdo con las reglas del procedimiento científico en la investigación histórica (o sea, de acuerdo con las reglas adecuadas de la crítica de fuentes), el conocimiento que obtenga de ese modo estará lo suficientemente apoyado como para ser considerado como cierto.

Por otro lado, el concepto de probabilidad es totalmente aplicable a las afirmaciones basadas en datos indirectos derivados de las fuentes y a los datos no basados en fuentes que se refieren tanto al establecimiento de los hechos como a las explicaciones causales. Solemos llegar a dichas afirmaciones a través de la inferencia de probabilidad, que no es fiable; esto significa que las conclusiones pueden no ser consideradas como ciertas. Los historiadores llaman a esas conclusiones de varias maneras; muchas veces no dudan en llamarlas ciertas, totalmente ciertas, más que ciertas, indudables, irrefutables, correctas, verdaderas, etcétera. Es bien sabido que unas partes en disputa, excitadas por la controversia, definen construcciones muy frágiles como ciertas. Hay que anotar además que incluso la mayor certeza es sólo relativa, ya que se basa en nuestro conocimiento, que puede cambiar con el paso del tiempo.

El concepto de probabilidad lógica (interpretado como el grado de certeza de la veracidad) se puede aplicar a las afirmaciones aisladas y a las narraciones históricas más largas. Si decimos que la descripción de la Batalla de Grunwald hecha por el historiador *N* es probable, queremos decir que su descripción está debidamente sustentada, a la luz del conocimiento que tenemos, o, en otras palabras, que el equivalente objetivo de esa afirmación probable, formulada en metalenguaje («Es probable que la Batalla de Grunwald siguiera el curso ofrecido por el historiador *N*») no difiere mucho de esa afirmación, o más bien que la afirmación no difiere mucho de su equivalente objetivo (modelo). La probabilidad de una narración histórica se puede interpretar como la suma de las de los sucesos individuales que se combinan para formar parte del suceso compuesto abarcado por la narración. Sin embargo, el problema es más complejo, teniendo en cuenta las cuestiones que hemos tratado en relación con la verdad de una narración, y sería más seguro considerarlo una cuestión abierta.

Como se deduce de esto, el concepto de probabilidad lógica es muy útil para caracterizar los efectos del proceso cognoscitivo en la investigación

histórica (y en la investigación en general). Permite caracterizar las afirmaciones que consideramos verdaderas con un grado específico de certeza (que se establece por la confrontación de esas afirmaciones con el conocimiento que tenemos). En otras palabras, la probabilidad lógica nos informa sobre el grado de sustentación de unas afirmaciones concretas, y sirve de base para su aceptación o rechazo. Nos permite también hacer una distinción entre las afirmaciones (relativamente) verdaderas (es decir, las confrontadas con los hechos) y aquellas sobre las que tenemos una certeza racional (es decir, las confrontadas con nuestro cuerpo de conocimientos). Pero, como hemos mencionado más arriba, la probabilidad lógica puede, en cierto modo, traducirse a probabilidad empírica, y al mismo tiempo, al combinarse con la probabilidad de los hechos aislados (por lo menos en un gran número de casos que son importantes en la investigación histórica), pueden interpretarse en términos de probabilidad de frecuencia.

Como también hemos dicho, nos interesa mucho menos el concepto de probabilidad empírica. En su versión estadística no es usado explícitamente por los historiadores muy a menudo, excepto en aquellos casos en que les interesa la estadística histórica (y especialmente la demografía), y tienen que considerar la probabilidad de que una persona alcanzara una cierta edad en una época determinada. Pero parece que, aunque la investigación histórica consiste sobre todo en la postgnosis, y no en la prognosis, más estudios sobre la probabilidad de aparición de ciertos sucesos en el pasado podrían ampliar de forma interesante el campo de la descripción y la explicación histórica [46]. Por otro lado, los historiadores usan con bastante frecuencia el concepto de probabilidad empírica en relación con los sucesos aislados, especialmente cuando adelantan sugerencias sobre la existencia de ciertos sucesos en el pasado. En tales casos, si el lenguaje no se distingue del metalenguaje, dichas sugerencias significan también afirmaciones sobre la probabilidad lógica. En las obras históricas podemos encontrar muchas veces afirmaciones como: «Es probable que Julio César visitara Bretaña», «Es improbable que Mieszko I (el primer gobernante de Polonia) quedara satisfecho con sus conquistas y se retirara sin ocupar el área del estuario del Oder», «Es improbable que las cosechas de cereales en Polonia en la primera mitad del siglo XVII fueran tan pobres», etcétera. Como puede verse fácilmente, expresan las siguientes opiniones: «La probabilidad de la afirmación de que Julio César visitó Bretaña está sustentada en un grado *p*». «La probabilidad de la afirmación de que Mieszko I quedó satisfecho con sus conquistas y se retiró sin ocupar el área del estuario del Oder es muy pequeña». «No hay una probabilidad importante en la afirmación de que las cosechas de cereales en Polonia en la primera mitad del siglo XVII fueran tan pobres». Esto señala, una vez más, el hecho de que el concepto de probabilidad lógica y el de probabilidad de los hechos individuales son muy usados en la historia, y señala por tanto la necesidad de un análisis posterior de estas interpretaciones de las probabilidades, tan usadas en las humanidades.

[46] M. Bloch lo expresa así: «L'historien qui s'interroge sur la probabilité d'un événement écoulé, que tente-t-il, en effet, sinon de se transporter par un mouvement hardi de l'esprit, avant cet événement même pour en juger les chances, telles qu'elles se présentaient à la veille de son accomplissement? La probabilité reste donc bien dans l'avenir». (*Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*, edición citada, pág. 60.)

XIV

Preguntas y respuestas. Una reconstrucción general de la investigación histórica

1. *El problema de las decisiones*

Hasta ahora nos hemos ocupado sobre todo del proceso cognoscitivo histórico, y ahora nos concentraremos cada vez más sobre el concepto de investigación histórica, lo cual no quiere decir que esta última se oponga al primero. La cuestión es que cuando hablamos de proceso cognoscitivo histórico tratamos problemas más generales, que, por su misma naturaleza, sirven para cualquier tipo de conocimiento humano, mientras que el examen de la investigación histórica nos acerca a los problemas prácticos, o incluso puramente técnicos, a los que se tiene que enfrentar un historiador cuando se dispone a contestar una pregunta que ha planteado él mismo o que le han planteado otros. Esta pregunta se podría llamar una pregunta de investigación, no sólo porque debe distinguirse de las preguntas de diagnóstico (entre las que se incluyen, por ejemplo, las preguntas de examen), sino, principalmente, porque exige una respuesta que debe ir precedida de una investigación conducida según unas reglas obligatorias en el mundo de los historiadores. Esto exige, sobre todo, una reconstrucción general del proceso que podría simbolizarse de este modo: «pregunta→respuesta», y por tanto, una explicación de los conceptos de pregunta y respuesta.

Una decisión hecha en condiciones específicas es el punto de partida de toda acción humana. Lo mismo ocurre con los procedimientos usados en la ciencia, quizás teniendo en cuenta que en los procedimientos científicos nos solemos dar mucha más cuenta de que hacemos constantemente decisiones que en la vida diaria, en la que normalmente no advertimos que en cada paso elegimos uno de los muchos caminos de acción posibles. La metodología de las ciencias puede conformarse —y lo hace, en su versión puramente descriptiva— con una simple descripción de las operaciones de investigación ejecutadas por los científicos, sin considerar la eficacia de las decisiones que hacen, o, para usar el lenguaje de la teoría del juego, la eficacia de las estrategias que eligen [1]. Pero también puede ir más allá, y eso hace en su versión normativa: al aceptar que la investigación científica es una variedad de la acción racional en general (es decir, una acción orientada hacia un objetivo), puede intentar averiguar las reglas latentes por las que se rigen los científicos en su lucha por lograr sus objetivos epistemológicos, y, ocasionalmente, definir una estrategia óptima para una acción concreta. Se podría decir que en el primer caso el metodologista

[1] Para los conceptos correspondientes, ver R. D. Luce y H. Raiffa, *Games and Decisions*, Nueva York, 1957.

se queda en el nivel descriptivo, y es como si fuera un ideógrafo de la metodología científica. En el último, utiliza los resultados de las descripciones, pretendiendo explicar los procesos cognoscitivos en la ciencia, es decir, contestar a la pregunta ¿por qué un investigador (por ejemplo, un historiador) toma unas decisiones y no otras? Al incluir el problema de la decisión en las consideraciones metodológicas pasa del nivel de la descripción al de la explicación y la apreciación. Haciendo esto, acerca el análisis metodológico al problema de las valoraciones. Si se toma una decisión para realizar una acción en relación con cierto objetivo (suponiendo una acción racional, o sea, orientada hacia un objetivo, lo cual abarca la actividad científica), se deduce que hay una decisión latente básica, relacionada con el sistema de valores del investigador (los axiomas sobre los problemas filosóficos, sociales, políticos, etcétera, fundamentales, corrientes en esa época), que define ese objetivo. Así, la elección del terreno de investigación, enormemente condicionado por el sistema de valores del investigador, es el punto de partida de toda investigación.

La decisión sobre la elección del terreno de investigación es el primer paso en el proceso de planteamiento de las preguntas (formulación de frases interrogativas), siendo esta última la acción esencial en la investigación histórica[2], una acción que podría denominarse el conductor. Por tanto, la investigación científica se podría reconstruir como el proceso de planteamiento de las preguntas y de búsqueda de respuestas para ellas.

2. *Conceptos básicos en la teoría de las preguntas y respuestas históricas*

En la investigación histórica, todas las preguntas que se plantea un historiador se pueden reducir a estos tres tipos fundamentales:

1) ¿Qué ocurrió? (preguntas factográficas);
2) ¿Por qué ocurrió? (preguntas explicativas);
3) ¿Qué leyes científicas se deducen del estudio del pasado? (preguntas teóricas).

Al contestar las preguntas del primer grupo, un historiador hace una descripción (narración), y al contestar las del segundo grupo ofrece una explicación. Sin embargo, el resultado de esta explicación también adopta la forma de una descripción. Desde el punto de vista formal, estos dos grupos de preguntas (distinguidos según las diversas tareas a las que hace frente un historiador) son preguntas abiertas, a las que, al contrario que en las preguntas cerradas, «ni podemos dar una lista exhaustiva (finita) de respuestas aceptables, ni podemos ofrecer un esquema o un método eficaz

[2] El análisis de las preguntas y respuestas en los procedimientos de investigación es una de las ramas de la metodología más ampliamente tratada. Uno de sus pioneros fue K. Ajdukiewicz (*Zdania pytajne* [Frases interrogativas], Varsovia, 1934, reeditada en *Jezyk i poznanie*, Varsovia, 1960), a partir del cual surgieron una serie de términos. Estudios especiales sobre el problema han sido elaborados por J. Giedymin (*Problemy, zalozenie, rozstrzyg niecia*, Poznan, 1964), cuyos resultados estamos utilizando en este libro. Lo mismo ocurre con J. Giedymin y J. Kmita, *Wyklady z logiki formalnej, teorii komunikacji i metodologii nauk*, Poznan, 1966, cap. IV. Ver también Z. Cackowski, *Problemy i pseudoproblemy*, Varsovia, 1964, que es más filosófica que metodológica. Entre las obras en lengua inglesa, hay que hacer mención especial de D. Harrah, *Communication: a Logical Model*, Cambridge (Massachussetts), 1963.

para construir dichas respuestas aceptables»[3]. En el caso de una pregunta cerrada, estamos en posición de dar una lista exhaustiva de respuestas o un esquema de respuestas, o incluso un método eficaz para construir respuestas a esa pregunta[4].

Un historiador que sigue el ideografismo (sea metodológico, objetivo, o ambos) se limita a estos dos grupos de preguntas (factográficas y explicativas), interpretando el segundo grupo de un modo específico[5]. Las preguntas del tercer grupo, estrechamente relacionadas con las del segundo grupo, también son abiertas. Pero, mientras que las respuestas a las de los dos primeros grupos adoptan la forma de narraciones históricas (es decir, referidas al tiempo y al espacio), en el caso del tercer grupo esperamos respuestas en forma de afirmaciones generales, es decir, de naturaleza teórica. Mientras que esas narraciones históricas se pueden componen de muchos modos, teóricamente, de infinitos modos, las formulaciones de las leyes (o sea, las respuestas a las preguntas teóricas), se espera que sean lo más precisas posible.

Sólo son abiertos los modelos más generales de preguntas (¿qué fue?, ¿por qué fue así?, ¿qué leyes se deducen de los resultados de la investigación?), para las que no se puede dar ni una lista completa de respuestas directas ni un esquema de respuesta directa. Dentro de este grupo, muchas veces, formulamos preguntas cerradas (que proporcionan un esquema de respuesta). Por ejemplo, al formular la pregunta abierta, 1) «¿Por qué se alzó Hitler con el poder en Alemania?», preguntamos, entre otras cosas: 1a) «¿Qué grupos sociales apoyaron al NSDAP en 1933?». Las preguntas factográficas a las que contestamos por medio de una narración (por ejemplo, ¿cómo llegó a eso? ¿Cómo ocurrió?), las preguntas explicativas (¿por qué ocurrió?) y las preguntas sobre leyes son preguntas abiertas, y las preguntas factográficas que requieren una respuesta de una sola frase son cerradas.

Junto a las preguntas abiertas y cerradas, la teoría de las preguntas distingue la segunda clasificación fundamental, o sea, entre preguntas de decisión y preguntas de complementación. En el primer caso, se toma una decisión entre dos respuestas (o entre un número finito de respuestas), que son mutuamente excluyentes, de modo que sólo una de ellas es cierta (preguntas con «hacer»). Las preguntas de múltiple decisión se pueden dividir (por el procedimiento binario) en series de binarias. Las preguntas de decisión se plantean cuando adelantamos una hipótesis (es decir, una suposición sobre la respuesta aceptable). Al contestar a dicha pregunta, elegimos entre (dos o más) respuestas rivales, una de las cuales es siempre una negación de la otra. He aquí un ejemplo de pregunta de decisión en la investigación histórica: 2) ¿Las granjas señoriales se desarrollan siempre que hay un buen mercado para los productos agrícolas y un sistema de estricta servidumbre de los campesinos? En este caso, se formula una hipótesis; preguntamos si tiene un buen apoyo, y si se demuestra que es así, obtenemos una respuesta rápida para nuestra pregunta. Las preguntas de decisión con una estructura más compleja son de estos tipos: «¿Cuál de las afirmaciones $z_1, \ldots, z_n$ es la única verdadera?» («¿es z_1, o z_2, o ..., o z_n?»); «¿Cuál —por lo menos una— de las afirmaciones $z_1, \ldots, z_n$ es cierta?»; «¿cuáles

[3] J. Giedymin, *Problemy (...)*, ed. cit., págs. 15-16.
[4] *Ibidem.*
[5] Esta cuestión será tratada más adelante.

de las afirmaciones $z_1, \ldots, z_n$ son exactamente todas las verdaderas?» (A partir de ahora utilizaremos, respectivamente, los símbolos *?Du, ?Da, ?De*).

Así, podemos preguntar:

3) ¿Fue Suecia, o Rusia, o Polonia, la victoriosa en la Batalla de Poltava? (hay que indicar la única afirmación cierta);

4) ¿Tomaron parte en la Guerra de los Treinta Años Polonia, Suecia, Alemania, Rusia? (hay que indicar por lo menos una afirmación cierta);

5) ¿En el siglo XVII, los campesinos polacos trabajaban como siervos, o pagaban rentas, o pagaban un tributo en especies, o estaban libres de obligaciones hacia su señor feudal? (hay que indicar todas las afirmaciones que sean ciertas).

Las preguntas complementarias (o preguntas con «quién»/«qué»/«cuál»), o «¿por/para qué...?», se plantean cuando no tenemos hipótesis sobre la respuesta; son esenciales cuando buscamos soluciones (se llaman también preguntas de búsqueda). La respuesta a tal pregunta consiste en hacer una elección de entre una serie de muchos (o infinitos) elementos. En la investigación histórica, esta categoría se puede representar por preguntas como: 6) «¿Cuáles fueron las causas de la Guerra de los Treinta Años?»; 7) «¿Quién fue el jefe de las tropas polacas en la Batalla de Grunwald?»; 8) «¿Cuándo terminó la superioridad comercial de Holanda sobre Inglaterra?»; 9) «¿Cuál era la estructura de la sociedad polaca antes del levantamiento de 1863?»; 10) «¿Cuál es la importancia del Manifiesto del Comité Polaco de Liberación Nacional?»; 11) «¿Por qué era tan numerosa la clase media polaca?»; etcétera.

Al buscar respuestas a las preguntas complementarias, podemos formular preguntas de decisión, con la condición necesaria de que la serie de respuestas posibles sea finita y conocida. Por ejemplo, al contestar a la pregunta 7) podemos formular una serie de preguntas de decisión: 7_a) «¿Fue Zyndram de Maszkowice el jefe polaco en la Batalla de Grunwald?»; 7_b) «¿Fue el rey Jagello el jefe polaco en la Batalla de Grunwald?»; etcétera. En el caso de la pregunta 9) podemos preguntar: 9_a) «¿Existía en esa época una "intelligentsia"?»; 9_b) «¿Eran más numerosos los campesinos arrendatarios que los siervos?»; etcétera. Por tanto, dividimos las preguntas de complementación en preguntas de decisión. Los tipos de preguntas complementarias son los siguientes: «¿qué afirmación, en una serie concreta de afirmaciones, es la única verdadera?»; «¿qué afirmación —por lo menos una—, en una serie concreta, es cierta?»; «¿cuáles son todas las afirmaciones ciertas en una serie concreta?». Las preguntas de complementación tienen parte de las preguntas factográficas, preguntas explicativas (preguntas de «por qué») y preguntas sobre las leyes.

En la investigación histórica, son las preguntas abiertas y las preguntas de complementación las que juegan el papel fundamental (estas últimas suelen dividirse, en el proceso de investigación, en preguntas de complementación cerradas y preguntas de decisión; éstas son preguntas cerradas por su propia naturaleza, mientras que las preguntas de complementación pueden ser abiertas [cfr. preguntas 1), 6), 9), 10)], o cerradas [cfr. preguntas 7), 8)], a pesar de que no siempre se puede dibujar una línea de demarcación clara.

Las respuestas a las preguntas de complementación y decisión —analizadas a la luz de la teoría de la comunicación— se clasifican como directas e indirectas, y, desde otro punto de vista, como completas y parciales (formulación de J. Giedymin). Una respuesta directa a una pregunta de decisión

viene implícita, en cierto modo, por la pregunta de «hacer». Si la pregunta está aislada, la respuesta es una aseveración afirmativa o negativa: por ejemplo, la respuesta directa a la pregunta 2) es «siempre ocurre que las granjas señoriales se desarrollan...», o «no siempre ocurre que las granjas señoriales se desarrollan...». Si es una pregunta múltiple, la respuesta a una pregunta *?Du* es el conjunto de las negaciones de todas las afirmaciones excepto una, mientras la respuesta a los dos restantes tipos de preguntas de decisión (preguntas *?Da, ?De*) es, respectivamente, una afirmación implícita en una parte de la pregunta múltiple o un conjunto de estas afirmaciones. Esto ocurre porque en el primer caso tenemos que indicar la única afirmación cierta en una serie concreta de afirmaciones; en el segundo caso, al menos una afirmación verdadera, y en el tercero, todas las afirmaciones verdaderas.

Mientras que en el caso de las preguntas de decisión señalamos una respuesta directa específica, en el caso de las preguntas de complementación sólo podemos dar un esquema de la respuesta *(datum quæstionis)*, que incluirá lo desconocido de la pregunta (una variable). El esquema de la respuesta a la pregunta 1) es: «En 1933, el NSDAP obtuvo el apoyo de los partidos $x_1, \ldots, x_n$». Al buscar una respuesta para una pregunta de complementación, intentamos definir el alcance de lo desconocido, y después lo reducimos gradualmente.

Una respuesta indirecta es una respuesta indirecta completa o una respuesta parcial.

Si la pregunta es: «¿Quién mató al Presidente Kennedy?», entonces, una respuesta indirecta completa puede ser: «El Presidente Kennedy fue muerto por una persona que era un tirador». Como puede verse, esto nos acerca a una respuesta directa. Una respuesta parcial es la que se deduce lógicamente (quizás en unión de una afirmación aceptada) de una respuesta directa. Reduce, por tanto, el campo de lo desconocido de la respuesta. Por ejemplo, la afirmación: «El documento se realizó en el 1127 d. C.», es una respuesta directa a la pregunta sobre la fecha de cierto documento; pero si no conocemos la fecha exacta, construimos una respuesta parcial (que señala un período de tiempo del *post quem* y *ante quem*): «El documento se realizó entre el 1124 d. C., y el 1130 d. C.», y buscamos, en lo posible, una respuesta directa. Se puede advertir fácilmente que la respuesta parcial en consideración es una consecuencia de una respuesta directa (que, en nuestro caso, requiere una estimación de cuestión).

La distinción entre las respuestas directas e indirectas es importante para la metodología de la historia, ya que está relacionada con el problema del establecimiento de hechos directo e indirecto (cfr. capítulo XIX). Si tenemos información directa sobre los hechos que nos ocupan tendremos más posibilidades de dar una respuesta directa desde el principio, pero si nuestros datos (unidades de información) son sólo indirectos, entonces intentamos encontrar una respuesta directa (hipotética) a base de formular series de respuestas parciales, indirectas e intermedias. El caso de la datación de un documento (cfr. el ejemplo del párrafo anterior) se refiere a una situación en la que no se puede conseguir una información directa (fiable) sobre los datos del problema. Como la explicación causal suele tener lugar también a través de un procedimiento de comprobación, una respuesta a una pregunta explicativa se suele construir por medio de respuestas indirectas. Por ejemplo, al plantear la pregunta: «¿Por qué adelantó Inglaterra a Holanda en el

desarrollo económico de los siglos XVII y XVIII?», primero damos respuestas parciales, tales como: «Porque Inglaterra desarrolló su industria que estaba en competición con la holandesa»; «porque Inglaterra no abandonó ni su comercio ni su agricultura»; «porque Inglaterra hacía más inversiones», etc., para llegar, en último lugar, a una respuesta directa general, como: «Inglaterra adelantó a Holanda en el desarrollo económico porque su economía se desarrolló de modo más equilibrado». Muchas veces, por supuesto, nos basta con respuestas parciales.

Las hipótesis, que hay que tratar con más espacio, son una categoría especial de respuestas directas e indirectas. Cuando se usan en la investigación histórica, las hipótesis se pueden llamar, de modo muy general, intentos de respuesta a las preguntas de la investigación. Estas respuestas tentativas acaban siendo aceptadas en la ciencia o eliminadas de ella.

3. *El concepto de hipótesis en la investigación histórica*

El planteamiento y la comprobación de las hipótesis es un procedimiento que acompaña al historiador a través de todo su trabajo, porque es la verdadera esencia de la búsqueda de respuestas a las preguntas planteadas por él al pasado. Incluso el estadio de lectura de la información en la fuente (lectura en el amplio sentido de la palabra) ofrece oportunidades para hacer hipótesis. Incluso la misma lectura de una fuente, especialmente cuando nos encontramos con claves que hay que descifrar, es una hipótesis *sui generis*. Pero, aunque una unidad de información concreta se haya leído y estemos convencidos del resultado de esa lectura, esa información no se acepta como base para pasos posteriores en el proceso de investigación hasta que sometemos la fuente en cuestión a la crítica externa e interna, es decir, hasta que resolvemos los problemas de su autenticidad y de la fiabilidad de la información que nos proporciona. Esto no lo podemos hacer sin formular hipótesis. Más tarde, las hipótesis se hacen a medida que establecemos los hechos y procedemos a explicarlos. En todo esto sólo aceptamos como elementos para la posterior investigación las hipótesis que han sido sujetas a comprobación. Por tanto, el procedimiento investigador usado por el historiador, que hemos reconstruido en otra ocasión como el proceso de formular preguntas y buscar respuestas a ellas, puede interpretarse —desde un punto de vista diferente— como la formulación, comprobación y apoyo de las hipótesis. Las hipótesis se consideran como intentos de respuesta (antes de comprobarlas) y como respuestas (después de comprobarlas) a la pregunta planteada. Olvidemos aquí la cuestión de que una pregunta es hipotética en sí misma; esto lo trataremos más adelante.

En los escritos sobre metodología, el concepto de hipótesis solía construirse, sobre todo, en relación con la experiencia adquirida en la ciencia natural. La aproximación complementaria fue aportada por J. Giedymin, que estudió los problemas de la formulación y comprobación de las hipótesis en la ciencia social y en particular en historia [6]. Tenemos que coincidir con él

[6] Ver, en particular, las siguientes obras de J. Giedymin: «Hipotezy w analizie i krytyce zródel» (Hipótesis sobre el análisis y crítica de fuentes), en *Z problemów logicznych analizy historycznej* (Algunos problemas lógicos en el análisis histórico); *Problemy logiczne analizy historycznej*, págs. 24 y ss.; «Uogólnienie postulatu rozstrzygalnosci hipotez» (Generalización del postulado de decidibilidad de las hipótesis), *Studia Filozoficzne*, núm. 5, 1959. La primera de las dos obras fue criticada por J. Dutkiewicz (ver *Kwartalnik Historyczny*, núm. 4, 1959), a lo que replicó J. Giedymin en *Kwartalnik Historyczny*, número 4, 1962.

en que el concepto de hipótesis en la investigación histórica va mucho más allá del acercamiento de la ciencia natural, en la que una hipótesis se interpreta como una razón no aceptada de una afirmación que confirma el hecho que hay que explicar, lo cual significaba que el concepto de hipótesis se limitaba al procedimiento de explicación. En la investigación histórica formulamos hipótesis no sólo cuando buscamos respuestas a las preguntas explicativas (preguntas de «por qué»), sino también cuando contestamos a las preguntas factográficas (preguntas de «qué fue»), y este último proceso abarca también la lectura de la información de la fuente y el examen de la autenticidad y fiabilidad de las fuentes. Se puede decir que, en la investigación histórica, cualquier afirmación sobre el pasado es una hipótesis si todavía no se ha sometido a un proceso de comprobación, y también después de someterse a él, si no se ha obtenido un grado suficiente de apoyo [7]. Por ejemplo, formulamos una hipótesis sobre el lugar de origen del autor de la Crónica de Galus (la crónica polaca más antigua, escrita en latín por un autor desconocido, y que abarca hechos hasta el 1118 d. C.), o sobre el significado de la palabra *Shinesghe* en *Dagome Iudex* (un documento de últimos del siglo X que se ocupa de la historia política antigua de Polonia), y por más que tratemos de apoyarlas, siguen siendo hipótesis, porque, en ambos casos, es difícil aceptar como suficiente el grado de comprobación.

Hay que hacer, por tanto, una distinción entre hipótesis heurísticas (hipótesis antes de la comprobación) e hipótesis más o menos apoyadas. Por supuesto, las hipótesis comprobadas se pueden considerar, en ciertas condiciones (por ejemplo, tras el descubrimiento de nuevas fuentes), como el punto de partida de una comprobación posterior, y pueden jugar el papel de hipótesis heurísticas. Las hipótesis comprobadas no suelen llevar la etiqueta de hipotética, ya que son afirmaciones sobre hechos que se aceptan como ciertos, suponiendo que, de acuerdo con el principio de que nuestro conocimiento del mundo se adquiere gradualmente, todas las afirmaciones sobre los hechos mantienen siempre un cierto grado de hipótesis.

Junto a la clasificación más general en hipótesis heurísticas y comprobadas podemos señalar, al menos, otras dos clasificaciones de las hipótesis históricas. Una clasificación adopta como criterio el tipo de procedimiento investigador usado por el historiador; en este caso, la formulación y sustentación de las hipótesis se refiere, respectivamente, a: desciframiento de la información de las fuentes, crítica externa e interna de una fuente concreta que, en su sentido más amplio, abarca el desciframiento, establecimiento de los hechos y explicación (junto con la formulación de las leyes) y construcción de los hechos históricos. Nos encontramos aquí, respectivamente, con hipótesis sobre la lectura de la información de la fuente, sobre la crítica de la fuente, sobre el establecimiento de los hechos, sobre la explicación causal y la formulación de las leyes, e hipótesis que sugieren la integración de todas las unidades de información obtenidas sobre el pasado en cuestión, es decir, una narración específica (una imagen del pasado). Las tres primeras son hipótesis factográficas, las dos siguientes son hipótesis explicativas y la

[7] J. Giedymin da la siguiente definición analítica de la hipótesis en las ciencias sociales y las humanidades: «Una hipótesis es una afirmación que no está suficientemente fundada en una disciplina concreta, y que se considera como una respuesta a una pregunta concreta planteada dentro del área de esa disciplina». (*Problemy logiczne* (...), ed. cit., pág. 30.)

última es una hipótesis de construcción. Esto se resume en el siguiente esquema:

— Hipótesis formuladas en la lectura de la información de la fuente .... — Hipótesis formuladas en el curso de la crítica externa e interna de la fuente .... — Hipótesis formuladas en el establecimiento de los hechos (simples o incluidas en secuencias genéticas)	Hipótesis factográficas.
— Hipótesis que explican los hechos .... — Hipótesis que formulan leyes	Hipótesis explicativas.
— Hipótesis que integran los datos sobre el pasado (periodización y clasificación de los datos)	Hipótesis de construcción.

Por supuesto, la clasificación en hipótesis factográficas y explicativas no significa que al leer las fuentes, ocuparse de la crítica de fuentes y establecer los hechos no se recurra a procedimientos típicos de la explicación causal[8]. La clasificación anterior se usa para destacar la tarea de un procedimiento concreto. En el primer caso nos ocupamos de establecer los hechos, y en el segundo, de las explicaciones causales.

La segunda clasificación de las hipótesis históricas adopta como criterio los tipos de pregunta a los que intenta contestar una hipótesis dada[9]. En esta clasificación, las hipótesis más frecuentes son:

Hipótesis «quién/qué».
Hipótesis «dónde».
Hipótesis «cuándo».
Hipótesis «cómo».
Hipótesis «por qué».
(Cada grupo incluye también sus derivados.)

Hay que advertir, además, que los historiadores constantemente formulan y comprueban hipótesis en el curso de la investigación, pero sólo usan explícitamente el término *hipótesis* o sus análogos en ciertos casos. Lo hacen, sobre todo, cuando se ocupan de establecer (menos frecuentemente, de explicar) hechos que son más importantes, en el proceso histórico, para un estudio dado, pero sobre los que no hay suficientes datos en fuentes. De este modo, numerosas afirmaciones sobre la autoría de diversos textos, cartas, etc., han sido incluidas en la ciencia histórica con la etiqueta de hipótesis; en otros casos, esto se refiere a hipótesis que atribuyen ciertas acciones a ciertas personas, establecen la naturaleza de ciertos grupos sociales, sugieren descripciones de sucesos sobre los que faltan datos, etcétera. A veces se llama aseveraciones a tales afirmaciones, débilmente sustentadas, o puntos de vista, opiniones, suposiciones, etcétera, usando estos términos de modo alternativo. Normalmente, una afirmación que se ha clasi-

[8] J. Giedymin prestó atención a este hecho en su réplica a J. Dutkiewicz (ver nota 6 *in fine).*
[9] Esta clasificación fue introducida por J. Giedymin en relación con los análisis históricos *(Problemy logiczne* (...), ed. cit., pág. 32).

ficado como hipótesis, es decir, muy débilmente sustentada, sigue siéndolo durante mucho tiempo, aunque aumente el grado de sustentación. El descubrimiento de fuentes que den información nueva y esencial ofrece la mayor oportunidad para que tal afirmación se libere de la etiqueta de hipótesis. Si esto no ocurre, permanecemos en la esfera de hipótesis nuevas cada vez, que tienen varios argumentos en su favor, pero que siguen siendo hipótesis. Este es el caso, por ejemplo, de las hipótesis que intentan explicar el significado del término *narocznik*, encontrado en algunos registros medievales polacos, o de las que intentan establecer cuál era la población de París antes de la Guerra de los Cien Años.

El término, frecuentemente usado, *hipótesis de trabajo*, es una variedad específica del término *hipótesis*, usada cuando un investigador desea subrayar su carácter heurístico, es decir, cuando no la considera (o no pretende considerarla) como una hipótesis fundada.

4. *La estructura de las teorías históricas y los modelos metodológicos*

Los historiadores usan el término *teoría* muy a menudo. Por ejemplo, se refieren a tal o cual teoría de la formación de las ciudades, la aparición de la tierra desocupada en los pueblos medievales europeos o el nacimiento de la economía señorial y de servidumbre. Mientras que las hipótesis se formulan, muchas veces, sin ser llamadas de ese modo, al lado de afirmaciones menos numerosas que son llamadas hipótesis de modo explícito, en el caso de las teorías sólo nos ocupamos de las series de afirmaciones que los historiadores llaman teorías. Por tanto, sólo nos interesan aquí las teorías que los historiadores clasifican como tales. Podrían llamarse simplemente teorías históricas. El problema de las tareas teóricas de la investigación histórica y el papel de las teorías dentro de ella se discutirá en otro lugar (cfr. capítulo XXVI).

En general, pero con una reserva que analizaremos más tarde, las teorías históricas son una subclase de las hipótesis. Es cierto que los historiadores no suelen llamar hipótesis a las teorías, pero la estructura formal de las teorías históricas y de las hipótesis es la misma. Por tanto, todos los comentarios sobre las hipótesis valen para las teorías. ¿Qué distingue entonces a las teorías de otras hipótesis históricas? A partir de un detallado análisis de un número bastante grande de teorías extraídas de los estudios históricos de diversas clases, tenemos que llegar a la conclusión de que no es posible señalar unas propiedades de las teorías que permitan distinguirlas de otras hipótesis con precisión adecuada.

Sólo podemos señalar los tres rasgos que suelen caracterizar las teorías históricas. El primero de ellos se refiere al contenido de las afirmaciones; el segundo, a su estructura, y el tercero, al nivel de la investigación histórica que representan. En primer lugar, las teorías se refieren a ciertos sucesos que son más importantes desde el punto de vista del proceso histórico. Su grado de sustentación, en comparación con las hipótesis (incluso en comparación con las que se llaman así de modo explícito), no es mucho mayor, y en muchos casos resulta ser muy pequeño, incluso menor que en el caso de las hipótesis fundadas que se llaman así explícitamente. El segundo rasgo se refiere a una estructura de las teorías ligeramente diferente, que trataremos más tarde. El tercero es que suelen ser hipótesis que ofrecen explicaciones causales o genéticas (es decir, señalan causas o describen secuencias de sucesos desconocidas), aunque algunas se refieren a un simple

establecimiento de los hechos. Por tanto, las teorías suelen ser respuestas a las preguntas de «por qué» o «cómo», y a veces, también, a preguntas de «quién/qué», «dónde», «desde dónde», etcétera, preguntas que conciernen a problemas importantes en el proceso histórico.

Esto sugiere una clasificación de las teorías históricas como factográficas, genéticas y causales, es decir, una clasificación que se acerca a la aplicada a las hipótesis. Todos estos tipos de teorías ofrecen una descripción hipotética de lo que ocurrió en un lugar l en el tiempo $t_1, ..., t_n$, quizás con un objeto o, si nadie vio o pudo ver los sucesos o si no existen los informes fiables que se podrían haber hecho sobre las observaciones. La formulación «qué ocurrió» significa, en este caso, o la descripción de un sistema concreto en el período $t_1, ..., t_n$, solamente, o la definición de la(s) causa(s) de la diferencia entre el estado del sistema en el momento t_1 y en el momento t_n. También puede incluir tanto una descripción de la transformación del sistema como una definición de las causas de esa transformación.

Las opiniones sobre el lugar de origen de los pueblos indoeuropeos pueden servir como ejemplo de una teoría factográfica. La teoría asiática, que aseguraba que el lugar de origen había estado en Asia, predominó hasta mediados del siglo XIX. Fue seguida por otra teoría, en la que la opción Asia-Europa se sustituyó por la opción zona de bosques-zona de estepas; en este último caso podía ser Europa, o Asia, o las dos[10]. En el caso de la segunda teoría, nos encontramos con un establecimiento indirecto (ya que no existen datos directos del lugar de origen de los indoeuropeos) de un hecho histórico específico. La cuestión no es contestar la pregunta de por qué se establecieron los indoeuropeos en la región esteparia de Europa o de Asia, sino averiguar dónde había estado su lugar de origen.

Los intentos de explicación de la formación de las ciudades en Polonia (y en otros muchos países) se pueden señalar como ejemplos de una teoría genética, es decir, una que sugiere una descripción hipotética de los estadios sucesivos de un suceso, o sólo de su primer estadio. El desarrollo de los estudios de gran alcance, especialmente los arqueológicos, de la formación de las ciudades, había sido precedido por el predominio de la teoría colonial *(Kolonialtheorie)* del origen de las ciudades, fomentada por los historiadores alemanes. Esa teoría relacionaba el origen de las ciudades polacas con los asentamientos basados en la ley alemana (es decir, la ley de Europa occidental, que llegó a Polonia a través de Alemania), lo cual significaba que una ciudad se originaba en los derechos concedidos a los colonos *(locatio civitatis)* y en una afluencia de población alemana. Esta teoría comenzó a ponerse en duda cuando se averiguaron hechos que eran incompatibles con ella: se demostró que las ciudades habían existido en Polonia mucho antes del asentamiento de los alemanes, y que la difusión de la ley municipal alemana no se podía identificar con el proceso, mucho más restringido, de la afluencia de colonos alemanes. Esto significaba que la teoría colonial no describía apropiadamente los estadios de desarrollo en la historia de las ciudades polacas, en especial los estadios iniciales de su formación. Por tanto, la teoría colonial comenzó a ser sustituida por diversas variantes de la teoría del origen nativo de las ciudades, de las que se pueden aplicar a Polonia la teoría de los lugares de mercado (que señala las ferias como primer estadio en el

[10] El ejemplo ha sido sacado de H. Lownianski, *Poczatki Polski*, 2.ª edición, volumen I, Varsovia, 1964, págs. 39 y ss. Su autor está en favor de la teoría de las estepas (en su versión euroasiática) (cfr. pág. 49).

desarrollo de las ciudades) y la teoría de las plazas fuertes (que señala como núcleos de las ciudades a los asentamientos alrededor de las plazas fuertes). Éstas no son teorías rivales, sino complementarias.

En la investigación histórica nos solemos encontrar, la mayoría de las veces, con teorías causales que formulan las razones hipotéticas de ciertos sucesos históricamente importantes. Nos proporcionan ejemplos los intentos de explicación de la revolución de los precios en una Europa del siglo XVI, originados en 1568 por la famosa polémica entre J. Bodin y M. Malestroit. Algunos están en favor de la teoría metálica, que relaciona la revolución de los precios, sobre todo, con el flujo de metales preciosos de América a Europa, mientras que otros se inclinan a subrayar el papel del auge económico de Europa como causa principal del alza general de los precios[11]. Otro ejemplo de teorías causales se puede ver en las explicaciones del nacimiento de la economía señorial y de servidumbre en Europa central y del este. La discusión ha durado unos cien años[12], y las causas de la economía señorial y de siervos se han visto en un cambio de naturaleza de los ejércitos, que, supuestamente, forzó a la clase media a dedicarse a la agricultura (teoría militar); en la caída del valor de las rentas de los terrenos en la Edad Media, que redujo los ingresos de la clase media (teoría de las rentas); en la existencia de zonas desocupadas en los pueblos, que tenían que, o podían, cultivarse (teoría de las zonas desiertas); en las buenas condiciones naturales para la producción agrícola (teoría de las condiciones naturales); en la situación del mercado, que era favorable a la exportación de cosechas de cereales (teoría del mercado), y, conjuntamente, en la naturaleza de la servidumbre y la situación del mercado (teoría de Rutkowski). Se puede decir que bastantes de esas explicaciones causales que se refieren a sucesos importantes sobre los que falta información precisa, son llamadas teorías.

La estructura de algunas teorías históricas se desvía de lo que se conoce como teorías en el sentido de la metodología general. En esta última, una teoría se entiende como: 1) un sistema deductivo (como la teoría de la serie); 2) una serie coherente de teoremas, en la que todas, o al menos una hipótesis es una afirmación estrictamente general (es una ley o tiene forma de ley).

En este sentido, las teorías históricas son una variedad de las teorías empíricas, pero esto se refiere sólo a las teorías históricas que se pueden incluir en el último grupo. Ese grupo, por tanto, sólo puede incluir las teorías históricas que están formadas estrictamente por afirmaciones generales (cfr. capítulo XXV), pero en la investigación histórica encontramos también teorías (es decir, afirmaciones denominadas así por los historiadores) que son conjuntos de afirmaciones de observación (histórica), y no incluyen afirmaciones estrictamente generales (cfr. capítulo XXV). De los tres grupos de teorías mencionados anteriormente, las teorías factográficas y genéticas (o sea, las que formulan sugerencias sobre el establecimiento de ciertos hechos) pueden estar formadas por afirmaciones históricas solamente, mientras que las teorías causales deben incluir —aunque sólo sea como supuestos latentes— afirmaciones que sean leyes (esto no se refiere a la explicación causal que no se denomina teoría, de acuerdo con las necesidades de las explicaciones causales; cfr. capítulo XXI). Sin embargo, las leyes pueden incluirse también dentro de las teorías factográficas y gené-

[11] El problema es ampliamente tratado por W. Kula, *Problemy i metody historii gospodarczej*, ed. cit., págs. 529 y ss.

[12] Para los detalles, ver J. Topolski, *Narodziny kapitalizmu w Europie*, Varsovia, 1965, págs. 135-136.

ticas. Por tanto, las teorías históricas tienen un carácter variado: van desde series de afirmaciones históricas solas, hasta conjuntos de afirmaciones históricas con otras estrictamente generales, sin que, sin embargo, se conviertan en series de, solamente, afirmaciones generales estrictas. Esto se puede ilustrar con el siguiente esquema, que muestra la extensión de las teorías empíricas en el sentido de la metodología general, por un lado, y las teorías históricas, por otro.

Teorías históricas

Teorías empíricas en el sentido de la metodología general

Afirmaciones de observación (históricas)

Afirmaciones estrictamente generales

Dentro de una teoría histórica podemos distinguir una hipótesis (que sugiere el establecimiento de los hechos en el caso de las teorías factográficas y genéticas, o un nexo causal específico en el caso de las teorías causales) y los argumentos en su favor (que son las premisas de los correspondientes casos de inferencia). Esto significa que la estructura de la teoría difiere aquí, de algún modo, del concepto de hipótesis, que no suele abarcar los argumentos en su favor, a no ser que usemos el término «hipótesis» en el sentido de una teoría histórica. Este es el otro rasgo general (mencionado previamente) de las teorías, que las distingue de las hipótesis históricas. Sin embargo, no niega la afirmación de que los modos de su formulación, sustentación y comprobación, son comunes a las teorías históricas y a las hipótesis históricas.

Junto al concepto de teoría, que los historiadores han usado durante largo tiempo, están recurriendo, cada vez más, al concepto de modelo. Sin embargo, no quieren decir un modelo semántico, es decir, el concepto de terreno en el que las afirmaciones formuladas por un historiador serían ciertas (cfr. capítulo I), sino un modelo que hemos llamado metodológico (confróntese capítulo II). En este sentido, hablamos del método modelo en las diversas disciplinas históricas, y sobre todo en la historia económica, que utiliza las teorías económicas (cfr. capítulo XX). En general, en la investigación histórica, un modelo tiene la misma estructura que una teoría; aunque las afirmaciones estrictamente generales que tienen la naturaleza de leyes (es decir, las afirmaciones sobre las regularidades) son los elementos básicos de las teorías y de los modelos, los historiadores, al contrario que, por ejemplo, los economistas teóricos, aceptan las teorías (y los modelos) que consisten solamente en afirmaciones estrictamente históricas. Esto ocurre porque esas afirmaciones, al construir un todo estructural (llamado narración, cfr. capítulo XXIII), pueden formar —si esa narración es aproximadamente cierta (cfr. capítulo XVI)— un reflejo más o menos isomorfo de la estructura de los hechos, aunque no se refieran directamente a afirmaciones generales estrictas.

El isomorfismo de una narración y de los hechos históricos puede variar de grado: puede concernir a las regularidades más fundamentales

(profundas), o a las relaciones y los hechos descritos en términos que se acercan a los fenómenos superficiales, o a la propia superficie. Mientras que las teorías históricas nos permiten reconstruir diversos fragmentos del pasado, al margen de su lugar y su papel en la estructura entera del pasado, el modelo se ocupa del descubrimiento de las relaciones (y hechos) que son esenciales desde el punto de vista de un fragmento concreto del pasado. El procedimiento, por tanto, consiste en la reconstrucción de una estructura de muchos niveles (jerárquica) del mundo, en la que hemos distinguido las clases de hechos históricos que sirven para explicar el proceso histórico como regularidades, causas primarias y causas secundarias (cfr. capítulos X y XII). Esto se consigue por medio de una selección específica (que K. Marx llamó abstracción, y para la que L. Nowak ha popularizado el término idealización), que se rige por el sistema de valores del investigador y por su conocimiento general (cfr. capítulo XVII); en el curso de esa selección dejamos de lado la labor de las causas secundarias (e incluso de algunas causas primarias), es decir, adoptamos una serie de presupuestos idealizadores. Esto produce una serie de afirmaciones sobre un fragmento del pasado (un hecho histórico) que se ve privada de algunas de sus características. Este hecho se llama a menudo un tipo ideal, y la serie de afirmaciones (teoremas) sobre él es un modelo. En notación simbólica, se podría registrar así:

$$(x)\ [T^{i}(x) \rightarrow a_1\ (x), \ldots, a_n\ (x)]$$

donde T representa una descripción de un fragmento del pasado después de dejar de lado sus características secundarias (un tipo ideal) y $a_1, \ldots, a_n$ representan los diversos tipos de comportamiento de ese tipo ideal.

Sin embargo, hay que notar que estamos hablando aquí de modelos realistas, es decir, modelos que —en la intención del investigador— deben ser isomorfos respecto a los hechos. Esta es la naturaleza del método de K. Marx de la abstracción, tan explotado por él en su *Capital*. Pero también encontramos modelos que son denominados instrumentales, y que sirven sólo para ordenar los hechos. En su caso, el reflejo isomorfo de la estructura del mundo cambiante no es importante. Estos modelos pueden construirse intencionalmente; esto vale para los tipos ideales de M. Weber (confróntese capítulo VII) y las «estructuras» de Lévi-Strauss (cfr. capítulo VII), que clasifican los hechos según ciertos criterios convencionales. Pero también pueden derivar de la falta de una teoría que se adecúe a los hechos; esto vale, por ejemplo, para los intentos que hizo J. Marczewski (cfr. capítulo XX) de comprimir la economía del siglo XVIII en el marco de un modelo que reflejara las condiciones predominantes en el capitalismo actual.

En la investigación histórica, nos encontramos también, cada vez más, con los llamados modelos contrafactuales (cfr. capítulo XXIII). Los sugieren, principalmente, historiadores económicos americanos que representan la Nueva Historia Económica (R. W. Fogel, S. L. Engerman, P. Temin, A. Fishlow, y otros). En su caso, las afirmaciones hechas sobre las regularidades continúan siendo realistas; sólo suponen que ciertos hechos (por ejemplo, la existencia de ferrocarriles en Norteamérica en el siglo XIX) no tuvieron lugar, e investigan cuál habría sido el proceso histórico sin esos hechos. Esto les permite destacar mejor el papel de esos factores en el pasado. Los historiadores que son miembros del grupo llamado Nueva His-

toria Económica no se limitan, por supuesto, a utilizar modelos contrafactuales. Sus obras ofrecen una amplia variedad de modelos de diversos tipos, inspirados por la teoría económica. De este modo, contribuyen también al desarrollo actual de los métodos cuantitativos (cfr. capítulo XX)[13].

5. *Esquemas de procedimientos hipotéticos en la investigación histórica*

Una hipótesis, al ser planteada, adquiere el status de afirmación científica, es decir, comienza a incluirse en el cuerpo de conocimiento científico aceptado, sólo como resultado de un proceso de sustentación. Los problemas de la crítica, comprobación, decisión, confirmación, y sustentación (también llamada fundamentación) de las hipótesis están entre los más cruciales de la metodología científica general, y han sido muy tratados últimamente[14]. En la investigación histórica, ese procedimiento se identifica con la crítica histórica o el método crítico. Los problemas detallados de la sustentación de las hipótesis pertenecen, por supuesto, a las técnicas de la crítica de fuentes, los métodos de establecimiento de los hechos y la explicación causal, y serán tratados en los capítulos correspondientes del libro.

Junto a los estadios en el manejo de las hipótesis tenemos que distinguir los métodos y esquemas para su manejo. Los métodos, de modo muy amplio, incluyen: adquisición de datos nuevos (el principio de ampliación del conocimiento propio) e inferencia, es decir, aceptación de ciertas afirmaciones (conclusiones), basada en la aceptación de otras (premisas) (el principio de inferencia). En los diversos estadios se usan los métodos adecuados, que forman la estructura general de los esquemas.

En el manejo de las hipótesis (no sólo en la investigación histórica) tenemos que distinguir tres niveles: la formulación de una hipótesis, su sustentación, y su comprobación. El término «sustentación» se puede entender de modo más amplio, de modo que incluya el proceso de comprobación.

[13] Cfr. L. Nowak, *U podstaw marksowskiej metodologii nauk*, (Los fundamentos de la metodología de las ciencias marxistas), Varsovia, 1971, págs. 17-109; L. Nowak, *Model ekonomiczny* (Modelo económico), un estudio sobre la metodología de la economía política, Varsovia, 1972; J. Topolski, «Marx et la méthode des modèles», *Méthodologie de l'histoire et des sciences humaines*, Mélanges en l'honneur de Fernand Braudel, Toulouse, 1972, págs. 435-442; J. Topolski, «The Model Method in Economic History», *The Journal of European Economic History*, volumen I, núm. 3, 1972, págs. 713-726; H. Van Der Wee (con la colaboración de H. Drems y E. Cauwenberghe), *Méthodes et techniques nouvelles en histoire économique quantitative*, en *Méthodologie de l'histoire et des sciences humaines*, Mélanges en l'honneur de Fernand Braudel, págs. 443-452; R. W. Fogel, S. L. Engermann (eds.), *The Reinterpretation of American History*, Nueva York, Evanston, San Francisco, Londres, 1971. La literatura de la materia se ha hecho actualmente muy amplia, y las publicaciones enumeradas sólo sirven de ejemplo. Para las discusiones sobre la Nueva Historia Económica, ver R. L. Andreano (ed.), *The New Economic History: Recent Papers on Methodology*, Nueva York, Londres, Sydney, Toronto, 1970. Sobre las nuevas tendencias metodológicas en las disciplinas históricas, aparte de la historia económica, ver R. P. Swierenga (ed.), *Quantification in American History, Theory and Research*, Nueva York, 1970. Las opiniones de historiadores de varios países sobre el estado actual de la metodología de la investigación histórica están recogidas en F. Gilbert, S. R. Grabaud (editores), *Historical Studies Today*, Nueva York, 1972.

[14] Esto se ve en el Coloquio Internacional sobre Metodología Científica, celebrado en Varsovia del 18 al 23 de septiembre de 1961. Las ponencias leídas allí fueron publicados en *El fundamento de las afirmaciones y las decisiones*, Varsovia, 1965. La cuestión general fue presentada por K. Ajdukiewicz, en su artículo «El problema del fundamento», págs. 1-11.

Los esquemas de manejo de las hipótesis en la investigación histórica difieren entre sí, por un lado, según busquemos una respuesta a una pregunta de decisión o de complementación, y por otro, según nos encontremos con un establecimiento de los hechos directo o indirecto (cfr. capítulo XIX). Como las fuentes no se refieren directamente a las causas de los hechos, y, si proporcionan esos datos, suelen tener una importancia secundaria para el historiador, las explicaciones causales están incluidas, junto con el establecimiento indirecto de los hechos, entre los procedimientos indirectos de construcción de narraciones históricas.

En el caso de las preguntas de decisión (sean simples o múltiples), el esquema de manejo de las hipótesis (que no supone, por supuesto, el orden de los pasos) es como sigue:

1) Formulamos una pregunta que atañe a un terreno dado.

2) Establecemos el tipo de pregunta (*?Du, ?Da, ?De*).

3) Comprobamos, a la luz del cuerpo de conocimientos que tenemos (con respecto a *?Da* y *?De*), si es cierta por lo menos una respuesta directa (es decir, si queda satisfecha la aseveración positiva de la pregunta) y si es falsa por lo menos una respuesta directa (es decir, si queda satisfecha la aseveración negativa de la pregunta), y con respecto a *?Du*, si podemos esperar que sólo sea cierta una respuesta directa (la aseveración de la unicidad). Esto significa que comprobamos si la pregunta ha sido planteada correctamente; tal comprobación puede ser de naturaleza hipotética. Puede ser que la respuesta obtenida anule la aseveración positiva de la pregunta (cuando no satisface esa aseveración); puede anular también la pregunta.

4) Elegimos la respuesta (basándonos en datos directos o indirectos).

5) Sustentamos y comprobamos la hipótesis averiguando si sus consecuencias son aceptables a la luz del cuerpo de conocimientos que tenemos.

Los puntos 1), 2) y 3) corresponden al estadio de la formulación de las hipótesis en cuestión, y los puntos 4) y 5) a su sustentación y comprobación.

En el caso de las preguntas de complementación, los puntos 1), 2) y 3) son los mismos. Pero entonces no elegimos una pregunta de entre las muchas posibles, sino que 4) averiguamos lo desconocido de la pregunta (si obtenemos información directa completa sobre ello) o intentamos acercarnos a eso desconocido (si no podemos adquirir esa información directa). Este «acercamiento» se basa en los datos que señalan qué valores puede adoptar lo desconocido de la pregunta. Estos datos pueden reducir el campo de lo desconocido, y son respuestas parciales a la pregunta planteada. Si sólo podemos conseguir datos indirectos, las respuestas parciales son hipótesis. Las respuestas a ellas no significan la certeza de que el problema se ha resuelto correctamente. Pero tal hipótesis, distinta de la que se formuló en un primer momento de nuestro proceso, podría denominarse una hipótesis sustentada.

En la investigación histórica, las preguntas de decisión y de complementación se plantean alternativamente, a medida que se está resolviendo un problema. El grado de certeza de la respuesta a la que llegamos y la modificación de los esquemas generales de manejo de las hipótesis dependen, sobre todo, de si las fuentes proporcionan datos directos, o sólo indirectos, sobre el (los) hecho(s) que nos interesan. La naturaleza de tales datos determina también, en gran medida, los esquemas de inferencia (fiable o infiable) que usamos en la sustentación.

Si establecemos hechos que están sustentados y comprobados principalmente por referencia a los datos directos contenidos en las fuentes, tenemos que examinar la autenticidad de las fuentes, y la fiabilidad de los datos que proporcionan (cfr. capítulo XVIII). Como esto suele tener lugar antes de formular la hipótesis, se puede incluir el examen de la autenticidad y fiabilidad (de las fuentes y de los datos, respectivamente) en el nivel de la formulación de la hipótesis (esto es lo que se inclina a hacer J. Giedymin). Este autor se inclina más bien a considerar el examen de la autenticidad y de la fiabilidad como elementos del proceso de sustentación. Si estamos convencidos de que la fuente que contiene datos pertinentes se remonta realmente al período del pasado que corresponde, y por tanto puede contener los datos mencionados, y si esos datos son relativamente ciertos, entonces aceptamos que los hechos a los que se refieren son igualmente ciertos. Tenemos que reunir las siguientes afirmaciones, que se reconstruirán totalmente porque la inferencia implicada es de naturaleza entimemática (es decir, incluye premisas que se asumen tácitamente):

Premisas:

1) Si la fuente es auténtica y contiene datos fiables, podemos (o, en una versión más débil, solemos poder) aceptar que los hechos sobre los que informa ocurrieron (la premisa tácita).

2) La fuente x es auténtica y contiene datos fiables (y los datos que atañen específicamente al hecho A son fiables).

Conclusión:

3) El hecho A, al que se refiere la fuente x, ocurrió (o: ocurrió con una probabilidad adecuadamente alta, de modo que la afirmación sobre ello está adecuadamente sustentada).

Como puede verse fácilmente, esto es inferencia deductiva (también puede aparecer la llamada deducción debilitada)[15] Las premisas son, obviamente, conclusiones sacadas de una serie de casos de inferencia más o menos complejos. El examen de la autenticidad de la fuente y de la fiabilidad de los datos es un procedimiento más complicado, que se tratará de modo separado (cfr. capítulo XVIII). Por el momento, mencionemos que los procesos mentales envueltos son similares a los implicados en el establecimiento indirecto de los hechos y en la explicación causal. Si el examen de la autenticidad de la fuente o de la fiabilidad de los datos produce un resultado negativo, el hecho que nos ocupa debe ser establecido de modo indirecto.

En el caso de un establecimiento indirecto de los hechos y de las explicaciones causales, las hipótesis se sustentan y se comprueban en dos pasos. El primero atañe al examen de la autenticidad de las fuentes y la fiabilidad de los datos que proporcionan, y es, por tanto, idéntico al analizado anteriormente, suponiendo que los hechos sustentados en ese paso se refieren sólo indirectamente al hecho que nos ocupa, es decir, son —como hemos decidido llamarlos— sus síntomas.

[15] La inferencia deductiva, entre otras cosas, puede adoptar la forma del *modus ponendo ponens* y del *modus tollendo tollens*.

modus ponendo ponens:	*modus tollendo tollens:*
si p, entonces q	si p, entonces q
p	no q
por tanto q	por tanto no p

La deducción será tratada más adelante (ver capítulo XIX).

El segundo paso del examen de la autenticidad y fiabilidad consiste en averiguar las consecuencias de la adopción de una hipótesis dada[16] (si fuera como afirma la hipótesis H, entonces tendríamos que aceptar que $a, \ldots, n$) y en asegurar que esas consecuencias tuvieron lugar realmente o al menos con un gran grado de probabilidad. Si ocurrieron, y si no están en contradicción con otros datos basados en fuentes y el conocimiento que aceptamos (la serie de afirmaciones que aceptamos como verdaderas), entonces la hipótesis se suele aceptar. Esta última condición no es absoluta: los investigadores audaces no dudan, muchas veces, en aceptar hipótesis que les obligan a modificar las partes correspondientes de su conocimiento no basado en fuentes (actuando así contra el llamado principio del conservadurismo); dichas hipótesis, normalmente, estimulan el desarrollo de la ciencia histórica.

En el caso del examen de las consecuencias de las hipótesis el razonamiento suele adoptar la forma de inferencia reductiva, o el esquema del *modus tollendo tollens* en la inferencia deductiva[17]. He aquí un esquema de inferencia reductiva aplicada al manejo de una hipótesis histórica.

Premisas:

1) Si suponemos que un hecho A ocurrió en un lugar l y en un tiempo t (o que fue la causa de un suceso), tenemos que suponer que los hechos $a, \ldots, n$ también ocurrieron.

2) Los hechos $a, \ldots, n$ ocurrieron (o es muy posible que ocurrieran).

Conclusión:

3) Es bastante probable que haya ocurrido el hecho A.

Si no se satisface la premisa 2), no podemos sacar la conclusión de que ocurrió el hecho A, lo cual significa que la hipótesis es contrarrestada.

He aquí un ejemplo de la aplicación del esquema del *modus tollendo tollens* en la sustentación de la hipótesis que dice que Zyndram de Maszkowice era el jefe polaco en la batalla de Grunwald.

Premisas:

1) Si suponemos que Zyndram de Maszkowice era el jefe polaco en la batalla de Grunwald, tenemos que suponer también que, en la Edad Media, una persona de baja condición y pequeña fortuna, que no tenía ninguna hoja de servicios militar importante, que no fue premiado después de la batalla y que no era un miembro del consejo de guerra, podía ser un jefe en una gran batalla.

[16] Algunos ejemplos de fundamentación de las hipótesis históricas por la deducción de sus consecuencias nos los presenta J. Giedymin en *Z problemów logicznych analizy historycznej* (Algunos problemas de los análisis históricos), edición citada, págs. 40-43.

[17] El esquema de la inferencia reductiva es el siguiente:

si p, entonces q
q
por tanto (presumiblemente) p

Es un modo de inferencia no fiable, llamado también subjetivamente incierto (ver K. Ajdukiewicz, *Lógica pragmática*, ed. cit., págs. 130-137).

2) En la Edad Media, una persona así no tenía muchas posibilidades de haber sido el jefe en una gran batalla.

Conclusión:

3) Zyndram de Maszkowice no fue (o: lo más probable es que no fuera) el jefe polaco en la batalla de Grunwald[18].

Como vemos, la hipótesis ha sido rechazada, como resultado del proceso de comprobación, por la incompatibilidad de sus consecuencias con el cuerpo de conocimientos que tenemos.

Los estudios medievales proporcionan ejemplos de sustentación y comprobación de hipótesis, que son muy interesantes y a veces muy complejos. En la mayoría de los casos, la comprobación (para reforzarse) se une al intento de rechazo de las hipótesis contrarias. La falsedad de las consecuencias de dichas hipótesis se demuestra para señalar la probabilidad mayor de las consecuencias de la hipótesis en cuestión. Al analizar la descripción del área étnica polaca que encontramos en *Germania*, de Tácito, H. Lowmianski escribió que el hecho de que los antiguos conocían muy poco el río Oder, que tenía muy pocos atractivos a lo largo de su curso, y la falta de mención de los burgundios, que en esa época vivían junto al río Oder, excluye la posibilidad de que la descripción de Tácito siga el curso del río Oder; del mismo modo, no es probable que siga el curso del Elba, ya que no encontraríamos a los Buros y a los Cotinos, y, por el contrario, oiríamos hablar de los Semnonios y los Longobardos, que, sin embargo, Tácito describe en otra ocasión. Parece por tanto que la ruta del ámbar, que va desde la Puerta de Moravia (o el Paso de Klodzko) a lo largo del bajo Vístula es el único curso posible de la descripción de Tácito[19]. Esta última hipótesis, por supuesto, está apoyada de modo mucho más exhaustivo por H. Lowmianski.

Como se puede advertir fácilmente, la adopción de la hipótesis de la ruta del ámbar no implica la aceptación de ninguna consecuencia incompatible con hechos conocidos de otro modo. Esto no ocurre en el caso de las otras hipótesis:

La hipótesis del Oder: tendríamos que suponer que, a) el Oder era bien conocido por los antiguos; b) que ofrecía atractivos a lo largo de su curso, y c) que Tácito tendría que haber mencionado a los burgundios, que vivían en ese río (ya que menciona otras tribus). El conocimiento no basado en fuentes muestra que las consecuencias a) y b) son inaceptables, mientras que el conocimiento basado en fuentes muestra que c) Tácito no menciona a los burgundios.

La hipótesis del Elba: tendríamos que esperar que Tácito mencionara a los semnonios y a los longobardos, mientras que él menciona a los buros y a los cotinos.

La hipótesis de la ruta del ámbar: no acepta las consecuencias que se deducen de las hipótesis anteriores, y está de acuerdo con la descripción de Tácito sobre las diversas tribus (es decir, está de acuerdo con nuestro cuerpo de conocimiento).

Los ejemplos de tal comprobación indirecta de las hipótesis históricas no deben buscarse exclusivamente en los estudios que se ocupan de la

---

[18] El ejemplo ha sido extraído de S. Kuczynski, *Wielka wojna z Zakonem Krzyzackim w latach 1409-1411* (La gran guerra con la Orden Teutónica, 1409-1411), Varsovia, 1955, pág. 147.

[19] H. Lownianski, *Poczatki Polski* (Historia primitiva de Polonia), vol. I, edición cit., pág. 232.

historia antigua. Basta recordar el asesinato del presidente Kennedy y la controversia subsiguiente sobre la persona del asesino.

La sustentación y la comprobación de las hipótesis históricas tiene lugar en dos niveles, por lo menos. El primer nivel (cuya terminación se puede indicar y definir) consiste en la sustentación y la comprobación realizadas por un investigador concreto. La precisión y perfección de esa sustentación y esa comprobación dependen de su conocimiento y su ética de estudioso. De cualquier modo, un investigador debe presentar los resultados de su labor, de modo que puedan someterse a inspección, sobre todo por parte de la comunidad de estudiosos.

Una vez que los resultados de la investigación se han hecho públicos, comienza el segundo nivel de la comprobación de la hipótesis, y, teóricamente, no termina nunca. Mientras que incluso el más consciente de los historiadores se ocupa más de acumular argumentos en favor de su hipótesis que de buscar sus posibles consecuencias falsas, y centra sus esfuerzos en la sustentación de sus aseveraciones teóricas, en el segundo nivel la atención de los críticos se dirige a la búsqueda de posibles consecuencias falsas de la hipótesis en cuestión, es decir, al rechazo de esa hipótesis.

Tanto la formulación de una pregunta como la formulación de una respuesta a ella necesitan datos. La información se puede definir de varios modos. Para las necesidades de la investigación histórica es muy útil interpretar el concepto de información del modo más amplio posible, para que abarque la información semántica y la no semántica (no lingüística), interpretación que es característica también de la teoría de la información. Un ejemplo típico de información semántica nos lo ofrecen las formulaciones que encontramos en las fuentes escritas, y uno de información no semántica, los objetos obtenidos en las excavaciones arqueológicas[20].

La información «se anima» sólo después de plantear una pregunta. Se puede decir que la cantidad de unidades «inanimadas» de información es enorme; el problema suele ser la falta de preguntas adecuadas. En la ciencia en general, y en la investigación histórica en particular, las preguntas se formulan según códigos tradicionales, y es obvio, por tanto, que mientras no cambie el código utilizado, es difícil esperar cambios visibles en las unidades de información, lo cual bloquea el progreso en la investigación. Es evidente que una pregunta es una unidad de información en sí misma, pero esto es lo que podríamos llamar una información pauta, que consiste en la formulación de una tarea de investigación específica.

Por tanto, en términos muy generales, el proceso investigador del historiador consiste en formular preguntas en un campo concreto y en buscar las respuestas adecuadas para ellas. Como ninguna de estas operaciones es posible sin unidades de información (es decir, datos), es tarea esencial, cuando reconstruimos el procedimiento investigador del historiador, establecer la fuente de sus datos, el lugar de los datos en su proceso investigador, y la naturaleza de dichos datos. En su investigación (o sea, en el planteamiento de preguntas y en la búsqueda de respuestas a ellas), los historiadores usan dos tipos de datos, que podríamos llamar, respectivamente, basados y no basados en fuentes. Tenemos que reflexionar, por tanto, sobre los conceptos de fuente histórica, conocimiento basado en fuentes, datos basados en fuentes, conocimiento no basado en fuentes y datos no basados en fuentes.

---

[20] Cfr. J. Giedymin, *Problemy logiczne* (...), ed. cit., pág. 20.

XV

Teoría del conocimiento basado en fuentes

1. *El concepto general de fuente histórica*

El conocimiento basado en fuentes se extrae de fuentes históricas, en el sentido de fuentes para un problema concreto. Sin embargo, hay un concepto general de fuente histórica, además del que se limita a un problema determinado[1]. El concepto general es utilizado por los historiadores cuando intentan definir una fuente histórica en general. E. Bernheim dio dos definiciones diferentes de fuente histórica, la primera de las cuales ha sido dejada de lado hasta ahora (excepto por parte de J. Giedymin); se refiere a las fuentes en general como «el material del que extrae conocimientos nuestra ciencia»[2]. La segunda, más extendida, dice que las fuentes son «resultados de la actividad humana que, por su destino o por su propia existencia, origen u otras circunstancias, son particularmente adecuados para informar sobre hechos históricos y para comprobarlos»[3]. Una definición parecida es la que dan muchos estudiosos alemanes, que, en ese sentido, siguen a Bernheim de un modo bastante obvio[4]. Ch. V. Langlois y Ch. Seignobos siguen su famosa afirmación de que «l'histoire se fait avec des documents» con la formulación de que «son restos dejados por el pensamiento humano y las necesidades del pasado (d'autre-fois)»[5].

Entre los autores polacos, M. Handelsman dice que una fuente es «un resto fijo y conservado del pensamiento, la actividad, o, de modo más general, la vida, de los hombres»[6]. S. Koscialkowski asegura que una fuente es «cualquier resto de la experiencia o la actividad humana en el pasado; en otras palabras, cualquier resto de un hecho histórico que sirve para adquirir información sobre el hecho y para reconstruirlo»[7]. Una definición más amplia es la que da G. Labuda, que dice que: «Una fuente histórica puede ser cualquier reliquia psicofísica y social que, al ser producto del trabajo humano y participar al mismo tiempo en el desarrollo de la vida social, adquiere por eso la capacidad de reflejar ese desarrollo. A causa de estas propiedades (es decir, por ser un producto del trabajo y por poder reflejar los fenómenos), una fuente es un medio de conocimiento que nos permite reconstruir científicamente el desarrollo de la sociedad en todas

[1] Cfr. J. Giedymin, *Z problemów logicznych* (...), ed. cit., págs. 45-46.
[2] E. Bernheim, *Lehrbuch der historischen Methode*, Leipzig, 1908, pág. 252.
[3] *Ibídem*, pág. 252.
[4] Por ejemplo, A. Feder, *Lehrbuch der geschichtlichen Methode*, Ratisbona, 1924, pág. 84.
[5] Ch. V. Langlois y Ch. Seignobos, *Introduction aux études historiques*, París, 1898, pág. 1.
[6] M. Handelsman, *Historyka*, Varsovia, 1922, pág. 44.
[7] S. Koscialkowski, *Historyka*, ed. cit., pág. 22.

sus manifestaciones»[8]. Dos nuevos elementos se han añadido aquí a la definición de Bernheim: la «participación» de las fuentes en el desarrollo de la sociedad y su «capacidad» de reconstruir científicamente ese desarrollo. El primero refuerza simplemente la afirmación de que una fuente es «un producto del trabajo humano», y el último, al ser una consecuencia de la propiedad «producto del trabajo humano» (mostrada por J. Giedymin), no destaca ninguna otra propiedad por la que podamos distinguir una fuente histórica de todo lo que no es una fuente, y por tanto resulta superfluo en la definición[9].

Todas esas definiciones, y también muchas otras[10], que en relación con su contenido se pueden dividir en las de una parte y las de dos partes, señalan (en el caso de las de una parte) sólo los «restos», «resultados», «productos», «reliquias» de la actividad humana (o sólo de la existencia humana), o señalan también (en el caso de las definiciones de dos partes) el hecho de que los «restos» y «resultados» «ayudan» o «permiten» el proceso cognoscitivo (reconstrucción) de los hechos históricos. Esto significa que, de acuerdo con las definiciones de dos partes, sólo esos «restos» y «resultados» son fuentes que contribuyen (o contribuyen significativamente) al conocimiento del pasado. En la definición de G. Labuda, el mismo hecho de que una «reliquia» es un «producto» del trabajo humano le imprime automáticamente la capacidad de «reflejar» el desarrollo de la sociedad. En otras definiciones no sabemos cómo separar esos «restos», etcétera, que no se prestan al proceso cognoscitivo histórico, de aquellos que ayudan a ese conocimiento. Por tanto, esta parte de las definiciones es muy oscura. Por eso parecen mejores las definiciones de una parte. Entre ellas está, por ejemplo, también, la definición de Labuda, cuando ésta deja sus elementos superfluos y señala el hecho de que todos los resultados del trabajo humano adquieren automáticamente la capacidad de «reflejar» el pasado.

Estas definiciones, tanto las de una parte como las de dos, pueden tener prolongaciones más amplias o más estrechas. Las más estrechas (la segunda definición de Bernheim y las propuestas por Langlois y Seignobos, y por Labuda) se refieren exclusivamente a los «restos», «resultados», etcétera, de las actividades humanas (el trabajo humano), y dejan de lado amplios campos de fenómenos naturales, como esqueletos humanos o animales, restos de plantas, anillos anuales de los árboles, etcétera. Las más amplias abarcan todos los datos que nos ayudan a adquirir algún conocimiento del pasado (la primera definición de Bernheim) o —en el caso de las definiciones más amplias pero incompletas— limitan los datos a los restos de la existencia humana (Handelsman, Koscialkowski), y excluyen, por tanto, otros fenómenos naturales.

Las limitaciones impuestas por las definiciones más estrechas y por las más amplias pero incompletas no están justificadas, teniendo en cuenta lo que se ha dicho sobre el conocimiento histórico y sus fuentes; tampoco se ajus-

[8] G. Labuda, «Próba nowej systematyki i nowej interpretacji zródel historycznych» (Nuevo intento de sistematización y nueva interpretación de las fuentes históricas), *Studia Zródloznawcze*, vol. 1, Varsovia, 1957, pág. 22.
[9] J. Giedymin, *Z problemów logicznych analizy historycznej*, ed. cit., páginas 25-26.
[10] Algunas definiciones no son claras. Esto ocurre, por ejemplo, con la sugerida por C. Bobinska: «Los hechos sociales de una sustancia material duradera (...) se convierten en fuentes para los historiadores». *(Historyk. Fakt. Metoda,* pág. 59).

tan a los procedimientos de investigación actualmente usados por los historiadores, quienes, como es sabido, también hacen uso de las fuentes naturales.

De aquí que unas reflexiones posteriores deban partir de una definición amplia. Hay que decir claramente, en este sentido, que el concepto de datos debe abarcar no sólo las cosas (en el sentido de objetos materiales), sino también las propiedades de las cosas, y, quizá, las relaciones entre las cosas[11]; la memoria humana (la tradición) debe incluirse también en el concepto de fuente histórica. Esto nos lleva a la conclusión de que el concepto de fuente histórica abarca todas las fuentes del conocimiento histórico (directas o indirectas), es decir, toda la información (en el sentido de la teoría de la información) sobre el pasado humano, dondequiera que se encuentre esa información, junto con los modos de transmitir esa información (canales de información). El pasado humano se interpreta de forma amplia, y abarca, por tanto, las condiciones naturales en las que vivía la gente. Es decir, el concepto de fuente histórica abarca toda información sobre la vida humana en el pasado, incluyendo los canales de información. Por eso, tanto la información de que un suceso s ocurrió en un lugar l y en un tiempo t, como el documento (crónica) por medio del cual pudo recibirse esta información, son fuentes. Del mismo modo, tanto la información de que los años $x_1, \ldots, x_n$ tuvieron inviernos rigurosos, que se deduce de la observación de los anillos anuales de los árboles, como los troncos de esos árboles que contienen la información, son fuentes. En el caso de la memoria humana (la tradición) son los seres humanos los que constituyen el canal de información.

También hay que introducir la diferenciación entre las fuentes potenciales y las efectivas (en relación con el concepto general de fuente histórica). En nuestros análisis hemos usado el concepto de fuente efectiva (información sobre el pasado más canales de información), mientras que Bernheim se refiere a todos aquellos datos de los que el historiador «extrae su conocimiento». Por tanto, por un lado, tenemos un mar de datos, y por el otro, sólo lo que se puede sacar de él. El concepto de fuente histórica reducido a un problema concreto es todavía más limitado, ya que sólo se refiere a una pequeña parte de todo lo que se puede sacar del mencionado mar de datos.

Una fuente potencial es cualquier cosa de la que un historiador puede extraer información sobre el pasado, y una fuente efectiva, la serie de unidades de información ya sacadas por él, o listas para ser sacadas.

2. *Primeras clasificaciones de las fuentes históricas*

Ahora nos referiremos principalmente al concepto de fuente histórica efectiva, necesario en el estudio del problema de la clasificación de las fuentes históricas, que es, en este caso, una extensión de los análisis de definición. No es exagerado decir que el problema fue muy discutido (como en el caso de los problemas de clasificación en general), especialmente en la literatura alemana sobre la materia, y en los escritos históricos que estaban influidos por los autores alemanes. Diversos estudiosos solían elaborar nuevas clasificaciones, e intentaban persuadir a sus colegas y lectores de que cada nueva sugerencia era mejor o más útil que todas las anteriores.

[11] J. Giedymin, *op. cit.*, pág. 11.

Los comienzos de la reflexión sobre los tipos de fuentes históricas se remontan a finales de la Edad Media, pero fue la escuela erudita del siglo XVII, encabezada por Papebroche y Mabillon, la que agrupó los documentos, sobre todo, desde el punto de vista de que fueran auténticos o falsificados; y fue la corriente erudita en el siglo XIX la que dio la primera clasificación completa de las fuentes. Entre los manuales de literatura histórica que datan de la primera mitad del siglo XIX, un papel importante, en el ámbito europeo, les corresponde a las reflexiones de J. Lelewel. En su *Historyka* (Metodología de la historia, 1815), dividía las fuentes en: 1) tradición (relaciones orales); 2) «Fuentes no escritas, es decir, monumentos silenciosos del pasado»; 3) fuentes escritas; también señalaba el hecho de que los dos primeros grupos se pueden convertir en escritos (un registro de una narración oral, una descripción de una fuente material)[12]. Una clasificación similar fue sugerida más tarde por otros historiadores, como P. C. F. Daunou (1842). Aún más tarde, las clasificaciones más conocidas fueron las de J. G. Droysen y E. Bernheim. En la literatura polaca de la materia, junto a las clasificaciones hechas por M. Handelsman y S. Koscialkowski, tenemos un estudio crítico de G. Labuda, que sistematizó de una forma enteramente nueva las fuentes.

J. G. Droysen clasificó las fuentes en tres clases también, pero de un modo mucho menos claro que lo había hecho Lelewel. Sus tres categorías son: 1) monumentos *(Denkmäler)*; 2) restos *(Ueberreste)*; 3) fuentes *(Quellen)*. Los restos significaban para él todos los signos materiales (escritos y no escritos) de los seres humanos y de los sucesos, con la excepción de las informaciones hechas a propósito, que él llamaba fuentes. Los monumentos abarcaban los restos hechos a propósito para ser transmitidos a las generaciones posteriores, pero no con la intención de dar testimonio de los hechos pasados, sino de servir a las necesidades de individuos específicos, familias, etcétera (por ejemplo, documentos legales, medallas, lápidas)[13].

E. Bernheim dividía las fuentes en dos grupos: 1) restos, y 2) tradición[14]. J. Giedymin, al analizar su clasificación, señaló la carga de manierismos terminológicos, pero subrayó que era una clasificación valiosa porque señalaba, por un lado, las fuentes que usan signos convencionales para presentar hechos pasados que ya no existen (tradición), y, por otro, las que no los usan (restos)[15]. Hay que indicar también la sustitución que hizo Berheim del término «fuentes» de Droysen por el término «tradición», que adquiere así un sentido muy amplio, el de transmisión de la información.

La clasificación de Bernheim ha sido criticada, especialmente por estudiosos alemanes (A. Feder, W. Bauer, E. Kayser y otros)[16], pero su crítica aportó más confusión que mejora a la teoría de las fuentes históricas. Las sugerencias de M. Handelsman[17] derivaban de las ideas de Droysen y Bernheim. Sustituyó la «tradición» de Bernheim por el término «fuentes indirectas», y «restos» por el término «fuentes directas»[18]. Según Handelsman, las

[12] J. Lelewel, *Dziela* (Obras escogidas), vol. II (1), pág. 180.
[13] J. G. Droysen, *Historik*, Munich-Berlín, 1943, pág. 37.
[14] E. Bernheim, *Lehrbuch der historischen Methode*, ed. cit., págs. 255-259.
[15] J. Giedymin, *op. cit.*, pág. 24.
[16] Son analizadas en detalle por G. Labuda, *op. cit.*, págs. 11 y ss., quien hace también un análisis crítico de la clasificación de E. Bernheim. Los defectos de su crítica han sido demostrados por J. Giedymin, *op. cit.*, págs. 7-27.
[17] M. Handelsman, *op. cit.*, págs. 44-45.
[18] Sin embargo, E. Bernheim sí usó los términos *fuentes directas* e *indirectas*.

fuentes directas son «restos directos conservados de la existencia y las actividades pasadas del hombre», que abarcan los restos materiales (monumentos) y los no materiales (reliquias), mientras que las fuentes indirectas son «documentos destinados a conservar la memoria del pasado». Por tanto, Handelsman, como Bernheim, señala la diferencia entre las fuentes que estaban destinadas a transportar información (es decir, por medio de terceros), y las que transmiten información sobre el pasado sin ningún intermediario de ese tipo. Entre las fuentes indirectas, diferenciaba la tradición oral, icónica y escrita, usando el término «tradición» (como Bernheim) en el sentido amplio del término (transmisión de datos).

Junto a su división entre fuentes directas e indirectas, Handelsman introdujo también la división entre fuentes escritas y no escritas. Esta última división es tan importante como la primera, aunque basada en diferentes criterios. Handelsman la llamaba práctica, en oposición a la primera, que llamaba científica. Pero no hay razón para que la división en fuentes escritas y no escritas sea menos científica que la división en directas e indirectas.

S. Koscialkowski consideraba que la segunda división de Handelsman era la fundamental. Clasificaba las fuentes en: 1) no escritas (objetos reales restos físicos), y 2) escritas, que subdividía en: documentales o directas, narrativas o indirectas, y epistolares[19]. Su clasificación refleja, por tanto, también, la división en fuentes directas e indirectas, pero la aplica sólo a las fuentes escritas.

G. Labuda rompió con las clasificaciones existentes y sugirió la división en: ergotécnicas, sociotécnicas, psicotécnicas y tradición[20]. El criterio de división se basa en el grado en el que determinadas fuentes «reflejan» formas específicas de las actividades humanas. Así, las fuentes ergotécnicas «reflejan» directamente las actividades económicas del hombre, e indirectamente, sus actividades sociales y mentales; por tanto, incluyen principalmente monumentos de la civilización material, pero también monumentos que se relacionan con el desarrollo demográfico de la humanidad. Las fuentes sociotécnicas son las que «surgieron como resultado de las interacciones sociales entre los seres humanos», y pueden «reflejar», por tanto, directamente, esos procesos, mientras que «reflejan» indirectamente las actividades económicas y mentales. Las fuentes psicotécnicas se definen como «todos los restos resultantes de las manifestaciones materiales de la conciencia, destinados a registrar o transmitir las ideas de una persona; reflejan de modo objetivo las contradicciones que se encuentran en la Naturaleza, en la sociedad, y en el pensamiento individual»; por tanto, son «capaces de reflejar directamente el papel de la conciencia en la transformación de las condiciones materiales y sociales de la existencia humana». La cuarta categoría destacada por G. Labuda combina las características de las tres primeras categorías, ya que refleja los fenómenos físicos, sociales y mentales. Esa cuarta categoría la denomina tradición, y abarca por tanto «sólo lo que es inherente a los seres humanos vivos en forma de reliquias y memoria del pasado».

Hay otras muchas clasificaciones de las fuentes, basadas en puntos de vista que ofrecen aquí menor interés (por ejemplo, la división entre fuentes principales y secundarias).

[19] S. Koscialkowski, *op. cit.*, págs. 24 y 52.
[20] G. Labuda, *op. cit.*, págs. 3-52.

3. *Intento de solución al problema de la clasificación de las fuentes*

Las clasificaciones de las fuentes históricas que se han sugerido hasta el momento adolecían de una serie de errores en la clasificación: errores formales (que consisten en que tales clasificaciones eran desarticuladas e inadecuadas), errores semánticos (debido a la no adecuación del lenguaje) y errores materiales (que consisten en que dicha clasificación no se adaptaba a ciertos propósitos)[21]. Tampoco se ha advertido que son aceptables simultáneamente varias clasificaciones, para usarlas segun las tareas que les asignemos. Del mismo modo, es desagradable observar la constante lucha para popularizar la clasificación de cada uno como «la mejor», junto con la destitución de otros por «erróneos». Más aún, los que entraban en disputa no podían resignarse con la idea de que ciertas fuentes pueden considerarse desde diferentes posturas y pertenecer, por tanto, simultáneamente, a diversos grupos de clasificación. Por ejemplo, si las fuentes se dividen en escritas y no escritas, una lápida con una inscripción es, por esa inscripción, una fuente escrita, pero, por su importancia como monumento de la civilización material (o como obra de arte), se incluye en la categoría de las fuentes no escritas. Una crónica se clasifica como una fuente directa por la información que transmite, y como un resto, y por tanto, como una fuente indirecta, si se mira como una obra literaria.

Si interpretamos las clasificaciones más frecuentes para liberarlas, por lo menos, de los errores formales y semánticos (las clasificaciones que adolecen de errores materiales no se pueden corregir de este modo), tenemos que dar prioridad a las dos clasificaciones siguientes:

1) Fuentes directas e indirectas; fuentes con destinatario y sin él;
2) Fuentes escritas y no escritas.

Estas clasificaciones parecen tener una base firme: se relacionan plenamente con las peculiaridades del proceso cognoscitivo histórico y con los procedimientos de investigación usados por los historiadores. La primera de ellas, que podría denominarse epistemológica o metodológica, refleja las dos clases básicas de conocimiento histórico: directo e indirecto. La división entre «restos» y «fuentes» (o «tradición») señala también el hecho de que las fuentes que están destinadas a transmitir información sólo se pueden encontrar en el grupo de las indirectas. En la clasificación de Droysen se llamaban precisamente «fuentes» *(Quellen)*, lo cual muestra que veía en ellas (con mucha razón) las fuentes en el sentido estricto del término. Hay que notar además que las fuentes indirectas presentan los hechos históricos por medio de signos convencionales (escritura, lenguaje y otros signos convencionales), y por tanto son también indirectas desde ese punto de vista. Por otro lado, las fuentes directas, muchas veces, los presentan sin signos convencionales, porque ellas mismas son hechos históricos. (Pero el texto de una constitución se clasificará como una fuente directa.) Otro problema es que, al estudiar las fuentes directas que funcionan sin signos convencionales, un historiador, muchas veces, prepara una descripción de ellas, por sí mismo o a través de otras personas, y usa más tarde esa descripción, es decir, una fuente indirecta, solamente. En tal descripción, ciertos hechos históricos se cifran por medio de signos convencionales (escritura, dibujo).

[21] Cfr. J. Giedymin, *op. cit.*, págs. 26-27.

Sólo en el caso de las fuentes indirectas, cuando van a ser descifradas, el código del intérprete debe adecuarse al del autor. Más aún, las fuentes indirectas implican el enorme problema del examen de la fiabilidad del informante, que no atañe a las fuentes directas (es decir, consideradas como directas), que se examinan respecto a su autenticidad. Así, la clasificación en fuentes directas e indirectas es útil por muchas razones y principalmente desde el punto de vista metodológico. Esto se ve en el siguiente cuadro:

Fuentes directas	*Fuentes indirectas*
1) Conocimiento directo.	1) Conocimiento indirecto.
2) Hechos.	2) Signos convencionales (y necesidad de descifrarlos).
3) Sin intervención de un tercero.	3) Intervención de un tercero (quizá voluntaria).
4) Sin problemas de examen de la fiabilidad (hay que examinar la autenticidad).	4) Necesidad de examinar la fiabilidad del informante.
5) Signos convencionales.	

No hay que olvidar tampoco que el conocimiento directo lo es sólo en un sentido relativo: la observación de los sucesos a través del cristal de una ventana o a través del aire es indirecta.

La clasificación de las fuentes en directas e indirectas ha tenido como defensores a J. G. Droysen, E. Bernheim, B. Schmeidler, M. Handelsman y otros. Las divisiones internas posteriores de las fuentes directas e indirectas pueden diferir entre sí. Por ejemplo, en el grupo de las fuentes directas podemos sugerir su división entre escritas y no escritas, entre restos naturales y hechos por el hombre, entre naturales y resultantes de la actividad humana, etcétera. Un hombre vivo cuyo comportamiento se está observando (también puede incluirse el comportamiento lingüístico, suponiendo que por lenguaje queremos decir un código y no la información que transmite) sería una fuente directa, mientras que su relato oral de ciertos sucesos sería una indirecta. Las fuentes indirectas se pueden dividir también, sobre todo, en escritas y no escritas (estas últimas se subdividen en icónicas y orales), entre las destinadas a transmitir información y las que lo hacen sin que estuvieran destinadas a ese fin.

También sería útil introducir otra clasificación de las fuentes:

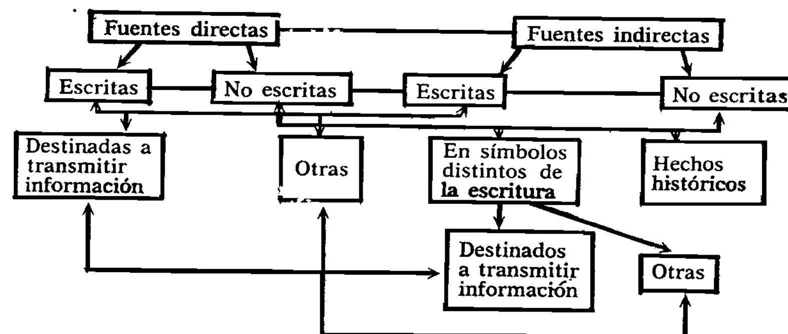
1) Fuentes con destinatario.
2) Fuentes sin destinatario.

Para un historiador es muy importante saber si una fuente concreta estaba destinada o no a influir sobre las opiniones de algunas personas, incluidos los propios historiadores. En el primer caso, los destinatarios pueden ser personas contemporáneas a los autores respectivos (esto ocurre con las cartas, anuncios, etc.), la posteridad (inscripciones, etc.) y los historiadores (esto ocurre con las memorias, etc.). Entre ambos tipos de fuentes se pueden encontrar fuentes directas e indirectas.

La segunda clasificación, que podríamos llamar teórica de las fuentes, señala la gran importancia de las fuentes escritas (decisiva para los historiadores *sensu strictiori*). Esta clasificación toma como criterio de división la

existencia de la escritura. No hace falta subrayar que las ciencias históricas auxiliares se ocupan en gran medida del estudio de la escritura (paleografía, neografía). Las fuentes no escritas son las que transmiten información por medio de símbolos distintos de la escritura, y también las que son en sí mismas hechos históricos. La división en fuentes escritas y no escritas se encuentra en J. Lelewel, P. C. F. Daunou, M. Handelsman (segunda clasificación) y S. Koscialkowski. También se ve apoyada por la teoría de la información, que habla de signos registrados y no registrados.

La estructura básica de ambas clasificaciones se ve en este esquema:



La división en fuentes directas e indirectas, como la división en conocimiento directo e indirecto, parece ser fundamental para los análisis metodológicos en la investigación histórica.

4. *La lectura de la información de una fuente (desciframiento)*

Si la unidad de información sobre la que preguntamos en un código de pregunta debe ser descifrada, hay que satisfacer las siguientes condiciones: hay que tener una información, una persona preparada para recibir esa información, un canal a través del cual se pueda recibir esa información, un código que determine el modo en el que esa información pasa a través del canal y que debe ser conocido por el receptor. El desciframiento de una información sólo puede darse si coinciden el código del emisor y el código del receptor. En la práctica, raramente coinciden de un modo pleno; de cualquier modo, cuanto mayor sea la coincidencia, mejores serán las condiciones de desciframiento. No hace falta explicar que el concepto de código, definido en la teoría de la información, es muy amplio [22]. Ese concepto abarca los lenguajes étnicos, individuales y de otros tipos, sistemas de escritura, dibujos, mapas, símbolos químicos, sistemas de gestos (por ejemplo, los de un director de orquesta), gestos faciales, distintivos de rango militar, togas académicas, modos de manifestación de los estados mentales por medio de lenguajes apropiados, modos de formular preguntas en terrenos específicos, etcétera; es decir, todo lo que nos permite asociar una unidad de información concreta con un mensaje concreto. Si, por ejemplo, un niño que comienza a hablar sólo puede ser entendido por su madre, esto significa que ella conoce el código que utiliza él, es decir, su lenguaje individual. Los ges-

[22] Cfr. J. Giedymin y J. Kmita, *Wyklady z logiki formalnej* (...), pág. 71. También hay otras definiciones de código.

tos de un director de orquesta no transmiten mucho a un hombre de leyes, porque este último no sabe sus significados.

En el lenguaje de Juan, la expresión «no lo haré» puede tener más significado que en el lenguaje de José si este último es menos firme en sus decisiones. Si no conocemos esas discrepancias entre los códigos, podemos cometer errores en la lectura (el desciframiento) de una unidad de información determinada. Para leer (descifrar) las unidades de información que contienen las fuentes (y también cualquier otra información), tenemos que conocer diversos códigos. Cuantos más códigos conozca un historiador, y cuanto mejor los conozca, mejor preparado está para su tarea de investigación. Estos códigos, por supuesto, forman parte de su conocimiento no basado en fuentes. Para usar la terminología introducida en el capítulo XV tenemos que interpretar el conocimiento de esos códigos que permiten descifrar la información contenida en una fuente para un problema concreto como una parte de la información no basada en fuentes, es decir, la información que, junto con la basada en fuentes, permite contestar a la pregunta planteada, o sea, asociar unidades de información concretas con esa pregunta. El primer paso, evidentemente, debe ser la comprensión de unidades concretas de información por medio de su desciframiento.

¿Qué códigos son los más importantes para el historiador? La respuesta es difícil de encontrar, porque depende, sobre todo, del asunto del que se ocupe, del período que estudie y el territorio abarcado por su investigación. Pero, en cualquier caso, hay que considerar como esencial el conocimiento de estos códigos:

1) El código del lenguaje étnico del informante (código lingüístico).
2) El código del lenguaje del período (código terminológico).
3) El código psicológico.
4) El código de un sistema de escritura concreto y de otros signos registrados posibles (código gráfico).

En el caso de un código lingüístico nos referimos simplemente al conocimiento del lenguaje (idioma) en el que se ha escrito una fuente determinada (latín, francés, polaco antiguo, etc.). Este código se complementa con el terminológico. Cuando se usa este último para descifrar la información, la posibilidad de que haya errores es grande, y estos errores son frecuentes en la investigación histórica. Como ha dicho M. Bloch, el lenguaje suele quedarse rezagado respecto a los cambios de los objetos, de sus propiedades y de las relaciones entre ellos. Muchas veces, la misma palabra se usa durante generaciones para referirse a cosas distintas. Por ejemplo, lo que las fuentes del siglo XVIII llamaban un arado difiere considerablemente del arado que conocemos hoy; el término latino *servus*, que se refería a un esclavo, fue adoptado por las fuentes medievales cuando la esclavitud había desaparecido y nacía la servidumbre. A veces, un historiador ha tenido que modificar la terminología recibida para adecuar el lenguaje a los hechos. Por esta razón, toda obra histórica incluye muchas sugerencias terminológicas; términos antiguos puestos muchas veces entre comillas, lo cual indica que son anacrónicos. Sabemos muy bien cómo tuvo que luchar Lelewel con el idioma polaco de su tiempo, que no se adaptaba al propósito de ser preciso en la investigación, y esta, y no las supuestas originalidades de su estilo, es la razón del lenguaje específico de ese historiador.

El código psicológico presenta, algunas veces, mayores dificultades. Cada autor tiene sus modos peculiares de formular las afirmaciones y, en cierto sentido, su propio lenguaje; en otras palabras, cada persona tiene sus propios usos mentales y lingüísticos que determinan su comportamiento lingüístico y no lingüístico. Ese uso mental y lingüístico, por supuesto, tiene mucha influencia del lenguaje de la época, pero no se puede identificar plenamente con él. Los modismos concretos usados por un autor, el orden de las palabras (en el caso de idiomas en los que el orden de las palabras es flexible), la estructura de las frases, etc., normalmente señalan los estados mentales del autor. El conocimiento del código psicológico implícito tiene particular importancia cuando se analiza la fiabilidad del informante y de las unidades de información que transmite.

El conocimiento del código gráfico implicado es, junto al conocimiento del código lingüístico, uno de los instrumentos fundamentales del historiador, sin el que sería incapaz de leer un documento antiguo escrito en mayúsculas o minúsculas romanas, o en minúsculas, cursivas o mayúsculas góticas. La incapacidad de leer los mapas, para lo que se requiere el conocimiento de los códigos adecuados, privaría también al historiador de una información muy valiosa.

A veces se encuentra también con códigos en el sentido de claves; el conocimiento de esas claves puede ser necesario para descifrar documentos diplomáticos.

Encontramos comentarios interesantes sobre la importancia de poder descifrar el lenguaje de una época concreta en M. Bloch, que dice que «los documentos tienden a imponer su propia terminología; el historiador que recibe su influencia escribe de una forma dictada por un período concreto, cada vez de una manera diferente. Por otra parte, sin embargo, piensa en los términos de su época y usa el lenguaje de su tiempo» [23]. La tarea no es fácil. «Cuando las instituciones, las creencias y las costumbres específicas de una comunidad determinada están implicadas, su trasposición a otro lenguaje, configurado por una comunidad totalmente diferente, está llena de peligros, ya que la elección de un equivalente significa la suposición de un parecido» [24].

El conocimiento de los códigos usados en la lectura de la información de las fuentes no es fácil de adquirir. No es posible, como entre los contemporáneos, comparar los códigos usados por las dos partes y corregir directamente la información recibida por medio de una consulta al informante. Sólo se puede decir que, cuanto más amplio sea nuestro conocimiento no basado en fuentes (especialmente el conocimiento del período estudiado), mejor adquiriremos un conocimiento de los códigos implicados. Como los códigos lingüísticos son los más importantes de todos, la competencia filológica tiene una importancia enorme. Por eso hablamos, muchas veces, del método

[23] M. Bloch, *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*, ed. cit., pág. 80: «Les documents tendent à imposer leur nomenclature; l'historien, s'il les écoute, écrit sous la dictée d'une époque chaque fois différente. Mais il pense d'autre part, naturellement, selon les catégories de son propre temps; par suite, avec les mots de celui-ci».

[24] M. Bloch, *op. cit.*, pág. 82: «Aussitôt, par contre, qu'apparaissent des institutions, des croyances, des coutumes, qui participent plus profondement à la vie propre d'une société, la transposition dans une autre langue faite à l'image d'une société différente, devient une enterprise grosse de périls. Car choisir l'equivalent, c'est postuler une ressemblance».

filológico en la investigación histórica para referirnos al procedimiento que da lugar a la lectura de la información de las fuentes utilizando códigos lingüísticos.

5. *El concepto de conocimiento basado en fuentes y datos basados en fuentes*

Para explicar con más detalle el concepto de datos basados en fuentes tenemos que recordar las diversas definiciones de fuente histórica. Este concepto se puede interpretar en un sentido general y en un sentido relativo. En sentido general, una fuente histórica es simplemente cualquier cosa de la que podemos sacar (fuente en su sentido potencial) o realmente sacamos (fuente en el sentido efectivo) información sobre los hechos históricos. En sentido relativo nos referimos a las fuentes que nos sirven (sentido efectivo) o pueden servirnos (sentido potencial) para estudiar un problema concreto que nos interesa en ese momento. En otras palabras, una fuente potencial para un problema concreto que se está investigando significa todo lo que contiene datos sobre los hechos históricos que hay que establecer, según el conocimiento de un historiador dado, para formular una respuesta a la pregunta planteada. Estas explicaciones conducen al concepto de conocimiento basado en fuentes como la serie de datos sobre los hechos históricos, ya que esos datos sólo los pueden proporcionar las fuentes históricas. Esa serie se puede interpretar de cuatro formas:

1) La totalidad de los datos posibles sobre los hechos históricos, acumulados en todas las fuentes (conocimiento general basado en fuentes en el sentido potencial del término);
2) La totalidad de los datos sobre los hechos históricos extraídos de las fuentes (conocimiento basado en fuentes, general, en el sentido efectivo del término);
3) La totalidad de los datos sobre los hechos históricos que pueden ayudar a formular una respuesta a una investigación concreta (conocimiento relativo basado en fuentes en el sentido potencial);
4) La totalidad de los datos sobre los hechos históricos extraídos de la fuente para aportar una respuesta a una pregunta concreta de la investigación (conocimiento relativo basado en fuentes en el sentido efectivo del término).

XVI

Teoría del conocimiento no basado en fuentes

1. *Intento de explicación del concepto de conocimiento no basado en fuentes*

Hasta ahora hemos encontrado necesario, en muchas ocasiones, recurrir al concepto de ese conocimiento inicial con el que el historiador comienza su investigación (con añadidos constantes, en el proceso, a ese conocimiento inicial suyo), formula los problemas y busca respuestas a ellos. Ese conocimiento inicial ha demostrado consistir en información que no se puede encontrar en las fuentes, y también en el sistema que usa el historiador para confrontarlo con nuevas afirmaciones sobre el pasado, para aceptarlas o rechazarlas. Lo ha señalado como el principal criterio indirecto de aceptación de las afirmaciones. En una palabra, casi ningún análisis de los procedimientos usados por los historiadores puede realizarse sin referencia a la serie de afirmaciones y líneas maestras que acepta y usa al estudiar el pasado. Esa serie de afirmaciones y líneas maestras, indispensable e importante en cualquier investigación científica, se ha denominado —en cuanto a la historia— conocimiento no basado en fuentes. Las diversas interpretaciones de la metodología de la historia no le han prestado hasta ahora, prácticamente, ninguna atención, ya que se han ocupado, principalmente, de los datos basados en fuentes como los más representativos de la investigación histórica. Pero, como hemos intentado demostrar actualmente, la principal condición del progreso en la investigación histórica no es tanto una mejora en las técnicas de desciframiento de los datos basados en fuentes y de la crítica de fuentes, como un cambio y una expansión del conocimiento no basado en fuentes. El progreso en la capacidad que se espera por parte de un buen historiador también depende de los cambios mencionados. El modelo dialéctico de investigación histórica, es decir, la investigación que tiene en cuenta la estructura y el desarrollo, no puede ponerse en funcionamiento sin un elevado conocimiento global. Esta exigencia implica además un estudio constante de los logros de otras disciplinas para poder usarlas plenamente en la investigación histórica, de acuerdo con la recomendación de la integración de la ciencia.

En nuestro intento de explicación del concepto de conocimiento no basado en fuentes nos referiremos directamente a la definición del conocimiento basado en fuentes que hemos dado en el capítulo precedente. La extensión del concepto de conocimiento no basado en fuentes, sin embargo, cambia según la interpretación del conocimiento basado en fuentes, al cual se opone. Podemos enumerar así las siguientes extensiones posibles del concepto de conocimiento no basado en fuentes:

1) Conocimiento no basado en fuentes, como todo aquello que podemos conocer además de:

   a) Los datos sobre los hechos históricos en general;
   b) Los datos sobre los hechos históricos que se han extraído de las fuentes;

   Éste se puede llamar conocimiento no basado en fuentes, general, en sentido potencial.

2) Conocimiento no basado en fuentes, como todo aquello que conocemos además de:

   a) Los datos sobre los hechos históricos;
   b) Los datos sobre los hechos históricos que se han extraído de las fuentes;

   Éste se puede llamar conocimiento no basado en fuentes, general, en sentido efectivo.

3) Conocimiento no basado en fuentes, como todo aquello que podemos conocer además de:

   a) Los datos sobre los hechos históricos;
   b) Los datos sobre los hechos históricos que se han extraído de las fuentes y que sirven para formular una respuesta a una pregunta concreta de la investigación;

   Éste se puede llamar conocimiento no basado en fuentes, relativo, en sentido potencial.

4) Conocimiento no basado en fuentes, como todo aquello que conocemos además de:

   a) Los datos sobre los hechos históricos;
   b) Los datos sobre los hechos históricos que se han extraído de las fuentes y que sirven para formular una respuesta a una pregunta concreta de la investigación;

   Éste se puede llamar conocimiento no basado en fuentes, relativo, en sentido efectivo.

Hay que advertir también que las expresiones «todo aquello que conocemos» y «todo aquello que podemos conocer» se pueden referir a un historiador individual (aquí se analiza el concepto de conocimiento no basado en fuentes, principalmente, en este sentido del término) o a la entera comunidad de historiadores. Por tanto, en el caso del conocimiento general, se limita a un investigador concreto o a un grupo de investigadores, y en el caso del conocimiento relativo, junto a su limitación a un problema dado, también se reduce a un investigador concreto o a un grupo de investigadores.

También hay que subrayar que, como parece bastante obvio, la definición «no basado en fuentes» es también relativa por otra razón. Algo es no basado en fuentes sólo si aceptamos que al mismo tiempo hay algo que, en una interpretación dada, aceptamos como basado en fuentes, es decir, proveniente de una fuente. Por tanto, esta definición no tiene nada que ver con el conocimiento *a priori* interpretado de modo absoluto, es decir, las categorías de pensamiento innatas *sui generis* (por ejemplo, como las kantianas). En última instancia, todo el conocimiento humano se basa en fuentes, siendo su fuente la observación. Esta afirmación, que eliminaría el concepto de conocimiento no basado en fuentes, no está en contradicción, sin embargo, con un acercamiento al problema desde el punto de vista del procedimiento investigador del historiador, procedimiento cuyo punto fundamental es, como es sabido, el análisis de las fuentes históricas.

En la práctica investigadora, la mayoría de las veces, usamos los conceptos general y relativo de conocimiento no basado en fuentes en el sentido efectivo del término. Adviértase, en este sentido, que el conocimiento no basado en fuentes en el sentido general del término no incluye, por definición, ninguna afirmación sobre los hechos históricos.

El conocimiento no basado en fuentes puede no limitarse sólo a un problema concreto de investigación: podemos dar un paso más y relacionarlo con un acto concreto de conocimiento de una sola unidad de información basada en fuentes. Si una fuente tiene la siguiente anotación fechada en el 966 d. C.: «Mesco dux baptisatur» (que se refiere al primer dirigente de Polonia), entonces, en la época en la que se lee esa unidad de información, todo el conocimiento (potencial o efectivo) del historiador en cuestión está no basado en fuentes, en relación con esa unidad de información sobre un hecho histórico aislado. Esto indica la naturaleza dinámica del conocimiento no basado en fuentes: una vez extraída de una fuente con la ayuda del conocimiento no basado en fuentes, una unidad concreta de información sobre un hecho histórico se convierte, tan pronto como entra en la conciencia del historiador, en parte de su conocimiento no basado en fuentes, que utilizará en el estudio posterior de las fuentes. Además de ser constantemente aumentado, el conocimiento no basado en fuentes vive, como si dijéramos, en la mente del historiador, y sufre varias transformaciones, sobre todo las que podríamos llamar teorizadoras. Estos procesos son enormemente importantes, especialmente para las explicaciones causales, cuando el historiador tiene que referirse a una afirmación estrictamente general, incluso trivial, sacada del conocimiento corriente.

2. *La estructura del conocimiento no basado en fuentes. Datos no basados en fuentes*

Los elementos del conocimiento no basado en fuentes son afirmaciones ciertas o falsas, o valoraciones que establecen que, en opinión de una persona dada, es «bueno» (valoración positiva) o «malo» (valoración negativa). Las valoraciones pueden servir de base para formular las líneas maestras del proceso investigador del historiador. Pueden ser también materia de afirmaciones falsas o ciertas, pero sólo si son elementos de una descripción de la persona que formula valoraciones: por ejemplo, podemos decir que Staszic (dirigente social polaco, 1755-1826) pensaba que el sistema social de la Polonia del siglo XVIII era malo, lo cual, sin embargo, significa algo más que la valoración «el sistema social de la Polonia del siglo XVIII era malo» considerada como un elemento del conocimiento de Staszic.

Como hemos visto, todo el conocimiento que una persona concreta ha adoptado participa en sus actos cognoscitivos, que, por supuesto, están limitados por el sistema de valores de esa persona. Ese conocimiento que tiene consiste en su sistema de valores (que llamaremos conocimiento no basado en fuentes $_2$) y también en las afirmaciones sobre los hechos (afirmaciones de observación) y afirmaciones teóricas que acepta (que llamaremos conocimiento no basado en fuentes $_1$). Todos estos elementos están relacionados entre sí. El sistema de valores está estrechamente relacionado con los dos elementos restantes, ya que, junto a las condiciones sociales en las que vive esa persona (hecho subrayado por la sociología de la ciencia), también recibe la influencia de su conocimiento real, y siempre en expansión, de los hechos y de las relaciones entre los hechos; más aún, las afirmaciones de observación no se pueden separar estrictamente de las teóricas, porque las primeras también tienen un sentido teórico definido[1]. Así, el conocimiento que usa una persona en su proceso cognoscitivo es integral, en cierto modo, y ese hecho debe ser tenido en cuenta en todos los estudios de su estructura. Términos tan corrientes como *el conocimiento del período, conocimiento teórico, ideología,* etcétera, por tanto, indican simplemente un fragmento de ese conocimiento o su aspecto específico a través del cual se «mira» el pasado.

De ahora en adelante, el sistema de valores de un investigador sólo nos interesará en la medida en la que es una fuente de lo que podríamos llamar las líneas maestras de la valoración.

También hay que distinguir el concepto de datos no basados en fuentes: significaría todos los datos extraídos por el historiador del cuerpo general de su conocimiento no basado en fuentes. El concepto de datos no basados en fuentes, por supuesto, puede describirse de un modo similar al de la descripción del conocimiento no basado en fuentes, lo cual supone una distinción entre los datos no basados en fuentes en sentido general (potencial y efectivo) y en sentido relativo (potencial y efectivo). Es decir:

1) Datos no basados en fuentes, en sentido general, potenciales, son aquellos que puede obtener un historiador concreto más allá de los datos sobre los hechos históricos en general o sólo más allá de los datos extraídos de las fuentes históricas.
2) Datos no basados en fuentes, en sentido general, efectivos, son aquellos que un historiador tiene a su disposición (en el momento de realizar su investigación) más allá de los datos sobre los hechos históricos en general o sólo más allá de los datos extraídos de las fuentes históricas.
3) Datos no basados en fuentes, en sentido relativo, potenciales, son todos aquellos datos que pueden usarse en la formulación de una respuesta a un problema concreto de la investigación, más allá de los datos sobre los hechos históricos en general o sólo más allá de los datos extraídos de las fuentes históricas.
4) Datos no basados en fuentes, en sentido relativo, efectivos, son los datos que tiene un historiador concreto para usarlos en la formulación de una respuesta a un problema concreto de investigación, más allá de los datos sobre los hechos históricos en general o sólo más allá de los datos extraídos de las fuentes históricas.

[1] Cfr. J. Giedymin, «O teoretycznym sensie tzw. terminów i zdan obserwacyjnych» (Los significados teóricos de los términos y afirmaciones de observación), en *Teoria i doswiadczenie* (Teoría y experiencia), Varsovia, 1966, páginas 99-110.

Cuando analizamos los procedimientos de investigación usados por los historiadores, la solución más conveniente es utilizar el concepto más estricto de datos no basados en fuentes, es decir, el de datos no basados en fuentes efectivas en sentido relativo, con la exclusión de las líneas maestras de valoración.

3. *El origen del conocimiento no basado en fuentes*

El conocimiento no basado en fuentes proviene, por supuesto, de un solo origen, en concreto las observaciones de los hechos, pero las consideraciones metodológicas exigen un análisis más profundo de este origen único.

Las observaciones de los hechos (en el sentido de conocimiento en general y el estudio científico de los hechos) no las hace un solo historiador concreto. Las hacen, y las han hecho, representantes de otras disciplinas y también otros historiadores. Por tanto, un historiador que se interesa por el estudio de un fragmento específico del pasado se puede servir de:

1) Los resultados de sus propias observaciones del mundo (incluyendo sus propias observaciones de sí mismo);
2) Los resultados de sus propios estudios del pasado;
3) Los resultados de la investigación histórica;
4) Los resultados de la investigación en el área de otras disciplinas.

Si consideramos el conocimiento no basado en fuentes en sentido general, es decir, no limitado a un problema concreto de investigación, ese conocimiento no incluye los elementos 2) y 3), que se basan en la utilización de fuentes históricas. Pero si consideramos el conocimiento no basado en fuentes en sentido relativo, resulta que toma su origen de las fuentes históricas, también, con el supuesto de que éstas se usan a través de las obras históricas (principalmente monografías y respuestas a problemas específicos de investigación).

En última instancia, entre los datos que forman el conocimiento no basado en fuentes, los más importantes para la investigación histórica son los que se combinan para configurar la visión general de un historiador concreto sobre el pasado y su capacidad de conocimiento, juntamente, por supuesto, con sus opiniones ontológicas y epistemológicas básicas. La reconstrucción de esa visión general del pasado parece necesaria, por tanto, para un análisis adecuado de los procesos de la investigación histórica. La visión de un historiador sobre el pasado puede ser un simple resultado del conocimiento teórico y descriptivo acumulado por la economía, psicología social, psicología, sociología y otras disciplinas contemporáneas, pero también puede verse poco influida por los logros de esas ciencias.

El concepto de conocimiento no basado en fuentes respecto a la visión del pasado y su capacidad de conocimiento combina, hasta cierto punto, las clasificaciones anteriores en una. Ese conocimiento puede analizarse como el conocimiento total no basado en fuentes y como la parte de él que se usa para formular y resolver un problema concreto. Más aún, es tanto el

conocimiento no basado en fuentes sacado de las fuentes históricas como el que se saca de fuera de las fuentes históricas. Finalmente, consiste en conocimiento corriente y científico. Esta última división parece ser la más importante para nosotros en este momento.

Los orígenes del conocimiento no basado en fuentes se pueden reducir a:

1) Las observaciones hechas por el propio historiador (su experiencia general).
2) Los resultados de las investigaciones históricas realizadas por otros historiadores y por él mismo.
3) Los resultados obtenidos en otras disciplinas.

Se puede ver fácilmente que 2) y 3) representan el origen científico del conocimiento no basado en fuentes, y 1), el origen que podríamos llamar corriente.

Esta clasificación, cuyo criterio es el modo en el que llega un historiador a conclusiones específicas, sugiere la división del conocimiento no basado en fuentes en corriente y científico.

El primero, que a veces se llama basado en el sentido común, se acumula como resultado de la actividad práctica cotidiana del investigador como miembro de una sociedad, y puede ser de naturaleza muy variable, según su tipo de actividad, su implicación en la vida social y muchos otros factores. El último también puede ser variable, y, por supuesto, de diversa calidad; más aún, puede ser de naturaleza teórica o descriptiva.

El conocimiento histórico no basado en fuentes se usa, sobre todo, para describir los sucesos pasados; las explicaciones, es decir, los intentos de respuesta a la pregunta por qué ocurrió, exigen, junto al conocimiento histórico no basado en fuentes, una gran cantidad de conocimiento extra-histórico exhaustivo.

4. *Conocimiento corriente y sentido común*

El problema de esas numerosas afirmaciones científicas que se basan en el conocimiento corriente y en el sentido común (afirmaciones muy frecuentes en la historiografía) no se ha tratado hasta ahora muy ampliamente en la metodología científica. El problema consiste en averiguar esos supuestos latentes de las afirmaciones científicas en los que, como podemos ver fácilmente, tienen considerable importancia la información corriente y la opinión del sentido común. Una distinción entre conocimiento corriente y conocimiento basado en el sentido común no parece necesaria, aunque se podría sugerir sobre bases científicas, ya que el sentido común juega el papel principal en la aceptación de ciertas afirmaciones y en su inclusión en el cuerpo del conocimiento corriente.

Hay que recordar que en la metodología de L. Chwistek el concepto de sentido común juega un papel inmportante. Chwistek se ocupó de los «límites del sentido común» en el capítulo I de su *Granice nauki. Zarys logiki i metodologii nauk* (Los límites de la ciencia. Esbozo de lógica y metodología de las ciencias)[2]. Dice que «el sentido común debe distinguirse de la visión popular del mundo, que abarca todo aquello que, en un ambiente concreto, se considera obvio e inevitable. La visión popular del mundo es un sistema metafísico *sui generis*, cuyos principios, probablemente, no están muy precisamente formulados, pero sin embargo funcionan de modo eficaz por medio de respuestas automáticas. Es comúnmente sabido que la visión popular del mundo se combina siempre con el conservadurismo, y es sinónimo de lugares comunes y mediocridad»[3]. Según Chwistek, «el sentido común significa la capacidad que nos proporciona verdades independientes de cualquier revolución en el sistema conceptual»[4], es decir, verdades que no ponemos en duda. «Una persona puede guiarse por una gran pasión o esperar que ocurra un milagro, pero esto no significa que no tenga que tener en cuenta el tráfico cuando cruza una calle o el hecho de que su coche se parará sin gasolina. Todas estas cosas son muy triviales, y ocuparse de ellas parece una pérdida de tiempo, pero podemos averiguar fácilmente que son la base de todas nuestras actividades intelectuales»[5].

Esta última formulación de Chwistek parece ser la cuestión. Por otra parte, el concepto de visión popular del mundo parece bastante oscuro. En el caso del sentido común también nos referimos a lo que es obvio e inevitable para los miembros de un ambiente concreto, si no suponemos que en el caso del sentido común nos encontramos con esas verdades que son independientes de la pertenencia a la sociedad (ambiente, en la terminología de Chwistek). La concepción de Chwistek podría servir de inspiración para diferenciar, dentro de lo que llamamos conocimiento corriente (es decir, todo conocimiento que no se basa en el conocimiento científico), el conocimiento basado en el sentido común, que abarca las verdades más fundamentales que no se ponen en duda por parte de nadie y son independientes de la pertenencia a la sociedad de una persona determinada. Pero, sin embargo, podría ser difícil oponer la visión popular del mundo de Chwistek al conocimiento basado en el sentido común. La visión del mundo, tal como la entiende este autor, es, como si dijéramos, una síntesis de todos los tipos de conocimiento que tiene una persona, incluido el conocimiento basado en el sentido común (en el caso de un historiador, esa visión del mundo se convierte, en gran medida, en su visión sobre el pasado).

Sin embargo, hay que dudar si el sentido común, por sí solo, subrayado muchas veces como criterio de conocimiento, puede servir de base para la ciencia, incluida la ciencia histórica. El sentido común parece haberse basado en dos principios fundamentales: uno de ellos es el principio de contradicción (que dice que dos afirmaciones contradictorias no pueden ser ciertas a la vez), y el otro es el de causalidad, que hace que el hombre busque las causas de los sucesos. Este último principio se relaciona con la tendencia, importante en el caso de la investigación histórica, a interpretar las causas del comportamiento humano en relación con sus intereses (sobre todo materiales)[6]. Ese principio se podría llamar también causal-psicológico; tiene relaciones bastante claras con el llamado materialismo ingenuo en la interpretación del mundo.

---

[2] La edición posterior a la guerra está incluida en L. Chwistek, *Pisma filozoficzne i logiczne* (Escritos lógicos y filosóficos), vol. II, Varsovia, 1963. Introducción y comentarios de K. Pasenkiewicz.

[3] *Ibidem*, pág. 1.
[4] *Ibidem*, pág. 2.
[5] *Ibidem*, pág. 1.
[6] Un análisis de la explicación de las acciones humanas por referencia al interés lo ofrece W. Kula, *Rozwazania o historii*, Varsovia, 1958, págs. 79 y ss.

El sentido común, al basarse en la experiencia cotidiana, generalizada en forma del principio de contradicción y no en experimentos científicos, no puede servir de base para la ciéncia. Engels escribió en *Anti-Dühring* que «el sentido común, ese consejero venerable pero hogareño dentro de las cuatro paredes de la propia habitación, experimenta aventuras muy peculiares cuando osa entrar en el vasto mundo de la investigación» [7].

El segundo principio llena la investigación de un materialismo espontáneo *sui generis*, que es visible en los estudios históricos de teóricos y filósofos de la historia, incluso de los de mente más idealista. Un buen ejemplo nos lo da la comparación de las obras filosóficas de B. Croce con sus obras estrictamente históricas (es decir, las que se ocupan de la historia de Italia). Hay también otros peligros graves inherentes a ese principio.

El conocimiento basado en el sentido común, al combinarse con el principio causal psicológico, es, en la práctica, una serie de datos sobre el comportamiento individual, y hasta cierto punto, quizás, también de comportamiento de grupo, pero no tiene apoyo en los avances de la ciencia psicológica. En realidad, se refiere a la obsoleta idea de la naturaleza humana inmutable: algún conocimiento de la psicología humana, basado en el comportamiento de las personas que viven actualmente y que son las que mejor conoce un historiador concreto, es proyectado en el pasado, lo cual, en muchos casos, no tiene por qué dar lugar a conclusiones erróneas, pero es peligroso como principio. La necesidad de tener en cuenta la mutabilidad de la naturaleza humana ha sido subrayada por W. Kula, que pedía una mayor integración de la historia y la psicología [8].

Tenemos que deducir, por tanto, que el conocimiento corriente de un historiador, junto con su conocimiento basado en el sentido común, no asegura condiciones suficientes para la investigación científica, aunque es realmente el punto de partida de dicha investigación. Esto significa que no puede proporcionar una serie de datos no basados en fuentes que, junto con las unidades extraídas de fuentes, basten para formular una respuesta a un problema concreto de investigación. Puede demostrar que es insuficiente, en el mismo grado, para la formulación de un problema concreto, e incluso antes, para elegir el campo en el que hay que formular esa pregunta.

El conocimiento corriente se usa para establecer hechos y en las explicaciones. Cuando se establecen los hechos sobre la base de datos directamente hallados en fuentes sobre ellos, se necesita el conocimiento corriente para decidir si aceptamos o rechazamos una unidad de información concreta. Cuando los hechos se establecen de modo indirecto (cfr. capítulo XIX), sirve, muchas veces, como premisa en la inferencia probabilista, aunque no basta para ese fin.

Hay una gran diferencia entre el papel del conocimiento corriente en el estudio del período que un historiador conoce por experiencia propia y su papel en el estudio de períodos anteriores. En el primer caso, encuentra en él la fuente del conocimiento general del período y se libera así del riesgo de anacronismos psicológicos. También facilita el desciframiento de las fuentes. En cuanto al estudio de períodos anteriores, un historiador no puede hacer nada sin conocimiento científico. Si no dispone de él, el conocimiento corriente puede mostrarse como nada más que un obstáculo. En general, un

[7] F. Engels, *Herrn Eugen Dührings Umwälzung der Wissenschaft* (Anti-Dühring), Berlín, 1970, pág. 21.
[8] W. Kula, *op. cit.*, pág. 94.

historiador que estudia la historia reciente está, metodológicamente, en una posición excepcionalmente ventajosa [9]. Esta es la razón —ya que el conocimiento corriente que proviene de la propia experiencia del investigador puede intervenir con gran fuerza en su labor— de que se niegue una naturaleza plenamente científica al estudio de la historia contemporánea. Pero el conocimiento corriente, aunque proporciona al historiador de la época contemporánea un conocimiento general del período y facilita así (a veces, sólo de modo aparente) su investigación, no puede sustituir al conocimiento científico del período si quiere desarrollar plenamente la investigación histórica. Este último tipo de conocimiento lo proporcionan disciplinas como la sociología, economía, demografía y todas las otras disciplinas que se ocupan de la época actual.

5. *Conocimiento científico no basado en fuentes*

No hay, por tanto, ninguna duda de que es el conocimiento científico el más importante para tener éxito en la interpretación de los datos de las fuentes y para usarlos en las respuestas a los problemas de investigación. Ese conocimiento es el único que puede controlar el conocimiento corriente e impedir que el sentido común «experimente aventuras en el vasto mundo de la investigación». Parece que es también aquí donde está la llave del progreso en la ciencia histórica.

El alcance del conocimiento científico no basado en fuentes de un historiador es enormemente vasto, como muestran los análisis de sus procedimientos investigadores y las consideraciones normativas destinadas a determinar cuál debe ser ese alcance.

Incluye, por tanto, sobre todo, el conocimiento histórico, es decir, el conocimiento de los hechos y procesos históricos; este conocimiento se puede asimilar como resultado de su propia investigación o a partir de los resultados obtenidos (con rigor científico) por otros. Esto está relacionado con su conocimiento teórico de la estructura y el desarrollo de la sociedad, que un historiador no puede adquirir sin ayudarse de los logros de otras disciplinas, sobre todo la sociología y la economía.

El conocimiento estrictamente histórico proporciona bases para que un historiador use el método comparativo, que es tan importante para él y que le ayuda a establecer los hechos y a encontrar explicaciones causales de ellos (cfr. capítulo XXI) y también le da el conocimiento general del período sin el cual le es difícil comprometerse en la tarea investigadora. Ese conocimiento general del período es, por supuesto, el punto de partida, también, para la aplicación del método comparativo.

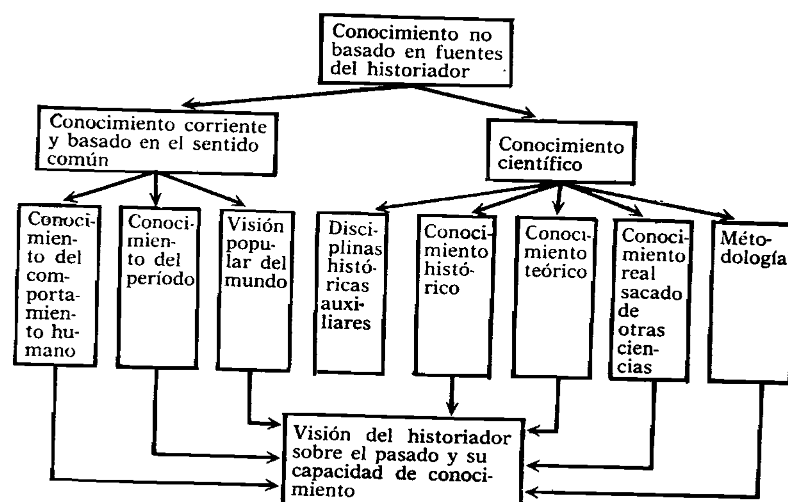
El conocimiento teórico, sobre todo, inspira al historiador para plantear preguntas, y le ayuda a formular respuestas, proporcionándole categorías conceptuales. Abandonando los estrictos límites de la historia como disciplina, permite a los historiadores modificar los códigos tradicionales de preguntas. Los resultados de estas modificaciones dependen, por supuesto, de la calidad del conocimiento teórico que haya asimilado un historiador concreto. La serie de ciencias de las que puede sacar inspiración un historiador es práctica-

[9] No tenemos en cuenta aquí el acceso a las fuentes y la necesidad de contar con la razón de estado.

mente ilimitada, y depende, en gran medida, del campo especializado de investigación de ese historiador.

En cuanto al conocimiento científico no basado en fuentes de un historiador, hay que hacer mención aparte de las disciplinas históricas auxiliares, la metodología de la historia y la metodología general de las ciencias. Mientras que las disciplinas históricas auxiliares, en su interpretación tradicional (es decir, relacionadas con la crítica externa de fuentes), se necesitan principalmente para el estudio de los períodos más remotos, el estudio de la historia moderna y contemporánea exige, como principales disciplinas históricas auxiliares, la sociología, psicología, economía, estadística, demografía, etcétera. El conocimiento de la metodología de la historia adquiere una importancia particular. Las fuentes para las épocas recientes suelen ser más numerosas que las del pasado remoto, y el problema no es cómo descifrarlas, sino cómo usarlas adecuadamente. Sin un uso apropiado de las ciencias enumeradas anteriormente y sin una reflexión metodológica exhaustiva, el estudio de la historia presente *(Zeitgeschichte)* se convierte en periodismo, reportaje o elaboración de memorias, etc.

El siguiente diagrama esboza la estructura interna del conocimiento no basado en fuentes (corriente y científico) de un historiador.



El hecho de que el conocimiento científico no basado en fuentes tiene una importancia esencial para el progreso en la investigación histórica implica que la investigación histórica tiene que estar fuertemente imbuida de conocimiento extra-histórico. Parece que esta exigencia sólo se puede satisfacer en relación con la creciente tendencia hacia la integración de la ciencia. Por tanto, las reflexiones sobre los caminos de la integración de la ciencia deberían comenzar con las consideraciones metodológicas del historiador, especialmente en el estado actual de la investigación.

6. *Problemas teóricos de la integración de la ciencia*

Si aceptamos que el desarrollo de la ciencia debe consistir cada vez más en explicaciones penetrantes sobre los procesos naturales y sociales, la justificación de la utilidad, e incluso necesidad, de la integración de la ciencia parece superflua. La creencia en su necesidad está cada vez más arraigada en las mentes de representantes de disciplinas especializadas, que se alarman por el derroche de energías de un número creciente de investigadores, un derroche que rodea la explosión de publicaciones científicas que ofrecen una inmensa cantidad de datos empíricos, que en este momento son difíciles de manejar. Se dan cuenta de que esto debe producir que los investigadores se queden encerrados en los límites estrictos de sus respectivas áreas. Sin embargo, no podemos dejar de lado el hecho de que el buscar refugio dentro de un campo estrecho hace que los investigadores se sientan competentes e importantes, y a pesar de que tiene un efecto desintegrador en el desarrollo de las ciencias, tiene también muchos defensores, que no suelen advertir las consecuencias de su actitud.

Los científicos y estudiosos no se asombran, por tanto, demasiado, de ver gente que limita su investigación a un campo muy estrecho, y no muestran ningún interés en tomar contacto con otras disciplinas. Así, por ejemplo, un sociólogo se puede ocupar sólo de un grupo profesional, o sólo de la delincuencia [10], y un historiador, de una pequeña región dentro de un período bastante breve, o sólo de una persona, sin ninguna tendencia a ir más allá de tales límites estrictos.

La alarma causada por el creciente aislamiento de los investigadores y una entropía *sui generis* de la investigación, que también aumenta constantemente, ha sido suficientemente fuerte como para hacer que la gente reflexione sobre el proceso de integración de la ciencia, es decir, sobre todo sobre los factores que lo condicionan, y sobre sus formas y grados. Pero la interpretación del concepto de integración de la ciencia todavía hace surgir numerosos malentendidos. En primer lugar, tenemos que subrayar que los procesos que tienden a integrar varias ciencias no significan su eliminación como disciplinas separadas: por el contrario, las diversas ramas de la investigación pueden encontrar mejores condiciones de desarrollo exactamente por su implicación en los procesos integradores. Incluso si dejamos de lado el importante problema de las facilidades técnicas que son indispensables para la integración de la ciencia (principalmente las diversas formas de información científica) y el papel de disciplinas como la lógica matemática en su integración, podemos distinguir varias formas de procesos de integración. Su lista, que daremos posteriormente, será en parte descriptiva (que informa sobre lo que observamos) y en parte normativa (que sugiere caminos posibles de la integración de la ciencia). Los comentarios se reducirán a las ciencias sociales en general, sin diferenciar la historia de ningún modo particular.

La manifestación más corriente de las tendencias integradoras es el uso, en las explicaciones de una disciplina dada, de hechos o teorías establecidos en otras disciplinas. Las teorías, e incluso los hechos, establecidos en una rama de la ciencia, pueden estimular a los investigadores a plantear preguntas en otro campo. Cuanto más piensan sobre la necesidad de integración los

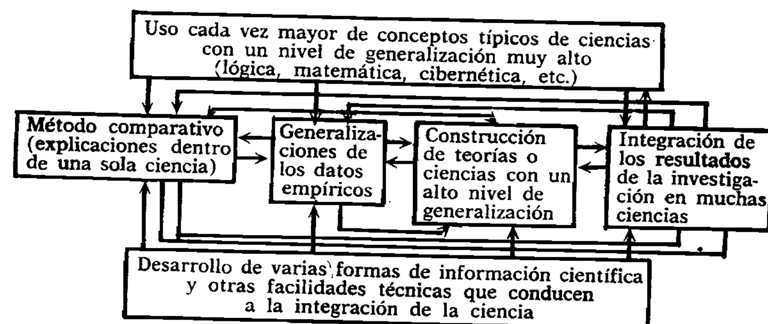
[10] Ver los comentarios referentes de A. Malewski en su *O zastosowaniu teorii zachowania...* (La aplicación de la teoría de la conducta...), Varsovia, 1964, páginas 4 y 6.

representantes de las diversas ramas de la ciencia, más fructífera resulta esa clase de referencia para la investigación en otras disciplinas. En términos más generales, esa forma de acabar con la compartimentación del conocimiento acumulado y cada vez mayor parece ser la base de todos los procesos de integración.

Sin embargo, esto requiere facilidades en la transmisión de los resultados de la investigación de una disciplina a otra. Tenemos que subrayar aquí la necesidad de una ordenación y codificación constante de los datos empíricos acumulados en una disciplina especializada concreta, lo cual se logra por la formulación de afirmaciones generales de diversos niveles y tipos. Esto es muy importante, especialmente en los campos donde hay una cantidad creciente de datos. En este sentido, no deberíamos temer una rápida modificación o incluso rechazo de las conclusiones sacadas de esos datos, cosa que puede ocurrir bastante frecuentemente porque el cuerpo de datos implicado puede ser incompleto. El desarrollo de la ciencia consiste en un acercamiento gradual a la verdad. Este tipo de trabajo, indispensable para el desarrollo de la forma comparativa de integración, que estimula las preguntas y explicaciones dentro de una disciplina concreta, es aún más necesario cuando pasamos al siguiente paso de los procesos de integración.

Esta última formulación se refiere a la forma de integración de la ciencia en la que nos encontramos con la unificación y unión (y no sólo con una simple comparación) de los resultados obtenidos en varias disciplinas de un modo que va más allá de la sugerencia de nuevas ideas y explicaciones en el campo de una ciencia concreta. Esta forma de integración puede tener, por lo menos, tres variantes. La primera se manifiesta por el surgimiento, a partir de la unión de los resultados y métodos de investigación, de disciplinas limítrofes que abarcan áreas límites de dos o más disciplinas cada una. La segunda consiste en la construcción de series de teoremas (teorías) de un alto nivel de generalidad, que unen los puntos de vista de varias ciencias (por ejemplo, la teoría del comportamiento). La tercera, estrechamente relacionada con la segunda, adopta la forma del surgimiento de disciplinas separadas que están por encima de otras a causa de la generalidad de sus teoremas; esto vale, por ejemplo, para la cibernética, respecto a la teoría de la información, y para la teoría de la comunicación.

Las mencionadas teorías y disciplinas no se pueden considerar simplemente como resultados de los procesos de integración. Para usar el lenguaje cibernético, podemos decir que hay un efecto de realimentación entre esas teorías generales y disciplinas. Esas realimentaciones son parte del esquema general que refleja un intento de ilustración de los procesos integradores en la ciencia.



La importancia en este esquema de las teorías cuyos teoremas están marcados por un gran nivel de generalidad se puede ver fácilmente. Es posible predecir que los procesos de integración en la ciencia usarán o harán surgir nuevas teorías que enlacen los puntos de vista de varias ciencias, ya que tales teorías son un punto de encuentro necesario de dichas disciplinas diferentes. Si una teoría o una disciplina dada se llama, metafóricamente, plataforma de integración, esto significa que produce tales líneas maestras metodológicas, que dirigen la investigación especializada reuniendo la información dispersa y confirmando o modificando, o incluso rechazando las teorías de las que partió la investigación en un caso concreto. Cuanto más amplia es una teoría, formulada en un nivel de generalización correspondiente, más vasta es la plataforma que proporciona para tal encuentro. El grado de hipótesis de las teorías implicadas puede variar; evidentemente, es mejor que no sea muy grande. La cuestión es, por tanto, seleccionar las teorías que se basen suficientemente en los resultados obtenidos en las disciplinas especializadas y construidas de modo que sirvan de plataforma para una integración real, y no sólo formal, del mayor número posible de disciplinas, contribuyendo así a un mejor conocimiento del mundo.

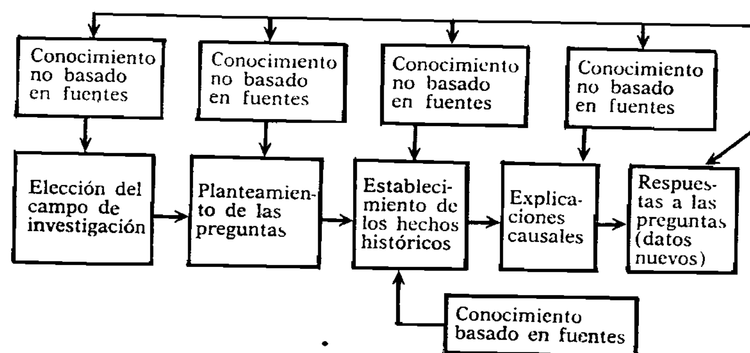
En cuanto a las ciencias sociales, es sobre todo la teoría del materialismo dialéctico la que, entre las teorías con alto nivel de generalización, satisface las condiciones mencionadas. Esto se verá más tarde, cuando tratemos los diversos conceptos relacionados con la interpretación del pasado.

XVII

Las funciones del conocimiento basado en fuentes y no basado en fuentes

1. *Análisis del procedimiento del historiador desde el punto de vista del papel del conocimiento basado y no basado en fuentes*

El importante papel jugado por el conocimiento no basado en fuentes dentro del proceso investigador del historiador se puede ver claramente a la luz de lo que se ha dicho en el capítulo anterior. Pero su papel real se puede ver en todo su relieve sólo cuando reflexionamos profundamente sobre los diversos pasos de ese proceso y al mismo tiempo comparamos su papel con el del conocimiento basado en fuentes. Por otro lado, hay que hacer una enorme reserva contra la consideración de esta afirmación como un modo de empequeñecer el papel de las fuentes en la investigación histórica. Las fuentes seguirán siendo siempre el mayor tesoro del historiador, sin el que simplemente no podría existir. La cuestión, aquí, es poner fin a la consideración de las fuentes y del conocimiento basado en fuentes como fetiches, opinión bastante corriente entre los historiadores, pero que no es más que una manifestación de la actitud antiintegradora de los estudiosos y una defensa del acercamiento puramente erudito. La cosa esencial es, sin olvidar la importancia fundamental (en cierto sentido) de las fuentes, darse cuenta de que las fuentes solas no bastan, como no basta sola la erudición histórica. Tenemos que advertir que la información extraída de las fuentes es más instructiva si planteamos preguntas más variadas, y esto requiere unos amplios conocimientos.



Este diagrama muestra el papel del conocimiento basado y no basado en fuentes.

La elección del campo de investigación y el planteamiento de las preguntas se relacionan principalmente con el problema de la selección, y los criterios de selección están, a su vez, muy relacionados con un sistema de valores concreto (que es una función del conocimiento humano). Un cambio en el sistema de valores como regla da lugar a cambios en los criterios de selección aceptados, y también a cambios en los supuestos de las preguntas y los métodos de explicación. Al elegir un campo de investigación no procedemos aún a estudiar el problema en cuestión. Ese problema (pregunta) ni siquiera ha sido todavía formulado. Al formularlo nos referimos también a nuestros criterios de selección basados en nuestro sistema de valores, pero también usamos, en una medida al menos igual, nuestro conocimiento de los hechos históricos y también nuestro conocimiento teórico general.

Una vez que se ha planteado la pregunta, el papel exclusivo del conocimiento no basado en fuentes llega a su fin, y al buscar una respuesta a esa pregunta debemos recurrir a los datos basados en fuentes. Su papel, sin embargo, varía según el nivel y el tipo de procedimiento usado para encontrar una respuesta a la pregunta planteada. En el curso de la crítica de fuentes (el estudio de la autenticidad y fiabilidad de las fuentes implicadas), nos referimos, principalmente, o al menos en igual medida, a nuestro conocimiento derivado de fuera de las fuentes estudiadas, ya que podemos sacar conclusiones sobre su autenticidad y fiabilidad sólo por comparación. Incluso aunque no salgamos de una fuente concreta, los datos que contiene (sobre los hechos y sobre sí misma) sólo se aceptan debido a ciertas afirmaciones que son parte del cuerpo de conocimientos que tenemos. Si estos datos están en contradicción con nuestro conocimiento, continuamos nuestra investigación para decidir si hay que modificar nuestro conocimiento no basado en fuentes acerca de ese punto.

El papel del conocimiento basado en fuentes es el mayor en el momento en el que establecemos los hechos, ya que los establecemos apoyándonos en las fuentes, a pesar de que, como podemos darnos cuenta, seríamos incapaces de extraer datos concretos de las fuentes sin un conocimiento no basado en fuentes adecuado. Una de las tesis fundamentales de la teoría de la información es que cada unidad de información debe ser «pagada»; en otras palabras, cada unidad de información cuesta. Más aún, la lectura de una unidad de información concreta exige el conocimiento de los códigos apropiados. También hay que recordar que la aceptación de algo como fuente importante para un problema determinado sólo ocurre en relación con el conocimiento del investigador. Como bien decía J. Giedymin: «Un objeto es una fuente histórica sólo si hay una persona para quien no sea simplemente un objeto «ordinario», sino también un signo, es decir, si esa persona tiene un conocimiento apropiado que le permita relacionar ese objeto con objetos o sucesos del pasado» [1].

En cuanto a las explicaciones causales, el conocimiento no basado en fuentes salta a primer plano, ya que raramente encontramos en nuestras fuentes una indicación de las causas de los sucesos que nos interesan, y aunque la encontremos, esa información no tiene autoridad desde nuestro punto de vista. Para hacer explicaciones causales necesitamos un complicado proceso de investigación, que utiliza sobre todo el método comparativo.

[1] J. Giedymin, «Problemy logiczne analizy historycznej» (Problemas lógicos en los análisis históricos), *Studia Zrodloznawcze*, vol. II, Poznan, 1958, pág. 28.

Como ha mostrado, en particular, C. G. Hempel[2], para averiguar que ciertas circunstancias son la causa del hecho que estudiamos, debemos referirnos a una ley científica. En la explicación relacionamos los hechos entre sí, y lo hacemos recurriendo a las leyes, es decir, al conocimiento (teórico) no basado en fuentes. Los diversos hechos que conocemos sugieren la posibilidad de recurrir a ciertas leyes específicas. El conocimiento no basado en fuentes también nos permite formular leyes y sintetizar los resultados de la investigación. Del mismo modo, los hechos históricos se valoran a la luz del conocimiento no basado en fuentes, que en este caso funciona como un sistema de valores.

Para ilustrar el papel del conocimiento basado y del no basado en fuentes, damos más abajo una tabla en la que el símbolo «+» se inserta en la línea que indica un proceso investigador concreto y en la columna que señala si en el proceso prevalece el conocimiento basado o el no basado en fuentes. Si ambas clases de conocimiento tienen la misma importancia, el símbolo «+» se coloca en las dos columnas, en esa línea. Es evidente que la importancia de los diversos niveles de la tarea del historiador se puede valorar de modo distinto desde el punto de vista del objetivo de su investigación, pero, por otra parte, todos los procedimientos enumerados en la tabla son indispensables para lograr los objetivos de la investigación.

CONOCIMIENTO BASADO Y NO BASADO EN FUENTES EN LOS PROCEDIMIENTOS INVESTIGADORES DEL HISTORIADOR.

Núm.	*Tipo de procedimiento*	*Conocimiento basado en fuentes*	*Conocimiento no basado en fuentes*
1	Elección del campo de investigación.		
2	Formulación de la pregunta (problema).		+
3	Establecimiento de las fuentes para ese problema.		+
4	Lectura de los datos basados en fuentes.		+
5	Estudio de la autenticidad de las fuentes (crítica externa).		+
6	Estudio de la fiabilidad de las fuentes (crítica interna).	+	+
7	Establecimiento de los hechos sobre los que las fuentes proporcionan información directa.	+	+
8	Establecimiento de los hechos sobre los que las fuentes no proporcionan información directa (incluida la comprobación).	+	
9	Explicación causal (incluida la comprobación).		+
10	Establecimiento de leyes (incluida la comprobación).		+
11	Interpretación sintética (respuesta al problema de investigación).		+
12	Apreciación (adecuada) de los hechos históricos.		+
			+

[2] Cfr. C. G. Hempel, «The Functions of General Laws in History», en *Theo-*

2. *Las funciones del conocimiento no basado en fuentes$_1$. El problema del modelo nominal de preguntas*

El conocimiento no basado en fuentes, es decir, la observación y las afirmaciones teóricas sobre el mundo, aceptadas por un investigador concreto, puede considerarse —si lo vemos en un sentido relativo, o sea, limitado a una pregunta concreta— como un análogo de los presupuestos de esa pregunta. Según la distinción de J. Giedymin, es lo que él llama el modelo nominal de la pregunta, que es la serie o el sistema de presupuestos, en oposición al modelo real (semántico) de la pregunta, es decir, la clase de los objetos que satisfacen el sistema de presupuestos que hace el modelo nominal[3]. El conocimiento no basado en fuentes, que desde el punto de vista lógico está formado por premisas nuevas, reglas de inferencia, etcétera, aumenta el repertorio de los modos de inferencia que permiten la resolución de un problema determinado.

Como es sabido (cfr. capítulo XIV), en un sistema de presupuestos de una pregunta tenemos que distinguir, sobre todo, el presupuesto positivo, el presupuesto negativo, el presupuesto de unicidad, el presupuesto positivo restrictivo, y quizás, también, el presupuesto de capacidad de decisión y los criterios de una respuesta satisfactoria.

Como se ha dicho anteriormente, el presupuesto positivo corresponde a la convicción, que es parte del conocimiento no basado en fuentes$_1$, de que hay una respuesta cierta a la cuestión planteada. El presupuesto negativo, que también forma parte del conocimiento no basado en fuentes$_1$, también es de naturaleza general: afirma que no todas las respuestas son ciertas. El conocimiento no basado en fuentes$_1$ proporciona también las bases para el posible presupuesto de unicidad, que afirma que una y sólo una respuesta directa es cierta.

El presupuesto afirmativo restrictivo, que necesita un conocimiento no basado en fuentes más específico, y en muchos casos se relaciona con los avances en nuestra utilización de los datos basados en fuentes, nos acerca a la respuesta que buscamos. Cuanto mejor sea nuestro conocimiento no basado en fuentes, con mayor precisión indicará ese presupuesto en qué subserie hay que buscar la respuesta a la pregunta. Una serie determinada (de posibles respuestas) se estrecha hasta su subserie determinada. Este presupuesto es también uno de los criterios de aceptación de la respuesta: afirma que una respuesta que venga de fuera de la subserie mencionada o del campo de lo desconocido no se debe aceptar. Esto vale para las preguntas de decisión y de complementación, igualmente. Es obvio que este presupuesto, como cualquier otro, puede demostrarse como falso. Los presupuestos son sólo un sistema de hipótesis iniciales, necesarias para una formulación determinada de la pregunta. Los presupuestos falsos de una pregunta, que se deben a un conocimiento no basado en fuentes insuficiente o erróneo, dificulta muchas veces, en gran medida, la labor investigadora. Pero raramente podemos hablar de la certeza absoluta de los presupuestos desde el momento inicial de la investigación (por verdad absoluta de los presupuestos queremos decir aquí su verdad confirmada más tarde en el curso de la investigación). Pero podemos exigir que el conocimiento no

ries of History, ed. cit., págs. 345-346. Para el problema de la explicación, ver capítulo XXI.

[3] J. Giedymin, *op. cit.*, págs. 94-95, 177.

basado en fuentes que tiene un historiador se amplíe constantemente, ya que es un elemento indispensable de su tarea.

Las preguntas capciosas son un buen ejemplo de preguntas con presupuestos falsos latentes. Si preguntáramos, por ejemplo, qué territorios polacos fueron anexionados por Austria en la Segunda Partición de Polonia, no podríamos esperar una respuesta directa a esta pregunta, ya que Austria no participó en la Segunda Partición de Polonia.

El presupuesto de capacidad de decisión, es decir, la convicción de que la respuesta a la pregunta planteada se puede comprobar por medio de la observación, es de naturaleza compleja. En la mente del investigador suele aparecer conjuntamente con el presupuesto positivo.

3. *Las funciones del conocimiento no basado en fuentes$_2$. El problema del modelo metodológico (selección)*

El sistema de valores que sostiene un investigador concreto, que en nuestra clasificación se denomina conocimiento no basado en fuentes$_2$, funciona como una serie de líneas maestras que ese investigador sigue en su trabajo. Sobre todo, la valoración es una de las principales fuentes de inspiración en cuanto a la distinción entre los factores principales y los secundarios. Las valoraciones suelen ser líneas maestras muy generales del tipo: «como *A* es bueno, hay que subrayar sus aspectos buenos, para propagar el conocimiento de *A*», etcétera. Estas líneas maestras son también, en cierto sentido, un sistema de presupuestos de una pregunta determinada. Se podrían llamar presupuestos axiológicos de esa pregunta. En muchas ocasiones, pueden estorbar al investigador para llegar a la respuesta correcta a la pregunta que ha planteado. Por ejemplo, su convicción de que la Contrarreforma jugó un papel positivo en la historia de Polonia, convicción que saca de su conocimiento no basado en fuentes y que forma parte de su sistema de valores (conocimiento no basado en fuentes$_2$), puede restringir enormemente su campo de visión. Un presupuesto axiológico trabaja como un filtro *sui generis* que selecciona los datos que llegan al investigador, y que, por tanto, le guía en su esfuerzo por adquirir nueva información. Como se ha dicho, las líneas maestras que proceden de un sistema de valores abren, en muchos casos, nuevas perspectivas a la investigación, al señalar nuevos campos que habían pasado inadvertidos hasta el momento.

Así, los avances en la investigación están determinados no sólo por la parte del conocimiento no basado en fuentes que se ocupa de la formulación de una pregunta concreta, sino también por más conocimiento latente, en concreto el que subyace en la decisión sobre el planteamiento de esa pregunta. Afortunadamente, hay un acuerdo entre los estudiosos sobre muchas cuestiones fundamentales, de modo que las decisiones sobre el planteamiento de preguntas se hacen de modo eficaz; más aún, ciertas diferencias entre los sistemas de valores, es decir, los sistemas de conocimiento no basado en fuentes$_2$, dan lugar a una variedad en las preguntas, que produce una visión del mundo más plena. Esa visión más plena se alcanza, como es sabido, en el desarrollo dialéctico de la investigación.

Esta es la razón, digámoslo una vez más, por la que no hay que dejar de lado el problema del conocimiento no basado en fuentes$_2$ en los análisis metodológicos en general, y no sólo en la investigación histórica. En esta última, las funciones del conocimiento no basado en fuentes$_2$ son particularmente importantes. Sobre ese conocimiento residen, en gran medida, las

decisiones sobre el planteamiento de preguntas en un terreno determinado. Esto significa que, incluso en ese nivel, influye en los procesos de selección, que son de enorme importancia en cualquier clase de investigación histórica.

Un cambio en el sistema de valores, que se produce por los cambios en nuestro cuerpo de conocimientos no basados en fuentes, suele implicar cambios en los criterios de selección. Es evidente que los cambios en el cuerpo de conocimientos no basados en fuentes$_1$ dan lugar a modificaciones de los presupuestos en las preguntas que planteamos.

Por ejemplo, los cambios que derivaron de la adopción de la teoría y el método del materialismo histórico fueron cambios en los criterios de selección, presupuestos de las preguntas (preguntas factográficas, preguntas explicativas, y preguntas sobre leyes), y en los métodos de explicación. En el área de la selección, se comenzó a prestar una atención incomparablemente mayor a los cambios en la tecnología de la producción, la relación de propiedad, el nivel de propiedad de las distintas clases, los intereses de dichas clases y sus subdivisiones, las luchas de clases (por ejemplo, las diversas formas de resistencia por parte de los campesinos y la luchas entre los patricios y la población urbana pobre), la función clasista del estado, la legislación del estado, las ideologías y organizaciones que las proponen (como la Iglesia), las relaciones entre las luchas para abolir los privilegios sociales y las luchas por la independencia, las tradiciones de lucha igualitaria y las protestas contra los privilegios de los ricos y los poseedores del poder, etcétera[4].

La interpretación de los presupuestos que subyacen en la selección es muy fácil, a veces. Por ejemplo, los problemas relacionados con la actitud patriota del clero se abordaron, muchas veces, por parte de los historiadores que estaban en relación con los grupos católicos. Por otra parte, los temas que tendían a sacar a la luz casos de traición, opresión de los campesinos y lujuria en el modo de vida de los dignatarios de la Iglesia, eran abordados muchas veces por los historiadores convencidos del papel negativo del catolicismo en Polonia. Sin embargo, con mayor frecuencia, esto ocurre con preguntas más fundamentales (problemas de investigación). En el caso de preguntas simples, los presupuestos que motivan la selección (es decir, el conocimiento no basado en fuentes latente en un investigador concreto) sólo se aclara si podemos situar esa pregunta en un sistema de preguntas que se combinen para formar un problema más amplio.

Por ejemplo, la pregunta «¿Cómo era de numeroso el ejército de Napoleón en la Batalla de Waterloo?» puede formar parte de una pregunta más amplia sobre las causas de la derrota de Napoleón en esa batalla, y esta última pregunta se plantea por su importancia (al menos desde el punto de vista de un investigador concreto). Una persona puede estar convencida de la importancia de esa pregunta al margen de que crea que Napoleón jugó un papel importante en la historia humana (positivo o negativo) o no lo crea. Por tanto, los presupuestos que subyacen en la decisión de plantear tal pregunta señalan las valoraciones inherentes a la visión general de la historia de la Humanidad por parte de la persona que la plantea, y dicha visión general es resultado de su conocimiento no basado en fuentes$_1$.

[4] Cfr. A. Malewski y J. Topolski, «Metoda materializmu historycznego w pracach historykow polskich» (El método del materialismo histórico en las obras de los historiadores polacos), *Studia Filozoficzne*, núm. 6, 1959, pág. 130.

Este procedimiento iterativo parece ser una regla respecto a un análisis de los presupuestos de las decisiones interrogativas. A veces se necesita un número bastante grande de pasos para averiguar cuáles son esos presupuestos, pero, en general, en la investigación histórica, el número de pasos es menor que, por ejemplo, en la ciencia natural.

Analicemos el ejemplo anterior con más detalle:

Paso 1: Encontramos una laguna en nuestro conocimiento no basado en fuentes, y, por otro lado, estamos convencidos de la importancia del problema global. Hemos elegido ese problema porque creemos que las acciones de Napoleón son muy importantes para la comprensión de la historia del mundo.

Paso 2: Decidimos formular una pregunta destinada a llenar la laguna mencionada (apoyándonos en el conocimiento no basado en fuentes$_1$ y en el conocimiento no basado en fuentes$_2$).

Paso 3: Planteamos la pregunta: ¿Cuál era la fuerza numérica del ejército de Napoleón en la Batalla de Waterloo? Lo hacemos poniendo en funcionamiento nuestro conocimiento no basado en fuentes$_1$. Esta es parte de una pregunta más amplia, por ejemplo, sobre las causas de la caída de Napoleón.

Presupuesto positivo: estamos convencidos de que se puede encontrar una respuesta a la pregunta más estricta (porque Napoleón existió, porque la batalla de Waterloo tuvo lugar, etcétera).

Presupuesto negativo: estamos convencidos de que no todas las respuestas serían ciertas (por ejemplo, no nos inclinamos a aceptar las respuestas que indiquen una superioridad numérica de Napoleón en esa batalla).

Presupuesto de unicidad: sabemos que sólo una respuesta directa sería exacta, posible dentro de un período (a no ser que pensemos en el ejército de Napoleón en los diversos momentos de la batalla).

Presupuesto positivo restrictivo: buscaremos la respuesta en la subserie: el ejército de Napoleón era menos numeroso que el de sus adversarios; su fuerza numérica no podía ascender a millones, etcétera.

Paso 4: La pregunta formulada de acuerdo con los presupuestos anteriores se incluye en nuestro programa de investigación.

4. *Las funciones de los datos no basados en fuentes*

En la formulación de las respuestas, los datos no basados en fuentes juegan, sobre todo, un papel deductivo, que consiste en que sirven como premisas en los casos de inferencia de la investigación histórica. Esa función se manifiesta muchas veces, especialmente en el establecimiento deductivo de los hechos y en la construcción de las explicaciones causales. Los ejemplos no vamos a mencionarlos aquí, ya que los trataremos en los capítulos adecuados. Por el momento, nos limitaremos a mostrar el papel de los datos no basados en fuentes de un modo puramente esquemático.

Supongamos que (para tomar en cuenta un caso muy simple) nos encontramos con una serie de diversas situaciones que se define por las siguientes preguntas de decisión:

p_1	$\sim p_1$
p_2	$\sim p_2$
p_3	$\sim p_3$

Tenemos datos basados en fuentes que afirman que p_1 y $\sim p_2$, es decir, que p_1 ocurrió, mientras que p_2 no. Después, el conocimiento no basado en fuentes nos dice que existe la siguiente relación general: $p_1 \rightarrow \sim p_3$, que significa que un hecho del tipo p_1 implica la carencia de hechos del tipo p_3. Si hacemos uso sólo de los datos basados en fuentes, limitamos así la serie de preguntas:

p_1	$\boxed{\sim p_1}$
$\boxed{p_2}$	$\sim p_2$
p_3	$\sim p_3$

Las respuestas enmarcadas son las que se pueden eliminar.

Si a esto añadimos la información no basada en fuentes mencionada, la serie se puede reducir aún más:

p_1	$\boxed{\sim p_1}$
$\boxed{p_2}$	$\sim p_2$
$\boxed{p_3}$	$\sim p_3$

Resulta, por tanto, que las respuestas a las preguntas de decisión anteriores son: p_1; $\sim p_2$; $\sim p_3$.

Otra función de los datos no basados en fuentes en la construcción de respuestas narrativas y explicativas es la de unir los datos basados en fuentes en un cuadro coherente. Consideremos, por ejemplo, la siguiente afirmación de *Religion and the Rise of Capitalism*, de R. H. Tawney: «Ante las artes por las que los hombres amasan riquezas y poder, y ante la previsión ansiosa que acumula para el futuro, Lutero tenía toda la desconfianza de un campesino y de un monje»[5].

En este ejemplo, Tawney usó el concepto de «desconfianza de un campesino y un monje», que es un caso típico de información no basada en fuentes y asequible por nuestro conocimiento de los rasgos característicos de los campesinos y los monjes. Ese concepto le permite unir los diversos datos basados en fuentes sobre la actitud de Lutero hacia las tendencias económicas que marcaron al capitalismo naciente.

[5] R. H. Tawney, *Religion and The Rise of Capitalism*, Londres, 1927, pág. 92.

QUINTA PARTE

LA METODOLOGIA PRAGMATICA DE LA HISTORIA: LOS METODOS DE RECONSTRUCCION DEL PROCESO HISTORICO

XVIII

La autenticidad de las fuentes y la fiabilidad de los informantes

1. *El concepto general de crítica de fuentes*

Los libros de texto sobre la investigación histórica suelen hacer una distinción entre la crítica externa y la interna, en cuanto a las fuentes. La primera se denomina, a menudo, crítica erudita (siguiendo a Langlois y Seignobos), o crítica inferior (siguiendo a Bernheim); la segunda se llama crítica superior o, como se ha dicho anteriormente, hermenéutica. La asimilación de los principios de la crítica, especialmente los de la crítica externa, fue, durante largo tiempo —desde el nacimiento de la opinión erudita en el siglo XVII— el componente principal de la formación metodológica de los historiadores. Ha seguido siendo así hasta ahora, pero a medida que nos alejamos del acercamiento positivista e ideográfico, que concede excesiva importancia al conocimiento basado en fuentes, los historiadores deben tener cada vez más elementos de la metodología general de la historia.

El estudio de las características externas de una fuente (o sea, todo menos el significado de la información que transmite), como se define normalmente la crítica externa, puede interpretarse en un sentido amplio o estricto. Si esa tarea se interpreta ampliamente, tiene que incluir la lectura [1] (desciframiento) de los datos contenidos en una fuente concreta, y la investigación de la propia fuente, que sirve como canal de información (en el sentido de la teoría de la información). En el sentido más estricto, la crítica externa sólo se ocupa de las características externas de una fuente determinada, interpretada como un canal de información, lo cual excluye, por tanto, los procedimientos de desciframiento. Puede suceder, sin embargo, que al analizar las características externas de una fuente sea necesario analizar el código (por ejemplo, cuando queremos establecer la fecha de un documento a partir de la escritura o identificar al autor a partir del estilo literario). En tal caso, el estudio del código queda incluido en la crítica externa, pero el proceso de desciframiento como tal no está involucrado.

El concepto de crítica externa no ha sido definido hasta ahora con suficiente claridad. Lo mismo ocurre con la división entre crítica externa e interna. Si consideráramos como objetivo principal de la crítica de fuentes la consecución de etiquetas para los datos provenientes de las fuentes, que establecieran cuánto se acercan estos datos a los hechos históricos, entonces, muchas afirmaciones, que no están relacionadas directamente con el problema de la certeza de dichos datos, tendrían que ser excluidas de la crítica de fuentes concebida de ese modo. Dichas afirmaciones, sin embargo, se

[1] La lectura se interpreta aquí de modo muy amplio, abarcando la extracción de información de fuentes materiales no escritas (por ejemplo, restos de un edificio antiguo).

incluyen en el procedimiento normal de establecimiento de los hechos históricos. Puesto que una crítica de fuentes profunda exige, a menudo, procedimientos muy complicados, durante los cuales, a veces, tenemos que establecer hechos que, de otro modo, estarían vagamente relacionados con los objetivos de la crítica de fuentes, tradicionalmente se aborda la operación entera como un todo.

Parece que la crítica de fuentes, en el sentido estricto del término, podría definirse con mayor precisión si adoptáramos las cuatro afirmaciones siguientes:

1) La crítica de fuentes, tanto externa como interna, debe contestar a la pregunta: ¿Los datos proporcionados por una fuente concreta están de acuerdo con los hechos? Esto implica que salte a primer plano la cuestión de la fiabilidad del informante.
2) El primer paso en la crítica de una fuente consiste en investigar su autenticidad (crítica externa).
3) El segundo paso en la crítica (esto atañe a las fuentes indirectas) de una fuente consiste en averiguar si el informante es fiable o no (crítica interna).
4) Para determinar la fiabilidad del informante, primero tenemos que examinar la autenticidad de la fuente; sin embargo, el estudio de esta autenticidad exige también, a veces, información sobre la fiabilidad del informante, o sea, sobre la veracidad de los datos que transmite.

Esto supone que el estudio de la fiabilidad de la información se considera como la meta principal de la crítica de fuentes, externa e interna, y que la crítica externa se identifica con el estudio de la autenticidad de las fuentes, y la crítica interna, con el estudio de la fiabilidad de la información.

Los principios de la crítica de fuentes, que han sido logrados trabajosamente a partir del siglo XVII, cuando los benedictinos y los bolandistas comenzaron sus investigaciones, hasta que los positivistas los elevaron, forman hoy en día una vasta reserva de conocimientos, que usan sobre todo los estudiosos de la historia medieval. Pero es obvio que ni el más detallado conocimiento de esos principios puede sustituir el conocimiento general y completo (no basado en fuentes) que debe tener un historiador. Los principios mencionados indican solamente cómo debe usarse ese conocimiento. Aquí nos ocuparemos de los principios y reglas más generales, especialmente de los problemas de la autenticidad de las fuentes y la fiabilidad de los informantes.

2. *La autenticidad de las fuentes*

El estudio de la autenticidad de las fuentes es el punto de partida de todas las operaciones de investigación emprendidas por un historiador que se remite a las fuentes. Pero el concepto de autenticidad no ha sido definido con claridad. Los libros de texto de los métodos críticos usados en la investigación histórica se suelen referir, por un lado, al establecimiento del tiempo y el lugar de origen de una fuente concreta y al establecimiento de su autor, y, por otro, al estudio de su autenticidad, que se interpreta, normalmente, de un modo estricto, como el establecimiento del texto original de una fuente concreta[2]. Aquí conviene hacer una distinción entre varios conceptos de autenticidad. Ahora bien, una fuente se llamará auténtica en el sentido de la autenticidad$_1$ si se conoce el tiempo de su origen y el lugar al que se refiere, porque sólo una fuente así puede proporcionar datos sobre hechos históricos con sus determinantes temporal y espacial, que son las características fundamentales de esos hechos. En este sentido, autenticidad significa el conocimiento del tiempo y el lugar de origen de la fuente. Interpretadas así, todas las fuentes cuyo tiempo y lugar de origen conocemos son auténticas[3]. Cuanto más extenso y fiable sea ese conocimiento, más auténtica será la fuente. Si una fuente, que globalmente da información verdadera, informa, directa o indirectamente, sobre su propio tiempo y lugar de origen (y si el establecimiento del tiempo y el lugar de origen de este tipo de fuentes no suele implicar dificultades), entonces puede clasificarse como auténtica (en el sentido de la autenticidad$_1$), con un alto grado de probabilidad.

Pero, junto a la autenticidad$_1$, debemos destacar, para estar de acuerdo con el comportamiento lingüístico de los historiadores, los conceptos de autenticidad$_2$ (autenticidad pragmática), autenticidad$_3$ (autenticidad exacta), y autenticidad$_4$ (autenticidad en el sentido del conocimiento de las fuentes). Mientras que en el sentido de la autenticidad$_1$, toda fuente que tiene asignados con fiabilidad su tiempo y su lugar de origen es auténtica, esto no basta en el caso de los restantes tipos de autenticidad, puesto que puede haber fuentes que tengan sus fechas y lugares de origen correctamente indicados, y sin embargo no sean auténticas en otro sentido.

La autenticidad$_2$ se limita a la naturaleza de la información que buscamos en la fuente. En este sentido, una fuente que es auténtica para la resolución de un problema puede no serlo para la resolución de otro. Muchos documentos medievales espúreos (por ejemplo, concesiones de tierras y derechos) no son auténticos para el estudio del estado original de varias propiedades y las cesiones de tierras y derechos, porque en estos documentos espúreos las donaciones reales se extendían hasta abarcar las últimas adquisiciones, obtenidas de una forma no siempre legal; sin embargo, son plenamente auténticas si nos ocupamos del estudio de la expansión de las propiedades mantenidas por los patrocinadores de esas falsificaciones, o del estudio de las condiciones socio-económicas o de otro tipo que prevalecían en el momento en el que el documento se sacó. En relación con la auten-

[2] S. Koscialkowski (cfr. *Historyka*, ed. cit., pág. 79) limita el estudio de la autenticidad de las fuentes a establecer si una fuente concreta «transmite el texto en su contenido, forma y vocabulario originales, sin cambiar ni contaminar, tal como los dio su verdadero autor». M. Handelsman distingue —junto al estudio del lugar y tiempo de origen y la autoría de una fuente concreta— la crítica de la naturaleza de una fuente (si un documento concreto es genuino o no, páginas 45 y ss.) y lo que él llama el análisis de las fuentes (págs. 159 y ss.), destinado a diferenciar las fuentes originales, secundarias, dependientes, etcétera. Encontramos lo mismo en Bernheim (págs. 324 446). Langlois y Seignobos distinguen, dentro de la crítica externa, *critique de restitution* (págs. 51 y ss.) y *critique de provenance* (págs. 66 y ss.). La primera significa establecer el verdadero texto (por ejemplo, comparando varias copias), y la segunda, averiguar el origen de una fuente determinada. Datos valiosos sobre la crítica externa e interna se encuentran en *Studia zrodloznawcze*.

[3] Podríamos decir, también, que, al margen de nuestro conocimiento sobre su época y lugar de origen, todas las fuentes son auténticas. Este sería un concepto de autenticidad aún más general e ilimitado, pero inútil para nuestras reflexiones.

ticidad$_2$, tenemos el concepto del alcance de la autenticidad, o sea, la suma de aquellas cuestiones (problemas) a las que una fuente concreta puede proporcionar respuestas verdaderas.

La autenticidad$_3$ (éste es el sentido que se adopta normalmente en los libros de texto sobre historiografía) se refiere a la cuestión de la posible falsedad de una fuente concreta, y la autenticidad$_4$ se distingue por el problema de si una fuente determinada es primaria o secundaria. En relación con la autenticidad$_3$ tenemos el concepto de grado de autenticidad, que, en cierto modo, es el inverso del grado de falsedad.

En lo que respecta a la autenticidad$_3$, son posibles tres casos: una fuente determinada puede probarse como plenamente auténtica, parcialmente auténtica o no auténtica.

Una fuente primaria es aquella que es un documento original (es decir, sacado por la persona especificada en la fuente); una fuente secundaria es aquella que, en cierto modo, depende del original (por ejemplo, una copia, un extracto, etcétera); una fuente original es, en este sentido, plenamente auténtica, mientras que, respecto a aquellas fuentes que no son documentos originales, sólo podemos hablar de un cierto grado de autenticidad.

3. *Las reglas del examen de autenticidad (crítica externa)*

Cada uno de los conceptos de autenticidad mencionados más arriba, que han sido distinguidos de acuerdo con los procedimientos usados realmente por los historiadores, hace surgir a su vez problemas de investigación. La experiencia antigua, estimulada por el principio del escepticismo, que se remonta por lo menos a L. Valla, ha ayudado a los historiadores a discernir un gran número de reglas que se usan en razonamientos más o menos sofisticados. Son las reglas no formales que, junto con las reglas de la lógica, posibilitan que se lleven a cabo los razonamientos que finalmente producen conclusiones definitivas sobre la autenticidad de fuentes concretas [4].

El estudio de la autenticidad$_1$ (autenticidad en sentido general), que en muchos casos significa el estudio de la autenticidad de una fuente concreta que se va a publicar, se reduce al establecimiento de su fecha y lugar de origen. El establecimiento de su autoría, que normalmente se considera como un procedimiento de crítica externa, no se incluye, ya que es un problema aparte, que debe relacionarse, sobre todo, con la determinación de la fiabilidad del informante, y, por otro lado, pertenece al proceso de establecimiento de los hechos históricos. El establecimiento de la autoría no es una condición indispensable para el estudio de la autenticidad, a pesar de que puede ser necesario (del mismo modo que un estudio del contenido, y por tanto de la fiabilidad de los datos). Nadie diría que la Crónica escrita por Gallus Anonymus (la crónica polaca más antigua, escrita en latín por un monje de origen probablemente francés) no es auténtica (en el sentido de la autenticidad$_1$) ni dudaría su autenticidad (en el sentido de la autenticidad$_3$), aunque no se conozca su autor (ni su verdadero nombre, ni una descripción definida) [5]. Por supuesto, no se puede negar que la cuestión

[4] Sobre las reglas extra-lógicas, ver J. Giedymin, *Problemy logiczne*, edicion citada, pág. 2.

[5] Cfr. A. J. Ayer, «Imiona wlasne a deskrypcje» (Nombres propios frente a descripciones), *Studia Filozoficzne*, núm. 5, 1960, págs. 136-156.

de la autoría está estrechamente unida al estudio de la autenticidad. A veces, el averiguar quién fue el autor puede responder a la pregunta sobre la legitimidad de una fuente dada. El famoso manuscrito procedente de Hradec Kralove debió perder la categoría de documento auténtico (aunque su autenticidad era cuestionada por Dobrovsky desde el principio) cuando se identificó a Vaclav Hanka como su autor. Pero, en general, la cuestión de la autoría es algo diferenciado, y va más allá de los problemas de la autenticidad de las fuentes, lo suficiente como para ser estudiada separadamente.

La fecha y el lugar de origen de un documento se establecen por un procedimiento directo o indirecto, o también directo en parte y en parte indirecto. El examen directo del documento consiste en los dos pasos siguientes: 1) la lectura de la información directa sobre el tiempo y lugar de origen que establece la propia fuente; 2) la comprobación de la afirmación obtenida. La lectura es una cuestión muy simple, a no ser que el establecimiento de la fecha requiera el uso de códigos complicados (que son la materia de la cronología histórica), y la identificación de un nombre de lugar, el uso de procedimientos especiales de investigación. Incluso una lectura directa exige comprobación, en la que usamos —como correctamente ha señalado M. Bloch— los mismos procedimientos que nos sirven para establecer la fecha o el lugar de origen de forma indirecta [6]. Uno de los métodos consiste en asegurar si hay contradicción o no entre la fecha y el lugar, establecidos previamente, y otros elementos de la fuente en cuestión. Si se encuentra dicha contradicción (por ejemplo, entre la fecha del documento y el tipo de escritura o la época de origen del papel), esto nos pone en cuestión de veracidad del documento, y por tanto indica que el documento no es auténtico (en el sentido de la autenticidad$_3$). En tal caso, debe investigarse por procedimiento indirecto, que puede consistir en formulaciones y apoyos de hipótesis apropiadas. Otro medio de comprobar las hipótesis sobre la fecha y el lugar de origen de una fuente concreta consiste en compararla con otras fuentes.

Un establecimiento indirecto de la fecha y lugar de origen de una fuente se basa en la deducción por aumento de probabilidades (cfr. capítulo XIX), usando como premisas datos basados y no basados en fuentes, y varias reglas extra-lógicas. Los datos implicados, basados y no basados en fuentes, pueden ser de varias clases, y su naturaleza depende de la naturaleza de la fuente. En lo que se refiere a los datos no basados en fuentes, los más valiosos de todos son los que usamos para hacer comparaciones con otras fuentes. Las semejanzas o diferencias que encontramos pueden, llegado el caso, rechazar o confirmar una hipótesis concreta. Las reglas extra-lógicas, que forman directrices formuladas sobre la base de ciertas relaciones generales, y confirmadas en la vieja práctica investigadora de los historiadores, incluyen [7] las siguientes: 1) si un documento está externamente relacionado de forma estrecha con otros (por estar todos juntos en un mismo códice), entonces su fecha puede establecerse comparándolo con los otros documentos del códice, y también es necesario examinar la propia historia del documento, o sea, averiguar cómo llegó a unirse con los otros documentos; 2) las características externas de un

[6] M. Bloch, *Apologie pour l'histoire*, ed. cit., págs. 115-116.

[7] Cfr. M. Handelsman, *Historyka*, ed. cit., págs. 135 y ss.; E. Bernheim, *Lehrbuch der historischen Methode*, ed. cit., págs. 391 y ss. Sobre el lugar de origen, ver Ch. Higouet, «La Géohistoire», en *L'histoire et ses méthodes*, edición citada, págs. 68-89.

documento reflejan el estado de civilización de un período concreto, y por tanto pueden servir de base para un intento de establecer su fecha; 3) un análisis del contenido del documento, combinado con el conocimiento no basado en fuentes, permite establecer su fecha, o por lo menos, algunas fechas límite *(post quem* y *ante quem)* entre las que debe localizarse la fecha del documento. Lo mismo ocurre con el lugar de origen de un documento.

A menudo, tratamos de reconstruir la fecha de un documento, u otra fuente, que se habían perdido, pero que sabemos con seguridad que habían existido. Pero en tales casos entramos más bien en la esfera del establecimiento de hechos históricos. Sin embargo, el procedimiento es el mismo que en el caso de la tercera regla mencionada anteriormente.

Tenemos un ejemplo en el intento de establecer la fecha del documento de cesión de los derechos municipales *(locatio civitatis)* a Gniezno. El documento se perdió en un incendio de 1512. El razonamiento realizado por el historiador puede reconstruirse de este modo:

1) El documento para la ciudad de Powidz, fechado en 1243, afirma que los derechos concedidos a esa ciudad son similares a los derechos concedidos a Gniezno. Por eso sabemos que la fecha que corresponde a Gniezno debe de haber sido anterior a 1243, año que es el *terminus ante quem* (o *terminus post quem non).*
2) El 26 de febrero de 1235, Ladislao. hijo de Odo, consiguió del Capítulo de Gniezno un trozo de tierra adyacente al pueblo, y se sabe que una transacción parecida fue un paso preliminar para la *locatio* de Poznan, por lo que podemos adoptar el año 1235 como la fecha más temprana, antes de la cual no debe buscarse la fecha de la *locatio*, es el *terminus a quo.*
3) Se sabe que en 1234-1237 Ladislao estaba construyendo un edificio de piedra y ladrillo en el Lago Jelonek, que probablemente estaba relacionado con la mencionada *locatio civitatis.* Por tanto la fecha de esa *locatio* debería estar entre 1234/5 y 1243.
4) El 25 de abril de 1239, Ladislao publicó un documento para el Claustro en Lubiaz, *in Gnieznensi civitate.* El término *civitas* debe de referirse a la reciente *locatio*, puesto que ese término no aparece en documentos anteriores, ni los publicados por el mismo Ladislao ni por los otros duques de la Gran Polonia. Ladislao murió en 1239 y no publicó más documentos.
5) Así, las fechas limítrofes del documento de la *locatio civitatis* de Gniezno serían 1238, el 25 de abril de 1239 y 1243, pero si afirmamos que la *locatio civitatis* fue concedida por Ladislao, entonces el año 1238 o principios de 1239 es la fecha más probable (según el cuerpo de conocimientos que tenemos)[8].

Como puede verse fácilmente, el procedimiento del historiador consiste en una restricción gradual del espacio de lo desconocido (en este caso, la fecha de la *locatio civitatis* de Gniezno), que le acerca a una respuesta completa que él, sin embargo, no podría obtener. Lo desconocido ha perdido su indefinición original para estar limitado dentro de un intervalo específico. El procedimiento en cuestión corresponde al usado en la búsqueda de una respuesta a una pregunta complementaria (¿en qué año?). Al buscar la respuesta, el historiador recurría a datos apropiados, y así obtenía respuestas parciales sucesivas (consideradas como lo que se llama confirmaciones en potencia), que estrechaban el ámbito de lo desconocido. Sin embargo, no estaba en posición de dar una respuesta completa.

Un procedimiento similar se utiliza cuando queremos definir el lugar de origen de un documento. Normalmente, los datos contenidos en una fuente dada proporcionan premisas más o menos valiosas para la conclusión final. Los datos más importantes son la mención especial, hecha por el autor de la fuente, en relación con ciertas localidades y regiones, y la presencia en esa fuente de datos específicos de algunas regiones y lugares solamente. El hallazgo de tales indicaciones se convierte, muchas veces, en el punto de partida de posteriores investigaciones.

Cuando estudiamos la fecha y el lugar de origen de una fuente determinada, tenemos que hacer una distinción entre establecer la fecha de origen de esa fuente y las fechas de las diversas unidades de información contenidas en la fuente. Una fechación exacta de los datos es de enorme importancia en la investigación histórica. El estudio de la fecha de origen de una fuente, si no es un objetivo en sí mismo (por ejemplo, a causa de la importancia histórica de esa fuente), está subordinado al objetivo principal, que es establecer las fechas de los datos proporcionados por esa fuente. Muchas veces tenemos que enfrentarnos con fuentes cuyas fechas de origen no pueden establecerse con suficiente precisión, y que sin embargo son muy valiosas, porque los datos que contienen tienen suficientes determinantes espacio-temporales. Por ejemplo, el editor de *Kronika Wielkopolska* (La crónica de la Gran Polonia) hace el siguiente comentario: «La época de origen es discutible... su autor o autores son desconocidos, la transmisión del texto en manuscritos es parcialmente oscura. Y sin embargo, no hay nada que pueda reemplazar esa cantidad de conocimiento sobre la Polonia medieval»[9].

El estudio de la autenticidad$_2$ (pragmática), esto es, limitada a la cuestión que se investiga, raramente se une a la crítica externa de una fuente concreta. Normalmente ocurre de modo que el historiador usa una fuente auténtica (en el sentido de la autenticidad$_1$) para decidir si esa fuente (o una información basada en fuentes, en el caso de las fuentes indirectas, pero entonces el concepto de autenticidad coincide con el de fiabilidad) es auténtica para las exigencias específicas de la investigación. En la mayoría de los casos, una decisión así se toma de forma automática, como si dijéramos; el historiador sabe, por experiencia, que una fuente de un tipo concreto puede no ser auténtica en cuanto a unas cuestiones específicas. Pero a veces, al ocuparse de la crítica externa, el historiador llega a ciertas conclusiones que restringen el alcance de la autenticidad de esa fuente, y formula así una unidad de información para otros investigadores. Se puede ver un ejemplo en los hallazgos de G. Labuda sobre la autenticidad de las sagas (por ejemplo, Hervarasaga) como fuentes para el estudio de la historia política primitiva de Polonia. Llegó a la conclusión de que, a causa de las dificultades encontradas en la separación cronológica y territorial de los datos contenidos en las sagas, su autenticidad para el estudio de la

[8] Este ejemplo está extraído de *Dzieje Gniezna* (Historia de Gniezno), Varsovia, 1965, capítulo escrito por H. Chlopocka, págs. 133-135.

[9] *Kronika wielkopolska* (Crónica de la Gran Polonia), B. Kürbis (ed.), Varsovia, 1965, pág. 16.

cuestión anteriormente mencionada es problemática [10]. Por otra parte, esas sagas son totalmente auténticas para el estudio de los diversos aspectos de la mentalidad en el período en el que fueron escritas.

A. Dopsch ha probado que los famosos capitulares atribuidos a Carlomagno son ordenanzas para el gobierno de propiedades, originales, no de Carlomagno, sino de su hijo Pipino, y no se refieren a todos sus estados, sino a las propiedades reales de Aquitania [11]. Así ha determinado la autenticidad de esa fuente en el sentido de la autenticidad$_1$, y ha definido el alcance de su autenticidad en el sentido de la autenticidad$_2$. Resulta que esa fuente no puede considerarse como verdadera para las respuestas a unas preguntas específicas (las que se refieren a la actividad de Carlomagno, y las que rebasan los problemas de las propiedades reales en el territorio de Aquitania).

El estudio de la autenticidad$_3$, o sea, el establecimiento del acuerdo entre los datos contenidos en una fuente (refiriéndonos más a sus características externas que a su contenido) y los hechos, es, como se ha dicho, la esencia de la comprobación cuando queremos averiguar la fecha o el lugar de origen de una fuente directa. El problema nos ha proporcionado, en la historia de la historiografía, un número inmenso de casos interesantes. Si lo que «dice» una fuente sobre sí misma concuerda con los hechos, tratamos con una genuina fuente auténtica. Cualquier desacuerdo con los hechos puede deberse sólo a una acción intencionada de una persona que quería sacar partido de tal desacuerdo. Son posibles dos casos:

1) Una fuente es no auténtica en parte (falsificación$_1$).
2) Una fuente es no auténtica en su totalidad, o sea, es ficticia (falsificación$_2$).

Los éxitos en el hallazgo de falsificaciones de las fuentes históricas, logros que dieron lugar al nacimiento y el desarrollo de la diplomática, dependen del grado de precisión con el que se haya falsificado una fuente, y del conocimiento del que disponga un historiador concreto. Dejando aparte las falsificaciones fáciles de descubrir, y que, por tanto, no presentan mayor problema para un investigador con una formación adecuada en su terreno, podemos decir que, en general, las falsificaciones$_1$, que turban la armonía de una fuente totalmente uniforme con varias modificaciones del original (omisiones, alteraciones, interpolaciones), son más fáciles de descubrir que las falsificaciones$_2$, que presentan conjuntos completamente falsificados, fabricados y uniformes. Sabemos durante cuánto tiempo se creyó que eran textos auténticos las falsificaciones de McPherson *(The works of Ossian)* y de V. Hanka (especialmente el manuscrito de Hradec Kralove). Lo mismo ocurre con cartas falsificadas de personalidades eminentes (por ejemplo, las fabricadas por el famoso Vrein-Lucas y, para anotar un caso reciente, las cartas, muy discutidas, supuestamente escritas por F. Chopin a Delfina Potocka). Casos igualmente interesantes nos los proporcionan las falsificaciones de fuentes no escritas, siendo las más célebres la tiara de Saitafernes y el cráneo de Piltdown; la primera llegó al Louvre, y el segundo al Museo

[10] Cfr. G. Labuda, *Zródla, sagi i legendy do najdawniejszych dziejów Polski* (Fuentes, sagas y leyendas sobre la historia temprana de Polonia), Varsovia, 1960, páginas 9, 111.

[11] Cfr. A. Dopsch, *Die Wirtschaftsentwicklung der Karolingerzeit vornehmlich in Deutschland*, vol. I, 1912, vol. II, 1913.

Británico. La tiara ha resultado haber sido falsificada a finales del XIX, y el cráneo, fabricado con huesos de simio.

Las reglas para descubrir falsificaciones forman un amplio cuerpo de conocimiento especializado; pueden dividirse en preliminares y básicas. Las reglas preliminares incluyen la que recomienda precaución si se descubre una nueva fuente inesperadamente y en circunstancias oscuras, y también si sólo se conoce una copia y el original no ha sido visto nunca por nadie. Las reglas básicas pueden reducirse a las siguientes [12]: 1) las características externas del documento no deben ser anacrónicas (lo cual, a veces, sólo puede averiguars con el uso de los métodos de investigación más modernos); 2) el contenido del documento (analizado desde el punto de vista de lo que contiene y lo que no contiene) no debe diferir de lo que conocemos por fuentes indudablemente auténticas y de lo que podemos esperar en una fuente de ese tipo. En este sentido, hay que prestar especial atención a los posibles anacronismos en el contenido del documento.

Al buscar falsificaciones parciales podemos encontrarnos en dos situaciones: que exista el original, o que se haya perdido. En el primer caso, cualquier alteración puede encontrarse por simple escrutinio, y además está el análisis de contenido; en el segundo caso, sólo tenemos un análisis detallado del contenido como fundamento posible para la conclusión sobre la autenticidad del documento.

El gran número de falsificaciones que surgen continuamente ha agudizado el sentido crítico de los historiadores, pero esto, a menudo, les vuelve hipercríticos. Esto hace surgir falsificaciones aparentes, o sea, fuentes auténticas que han sido consideradas como falsificaciones por su naturaleza excepcional. El descubrimiento de pinturas paleolíticas de belleza inesperada hizo que algunos historiadores dudaran al principio de su autenticidad [13].

Muchas reglas se han desarrollado también en el estudio de la naturaleza primaria (y secundaria) de las fuentes, o sea, de la autenticidad$_4$. No siempre es fácil decir qué copia de una fuente dada es auténtica en este sentido, es decir, es el original. Si averiguamos que una copia determinada es el original, esto tiene una importancia considerable para el estudio de la autenticidad. Pero puede haber también originales, o sea, fuentes que son auténticas en el sentido de la autenticidad$_4$, pero no son auténticas en el sentido de la autenticidad$_3$ (las copias se pudieron hacer de un original que era una falsificación).

Si podemos establecer qué copia es la original, el problema está resuelto; si el original no existe, tenemos que establecer el texto origen (en el caso de las fuentes escritas) a partir de textos secundarios existentes (copias, extractos, etcétera); en el caso de fuentes no escritas, tenemos que establecer cómo eran originalmente. Esto se suele hacer comparando las copias existentes. Las publicaciones de fuentes nos ofrecen ejemplos de complicados procedimientos en este terreno. El principio general observado por los historiadores consiste en conceder prioridad a aquellas copias que están más cercanas, cronológicamente, al original.

[12] Citado en M. Handelsman, *op. cit.*, págs. 148 y ss.

[13] El ejemplo dado por M. Bloch, *Apologie pour l'histoire*, ed. cit., pág. 149

4. *El concepto de fiabilidad*[14]

Una de las primeras cuestiones que salta a la vista es la de los tipos de fuentes a los que es aplicable el concepto de fiabilidad (de la información y de los informantes). Hasta ahora, el estudio de la fiabilidad se ha limitado a las fuentes escritas, y en particular a las que debían transmitir información. Esto era debido al hecho de que toda la crítica externa e interna se ocupaba sólo de las fuentes escritas, con especial preferencia por algunos tipos de ellas.

Mientras que no es correcto limitar la crítica a las fuentes escritas, y por tanto casi olvidar, en los tratados sobre metodología de la investigación histórica, los análisis de las fuentes no escritas, parece muy justificada cierta restricción en el uso del concepto de fiabilidad de un modo demasiado amplio. No se suele decir que las disposiciones del código de Hammurabi son fiables o no fiables, porque una norma no puede ser falsa ni verdadera[15]. Pero podemos investigar si la norma de la que nos ocupamos es auténtica en el sentido de la autenticidad$_3$, si puede unirse con un lugar y un período del pasado que pueda deducirse del análisis del contenido y de otras características de una fuente dada. Obviamente, el uso del modificador «fiable» también es posible, en cierto sentido, respecto a los datos obtenidos de fuentes directas, si suponemos el hecho de que la fuente, y por tanto, los datos que contiene, son auténticos, es decir, nos permite adquirir el conocimiento de hechos específicos. En otras palabras, son datos en los que se puede «confiar» respecto a hechos específicos. En este sentido, una información fiable quiere decir una información extraída de una fuente auténtica. Esto ocurre tanto con las fuentes directas como con las indirectas, pero, en el caso de las últimas, el estudio de su autenticidad no basta para garantizar el conocimiento sobre la fiabilidad de la información.

Las referencias a la fiabilidad de la información, a pesar de que están de acuerdo con el comportamiento lingüístico de los historiadores, no parecen justificadas, ya que el concepto de fiabilidad debe restringirse al informante, no a la información. Por eso es correcto hablar de la fiabilidad de los informantes. El concepto de fiabilidad del informante es esencial, no sólo en la investigación histórica, sino en todos los casos en los que se usan relatos de los informantes (por ejemplo, estudios con cuestionarios, relatos de observadores en varias disciplinas, etcétera). Si, de acuerdo con S. Nowak, ordenamos los enlaces en la cadena de comunicación de este modo: hechos; el contenido de la visión de esos hechos que tiene el informante; la formulación del mensaje del informante; el contenido de la visión de los hechos que tiene el receptor, y si nosotros, respectivamente, denominamos a las relaciones de conformidad de los diversos enlaces así: relación cognoscitiva (que se refiere al grado de acuerdo entre el contenido de la visión de los hechos que tiene el informante y los hechos mismos), relación

[14] El concepto de fiabilidad ha sido ampliamente tratado por J. Giedymin en numerosos documentos. El resumen se encuentra en *Problemy, zalozenia, rozstrzygniecia* (Problemas, supuestos, decisiones), ed. cit., págs. 105 y ss. Sus numerosas sugerencias y soluciones son utilizadas en este libro; se generalizan hasta abarcar todas las fuentes, no sólo las destinadas a transmitir información.

[15] Cfr. G. H. von Wright, «The Foundation of Norms and Normative Statements», en *The Foundation of Statement and Decisions*, ed. cit., págs. 351-367. Ver también J. Topolski y J. Wisniewski, introducción a *Lustracje Wojewodztwa Podlaskiego, 1570 i 1576*, Varsovia, 1959, pág. xxxi.

de expresión (que se refiere al grado de acuerdo entre el contenido del mensaje del informante y su visión de los hechos) y relación de comunicación (que se refiere al grado de concordancia entre el mensaje del informante y el que llega al receptor)[16], entonces podemos decir que la fiabilidad del informante es o la relación entre los hechos y su mensaje, o la relación entre la visión de los hechos que tiene el informante y su mensaje. En el primer caso, investigamos el grado de acuerdo entre el mensaje y los hechos (el grado de veracidad del mensaje, que podemos llamar fiabilidad completa), y en el segundo, la relación de expresión, es decir, investigamos si el informante intentó transmitir información cierta (esto puede llamarse fiabilidad propiamente dicha de la veracidad del informante). Cuando nos ocupamos del grado de verdad del mensaje (fiabilidad completa) podemos considerar: los medios a disposición del informante para adquirir el conocimiento de los hechos (si estaba en posición de adquirir ese conocimiento); la intención por la que se guió (si quería contar la verdad); y, si es posible, la frecuencia de los datos falsos o verdaderos obtenidos a partir del informante en un terreno concreto. Cuando investigamos la intención del informante de transmitir la verdad (fiabilidad propiamente dicha), nos ocupamos sólo de la intención por la que se guiaba, para averiguar si en vista de sus intenciones sería razonable de su parte contar la verdad. Cuando hablan de la fiabilidad de la información, los historiadores quieren decir lo que aquí llamamos fiabilidad completa; el concepto de fiabilidad del informante se reduce a menudo a la fiabilidad propiamente dicha.

J. Giedymin introdujo dos conceptos de fiabilidad en la ciencia histórica: fiabilidad$_1$ y fiabilidad$_2$. La fiabilidad$_1$ va unida a la frecuencia de los datos falsos y verdaderos obtenidos de un informante concreto en un campo determinado. En este caso, nuestra opinión sobre la fiabilidad está basada en nuestra valoración de los mensajes del informante desde el punto de vista de su veracidad. Por el contrario, la fiabilidad$_2$ se refiere a las intenciones y los medios del informante. Nos planteamos la cuestión de si él intentó, deliberadamente, transmitir la verdad, y si estaba en posición de obtener información verdadera; por tanto, al revés que en el caso de la fiabilidad$_1$, nos interesamos más por el propio informante que por sus mensajes. Es obvio que los dos conceptos de fiabilidad están estrechamente unidos entre sí[17]. El informante sólo transmite información verdadera si puede acceder a la verdad y si quiere transmitirla.

En general, los conceptos de fiabilidad completa y fiabilidad propiamente dicha (sugeridos por este autor) y de fiabilidad$_1$ y fiabilidad$_2$ (sugeridos por J. Giedymin) abarcan diferentes interpretaciones del concepto de fiabilidad del informante en la investigación histórica (y también en muchas otras disciplinas).

5. *El estudio de la fiabilidad (crítica interna).*

De lo que se ha dicho sobre el estudio de la autenticidad de las fuentes se deduce que la oposición entre crítica externa y crítica interna puede ser sólo una cuestión de convenio. Es bien sabido que, muchas veces, para establecer la autenticidad de una fuente, tenemos que introducirnos profunda-

[16] S. Nowak, *Studia z metodologii nauk spolecznych* (Estudios sobre la metodología de las ciencias sociales), Varsovia, 1965.

[17] J. Giedymin, *op. cit.*, págs. 106-109.

mente en el contenido de los datos que transmite, y en tal caso la cuestión de la autenticidad está interrelacionada con la de la fiabilidad. Para establecer la fiabilidad de un informante también tenemos que tener un conocimiento adecuado de una fuente dada, que entonces se considera como un canal de información. Incluso aunque los datos parezcan verdaderos, no los tomamos en cuenta para nuestra investigación si resulta que la fuente de la que han sido extraídos no es auténtica. Volviendo a los manuscritos de Vaclav Hanka, sabemos hasta qué punto fueron usados por los historiadores como fuentes de información sobre el sistema social en la Bohemia del siglo IX. Los datos fueron considerados como ciertos mientras los historiadores estaban convencidos de la autenticidad de los manuscritos.

El estudio de la autenticidad de una fuente determinada (que debe abarcar todos los tipos de autenticidad, porque la falta de autenticidad en un sentido no impide su autenticidad en otro), como paso preliminar en el examen de la fiabilidad del informante, vale para cualquier categoría de fuente, y por tanto, lo mismo para las fuentes directas que para las indirectas. En el caso de las fuentes directas, este proceso es suficiente y no hay ningún problema de fiabilidad del informante.

Como se ha mencionado, la cuestión es mucho más complicada cuando nos referimos a las fuentes indirectas. Aquí, el examen de la fiabilidad del informante se divide en: 1) el examen de la autenticidad de la fuente; 2) examen de la fiabilidad del informante en el sentido exacto del término. Puesto que el primer estadio lo cubre un procedimiento separado, la cuestión central de la crítica interna de una fuente (sólo en el caso de las fuentes indirectas) es la del examen de la fiabilidad del informante.

J. Giedymin fue el primero en adoptar el análisis metodológico de ese problema [18]. De acuerdo con la distinción que hizo, existe la fiabilidad del informante, 1) con referencia a nuestro conocimiento sobre la verdad o falsedad de sus afirmaciones sobre un problema determinado, y 2) con referencia a nuestro conocimiento sobre el propio informante, es decir, lo que sabemos acerca de si él quería, o estaba en posición de transmitir información cierta.

En el primer caso, decidimos considerar fiable al informante si suele dar información verdadera (en el sentido relativo de la palabra), o sea, si la posibilidad de obtener información verdadera de él es alta o, por lo menos, mucho mayor del 0,5. En la práctica, los historiadores son precavidos y exigen una probabilidad cercana al 1. Basta con que los datos falsos (u omisiones) no puedan considerarse incidentales para que los investigadores tengan en descrédito la fiabilidad del informante. Sin embargo, hay que tener en cuenta que sólo un informante ideal podría ser plenamente fiable (para serlo, tendría que informar de todos los hechos importantes y no omitir ninguno); pero un informante así sólo puede tomarse como un modelo *sui generis*, o sea, el punto de partida en la escala de valores de los informantes fiables y no fiables. En la práctica, tenemos que vérnoslas con informantes reales [19], cuyos datos —aunque sólo sea por la falta de medios para alcanzar la verdad— incluyen, junto a unidades relativamente ciertas, otras distorsionadas o falsas.

[18] *Ibidem*, págs. 105 y ss.
[19] C. Bobinska no consiguió abarcar estas distinciones cuando criticaba a J. Giedymin por su supuesto fracaso en advertir que todas las fuentes escritas son tendenciosas. Sí lo advirtió, pero todo eso se refiere al concepto de información real. (Ver C. Bobinska, *Historyk. Fakt. Metoda*, ed. cit., págs. 69-70.)

En el segundo caso, el examen de la fiabilidad del informante no se basa en un análisis de la veracidad de sus afirmaciones, sino en nuestro conocimiento sobre ese informante. Puesto que un informante que desea y puede transmitir información verdadera es fiable, si interpretamos esa fiabilidad como la frecuencia con la que transmite información verdadera, nuestra adquisición del conocimiento de un informante significa el examen de la probabilidad (que puede interpretarse en términos de frecuencia) de que transmita información verdadera. Esto significa, además, que ambos métodos de examen de la fiabilidad del informante se interrelacionan [20]. En la investigación histórica solemos examinar la fiabilidad del informante con los dos métodos, de modo que un mótodo apoya al otro. Por ejemplo, al examinar la fiabilidad de la Crónica de J. Dlugosz —un proceso que duró décadas— los historiadores estudiaban la personalidad del historiador y simultáneamente comprobaban los datos que había transmitido. Esto dio lugar a una opinión específica sobre su fiabilidad, que a su vez fue útil para un análisis posterior de su información. Cuando resultó que Dlugosz era relativamente fiable, los historiadores comenzaron a aceptar su información con más confianza. Como se puede ver, el examen de la fiabilidad del informante y el de la fiabilidad de la información están estrechamente unidos. Al examinar la fiabilidad de unidades concretas de información, relacionamos dichas unidades con el conocimiento que hemos sacado de la fuente en cuestión y con el conocimiento no basado en fuentes.

El conocimiento que necesitamos tener sobre el informante para poder determinar su fiabilidad se relaciona, en otras palabras, con los objetivos que el informante quería conseguir al transmitir una información específica y con los medios de adquisición y transmisión que tenía. Estos medios deben ser interpretados potencial y efectivamente. Ya que puede haber medios que podía haber usado, pero, por alguna razón, no usó (por ejemplo, a causa de su negativa a decir más sobre un asunto determinado). Todos esos medios suyos pueden reducirse a los técnicos (como el acceso del informante a ciertos documentos, el uso de sus propias observaciones o las de otras personas, la posesión de ciertos instrumentos de medición precisa, etcétera), el cuerpo general de conocimientos del informante y la posición y el nivel social (o sea, político, de clase, etc.) del informante. La posición social del informante, y especialmente su *status* de clase, determina en gran medida su sistema de valores (aunque sus experiencias individuales y emocionales juegan un papel considerable), que a su vez está detrás de los objetivos que le guían en su comportamiento informativo [21]. Así, el contenido de la información que transmite depende de su posición social ampliamente considerada, de su conocimiento general, y de los medios que ha usado. Estos factores pueden aumentar o reducir el valor de su información. Es obvio que el nivel de clase de un hacendado, propietario de un pueblo, debe impedirle describir adecuadamente las condiciones de vida y el nivel de sus siervos. El cuadro que encontraríamos en una queja presentada por esos siervos contra su señor sería diferente, aunque en este caso también deberíamos ser críticos en cuanto a su fiabilidad.

En el caso de aquellas fuentes que no pretenden transmitir información a las generaciones sucesivas, el examen de la fiabilidad del informante

[20] Este hecho también fue advertido por J. Giedymin, *op. cit.*, pág. 108.
[21] Este aspecto del problema es tratado de modo más amplio por C. Bobinska, *op. cit.*, págs. 69 y ss.

muestra ciertas características distintas que, sin embargo, no difieren mucho, en general, del procedimiento usado en el estudio de las fuentes indirectas. En este tipo de fuentes, la identificación del pretendido destinatario de la información es más importante que en el caso de las restantes fuentes indirectas. Aquí, el ámbito de los destinatarios está cerrado y definido de un modo más o menos estricto, mientras que, en el caso de los datos destinados a las generaciones futuras está abierto e indefinido, a pesar de que en cada caso concreto el investigador se convierte también en un destinatario imprevisto. Un ejemplo extremo de una fuente proyectada para un círculo cerrado de receptores es una carta privada dirigida a una sola persona. Obviamente, la imposibilidad de identificar al destinatario haría más difícil el examen de la fiabilidad de los datos contenidos en dicha carta. Es comúnmente conocido, también, que incluso en el caso de las fuentes que parecen casi típicas para haber sido destinadas a las generaciones sucesivas, hubo destinatarios específicos contemporáneos al autor de la fuente. A veces prevalece la consideración de esos destinatarios específicos, y en tal caso, una fuente concreta debe clasificarse más bien entre aquellas que no pretenden transmitir información a las generaciones futuras. Un ejemplo nos lo ofrece la *Vita Caroli Magni*, escrita por Einhard, que la destinó, sobre todo, al propio Carlomagno.

El conocimiento de los receptores proyectados facilita la comprensión de los objetivos que guiaban al informante al transmitir esas unidades de información y no otras. El conocimiento de los receptores proyectados es de gran importancia para el historiador, además, por el hecho de que muchas fuentes estaban destinadas a transmitir información a los contemporáneos y no a la posteridad. En estos casos, el historiador es un receptor involuntario de la información en cuestión. De cualquier modo, él sabe que los datos contenidos en una fuente concreta no estaban destinados a él, y, por tanto, está en posición de establecer mejor el grado de fiabilidad de dichos datos, usando, a la vez, su conocimiento sobre el informante y su conocimiento sobre los destinatarios (este último conocimiento ayuda aquí al propósito de analizar los objetivos y las intenciones del informante). Este análisis es un procedimiento típico de la investigación histórica. Un historiador tiene que recurrir a él cada vez que examine la honradez de la información periodística, la evidencia dada a la policía (y también los informes policiales), las descripciones de los bienes raíces y las listas de impuestos. Una vez que hemos averiguado quiénes fueron los lectores iniciales de un periódico determinado obtendremos inmediatamente un conocimiento mucho mejor de la información que transmitía. Por ahora se han desarrollado algunos esquemas de valoración de los receptores de la información. Así, por ejemplo, los historiadores se dan cuenta de que los datos destinados a las autoridades fiscales, para ser usados por estos últimos como base para los impuestos, etcétera, están distorsionados de un modo concreto; de que la prensa está destinada, por los informadores, no sólo a difundir información entre receptores específicos, sino también a ejercer muchas otras tareas que dependen de la clase de receptores; de que el poseedor de bienes que quiere venderlos o encontrar un arrendatario para ellos intenta describirlos lo más favorablemente posible, etcétera.

El problema del propio informante muestra también ciertas peculiaridades en cuanto a la fiabilidad de las fuentes, cuando transmiten información a sus contemporáneos[22]. Mientras que, en el caso de las fuentes destinadas a transmitir información a la posteridad, la identificación del informante es de la máxima importancia (puesto que queremos saber de quién nos han llegado determinadas unidades de información), en el caso de las fuentes destinadas a sus contemporáneos solemos conformarnos con la identificación de la clase de informantes a la que pertenece uno concreto, a pesar de que muchas veces llegamos a establecer datos más detallados en relación con ese informante. Si debemos valorar la fiabilidad de los datos transmitidos por determinado periódico, debemos, ante todo, saber quién (o sea, de qué partido político, grupo social, etcétera) patrocinaba su publicación; la información sobre el editor tiene menos importancia. Del mismo modo, si nos enfrentamos con los datos sobre una aldea feudal, primero queremos saber si los informantes eran los campesinos o sus señores. Por supuesto, en el caso de fuentes destinadas a transmitir información a la posteridad, debemos saber también cómo identificar al informante con un grupo social concreto, pero en tales casos no solemos quedarnos ahí y buscamos datos más detallados sobre el propio informante. A veces la identificación del autor se convierte en una tarea emocionante por sí sola que, como hemos dicho, se hace independiente de la crítica de fuentes en el sentido estricto del término, y puede considerarse como un procedimiento de establecer hechos históricos.

También tenemos que subrayar que el examen de la fiabilidad de los informantes que son autores de fuentes indirectas no escritas no muestra diferencias metodológicas en comparación con el examen de las fuentes escritas. La única diferencia es la de los códigos. Las fuentes cartográficas, iconográficas y de otros tipos (incluidos objetos materiales como modelos a escala de edificios, noticiarios, etc.), aunque no se consideran como restos, es decir, fuentes directas, también pueden analizarse a veces en términos de fiabilidad del informante (es decir, si incluyen datos destinados a servir de información sobre el pasado). Entonces nos planteamos la cuestión de si el informante quería o podía transmitir información fidedigna; también nos preguntamos a quién estaba destinada su información.

Las investigaciones históricas proporcionan muchos ejemplos de estos análisis. Entre las fuentes de información no escritas más conocidas podemos mencionar una de las obras de arte medievales más fascinantes, el tapiz de Bayeux, que está formado por varias docenas de paneles que ilustran la historia de Guillermo el Conquistador. Es evidente que, respecto a dichas fuentes, aplicamos todas las reglas para examinar la fiabilidad del informante, incluido el examen de autenticidad[23], que se usan respecto a las fuentes escritas. Por tanto, pretendemos averiguar las intenciones que guiaban al informante y los medios que tenía a su disposición. Aquí hay un ejemplo de análisis de la fiabilidad del famoso dibujo de un arado (incluido en *Kolo Rycerskie* (El círculo de los caballeros), de Bartosz Paprocki, en el que las ruedas están situadas detrás de las partes del arado que trabajaban, lo cual está en desacuerdo con lo que sabemos sobre ese instrumento. Al analizar el problema de la fiabilidad de esa información intentamos encontrar algunos datos sobre el informante para poder decidir si modificamos nuestro conocimiento sobre el viejo arado o si despreciamos la información transmitida por el dibujo. Esto es lo que un estudioso de las pinturas tradicionales de la Polonia antigua dice sobre la cuestión: «La escena de labranza incluida en

[22] Obviamente, la contemporaneidad debe interpretarse de modo convencional. Una serie de provisiones legales contiene información destinada a los contemporáneos en la medida en que no sea modificada.

[23] Existe una interesante literatura de la materia.

Kolo Rycerskie, de Paprocki (1575), debe de haber sido dibujada por alguien de la ciudad que nunca había arado y nunca se había interesado por la labranza, ya que se olvidó de dibujar la cama y el brazo, o sea, las partes más importantes del arado, y colocó mal la esteva y la reja. Ningún campesino habría cometido semejantes errores»[24]

6. *Problemas de la autoría de las fuentes*

Los estudios sobre la autoría pertenecen a la crítica de fuentes (externa e interna) y al establecimiento «ordinario» de hechos históricos. En la crítica de fuentes, el historiador se ocupa del autor, sobre todo, a causa del examen de la fiabilidad de la información. Los datos sobre el autor son, por tanto, datos sobre el informante. El autor puede transmitir información sobre hechos que ha observado por sí mismo o también registrar observaciones hechas por otro. En este último caso, hay una cuestión aparte, la del examen de las fuentes específicas de conocimiento del autor (la transmisión y las fuentes de información que tuvo), y este examen forma parte del análisis de la fiabilidad de la información.

Como los problemas de los datos sobre el informante han surgido antes, y el procedimiento de establecer los hechos se tratará en el próximo capítulo, aquí nos limitaremos a ciertos problemas relacionados con el concepto de autoría (de una fuente concreta). Este concepto puede interpretarse de varias maneras. Podemos definir al autor como el creador de fuentes escritas únicamente, o como cualquier persona que transmite información intencionadamente, o como cualquier creador de cualquier fuente directa o indirecta. Esto es una cuestión de convenio. También podemos hablar de autor nominal y autor real, lo que implica la necesidad de averiguar si estos dos conceptos coinciden en un caso concreto. Desde otro punto de vista podemos interpretar el concepto de autor como una descripción de una persona determinada y como un nombre propio. Para valorar la fiabilidad de un informante consideramos más importante tener datos bien fundados sobre él que saber su nombre propio, a pesar de que el conocer su nombre propio puede añadir algo a los datos sobre su ambiente, etcétera. Por tanto, cuando examinamos la autoría de las fuentes tenemos que distinguir dos procedimientos:

1) La construcción de un descripción del autor;
2) El establecimiento del nombre propio del autor.

Si el nombre propio del autor está concretado en la fuente o si no hay dificultad para establecerlo, o sea, si no es necesario enredarse en una investigación especial con ese fin, entonces el examen (una vez que se ha comprobado el nombre del autor) se limita a la construcción de la descripción del autor (usando el término *descripción* en su sentido lógico). Este es el caso de la crónica de Dlugosz, en la cual, al nombre propio, que conocemos, añadimos una serie de características que tenía el autor. Tenemos que hacer esto porque un nombre propio como ése no tiene ninguna connotación (como ya señaló J. S. Mill), es decir, no supone ninguna característica que pueda ser un atributo de un individuo[25]. Como dice A. J. Ayer, la denotación es la única

[24] T. Seweryn, *Staropolska grafika ludowa* (Viejos dibujos campesinos polacos), Varsovia, 1956, pág. 13.
[25] Cfr. A. J. Ayer, *op. cit.*, págs. 136 y ss. En cuanto a las afirmaciones sobre los individuos, ver T. Czezowski, *Filozofia na rozdrozu - Analizy metodologiczne*, edición citada, págs. 62 y ss.

función de los nombres propios[26]. En la investigación histórica, como hemos mencionado anteriormente, nuestra ignorancia del nombre propio del autor no tiene por qué afectar esencialmente al valor informativo de una fuente concreta. Por eso, si no se conoce el nombre propio del autor, el proceso de examen de la autoría comienza con la construcción de una descripción que atribuya al autor anónimo ciertas características específicas. No intentamos establecer el nombre propio del autor hasta el siguiente estadio. La investigación sobre esos asuntos se limita normalmente a los autores más importantes, y, por tanto, los estudios sobre la autoría han sido clasificados aquí, al menos en parte, como un procedimiento para establecer hechos históricos. Los esfuerzos para establecer la nacionalidad de Gallus Anonymus (ver más arriba), que hasta el momento han dado lugar a varias hipótesis, pertenecen al procedimiento para construir la descripción del autor.

Hay muchos métodos especiales para establecer el nombre propio de un autor. Esto vale también para los seudónimos y los nombres cifrados, en aquellos casos en los que no se conoce el nombre propio (real) de un autor. En términos más generales, el procedimiento para establecer el nombre propio de un autor puede dividirse en las siguientes operaciones:

1) Esbozo de una lista de los rasgos característicos de la persona del autor, lo cual supone la adopción de afirmaciones que reduzcan el ámbito de lo desconocido[27] (búsqueda del nombre propio);
2) Comparación de esa serie de rasgos característicos con descripciones de autores cuyos nombres propios conocemos, lo cual puede dar lugar a la formulación de una hipótesis sobre la identidad del autor, o sea, a la identificación del autor con una persona conocida de otro modo, un autor concreto, la mayoría de las veces;
3) Comprobación de la hipótesis por medio de una comparación más estricta de ambas personas y sus obras.

Adviértase que, cuando examinamos la fiabilidad de la información, son más importantes los datos sobre el autor que su nombre propio, y cuando queremos identificar al autor usamos, en gran medida, su obra, para encontrar en ella el mayor número posible de sus rasgos característicos. Los análisis textuales, especialmente en el caso de textos literarios (como los análisis de frecuencia), que son también importantes para la investigación histórica, han hecho enormes avances recientemente[28]. Pero si la lista de los rasgos característicos del autor y su obra no pueden compararse con nada (como en el caso de la crónica de Gallus Anonymus, mencionada más arriba), entonces los esfuerzos para establecer el nombre propio del autor son normalmente una tarea sin esperanza, a no ser que se haga algún nuevo descubrimiento importante.

[26] A. J. Ayer, *op. cit.*, págs. 155-156.
[27] La terminología es de J. Giedymin (*op. cit.*, pág. 78), que se ocupó también de la autoría en su *Z problemów logicznych analizy historycznej* (Algunos problemas lógicos de los análisis históricos), ed. cit., págs. 47 y ss. El problema será nuevamente tratado en relación con los análisis matemáticos (de frecuencia) de los textos.
[28] El resumen de los últimos avances en la crítica textual debe buscarse en R. Marichal, «La critique des textes», en *L'histoire et ses méthodes*, págs. 247-366. Ver también H. C. Hockett, *The Critical Method in Historical Research and Writing*, Nueva York, 1955. J. Friedrich, *Geschichte der Schrift*, Heidelberg, 1965, puede resultar también valioso para un historiador.

XIX

Métodos para establecer los hechos históricos

1. *Una reconstrucción general del procedimiento para establecer los hechos*

Los problemas del establecimiento de los hechos históricos son tratados como problemas colaterales en los tratados más conocidos sobre el método histórico, a pesar del hecho de que establecer los hechos es una de las operaciones básicas que realizan los historiadores. Tradicionalmente, se ha centrado la atención casi exclusivamente sobre la crítica de fuentes, y el establecimiento de los hechos se considera como la conclusión del trabajo sobre la «interpretación» de las fuentes (cfr. M. Handelsman), lo cual se hacía normalmente para incluir la llamada comprensión de las fuentes. Otros comentarios sobre los problemas de los que hablamos eran tratados en secciones sobre la síntesis, confundiendo así los problemas de la construcción de descripciones históricas con los de los métodos de establecer los hechos.

Al hacer una distinción entre el procedimiento para examinar la autenticidad de una fuente concreta y la fiabilidad de la información que transmite, por un lado, y el procedimiento para establecer los hechos, por el otro [1], este autor es totalmente consciente de los estrechos lazos entre estos dos pasos de la labor del historiador; esos lazos, sin embargo, no pueden usarse como argumento en favor de que se consideren las dos cuestiones unidas. Sugerimos la siguiente «división de tareas» entre el nivel de la crítica de fuentes y el del establecimiento de los hechos. De acuerdo con las conclusiones anteriores, el desciframiento de los datos basados en fuentes está, por una parte, excluido de los dos niveles mencionados, puesto que es una operación preliminar, a pesar de que el trabajo del historiador sobre la comprensión correcta de sus datos basados en fuentes continúa a lo largo de su investigación; por otra parte, precisamente por la razón aludida, el desciframiento está incluido en los dos niveles: el de la crítica de fuentes y el del establecimiento de los hechos. Estas manifestaciones plurilaterales del problema del desciframiento de las fuentes (que, para los historiadores, en el sentido estricto del término, son, sobre todo, fuentes escritas) se encuentran en la enorme importancia del método filológico en la investigación histórica, método que a veces, incluso, se identifica con el método histórico como tal. En el cuadro siguiente se muestra el esquema del procedimiento de investigación:

[1] A este hecho prestaron atención A. Malewski y J. Topolski en *Studia z metodologii historii*, Varsovia, 1960, págs. 6, 42 y 59.

A	Desciframiento de los datos basados en fuentes (nivel 1).
B	Crítica de fuentes: 1) Examen de la autenticidad; 2) Desciframiento (nivel 2); 3) Examen de la fiabilidad.
C	Establecimiento de los hechos: 1) Desciframiento (nivel 3); 2) Establecimiento de los determinantes espacio temporales de los hechos; 3) Construcción de afirmaciones sobre los hechos; 4) Comprobación.

En términos más generales, se puede decir que el paso del establecimiento de los hechos pretende convertir los datos basados en fuentes, clasificándolos como auténticos y fiables, en afirmaciones sobre los hechos. Esto da lugar a los llamados hechos historiográficos (cfr. capítulo X), que son construcciones científicas hechas por el historiador, construcciones por medio de las cuales adquiere conocimiento sobre el pasado. Como se ha mencionado en muchas ocasiones, el conocimiento no basado en fuentes es indispensable para el desciframiento de los datos basados en fuentes; del mismo modo, es necesario para convertir los datos basados en fuentes en afirmaciones sobre hechos. El historiador debe saber formular una afirmación real apoyada sobre los diversos datos basados en fuentes, por un lado, y sobre su conocimiento no basado en fuentes, por otro. Por tanto, su trabajo, en cierto sentido, es estructural, y esto explica, en parte, por qué los expertos en el método histórico incluían el establecimiento de los hechos en el procedimiento para conseguir formulaciones sintéticas.

La mencionada conversión de los datos basados en fuentes en afirmaciones reales es muy simple, la mayoría de las veces. Esto ocurre cuando tratamos con los llamados hechos simples, que se extraen de las fuentes que se refieren a ellos directamente. Sin embargo, incluso en los casos más simples suele ser necesario reformular lo que se dice en las fuentes; este procedimiento coincide con el desciframiento de una fuente sobre la base del conocimiento no basado en fuentes (nivel 3 de desciframiento). Por ejemplo, una breve entrada en el registro de nacimientos se formula con la afirmación: «*X* nació en el año *t*». Todo esto se hace más complicado cuando se trata de combinar hechos, e incluso aquellos hechos simples sobre los que no existe información directa en las fuentes. Pero esto entra en el terreno de las formulaciones sintéticas y la narración histórica. O sea, el proceso de formular respuestas a los problemas de la investigación, lo cual requiere un tratamiento aparte (ver capítulos XXII y XXIII).

Nos ocuparemos solamente del primer paso de la conversión de los datos en afirmaciones reales, en concreto el paso en el que pretendemos la formulación de esas afirmaciones en su forma «pura». No nos interesaremos por el procedimiento para dar a dichas afirmaciones su forma final, lo cual suele

tener lugar por medio de la combinación de afirmaciones sobre hechos simples hasta crear combinaciones más amplias (por ejemplo, afirmaciones sobre hechos combinados) v por medio de operaciones estilísticas apropiadas. Es evidente que en la práctica no podemos separar estos dos niveles. Las afirmaciones suelen adquirir la forma pretendida en el momento en el que son formuladas. Esto es, hasta cierto punto, una manifestación de la personalidad del autor.

2. *La inducción y la deducción en la investigación*

La opinión general de los historiadores es que los hechos se establecen por inducción o por deducción. Estos conceptos nos llevan a la esfera de problemas bastante intrincados, ya que pocas cuestiones en la historia de la filosofía de la ciencia y la lógica han estado sujetas a controversias tan fuertes como el problema de la deducción y la inducción, con las consiguientes soluciones, muy diferentes. Aparte de las clásicas posturas de Descartes y Bacon, mencionemos a J. S. Mill y a su oponente implacable, W. S. Jevons; los grandes defensores de la inducción, H. Reichenbach y R. Carnap, y el defensor de la deducción, K. Poper, y la continua discusión entre los inducciónistas y los deduccionistas (cfr. capítulo VIII). Estas discusiones, sin embargo, han dado lugar a formulaciones más precisas del concepto de inducción y deducción y de la relación entre los dos.

La interpretación tradicional de la deducción «como un razonamiento desde lo universal a lo particular, y la inducción exactamente como lo contrario», se ha hecho más precisa por el énfasis puesto en su posición lógica y metodológica [2]. También se ha prestado atención a la necesidad de distinguir entre una interpretación estricta y amplia de la inducción y la deducción. En sentido estricto, son ciertas clases de inferencia, y en sentido amplio, son términos análogos de métodos de investigación que están señalados por el uso de la inferencia deductiva o inductiva (para establecer hechos simples o compuestos y para apoyar las afirmaciones sobre ellos).

No se ha llegado a ninguna visión uniforme sobre la relación mutua entre la deducción y la inducción. De cualquier modo, existe un acuerdo sobre el hecho de que, generalmente, la inducción no es opuesta a la deducción. La importancia de la inducción (interpretada como método científico), que había predominado desde el período positivista, ha sido disminuida; el gran papel de los procedimientos deductivos en el aprendizaje científico (y no sólo en el científico) ha sido subrayado, lo cual se debe, sobre todo, a Jevons [3]. El lugar de la inferencia inductiva en el sistema de los tipos de inferencia se ha definido de varios modos: desde la negación total del «status» de inferencia para la inducción, hasta la aceptación de la inducción como un tipo de inferencia reductiva, con la conclusión de que la deducción (o la deducción debilitada) y la reducción (o la reducción debilitada) son los únicos tipos

[2] Cfr. W. S. Jevons, *The Principles of Science*, Nueva York, 1877, pág. 11; M. R. Cohen, *Reason and Nature*, pág. 115; Z. Czerwinski, «O pojeciu wnioskowania dedukcyjnego», *Studia Filozoficzne*, núm. 4, 1960, págs. 149-156.

[3] Incluso los autores que defienden el inducciónismo radical tienen que admitir que en la inferencia inductiva tenemos que tomar en cuenta «nuestro conocimiento del mundo previamente adquirido». En este sentido, ver M. Gordon, *O usprawiedliwieniu indukcji* (La justificación de la inducción), Varsovia, 1964, páginas 96-98.

de inferencia, hasta la interpretación de que todos los tipos no deductivos de inferencia son inductivos (como ha sugerido Carnap) [4].

Sin embargo, como sucede tras algunas disputas, aún no está todo claro. Aparte de los problemas de clasificación, que requieren estudios posteriores, se debe subrayar que la aceptación de la deducción como la clase más importante de inferencia en la ciencia no tiene que ver, necesariamente, con el acercamiento *a priori*, o sea, con la separación entre el aprendizaje y los hechos objetivos. Esto ocurre porque debe hacerse una distinción (que no siempre ha sido totalmente hecha por los historiadores) entre el modo de adquirir el conocimiento de los hechos y el método de construcción de un sistema científico. En todas las disciplinas empíricas, incluida la historia, el conocimiento de los hechos se obtiene por la observación (directa o indirecta). Este procedimiento se identifica a veces con el procedimiento inductivo, lo cual es fuente de malentendidos, porque aquí nos encontramos con el uso equivocado de los términos *inducción* o *inductivo*, en lugar de *estudios empíricos, experiencia, empírico, observación*, etcétera. La controversia entre los deduccionistas y los inducciónistas consiste, sobre todo, en el hecho de que los primeros subrayan la importancia de las afirmaciones teóricas, o sea, las que van más allá de los datos de observación, mientras que los últimos sugieren principalmente generalizaciones precavidas sobre las afirmaciones de observación.

Así, la opinión de que la inducción es el método fundamental de adquisición del conocimiento de los hechos resulta ser verdadera sólo si identificamos inducción con observación. Pero incluso la afirmación de que la inferencia inductiva [5] es el modo principal de adquirir conocimiento de los hechos parece difícilmente aceptable.

[4] Ziembinski divide la inferencia en deductiva y basada en la probabilidad (reductiva, inductiva, por analogía); ver su *Logika praktyczna* (Lógica práctica), Varsovia, 1963, págs. 65 y ss. Hay varias sugerencias sobre la clasificación de los tipos de inferencia.

[5] Se suele distinguir entre: 1) inducción por enumeración incompleta; 2) inducción por enumeración completa; 3) inducción por eliminación.

1. S_1 es P
   S_2 es P
   ....
   S_n es P
   Conclusión:
   Todo S_k es P,
   donde k puede ser mayor que n.

2. S_1 es P
   S_2 es P
   ....
   S_n es P
   $\{S_1 \cup \ldots \cup S_n\} = S$
   Conclusión:
   Todo S_i es P,
   donde $1 \leq i \leq n$.

La primera se muestra en el esquema 1), y la segunda, en el esquema 2). La segunda difiere de la primera por ser un resultado de observaciones completas (exhaustivas), lo cual significa que todo S_i, $1 \leq i \leq n$, ha sido examinado. La primera tiene un elemento de riesgo en la conclusión, porque, como no todo S_k ha sido examinado (el examen sólo ha abarcado de S_1 a S_n), puede resultar que un S_m, $n \leq m \leq k$, no sea P. La inducción por enumeración completa (es decir, el tipo 1), no tiene este riesgo. La inducción por eliminación es una serie de reglas para averiguar las relaciones entre los hechos (reglas basadas en la observación de la concurrencia de los hechos) que se remite a los principios de Mill, formulados por él en 1843. El principio de concordancia establece que si A aparece siempre acompañado de B, es probable que A sea una causa de B. El principio de diferencia única establece que si A va siempre acompañado de B, y si encontramos que, si no hay A, no hay B, podemos suponer que es probable que A sea una causa de B. El principio de las variaciones concomitantes es una variedad del de la diferencia única.

Hay varios pasos importantes en el procedimiento científico (por ejemplo, la sustentación de las hipótesis; cfr. capítulo XIV), en los que hacemos uso de la inferencia deductiva[6]. Incluso podríamos ir más allá y decir que todas las clases de inferencia inductiva exigen algún conocimiento de los hechos que pueda utilizarse como premisa. En este sentido, todos los tipos de inferencia inductiva (inducción por enumeración e inducción por eliminación) pueden presentarse en forma deductiva[7].

¿Qué clasificación de los tipos de inferencia podemos sugerir para las necesidades de un análisis metodológico en la investigación histórica (y también en otras ciencias empíricas) si la oposición entre inferencia inductiva y deductiva es problemática? Parece que la clasificación más útil para este propósito es la que distingue entre tipos de inferencia fiables y no fiables[8]. Es de enorme importancia darse cuenta de cuándo puede esperarse una conclusión cierta, si las premisas son ciertas, y cuándo no está garantizada la veracidad de la conclusión. Ahora bien, si las premisas son ciertas, entonces las clases fiables de inferencia aseguran la veracidad de la conclusión, mientras que no la aseguran las clases no fiables. Puede decirse, en general, que la inferencia fiable es la que da lugar a una conclusión que se deduce lógicamente de las premisas, de modo que si las premisas son ciertas, la conclusión debe ser cierta también. En el caso de la inferencia no fiable, la veracidad de las premisas no garantiza la veracidad de la conclusión.

Los tipos fiables de inferencia incluyen la deducción con su variante, la deducción completa, puesto que en esta última las premisas verdaderas producen una conclusión verdadera. Es obvio que los tipos fiables de inferencia se hacen en cierto sentido «no fiables si las premisas que considerábamos ciertas resultan ser falsas. Sin embargo, éste es un problema del valor material de las premisas.

[6] La inferencia deductiva sigue un esquema que siempre conduce, a partir de premisas verdaderas, a una conclusión verdadera. Junto a los esquemas *modus ponendo ponens* (si $(p \Rightarrow q)$ y p, entonces q) y *modus tollendo tollens* (si $(p \Rightarrow q)$ y $\neg q$, entonces $\neg p$), ya mencionados anteriormente, tenemos que enumerar las siguientes leyes elementales del cálculo oracional, usado por los historiadores en la práctica:

1) primera ley de De Morgan: $\neg (p \vee q)$ si y sólo si $(\neg p \wedge \neg q)$,
2) segunda ley de De Morgan: $\neg (p \wedge q)$ si y sólo si $(\neg p \vee \neg q)$,
3) la ley de contraposición: $(p \Rightarrow q)$ si y sólo si $(\neg q \Rightarrow \neg p)$,
4) la ley de contradicción: $\neg (p \wedge \neg p)$,
5) la ley del medio excluido: $p \vee \neg p$,
6) la ley de la doble negación: $\neg \neg p$ si y sólo si p.

Los símbolos usados deben interpretarse de este modo:

$\neg$ negación, se lee «no»,
$\vee$ disyunción, se lee «o»,
$\wedge$ conjunción, se lee «y»,
$\Rightarrow$ implicación, se lee «si..., entonces...».

[7] La transformación de la inducción por enumeración incompleta en un esquema deductivo se encuentra en M. R. Cohen. Cfr. también el análisis de los principios de Mill realizado por K. Ajdukiewicz, que muestra que el principio de la diferencia única es un tipo de inferencia deductiva, teniendo en cuenta el cuerpo de conocimiento que incluye el principio de causalidad (*Lógica Pragmática*, ed. cit., pág. 170).

[8] Como demuestra Carnap, la inferencia inductiva no es fiable.

Los tipos no fiables de inferencia incluyen la inducción por enumeración, la inferencia reductiva[9], los tipos debilitados de inferencia (deducción debilitada y reducción debilitada)[10], y toda la inferencia estadística (cfr. capítulo XX). Todos estos tipos de inferencia, que son las formas de procedimientos ilativos utilizados por los historiadores de todas las épocas, son materia de vivas discusiones entre los expertos. Este autor no desea unirse a dichas discusiones debido a su falta de competencia. Todos estos tipos, sin embargo, suelen considerarse como no fiables. La veracidad de la conclusión, en este caso, depende igualmente de la veracidad de las premisas y del conocimiento de los hechos relacionados lo cual afecta a la elección de las premisas, puesto que sólo la veracidad de las premisas no es suficiente.

Hay que advertir que la inferencia por analogía es un caso especial de inducción por enumeración, pero mientras que en el caso de la inducción por enumeración la conclusión tiene la forma: todo S_i es P (ver nota 5), en el caso de la inferencia por analogía queremos decir que el próximo elemento de la serie S será P (tendrá la propiedad P), y pór tanto la conclusión tiene la forma: S_{n+1} es P. El esquema de este tipo de inferencia es el que sigue:

S_1 es P
S_2 es P
S_3 es P
....

por tanto, S_{n+1} es P

La inferencia por analogía juega un papel fundamental cuando un historiador aplica el método comparativo[11]. En la investigación usamos varios tipos de inferencia; la elección depende de la clase de preguntas y de los datos de los que disponemos para contestar esas preguntas, y también de la naturaleza del procedimiento de investigación usado en un caso concreto. La ciencia avanza por métodos basados en tipos fiables de inferencia y por otros basados en los no fiables. Sin embargo, el valor heurístico de los tipos no fiables de inferencia tiene que ser subrayado.

Las conclusiones que sacamos de los casos de inferencia no fiable están dentro de las hipótesis (tanto las heurísticas como las que están bien sus-

[9] Ver nota 16 del capítulo XIV.

[10] Esta denominación para los tipos de inferencia que siguen esquemas «debilitados» ha sido sugerido por Z. Czerwinski («On the Relation of Statistical Inference to Traditional Induction and Deduction», *Studia Logica*, vol. VII, 1958). En estos tipos de inferencia, las premisas se «debilitan», añadiéndoles modificadores tales como «normalmente», «en general», «en la mayoría de los casos», «probablemente», etc. El grado de debilitamiento puede variar; se manifiesta en expresiones cuasi-métricas, y en el caso de la inferencia estadística, en modificadores cuantitativos u otras fórmulas.

[11] Algunas propuestas nuevas sobre la inferencia por analogía han sido hechas por I. Dambska en su «Kilka uwag o rozumowaniach na podstawie analogii» (Algunas observaciones sobre los razonamientos basados en la analogía), en *Rozprawy logiczne*, Varsovia, 1964, págs. 31-38. Ésta señalaba el hecho de que algunos razonamientos por analogía pueden ser deductivos. J. S. Mill aseguraba que el razonamiento por analogía es la forma elemental de razonamiento. T. Czezowski señalaba el papel del razonamiento por analogía en la predicción y la comprobación (cfr. *Filozofia na rozdrozu* (La filosofía en la encrucijada), ed. cit., páginas 82 y ss.).

tentadas)[12]; confróntese capítulo XIV. La opinión sobre el papel de los tipos no fiables de inferencia (aquellos que aumentan la probabilidad de determinadas conclusiones) en la ciencia no es uniforme. Algunos investigadores no rehúyen el riesgo y desean ir más allá de los datos de observación (en tales casos se dice que los historiadores «van más allá de las fuentes»), mientras que otros, por diversas razones, entre las que podemos incluir la falta de un adecuado conocimiento no basado en fuentes, se niegan a alejarse de los datos de observación (las fuentes). Esto significa que algunos no tienen miedo de formular hipótesis atrevidas, mientras que otros se sienten seguros cuando no van más allá de los límites de las descripciones basadas en datos de observación.

3. *La inducción y la deducción en la investigación histórica*

La división de los tipos de inferencia entre fiables y no fiables se relaciona con conceptos que son tan ajenos a los usos lingüísticos de los historiadores convencidos de que la inducción es fiable y la deducción no, que debe tratarse esta discrepancia de opiniones.

Al enumerar varias docenas de casos en los que, en diversas obras históricas, se han usado los términos *inducción, deducción, inductivo, deductivo, método inductivo, método deductivo,* llegamos a la conclusión de que en esos casos podemos distinguir por lo menos dos imágenes de significado:

1) La deducción consiste en pasar de «lo universal» a «lo particular», mientras que la inducción consiste en el procedimiento inverso (lo cual significa una interpretación tradicional de estos términos). En otras palabras, deducción significa sacar conclusiones de ciertas verdades generales (o sea, conocimiento no basado en fuentes), mientras que inducción significa limitarse a las fuentes y formular afirmaciones basadas en ellas.
2) La inducción es algo recomendable, mientras que la deducción (o el método deductivo) supone especulaciones dudosas que un historiador debe evitar.

En el primer caso, la cuestión es distinguir entre dos procedimientos de investigación específicos, y en el segundo, valorarlos. Obviamente, no toda la deducción ha sido juzgada críticamente: la crítica apuntó sobre todo a aquellos casos de deducción que H. Lowmianski llama «deducción que no está dominada por la referencia a los datos de las fuentes»[13]. Los comentarios hechos más arriba no son ninguna explicación de la inducción y la deducción en la investigación histórica, sino que solamente forman un panorama general de las posturas de los propios historiadores.

---

[12] H. Reichenbach, en *The Rise of Scientific Philosophy*, Berkeley, 1951, capítulo 3, dice que la deducción es una inferencia no válida, porque la conclusión no añade nada a las premisas. No subraya el hecho de que, cuando se transmite la verdad de una afirmación a otra, esto supone también un mejor conocimiento del mundo.

[13] H. Lowmianski, *Podstawy gospodarcze formowania sie pańtsw sloHianskich* (Los fundamentos económicos de la formación de los estados eslavos), Varsovia, 1953, págs. 70-71.

Sin embargo, parece que podemos dar la siguiente explicación de lo que en la investigación histórica se llama deducción (o método deductivo) e inducción (o método inductivo). Así, el llamado método deductivo en la investigación histórica: 1) es usado para establecer aquellos hechos a los que las fuentes no se refieren directamente, o sea, aquellos que no pueden establecerse con el único apoyo del desciframiento de la información de las fuentes apropiadas; 2) recurre a los tipos no fiables de inferencia para establecerse los hechos. Por otro lado, el llamado método inductivo en la investigación histórica se usa para establecer los hechos si éstos tienen una referencia directa en las fuentes y recurre a los tipos de inferencia fiables y no fiables.

En relación con esto, parece justificado abandonar, en la investigación histórica, el uso de los términos «método inductivo» y «método deductivo» para establecer los hechos, y guardar estos términos sólo para los tipos de inferencia apropiados. Sugerimos que se reemplace, también estos términos como sigue: «el método deductivo» por «el método indirecto» (o «método indirecto para establecer hechos»), y «el método inductivo» por «el método directo» (o «método directo para establecer hechos»)[14]. Este último método produce conclusiones que son (relativamente) ciertas, mientras que el primero produce conclusiones que son probables.

4. *El método directo e indirecto de establecer hechos*

Si establecemos un hecho apoyándonos en la información de las fuentes que se refieren directamente a ese hecho (es decir, si tratamos con un hecho confirmado por fuentes), entonces el procedimiento es relativamente simple. La formulación de una hipótesis y su sustentación y comprobación se unen en un solo proceso: el desciframiento de la información es la base para la formulación de una hipótesis, lo cual se comprueba refiriéndose a la autenticidad de la fuente y a la fiabilidad de la información, y también a nuestro conocimiento no basado en fuentes. Al hacer todo esto, recurrimos también a la inferencia deductiva, que ha sido reconstruida en conexión con la comprobación de las hipótesis (cfr. capítulo XIV). En este tipo de inferencia usamos la ley que suma la experiencia del historiador y lo que afirma que si una fuente es auténtica y si las unidades de infor-

---

[14] Esta terminología fue sugerida por A. Malewski y más tarde usada por él y por el presente autor en *Studia z metodologii historii*, ed. cit., págs. 58-60. En su reseña de esa obra (publicada en *Studia Zrodloznawcze*, vol. VII, 1962), J. Giedymin prestaba atención al hecho de que decir que una fuente concreta contiene información directa o indirecta no es algo claro. No se sabe, en particular, si las fuentes no escritas pueden contener información directa; si no pudieran, no podríamos decir que un arqueólogo usa el método inductivo. Ahora bien, debe decirse que las fuentes no escritas también pueden contener información directa sobre los hechos. Por ejemplo, una urna encontrada por un arqueólogo proporciona información directa sobre su forma, ornamentos, etc.; por otro lado, no contiene ninguna información directa sobre la vida social de sus fabricantes ni sobre la estancia de un pueblo concreto en un territorio determinado. Cuando un arqueólogo describe una urna utiliza el método inductivo; pero cuando afirma algo más, apoyándose en su hallazgo, se remite también a su conocimiento no basado en fuentes, y hace uso, por tanto, del método «deductivo». J. Giedymin señalaba también el hecho de que esta clasificación de los métodos sugerida estaba en contradicción con la clasificación de las fuentes como directas e indirectas, porque entonces el método indirecto se aplicaría a las fuentes directas, y el método directo, a las indirectas. De lo dicho se deduce que estas dos clasificaciones están hechas desde dos puntos de vista.

mación importantes son fiables, entonces los hechos a los que se refieren los datos tuvieron lugar, o es muy probable que tuvieran lugar.

En el caso de un establecimiento directo de los hechos, las reglas de comprobación son, a menudo, más estrictas: exigen que el investigador encuentre otras unidades (por lo menos una) de información directa que se refieran al mismo hecho, y de modo que cada unidad venga de una fuente distinta y fiable, y que todas esas fuentes sean independientes entre sí [15]. Algunos tratados de historiografía, escritos por personas que veían la investigación histórica desde el punto de vista de un historiador de la Edad Media, reivindicaban que un hecho no puede considerarse como establecido si no está confirmado por otra fuente independiente [16]. Si tomamos literalmente esta regla de confirmación, tendríamos que rechazar la mayoría de las conclusiones sobre los hechos que encontramos en los estudios de historia. En general, un historiador no puede permitirse el lujo de comparar dos o más series de fuentes para un único problema, porque tendría que abandonar el estudio de muchos problemas. Por eso la regla debe interpretarse como auxiliar en comparación con la regla general de confirmación, que afirma que los datos basados en fuentes deben tener relación con nuestra información sobre la fuente en cuestión y con nuestro conocimiento no basado en fuentes. Un historiador acepta un hecho descrito en una sola fuente, para establecerlo, si considera que dicho procedimiento es razonable (racional). Por supuesto, lo hace si se da cuenta de que no tiene razones para dudar de que los datos basados en fuentes sobre un hecho están marcados por lo que realmente ocurrió.

J. Giedymin interpreta la comprobación de las hipótesis en términos de la teoría del juego [17], lo cual reduce los principios de la metodología de las ciencias a las condiciones generales del comportamiento racional.

En algunos casos, sin embargo, es realmente necesaria la confirmación por otra fuente independiente. Nos enfrentamos con tales casos si:

1) la fuente de la que hemos sacado nuestros datos tiene un bajo grado de fiabilidad (esto vale para todo tipo de memorias, aunque sólo sea por la falibilidad de la memoria humana) [18];
2) los datos informan sobre un hecho que por alguna razón se considera muy importante;
3) el hecho que está siendo establecido está en disparidad o en contradicción con el conocimiento del pasado que teníamos hasta el momento.

---

[15] Fue J. Giedymin quien analizó el concepto de la independencia de las fuentes (cfr. *Problemy, zalozenia, rozstrzygniecia*, ed. cit., pág. 118).

[16] Según M. Handelsman, un testimonio sólo aporta el conocimiento de que un hecho es probable, mientras que la certeza sólo puede proporcionarse por medio de la confirmación con otros testimonios (cfr. *Historyka*, ed. cit., páginas 197-198).

[17] Cfr. su «Uogólnienie postulatu rozstrzygalnosci hipotez» (Una generalización de la exigencia de decidibilidad de las hipótesis), en *Studia Filozoficzne*, número 5, 1959.

[18] Un caso interesante fue mencionado al presente autor por Zygmunt Mankowski. En una de sus obras sobre el movimiento de la resistencia durante la ocupación nazi en Polonia, enumeraba los participantes en una conferencia, entre los que mencionaba a una determinada persona. Esta persona, al escribir sus memorias, se refirió al estudio de Mankowski, y confirmó su asistencia. Más tarde resultó que la lista de participantes de Mankowski era inexacta, y que,

Esto vale, por ejemplo, para la cuestión del caudillo polaco en la batalla de Grunwald (al que hemos hecho referencia en este libro anteriormente). Es cierto que Dlugosz afirma que fue Zyndram de Maszkowice quien iba al mando, pero por razones descritas en el 2) y el 3) arriba mencionados, no nos conformamos con esa única información directa, lo que da lugar a la necesidad de establecer el hecho de un modo indirecto.

La descripción de los hechos pasados sobre la base de aquellas fuentes que contienen información directa sobre esos hechos es el procedimiento más frecuentemente usado por los historiadores, y como tal no merece ninguna atención especial. Aquí damos como ejemplo un fragmento de un estudio histórico que es resultado de un establecimiento directo de los hechos:

«(...) Poznan no obtuvo su primer enlace ferroviario hasta 1848. Ocho años más tarde, fue el primer tren de Poznan a Wroclaw, en 1870 a Gubin y en 1871 a Bydgoszcz y Torun. De este modo, en el plazo de veintitrés años, Poznan consiguió varios enlaces ferroviarios importantes» [19].

En este caso, el autor del estudio construyó su descripción de los hechos sobre la base de datos basados en una fuente directa. Por supuesto, en muchos casos los datos sobre los hechos que nos interesan están escondidos de algún modo en las fuentes. Esto sucede, por ejemplo, si, basándonos en los datos genealógicos sobre familias medias, establecemos el número (término medio) de personas en la familia o en una generación, los años de vida de los diversos miembros de esas familias, etcétera.

El procedimiento es mucho más difícil si queremos establecer un hecho sobre el que no tenemos los datos basados en fuentes adecuados. En tal caso debemos recurrir a los métodos de establecimiento indirecto de los hechos, o sea, a establecerlos con referencia a datos más indirectos [20]. La fórmula «datos más indirectos» exige una explicación: con esto queremos decir los datos basados y no basados en fuentes que no hablan sobre el hecho mismo, pero que de algún modo son sus indicios. Estos indicios cumplen la función de indicadores que nos permiten, por así decirlo, traducir hechos que no son visibles en las fuentes a otros que son confirmados de algún modo, o a ciertas propiedades de esos hechos. Estos indicadores se utilizan como premisas en los tipos no fiables de inferencia usados para establecer hechos.

Estas señales, en el procedimiento de establecimiento indirecto de los hechos, cambian de naturaleza. Los extraemos de las fuentes que tenemos

---

de cualquier modo, la persona mencionada no había asistido a la conferencia, como fue confirmado más tarde por el propio Mankowski. Pero la persona en cuestión, al escribir sus memorias, confirmaba el error de Manskowski. Las memorias deben escribirse, pero hay que ser excepcionalmente precavido al utilizarlas. G. T. Lampedusa tenía razón, desde luego, al escribir que «mantener un diario o escribir los propios recuerdos debería ser una obligación impuesta por las autoridades estatales; así, el material recogido durante una serie de generaciones sería de valor incalculable, ya que muchos problemas psicológicos e históricos que torturan a la humanidad podrían resolverse. Ninguna memoria, aun escrita por gente no importante, está libre de grandes valores sociales y descriptivos».

[19] Cz. Luczak, *Zycie gospodarczo-spoleczne w Poznaniu 1815-1918* (Vida económica y social en Poznan, 1815-1918), Poznan, 1965, pág. 101.

[20] Estos métodos son ampliamente tratados por A. Malewski y J. Topolski, *op. cit.*, págs. 43 y ss. Se utilizan las conclusiones a las que llegó este autor en compañía de A. Malewski.

o, muchas veces, de nuestro conocimiento no basado en fuentes, tanto científico como corriente.

Siguiendo el estudio de los indicadores en las ciencias sociales hecho por S. Nowak[21], en la investigación histórica nos enfrentamos, principalmente, con indicadores empíricos, como son el indicatum, o sea, el hecho indicado, y el indicador. En el establecimiento indirecto de los hechos en la investigación histórica un indicador empírico se refiere a un hecho visible, pero que todavía no ha sido observado en las fuentes que encontramos. Por ejemplo, unos restos de madera quemada son un indicador empírico del hecho, desconocido de otro modo, de la destrucción del poblado de Biskupin (un poblado prehistórico de la Gran Polonia, que data del 500 antes de Cristo). Si inferimos, del comportamiento conocido de una persona ya desaparecida, sus experiencias o actividades mentales que no nos son conocidas, utilizamos un indicador ilativo. Por ejemplo, si un grupo de soldados cambia de bando y se une al que antes era su enemigo, esto es un indicador de una «experiencia mental», que no conocemos directamente (en este caso, no está registrada en las fuentes). Los indicadores definicionales (que forman el tercer tipo de indicadores adoptado por Nowak) no están relacionados con un establecimiento indirecto de los hechos, sino que están incluidos en el procedimiento para establecer directamente los hechos. En tal caso, un indicador definicional define un hecho que no se puede observar o una característica que no se puede observar de ese hecho. Por ejemplo, cuando sacamos conclusiones sobre la popularidad de una persona basándonos en lo que se ha escrito sobre él, no establecemos ningún hecho indirecto, sino que simplemente definimos el concepto de popularidad por la naturaleza de las afirmaciones sobre la persona en cuestión[22].

En una ocasión, T. Wojciechowski quiso averiguar el hecho de origen de los anales más antiguos conservados en Polonia, y la época en la que llegaron a Polonia. Las fuentes que tenía a su disposición carecían de datos que pudieran proporcionar una respuesta directa a esa pregunta. Pero, siguiendo un detallado análisis de las anotaciones hechas en el anal que examinaba, sacó la conclusión de que las últimas anotaciones hechas en Alemania databan del 969 y el 970 d. C. Se referían a la sucesión de tres arzobispos de Mainz, Wilhelm, Otto y Robert. «Esto es una indicación», escribió, «de que el lugar de origen del anal debe buscarse en la provincia de Mainz»[23].

De entre una docena de diócesis en esa provincia, se conservaban restos de contactos con Polonia en dos catedrales episcopales (Brandenburgo y Halberstadt) y en dos monasterios (Fulda y Korbea). De estas cuatro localidades, T. Wojciechowski pensó que Korbea era el origen más probable del anal, porque encontró en él varias anotaciones de Korbea. «Su número es muy pequeño, es cierto», escribió, «pero como estas anotaciones se encuentran en la tercera, es decir, la última parte del anal, la única en la que se puede esperar una labor original del autor, la suposición más probable

[21] Ver su *Studia z metodologii nauk spolecznych*, ed. cit., capítulo «Pojecia i wskazniki» (Conceptos e índices).

[22] Estos y otros ejemplos están extraídos de A. Malewski y J. Topolski, *op. cit.*, págs. 43 y ss.; lo mismo ocurre con los métodos especializados, *ibídem*, páginas 60 y ss., que también están sacados de la misma obra.

[23] T. Wojciechowski, «O rocznikach polskich X-XV wieku» (Anales polacos del siglo X al XV), Actas de la Academia de Letras de Cracovia, Sección de Filología, Historia y Filosofía, vol. IV, Cracovia, 1880, pág. 193.

es que la fuente de la que había sacado sus datos, es decir, el anal de Korbea, debe de haber estado cercano a él y en sus manos»[24]. T. Wojciechowski notó también que una de las dos anotaciones anacrónicas, en concreto la que se refiere al hallazgo del cuerpo de San Esteban, «parece ser de Korbea, porque es sabido que San Esteban fue el patrono del monasterio de Korbea, y la anotación, al ser anacrónica, es mucho más importante, ya que es, evidentemente, intencional, o sea, artificial»[25].

Otros hechos indicaban también los contactos entre Polonia y el monasterio de Korbea. Por ejemplo, las más antiguas iglesias polacas tenían patronos de Korbea, y es sabido que los misioneros solían dar a las iglesias el nombre de su iglesia original; más aún, Widukind, monje de Korbea, fue el autor de los primeros datos sobre Polonia, y la formulación de su informe sobre la muerte de Wichman señala el hecho de que el cronista debía de haber conseguido esta información por parte polaca. «Así, de toda la provincia de Mainz», continuaba Wojciechowski, «la evidencia circunstancial apunta, en su mayor parte, a los monjes de Korbea, y no sería muy osado deducir que Korbea fue probablemente ese lugar inidentificado de donde partieron los misioneros hacia Polonia con las enseñanzas cristianas, y con los primeros misales, entre los que había un códice con un ciclo pascual y un anal en sus márgenes»[26]. Al describir este proceso, A. Gieysztor escribió, siguiendo la costumbre común en la reflexión metodológica de los historiadores, que Wojciechowski «intentaba usar aquí el método deductivo»[27].

En el razonamiento de Wojciechowski, las premisas varían de naturaleza. Se basaban en la experiencia del investigador (si una fuente incluye datos detallados específicos de un área determinada, es bastante probable que tenga su origen en ella), y en el conocimiento general de la época (los misioneros que fundaban iglesias en territorios recientemente convertidos las llamaban según el patrono de su iglesia original). Estas premisas se encuentran muy frecuentemente. Pero también son bastante corrientes las premisas basadas en un conocimiento psicológico de una personalidad dada. Por ejemplo, J. Widajewicz llegó a la conclusión, apoyándose en los datos de fuentes sobre las batallas en las que luchó Mieszko (el primer dirigente polaco), en 963 y 967 d. C., que él debía de haber conquistado la zona del estuario del Oder. Escribió que «sería inconcebible que, después de la gran victoria que el dirigente de Polonia consiguió en 967, el estuario del Oder quedara aún fuera de las fronteras de su estado. Mieszko no era un hombre que se dejara tomar el pelo; si sabía cómo afrontar su situación en el momento de su reciente derrota, ¿cómo podía haber perdido la oportunidad que se le ofrecía por su brillante victoria, y no traer de cabeza a los derrotados Wolinianos? No aceptaríamos una contingencia que simplemente nos choca, por ser tan improbable»[28].

También son corrientes las premisas sacadas del sentido común. Nos encontramos con ellas, por ejemplo, cuando Kuczynski quiere demostrar

[24] *Ibídem*, pág. 207.

[25] *Ibídem*.

[26] *Ibídem*, pág. 211.

[27] A. Gieysztor, Introducción a la obra de Wojciechowski *Szkice historyczne jedenastego wieku* (Ensayos históricos sobre el siglo XI), 3.ª ed., Varsovia, 1950, página 15.

[28] J. Widajewicz, *Polska i Niemcy w dobie panowania Mieszka I* (Polonia y Alemania durante el reinado de Mieszko I), Lublin, 1953, pág. 60.

que Zyndram de Maszkowice no fue el jefe polaco en la batalla de Grunwald, y afirma, en relación con ello, que a un vencedor se le solía recompensar (y a Zyndram no se le recompensó).

He aquí una reconstrucción de tales casos de razonamiento. Consideremos uno de los de Wojciechowski:

1) Si un anal incluye datos sobre las condiciones locales de una provincia, ese anal suele proceder de esa provincia;
2) en el anal en cuestión, hay anotaciones que se ocupan de la sucesiva ocupación de la sede por tres arzobispos de Mainz, Wilhelm, Otto y Robert;
3) el anal procede de la provincia de Mainz (conclusión).

El anterior es un caso de inferencia no fiable (deducción debilitada), que hace que la conclusión sea probable; se podría generalizar de este modo:

1) si *p*, normalmente *q*,
2) *p*,
3) luego (probablemente) *q*.

Este es un caso de deducción debilitada del tipo *modus ponendo ponens*. Su falta de fiabilidad es evidente, ya que las premisas pueden ser ciertas, y sin embargo la conclusión falsa. A pesar de la manifiesta falta de fiabilidad de este tipo de inferencia, los estudios históricos describen, a menudo, las conclusiones a las que conduce como muy «ciertas», lo cual, muchas veces, es inversamente proporcional a su grado de sustentación.

Algunos tipos de inferencia indirecta utilizan premisas de clases concretas. Su papel dominante en tales tipos de inferencia dio lugar a la formación de métodos especiales de un establecimiento indirecto de los hechos. La lista de dichos métodos es abierta, pero sus unidades más importantes son el método filológico, el geográfico, el genealógico, el comparativo y el regresivo. Trataremos brevemente uno por uno. Hay que hacer mención aparte de la inferencia a partir del silencio de las fuentes *(argumentum ex silentio)*. El establecimiento indirecto de los hechos que tiene lugar a gran escala (estimaciones estadísticas) será materia de un capítulo especial. Hay que advertir, además, que los historiadores combinan muchas veces varios métodos, o por lo menos combinan el método directo y el indirecto.

5. *El método filológico (léxico)*

El término *filológico* (o mejor, *léxico)* se usa, para el método, con dos significados, por lo menos: en primer lugar, como método de descifrar e interpretar el lenguaje de las fuentes escritas [29], y, en segundo lugar, como una variedad del método para establecer los hechos de modo indirecto. Aquí nos interesa el último significado. En este sentido, el método filológico, que preferimos llamar léxico, consiste en establecer los sucesos pasados basándose en datos lingüísticos, en particular los relacionados con nombres de lugar, que se analizan a la luz del conocimiento lingüístico general. En

[29] Cfr. la formulación de Th. Mommsen, *Einleitung in die Altertumswissenschaft*, 3.ª ed., Berlín, 1927, pág. 18.

Polonia, este método tuvo uno de sus pioneros en T. Wojciechowski, que, en su estudio *Chrobacja* (1873) intentó basar sus conclusiones sobre los primeros establecimientos eslavos en los datos que proporcionaban los nombres de lugar.

Y he aquí un ejemplo de una aplicación más sofisticada del método léxico. K. Moszynski intentó contestar a la pregunta sobre qué territorios fueron el origen de los Proto-Eslavos, y cuál era el ámbito de la lengua proto-eslava alrededor del año 1 d. C. [30]. Llegó a la conclusión de que, sobre el año 500 a. C., los protoeslavos vivían en la región occidental de la depresión central del Dniéper, y que comenzaron a moverse hacia el oeste mucho más tarde, para ocupar la depresión del Vístula y del Alto Dniéster. Apoyó sus conclusiones refiriéndose a la geografía de plantas y a la paleobotánica, y especialmente a los datos aportados por esas disciplinas sobre el ámbito de las diversas especies de árboles.

Moszynski dejó de lado los nombres de los frutales, que, según averiguó, pasaban con facilidad de un idioma a otro, y distinguió, en los restantes nombres de árboles, los siguientes grupos de términos:

1) nombres muy antiguos, que tienen análogos relacionados en otras lenguas indoeuropeas;
2) nombres que eran innovaciones eslavas, y que no tienen análogos en otras lenguas indoeuropeas, y
3) nombres que ni tienen análogos relacionados en otras lenguas indoeuropeas ni son innovaciones eslavas, y que son palabras relativamente tardías.

Un análisis lingüístico detallado le llevó a la conclusión de que el tercer grupo de palabras incluye siete nombres de árboles, *buk, cis, jawor, modrzew, brzekinia, jodla, trzesnia* (los equivalentes españoles son: haya, tejo, sicomoro, alerce, acerolillo, abeto, cerezo). Este tercer grupo es decisivo para el problema en cuestión. K. Moszynski estableció, con los datos proporcionados por la geografía de plantas y la paleobotánica, que —al contrario que los árboles de los grupos uno y dos— los árboles del tercer grupo no crecían en las depresiones del Dniéper central y del Niemen, sino que crecían, y en mucha más cantidad que hoy en día, en las depresiones del Oder, Vístula y Alto Dniéster. Como los nombres de los árboles del grupo tercero no existían en protoeslavo, los eslavos no los conocían originalmente, ya que «vivían fuera del área donde suelen crecer, aunque sea esporádicamente (...). Parece excluirse que el terreno original de los protoeslavos abarcara, varios siglos antes de la Era cristiana, los valles del Vístula y del Alto Dniéster, y se extendiera, desde ahí, hasta abarcar el valle del Dniéper; aparece más probable que el ámbito de esa lengua estuviera hacia el este de los valles del Vístula y el Alto Dniéster» [31].

Otro ejemplo del uso del método filológico (en el sentido adoptado en este libro) lo ofrece el estudio de H. Lowmianski sobre los fundamentos económicos de la formación de los estados eslavos, en el que analiza, entre otras cosas, los términos eslavos para los meses, como indicadores que de-

[30] K. Moszynski, *Pierwotny zasieg jezyka praslowianskiego* (El alcance original de la lengua proto-eslava), Wroclaw, 1957. Sobre sus conclusiones, ver H. Lowmianski, *Poczatki Polski* (Los orígenes de Polonia), vol. I, Varsovia, 1964, páginas 97-98.

[31] K. Moszynski, *op. cit.*, pág. 260.

muestran que la economía eslava primitiva se basaba en la agricultura y ganadería [32].

6. *El método geográfico*

El método geográfico es corrientemente usado por los historiadores. Podemos distinguir, al menos, dos significados del término:

1) establecimiento de los hechos o de las relaciones entre los hechos, refiriéndose a la distribución de esos hechos sobre el mapa;
2) la utilización del conocimiento geográfico para establecer (y explicar) los hechos. Se dice, muchas veces, que un historiador usa el método geográfico simplemente porque presta atención al factor geográfico, es decir, a la influencia del entorno geográfico. En tales casos, no pretendemos el uso del conocimiento geográfico para presentar mejor los resultados de la investigación.

Un ejemplo del uso del método geográfico 1) lo ofrece un estudio de W. Semkowicz, que intentó localizar en el mapa los pueblos de la región de Cracovia en los que vivía una gran clase media baja a finales del siglo XIV. De este modo, ilustraba el hecho de que esos caballeros se concentraban a lo largo de la frontera, especialmente en el Nordeste, y cerca de las posiciones fortificadas. Semkowicz llegó a la conclusión de que era resultado de un asentamiento intencionado de los caballeros. «Esta situación de muchos caballeros a lo largo de la frontera y cerca de las posiciones fortificadas», escribió, «despeja toda duda de que nos encontramos con un asentamiento planeado con fines militares» [33].

Podríamos reconstruir así su razonamiento:

1) si vemos en el mapa una concentración de posiciones militares cerca de la frontera de un estado o cerca de otros centros de defensa, podemos suponer que era probablemente resultado de una acción planeada y ejecutada por las autoridades del estado;
2) la situación de la clase media baja en la región de Cracovia a finales del siglo XIV revela tales características;
3) probablemente, nos encontramos ante un asentamiento de los caballeros planeado con fines militares.

Del mismo modo, podríamos reconstruir el razonamiento de M. Biskup, que se basó en la distribución territorial de las propiedades de los exportadores de grano para formular conclusiones sobre los territorios desde los que se exportaba [34], y podríamos reconstruir también todos los demás casos parecidos de establecimiento de los hechos.

[32] H. Lowmianski, *Podstawy gospodarcze formowania sie panstw slowianskich*, edición citada, págs. 27 y ss.

[33] W. Semkowicz, «Wlodycy polscy na tle porównawczym slowianskim», *Kwartalnik Historyczny*, vol. XXII, 1908, pág. 597.

[34] Este ejemplo es tratado de modo más amplio por A. Malewski y J. Topolski, *op. cit.*, pág. 67. Sobre el método geográfico, ver J. Rutkowski, *Historia gospodarcza Polski*, vol. I, Poznan, 1946, págs. 10-11. La fotografía aérea, cuya precisión ha aumentado enormemente, puede ser muy instructiva para los historiadores. Sobre este asunto, ver la amplia literatura geográfica.

El método geográfico 2) se utiliza por parte de los historiadores que, a partir de su conocimiento del suelo y las condiciones climáticas dominantes en una región, sacan conclusiones sobre las cosechas más probables, o sobre la naturaleza de la economía local, o la cronología relativa de los asentamientos, a partir de las características geográficas de un área concreta. El método geográfico está indirectamente relacionado con muchas cuestiones discutidas sobre la relación entre la historia y la geografía, que surgirán de nuevo, más adelante.

7. *El método genealógico*

El método genealógico, cuya diferenciación como método de investigación aparte produce muchas dudas, se usa cuando nos apoyamos en nuestro conocimiento genealógico para establecer un hecho sobre el que no nos informan las fuentes. Pero, en la mayoría de los casos, esto ocurre con las situaciones en las que, como si dijéramos, extraemos información de una fuente en la que está escondida, en cierto modo, y no en aquellos en los que carecemos por completo de datos sobre un hecho concreto. Por ejemplo, cuando W. Dworzaczek planteó la pregunta sobre quiénes eran los *hetmans* (jefes militares) polacos en los siglos XVI y XVII, no encontró datos directos basados en fuentes sobre el tema [35]. Pero la falta de datos es sólo aparente, y no real, ya que tenemos datos genealógicos directos sobre varios *hetmans*, que podemos usar con este fin. El problema, en este caso, consistía en reformular la pregunta: ¿quiénes fueron los *hetmans* polacos en los siglos XVI y XVII?, como: ¿quién fue el *Hetman A*, el *Hetman B*, el *Hetman C*, etcétera?, y así llegar a una respuesta a la primera pregunta. El mismo procedimiento se puede aplicar al método filológico y geográfico. En realidad, éste es un método de establecimiento directo de los hechos. El historiador tiene aquí una gran oportunidad de exhibir su ingenio, ya que las fuentes pueden incluir muchos datos directos sobre los hechos, pero algunos de estos datos están, como si dijéramos, en forma latente. Ejemplos parecidos nos los ofrece el establecimiento del número de personas en una familia media a partir de los datos genealógicos (T. Furtak) y el establecimiento de la composición del ejército romano a partir de las inscripciones sepulcrales existentes (T. Zawadzki).

El método genealógico se usó en el sentido estricto de la palabra, que es, en general, mucho menos corriente, es decir, para establecer de modo indirecto los hechos, por parte de W. Semkowicz, en relación con el siguiente problema. Al estudiar la historia de la familia polaca Awdaniec, encontró que su antecesor llevaba el nombre normando *Auda*, que significa «tesoro», y que, por tanto, los nombres polacos *Skarb*, *Skarbek*, *Skarbimir* eran también característicos o específicos de la familia Awdaniec (*skarb*, en polaco, significa también «tesoro»). Ese nombre forma parte también de un asentamiento llamado Skarbno, situado cerca de Krzywin, en la Gran Polonia. Semkowicz había establecido anteriormente que Krzywin y sus alrededores eran el centro del área en el que se había asentado la familia Awdaniec, y que Skarbno perteneció a esa familia e incluso, probablemente, había sido la primera señal

[35] W. Dworzaczek, «Kto w Polsce dzierzyl bulawy», *Roczniki Historyczne*, 1951, vol. XIV, págs. 163-170.

de la familia Awdaniec-Skarb: su antecesor, Skarb-Auda, se estableció allí, aparentemente, a finales del siglo X[36].

El razonamiento de Semkowicz se puede reconstruir así:

1) Si conocemos el nombre del antecesor de una familia medieval y si, en el área donde se asentó esa familia, encontramos un lugar cuyo nombre incluye (como componente morfológico) el nombre de esa persona, ese lugar ha sido, probablemente, el lugar de origen de esa familia;
2) Los estudios genealógicos muestran que el nombre del antecesor de la familia Awdaniec era Skarb o Skarbek o Skarbimir, y que el área donde se asentó esa familia incluía un lugar que tenía ese nombre como componente morfológico;

---

3) El lugar llamado Skarbno, situado en el área donde se asentó la familia Awdaniec fue, probablemente, el lugar de residencia del antecesor de la familia.

Como puede verse fácilmente, la inferencia de Semkowicz seguía el esquema del *modus ponendo ponens* debilitado. Adviértase, además, que en este caso se combinaba el método genealógico con el léxico.

8. *El método comparativo (en su versión territorial)*

El método comparativo es uno de los instrumentos más indispensables de la investigación histórica. No sólo sirve para establecer hechos sobre los que no hay datos directos en las fuentes, sino también para apoyar hipótesis sobre explicaciones causales y para sacar conclusiones generales sobre los hechos y las leyes de la historia. J. Rutkowski, al tratar el método comparativo, escribió que, para algunas personas, una simple enumeración de fenómenos análogos observados en los diversos países era razón para usar el método comparativo, mientras que, para otros, es simplemente una operación preliminar para utilizar tales comparaciones en el establecimiento y la explicación causal de los hechos[37]. Se supone aquí que la comparación de los hechos, por sí sola, si no se usa para establecer o explicar los hechos, no se puede denominar método comparativo.

También encontramos el método comparativo como opuesto a la inferencia por analogía[38]. Esto es correcto hasta cierto punto, pero la cuestión

[36] W. Semkowicz, «Ród Awdanców w wiekach srednich» (La familia Awdaniec en la Edad Media), Actas de la Sociedad de Amigos de la Ciencia de Poznan, vol. XLIV, Poznan, 1917, págs. 257 y ss.

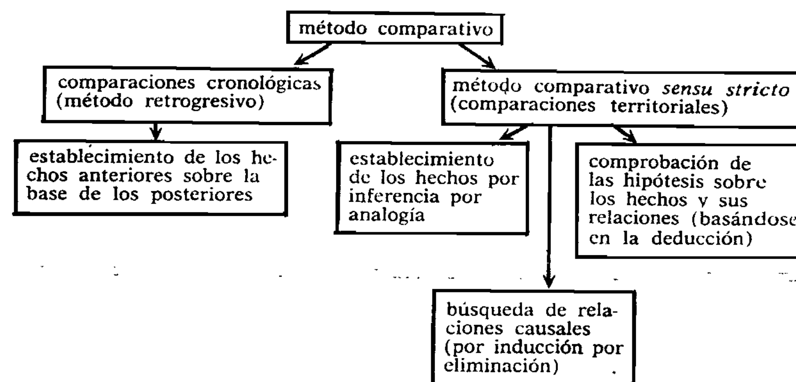
[37] J. Rutkowski, *op. cit.*, págs. 11-13.

[38] Ver, por ejemplo, J. Bardach, «O roli Normanów we wczesnosredniowiecznej Slowianszczysnie wschodniej»; *Kwartalnik Historyczny*, núm. 2, 1958, página 369. El método comparativo en la investigación histórica se caracteriza, de modo general, por W. Kamieniecki de esta forma: «El conocimiento del pasado de cualquier nación debe completarse con un estudio comparativo de los niveles de vida, especialmente los desarrollados por otras naciones. El método usado en una investigación así se llama comparativo». (W. Kamieniecki, «O metodzie porównawczej w historii», *Kwartalnik Historyczny*, R.:LV: 1948, pág. 9). Kamieniecki tiene también razón al limitar la aplicación del método comparativo (en el sentido que utiliza) a hechos que «pertenecen al mismo estadio de desarrollo» (*op. cit.*, pág. 10).

requiere más explicaciones. La inferencia por analogía (o sea, una variedad de la inducción por enumeración) es sólo uno de los tipos de inferencia (por ejemplo, junto a la inducción por eliminación), que se usa para establecer o explicar los hechos por referencia a los datos comparativos, y que, aunque sólo fuera por eso, no se puede identificar con el método comparativo, aunque no se puede oponer a este último. Más aún, la inferencia por analogía se puede interpretar de varios modos: sólo como un esquema lógico formal o junto con la regla extra-lógica que recomienda que las comparaciones abarquen las series que son similares estructuralmente; por ejemplo, los pueblos (o territorios) que tienen un nivel parecido de desarrollo histórico. En este último sentido, la inferencia por analogía no basta para ser método comparativo, sino que es sólo una de las bases lógicas de este último.

El siguiente problema también necesita una explicación. ¿Podemos llamar a una comparación del mismo territorio en diferentes períodos, con las conclusiones resultantes sobre ciertos hechos, la aplicación del método comparativo, es decir, podemos llamar al método regresivo comparativo? Según la práctica de algunos historiadores, que llaman al método regresivo comparativo-retrospectivo, este autor lo acepta como una variante del método comparativo.

Presentamos un esquema que muestra la posición del método comparativo en la investigación histórica, como conclusión de lo anterior:



El diagrama muestra claramente el lugar de la inferencia por analogía dentro del concepto más amplio de método comparativo.

A continuación dedicaremos algunos comentarios al método comparativo, en el estricto sentido del término, en el establecimiento de los hechos. Consideremos la obra de G. Labuda sobre el estado de Samo. Labuda formuló la hipótesis de que el gran Estado Moravio era el sucesor directo de un estado de Samo anterior. Pero no hay datos basados en fuentes sobre estos estados entre la segunda mitad del siglo VII y comienzos del siglo IX, que permitan apoyar de modo directo esta hipótesis. Por eso, Labuda recurre a una sustentación indirecta. Señala el hecho de que «en la segunda mitad del siglo VII las fuentes mencionan príncipes obodricios y velecios. Un príncipe servio, Milidukh, probablemente, un descendiente directo del príncipe Dervan, contemporáneo de Samo, fue muerto el 806 d. C. Un año antes, un príncipe llamado Lekh fue muerto en Bohemia. En la época de Svetopelk, un «príncipe

muy poderoso» rigió a los Vistulanianos, y el príncipe Pribin fue el jefe de Nitra alrededor del año 830 d. C. (...) Como, según se suele aceptar, esos estados se remontan a la época de Samo, no hay razones para pensar que debería ser distinto en el caso del estado de Moravia»[39].

Su razonamiento se puede reconstruir así:

1) El estado de los obodricios y los velecios se desarrolló desde la época del estado de Samo hasta el siglo IX.
2) El estado servio se desarrolló desde la época del estado de Samo hasta el siglo IX.
3) El estado de Bohemia se desarrolló antes del siglo IX.
4) El estado de los vistulanianos se desarrollo antes del siglo IX.
5) El estado eslovaco, con centro en Nitra, se desarrolló antes del siglo IX.

---

6) El estado de Samo también se desarrolló entre la segunda mitad del siglo VII y comienzos del siglo IX, dando origen al Gran Estado de Moravia.

En otras palabras:

1) El proceso Z tuvo lugar en el territorio A.
2) El proceso Z tuvo lugar en el territorio B.
3) El proceso Z tuvo lugar en el territorio C.

---

4) El proceso Z también tuvo lugar en el territorio X, que, en ciertos aspectos, se parece a los territorios A, B, C.

En el caso en cuestión, el proceso representa la formación de un estado como unidad política. Este razonamiento es, obviamente, no fiable. El grado de certeza aumenta a medida que aumenta el número de casos análogos, y depende, sobre todo, del grado de parecido entre los casos análogos abarcados por la comparación. Las comparaciones deben hacerse con precaución. J. Bardach tiene razón al afirmar que si «no hay semejanzas en las cuestiones fundamentales, la aplicación de este método (es decir, el comparativo) se puede poner justificadamente en duda»[40].

9. *El método regresivo (versión cronológica del método comparativo)*

El método regresivo se usa bastante a menudo en los estudios del viejo campo, los viejos asentamientos y la organización de una parte de la economía nacional; en términos generales, en todos aquellos casos en los que sabemos que ciertos fenómenos tienden a desaparecer, y al mismo tiempo podemos esperar legítimamente que hallaremos en las fuentes algún registro del anterior estado de cosas. Podemos aprender, por ejemplo, que en un momento t_n el estado de desarrollo de un fenómeno era al menos el mismo que el de un momento posterior t_{n+1}. Esto ocurre en los casos de estancamiento; si suponemos que el fenómeno en cuestión tiende a desaparecer, hay que esperar que las condiciones en t_{n+1} sólo ilustren en parte las de t_n.

[39] El ejemplo está sacado de G. Labuda, *Pierwsze panstwo slowianskie. Panstwo Samona*, Poznan, 1949, págs. 293-294. El análisis de su razonamiento está extraído de A. Malewski y J. Topolski, *op. cit.*, págs. 49-50.

[40] J. Bardach, *op. cit.*, pág. 369.

F. Persowski, en un estudio sobre los asentamientos en el valle medio del San, intentó reconstruir el paisaje de esa zona en el siglo XV. Para ello, examinó tanto las fuentes del siglo XV como los mapas contemporáneos. Si se hubiera remitido sólo a las fuentes del siglo XV, el estado de repoblación forestal de esa zona que habría reconstruido adoptaría la forma de fragmentos dispersos, identificados con referencia a las fuentes existentes. La referencia simultánea a las condiciones actuales, es decir, a la repoblación como se podía observar en el siglo XX, permite reconstruir el alcance de las áreas repobladas en el siglo XV de un modo mucho más completo. Tal reconstrucción utiliza nuestro conocimiento del hecho de que la Polonia del siglo XV estaba mucho más cubierta de bosques que la del siglo XX, y que las áreas que están repobladas ahora estaban también cubiertas de bosques en el siglo XV, con muy pocas excepciones[41].

La reconstrucción del razonamiento seguido aquí es ésta:

1) Si aceptamos que el alcance de un fenómeno X disminuye con el paso del tiempo, el alcance de ese fenómeno es un momento t_{n+1} (que se puede observar en las fuentes) es más limitado de lo que era en un momento t_n, sobre el que no tenemos suficientes datos basados en fuentes.
3) El alcance de X fue disminuyendo a lo largo de los siglos.

---

3) El alcance de X, observado en el momento t_{n+1}, es parte del alcance de ese fenómeno cuando existía en un momento t_n.

Este caso de inferencia sigue el esquema del *modus ponendo ponens*.

Como puede verse, el método regresivo sólo ayuda a establecer ciertos hechos, pero no se puede usar para establecerlos de forma independiente. Normalmente aparece a la vez que elementos del método del establecimiento directo de los hechos. En el caso anteriormente analizado, las fuentes que se referían al siglo XV servían para establecer directamente ciertos hechos.

Las aplicaciones del método regresivo no se limitan al estudio del viejo paisaje y los viejos asentamientos. Por ejemplo, K. Potranski intentó reconstruir las actividades de los recolectores de miel de las abejas del bosque de Kurpie en la Edad Media, usando fuentes que databan de los siglos XVI y XVII. Supuso que las fuentes de los siglos XVI y XVII alumbrarían en parte las condiciones anteriores. En este caso, la aplicación del método regresivo resultó fallar: los estudios posteriores han demostrado que la recolección de miel en el bosque de Kurpie comenzó en una época relativamente tardía, como costumbre traída por colonos relativamente recientes. En este caso, las asunciones exigidas para la aplicación del método retrogresivo no fueron satisfechas[42].

[41] F. Persowski, «Osadnictwo w dorzeczu sredniego biegu Sanu. Próba rekonstrukcji krajobrazu z XV wieku» (Colonos en el valle medio del San. Intento de reconstrucción de la campiña del siglo XV), en *Studia z historii spolecznej i gospodarczej poswiecone prof. dr Franciszkowi Bujakowi* (Estudios de historia social y económica en honor del profesor Francisco Bujak), Lwów, 1931, páginas 83-99. El caso es analizado en A. Malewski y J. Topolski, *op. cit.*, págs. 68-69.

[42] K. Potkanski, «Puszcza Kurpiowska», en *Pisma posmiertne* (Escritos póstumos), vol. I, pág. 234.

En esta ocasión hay que hacer una breve mención de lo que se llama método progresivo. Se suele referir a él sólo para oponerlo al método retrogresivo, ya que, por otra parte, es el procedimiento normalmente usado por los historiadores. Cuando un historiador estudia un período concreto, utiliza sobre todo fuentes que datan de ese período y no las que datan de épocas posteriores. Esto no se suele mencionar por las mismas razones por las que, al informar sobre una conversación, no subrayamos que los participantes hablaban en prosa.

Evidentemente, el método de investigación debe diferenciarse del de presentación de los resultados. Esto significa que los hechos estudiados por el método regresivo pueden presentarse, y se suelen presentar, de acuerdo con su orden cronológico [43].

10. *Inferencia a partir de la falta de datos* (argumentum ex silentio)

La inferencia a partir de la falta de datos (el silencio de las fuentes) es una variedad del método de establecimiento indirecto de los hechos; se usa cuando, en vista de la falta de datos basados en fuentes, afirmamos algo sobre un hecho que no se confirma por medio de las fuentes. J. Giedymin analizó el problema de por qué, en tales casos, solemos llegar a conclusiones falsas, a pesar de que la inferencia sigue el esquema del *modus tollendo tollens* [44].

Llegó a la conclusión de que si usamos una premisa del tipo: «Para todo *H:* si ocurrió un hecho *H*, las fuentes históricas incluyen una mención que confirma la existencia de *H*», cometemos siempre un error material, porque esta premisa es falsa. Por tanto, sugirió el siguiente esquema de inferencia:

Premisas:

1) Para todo *H:* si ocurrió un hecho *H*, del tipo de hechos que se suelen registrar, *H* fue registrado.
2) El hecho *H* no fue registrado.

Conclusión:

3) El hecho *H*, probablemente, no ocurrió.

Así, tenemos que saber no sólo si el hecho estaba en la categoría de los que se suelen registrar, sino también si se registró (aunque las fuentes pueden haberse perdido).

En el caso tratado más arriba, la cuestión era establecer la no ocurrencia de ciertos hechos, apoyándonos en el silencio de las fuentes. Pero el *argumentum ex silentio* también se usa para afirmar que ciertos hechos sí ocurrieron. Se suele decir, entonces, que la falta de informes atestigua lo común de que ocurran hechos de ese tipo. La no fiabilidad de esta forma de razonamiento es incluso mayor que cuando sacamos conclusiones sobre la no ocurrencia de ciertos hechos a partir de la falta de datos en las fuentes. El tipo de

[43] Cfr. A. Malewski y J. Topolski, *op. cit.*, págs. 71-72.
[44] J. Giedymin, *Problemy logiczne analizy historycznej*, ed. cit., págs. 13-14.

inferencia que nos interesa ahora se puede reconstruir así (según el modelo sugerido por J. Giedymin):

Premisas:

1) Para todo *H:* sí en un hecho *H*, que entra en la categoría de hechos que son tan corrientes que no se registran, ocurrió, entonces no fue registrado.
2) *H* no fue registrado.

Conclusión:

3) El hecho H ocurrió.

Esto muestra la extraordinaria no fiabilidad de la inferencia basada en la carencia de datos en las fuentes, ya que, a partir de que un hecho no ha sido registrado, se puede deducir tanto su ocurrencia como su no ocurrencia. Por eso, por ejemplo, J. M. Peset y E. Le Roy Ladurie, al informar sobre los estudios franceses de los pueblos desiertos en la época feudal, plantearon la pregunta: ¿La falta de datos sobre los pueblos abandonados atestigua el hecho de que no hubo pueblos abandonados, o el hecho de que eran tan corrientes que no merecían registrarse? [45].

[45] Cfr. *Village désertes et histoire économique*, París, 1965, pág. 127.

XX

Métodos cuantitativos en la investigación histórica

1. *Esbozo del desarrollo de los análisis cuantitativos en la investigación histórica*

Cuando los historiadores comenzaron a darse cuenta de que «tenían que contar» —cosa que, de un modo visible, sólo ha ocurrido durante los últimos cincuenta años— los análisis cuantitativos se convirtieron en un elemento legítimo de las narraciones históricas. Estos análisis se necesitaban urgentemente, ya que conocemos los asombrosos errores en los textos escritos por historiadores anteriores, que no estaban acostumbrados a manejar cifras y no se daban cuenta de qué precisión se requería en esa cuestión. Mandaban a las batallas ejércitos tan enormes, que toda la población adulta de un estado determinado no bastaba para poblarlos; hacían que las ciudades estuviesen habitadas por masas enormes, y enviaban a miles de personas a la muerte al describir los efectos de las plagas. Lelewel aseguraba que 193.000 personas murieron en Cracovia en 1652 como resultado de una epidemia[1], y ese número era por lo menos diez veces mayor que la población entera que podía tener esa ciudad en aquella época. Suponía que, en el período de auge, solían exportarse de dos a cinco millones de toneladas de grano, que salían de Polonia a través de Danzig[2]. Para comprender como exageraba, adviértase que en Polonia, en 1961-1963, las cuatro cosechas anuales totalizaron 14 millones y medio de toneladas; en la época relatada por Lelewel, podían totalizar 1,4 millón de toneladas[3], del cual se exportaría no más del diez por ciento. Estos datos ilustran el grado de trastorno en la investigación histórica en las últimas décadas. Los que quieren usar el término *revolución* podrían llamar a ese trastorno la revolución cuantitativa en la investigación histórica.

Este cataclismo cuantitativo no ha cesado aún. No hace mucho se podía llamar una revolución estadística, pero, con el advenimiento de las computadoras, la teoría de la información y los sistemas de procesamiento de datos, y las perspectivas de aplicación de las matemáticas en las ciencias sociales, parece fundamental usar un término más amplio, que vaya más allá de la estadística en el sentido estricto de la palabra, y abarque todos los métodos cuantitativos. Sin embargo, aunque es legítimo hablar de la gran importancia del acercamiento cuantitativo en la investigación histórica, ya que significa destacar los hechos interpretados *en masse* (como una variedad de los hechos compuestos), no sería correcto dar excesiva importancia a las perspectivas de convertir en matemática la investigación histórica, por lo menos en un futuro próximo. Probablemente, se hará mucho en ese campo, pero, de todos modos, parece que el acercamiento cualitativo no puede ser eliminado de los estudios históricos. Incluso se puede asegurar que el acercamiento cuantitativo ayudará a mejorar, en una medida cada vez mayor, los análisis cualitativos. Hoy tenemos que subrayar —no demasiado fuerte, ya que este autor da gran importancia al desarrollo de los métodos cuantitativos, que están aún pobremente arraigados en la investigación histórica— que no debemos ilusionarnos con las apariciones de la precisión, porque, de otro modo, quedaremos tan fascinados por ellas como un novato al que se le da un instrumento moderno y no consigue valorar sus posibilidades reales. A. Soboul se refirió al peligro de rendirse a «la magia de las cifras», y señaló el hecho de que los resultados cuantitativos juegan un papel secundario en la investigación histórica: ¿para qué recogemos y clasificamos datos numéricos, si no es para obtener respuestas a preguntas específicas?[4].

La introducción de los métodos cuantitativos en la investigación histórica se debió principalmente al desarrollo de la historia económica (incluida la demografía) que, si no quería convertirse en una colección de anécdotas y curiosidades, tenía que estudiar los fenómenos de masas (utilizando fuentes que no hubieran sido estudiadas previamente), y eso exigía métodos cuantitativos. La base filosófica de esos intentos la proporcionó, sobre todo, el positivismo. Podríamos anotar docenas de nombres de historiadores en varios países, que, especialmente, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, centraron su atención en el estudio estadístico y la interpretación de los datos numéricos.

El primer período estuvo dominado por el proceso de los datos recién descubiertos. Se puede mencionar a los siguientes investigadores, como ejemplo característico de ese nivel en el que los métodos cuantitativos estaban incorporándose a la investigación histórica, pero tratándose todavía sin la crítica adecuada: J. Th. Rogers, autor de una historia en seis volúmenes de la agricultura y los precios en Inglaterra (ed. de 1866 a 1887); G. D'Avenel, cuyo estudio en ocho volúmenes (1894-1931) subrayaba los cambios de los precios y los salarios en Francia del siglo XIII al XVIII; A. Pawinski, que, junto con A. Jablonowski, proporcionó las bases estadísticas para la historia de Polonia en el siglo XVI *(Polska XVI wieku pod wzgledem geograficzno-statystycznym:* Polonia en el siglo XVI, Geografía y Estadísticas, 1883-1897). A fines del siglo XIX hubo también un número cada vez mayor de estudios sobre la relación entre la estadística y la investigación histórica. El concepto de estadística histórica nació también en esa época. En 1882 K. T. Inama-Sternegg escribió su documento sobre *Geschichte und Statistik*[5], y diez años más tarde, Z. Daszynska-Golinska ya tenía en consideración el método y los avances de la estadís-

[1] J. Lelewel, «Uwagi nad dziejami Polski i ludu jej», 1854, en *Polska, dzieje i rzeczy jej* (Historia y cosas polacas), vol. III, Poznan, 1855, pág. 327.

[2] J. Lelewel, «Historia Polski az do konca panowania Stefana Batorego», 1913, *op. cit.*, vol. XIII, Poznan, 1863, pág 579.

[3] A. Wyczanski, «Próba oszacowania obrotu zytem w Polsce w XVI w», en *Kwartalnik Historii Kultury Materialnej*, núm. 1, 1961, pág. 70.

[4] A. Soboul, «Opis i miara w historii spolecznej» (Descripciones y medidas en la historia social), versión polaca en *Kwartalnik Historyczny*, núm. 2, 1966, páginas 282-283.

[5] K. T. Inama-Sternegg, «Geschichte und Statistik»; *Statistische Monatschrift*, VIII, 1882.

tica histórica[6], y al hacerlo, centraba su atención, al contrario que Inama-Sternegg, en los datos demográficos.

En resumen, el primer nivel de la cuantificación de la historia consistió en utilizar datos nuevos y en procesarlos estadísticamente, de una forma todavía elemental. Esto ocurrió sobre todo con los precios (donde los resultados eran menos chocantes) y con los datos demográficos (donde los datos eran, científicamente, más interesantes).

El segundo paso del desarrollo de los métodos cuantitativos en la investigación histórica estuvo marcado por un progreso plurilateral, sobre todo en el hallazgo de fundamentos teóricos (especialmente en el terreno de la economía política) para los análisis cuantitativos, en la ampliación del alcance de dichos análisis (ampliando los cómputos de correlación), y en utilizar, como intentos, hallazgos numéricos en las explicaciones genéticas y causales de hechos colectivos que no ocurren *en masse*, e incluso de sucesos aislados, es decir, en intentos de poner las bases cuantitativas de la historia social y política, y de otras ramas de la historia, tradicionalmente cualitativas.

Las bases teóricas y las inspiraciones para los nuevos acercamientos las ofrecieron, por un lado, la economía política marxista, y, por otro, su equivalente no marxista, que iba gradualmente ganando fuerza. La obra más importante, inspirada por la teoría marxista, pero que a la vez sirvió para su expansión, fue *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (1899) de Lenin, que incluía un análisis estadístico de la estructura social (el problema de la estratificación social) y una descripción dinámica cronológica de los fenómenos, lo cual, junto con una constante combinación de análisis cuantitativos y cualitativos, dio lugar a un modelo de uso de la estadística en el estudio del desarrollo de un fenómeno determinado (en el caso en cuestión, del sistema capitalista), y por tanto, el estudio de la estructura y la dinámica a la vez[7].

Esta combinación no se alcanzó en los estudios inspirados por las teorías no marxistas (principalmente el estudio de J. M. Keynes sobre los ciclos de los negocios y su acercamiento macroeconómico a la vida económica). Los estudios de los procesos dinámicos, excesivamente fascinados por los cambios en la circulación del dinero, los precios y los salarios, no se relacionaban de modo integral con los estudios cualitativos de las estructuras. Este defecto se veía sobre todo en las obras de uno de los promotores del acercamiento cuantitativo a la historia (cfr. capítulo VII), en concreto, F. Simiand[8], un economista, historiador económico y sociólogo, todo en uno, autor de *Le salaire, l'evolution sociale et la monnaie* (tres volúmenes, 1932), que estableció estadios en el desarrollo económico según los cambios en la circulación de monedas. Pero los avances hechos en los

[6] Z. Daszynska-Golinska, «Metoda statystyki historycznej i jej dotychczasowe zdobycze», en *Ekonomista Polski*, vol. XI, 1892.

[7] Esta obra, que fue una pionera, es a menudo minusvalorada al tratar las aplicaciones de los métodos cuantitativos en el estudio de las estructuras sociales.

[8] Algunos historiadores franceses exageran enormemente al valorar el papel que había jugado F. Simiand al dar precisión a los métodos de la investigación histórica. Hasta P. Vilar escribió (en relación con su crítica, correcta por otra parte, de R. Aron, que no consigue comprender la investigación histórica moderna), que Simiand, al poner las bases para la econometría histórica, «avait fait passer l'histoire du stade de la description au stade de la mesure» (P. Vilar, «Marxisme et histoire dans le développement des sciences humaines», *Studi storici*, vol. I, núm. 5, 1959-1960, pág. 1016).

métodos de cómputo (un aumento en el número de tipos de análisis) en la investigación histórica eran importantes por sí mismos. Teóricamente, un gran paso adelante lo dio E. Labrousse que prestó más atención cada vez a los estudios dinámicos de las estructuras sociales. Una afirmación hecha por A. Soboul sobre la historia social se puede usar para mostrar las raíces tan profundas que tenían los estudios autónomos sobre los ciclos económicos (la configuración de los cambios a largo plazo) y las estructuras (todos orgánicos con relaciones internas) en la literatura que se inspiraba en los estudios económicos de los ciclos de negocios. La historia social, aseguraba, supone «un conocimiento exhaustivo de las estructuras sociales y de los mecanismos que lentamente conducen la onda de los ciclos evolutivos económicos»[9]. Indicando los mecanismos sociales junto a las estructuras, señalaba claramente, en su afirmación, el acercamiento dialéctico, con el que, sin embargo, sería difícil reconciliar la formulación que afirma que tales mecanismos y estructuras manejan la onda de los ciclos económicos que se desarrollan solos. Y el hecho es que las ondas de cambios en el pasado no eran más que resultados de los cambios en las estructuras.

Junto a F. Simiand, E. Labrousse y otros historiadores franceses, los promotores más penetrantes de los métodos cuantitativos en la historia social y económica incluían: J. Rutkowski, autor de muchos estudios sobre historia agraria (a partir de 1910), y en particular de una de las mejores obras basadas en la estadística, *Badania nad podzialem dochodów w czasach nowozytnych* (Estudios sobre la distribución de los ingresos en la época moderna) (1938); J. Hamilton, iniciador de los estudios modernos sobre las revoluciones de precios (1934); muchos otros estudiosos de los precios (W. Beveridge, H. Hauser, A. E. Pribram, M. J. Elsass, S. Hoszowski, y otros); y muchos otros, que no podrían mencionarse aquí. La estadística se ha convertido así en un inseparable compañero de la investigación histórica; también comenzó a abrirse camino gradualmente en la historia política (por ejemplo, la estadística electoral), la historia de la cultura (estadística de colegios), y otras ramas de la investigación.

El tercer estadio del uso de los análisis cuantitativos en la investigación histórica, al que estamos asistiendo ahora, comenzó a finales de la Segunda Guerra Mundial. Las bases teóricas de los estudios cuantitativos mejoraron, como resultado de una mayor cooperación entre las diversas disciplinas, y en particular, entre la historia, la economía y la sociología. Los economistas emprendieron la investigación cuantitativa, por su cuenta, para penetrar en el pasado (nos referimos sobre todo a la investigación llevada a cabo por el *Institut de Science Economique Appliquée* en París), e incluso sugirieron que se llamara historia cuantitativa *(histoire quantitative)*[10], lo cual iba a significar la forma más avanzada del acercamiento cuantitativo a la historia económica en una época concreta. La comprensión de la necesidad de usar mediciones precisas en la historia se generalizó, lo cual, evidentemente, no significaba ir mucho más allá del cómputo corriente de los precios medios, números relativos, etcétera, a pesar de que las diversas medidas de concentración, cómputos de tendencias, correlación, coeficientes de regresión, y elementos de estadística matemática (pruebas representativas, tests de importancia, etcétera) comenzaron a usarse cada vez más.

[9] A. Soboul, *op. cit.*, pág. 280.

[10] Cfr. J. Marczewski, «Histoire quantitative-Buts et méthodes», *Cahiers de l'Institut de Science Economique Appliquée*, núm. 115, serie AF 1, París, 1962.

Pero el rasgo característico de este tercer paso de la cuantificación de la investigación histórica no se limitó a la penetración de los métodos estadísticos en las distintas disciplinas históricas [11], sobre la base de fundamentos teóricos mejores (por ejemplo, la teoría del crecimiento económico), sino que consistió también en el surgimiento de nuevas fuentes de análisis cuantitativos. Entre estas nuevas fuentes se incluyen, sobre todo, las posibilidades, advertidas recientemente por los historiadores, que ofrece la mecanización de la recolección, almacenaje y proceso de datos, y la utilidad de los estudios estadísticos de textos aplicados a la lingüística (análisis de frecuencia y de estilo). Las discusiones sobre las nuevas perspectivas son superiores a las aplicaciones prácticas, a pesar de que en este último campo ciertos países han logrado algunos avances.

En resumen, hemos estado viendo una creciente cuantificación de la investigación histórica, basada sobre todo en la estadística, al menos durante un siglo. Durante el primer paso, el preliminar, vimos sólo los contactos iniciales entre la investigación histórica y la estadística. Las dificultades en la aplicación de los nuevos métodos se manifestaron en esa época. Había algunos miedos justificados ante una deshumanización de la historia, ya que los estudiosos no conseguían todavía darse plena cuenta de que los resultados de una investigación cuantitativa se pueden integrar en un cuadro del proceso histórico sólo por medio de un análisis cualitativo, un análisis basado en una teoría del desarrollo social bien fundada, y que tenga un vasto campo de visión. El segundo estadio confería al análisis cuantitativo en la investigación histórica el status de legitimidad, pero aún no conseguía sugerir una relación satisfactoria entre los estudios cualitativos y cuantitativos. Pero contribuyó a desarrollar la crítica respecto a las fuentes estadísticas y permitió distinguir entre sus diversas clases (y dio lugar a una serie de publicaciones valiosas, como los registros de aduanas de Sund). El nivel tres, el integrador, testimonió una mayor mejora de los análisis cuantitativos en la investigación histórica, que siguió a una mayor aplicación de los análisis en la ciencia en general. Los avances en la teoría exigían estudios más amplios, que además tenían que hacer frente a los datos masivos. Las cuestiones de los métodos cuantitativos se convirtieron en algo cada vez más común en la historia, la economía, la sociología y la

[11] He aquí algunas publicaciones importantes sobre la estadística general e histórica: S. Szulc, *Metody statystyczne*, vol. I, Varsovia, 1952; vol. II, Varsovia, 1954; A. Piatier, *Statistique et observation économique*, vol. I, París, 1961; E. P. Heckscher, «Quantitative Measurement in Economic History», *Quarterly Journal of Economics*, vol. LIII, 1939; W. Kula, «Statystyka historyczna», en Problemy i metody historii gospodarczej, ed. cit., págs. 343-406; S. Kuznetz, «Statistics and Economic History», *Journal of Economic History*, vol. I, 1941; J. Rutkowski, «Metoda statystyczna», en *Historia gospodarcza Polski*, vol. I, ed. cit., páginas 8-11; J. Topolski, «Uwagi o metodach statystyki historycznej», en *Studia z metodologii historii*, ed. cit., págs. 79-113; A. P. Usher, «The Application of the Quantitative Method to Economic History», *Journal of Political Economy*, volumen XL, 1932; R. Mols, *Introduction à la démographie historique des villes d'Europe du XIVe au XVIIIe siècle*, vols. I y II, Lovaina, 1955, S. Borowski, «Charakter i klasyfikacia zródel statystycznych» (La naturaleza de las fuentes estadísticas y su clasificación), *Studia Zródloznawcze*, vol. IX, Poznan, 1964, y, del mismo autor, «Charakter i krytyka oceny zródel statystycznych» (La naturaleza de las fuentes estadísticas y crítica de su valoración), *Studia Zródloznawcze*, volumen X, Poznan, 1965. En este capítulo nos interesan sólo las aplicaciones más generales y elementales de la estadística en la investigación histórica, especialmente las relacionadas con la historia económica. Ver también nota 53.

psicología social (al margen de las peculiaridades mostradas por los datos en algunas de estas disciplinas).

A continuación nos ocuparemos de las aplicaciones de los métodos estadísticos en la investigación histórica (estadística histórica) y de algunos otros métodos de análisis cuantitativo, todos ellos estrechamente relacionados con la estadística.

2. *El concepto y los objetivos de la estadística histórica*

En términos generales, los métodos de la estadística histórica no son más que métodos estadísticos generales aplicados al estudio de los hechos (fenómenos) que ocurrieron en el pasado a escala masiva y dejaron restos propios en las fuentes que todavía existen.

Los presupuestos fundamentales son comunes a ambas, y las peculiaridades de la estadística histórica en comparación con la estadística general son sólo de importancia secundaria. La semejanza de los presupuestos consiste, en primer lugar, en el hecho de que en ambos casos consideramos las poblaciones estadísticas, que son series de un número de elementos contables (unidades, hechos) cada una. Pero no toda serie de elementos es un objeto de estudio estadístico. Por ejemplo, un estadístico no se interesa por una serie de pelotas idénticas [12], porque no puede decir nada sobre ellas más que contarlas: cualquier cosa que diga sobre una pelota será aplicable a las restantes. El estudio sería así parecido a un estudio de un fenómeno único. Un estadístico, al definir una población, indica las características que deciden si un objeto determinado es un elemento de esa población, pero sólo le interesan las poblaciones que tienen elementos diferentes entre sí en algún aspecto. La definición de una población depende de los objetivos de la investigación. En el caso de un censo general, la población (en el sentido estadístico del término) está formada por todos los habitantes de un área concreta, ya que forman la clase específica de elementos, pero si el registro abarca nada más a aquellos hombres que están en la edad anterior a la edad militar, entonces la población es sólo una subserie de la serie de toda la gente. En algunos estudios, un pueblo puede ser una población, y en otros, una sola granja; en el primer caso, estudiamos estadísticamente los pueblos, mientras que, en el segundo, lo hacemos con las granjas.

Los elementos de una población (estadística) difieren entre sí por ciertas características secundarias (por ejemplo, por tenerlas o no tenerlas, o por tenerlas en distinto grado). Supongamos que estudiamos estadísticamente las granjas campesinas: nos interesa, por tanto, su extensión de acres, y el número de animales de granja, edificios y mano de obra que tiene cada una. Todas éstas son características secundarias de un elemento concreto de la población de granjas campestres estudiada (por ejemplo, dentro de un determinado pueblo o distrito); la característica básica es la de «ser una granja campesina».

Es evidente que los elementos de las poblaciones estadísticas pueden ir desde los más simples (por ejemplo, un empleado en una factoría *X*) hasta los más complejos (una ciudad). Cuanto más complejo es un elemento,

[12] «Identidad» es, por supuesto, un concepto limitativo, o lo que se llama una idealización; en matemáticas, es un concepto abstracto; en la práctica, nos encontramos con la identidad limitada a un determinado objeto en consideración, es decir, con la incapacidad de ser distinguido.

más rasgos característicos suele tener, y, por tanto, más detallado es el análisis al que se somete.

Las peculiaridades de las estadísticas históricas están relacionadas sobre todo con los datos que se pueden conseguir, es decir, con las fuentes estadístico-históricas. Las fuentes estadísticas como tales no forman ningún grupo distinto que implique un cambio en la clasificación de las fuentes que hemos introducido previamente en este libro. Sólo podemos recurrir a una clasificación más dicotómica: 1) las fuentes que proporcionan datos para la formación de las poblaciones estadísticas, y 2) las que no proporcionan tales datos. Dentro del primer grupo, podemos distinguir las fuentes estadísticas *sensu stricto*, es decir, las que han sido intencionadamente preparadas para la investigación estadística (por ejemplo, los datos del censo).

El hecho de que una fuente concreta pueda clasificarse como estadística es, a veces, una cuestión casual. Si no se conservara más que un documento notarial, tal documento no tendría ningún valor estadístico, aunque un gran número de dichos informes podría considerarse como fuentes estadísticas. En cualquier caso, tenemos que hacer una distinción entre «la naturaleza estadística» de una fuente determinada en el momento en el que esa fuente comienza a existir, y en el momento en el que un historiador pretende extraer información de ella: las dos no tienen por qué coincidir. Más aún, una fuente, si la consideramos como una unidad aislada, puede no tener naturaleza estadística; sólo la adquiere si tenemos en cuenta un gran número de dichas unidades.

El historiador debería darse cuenta de qué fuentes se prestan a ser usadas como datos estadísticos. W. Kula ha clasificado las fuentes estadísticas dividiéndolas en las de origen estadístico (por ejemplo, los datos del censo de población), fuentes institucionales que se ocupan de fenómenos de masas (por ejemplo, listas de impuestos), y fuentes que se ocupan de hechos individuales que ocurren a escala masiva [13], y dedujo, con razón, que el futuro de la investigación estadística histórica pertenecería al grupo mencionado en último lugar, que, hasta ahora, ha sido el menos explotado. El historiador puede buscar fuentes estadísticas en todas las categorías previamente diferenciadas, y, por tanto, tanto en las fuentes directas como en las indirectas, así como en las escritas y las no escritas. Una lista de impuestos, una serie de documentos sobre las ventas de propiedades inmuebles, y una serie específica de artefactos, todos ellos se pueden usar como fuentes estadísticas. Los artefactos son analizados por los arqueólogos, y por los historiadores de la civilización material en general. En años recientes, hemos visto grandes avances en esas disciplinas y otras relacionadas, haciendo uso de métodos muy sofisticados [14]. En la crítica de ese

[13] Este autor acepta esa clasificación, aunque la terminología de W. Kula carece de precisión. En primer lugar, es difícil notar una diferencia entre los fenómenos de masas y los fenómenos individuales que aparecen a escala masiva. ¿No están hechos los fenómenos masivos de fenómenos individuales? La diferencia debe buscarse en el origen de esos dos tipos de fuentes.

[14] Ver las obras de J. Czekanowski. Un ejemplo lo ofrece W. Kocka, «Obliczanie pojemnosci naczyn metoda korelacji», *Slavia Antiqua*, vol. I, págs. 239-246. Véase también E. Vielrose, «Zmiany w odzywianiu sie rybaków gdanskich w wieku XII i XIII. Próba oceny statystycznej» (Cambios en la dieta de los pescadores de Gdansk en los siglos XII y XIII. Intento de aproximación estadística), *Kwartalnik Historii Kultury Materialnej*, núm. 2, 1956; los análisis de Vielrose se dirigen a los restos de alimentos encontrados en los lugares de excavación, para establecer los cambios en las proporciones de los diversos tipos de alimento.

tipo de fuentes, aplicamos todas las reglas del examen de las fuentes directas (estudios de autenticidad). La crítica de las fuentes estadísticas indirectas necesita, además, el estudio de la fiabilidad de los datos, siguiendo la aplicación de las reglas que hemos tratado anteriormente.

En comparación con los estadísticos del presente, que están en posición de poder sacar a la existencia las fuentes que necesitan para una investigación específica, los historiadores se deben limitar a lo que ha quedado del pasado. Depende de su ingenio el uso que se haga de las fuentes todavía existentes con fines estadísticos.

Las limitaciones a las que están sujetas las fuentes históricas pueden ser de naturaleza cronológica y real. Por un lado, normalmente, cuanto más temprano es el período que estudiamos, de menos datos disponemos. En el caso de Polonia, el número de datos aumenta más o menos a partir del siglo XVI. Por otro lado, las fuentes pueden proporcionar respuestas a ciertas preguntas que planteamos, a pesar de dar poca información, o ninguna, sobre otros problemas, que pueden ser esenciales para el asunto en cuestión. Adviértase, además, que el uso de métodos estadísticos está muy relacionado con el desarrollo de las diversas ramas de la metodología de la historia (y también de otros tipos de investigación), lo cual permite reducir a común denominador datos numéricos sobre el pasado, expresados en medidas, pesos, etcétera. Los datos numéricos que se reúnen deben ser comparables; si no se da esa condición, los resultados obtenidos por los métodos estadísticos pueden mostrarse carentes de valor científico.

Las limitaciones mencionadas que influyen en las fuentes tienen ciertas consecuencias que contribuyen a la naturaleza específica de la estadística histórica. La principal es la importancia considerable, en la estadística histórica, del establecimiento indirecto de los hechos, en otras palabras, de las estimaciones estadísticas, un procedimiento por el que usamos ciertos datos basados y no basados en fuentes para sacar deducciones sobre hechos que no están registrados en las fuentes. Así, la estimación estadística y los procedimientos resultantes hacen que la estadística histórica sea diferente de la estadística basada en datos contemporáneos.

Otras consecuencias atañen a los modos de aplicación de los métodos estadísticos: las exigencias son menos restrictivas que en los casos de estadísticas contemporáneas, ya que la definición de una población concreta, a veces, no puede ser tan precisa como cuando usamos datos contemporáneos. A veces, una serie concreta de datos resulta ser suficientemente homogénea, o no, sólo en el curso de su examen. Las exigencias sobre la homogeneidad cronológica de los datos también pueden ser menos rigurosas. J. Rutkowski, uno de los mejores expertos en estadística histórica, escribió que, respecto a la estadística histórica, «la cuestión de la homogeneidad cronológica debe considerarse mucho más libremente que en los estudios de hechos contemporáneos. A veces, al preparar tablas que ilustren ciertos fenómenos, tenemos que usar fuentes esparcidas por varios años, una docena o incluso más» [15].

Los historiadores usan el método (o los métodos) de la estadística histórica para varios fines.

El primero es establecer hechos que ocurren *en masse*. En esto juega un papel importante la estimación, en cuanto al establecimiento de hechos

[15] J. Rutkowski, *Historia gospodarcz Polski*, vol. I, ed. cit., pág. 10.

relatados por las fuentes y en el de hechos que las fuentes no mencionan directamente.

El segundo es sugerir ideas sobre las relaciones causales entre los hechos y establecer leyes estadísticas. Por ejemplo, las medidas de correlación computadas durante la labor investigadora pueden ser útiles para averiguar las relaciones causales y los efectos de los diversos factores. Esto no ocurre solamente con las medidas de correlación.

El tercero es permitirnos o facilitarnos la descripción de hechos que tienen lugar *en masse*. Según J. P. Guilford, «las matemáticas y la estadística son sólo una parte de nuestro lenguaje descriptivo, un resultado de nuestros símbolos verbales»[16].

3. *Agrupación estadística de datos*

La agrupación estadística de los datos, es decir, la construcción de series y subseries y su ordenación, es uno de los pasos más difíciles, y al mismo tiempo más importantes, de la aplicación del método estadístico a la investigación histórica[17]. En la mayoría de los casos, tenemos que modificar la agrupación que podemos encontrar en las fuentes, para que esté de acuerdo con los presupuestos teóricos que hemos adoptado. Por ejemplo, si, al estudiar estadísticamente la influencia de las diversas religiones, nos conformáramos con las declaraciones de fidelidad, obtendríamos un conocimiento muy superfluo de la vida religiosa. Por eso, nos interesaría una serie diferente: una solución mejor sería distinguir la serie de los que observan los ritos religiosos, y, dentro de estos últimos, las series de los que lo hacen regularmente u ocasionalmente. Qué difícil es establecer lo que es una granja pequeña, mediana o grande. ¿Qué significaba realmente el concepto de hogar, que encontramos en muchas fuentes (en polaco, *dym*)? ¿Dónde debemos trazar la línea de demarcación entre el taller de un artesano y lo que podríamos llamar una fábrica pequeña? ¿Cómo vamos a clasificar a un propietario de una granja que, además, trabaja en una fábrica? (Esta cuestión se refiere a las condiciones de la Polonia posterior a 1945: la solución consistió en la introducción de la categoría denominada «trabajadores campesinos»).

Muchas veces no basta con agrupar los datos en el sentido de la diferenciación de una serie determinada. Cuando consideramos los cambios en el tiempo (es decir, cuando nos encontramos con series cronológicas) tenemos que tener mucho cuidado con el período durante el cual podemos usar las características de pertenencia a la serie que hemos adoptado. Por ejemplo, en cuanto a las estadísticas de ganadería, cien vacas en un pueblo del siglo XVIII significa algo más (teniendo en cuenta la calidad y el peso de las vacas) que el mismo número de vacas en un pueblo actual. Una comparación de estos datos necesitaría una transformación previa de los datos (adoptando, por ejemplo, el principio de que dos vacas del siglo XVIII equivalen a una vaca en la segunda mitad del siglo XX).

En resumen, podemos decir que el éxito en el establecimiento de series estadísticas (es decir, en la definición de poblaciones estadísticas) depende, principalmente, del conocimiento no basado en fuentes del historiador, y, en particular, de su conocimiento teórico. La cuestión es reunir datos que sean bastante homogéneos («aditivos», según dice Kula); más aún, la distinción de una serie debe conducir, lo más posible, a la reconstrucción del pasado. Una población mal construida puede oscurecer, en gran medida, el pasado. Sabemos de muchos casos así; por ejemplo, en la estadística de propiedades rústicas.

Una vez que se ha definido la serie (población), tenemos que registrar los datos sobre sus miembros. Las técnicas de registro pueden variar; muchas veces, registramos datos numéricos (o hacemos, nosotros mismos, cómputos) para insertarlos en tablas especialmente preparadas para ese fin. En tales casos, podemos hablar de la tabulación de los datos. Pero hay que hacer una distinción entre esta tabulación preliminar y las tablas (y diagramas) que se usan para ilustrar los datos de modo más claro. Sucede, a menudo, que, al descifrar los datos, tenemos que volver a calcularlos (por ejemplo, de medidas antiguas a medidas contemporáneas). A veces tenemos que conformarnos con números aproximados. Si obtenemos resultados parciales, de los que algunos son precisos y otros son aproximados, el total debe presentarse como aproximado: la estadística no debe crear ilusiones de precisión aparente si esto está infundado.

La reconversión de viejas unidades de medida a contemporáneas, o incluso la reducción de las unidades antiguas a común denominador, sería imposible, muchas veces, sin una referencia a los resultados de los estudios metrológicos especiales. «Es comúnmente sabido —escribió W. Kula— que las medidas antiguas, aunque lleven todas un mismo nombre, representan cantidades enormemente variadas, según la región, la época y el objeto que se mide. (...) No basta con saberlo; ni siquiera basta saber convertirlas cada vez en sus equivalentes métricos: tenemos que comprender, además, el significado social que subyace bajo esas variedades»[18]. A causa de los lentos avances en la metrología histórica (a pesar del gran número de documentos publicados, que, sin embargo, son en su mayoría contribuciones de poco alcance), los historiadores se tienen que ocupar, ellos mismos, de estudios metrológicos para resolver sus propios problemas. Estos numerosos suplementos metrológicos hacen avanzar nuestro conocimiento sobre las medidas y los pesos antiguos, acercándose, por tanto, probablemente, al día en el que aparezca un valioso compendio de metrología. La metrología histórica se considera una ciencia histórica auxiliar.

Una población estadística que esté formada por elementos homogéneos variables en cuanto a sus características secundarias debe ser ordenada, lo cual dará el elemento básico de análisis, es decir, una serie estadística, que sola, o en combinación con otras series, nos permite construir tablas estadísticas, la manifestación más evidente de la aplicación del método estadístico.

---

16 J. P. Guilford, *Fundamental Statistics in Psychology and Education*, Londres, 1942.

17 Sobre la acumulación de datos en la estadística histórica, ver W. Kula, *Problemy i metody historii gospodarczej*, ed. cit., págs. 369-373, y el ensayo de J. Meuvret en *L'histoire et ses méthodes*, ed. cit., págs. 914-924. W. Kula distingue la acumulación institucional (referente a una institución específica), como la clasificación de los campesinos según su relación con la granja señorial, la acumulación convencional (por ejemplo, la clasificación de las granjas por su tamaño) y analítica (teórica), es decir, la hecha por el historiador desde el punto de vista de las necesidades de su investigación. Supone también que la acumulación teórica debe ser comprobada por el método de dispersión, que tiene en cuenta los grupos de datos y extrae los límites de clasificación a través de zonas de rarificación.

18 W. Kula, *op. cit.*, pág. 589. Esta afirmación proviene de su excelente análisis de los problemas de la metrología histórica (cap. XIII de su obra).

Hay que recordar que, tanto en la estadística moderna como en la investigación histórica, podemos distinguir cinco clases de series estadísticas: 1) series enumerativas; 2) series estructurales basadas en características mensurables (por ejemplo, la clasificación de los trabajadores basándonos en sus salarios); 3) series estructurales basadas en características no mensurables (por ejemplo, la división de los campesinos en siervos y arrendatarios); 4) series territoriales, y 5) series cronológicas, que ilustran la secuencia de los sucesos en el tiempo. En los estudios históricos encontramos muchos ejemplos de series estadísticas, ordenadas, en su mayor parte, en tablas; por raro que parezca, las series cronológicas no son, ni mucho menos, las más frecuentes, ya que necesitan datos homogéneos de años o períodos sucesivos. Un ejemplo típico de series cronológicas son las listas de precios de años consecutivos.

Los datos para fabricar series estadísticas se toman directamente de las fuentes, o bien algunos elementos de esa serie son estimados, es decir, obtenidos de forma indirecta. Una serie concreta que se esté investigando puede estar enteramente formada por elementos sobre los que encontramos datos en nuestras fuentes, o sólo por algunos de esos elementos, que representan a la totalidad. Esto necesita un análisis de los métodos de estimación estadística y del problema de las muestras representativas en la investigación histórica.

4. *Cálculos por estimación y cálculos directamente basados en las fuentes*

A los cálculos por estimación se recurre cuando no se pueden conseguir datos directos basados en fuentes sobre los hechos que nos interesan. En tal caso, hay tres posibilidades:

1) Reconversión de ciertos datos que valen para toda la serie en otros datos (deseados) que sirvan para toda la población (estimación por multiplicadores);
2) Ampliación de los datos que abarcan parte de la serie (y que conocemos) hasta cubrir toda la serie en cuestión (estimación estructural);
3) Llenar las lagunas en las series cronológicas basándonos en nuestro conocimiento de los datos de períodos anteriores y posteriores (interpolación) o sólo de períodos anteriores (extrapolación).

Estos tres tipos de estimación estadística serán brevemente tratados, posteriormente.

En épocas anteriores, las enumeraciones numéricas solían tener fines pura y directamente utilitarios: servían, sobre todo, a objetivos fiscales o militares. Para hacer un uso adecuado de los datos en la búsqueda de respuestas a problemas que nos interesan hoy en día, tenemos que recurrir a varias estimaciones, es decir, a la reconstrucción de esos datos que aparecen en las fuentes y que nos gustaría conocer.

Los cálculos hechos por A. Pawinski y A. Jablonowski, incluidos en su serie de estudios titulada *Polska XVI wieku pod wzgledem geograficzno-statystycznym* (Polonia en el siglo XVI: geografía y estadística)[19], pueden servir de ejemplo de las investigaciones, bastante frecuentes en la estadística histórica, que hacen uso de tales datos.

Al calcular la población de Polonia tal como era alrededor de 1578 después de Cristo, Pawinski utilizó los registros de impuestos; estas fuentes proporcionaron los siguientes datos directos sobre todo el área que tenía en cuenta:

1) El número de *lanei* que tenían los campesinos (un *laneus* es una medida de superficie equivalente a unos 40 acres);
2) El número de familias de campesinos y labradores sin tierras;
3) El número de familias de comerciantes y artesanos;
4) El número de *lanei* que tenía la pequeña burguesía;
5) El número de granjas señoriales que tenía la burguesía;
6) El número de parroquias.

Como puede verse, estos datos no informan directamente sobre el número de habitantes; sólo se sabe el número de familias en cuanto a algunos grupos. Para pasar de estos datos al número de habitantes, Pawinski adoptó los siguientes supuestos, apoyándose en datos fragmentarios basados en fuentes, obtenidos como resultado de otras investigaciones, el conocimiento histórico general de la época y el conocimiento corriente:

1) Un *laneus* en manos de los campesinos mantenía a dos familias de labradores, que, junto con sus sirvientes, sumaban, por término medio, once personas;
2) Una familia de labradores sin tierras tenía unas cuatro personas [esta categoría proveía de sirvientes a las familias de 1)];
3) Se supone que la familia de un artesano o un comerciante tenía unas cinco personas;
4) Un *laneus* en manos de la pequeña burguesía mantenía (como en el caso de los campesinos) a once personas;
5) Una granja señorial estaba habitada, por término medio, por quince personas (cinco personas que eran miembros de la familia del propietario más diez sirvientes);
6) El edificio de una parroquia albergaba a seis personas (un sacerdote más otras cinco personas).

Estos supuestos permitieron a Pawinski establecer el número de personas en los diversos grupos de la población, multiplicando los indicadores adoptados por los datos tomados directamente de sus fuentes. Los indicadores eran: el número de campesinos mantenidos por un *laneus* y el número de personas por familia en los diversos grupos de población.

Se puede ver fácilmente que el valor de los cálculos esbozados anteriormente depende, principalmente, del grado de veracidad de los supuestos adoptados, que, en el caso anterior, tomaban la forma de multiplicadores. No hay que extrañarse, por tanto, de que las estimaciones de Pawinski dieran lugar a una amplia discusión, que, en algunos puntos, apoyaban sus supuestos incluso mejor de lo que él lo había hecho, mientras que, en otros, plan-

[19] A. Pawinski, *Polska XVI w. pod wzgledem geograficzno-statystycznym* (Polonia en el siglo XVI. Geografía y estadística), vols. I y II. La Gran Polonia, Varsovia, 1883; vols. III y IV, Polonia Menor, Varsovia, 1886; vol. V, Masovia, Varsovia, 1895; la aportación de A. Jablonowski abarca el vol. VI, Podlasie, Varsovia, 1908-10; vol. VII, Rutenia Roja, Varsovia, 1902; vol. VIII, Volinia y Podolia, Varsovia, 1889; vols. IX al XI, Ucrania, Varsovia, 1894-1897.

teaba dudas sobre sus multiplicadores. Esto es lo que suele ocurrir en el caso de estimaciones como éstas.

Un ejemplo parecido lo proporciona el cálculo de la población de Polonia en el siglo XIV, hecho por T. Ladogorski [20]. Sus resultados también dieron lugar a muchas controversias. Ladogorski utilizó registros que daban información sobre la cantidad de las donaciones para la curia romana conocidas como los peniques de San Pedro, es decir, datos que no eran una respuesta directa a la pregunta sobre la población del país. También él tuvo que hacer una serie de supuestos basándose en datos fragmentarios basados en fuentes, y en su conocimiento general sobre el problema en cuestión. La cuestión oscura era si los peniques de San Pedro se pagaban por persona o por casa, o por persona en unas regiones y por casa en otras. Si esta cuestión estuviera claramente explicada en las fuentes, el procedimiento de estimación sería relativamente simple: la suma total recogida como peniques de San Pedro se tendría que dividir según la base de imposición. Si los peniques de San Pedro se recogían por persona, el resultado sería inmediato; si se recogían por casa, se tendría que adoptar además el indicador del número de habitantes por casa. Las personas que no fueran abarcadas por las donaciones serían, por supuesto, un problema aparte y su número tendría que estimarse por un procedimiento separado.

En los ejemplos anteriores, los datos numéricos encontrados en las fuentes y aplicables a toda la población implicada se usaban para intentar reconstruir hechos sobre los que no informan las fuentes. Como hemos visto, estas estimaciones exigen la adopción de ciertos multiplicadores estadísticos, que permiten calcular datos que no aparecen en las fuentes, basándose en los que aparecen, por ejemplo, el número de personas de una categoría determinada a partir del número de *lanei*, el número de familias, el número de casas, el número de granjas señoriales, etc. Desde luego, estos cálculos no tienen por qué aplicarse sólo a las personas. Conocemos estimaciones del tamaño de las granjas señoriales basadas en la cantidad de semillas usadas para sembrar por unidad de superficie. En este caso, el paso de la cantidad conocida de semillas a la superficie desconocida necesitaba la adopción de indicadores apropiados de la cantidad de semillas por unidad de superficie. Estos indicadores se basaban en datos disponibles sobre ciertas granjas señoriales, incluso de otras regiones, completados con datos de los modelos actuales, etcétera. Normalmente, estas estimaciones son muy discutibles.

Las estimaciones antes descritas se basaban en reconversiones de ciertos datos, sobre una población total, a otros datos, también sobre toda la población. Sin embargo, sucede que no existen datos basados en fuentes, ni siquiera indirectos, de una parte de la población, mientras que se dispone de tales datos, directos o indirectos, con respecto a las restantes partes. Por ejemplo, J. Rutkowski, al calcular, en su estudio sobre estadísticas de ocupación de la población rural polaca en la segunda mitad del siglo XVI, el número de apicultores, basándose en los datos sobre el impuesto especial de colmenas en la región de Halicz, usó el siguiente procedimiento para obtener datos sobre los pueblos en los que no se cobraba el impuesto y sobre la provincia de Podole, de la que faltaban datos: «El número de apicultores

[20] T. Ladenberger, *Zaludnienie Polski na poczatku panowania Kazimierza Wielkiego* (La población de Polonia a comienzos del reinado de Casimiro el Grande), Lwów, 1930; ver también T. Ladogórski, *Studia nad zaludnieniem Polski XIV wieku* (Estudios sobre la población de Polonia en el siglo XIV), Wroclaw, 1955.

en los pueblos en los que no se cobraba el impuesto se calculó de tal modo que el promedio de colmenas por apicultor, calculado en los pueblos que pagaban el impuesto, se tomó separadamente para cada distrito, como se conocía el número de colmenas en los pueblos restantes, el número de apicultores se calculó sobre esa base. En el caso de la provincia de Podole, donde no se pagaba el impuesto, se adoptó el promedio de la región de Halicz» [21].

El cómputo del número de apicultores en los pueblos donde se conocía la cantidad de impuestos recaudados era el caso más simple, y representaba el tipo de estimaciones más fáciles de realizar. La estimación del número de apicultores en los pueblos en los que no se cobraba el impuesto necesitaba el supuesto adicional de que en los pueblos que no pagaban el impuesto el término medio de colmenas por apicultor era el mismo que en los pueblos que pagaban el impuesto. Éstos son procedimientos del tipo tratado anteriormente. Pero, respecto al cálculo del número de apicultores en la provincia de Podole, nos encontramos con una estimación en la que la razón encontrada para parte de una población determinada (en el sentido estadístico del término) se traspasa a las partes sobre las que no hay datos disponibles. En el caso en cuestión tenemos que hacerlo con una región (la provincia de Podole) para la que no se conocían datos sobre el problema que investigamos.

En algunos casos puede tratarse de llenar lagunas cronológicas de datos estadísticos, que sólo se pueden aplicar a datos para períodos sucesivos. En tales casos nos encontramos con el procedimiento llamado interpolación. Consiste en encontrar los valores hipotéticos de una característica que no aparece en una serie estadística determinada, apoyándonos en nuestro conocimiento de los valores que aparecen con anterioridad y posterioridad en esa serie. Esto exige la adopción del presupuesto de que no funcionaba, en el período en el que faltan los datos, ningún factor que diera lugar a desviaciones del estado sugerido por los estados anterior y posterior conocidos. Las interpolaciones, por tanto, sólo se pueden hacer en el caso de series suficientemente uniformes; el procedimiento no es legítimo en el caso de las series que muestran numerosos giros y que son, por tanto, muy irregulares. Los cálculos basados en la interpolación son a veces muy complicados y exigen un excelente conocimiento del período estudiado. Un ejemplo nos lo proporciona la obra de S. Hoszowski sobre el crecimiento de la población en la Polonia feudal. En su obra llenaba, por estimación, ciertas lagunas de los registros parroquiales de nacimientos, muertes y matrimonios, abarcando varias semanas y meses, para llegar a completar los datos anuales y poder, por tanto, hacer comparaciones apropiadas y cálculos posteriores. Nos encontramos, por tanto, con un relleno por estimación de los datos que no se encuentran en las fuentes [22]. La interpolación se usa muchas veces en los estudios de los cambios de los precios en algunos períodos, si faltan datos sobre determinados fragmentos de tiempo dentro de la serie estadística en cuestión.

El procedimiento que consiste en sustituir los datos perdidos por datos de períodos adyacentes no se considera como interpolación.

[21] J. Rutkowski, *Statystyka zawodowa ludnosci wiekskiej w Polsce w drugiej polowie XVI wieku* (Estadística de ocupación de la población rural en Polonia en la segunda mitad del siglo XVI), Cracovia, 1918, págs. 29-30.

[22] S. Hoszowski, «Dynamika rozwoju zaludnienia Polski w epoce feudalnej (X-XVIII w.)» (El crecimiento de la población de Polonia en la época feudal, Cracovia, *Roczniki Dziejów Spolecznych i Gospodarczych*, vol. XIII, pág. 173.

La interpolación se puede hacer de modo analítico o gráfico. En el último caso, el procedimiento recuerda al de ajuste de curvas, suponiendo que no hubo perturbaciones importantes en el período para el que no existen datos.

La extrapolación consiste, gráficamente, en prolongar la línea que ilustra la tendencia de un fenómeno. Esto, obviamente, sólo es posible si suponemos que la tendencia encontrada en el período precedente siguió igual en el período para el que se hace la extrapolación. Este autor recurrió a una extrapolación así (en un libro publicado en 1958) al estudiar los problemas agrícolas en las posesiones de la archidiócesis de Gniezno del siglo XVI al XVIII, intentando contestar a la pregunta sobre cuándo se había completado la reconstrucción después de la guerra de 1655-60 si no hubiera sido por las nuevas devastaciones a comienzos del siglo XVIII. En este caso, la línea que mostraba la tendencia hasta comienzos del siglo XVIII se amplió hasta los años que abarcó la Gran Guerra del Norte * y los posteriores.

Como puede verse fácilmente, las estimaciones se realizan cuando faltan datos numéricos directos. Intentamos establecer los hechos que nos interesan por medio de la adopción de varios supuestos basados en datos parciales apoyados en fuentes que atañen a una parte de la región en cuestión, o a otras regiones, y también fundados en el conocimiento histórico general e incluso en el corriente (es decir, no basado en fuentes). El lector advertirá que este procedimiento es un caso especial del método deductivo en la investigación histórica, tratado en el capítulo precedente, y que hemos sugerido que se denomine método indirecto. Ya que, en el caso de las estimaciones estadísticas, intentamos establecer los hechos (que tienen lugar a una escala masiva) sin referirnos a las fuentes que informan directamente sobre esos hechos. A veces sacamos deducciones sobre hechos de un cierto tipo apoyándonos en los datos basados en fuentes sobre hechos de un tipo diferente. A veces nos encontramos con datos basados en fuentes que atañen sólo a algunas partes de la población que investigamos, y establecemos relaciones dentro de toda la población apoyándonos en nuestro conocimiento de las relaciones dentro de las partes conocidas de la población.

En el caso de la investigación basada en fuentes que se refieren directamente a los hechos que estudiamos —un caso que aquí no tratamos con mayor detalle— nos encontramos ante el método directo, analizado en el capítulo anterior. Lo hemos llamado el método inductivo, es decir, aquel que consiste en establecer los hechos basándonos en fuentes que contienen información directa sobre esos hechos.

Por supuesto, como en el caso de toda investigación basada en información directa apoyada en fuentes, los hechos que nos interesan se nos ofrecen en las fuentes, a menudo, de una forma más o menos «velada». Por ejemplo, nos ocupamos de las cosechas (la cantidad de cereal cosechado en comparación con la cantidad sembrada), y las fuentes sólo informan sobre las siembras y las cosechas. En tal caso, debemos saber cómo extraer el hecho que nos interesa: en el caso ofrecido, basta, simplemente, con dividir las cosechas por las siembras (suponiendo que están expresadas en las mismas unidades). En la práctica, muchas veces, nos encontramos con casos mucho más complicados.

Desde el punto de vista del modo de inferencia usado en la estimación, algunos ejemplos mencionados anteriormente incluían la inferencia por analogía. Esto ocurría cuando se aplicaban los indicadores de reconversión, establecidos sobre la base de los datos de una región determinada a otras regiones, suponiendo, tácitamente, que las condiciones eran, más o menos, las mismas (por ejemplo, el cultivo de abejas en la provincia de Podole se parecía al de la región de Halicz). Ruthkowski recurrió al mismo tipo de inferencia cuando supuso que el promedio de cultivadores de abejas era el mismo en los pueblos en los que no se recogía el impuesto de colmenas y en los que se recogía.

* Guerra mantenida entre Dinamarca, Sajonia-Polonia y Rusia contra Suecia, entre los años 1701-1721. *(N. del T.)*

5. *Cálculos exhaustivos contra muestras representativas. La prueba de los cuadrados*

En la estadística histórica, las posibilidades de describir las características concretas de una población dada basándose en un examen exhaustivo de los datos adecuados sobre esa población como un todo son muy limitadas a causa del estado de las fuentes; estas limitaciones aumentan a medida que es una época más remota. En la mayoría de los casos, estas series bastante completas de datos deben analizarse con una crítica muy precisa, porque las técnicas de recolección de datos mejoran constantemente, y, por tanto, los datos de, por ejemplo, la primera mitad del siglo XV, difieren mucho de un censo u otros registros estadísticos de hoy en día.

Ejemplos de estudios bastante exhaustivos nos los ofrecen el estudio de Z. Kirkor-Kiedroniowa sobre las condiciones agrícolas y demográficas en la Polonia Central de la primera mitad del siglo XIX [23], el estudio de H. Grossman sobre la estructura social y económica del Gran Ducado de Varsovia (basado en los censos realizados de 1808 a 1810) [24] y los análisis de T. Ladogorski sobre los datos numéricos basados en las llamadas tablas estadísticas generales de Silesia de 1787, que eran un registro enormemente valioso de datos económicos y demográficos [25]. En su obra, Ladogorski calculó la población urbana y rural de las diversas partes de Silesia, estableció su diferenciación vocacional y social, el número de talleres de artesanos, edificios, etcétera.

Los estudios mencionados como ejemplos tenían un rasgo en común: los autores usaron datos numéricos apropiados que, en cada caso, abarcaban toda la población en cuestión. Estos datos se habían registrado, normalmente, siguiendo las instrucciones de las autoridades del territorio, a medida que el estado moderno en desarrollo necesitaba datos cada vez más amplios sobre las condiciones económicas, sociales y demográficas, datos que sólo podían proporcionar los estudios estadísticos.

A veces ocurre que, por diversas razones, no podemos o no queremos usar todos los datos basados en fuentes que atañen a una población dada y que tenemos a nuestra disposición, y, al mismo tiempo, proyectamos los resultados de la investigación basada en parte de los datos sobre toda la

[23] Z. Kirkor-Kiedroniowa, *Wloscianie i ich sprawa w dobie organizacyjnej i konstytucyjnej Królestwa Polskiego* (Los campesinos y su causa en la época de organización del Reino del Congreso de Polonia), Cracovia, 1912.

[24] H. Grossman, «Struktura spoleczna i gospodarcza Ksiestwa Warszawskiego na podstawie spisów ludnosci 1808-1810». (Estructura social y económica del Ducado de Varsovia, reflejada en los censos de 1808-1810), *Kwartalnik Statystyczny*, número 2, 1928.

[25] *Generalne tabele statystyczne Slaska 1787 roku.* (Tablas estadísticas generales de Silesia de 1787), editadas y presentadas por T. Ladogórski, Wroclaw, 1954.

población estudiada. Esto exige el presupuesto, con una fundamentación que puede variar, de que las condiciones que dominan en esta parte de los datos que se ha estudiado representan a las que dominan en la población entera.

J. Fierich, en su obra sobre agricultura, rotación de los cultivos y cosechas registradas en el Catastro josefino de 1785-87, recurrió a ese tipo de estudio estadístico. No tuvo en cuenta todas las fuentes disponibles, porque eran mucho más de lo que podía abarcar un solo investigador, y recurrió a un muestreo, reduciendo su estudio a la muestra. La región que investigó (que era la parte meridional de Polonia, llamada en aquella época Galicia) fue dividida por él en rectángulos, con lados paralelos de unos 36 kilómetros cada uno, y lados meridianos de unos 18 kilómetros cada uno, y sólo abarcó con su estudio los pueblos que se encontraban en los cruces de estos paralelos y meridianos. Esto supuso una limitación considerable de los datos incluidos en el estudio. El hecho de tener en cuenta más pueblos a lo largo de los meridianos que a lo largo de los paralelos se justificaba por el hecho de que en Galicia, país montañoso, las condiciones topográficas y fisiográficas cambian mucho más en una línea Norte-Sur que en un eje Este-Oeste. Su estudio se basaba en datos de 130 pueblos, que sumaban el 2,3 por 100 de las localidades incluidas en el Catastro [26].

En los ejemplos anteriores nos encontramos con muestras fortuitas. Pero en los estudios representativos hallamos también otro modo de muestreo. En las obras sobre historia económica, si no se usan todos los datos disponibles, se dice, a menudo, que se examinó una serie de pueblos, granjas, distritos, talleres, ciudades, etc., «a modo de ejemplo», sugiriendo claramente que el resultado obtenido ilustra las relaciones en toda la población o, al menos, en la población sobre la que se han conservado fuentes. Normalmente, los principios según los cuales se seleccionan los datos no se describen.

Pero ocurre, a veces, que no estamos en posición de plantear ninguna hipótesis fundada sobre el método de selección de los datos en el caso de estudios incompletos. Nos encontramos, entonces, con estudios basados en datos cuasi-representativos.

Todos los estudios parciales que no se basan en un método adecuado de muestreo (que puede ser, obviamente, el de muestreo estratificado, en el que toda la serie se divide en subseries, y se realiza un muestreo al azar dentro de cada subserie), se parece a las estimaciones estructurales mencionadas más arriba. Pero en el caso en cuestión podemos tener datos sobre toda la serie, aunque, por alguna razón concreta, sólo estudiamos una parte. Por el contrario, en el caso de la estimación estructural, no conocemos toda la serie.

Parece que el método de selección representativa de datos puede aplicarse a las épocas para las que se han conservado relativamente pocos datos sobre hechos que ocurrieron *en masse*. Por ejemplo, respecto a las condiciones sociales y económicas medievales, extraemos detalladamente de las fuentes las unidades de información que se refieren a las cargas impositivas de los campesinos o al tamaño de las granjas. Surge una cuestión, que podrían contestar los expertos en estadística: si no sería posible considerar tales unidades de información como una muestra de una población total que no se conoce en detalle. Ya que, en tal caso, la muestra se elige al azar y en varios

[26] J. Fierich, «Kultury rolnicze, zmianowania i zbiory w Katastrze Józefinskim 1785-1787». (Cultivos, rotación de cultivos y volumen de cosechas que muestra el Catastro josefino, 1785-1787), *Roczniki Dziejów Spolecznych i Gospodarczych*, vol. XII, Poznan, 1950.

pasos: el primer paso fue que un hecho concreto, seleccionado de entre un amplio número de hechos similares, fue registrado en un documento. La importante tarea que se presenta al investigador es explicar por qué fue exactamente ese hecho el que fue registrado. Los siguientes pasos se relacionan con la propia historia del documento, que permitió que se conservara hasta nuestros días [27].

El uso del método representativo en la investigación histórica requiere algún comentario. En primer lugar, parece que la aplicación de ese método todavía es demasiado reducida. Esto es un defecto, especialmente teniendo en cuenta el hecho de que el problema tiene una larga tradición en la investigación estadística: los estudios representativos fueron usados incluso por los fundadores de la estadística, J. Graunt y W. Petty, ya en el siglo XVII. El uso del método representativo podría facilitar la explotación de ciertas fuentes que, hasta el momento, no se han examinado en toda su extensión, precisamente por su carácter de masas.

En segundo lugar, parece que tenemos que definir precisamente los métodos de muestreo en cada caso de estudio basado en datos incompletos. La cuestión es que deberíamos poder averiguar si nos encontramos ante un estudio basado en un muestreo al azar o ante un estudio basado en una selección premeditada de los datos. Esto tiene una importancia especial en los estudios basados en el muestreo premeditado, donde los resultados dependen, sobre todo, de una selección intencionada —y no fortuita— hecha por el investigador en la parte de los datos que, consiguientemente, es analizada.

En la estadística moderna, el término «método representativo» se aplica muchas veces, únicamente, a los estudios basados en el muestreo fortuito [28], y se dice que tales estudios son una forma de estudio parcial. En este capítulo hemos utilizado ese término para referirnos tanto a los estudios basados en un muestreo fortuito como a los que se basan en muestreos intencionados de diversos tipos. Esto no quiere decir que este autor pretenda criticar los logros de la teoría estadística moderna. Me doy cuenta de que hay una enorme diferencia entre el muestreo representativo, en el sentido estricto del término, es decir, el muestreo fortuito, y los datos parciales que no se basan en el muestreo fortuito. Sólo en el caso de los estudios basados en el primero es posible, aplicando la teoría de la probabilidad, definir la precisión de los resultados obtenidos.

Esto se logra por medio del procedimiento que los estadísticos llaman inferencia estadística y que consiste en:

1) Plantear una pregunta sobre la estructura de una serie concreta;
2) Examen de una parte de esa serie (muestreo);
3) Comprobación del resultado (aceptación o rechazo de una hipótesis estadística dada).

[27] Esta sugerencia se hizo por primera vez en el VIII Congreso de historiadores polacos, celebrado en Cracovia en 1958 (ver *Historia Gospodarcza Polski*, Actas del VIII Congreso de Historiadores Polacos, Varsovia, 1960, pág. 19), y fue criticada por W. Kula, *ibídem*, pág. 54, y en *Problemy i metody historii gospodarczej*, pág. 362. La opinión del presente autor consiguió el apoyo de un estadístico (ver S. Borowski, «Charakter i kryteria oceny zródel statystycznych», *Studia Zródloznawcze*, vol. IX, págs. 1-14). Ver también las observaciones de J. Topolski sobre la obra de W. Kula mencionada en esta nota, en *Ekonomista*, número 4, 1964, pág. 831.

[28] Cfr. S. Szulc, *Metody statystyczne*, vol. II, ed. cit., pág. 173.

Se tratarán en relación con la narración en la investigación histórica y los relatos históricos (como productores de la narración), comenzando por las características generales de las narraciones históricas.

2. *Narraciones históricas frente a narraciones en general*

Algunos autores se inclinan a ver la tendencia a describir el curso de los acontecimientos como la característica que diferencia las narraciones históricas de las narraciones en otras muchas disciplinas, donde la posible descripción de los hechos está subordinada a la tarea de formular o rechazar teorías. Esta postura, aunque refleja las prácticas reales de la mayoría de los historiadores, no es correcta, porque entre las muchas clases de narraciones históricas podemos distinguir narraciones que se subordinan a ciertas tareas teóricas. Por ejemplo, la rebelión campesina dirigida por Wat Tyler se puede analizar no por pura curiosidad histórica (¿qué ocurrió?), sino en relación con un estudio de la teoría de las rebeliones campesinas o de la lucha de clases en general. En estas narraciones, la descripción sólo es un componente de un todo. Pero hay que admitir que las afirmaciones teóricas claramente formuladas no son un elemento necesario de una narración histórica. Tampoco son un elemento necesario de una narración en el área de ninguna disciplina empírica: hay estudios de física que sólo describen ciertos hechos; del mismo modo, un químico puede producir un documento en el que se limite a describir una reacción química; o un astrónomo, un documento en el que describa los movimientos de un planeta. Por supuesto, nos referimos aquí a narraciones hechas por investigadores individuales y no a narraciones en general, ya que, en este último caso, las referencias a la teoría son indispensables en la física, la química y la astronomía. Pero incluso la investigación histórica, especialmente la que nos gustaría tener en un futuro próximo, debe buscar narraciones que incluyan componentes teóricos. Una narración interpretada como la serie de respuestas a una pregunta concreta de investigación en una disciplina dada es inconcebible sin relacionarse con una teoría [1].

Puesto que tanto la descripción como un componente teórico (o la referencia a una teoría dentro de la misma disciplina) son condiciones necesarias de cualquier narración científica (considerada de modo general, y no desde el punto de vista de un investigador concreto), esto significa que dichas condiciones no bastan para caracterizar las narraciones históricas de un modo más preciso. Son condiciones necesarias pero insuficientes. Entonces, ¿qué elemento juega el papel de la condición que basta para considerar una narración determinada como histórica si, como hemos visto, una descripción y una referencia a la teoría no bastan por sí solas para dar a una narración la naturaleza histórica?

Ese elemento debe hallarse en el tiempo (para usar una formulación muy general), que también es una condición necesaria de una narración histórica. Por tanto, podemos sugerir las siguientes características básicas de las narraciones históricas:

1) Condiciones necesarias: descripción de hechos; referencia a una teoría; referencia al tiempo;

[1] Sobre las narraciones históricas con importancia teórica, ver A. Danto, *The Analytical Philosophy of History*, págs. 133-134.

2) Condición suficiente: referencia al tiempo;
3) Condición necesaria y suficiente: referencia al tiempo.

No hay historia sin el elemento tiempo (y esto no sólo ocurre con la historia humana, sino también con la historia natural). El tiempo es el factor que da a la historia su sentido de existencia y su fuerza vital. El tiempo en la investigación histórica fue tratado más ampliamente al reflexionar sobre el concepto de hecho histórico (capítulo X). Pero entonces se puso más énfasis en la naturaleza relativa del tiempo en la historia y en la dirección de su curso, y aquí nos interesa más el aspecto del tiempo que difiere del tratamiento que se le da en las ciencias no históricas.

El tiempo al que se refieren los historiadores no es el tiempo en general, que se podría llamar tiempo puro [2] (que puede definirse suficientemente por los conceptos de duración momentánea y sucesión), sino el tiempo fechado, en cuyo caso tenemos que indicar algún lugar en la escala cronológica. Es ese tiempo fechado el que da a las narraciones históricas su rasgo único: sitúa cada una en su espacio de tiempo adecuado, dentro de la escala temporal, y le imprime la dirección que se ajusta al curso del tiempo [3]. Aunque no necesitemos, por diversas razones, seguir la dirección del curso del tiempo al construir una narración (esto es lo que ocurre en el caso del método regresivo), en última instancia, la dirección del curso del tiempo da una orientación a esa narración, como recordando que es inseparable de la historia. A pesar de los éxitos que se esperaban de la investigación histórica teórica, centrada en la formulación de teoremas, la propia historia desaparecería si se separara del concepto del tiempo.

En comparación con muchas otras ciencias, las disciplinas históricas están muchísimo más saturadas de tiempo fechado. Aunque el tiempo fechado se puede encontrar en otras disciplinas, no es, ciertamente, ninguna peculiaridad suya. Cuando un físico dice que la luz viaja a unos 300.000 kilómetros por segundo, no relaciona ese proceso con la escala temporal, y cuando hace un experimento que implica la medición del tiempo, dice que un proceso determinado comenzó en un momento t_0 y terminó en un momento t_1, y, por tanto, utiliza el tiempo fechado, pero inmediatamente, como si dijéramos, lo olvida, y sólo permanece interesado por el espacio entre t_0 y t_1. Por tanto, en última instancia, usa el tiempo en general y no un tiempo fechado. Se puede ver fácilmente que, cuando un historiador dice que «la primera partición de Polonia tuvo lugar en 1772» o que «la Segunda Guerra Mundial duró desde el 1 de septiembre de 1939 hasta el 9 de mayo de 1945», se interesa por el tiempo de un modo distinto al del físico: especifica la fecha de la primera partición de Polonia y la fecha del comienzo y el final de la Segunda Guerra Mundial. A veces, no sólo los historiadores utilizan el tiempo fechado, sino

[2] Esto no quiere decir que el tiempo se considera como algo que existe aparte de una realidad intemporal. Ver J. Topolski, «Czas w narracji historycznej» (El tiempo en la narración histórica), *Studia Metodologiczne*, núm. 10, 1973, páginas 3-23.

[3] Cfr. N. Rotenstreich, «Historical Time», en *Between Past and Present*, New Haven, 1958, págs. 51-134. Las observaciones del presente autor difieren en cierto modo de la opinión de Rotenstreich, que explica el curso del tiempo en términos causales. Ver también G. Simmel, *Problem der historischen Zeit*, Berlín, 1916. Rotenstreich, que considera el tiempo histórico como una concreción del tiempo en general, no está de acuerdo con Simmel, que sostiene que el tiempo en la historia es una determinada relación entre los hechos, mientras que la historia como un todo es intemporal.

En este caso, $G=\sqrt[3]{24\times19\times6}=16$, lo cual significa que el promedio anual de aumento era del 16 por 100.

La media armónica, que se podría usar en la investigación histórica con más frecuencia que actualmente, también merec una mención. Su fórmula es:

$$H = \frac{n}{\sum \frac{x}{1}}$$

Si, por ejemplo, se pagaron 100 francos por el trigo, al precio de 20 francos por unidad, y otros 100 francos se pagaron por el trigo al precio de 10 francos por unidad, el precio medio no era $(20+10)/2=15$ francos por unidad, ya que, en total, se gastaron 200 francos por 15 unidades. En este caso la media es: $2/(1/20+1/10)=13\ 1/3$.

Promedios de posición. Mientras que la media aritmética y la media geométrica son medidas abstractas (las magnitudes que expresan no tienen por qué aparecer en la serie en cuestión), los promedios de posición —la mediana y la dominante, llamada también el modo— son números tomados de la serie que se considera. La mediana es el valor medio equidistante del comienzo y el final de la serie, que, por supuesto, debe ordenarse por la relación «menor que» (o «mayor que»). Por ejemplo, si tenemos la siguiente serie ordenada: 17, 21, 28, 34, 37, 40, 52, la mediana es el número 34.

Parece que las descripciones de las series estadísticas podrían mejorarse si, junto a la media aritmética, diéramos la media típica (es decir, la que aparece con más frecuencia en la serie), o sea, la dominante o dominantes (modo[s]), ya que una serie puede tener más de una dominante. Sería útil indicar la dominante, por ejemplo, cuando calculamos el número de reses o el número de unidades de tierra por granja. En su estudio de las granjas campesinas en las posesiones de la Iglesia en Polonia del siglo XVI, L. Zytkowicz[35] encontró que el tamaño medio de la granja iba de 1 a 1'4 *lanei*, de modo que este intervalo era el dominante o típico. Este cálculo muestra, sin necesidad de más análisis, hasta qué punto describe un valor abstracto, como la media aritmética, la población en cuestión: resulta que, en este caso, lo hace tan bien que no hay diferencia significativa entre la media aritmética (1'36) y el intervalo dominante (1 — 1'4).

Medidas de dispersión y concentración. Las medias y los promedios de posición describen una serie concreta de un modo bastante unilateral. Pero también queremos saber las desviaciones de los valores que aparecen en las series, a partir de las tendencias centrales de esas series, es decir, el grado de variación de una serie concreta.

[35] L. Zytkowicz, «Uwagi o gospodarstwie chlopskim w dobrach koscielnych w XVI wieku». (Observaciones sobre las posesiones campesinas en los terrenos de la Iglesia en el siglo XVI), en *Studia z dziejów gospodarstwa wiejskiego*, volumen 1, Wroclaw, 1957.

En la estadística, las medidas de variación incluyen: 1) el campo de variación o el alcance, que equivale a la diferencia entre el mayor y el menor valor en la serie; 2) relación entre cuadrados, que, tras la partición de una serie cada vez mayor en cuatro cuadrados, equivale a la mitad de la distancia entre el primer y el tercer cuadrado (es decir, equivale a la mitad del área del 50 por 100 central de las observaciones); 3) desviación del promedio (calculado así: la media aritmética de la serie se resta de cada valor en la serie, las diferencias se suman sin tener en cuenta si son positivas o negativas, y la suma se divide por el número de términos en la serie); 4) desviación del modelo, lo más preciso de todo (calculado así: los cuadrados de las diferencias, calculadas como en 3), se suman, y la suma se divide por el número de términos en la serie).

Ilustraremos con ejemplos la desviación de promedio y la desviación de modelo.

Supongamos que, al estudiar las cosechas recogidas en diversas granjas, obtenemos la siguiente serie, donde los números representan quintales métricos por Ha.: 4, 5, 5, 7, 7, 8, 8, 10, 11, 15. En este caso, la desviación del promedio se calcula como sigue: (x representa el valor de cualquier término en la serie, y S, la media aritmética de la serie):

x	$x-S$
4	—4
5	—3
5	—3
7	—1
7	—1
8	0
8	0
10	2
11	3
15	7

Por tanto: $\sum x=80$, $S=8$, $\sum|x-S|=24$, donde las barras verticales indican el valor absoluto.

La desviación del promedio se calcula con la fórmula:

$$d = \frac{\sum|x-S|}{n}$$

donde n representa, como antes, el número de observaciones. Esto produce

$$d = 24/10 = 2'4$$

Y he aquí la fórmula para la desviación del modelo:

$$s = \sqrt{\frac{\sum(x-S)^2}{n}}$$

En el caso de las series distributivas tenemos que acumular los diversos valores de la variable multiplicándolos por sus frecuencias de aparición en la serie. Para comparar las desviaciones de series diferentes, no tenemos más que usar el cuadrado de las desviaciones de modelo, de modo que no hace falta extraer las raíces.

He aquí un ejemplo del cálculo de la desviación del promedio.

L. Zytkowicz, en su estudio antes mencionado, calculó la media aritmética del número de reses y caballos por granja, en 1554, como 8'2 y 5'9, respectivamente. Las medias para las reses en los diversos pueblos eran: 2'8, 4'8, 5'6, 5'7, 6'3, 6'8, 7, 7'3, 7'7, 8'1, 8'4, 9'2, 9'2, 9'3, 9'4, 10'2, 10'7, 10'8, 14'1, 14'4, 14'7. Como puede verse, el intervalo de medias es bastante grande. La suma de los cuadrados en las diferencias entre cada valor y la media aritmética es 154'84, de modo que la desviación de modelo equivale a:

$$\sqrt{\frac{154'84}{22}} = \sqrt{7'4} = 2'7$$

Por tanto, la desviación de la media para los diversos pueblos, que era de 8'2 cabezas de ganado por granja, equivale a unas 2'7 cabezas.

Un cálculo similar para los caballos da la desviación del modelo de alrededor de 1'8.

La desviación del modelo calculada así no se puede comparar directamente, ya que el número de cabezas de ganado por granja era mayor que el número de caballos por granja, y, por tanto, la desviación en cifras absolutas puede ser también mayor. Por eso calculamos los coeficientes de variación usando los datos obtenidos anteriormente:

	Media aritmética	*Desviación de modelo*
ganado	8'2	2'7
caballos	5'9	1'8

los coeficientes de variación son:

$$\text{ganado } \frac{2'7}{8'2} = 0'33 \qquad \text{caballos } \frac{1'8}{5'9} = 0'31$$

Esto muestra que las fluctuaciones relativas en el número de caballos y reses de los distintos pueblos eran casi las mismas, siendo un poco mayor la cifra para las reses. Eso nos permite deducir que las granjas se caracterizaban por ciertas razones constantes entre las clases de animales que tenían.

En muchas ocasiones, las medidas de variación no describen la estructura de una serie concreta con precisión adecuada. Se basan en desviaciones del promedio, y se pueden interesar por la dirección de dichas desviaciones, es decir, por la asimetría (oblicuidad) de la serie, que puede ser hacia la izquierda o hacia la derecha. Para encontrar la oblicuidad, debemos conocer la media aritmética, la mediana y el modo. En una serie simétrica,

las tres equivalen entre sí ($S = Me = Mo$) (S = media aritmética). En el caso de una oblicuidad hacia la derecha, la mediana es mayor que el modo, y la media aritmética es mayor que la mediana; sucede al contrario cuando la oblicuidad es hacia la izquierda. La oblicuidad se puede medir con la siguiente fórmula:

$$ob = \frac{S - Mo}{s}$$

Es, por tanto, la razón entre la diferencia de la media aritmética y el modo, por un lado, y la desviación de modelo, por otro. En el ejemplo anterior sobre la desviación de modelo, la oblicuidad hacia las reses sería de —0'33. La oblicuidad negativa indica una oblicuidad hacia la izquierda, mientras que la oblicuidad positiva indica una oblicuidad hacia la derecha.

Medidas de concentración. Las medidas de dispersión y oblicuidad tienen una naturaleza general, y se pueden aplicar a la mayoría de las series estadísticas. Sin embargo, en algunos casos, tenemos que calcular las medidas de concentración, que nos permiten describir el grado de concentración de los valores que aparecen en una serie concreta (por ejemplo, la distribución de los ingresos, la distribución de la tierra, la concentración de la población, etcétera). Las medidas de concentración aparecen en los estudios históricos cada vez en mayor número. En Polonia, J. Wisniewski intentó analizar la distribución de los ingresos en Polonia en 1929[36]. Para ello, describió la concentración de parte de la suma total de los ingresos en manos de diversas partes de la población. El documento de S. Borowski[37] sobre la creciente mecanización de la agricultura en la Gran Polonia en el período 1890-1918 ilustra el uso de las medidas de concentración en la investigación sobre historia económica. Borowski intentó averiguar si la concentración de la tierra en la Gran Polonia, en el período indicado, era más fuerte que el proceso de disgregación de las propiedades, y, con ese fin, calculó las medidas de concentración de las propiedades inmuebles en los años 1882, 1895 y 1907. Otro ejemplo nos lo ofrece un estudio de A. Jezierski, que comparó la concentración de los territorios en las diversas regiones de Polonia a comienzos del siglo XX. Esa medida de concentración la utilizó como punto de partida para su análisis de la estratificación de la población rural en esa época[38]. Los índices de concentración (cuyo cálculo se describe en todos los manuales de estadística pero es demasiado complicado para exponerlo aquí) permitieron a estos autores comparar convincentemente los datos contenidos en series estadísticas de gran tamaño. En la mayoría de los casos, dibujamos una curva de concentración, conocida también como curva de Lorenz. Supongamos que queremos examinar el grado de concentración de los territorios en propiedad. Para ello, cons-

[36] J. Wisniewski, *Rozklad dochodów wedlug wysokosci w roku 1929*, Varsovia, 1934.

[37] S. Borowski, «Rozwój mechanizacji pracy w rolnictwie Wielkopolski w latach 1890-1918», en *Roczniki Dziejów Spolecznych i Gospodarczych*, vol. XVII, Poznan, 1957.

[38] A. Jezierski, «Próba analizy statystycznej rozwarstwienia wsi na poczatku XX wieku». (Intento de análisis estadístico de la estratificación de la población rural a comienzos del siglo XX), en *Roczniki Dziejów Spolecznych i Gospodarczych*, vol. XVIII, Poznan, 1957.

truimos dos series acumulativas: una de ellas muestra los porcentajes de las granjas o posesiones clasificadas por su área, y la otra indica el porcentaje del área total cubierta por esas granjas. Después, en el eje de las abscisas, marcamos los porcentajes de las granjas (territorios), y en el eje de las ordenadas, el porcentaje de la tierra dentro de determinadas granjas, y a continuación dibujamos el esquema que ilustra el porcentaje del área total dentro de un determinado porcentaje de granjas (territorios)[39].

Números relativos que describen la estructura.—Las estructuras de las series se pueden caracterizar no sólo por los promedios y medidas de variación, oblicuidad y concentración. Los números relativos, que son bien conocidos por los historiadores, y que indican las razones entre los valores numéricos, pueden servir bastante bien para ese fin. Esta categoría incluye: 1) números estructurales, es decir, porcentajes y razones que indican las relaciones entre las partes de una población concreta; 2) índices de intensidad que sólo muestran, por ejemplo, la densidad de población por kilómetro cuadrado, cosecha por hectárea de tierra, renta *per cápita*, etcétera. Estos índices pueden ser individuales o colectivos (complejos): los primeros indican una razón entre dos números, y los últimos, una razón entre más de dos números.

Si x representa cualquier elemento de una serie dada, y x_1 el elemento preciso en cuestión, el índice estructural que muestra qué parte de la serie representa x_1 (en porcentajes), se calcula con la siguiente fórmula:

$$\frac{x_1}{\sum x} \times 100$$

Al calcular los índices de intensidad de dos series, x e y, usamos la siguiente fórmula (para porcentajes):

$$\frac{x_1}{y_1} \times 100, \frac{x_2}{y_2} \times 100, \frac{x_3}{y_3} \times 100, \ldots, \frac{x_n}{y_n} \times 100$$

Todas estas operaciones son muy simples, pero los historiadores se reducen, muchas veces, en su trabajo, y especialmente en el caso de las tablas estadísticas, a números absolutos, solamente, no acompañados de los relativos.

Los índices colectivos de intensidad facilitan la comparación de las estructuras de series diferentes. Para construirlos, a veces, debemos tener un conocimiento muy amplio de los hechos pasados que investigamos. La ventaja de esos índices consiste en el hecho de que nos permiten sustituir las cantidades no aditivas por otras aditivas. Un ejemplo interesante de este índice se encuentra en el estudio de S. Borowski sobre la estratificación de la población rural en la Gran Polonia entre 1807 y 1914. Al investigar la mecanización de las granjas en 1881-1882, encontró que era característica del grado de mecanización una serie de ocho máquinas. Así, si una granja sólo tenía una máquina se consideraba que estaba mecanizada en una octava parte; si tenía dos se consideraba que estaba mecanizada en dos octavos, etcétera. Si tenía ocho se consideraba plenamente mecanizada. Al utilizar

[39] Cfr. O. Lange y A. Banasinski, *Teoria statystyki*, ed. cit., págs. 172-173.

estos índices, el investigador podía comparar el grado de mecanización de los diversos distritos, y, modificando adecuadamente su índice, podía también analizar el desarrollo de la mecanización en el curso del tiempo[40].

7. *Análisis numérico de los cambios*

Los historiadores están particularmente interesados por el estudio de los cambios en las series de datos en el curso del tiempo, es decir, por las operaciones sobre series cronológicas, que proporcionan información sobre las tendencias del desarrollo. Es en ese terreno donde debemos registrar los principales logros y los errores más graves de la estadística histórica. La fascinación ante las posibilidades de construir curvas de diversos tipos, que ilustran fluctuaciones económicas que no siempre son reales (este tipo de investigación es el que predomina), ha contribuido mucho a la precisión en las narraciones históricas, pero también ha dado lugar, en algunos ambientes, a lo que se podría llamar «culto a la curva».

Se han encontrado muchos tipos de fluctuaciones en la vida económica (o sólo fluctuaciones de curvas); se han clasificado como fluctuaciones a corto plazo, estacionales, medias, a largo plazo, seculares, etcétera[41]. Esto ha puesto las bases para los análisis de los factores que causan los cambios. Como, normalmente, varias fluctuaciones reales han sido influidas por varios factores, la diferenciación de tales fluctuaciones muestra el efecto de dichos factores. La cuestión más importante consiste en la posibilidad de eliminar ciertos factores y analizar el desarrollo de un determinado fenómeno si un factor concreto no existiera.

Esto, a su vez, es el fundamento para establecer las tendencias de desarrollo de los hechos y procesos que se investigan, lo cual tiene una importancia enorme para los historiadores. Sin embargo, a causa de la naturaleza limitada de las fuentes históricas, y de la consiguiente necesidad de usar datos que pueden aceptarse sólo como índices de las variables que nos interesan, pero sobre las que no tenemos información directa, existe un peligro real de que se saquen conclusiones de un alcance demasiado largo a partir de los cambios en lo que podemos observar. La aceptación de las fluctuaciones de precios como índice de las fluctuaciones en la vida económica en general, es decir, como medida del desarrollo económico, da lugar a errores que son particularmente molestos.

Los cambios en las series estadísticas se miden principalmente por medio de: 1) medidas de las tendencias de desarrollo; 2) índices simples y compuestos; 3) ajuste mecánico de series estadísticas; 4) averiguación de las tendencias de desarrollo por métodos matemáticos.

Las tendencias de desarrollo pueden medirse en términos de aumento absoluto o relativo. Un aumento puede ser positivo o negativo. Un aumento absoluto es simplemente la diferencia entre los valores de una variable en una serie, en dos períodos sucesivos. Un aumento relativo es la razón entre el aumento absoluto y el valor en el período anterior. Al multiplicarlo por 100 produce el aumento en porcentaje. Por ejemplo:

[40] S. Borowski, ver nota 37.

[41] Entre los estudios teóricos sobre tales fluctuaciones, ver G. Imbert, *Des mouvements de longue durée Kondratieff*, Aix-en-Provence, 1956.

POBLACION DE POLONIA, 1950-1960 (en miles)				
Año	Número	Aumento		
		Absoluto	Relativo	Porcentaje
		—	—	—
1950	25.035			
1955	27.550	2.515	0,081	10,00
1960	29.891	2.341	0,100	8,10

La fórmula para el aumento absoluto es: $x_2 - x_1, x_3 - x_2, x_n - x_{n-1}$.

La fórmula para el aumento relativo es:

$$\frac{x_2 - x_1}{x_1}, \frac{x_3 - x_2}{x_2}, \ldots, \frac{x_n - x_{n-1}}{x_{n-1}}$$

Como puede verse fácilmente, las medidas de crecimiento pueden describir la tendencia sólo de manera limitada. A menudo nos interesa una comparación más completa de los valores de una serie cronológica. En tal caso recurrimos a índices de tendencias de referencia aislada o en cadena (simples o complejos).

En el caso de un índice de referencia aislada elegimos, en primer lugar, el período para el que el valor (de una variable concreta) se usará como base de comparación (referencia) para otros valores en la serie. Como ese índice se suele expresar en porcentajes, lo podemos escribir así:

$$\frac{x_1}{x_0} \times 100, \frac{x_2}{x_0} \times 100, \frac{x_3}{x_0} \times 100, \ldots, \frac{x_n}{x_0} \times 100$$

donde x_0 es la base de comparación (referencia), y $x_1, x_2, \ldots, x_n$ son los valores sucesivos de la variable en la serie.

Sin embargo, los historiadores encuentran que los índices de referencia en cadena son más útiles porque les permiten evitar el efecto de un error en todo el índice si el valor de referencia es accidental o proviene de una fuente no fiable que anteriormente se consideraba como fiable, etc. Al mismo tiempo, dichos índices ponen más de relieve los cambios en una serie concreta de lo que lo hacen los índices de referencia aislada[42]. En el caso de un índice de referencia en cadena, comparamos cada período con el anterior, lo cual significa que la base de referencia cambia cada vez. La fórmula (en porcentajes) es la siguiente:

$$\frac{x_2}{x_1} \times 100, \frac{x_3}{x_2} \times 100, \frac{x_4}{x_3} \times 100, \ldots, \frac{x_n}{x_{n-1}} \times 100$$

[42] Las ventajas de los índices en cadena son subrayadas por W. Kula en *Problemy i metody historii gospodarczej*, ed. cit., págs. 378-380.

Por ejemplo, el índice de referencia en cadena para la población de Polonia (ver más arriba) sería:

Año	Número	Indice de referencia en cadena	Indice de referencia aislada (1950 = 100)
1950	25.035	—	100
1955	27 550	110	110
1960	29.891	108	119

Los índices complejos, sean de referencia aislada o en cadena, que son los más usados en los estudios sobre los precios, tienen un valor extraordinario para los historiadores. Para describir los cambios en el nivel general de precios tenemos que tomar en cuenta simultáneamente los cambios en los precios de, al menos, varios artículos representativos en un lugar concreto y en un momento concreto, para hacer las comparaciones apropiadas. Esto es posible gracias al índice complejo, que se calcula con las siguientes fórmulas:

$$100 \times \frac{\sum c_0 \, p_1}{\sum c_0 \, p_0} \quad \text{(referencia aislada)} \qquad 100 \times \frac{\sum q_1 \times p_1}{\sum c_{i-1} \, p_{i-1}} \quad \text{(referencia en cadena)}$$

donde c representa las cantidades de los diversos artículos, y p_i sus precios, para $i = 1, 2, \ldots, n$.

He aquí un ejemplo:

Artículo	Período de referencia		Período estudiado	
	Precio en zlotys	Cantidad	Precio en zlotys	Cantidad
	p_0	c_0	p_1	c_1
I	8	7 m.	10	10 m.
II	4	6 kg.	5	18 kg.
III	2	47 l.	2	55 l.

Por tanto, $\sum c_0 \, p_0 = 8 \times 7 + 4 \times 6 + 2 \times 47 = 174$ (zlotys)

$\sum c_0 \, p_0 = 10 \times 7 + 5 \times 6 + 2 \times 47 = 194$ (zlotys)

de modo que el índice equivale a 111'5; por tanto, el nivel de precios se elevó 11,5 por 100 para las cantidades del período de referencia[43].

El ajuste de la serie estadística (normalmente combinado con el ajuste de la curva) es importante para los historiadores, ya que les permite eliminar valores extremos registrados (que pueden no ajustarse a los hechos) y con-

[43] El ejemplo está sacado de O. Lange y A. Banasinski, *Teoria statystyki*, edición citada, págs. 201-202.

firmar, incluso en ese nivel del estudio, la tendencia de desarrollo del fenómeno en cuestión. Se pueden usar varios procedimientos. Uno muy simple consiste en desmenuzar la serie estadística en segmentos cronológicos de tres, cinco, diez o más años (o, si hace falta, en otras unidades de tiempo, como días, etcétera), y en calcular las medias aritméticas o geométricas de cada segmento. En lugar de una serie de valores reales obtenemos así una serie más corta de medias periódicas. Este acercamiento se puede encontrar en algunos estudios sobre la historia de los precios.

El ajuste de series por medio de un promedio móvil es un procedimiento mucho más preciso, que se afectúa como sigue: apoyándonos en las observaciones, determinamos la longitud del período para el que hay que calcular un promedio; cuanto más largo sea el período, más uniformes serán las series ajustadas, pero, al mismo tiempo, más términos de la serie, sin embargo, se pierden al comienzo y al final de la serie. Podemos calcular el promedio móvil para períodos de tres, cinco, siete, nueve años (el número de años u otras unidades debe ser siempre impar). Una vez que la longitud del período se ha determinado, calculamos el promedio aritmético de tantos valores sucesivos de la serie (empezando por el primero) como abarque el período en cuestión, y olvidamos el primer valor, sumando el valor sucesivo y calculando otra vez la media aritmética, y repetimos el procedimiento constantemente, avanzando de uno en uno, con todos los términos (sucesivos) de la serie. Si llamamos a los términos sucesivos de una serie x_1, x_2, x_3, ..., x_m, la fórmula para calcular el promedio móvil en períodos de tres años es:

$$\frac{x_1 + x_2 + x_3}{3}, \quad \frac{x_2 + x_3 + x_4}{3}, \quad \frac{x_3 + x_4 + x_5}{3}, \text{ etcétera.}$$

Esta es la producción de trigo en Francia (en millones de quintales métricos) en 1919-25 [44]; va acompañada de los promedios móviles en períodos de tres años:

Año	Producción	Promedio móvil
1919	51	—
1920	64	67,6
1921	88	72,7
1922	66	76,3
1923	75	72,3
1924	76	80,3
1925	90	—

Para un período más largo de cálculo del promedio móvil, la eliminación de las fluctuaciones anuales (que se deben, principalmente, a las condiciones climáticas) sería incluso mayor.

[44] Estos datos están extraídos de A. Sauvy, *Histoire économique de la France entre les deux guerres (1918-1931)*, París, 1965, pág. 462.

El ajuste de la serie por medio de los promedios es un procedimiento mecánico. Podríamos recurrir también a métodos matemáticos de ajuste más sofisticados, que consisten en ajustar una función matemática a toda una serie estadística; sin embargo, estos métodos no se encuentran en los estudios históricos con frecuencia. Si una serie se puede representar por medio de una línea recta, esa línea recta se puede ajustar mejor a las desviaciones de los términos que aparecen realmente en la serie por el método de los cuadrados mínimos. Este método hace la suma de los cuadrados de las desviaciones de los valores reales en la serie a partir de la línea recta que representa la tendencia menor de todas las posibles. Si a los valores sucesivos en la serie real los llamamos x_1, x_2, x_3, ..., x_n, y a los valores en la serie ajustada correspondiente, $\overline{x_1}$, $\overline{x_2}$, $\overline{x_3}$, ..., x_n, y a los períodos de tiempo sucesivos, t_1, t_2, t_3, ..., t_n, la ecuación de la línea recta que ilustra la tendencia es

$$\overline{x} = a + bt$$

donde a representa la ordenada del valor $\overline{x}$ para $t = 0$, y b, la tangente de la línea recta al eje de las abscisas [45]. Para simplificar sus tareas, los historiadores, muchas veces, encuentran una tendencia lineal por el método gráfico, lo cual, aunque también se haga, es menos preciso.

La curva logística ha sido muy usada en relación con los estudios de las tendencias en el pasado. La curva se eleva lentamente al principio; después, precipitadamente, y después, su elevación se invierte hasta reducirse casi a cero, lo cual convierte a la curva en asíntota de la línea horizontal que señala el límite superior de la tendencia. Aunque puede ilustrar la tendencia real de ciertos fenómenos durante períodos cortos, la inclinación de algunos investigadores (normalmente, no historiadores) a usarla para ilustrar el desarrollo demográfico (R. Pearl) [46] o económico (S. Kurowski) [47] de la humanidad debe interpretarse como casos del «culto a la curva» mencionado anteriormente, que hace que los investigadores elijan sus datos de modo que «prueben» un desarrollo que siga una curva logística. Este acercamiento se ha visto muy influido por los estudios biológicos sobre el crecimiento de los organismos vivos.

8. *Análisis de correlación*

El método estadístico nos permite no sólo describir las estructuras y las tendencias, sino también ilustrar los grados de relación entre los hechos y, quizás, incluso, descubrir esas relaciones. Es evidente que la averiguación de una correlación estadística positiva no tiene por qué implicar en cada caso una relación real. En muchas ocasiones, esta relación puede ser aparente o ficticia. Consideramos como una relación aparente (de acuerdo con P. Lazarsfeld) un caso en el que una correlación estadística positiva de dos series no refleja ninguna relación causal entre ellas, sino sólo el hecho de que ambas tienen una causa común más o menos directa, lo cual signi-

[45] Por problemas de espacio no ofrecemos ejemplos del cómputo de tendencias; remitimos al lector a obras de econometría, por ejemplo, O. Lange, *Introduction to Econometrics*, Oxford-Varsovia, 1962.

[46] Cfr. S. H. Coontz, *Population Theories and Their Economic Interpretation*, Londres, 1957..

[47] S. Kurowski, *Historyczny proces wzrostu gospodarczego*, Varsovia, 1963.

fica que una de estas series puede estar relacionada, por alguna razón, con la causa real de la otra serie [48]. Una relación ficticia es simplemente una coincidencia estadística accidental de dos fenómenos que, en realidad, son independientes entre sí. En la investigación histórica, donde no hay posibilidad de hacer experimentos durante los que se pueda observar una variable de control, las relaciones aparentes se pueden eliminar a través de la observación de otras series, diferentes de las dos que se investigan en un caso concreto. La averiguación de las relaciones aparentes puede incluirse a menudo en nuestros programas de investigación, ya que nos interesa descubrir el grado (la fuerza) de los lazos de unión entre varios fenómenos. Evidentemente, es un error considerar una relación aparente como una causal.

El estudio estadístico de las relaciones utiliza las medidas de correlación, que incluyen los coeficientes de correlación y las líneas de regresión, y que se usan en los estudios históricos con más frecuencia cada vez.

Entre los coeficientes más frecuentemente usados (también por los historiadores) está el coeficiente de correlación de Pearson, que se expresa por medio de la siguiente fórmula:

$$r_{xy} = \frac{\sum XY}{m_x \; m_y}$$

donde r_{xy} representa la correlación entre las series x e y, X e Y representan las diferencias respectivas entre las medias aritméticas y los valores de los términos de x e y, $\sum XY$ representa la suma de los productos de esas desviaciones, m_x y m_y son las desviaciones de modelo de x e y, respectivamente, y n es el número de términos en cada serie (suponiendo que x e y tienen el mismo número de términos). He aquí un ejemplo:

x	y	X	Y	X^2	Y^2	XY
10	8	+2	+2	4	4	4
9	9	+1	+3	1	3	3
8	7	0	+1	0	1	0
7	4	−1	−2	1	4	2
6	2	−2	−4	4	16	8

Por tanto, $M_x = 8$, $M_y = 6$, $X = 0$, $Y = 0$, $\sum X^2 = 10$, $\sum Y^2 = 34$, $\sum XY = 17$.

Ahora se calculan las desviaciones de modelo por medio de la fórmula dada previamente:

$$m_x = \sqrt{2} = 1{,}41 \; ; \qquad m_y = \sqrt{6{,}8} = 2{,}63$$

ahora

$$r_{xy} = \frac{\sum XY}{n s_x \; s_y} = \frac{17}{5 \times 1{,}41 \times 2{,}63} = 0{,}92$$

[48] Sobre las relaciones aparentes, ver S. Nowak, *Studia z metodologii nauk spolecznych*, ed. cit., págs. 81 y ss.

El coeficiente calculado así indica una correlación positiva muy alta.

Los historiadores también calculan correlaciones múltiples, que indican una relación entre más de dos series. Por ejemplo, W. Kula dio una correlación de los precios del centeno en varias ciudades polacas en el siglo XVIII [49].

Una correlación se puede ilustrar gráficamente como la dispersión de los puntos cuyas coordenadas corresponden a los valores de los términos en las series implicadas, o por una tabla de correlación, donde los valores de los términos de una serie se muestran, en intervalos de orden, a lo largo de la línea horizontal, y los de la otra serie, a lo largo de la línea vertical. La dispersión de los puntos es una imagen gráfica de la tabla de correlación.

Las líneas de regresión son más informativas. Expresan los valores medios de una característica para los valores cambiantes de la otra. Hay que advertir que, en el caso de una relación funcional, la curva sigue un curso diferente, ya que corresponde a los valores reales de una variable para los valores reales de la otra, y no a los valores medios de la primera. Mientras que el coeficiente de correlación (y también la relación de correlación para las correlaciones curvilíneas) señala una posible relación (positiva o negativa) entre las series en cuestión, el curso seguido por las líneas de regresión muestra la naturaleza de esa relación. Se puede hacer una distinción entre las líneas de regresión empírica, es decir, una simple presentación de los valores medios adoptados por una característica para los valores cambiantes de la otra, y las líneas de regresión ajustadas. Para ajustarlas podemos usar el método de los cuadrados mínimos mencionado anteriormente.

La aplicación de las medidas de correlación exige un buen «sentido». Si se usan incorrectamente, señalan relaciones aparentes, o son un ejemplo de cuasi-matematización que sugiere precisión pero no aporta nada a nuestro mejor conocimiento de la materia.

Un ejemplo del examen de las relaciones aparentes (en el sentido del término que le da Lazarsfeld) lo ofrece un estudio de J. Purs, que comparó la producción de máquinas de vapor (que caracteriza el desarrollo de la producción de artículos) con el número de huelguistas (1852-1890) en Bohemia y Alemania [50] Obtuvo un alto coeficiente de correlación positiva (0'9655), pero su resultado no añadió nada a nuestro conocimiento de las relaciones mutuas predominantes en el capitalismo. Es evidente que la creciente lucha de clases de los trabajadores dependía de muchos factores, y los mismos factores generales contribuían al desarrollo del capitalismo y la industria capitalista, por un lado, y el crecimiento de los movimientos huelguistas.

S. Ossowski menciona un estudio de M. Rokeache, H. Toch y T. Rottman que se ocupa de las correlaciones entre el peligro para la Iglesia, la severidad de las sanciones, y el grado de absolutismo reflejado en las decisiones tomadas en doce concilios de la Iglesia Católica, elegidos entre los diecinueve que tuvieron lugar desde el Concilio de Nicea (en el 325) hasta el

[49] W. Kula, *Teoria ekonomiczna ustroju feudalnego*, Varsovia, 1962, pág. 105. Ver también I. Rychlikowa, «Niektóre zagadnienia metodyczne w badaniach cen i rynku w drugiej polowie XVIII wieku» (Problemas metodológicos en el estudio de los precios y mercados en la segunda mitad del siglo XVIII), *Kwartalnik Historii Kultury Materialnej*, núm. 3, 1964, págs. 375-405.

[50] J. Purs, «Model závilosti rústu stávkového hunti na rozvoji továrni vydoby v obdobe predmonopolniho kapitalismu» (Un modelo del efecto de las huelgas crecientes en el desarrollo de la producción industrial en el capitalismo premonopolista), *Ceskoslovensky Casopis Historicky*, vol. XI, 1963, págs. 34-45.

Concilio de Trento (1545-63)[51]. El resultado (?) de su estudio fue el hallazgo de que la correlación entre el peligro para la Iglesia y la severidad de las sanciones es 0'52, y entre el peligro y el grado de absolutismo, 0'66. Resulta, como dice Ossowski, que la fórmula *cum Dei gratia*, que encontramos en las decisiones conciliares, fue considerada por los autores como uno de los índices de alto grado de absolutismo[52].

Los coeficientes de correlación y regresión se pueden calcular por computadora. El acercamiento fue usado por algunos historiadores soviéticos (por ejemplo, Y. D. Kovalchenko) en sus estudios de las granjas en Rusia en el siglo XIX, y produjo algunos resultados muy interesantes.

9. *Aplicaciones de las computadoras en la investigación histórica*

Las bases teóricas para una ordenación y un proceso de los datos históricos partiendo de las matemáticas las proporciona la teoría de la información, mientras que las computadoras proporcionan las posibilidades prácticas en ese terreno[53]. La superación de los métodos tradicionales en las ciencias sociales fue necesaria por el rápido crecimiento de la investigación científica, con la consiguiente explosión de la información. Esta última es la razón de que muchas unidades de información no lleguen a los investigadores. En su investigación, los historiadores no se limitan a los datos de archivo (donde también son necesarios cambios que faciliten el acceso a dichos datos), sino que utilizan, cada vez más, la literatura de la materia. Esa literatura no puede usarse nunca más que en parte, a no ser que tenga lugar una revolución en la extracción, ordenación y proceso de los datos. En tal situación, sólo los mejores y más eruditos estudiosos pueden evitar graves errores. Al margen de esto, la elaboración de los datos sobrepasará, incluso en mayor medida, las posibilidades de los investigadores individuales, para no mencionar el hecho de que, en muchos casos, no es posible descubrir todas las relaciones implicadas, a menos que se usen computadoras.

En vista de la experiencia actual con la mecanización, almacenamiento y proceso de datos, podemos distinguir los siguientes pasos básicos del proceso en cuestión:

1) formulación de un problema de investigación;
2) fijación de la serie de textos (fuentes o resultados de la investigación) cuyos datos se introducen en la computadora para ser procesados;
3) formación de los datos, codificación y alimentación en la memoria de la computadora;
4) elaboración de un programa de computadora y codificación;
5) operaciones efectuadas por la computadora;
6) desciframiento de los datos procesados por la computadora;
7) elaboración rigurosa de los datos obtenidos de este modo, y, posiblemente, formulación de un nuevo problema de investigación, o elaboración de un programa de computadora modificado.

Para poder formular un problema de investigación que se utilice con la ayuda de una computadora (ya que no podemos asignar a la computadora un papel independiente), debemos tener un conocimiento preliminar del material del que disponemos (consultas con matemáticos) y de los datos disponibles, y también la convicción de que el problema necesita realmente una formulación en términos matemáticos.

La fijación del material del que vamos a extraer los datos debe, además de las otras tareas que le son usuales en toda investigación histórica, mostrar que los datos que se pueden extraer de él pueden formalizarse y codificarse en lenguaje de computadoras.

Mencionemos los estudios numismáticos de V. A. Ustinov para dar un ejemplo de formalización y codificación. El caso es el de una moneda antigua sujeta a investigación (por supuesto, se pueden examinar de este modo miles de monedas).

Metal	Forma	Anverso	Reverso	Inscripción
1	2	3	4	5
Plata	Círculo irregular, convexo en ambos lados	Dibujo completo de un toro que mira hacia atrás	Vacío	Ninguna
03	11	22	31	41
11	1011	10110	11111	101001

Los datos sobre la moneda fueron codificados en primer lugar en el sistema decimal (según las convenciones adoptadas para los cinco índices enumerados en la cabecera de la tabla anterior, y afirmando que, por ejemplo, el oro = 01, plata = 03, un círculo irregular = 11, un dibujo de un objeto inanimado = 21, un dibujo de un animal = 22, etcétera), y después traducidos (en la mayoría de los casos, automáticamente) al sistema binario (en el que todos los números naturales deben presentarse en secuencias de ceros y unos)[54].

[51] S. Ossowski, *O osobliwosciach nauk spolecznych* (Sobre las peculiaridades de las ciencias sociales), ed. cit., págs. 253-254.

[52] Las aplicaciones (principalmente relacionadas con el nombre de J. Czekanowski) de los coeficientes de correlación a los estudios sobre la historia de la cultura fueron tratadas por S. Klimek, «Metoda ilosciowa w badaniach nad historia kultury» (El método cuantitativo en el estudio de la historia de la cultura), *Roczniki Dziejów Spolecznych i Gospodarczych*, vol. III, Poznan, 1934, págs. 57-76.

[53] Los libros y documentos sobre las aplicaciones de la teoría de la información y las computadoras a la investigación histórica son demasiados para ser citados aquí. Mencionaremos sólo las guías para el uso de computadoras en la investigación histórica que consideramos más útiles para los historiadores: Ch. M. Dollar, R. J. Jensen, *Historian's Guide to Statistics. Quantitative Analysis and Historical Research*, Nueva York, Chicago, San Francisco, Atlanta, Dallas, Montreal, Toronto, Londres, Sydney, 1971; E. Shorter, *The Historian and the Computer. A practical Guide*, Englewood Cliffs, Nueva York, 1971. Ver también la introducción elemental a la estadística para historiadores: R. Floud, *An Introduction to Quantitative Methods for Historians*, Princeton, 1973. La obra de Dollar y Jensen presenta bibliografía sobre la materia.

[54] Como información, presentamos aquí los equivalentes binarios de los primeros números del sistema decimal:
0-0, 1-1, 2-10, 3-11, 4-100, 5-101, 6-110, 7-111, 8-1000, 9-1001, 10-1010, 11-1011, etcétera. Por ejemplo, 2 en el sistema decimal se reescribe en el sistema binario

Los datos así codificados e introducidos en la computadora (normalmente como tarjetas perforadas o cintas) se llaman datos de entrada.

Para que la computadora realice su tarea, debe ser guiada por un programa, que es un esquema de los modos de manejo (proceso) sucesivo de los datos de entrada.

Por supuesto, el programa debe formularse en lenguaje de computadoras y ser registrado en su memoria. El procedimiento es bastante complicado, y debe ser conducido por un matemático especializado en programación de computadoras. Ustinov dice que en el terreno de la numismática se puede esperar que las computadoras: 1) clasifiquen las monedas según principios científicos; 2) indiquen la clase a la que pertenece una moneda concreta recientemente descubierta; 3) observe las regularidades en el material que maneja; 4) pruebe las hipótesis.

Una vez programada, la computadora trabaja automáticamente, y produce datos de salida codificados, que tienen que ser descifrados, puestos en un lenguaje natural y analizados.

Actualmente tenemos resultados de muchas investigaciones basadas en el uso de computadoras y llevadas a cabo en varios países. Junto a la investigación a gran escala realizada en la rama siberiana de la Academia Soviética de las Ciencias, entre otros, por Ustinov, otros estudios se ocupan de la estructura social de Rusia en los siglos XVIII al XX, la industria en el Valle de Kuznets, problemas demográficos, etcétera. Parecida investigación ha sido realizada en Francia, Austria, Suecia, Polonia, Checoslovaquia y otros países [55].

10. *Análisis cuantitativos de textos*

Los estudios cuantitativos de textos, que se han llevado a cabo en gran medida en lingüística y literatura [56], se han abierto camino también en la investigación histórica. Tales estudios también utilizan las computadoras, que, en muchos casos, son indispensables. En esos casos, el procedimiento debe cumplir las exigencias planteadas por la computadora que se use.

Desde el punto de vista del historiador, tienen importancia primordial dos tipos de estudios:

1) estudios de autoría basados en un análisis comparativo de los textos [57];
2) estudios estructurales con una orientación semántica [58].

Para ilustrar a los lectores la aplicación de ese método a la investigación histórica nos referiremos al intento de E. Rostworowski de contestar a la pregunta sobre si el rey Estanislao Leszczynski fue realmente el autor de *Glos wolny* (Voz libre, tratado político polaco del siglo XVIII) [59]. La cuestión era, en particular, contestar a la pregunta sobre si la primera versión tenía el mismo autor que la posterior, escrita, sin ninguna duda, por el rey. Si se encontraban variaciones en el estilo, se interpretarían como un elemento de prueba de la hipótesis sobre que el rey, al escribir la versión posterior, sólo estaba modificando la anterior. Las dos versiones se denominaron, respectivamente, como *A* y *B*.

En primer lugar, para caracterizar los textos de una manera general, el investigador tomó muestras de 4.000 palabras cada una, de las secciones semánticamente paralelas de ambas versiones (muestras *Ax* y *Bx*). Se tomaron otras muestras de textos cuyo autor incuestionable es el rey Estanislao (correspondencia política de la misma época), a las que se llamó *L*. Las muestras de las versiones *A* y *B* fueron más tarde ampliadas (*A*1-4, *B*1-4). Se encontró que *B* tenía algunas palabras más en común con *L* que *A*, pero, en general, el lenguaje de *L* estaba muy conectado con el de *A*. Para averiguar si esa relación era sólo accidental o no, se hicieron comparaciones con cartas de otros individuos contemporáneos del rey. Resultó que las cartas de Estanislao Poniatowski, Felipe Orlik y Teodoro Potocki tenían el mismo parecido con el lenguaje de *A*. A continuación, las muestras de sus cartas y de las del rey Leszczynski se compararon con el vocabulario de *B*. Resultó que el lenguaje de *L* se acerca más al de *B* que al de *A*. La versión *A* era más rica en léxico. E. Rostworowski no se conformó con esto, sino que calculó los índices de Yule para los textos *A* y *B*, lo cual produjo el resultado de que los índices de *A* señalan un vocabulario más variado en el texto. Después se hizo una comparación de la frecuencia de las preposiciones y pronombres reflexivos (que se habían dejado de lado en los estudios anteriores), y se encontró que las diferencias entre las muestras, estadísticamente, no eran accidentales (por el nivel de significancia de 0'001). Por ejemplo, la comparación de las apariciones de las

---

así: $2=1 \cdot 2^1+0 \cdot 2^0$, es decir, como una secuencia de potencias de 2 multiplicadas, por ejemplo, por 1.

[55] J. C. Gardin y M. P. Garelli usaron una computadora IBM para procesar matemáticamente los datos proporcionados por las numerosas tablas cuneiformes del siglo XIX a. C., encontradas en Mesopotamia; contienen datos sobre transacciones comerciales entre unos 2.000 comerciantes durante unos cincuenta años. El estudio pretendía establecer los lugares de origen de los comerciantes, las mercancías en las que se especializaban, etcétera. (Cfr. «Etude sur les etablissements assyriens en Cappadoce», *Annales ESC*, vol. 16, núm. 5, 1961, páginas 837-876.) J. de Launuy usó también una computadora IBM para estudiar las opiniones que se encuentran en la literatura histórica sobre muchas cuestiones de historia económica (cfr. *Les grandes controverses de l'histoire contemporaine*, Lausana, 1964). El progreso en las aplicaciones de las computadoras en la investigación histórica hasta 1970 fue tratado en el XIII Congreso de Ciencias Históricas en Moscú. Hay que mencionar, especialmente, los siguientes documentos: D. V. Deopik, G. M. Dobrov, J. J. Kahk, I. D. Kovalchenko, H. E. Palli, V. A. Ustinov, *Quantitative and Machine Methods of Processing Historical Information*, Moscú, 1970; J. Schneider, *La machine et l'histoire. De l'emploi des moyens mécaniques et électroniques dans la recherche historique*, Moscú, 1970; C. G. Andrae, Sven Lundkvist, *The Use of Historical Mass Data. Experiences from a Project on Swedish Popular Movements*, Moscú, 1970. Los avances en los métodos cuantitativos modernos son tratados por *Historical Methods Newsletter*, publicada por el Centro universitario de estudios internacionales y el Departamento de historia de la Universidad de Pittsburgh.

[56] La larga tradición de esta investigación es mostrada por W. W. Grey, *The Calculus of Variant. An Essay on Textual Criticism*, Oxford, 1927. Ver también *Poetyka i matematyka*, M. R. Mayenowa (ed.), Varsovia, 1965 (reseñado por J. Kmita en *Studia Metodologiczne*, núm. 3).

[57] Un ejemplo lo ofrece el estudio de la autoría de las epístolas de San Pablo. Ver B. Jewsiewicki, «Uwagi o zastosowaniu maszyn cyfrowych w badaniach historycznych» (Observaciones sobre las aplicaciones de las computadoras digitales en la investigación histórica), *Kwartalnik Historii Kultury Materialnej*, número 4, 1965, pág. 734.

[58] Un ejemplo lo ofrece un análisis del Corán. Ver K. Wyczanska, «Prace nad mechanizacja informacji w naukach spolecznych» (Mecanización de la información en las ciencias sociales), *Kwartalnik Historii Kultury Materialnej*, número 4, 1965, pág. 741.

[59] E. Rostworowski, *Legendy i fakty XVIII w.* (Leyendas y hechos del siglo XVIII), Varsovia, 1963, págs. 68-144.

formas *zeby* y *aby* (ambos significan «para», pero *aby* es más refinado, en el polaco actual, aunque no tenía que ser así en el polaco del siglo XVIII) dio los siguientes resultados:

En números absolutos		
	Ax	*Bx*
zeby	64	38
aby	7	36

En el estudio se siguió este camino: los textos globales *A* y *B* se examinaron según la aparición de *zeby* y *aby*, y se compararon sobre este tema con *L*. El resultado fue:

En porcentajes			
	L	*B*	*A*
zeby	55,0	54,4	90,4
aby	45,0	45,6	9,6

Las distribuciones en *L* y *B* se pueden considerar como homogéneas, lo cual es subrayado por E. Rostworowski, que dice que «$P > 0'8$, lo cual significa que hay más de 80 ocasiones por 100 de que la desviación entre *L* y *B* sea puramente accidental. Por el contrario, la diferencia en la frecuencia de aparición de las palabras *zeby* y *aby* en *A* y *B* no puede ser accidental, ya que $P < 0'001$, lo cual significa que hay menos de una probabilidad entre 1.000 de que la desviación sea accidental» [60].

El ejemplo anterior señala uno de los muchos procedimientos posibles en el análisis de textos. A causa del muestreo fortuito usado (a menudo, en el sentido de muestreo estratificado), es necesario recurrir a los métodos de inferencia estadística, basados en la teoría de la probabilidad.

11. *Perspectivas de las aplicaciones de las matemáticas en la investigación histórica*

Se deduce de los comentarios anteriores que, incluso actualmente, se usan varios métodos de análisis estadísticos y matemáticos en la investigación histórica; sin embargo, parece que la estadística moderna y los nuevos procedimientos matemáticos tienen a su disposición muchos métodos que nos permiten describir muy bien los datos sujetos a análisis; dichos métodos podrían aplicarse, por tanto, a la investigación histórica, en mayor medida. Parece, por consiguiente, imperativo seguir cuidadosamente los nuevos avances en las matemáticas (incluida la estadística) e intentar aplicarlos al estudio de datos específicamente históricos.

[60] *Ibídem*, pág. 124.

La aplicación de las matemáticas a la investigación histórica es parte del problema de su aplicación a las ciencias sociales y las humanidades en general. Se puede decir que las matemáticas pueden usarse dondequiera que ayuden a resolver un problema o a formular los resultados de la investigación con mayor precisión; la investigación histórica ofrece tales oportunidades.

Las matemáticas entran en las ciencias sociales en general, y en la investigación histórica, en particular, en forma de método estadístico, principalmente, especialmente en aquellos casos donde se usa una muestra representativa junto con la valoración del grado de probabilidad de los resultados obtenidos. Las grandes oportunidades ofrecidas a un muestreo representativo por el estudio de los fenómenos de masas significan mayores avances de las matemáticas en la investigación histórica. Como el muestreo representativo se ha usado poco, hasta ahora, en los estudios históricos, los resultados son en cierto modo difíciles de valorar, pero la aplicación creciente de los métodos estadísticos no deja ninguna duda sobre la expansión de las matemáticas en la investigación histórica.

En cuanto a la historia económica, la capacidad de aplicación de las matemáticas es subrayada por los análisis hechos en la economía, especialmente en relación con la teoría del crecimiento económico. No hay razones aparentes por las que un historiador económico, al basar su investigación en la economía teórica, tenga que abstenerse de presentar sus resultados de un modo similar al de un economista; esto se refiere en particular a la exposición de las relaciones entre varias magnitudes de forma matemática.

De entre los métodos matemáticos cuyas aplicaciones pueden tener un lugar preeminente en la investigación histórica, en opinión de este autor, hay que destacar el álgebra lineal (que permite analizar, por ejemplo, las relaciones entre las diversas ramas de una economía nacional concreta), el análisis matemático (cálculo diferencial e integral) y la geometría analítica. También se puede esperar que los historiadores adaptarán a sus necesidades la teoría del juego y de la decisión (por ejemplo, para analizar las estrategias elegidas por varios individuos y organismos sociales), la teoría topológica de los diagramas (para analizar estructuras complicadas), y, presumiblemente, también, otras ramas de las matemáticas. Sin embargo, todo esto será sólo un instrumento que dependerá totalmente del investigador que lo use, y una superestructura simbólica sobre el lenguaje ordinario de la ciencia histórica. Esto no cambiará el hecho de que el conocimiento del desarrollo de la humanidad seguirá siendo para el historiador el principal sistema de guía y el principal espejo (mejorado en el curso del tiempo) que refleja los estadios sucesivos de su investigación. Esta mejora dependerá, en cierto modo, de la aplicación, cada vez mayor, en la investigación histórica, de los métodos cuantitativos de otras ramas de las matemáticas.

Nos proporcionan ejemplos la economía, la geografía económica, y la sociología, que usan el lenguaje de las matemáticas cada vez más, al ocuparse del estudio de problemas sociales complicados. Sin embargo, hay que darse cuenta de que —al revés que en las ciencias naturales— en las ciencias sociales no es fácil encontrar una serie aceptada generalmente de conceptos fácilmente mensurables. Se ha encontrado en la economía, lo cual, a su vez, abre ciertas perspectivas para la historia económica. Para utilizar las generalizaciones de J. S. Coleman para la sociología, podemos decir que las matemáticas se pueden usar para: 1) descripciones cuantitativas de ciertos

objetos; 2) construcción de índices; 3) elaboración de generalizaciones cuantitativas empíricas que unen dos o más variables; 4) impresión de una estructura matemática formal a las teorías sociales. Por tanto, el historiador se enfrenta a todas estas (y quizá otras) posibilidades. Por el momento, sin embargo, es aún demasiado pronto para resumir los primeros intentos, muchos de los cuales tienen una naturaleza muy técnica.

XXI

El proceso de explicación en la investigación histórica

1. *Las diversas interpretaciones de la explicación histórica*

Hemos dicho que a una pregunta factográfica (¿qué fue?) contestamos estableciendo los hechos, y a una pregunta explicativa (¿por qué fue así?), ofreciendo una explicación causal. Aunque los procedimientos de investigación del historiador se pueden reducir a respuestas a estos dos tipos de preguntas (si dejamos de lado, por el momento, las preguntas sobre leyes), las diversas interpretaciones intuitivas relacionadas con el término «explicación» necesitan algunas observaciones.

El análisis de muchos estudios históricos muestra que la tarea de la explicación histórica se puede interpretar, al menos, de las siguientes maneras:

1) explicación por descripción (descriptiva);
2) explicación por indicación del origen de un fenómeno concreto (genética);
3) explicación por indicación del lugar de un fenómeno en una estructura dada (estructural);
4) explicación por definición de un fenómeno (definitoria);
5) explicación por indicación de una causa (causal).

El concepto de explicación descriptiva es el más amplio de todos, ya que puede abarcar todos los restantes tipos de explicación. Esto ocurre porque, si una persona dice: por favor, explícame las Cruzadas o el sistema político inglés en la segunda mitad del siglo XVII o la política americana de Francia después de la Segunda Guerra Mundial, puede esperar una simple descripción de los hechos implicados, o información sobre los niveles de desarrollo (origen) de esos hechos, o la formulación de sus definiciones, o la indicación de sus causas. Estos diversos tipos posibles de explicación pueden incluir también una simple descripción, sin ningún intento de señalar las causas, una descripción en la que sería difícil encontrar una indicación metódica del origen del hecho en cuestión o su lugar en una estructura. Este es el caso al que nos referimos cuando diferenciamos la explicación descriptiva. Adviértase, además, que, en última instancia, todas las formas de explicación suelen adoptar la forma de una descripción histórica (narración histórica).

La explicación genética (que trataremos más ampliamente después) consiste en señalar los sucesivos estadios de desarrollo de un hecho histórico concreto. Al hacer una explicación genética respondemos a la pregunta ¿cómo ocurrió? Adviértase que ésta es una pregunta distinta de ¿por qué

ocurrió?, a pesar de que al contestar ambas preguntas podemos tener en cuenta los mismos hechos. Por ejemplo, cuando preguntamos: ¿cómo estalló la Primera Guerra Mundial? y ¿por qué estalló la Primera Guerra Mundial? (o ¿cuáles fueron las causas de la Primera Guerra Mundial?) podemos prestar atención a los mismos problemas, pero cuando planteamos una pregunta genética deseamos, sobre todo, tener una descripción de los hechos sucesivos que condujeron al estallido de la Primera Guerra Mundial. Así, respondemos a una pregunta sobre una explicación genética al enumerar una secuencia genética de los hechos implicados. Algunos autores, que aseguran que la investigación histórica se ocupa de «lo único» y, por tanto, no ofrece ninguna explicación causal (al revés que en las ciencias naturales), mantienen que, al contestar con una descripción de lo que ocurrió, ofrecemos, al mismo tiempo, una explicación del tipo «por qué» (Collingwood).

Sucede a menudo que la persona que pregunta sobre el origen de un suceso no se da cuenta, claramente, de si quiere saber los estadios sucesivos (especialmente los primeros) del desarrollo de un hecho concreto, o las causas de su existencia (sus características, los cambios en su estructura, etcétera). Cuando se nos pregunta, por ejemplo, sobre el origen del ejército polaco después de la Segunda Guerra Mundial, es evidente que la pregunta se refiere a los pasos del desarrollo que dio lugar a la situación predominante en un período dado. Pero si una persona pregunta, por ejemplo, acerca del origen de la política exterior de Beck, quiere saber, indudablemente, algo sobre los factores que explican sus movimientos (es decir, quiere saber alguna cosa sobre las causas), incluso, quizás, algunas características mentales de ese político. Esto muestra que una pregunta que tiene forma genética puede ser, a veces, una pregunta sobre las causas. Una explicación genética pura es una respuesta a una pregunta «cómo».

Una explicación estructural (o funcional) señala las funciones de un elemento específico de un todo concreto. Si una persona pregunta: por favor, explícame el papel de la Dieta en Polonia, entonces, con toda probabilidad, quiere que le contemos de qué modo funciona esa institución dentro de la estructura entera de las autoridades estatales polacas. En tales casos, una explicación responde a una pregunta «cómo». Una de las principales tareas del historiador es señalar el papel de determinados hechos dentro de estructuras más amplias. Por ejemplo, al describir la importancia cada vez menor de Polonia en el ruedo internacional a comienzos del siglo XVIII, ofrecemos una explicación típicamente estructural. También nos encontramos con dichas explicaciones cuando situamos ciertos procesos dentro de una serie mayor (por ejemplo, cuando interpretamos las huelgas en Rusia en 1905-1906 como componentes de la revolución de 1905-1907).

Una explicación definitoria es, en cierto modo, complicada. De cualquier modo, nos encontramos con dos clases de dicha explicación:

1) respuestas a preguntas «¿qué (quién) es eso?»;
2) respuestas a preguntas «¿por qué?».

En el primer caso, la persona que plantea una pregunta quiere que le expliquemos, por ejemplo, ¿qué era la Inquisición que mandó a Giordano Bruno a la hoguera?, ¿qué era el Gran Parlamento?, ¿qué fue la Guerra de Crimea?, ¿quiénes fueron los Gracos (o Giuseppe Mazzini, o Lumumba)?, ¿quiénes eran los plebeyos romanos (o los moriscos, o los budistas)?, ¿qué es el crimen del genocidio?, ¿qué era el feudalismo?, ¿qué era el universalismo papal?, etcétera. Al contestar a tales preguntas, recurrimos a ciertas descripciones que adoptan la forma de definiciones nominales (si explicamos el significado de un término concreto refiriéndonos a los significados de los términos que esa persona conoce ya) o definiciones reales (si intentamos caracterizar un objeto concreto de un modo no ambiguo). Así, cuando digo que las leyes fundamentales en la Polonia de los siglos XVII y XVIII eran «las disposiciones de ley que sentaron los principios fundamentales del sistema político polaco y eran superiores a otras leyes»[1], ofrezco una explicación definitoria que es a la vez una definición nominal y real. Lo mismo ocurre con la formulación: «la campaña de Libia consistió en las operaciones realizadas en Libia durante la Segunda Guerra Mundial, específicamente en los años 1940-1943, por el ejército británico y las tropas del Eje, y que condujeron a las tropas del Eje a Tunicia»[2].

En este último caso, una explicación definitoria es una respuesta a la pregunta ¿por qué? Nos referimos aquí a preguntas del tipo: ¿por qué se llamó a Adam Mickiewicz (poeta romántico polaco), en cierto período de su vida, Towianskiano? Las preguntas de este tipo se contestan por medio de la formulación de una definición adecuada o de algunas consecuencias directas de tal definición. Así, por ejemplo, decimos que Mickiewicz fue llamado Towianskiano porque estuvo bajo la influencia de Towianski y su secta mesiánica. En este caso, nuestro punto de partida es una definición del concepto «Towianskiano», es decir, «un hombre que acepta las opiniones de Towianski», o, más estrictamente, «un miembro de la secta de Towianski». Al contestar a la pregunta mencionada sobre Mickiewicz, ofrecemos como explicación una definición del concepto de «Towianskiano». Nos encontramos aquí con el siguiente caso de inferencia:

Premisas:
1) un Towianskiano es una persona que acepta las opiniones de Towianski;
2) Mickiewicz aceptaba las opiniones de Towianski.
Conclusión:
3) se puede llamar Towianskiano a Mickiewicz.

Otro ejemplo. La definición que establece que el concepto de pariente abarca a un hijo del hermano de mi padre me lleva a deducir que Juan es pariente mío, ya que su padre es hermano de mi padre.

Sólo la explicación causal se puede considerar explicación en el sentido estricto del término. La propuesta de explicaciones causales es el procedimiento fundamental que adopta el historiador, por encima de las simples descripciones de los hechos, y que une su investigación con el estudio de las leyes científicas y teorías. De ahora en adelante, nos ocuparemos sobre todo de las explicaciones causales, y, hasta cierto punto, de las explicaciones genéticas, que se relacionan con las anteriores. Pero, en primer lugar, debemos hacer algunas observaciones sobre el problema de la comprensión en la investigación histórica, para poder definir la relación entre comprensión y explicación.

[1] Cfr. *Wielka Encyklopedia Powszechna PWN* (Enciclopedia universal), Editores científicos polacos, vol. 6, pág. 496.
[2] *Ibidem*, vol. 5, pág. 467.

La formulación, aparentemente simple, de que, para explicar algo, primero hay que «comprender» ese algo, nos introduce en el meollo de las vivísimas discusiones sobre los rasgos específicos de la investigación histórica, y pone de relieve uno de los puntos de encuentro más importantes entre las ciencias sociales y naturales. ¿Puede sustituir plenamente el concepto de historiografía «explicativa», que acaba con los principios introspectivos de la intuición, al principio de historiografía «comprensiva», que señala la necesidad de «comprender» los hechos pasados (es decir, a la gente que actuó en el pasado; cfr. capítulo VII), principio propuesto por los historiadores intuicionistas (como R. G. Collingwood, W. Dilthey, H. J. Marrou, H. Butterfield, P. Ricoeur, H. G. Gadamer y otros)? ¿La comprensión de los hechos pasados significa su explicación? La respuesta depende del significado que nos inclinemos a dar a los términos «comprensión» y «explicación». Para los intuicionistas, «empatía» significa «explicación». Por tanto, interpretan la explicación en un sentido muy estricto, como un acto de empatía y un informe de sus resultados. En su opinión (en su versión radical) no es posible otro tipo de explicación, sea en la investigación histórica o en cualquier otro lado donde nos enfrentemos a seres humanos cuyas acciones hay que «entender». Los representantes del acercamiento empírico niegan al método de la empatía cualquier valor cognoscitivo; en su interpretación, el concepto de comprensión pierde su sentido psicológico y se identifica con la explicación (por la descripción o por la explicación *sensu stricto)* hecha por el historiador sin ninguna referencia a su propia experiencia interior, que los otros no pueden observar.

Estos dos acercamientos dieron lugar a una gran discusión, y si la incluimos en la crítica por parte de los positivistas lógicos sobre la metafísica «intuitiva», tenemos que decir que esa discusión es una de las más activas en la historia de la ciencia. Aquí nos interesa menos esa crítica, ya que, de acuerdo con los principios de toda metodología científica, no aceptamos plenamente el punto de vista intuicionista (aunque no negamos su importancia como opositor del positivismo). Sin embargo, es una cuestión abierta, que requiere más análisis, el hecho de si no estaría justificado aceptar, contrariamente a los empiristas radicales, una determinada importancia del método de la empatía (lo cual, después de todo, significaría sólo una descripción parcial de lo que realmente tiene lugar en los procesos de investigación).

Esta formulación implicaría una cierta ampliación del significado empirista de la comprensión, ya que iría más allá de una mera descripción o explicación de los hechos. Después de todo, el término «explicación» podría conservarse, pero entonces tendría que abarcar ciertos elementos de la experiencia interna[3]. La explicación formaría una combinación de procesos extrospectivos e introspectivos.

La aceptación y apreciación de la validez del método de la empatía en el estudio de los seres humanos (no nos ocupamos aquí de las controversias entre los psicólogos), como hemos dicho, ha hecho surgir muchas discusiones en el área de la metodología científica (y por tanto anti-intuicionista). Las posturas adoptadas por las partes en disputa reflejan, hasta

[3] Esta interpretación se encuentra en S. Ossowski, *O osobliwosciach nauk spolecznych*, Varsovia, 1962, págs. 232 y ss.

cierto punto, sus opiniones sobre el nivel metodológico de las ciencias sociales y las humanidades, incluida la historia. Los naturalistas más radicales se inclinan a disminuir y restringir el papel de la introspección en los procesos científicos; otros reconocen la naturaleza específica de las ciencias sociales y las humanidades, o de la historia sola, y están dispuestos a hacer mayores concesiones en favor del método de la empatía; en cambio, otros preferirían conseguir una conciliación entre estas dos posturas, interpretando el concepto de comprensión de modo que fuera aceptable para un gran número de representantes de ambas posiciones. Pero entonces ¿cuál es el concepto de comprensión en cuestión? ¿El de los intuicionistas? Porque, presumiblemente, no es el de los empiristas radicales, que lo identifican sólo con la extrospección.

Al analizar las actitudes de los sociólogos, algunos de ellos de formación humanista y otros de formación empírica, S. Nowak intentó algún comentario sobre los diversos significados de la palabra «comprensión» y señaló un significado que pudiera ser aceptado en los intentos de dar validez al método introspectivo en la metodología de las ciencias sociales[4]. Mientras que excluye de sus consideraciones los tipos no psicológicos de comprensión, subrayó que lo podríamos considerar como sacar conclusiones, a partir del comportamiento humano, sobre los estados mentales subyacentes; al hacer esto, sólo se ocupaba del comportamiento humano que es consciente y se dirige a un fin (instrumental), con la exclusión de lo que se podría llamar comportamiento sintomático. En tales casos, el comportamiento instrumental humano juega el papel de índice de inferencia, que nos permite determinar la experiencia interna de una persona concreta. Pero ¿cómo vamos a pasar de dichos índices de inferencia, proporcionados por las fuentes, a determinar los estados mentales de los individuos implicados? En este punto, S. Nowak se refería a la distinción de Reichenbach entre «abstracta» e «illata», de los que el primero se refiere a los fenómenos observables, y el segundo, a los no observables, pero de los que se supone la existencia. También se apoyaba en la concepción de Carnap (el lenguaje de las observaciones contra el lenguaje de la teoría) e introducía el concepto de construcción hipotética introspectiva (psicológica) como instrumento para traspasar los resultados de la propia introspección a otros[5].

Este programa —suponiendo, claro está, que la mentalidad del investigador es «pura», ya que, de otro modo, su propia experiencia interior enfermiza podría distorsionar grandemente los resultados de su investigación— puede proporcionar más resultados al estudio de los fenómenos contemporáneos, pero, en la investigación histórica, la confianza en la introspección al buscar los motivos de las acciones emprendidas por los individuos (y *a fortiori* las emprendidas por grupos) sería demasiado arriesgada. Por supuesto, sería muy tentadora para dar validez a lo que hace normalmente el historiador, pero que suele ocultar para no ser culpado de subjetividad o «acercamiento psicológico». Pero utilizar las experiencias propias para «traducir» los actos de comportamiento de personas anteriores a sus motivaciones daría lugar a anacronismos. Mientras la investigación histórica permanezca tan lejos de la psicología como lo está actualmente, es decir, mientras no haya

[4] S. Nowak, *Studia z metodologii nauk spolecznych*, ed. cit., págs. 183 y siguientes (capítulo sobre «la observación del comportamiento humano y los problemas de la construcción de una teoría»).

[5] En la terminología de este autor, la comprensión extra-psicológica abarca: 1) la comprensión estructural (comprensión del papel de un elemento en un

una psicología histórica *sui generis*[6] que ofrezca a los historiadores modificadores que les permitan proyectar sus propias experiencias sobre gente que vivió en épocas anteriores, el programa de una investigación histórica comprensiva (modelada según la sociología comprensiva) significaría el regreso al concepto de la naturaleza humana inmutable. Al menos el presente, cuando reconstruimos el substrato mental que explica las acciones humanas por medio de los motivos humanos, debemos fiarnos más de los datos del comportamiento (que los historiadores deberían estudiar más exhaustivamente), que en el método de la empatía. Sin embargo, no es la intención de este autor rechazar totalmente ese método, ni siquiera en el nivel actual de integración de la investigación histórica y la psicología.

El uso de la introspección en la investigación histórica se fundamenta en la simple afirmación de que el conocimiento que de sí mismo tiene un historiador es un elemento de su conocimiento no basado en fuentes. Si utilizamos nuestro conocimiento no basado en fuentes respecto al mundo exterior, no hay razón por la que no haya que usar los resultados del conocimiento interno. Pero la cuestión es que —como se ha dicho— es enormemente difícil hacer un uso adecuado del propio conocimiento al describir y explicar las acciones de los que vivieron anteriormente (excepto las reacciones mentales básicas, comunes a todas las personas, llamadas motivaciones primitivas, tales como la necesidad de acallar el hambre, etc.).

Este autor, por tanto, no está de acuerdo con S. Ossowski, que, al referirse a una discusión entre los metodologistas de la historia, no se puso de parte de C. G. Hempel[7], restringiendo la aplicación de la empatía al papel heurístico de un instrumento de sugerencia de hipótesis psicológicas, sino que suscribió la opinión de W. Dray[8], que aseguraba que el historiador debe recurrir a la empatía siempre que quiera descubrir los motivos que rigen las acciones humanas destinadas a un objetivo. Ossowski fue incluso más allá que Dray, ya que pensaba que la introspección también puede ayudarnos a descubrir las causas de las acciones irreflexivas dictadas por motivos subconscientes[9].

Ossowski aseguraba que en las ciencias sociales y en las humanidades la experiencia interna realiza, al menos, cuatro funciones: 1) heurística, cuando la intuición psicológica nos ayuda a formular hipótesis; 2) interpretativa, cuando las expresiones humanas y otras respuestas externas se consideran como índices de ciertos estados mentales; 3) explicativa, cuando explica las relaciones en el comportamiento humano, averiguando las motivaciones por las que se guían las personas en ciertas cuestiones; 4) sustentadora, cuando apoya afirmaciones generales en situaciones donde los datos de observación no bastan para hacer comprobaciones que respondan a las exigencias científicas[10]. En cuanto a la investigación histórica, al menos, con el nivel actual de enlace con la psicología, este autor se inclina a adoptar una postura claramente, aunque no radicalmente, empirista, es decir, a aceptar como legítima, únicamente, la función heurística de la empatía (o sea, a subrayar la importancia de lo que se llama intuición en la investigación) en cualquier nivel de la investigacion, es decir, en la averiguación de hechos, explicación causal, y construcción de conceptos sintéticos; por otro lado, se inclina a rechazar la utilidad de la empatía en el proceso de explicación y síntesis, o sea, en el proceso de sustentación y comprobación de las hipótesis.

Esto significa que la comprensión de las acciones humanas —ya que son ellas las únicas implicadas en el problema de la comprensión— supone su explicación, en la cual admitimos la empatía como factor heurístico. Junto a la comprensión considerada como explicación, podemos interpretar la comprensión en la investigación histórica como una especie de justificación de las acciones humanas, relacionándolas con el sistema de valores obligatorio en un grupo social concreto o una cultura dada.

3. *Tipos de explicación causal en la investigación histórica*

Hemos llegado así a la conclusión de que, en la investigación histórica, el proceso de la comprensión se puede identificar con el de la explicación. Sin embargo, su extensión es, en cierto modo, más limitada, ya que el término sólo se refiere a las acciones humanas o, de un modo más preciso, al comportamiento humano destinado a fin. Pero ¿no prestaron atención los historiadores intuicionistas (para quienes no existía el problema de la explicación de consecuencias impensadas de acciones emprendidas por mucha gente) a un problema esencial, el de la naturaleza específica de la explicación de la acciones humanas destinadas a un fin, aunque, evidentemente, no usaban una terminología de este tipo? Tenemos que responder afirmativamente a esta pregunta y, por consiguiente, distinguir entre:

1) La explicación de las acciones humanas destinadas a un fin que supone acciones racionales;
2) La explicación de las consecuencias impensadas de acciones emprendidas por mucha gente, es decir, de los procesos.

Junto a la clasificación anterior, podemos señalar otras clasificaciones de la explicación causal, basadas en criterios distintos. Distinguiremos entonces:

1) Explicación con referencia a las disposiciones;
2) Explicación estrictamente causal.

En el primer caso, nos referimos a una indicación de la disposición del sistema, cuyos cambios examinamos, para experimentarlos; aquí no nos referimos a ningún factor externo al sistema en cuestión. En esta interpretación, la causa es, como si dijéramos, inherente al sistema. En el caso de una explicación estrictamente causal, señalamos factores externos al sistema. Algunos autores no hacen distinciones entre la explicación de las acciones humanas destinadas a un fin y la explicación por referencia a las disposiciones.

sistema concreto); 2) comprensión reductiva (reducción de una serie determinada de soluciones a las soluciones básicas); 3) comprensión en cuanto a la información (comprensión del código del informador, es decir, el lenguaje de una fuente concreta); 4) comprensión causal; 5) comprensión genética (comprensión de la secuencia de sucesos).

[6] La necesidad de dichas investigaciones fue subrayada por W. Kula en su *Rozwazania o historii*, ed. cit., págs. 91 y ss.

[7] C. G. Hempel, «The Function of General Laws in History», en *Theories of History*, ed. cit., págs. 352-353.

[8] W. Dray, *Laws and Explanation in History*, cap. V: «The rationale of Action», ed. cit., págs. 118 y ss., 137-142.

[9] S. Ossowski, *op. cit.*, págs. 232-251, en particular, págs. 236-237.

[10] *Ibidem.*

La siguiente clasificación de la explicación causal en la investigación causal es la que se refiere a la naturaleza lógica de la fundamentación. Como suponemos que el modelo deductivo, construido por C. G. Hempel, es un modelo ideal *sui generis* de la explicación causal en la investigación histórica, intentaremos averiguar hasta qué punto se acercan a ese modelo los diversos tipos de explicaciones que hallamos en los estudios históricos. Distinguiremos, por tanto:

1) Explicación con referencia a las leyes que dictan la condición suficiente o necesaria (o ambas);
2) Explicación que dicta una de las condiciones suficientes alternativas (una condición que, en determinadas circunstancias, es necesaria);
3) Explicación con referencia a las condiciones favorables.

Esta clasificación vale también para las enumeradas anteriormente (y, por tanto, también las explicaciones de las acciones humanas destinadas a un fin y las explicaciones con referencia a las disposiciones). Desde otro punto de vista, nos podemos referir, por un lado, a las leyes sin excepción, y, por otro, a las de naturaleza estadística (es decir, las que indican un grado de probabilidad), como base de las explicaciones causales en la investigación histórica.

Otra clasificación de las leyes es la que las divide en más y menos abstractas; la primera categoría se aplica a los tipos ideales (como el capitalismo o el feudalismo), en los que el historiador sólo toma los rasgos esenciales de los conceptos en cuestión, construidos sobre la base de aceptación de una serie de presupuestos idealizadores.

Otra clasificación presta atención a la explicación por indicación de las causas directas e indirectas: se relaciona con la clasificación en explicaciones mono-causales y multi-causales (esta última es típica de la investigación histórica).

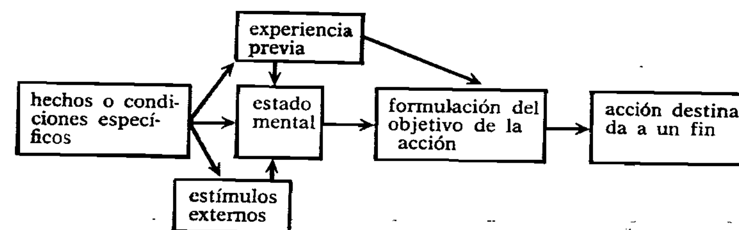
A continuación trataremos la explicación de las acciones humanas destinadas a un fin y la explicación por referencia a las disposiciones. No vamos a diferenciar como temas aparte la explicación de las consecuencias impensadas de acciones emprendidas por muchas personas ni la explicación estrictamente causal, ya que se mencionarán en los capítulos sobre la explicación desde el punto de vista de su sustentación lógica.

4. *Explicación de las acciones humanas destinadas a un fin (interpretación humanista)*

Nos interesan aquí las acciones humanas que tienen un objetivo, llamadas también racionales. Este tipo de explicación, que los intuicionistas querían obtener por actos específicos de empatía, se puede describir en términos de la reconstrucción de la actividad racional del hombre. La empatía intuitiva se puede explicar totalmente con conceptos metodológicos que no dan lugar a objeciones sobre su naturaleza científica. Para ello, podemos recurrir a los conceptos generales usados en la teoría del juego, a lo que se denomina la lógica de la situación, que se relaciona con los problemas de la explicación histórica, y a los logros de la teoría de la conducta. Este acercamiento abarca las acciones destinadas a un fin, emprendidas tanto por los individuos como por los grupos sociales, pero, como hemos dicho, no sirve para la explicación de las consecuencias de las acciones empren-

didas por muchas personas[11]. Esto se debe a que estas personas no pretendían tales consecuencias, y, por tanto, no se pueden explicar por medio de los conceptos usados en la teoría del juego y de la decisión. Los procesos históricos que son resultado de tales acciones se parecen a los procesos que tienen lugar en la Naturaleza. Respecto a ellos, igual que respecto a la mayoría de las consecuencias de acciones emprendidas por grandes grupos de personas, no necesitamos suponer un comportamiento racional. Esto no quiere decir, por supuesto, que en el futuro el hombre no será capaz de guiar acciones de masas emprendidas por los seres humanos en mayor medida de lo que es capaz actualmente, y conseguir los objetivos pretendidos. Sin embargo, es dudoso que tales predicciones pudieran abarcar un futuro remoto.

En cuanto a la explicación de las acciones humanas, al margen de que nos refiramos a acciones emprendidas por individuos o por grupos, la tarea del historiador es bastante más difícil que en el caso de la explicación de las consecuencias impensadas de acciones emprendidas por grandes grupos de seres humanos, ya que, en el primer caso, tiene que reconstruir también las actitudes mentales del (de los) agente(s). Esto significa que, además de reconstruir la serie de factores externos que, en un caso determinado, influyen en el comportamiento humano, tiene que reconstruir también los procesos internos de los seres humanos. Ya que es evidente que sólo la integración de los estímulos externos con los internos, es decir, la infiltración de los estímulos externos en sistemas mentales humanos concretos da lugar a un determinado comportamiento humano, en este caso, una acción orientada hacia un objetivo dado.



El esquema anterior puede ser una muestra del condicionamiento del comportamiento humano.

Este esquema muestra cómo una situación específica, al producir ciertos estímulos para las acciones adecuadas (por ejemplo, la opresión social como un estímulo para la resistencia contra ella) y al confrontarse con la experiencia previa de un individuo o una serie de individuos, causa —para un estado mental o una actitud concretos— la formulación de un objetivo de la acción, y, por consiguiente, esa acción (por ejemplo, el abandono de la resistencia, porque la experiencia nos habla de crueles represiones).

Al explicar las acciones humanas, los historiadores no siempre han estado igualmente interesados por la cadena de relaciones mostrada ante-

[11] El problema ha sido exhaustivamente tratado por J. Kmita en su *Problemy metodologiczne interpretacji humanistycznej*, que muestra con detalle en qué consisten las explicaciones de las acciones humanas destinadas a un fin; para ello, utiliza el concepto de interpretación humanista, que se refiere al objetivo del agente, su cuerpo de conocimientos, y las normas por las que se rige.

riormente. Durante largo tiempo, se limitaron a explicar las acciones emprendidas por los individuos (y, generalmente, sólo los individuos destacados), teniendo en cuenta su vida interna (normalmente reconstruida por medio de la introspección), es decir, el proceso interno de los estímulos externos, a la luz de la experiencia anterior, proceso que, en última instancia, daría lugar a una determinada clase de comportamiento.

El progreso en la explicación de las acciones humanas en el pasado consistió en un tratamiento más equilibrado de la función explicativa de la experiencia previa y de los estímulos externos, y también en el examen del sustrato de dichos estímulos. Esto suponía una explicación de las acciones humanas relacionándolas con un sistema adecuadamente considerado, dentro del cual tenía lugar esa acción.

En la literatura histórica y metodológica de la materia encontramos numerosas referencias al hecho de que explicar las acciones humanas consiste en descubrir los motivos de esas acciones (aquí, los motivos se pueden interpretar como objetivos)[12]. La llamaremos la estructura motivacional de una acción destinada a un fin. El concepto de motivación puede interpretarse de modo que implique un análisis del sustrato de los estímulos externos que ayude a configurar los objetivos de las acciones humanas.

Si, para limpiar la investigación histórica de un acercamiento ingenuamente psicológico, limitamos el papel de la introspección a sugerir ciertas hipótesis que puedan ayudar a reconstruir dichas motivaciones (objetivos), nos encontramos con el problema de cómo va a relacionar un historiador las acciones humanas con sus estructuras motivacionales subyacentes. En algunos casos, tiene a su disposición, como es sabido, los informes del individuo que le interesa, sobre los motivos que han guiado a ese individuo en sus acciones. Sin embargo, tales afirmaciones deben ser consideradas por el historiador con un cuidado extremo, teniendo en cuenta que la gente, muchas veces, no se da cuenta de los motivos de sus propias acciones[13]; por tanto, estas afirmaciones deben considerarse como un determinado tipo de conducta que todavía hay que explicar.

El esquema más general de la interpretación de las acciones humanas como un juego *sui generis* destinado a conseguir un objetivo concreto, es decir, resultados útiles para el agente, lo proporciona la teoría del juego

[12] Sobre la motivación en la psicología social, ver *Assessment of Human Motives*, G. Lindey (ed.), Grove Press, 1960. E. Nagel *(The Structure of Science*, páginas 551 y ss.) dice que, para explicar el comportamiento humano, tenemos que encontrar las razones por las que un individuo concreto se comportó de un modo particular en circunstancias específicas, y trata las clases de esas razones.

[13] A. Malewski *(O zastosowaniach teorii zachowania* [Sobre las aplicaciones de la teoría de la conducta], Varsovia, 1964, págs. 175-176), da un ejemplo interesante. «Cuando un historiador quiere valorar los datos contenidos en las memorias, debe tener en cuenta si las memorias estaban destinadas a publicarse, y en ese caso, si debían ser publicadas en vida de su autor o sólo después de su muerte. Estas consideraciones se basaban en el supuesto de que las memorias destinadas a la publicación pueden caracterizarse por más omisiones deliberadas y más tergiversaciones que las que encontraríamos en las memorias escritas por un autor para sí mismo. Este supuesto puede fundarse teóricamente en términos de la teoría de la conducta. En el caso de las memorias destinadas al público, las omisiones o distorsiones por parte del autor de lo que podría desacreditarle le permiten evitar la pena que consiste en su propia desaprobación de su conducta y la pena que consiste en la desaprobación de su conducta por parte de otros. En el caso de las memorias secretas, este comportamiento le permite, sobre todo, evitar su propia desaprobación.»

y la decisión. Esta teoría puede decir al historiador cuáles son los principios de los diversos tipos de juegos y cómo se toman las decisiones, con certeza e incertidumbre (conocimiento incompleto) por parte de los individuos y los grupos, etcétera. Los presupuestos básicos del juego y la toma de decisiones los formulan R. D. Luce y H. Raiffa, como tres postulados que hay que mencionar:

1) Cada jugador tiene un modelo de preferencias, en la serie de resultados, que satisface los axiomas de la teoría de la utilidad;
2) Cada jugador conoce plenamente las reglas del juego y las funciones de utilidad de cada uno de los jugadores;
3) Un jugador intentará aumentar al máximo la utilidad esperada[14].

En otras palabras, al actuar orientada hacia un objetivo, una persona intenta conseguir al máximo sus objetivos esperados, y su éxito depende de su conocimiento de las reglas del juego y de los objetivos de los otros jugadores; es evidente que los hechos o las situaciones se pueden interpretar como uno de los jugadores. No hace falta subrayar que la gente se decide a participar en el juego (es decir, a actuar, o sea, a comportarse de una manera específica) por sus objetivos, que reflejan sus escalas de valores respectivas.

La teoría del juego, que se da en una interpretación matemática, se podría considerar como una formalización del concepto de lógica de la situación[15], que se acerca más a lo que hace un historiador en su práctica investigadora. Los términos fundamentales de esa lógica son:

1) Una persona;
2) Su ambiente;
3) Una serie de elecciones alternativas de medios;
4) Una serie de resultados posibles;
5) Preferencias por resultados específicos;
6) El conocimiento de las relaciones (probabilísticas o deterministas) entre los medios y los resultados.

Por tanto, para explicar una acción humana destinada a un fin, es decir, para responder a la pregunta de por qué actuó de tal forma una persona concreta, tenemos que conocer todos los elementos antes enumerados. Cuanto mejor los conozcamos, más satisfactoria será nuestra explicación. Por consiguiente, no necesitamos recurrir a la empatía, aunque la empatía, en muchos casos, puede parecer más fácil que la auténtica investigación. Los seis elementos enumerados anteriormente se pueden traducir al lenguaje de la investigación histórica de este modo: para explicar las acciones humanas destinadas a un fin debemos conocer:

[14] R. D. Luce y H. Raiffa, *Games and Decisions*, ed. cit., págs. 47-51.

[15] Las explicaciones en términos de la lógica de la situación han sido muy usadas por P. Gardiner *(The Nature of Historical Explanation*, Londres, 1952), que distingue la explicación de acuerdo con el modelo de Hempel (en términos de efectos causales) y la explicación racional (en términos de la lógica de la situación). La distinción merece atención, aunque el presente autor no está de acuerdo con Gardiner cuando este último opone un tipo de explicación al otro y dice que en las explicaciones en términos de la lógica de la situación nos las arreglamos sin hacer referencia a las leyes.

1) Las características mentales del (de los) agente(s);
2) Las condiciones en las que él (ellos) actuó (actuaron) (certeza, riesgo, incertidumbre);
3) Los medios que tuvo (tuvieron) a su disposición;
4) El objetivo que pretendía(n) (junto con la escala de valores del (de los) agente[s]);
5) El conocimiento que tenía(n) a su disposición (especialmente sobre 2 y 3).

El agente, que quiere conseguir un objetivo determinado (en condiciones específicas, usando los medios de los que dispone y apoyándose en su conocimiento de las condiciones existentes y la eficacia de los medios) emprende acciones destinadas a hacerle conseguir ese objetivo. Deberíamos poder, por tanto, reconstruir ese objetivo, los medios usados y el cuerpo de conocimientos del agente.

Supongamos que preguntamos por qué mandó un comandante a su ejército que se retirara del campo de batalla, y que nos inclinamos a censurarle por ello. Para llegar a una explicación, debemos reconstruir, en primer lugar, el objetivo que debía conseguir como resultado de su acción. Su objetivo podía no ser ganar la batalla, sino reservar a sus tropas para poder derrotar espectacularmente a su enemigo en otras condiciones. Luego tenemos que analizar las condiciones en las que el comandante tuvo que actual. Entre ellas pueden incluirse el terreno, las provisiones, la fuerza relativa de las tropas, el objetivo final de la guerra, su dependencia de otros, etcétera. También es importante conocer los medios que el comandante tenía a su disposición para conseguir su objetivo. Podrían existir opciones alternativas (por ejemplo, un armisticio). Finalmente, es muy importante averiguar cuál era el conocimiento. ¿Conocía la supuesta eficacia de sus medios? ¿Conocía todos los medios que podría haber usado? ¿Estaba informado de las condiciones en las que tenía que actuar? Por ejemplo, podía haber decidido la retirada porque no sabía que estaban llegando refuerzos inesperados.

El historiador, a menudo, tiene unas posibilidades muy reducidas de adquirir suficiente información sobre todos los elementos de la lógica de la situación. Este conocimiento completo se puede considerar como un estado ideal determinado (idealización) por el que lucha en el curso de su proceso explicativo.

Adviértase que la explicación por medio de una reconstrucción de los elementos de la lógica de la situación está formada por dos partes:

1) Indicación del objetivo (motivo) de la acción;
2) Valoración de si la acción fue racional desde el punto de vista de ese objetivo.

Si preguntamos: «¿Por qué ordenó el comandante *X* a su ejército que se retirara?», podemos contestar: «Porque quería reservar a sus tropas para un ataque posterior y más importante» y aceptar esta explicación como suficiente. Pero podemos ir más allá e intentar averiguar si la retirada era razonable. Esa razonabilidad puede valorarse, a su vez, desde el punto de vista del conocimiento (incompleto y quizás erróneo) del comandante, o desde el punto de vista de nuestro conocimiento (el del investigador)

de las condiciones en las que tuvo que actuar, los medios que tenía a su disposición, y la eficacia de esos medios.

Algunos estudiosos (P. Gardiner, W. Dray, y otros) sostienen que, al explicar el pasado con referencia a la lógica de la situación, el historiador no se refiere a las leyes. Otros (Hempel y sus seguidores, E. Nagel) aseguran que no es posible explicar las acciones de los individuos sin considerar afirmaciones generales de varios tipos. La postura de este autor es que es indispensable referirse a las leyes, que son siempre afirmaciones sobre una acción racional (es decir, sobre la ejecución de actos específicos en condiciones concretas).

Consideremos dos situaciones: 1) cuando el objetivo de la acción está indicado en una fuente fiable; 2) cuando tenemos que reconstruir ese objetivo nosotros. En el primer caso, si seguimos las fuentes y afirmamos que la retirada estuvo motivada por la intención de reservar las tropas, nos referimos tácitamente a una afirmación general del tipo: muchas veces, es mejor reservar las tropas que ganar en una victoria pírrica. Un análisis de los diversos elementos de la lógica de la situación confirmaría nuestra creencia de que ése fue el caso en la batalla en cuestión. El comandante debe haber sabido que no podía reservar las tropas sin parar las operaciones. Como quería reservar las tropas, actuó consecuentemente.

Si reconstruimos el objetivo de la acción (motivo), podemos necesitar, incluso más, una referencia a una afirmación general adecuada. Así, a partir del hecho de que el comandante mandó que su tropa se retirara, a pesar de que tenía alguna oportunidad de ganar la batalla, hacemos deducciones sobre los motivos de su decisión y buscamos la confirmación en una reconstrucción de los elementos de la lógica de la situación. La deducción sigue este modelo:

Premisas:
1) Cuando un comandante quiere reservar sus tropas suele ordenar que el ejército se retire, deteniendo así las operaciones.
2) El comandante *X* ordenó a su ejército que detuviera las operaciones.

Conclusión:
3) *X*, probablemente, quería reservar sus tropas.

Este es un caso de reducción debilitada con una premisa, la 1) que es una afirmación general. La afirmación 1) se puede deducir de una afirmación todavía más general del tipo: las tropas sólo se reservan si existen las condiciones para que los soldados no pierdan sus vidas.

No analizaremos aquí la reconstrucción de todos los elementos de la lógica de la situación con mayor detalle. Sobre la mayoría de ellos nos referimos a una afirmación general. Por ejemplo, si queremos enumerar los medios que tiene a su disposición una persona concreta, debemos referirnos, en cada caso, a nuestro conocimiento de que un objeto o situación concretos, etcétera, se puede considerar como un medio, en una acción concreta.

La teoría de la conducta (que surge de los estudios precursores de I. Pavlov y E. L. Thorndike) puede ser, para un historiador, una gran reserva de afirmaciones generales sobre los mecanismos de la conducta instrumental (los mecanismos de las respuestas a los estímulos según las

consecuencias de tales respuestas) y sobre las regularidades del condicionamiento clásico (las respuestas, no sólo a los estímulos, sino también a las señales). Nos permite subsumir acciones humanas específicas en ciertas leyes que han sido comprobadas empíricamente en grado suficiente, y evitar la referencia a varias generalizaciones corrientes que sólo se comprueban en la propia experiencia interna [16]. Adviértase además que la teoría de la conducta explica cómo se forman tanto los modelos de conducta normales como los neuróticos [17].

Podemos usar, por tanto, la teoría de la conducta para reconstruir las actitudes mentales de personas que actúan en circunstancias específicas, con la condición evidente de reconstruir tales circunstancias adecuadamente y acumular la mayor cantidad de datos posible sobre las experiencias previas de las personas cuya conducta investigamos. En otras palabras, éste es un método para descubrir las motivaciones de las acciones humanas. En nuestro esquema, las motivaciones significan los estímulos que inducen a la gente a actuar (o a abstenerse de actuar). Es evidente que la teoría de la conducta sólo nos ofrece esquemas de explicación sumamente abstractos: afirma que ciertos tipos de estímulos provocan ciertos tipos de conducta, según que una persona concreta (apoyándose en su experiencia) sepa que una clase de comportamiento determinada produce algo bueno para él (es decir, una recompensa o la evitación o reducción de un castigo, para usar la terminología de la teoría de la conducta). La tarea del historiador es describir esos estímulos y ese sistema de recompensas y castigos, cada vez, en términos concretos, para mostrar cómo se convierte un estímulo, proveniente de una situación externa a la persona, en su acción, por medio de su respuesta (actitud) mental. La teoría del materialismo histórico señala que, respecto a las acciones emprendidas por las clases sociales, el interés de clase es el principal estímulo (motivación) [18]. El concepto de interés de clase, que tiene una naturaleza muy general, debe recibir siempre su sentido adecuado, ya que, como correctamente nos advierte W. Kula, puede llevar fácilmente a grandes deformaciones de los análisis históricos. Cuando se usa como construcción teórica explicativa, su uso debe ir acompañado —en opinión de este autor— por el conocimiento que el historiador tenga de las recompensas y los castigos que siguen a determinadas acciones. Así, tal acción está de acuerdo con los intereses de una clase determinada si es posible que acarree muchas recompensas y pocos castigos para la clase como un todo (es decir, para la mayoría de sus miembros). La valoración de dichas recompensas y dichos castigos debe provenir de la experiencia anterior de una clase concreta, y no del punto de vista de los objetivos que el historiador quiera atribuir a esa clase *ex post facto*.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que la teoría de las recompensas y los castigos, que se basa en la psicología conductista, no tiene en consideración las acciones orientadas hacia un objetivo a largo plazo.

5. *Explicación por referencia a las disposiciones*

La discusión sobre la naturaleza de las explicaciones causales, iniciada principalmente por C. G. Hempel (cfr. capítulo VIII) y que ha durado casi treinta años, ha quedado desfigurada por la confusión del problema de reconstruir el modelo de explicación en la investigación histórica con la práctica real de los historiadores, que, muchas veces, se desvían de la situación modélica. Muchos autores que rechazaban el modelo de Hempel, por no ser típico de la investigación histórica, intentaron oponerle otros métodos de explicación causal, que, según ellos, sí eran típicos. Así, entre los modelos considerados como típicos de la explicación en la investigación histórica, comenzaron a incluirse la explicación por referencia a las disposiciones (limitada a la explicación de una acción emprendida por individuos) y la explicación genética (limitada a la explicación de sucesos aislados).

Un análisis más exhaustivo de la discusión nos permite acercar entre sí las diversas posturas, aunque sólo sea considerando separadamente los análisis del modelo y los procedimientos estrictamente empíricos, e incluso refiriéndonos a las afirmaciones hechas por los propios historiadores, cosa que hasta el momento no se ha hecho, y refiriéndonos también a los hechos que describen.

Los hechos muestran que tanto el modelo basado en la referencia a las disposiciones, que no se puede considerar como una cuasi-explicación, como el modelo que señala una relación incondicional o estadística entre *A* y *B*, es decir, causa y efecto, son igualmente válidos.

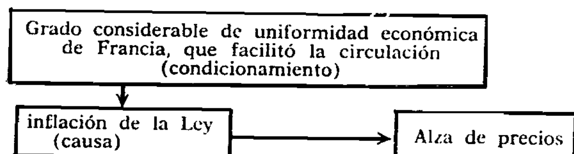
Si observamos los cambios que tienen lugar en un sistema, nos puede interesar principalmente un sistema en el cual las interacciones constantes entre sus elementos hagan pasar al sistema continuamente de un estado a otro. Al hacer esto, permanecemos, como si dijéramos, dentro del sistema, que puede ser un país (por ejemplo, Polonia) y un individuo. Al investigar dicho sistema llegamos a la conclusión de que tiene sus disposiciones específicas, y por tanto, en otras palabras, es susceptible de un cierto tipo de cambios o comportamiento. Explicamos así los cambios en el sistema por sus disposiciones específicas, o sea, por su estructura. Los historiadores, a menudo, actúan de este modo, no sólo, como se suele creer, respecto a las disposiciones mentales (estructura mental) de los individuos, sino también respecto a muchos otros sistemas (aunque, obviamente, no todos). En este tipo de explicación sería difícil recurrir a la fórmula de que un hecho *A* causa un hecho *B*, porque la aparición de *B* se considera aquí como una transformación de un estado anterior de ese *B*. Se puede ver fácilmente que esta explicación se adapta perfectamente al estudio de los sistemas que cambian de manera continuada. Más adelante daremos ejemplos.

Al investigar un sistema podemos, por el contrario, no estar interesados por su estructura interna, sino por la influencia de factores externos a ese sistema o de elementos de otros sistemas, es decir, nos interesa establecer relaciones entre los hechos. En otras palabras, en este caso nos ocupamos de señalar las relaciones entre diferentes sistemas o entre elementos de diferentes sistemas. Para mostrar la diferencia entre la explicación por referencia a las disposiciones y la explicación estrictamente causal, veamos los siguientes ejemplos. A la pregunta de por qué fue destruido por el fuego cierto pueblo, podemos contestar que porque estaba hecho de edificios de madera, o porque un pirómano había comenzado el incendio. Del mismo modo, al contestar a la pregunta de por qué oprimió Iván el Terrible a los boyardos, podemos contestar que lo hacía porque era cruel, o porque su terror iba a traer un fenómeno diferente, el reforzamiento de su estado.

[16] Cfr. A. Malewski, *O zastosowaniach teorii zachowania*, ed. cit.
[17] *Ibidem*, págs. 14-15.
[18] El problema es analizado en detalle por W. Kula en su *Rozwazania o historii*, ed. cit., págs. 74 y ss.

Ejemplos parecidos nos los dan las discusiones sobre las causas de las particiones de Polonia, donde las partes en disputa señalan causas internas (interpretadas de diversos modos), por un lado, o factores externos, por otro.

El análisis de la estructura del proceso histórico muestra que podemos preguntar las causas de ciertos sucesos (o cambios continuos), es decir, estados y procesos (cfr. capítulo XI) teniendo en cuenta diferentes problemas. Nos puede interesar la estructura de un sistema (interpretando esa estructura, según el caso, como mental, económica, etcétera) con la intención de señalar su susceptibilidad (o no susceptibilidad) a ciertos cambios, o nos pueden interesar aquellos hechos (dentro o fuera del sistema) que, según ciertas regularidades generales, hacen que las disposiciones de ese sistema hacia ciertos cambios hagan efectivos dichos cambios. En otras palabras, si nos referimos a la distinción hecha en el capítulo XII en relación con el estudio de la estructura del proceso histórico, nos pueden interesar los condicionamientos de un nexo causal o las verdaderas causas (directas o indirectas) de un hecho conocido (o sus características) considerado como el efecto. Adviértase, en este sentido, el ejemplo dado por M. Bloch sobre el alza de precios en Francia en tiempos de la Ley, en el que Bloch distinguía entre causas y condiciones:



Señalar el 1), el condicionamiento, significa una explicación por referencia a las disposiciones; señalar el 2), las causas, es una explicación estrictamente causal.

Hay que advertir también que, al proponer explicaciones por referencia a las disposiciones, nos puede interesar la estructura del sistema sobre el que se supone que ha actuado una causa concreta. En otras palabras, preguntamos si un sistema determinado, con probabilidad, desarrolló ciertos cambios dentro de sí mismo, o si, con probabilidad, desarrolló ciertos cambios en otro sistema. Por ejemplo, si hablamos de la agresividad de los vecinos de Polonia como causa de las particiones de Polonia, esto quiere decir lo mismo que si habláramos de la debilidad de Polonia. En ambos casos explicamos los hechos por referencia a las disposiciones, señalando las condiciones, y no proponemos ninguna explicación estrictamente causal, que señale las causas.

Aunque el análisis de la estructura de los hechos da validez a la explicación por referencia a las disposiciones, ya que indica su papel específico en nuestra adquisición de un conocimiento de los hechos, sin embargo, como puede verse por los ejemplos anteriormente aducidos, sólo forma parte del procedimiento de explicación, una parte que, respecto a la búsqueda de las causas en el sentido estricto del término, puede ser útil, o incluso, en algunos casos, indispensable. Los historiadores, muchas veces, se limitan en sus explicaciones a las referencias a las disposiciones, especialmente cuando las indican como causas del comportamiento de los individuos. En el modelo psicológico de explicación, que predominó en la investigación histórica durante mucho tiempo y que todavía tiene algunos

seguidores entre los historiadores que se guían por el «sentido común» más que por el conocimiento científico, las referencias a las disposiciones, y, por tanto, la indicación de características como la ambición, la exigencia, la bondad, la perversión, etcétera, bastaba para explicar el comportamiento de un individuo concreto. Sin embargo, hay que subrayar que, en una explicación plena de las acciones de un individuo, sus disposiciones mentales (formadas según su experiencia anterior) deben ser tenidas en cuenta, a pesar de que la indicación de las disposiciones no significa un descubrimiento de las causas[19].

En la literatura metodológica la explicación por referencia a las disposiciones (llamada racional por W. Dray) se considera como un tipo no causal, aparte, de explicación histórica, que se basa en el supuesto de que los estados mentales de los individuos no se interpretan como hechos o procesos, como causas, por tanto (P. Gardiner, G. Ryle), o como una variedad de explicación causal que no sigue el modelo clásico de Hempel (es decir, la referencia a las leyes, cfr. W. Dray)[20], o como una variedad que se puede reducir a ese modelo (C. G. Hempel, W. H. Walsh).

La postura de este autor es la siguiente: las explicaciones por referencia a las disposiciones se consideran como un tipo especial de explicaciones, que no es característico de la investigación histórica solamente, y que entra dentro del procedimiento de explicación causal; es una parte, y no una variedad, de este último. Este autor sostiene que la opinión de que la explicación por referencia a las disposiciones se puede reducir al modelo general de explicación, corresponde más bien a lo que se hace realmente en la investigación histórica, lo cual no significa que la explicación por referencia a las disposiciones sea satisfactoria. En vista de lo anterior se asegura que, en las explicaciones por referencia a las disposiciones, nos referimos también a ciertas leyes que afirman que determinadas disposiciones (no sólo las mentales, ya que no nos ocupamos sólo de las acciones humanas), en circunstancias específicas, producen (siempre o normalmente) ciertos estados en clases de objetos concretas (no sólo en los seres humanos).

W. Dray, al analizar el ejemplo de Ryle sobre el cristal roto, dice que la afirmación:

1) «El cristal se rompió cuando lo golpeó la piedra» se puede reducir al modelo de Hempel «porque siempre que una piedra golpea un cristal, éste se rompe»;

Pero la afirmación:

2) «El cristal se rompió cuando lo golpeó la piedra porque es frágil» no se puede interpretar del mismo modo, porque la explicación por referencia al hecho de que el cristal sea frágil no significa nin-

[19] Este autor, sin embargo, no comparte la opinión de G. Ryle, que asegura (en *The Concept of Mind*, ed. cit., pág. 113) que los estados mentales (motivos) no se pueden considerar como hechos o procesos, ni por tanto como causas de otros hechos determinados. En este sentido, ver W. Dray, *Laws and Explanation in History*, ed. cit., págs. 141-145 y *passim*. Ryle fue criticado, entre otros, por W. W. Bartley en su «Achilles, the Tortoise and Explanation in Science and History», *The British Journal for the Philosophy of Science*, vol. XIII, número 49, 1962, pág. 22.

[20] Afirma que las disposiciones son condiciones necesarias de las acciones humanas (cfr. *Laws and Explanation in History*, págs. 151-152). Sobre las condiciones necesarias, ver las secciones posteriores en este capítulo.

guna referencia a una ley. Dray añade, sin embargo, que nos encontramos aquí con una referencia a una generalización explicativa que es como una ley[21].

En opinión de este autor no hay una diferencia esencial entre la referencia a las leyes en el primer caso y en el segundo: en la explicación por referencia a la fragilidad del cristal suponemos tácitamente que «los objetos frágiles se rompen cuando los golpea una piedra». La operación consiste en incluir el cristal dentro de la clase de los objetos frágiles (es decir, los objetos que son fácilmente rompibles). Se puede ver fácilmente, sin embargo, que en el caso 2), es decir, en la explicación por referencia a las disposiciones, el golpe de la piedra en el cristal debe ser tenido en cuenta, dentro del razonamiento, como un todo. Si dijéramos sólo que el cristal se rompió porque era frágil, tendríamos que clasificar esa afirmación como inaceptable, incompleta, y con poco que ver con la explicación. Esto muestra claramente que la explicación por referencia a las disposiciones, aunque sigue el modelo general de Hempel, que refleja las regularidades dominantes en el mundo, no abarca el nexo fundamental entre causa y efecto.

Dray, que, en general, acepta que la explicación por referencia a las disposiciones se puede comparar con el modelo de Hempel, no extiende su afirmación, sin embargo, hasta el punto de abarcar los procedimientos usados por los historiadores que, después de todo, se ocupan de las disposiciones humanas. Dice que, si un historiador explica el comportamiento de una persona en el pasado por su ambición (porque era ambicioso), está prestando atención a una característica posible de un individuo, mientras que la fragilidad es una propiedad general del cristal. Su crítica no viene al caso, porque podemos averiguar, como hacen también los psicólogos, qué respuestas están relacionadas normalmente con determinadas disposiciones de los seres humanos. Es cierto que no todos los hombres son ambiciosos, pero la relación entre la ambición y ciertos tipos de conducta, como han averiguado los psicólogos, es de naturaleza general. Después de todo, no todos los cristales son frágiles, ya que existen muchas clases de cristal reforzado. En cuanto a la ambición como disposición humana, tenemos que establecer, en primer lugar, si una persona concreta fue ambiciosa, si es que queremos sacar conclusiones adecuadas del hecho. Del mismo modo, cuando nos encontramos con un cristal roto, debemos averiguar, primero, si es una clase de cristal fácilmente rompible. Si resulta que el cristal no era de un tipo frágil, y a pesar de todo, fue roto, no podemos decir que su fragilidad fue la causa de que se rompiera. En tal caso, no bastaría, seguramente, que hubiera sido golpeado por una piedra. Por tanto, respecto a los objetos inanimados y a los seres humanos nos encontramos con varias diferencias de grado: puede ser que un ser humano tenga más disposiciones individuales (es decir, disposiciones que no son características de todo ser humano) que un objeto inanimado. Pero podemos decir que, en nuestras explicaciones, nos referimos a la clase de las personas ambiciosas del mismo modo que nos referimos a la clase de los objetos hechos de cristal rompible. Esto no cambia el hecho de que, desde algún otro punto de vista (por ejemplo, la resistencia al calor), los objetos de cristal pueden constituir una sola clase (lo que significaría que todos los

[21] W. Dray, *op. cit.*, pág. 145.

objetos de cristal son resistentes al calor, es decir, sólo hay una clase de cristal por lo que respecta a la resistencia al calor).

En nuestra interpretación, la explicación por referencia a las disposiciones no equivale a su concepto tal como lo encontramos en la literatura de la materia, por ejemplo, en P. Gardiner. En nuestro caso, no se limita a una explicación de los motivos de las acciones humanas, y afirmamos que es una clase dentro de un procedimiento general en el análisis de las causas, que puede incluirse en el modelo de Hempel. Adviértase además que la explicación por referencia a las disposiciones (en el sentido de estados mentales) no agota todos los tipos de explicación de las acciones humanas. Junto a las explicaciones por referencia a los estados mentales (cuyo alcance es muy limitado para el historiador actual, ya que sólo indican una relación, que puede resultar tener muy poco interés), las acciones emprendidas por los individuos se pueden explicar, como se ha mencionado anteriormente, por la reconstrucción de la lógica de la situación, y, en particular, la reconstrucción de los objetivos (humanos). Si decimos que Disraeli atacó a Peel en el Parlamento en 1846 porque (Disraeli) era ambicioso, no agotamos así las posibilidades de explicar la acción de Disraeli. Podemos intentar, como deben hacer los historiadores, reconstruir el objetivo de ese ataque. En esta explicación más completa el factor ambición jugará un papel secundario.

En las explicaciones por referencia a las disposiciones, la inferencia sigue este modelo:

Premisas:
1) La ambición suele hacer que una persona sea agresiva.
2) Disraeli era ambicioso.
Conclusión:
3) La actitud agresiva de Disraeli (y, por tanto, su ataque a Peel) estuvo causada (probablemente) por su ambición.

No nos importa aquí si la ley establecida en 1) se ajusta a los hallazgos de los psicólogos; lo que nos interesa es el esquema de inferencia que, como podemos ver, es de deducción debilitada, que se refiere a una ley de naturaleza estadística.

6. *El procedimiento general de explicación causal. Modelo de Hempel*

Con relación al modelo de Hempel (que hemos tratado más ampliamente en el capítulo VIII), podemos distinguir estas posturas:

1) Aceptamos que su modelo sólo se puede aplicar a la ciencia natural (donde no se analizan las acciones humanas; en la investigación histórica no hay ninguna explicación causal);
2) Aceptamos que hay una unidad fundamental del método de explicación en las diversas ciencias, lo cual implica una posibilidad de interpretar las explicaciones causales en la investigación histórica de acuerdo con el modelo de Hempel;
3) Aceptamos que es posible hablar sobre el modelo de Hempel en relación con la investigación histórica, pero su modelo debe ser modificado (en general, o sólo en el caso de las explicaciones históricas);

4) Aceptamos que los historiadores proponen explicaciones causales, pero que no lo hacen de acuerdo con ningún modelo que se refiera a las leyes (o no lo hacen casi nunca), es decir, no lo hacen según el modelo de Hempel.

La postura 1) sólo la defenderían los intuicionistas, quienes, en cuanto a la explicación de las acciones humanas, son promotores del método de la comprensión por empatía, y no por una reconstrucción de los objetivos. Quienes discutieron sobre el modelo de Hempel se alejaban, en la mayoría de los casos, de ese tipo de metafísica.

La postura 2), defendida, entre otros, por Popper y Hempel, supone que el modelo es una idealización *sui generis* de la práctica real de explicación. Por ejemplo, como dice Hempel, los historiadores no se refieren explícitamente a las leyes, pero las aceptan entimemáticamente. Por eso, las explicaciones en la investigación histórica, aunque pueden interpretarse como procedimientos que siguen el modelo deductivo, deberían denominarse más bien esbozos de explicación. Hempel menciona también los esbozos casi-explicativos, que ni siquiera ofrecen una indicación sobre dónde hay que buscar las leyes implicadas.

La postura 3), representada, entre otros, por M. Scriven, tiene más en cuenta la práctica real. En primer lugar, presta atención a la naturaleza de las leyes a las que se refieren los historiadores (y no sólo los historiadores) en el proceso de explicación. No son (o no sólo son) leyes incondicionales (leyes basadas en una condición suficiente), sino también leyes estadísticas (que llevan a conclusiones que son sólo probables, y no seguras, como en el caso de la deducción). Además, los historiadores se refieren muchas veces a ciertas afirmaciones generales, pero que no tienen la categoría de leyes científicas; son verdades incontestables en forma de afirmaciones sobre las relaciones («frases normativas», según las llama M. Scriven)[22] o «generalizaciones restringidas» (N. Rescher, O. Helmer, y otros), y otros nombres por el estilo. A. Danto supone que los historiadores se refieren a leyes, pero que esas leyes son de naturaleza bastante específica[23]. G. Ryle introdujo la modificación (que también aprueban otros) de que los historiadores no deducen la causa a partir de la conjunción del efecto y las leyes, sino que deducen el efecto apoyándose en ciertas reglas lógicas de acuerdo con las leyes[24]. Su opinión puede criticarse por la oscuridad del concepto de «acuerdo con las leyes». En última instancia, la interpretación de Ryle es, en cualquier caso, digna de incluirse en el esquema de inferencia, es decir, el modelo de Hempel.

La postura 4) se puede interpretar de modo menos o más radical. En el primer caso se hace una distinción entre la explicación causal en

[22] La explicación de K. Popper sobre la primera partición de Polonia puede servir como un buen ejemplo. Escribió que «Si explicamos, por ejemplo, la primera división de Polonia en 1772 señalando que era imposible resistir la potencia combinada de Rusia, Prusia y Austria, entonces estamos usando tácitamente una ley universal trivial, como «Si, de dos ejércitos que están igualmente bien armados y dirigidos, uno tiene una tremenda superioridad en hombres, el otro nunca gana». *(The Open Society and Its Enemies*, Princeton, 1950, págs. 448 y ss.)

[23] A. Danto, *Analytical Philosophy of History*, ed. cit., pág. 254. Su ley tiene la forma

$$(x)\ ([Fx_{t_1} \wedge Gx_{t_2}] =\rangle\ Hx),$$

que muestra que el elemento tiempo se tiene aquí en cuenta.

[24] G. Ryle, «If, So, and Because», *Philosophical Analysis*, Ithaca, 1950.

la historia, basada en las referencias a las leyes, y la explicación sin referencia a las leyes. Esta opinión es mantenida, como sabemos, por P. Gardiner, que distingue entre explicación por la lógica de la situación y explicación causal. La postura radical niega cualquier relación entre el procedimiento de explicación en la historia y las leyes, de modo que un historiador trabaja completamente sin leyes[25].

Este autor rechaza las dos posturas extremas, es decir, 1), ya que no se puede poner de acuerdo con una interpretación científica de la explicación, y la versión extrema de 4), que difiere de lo que hacen realmente los historiadores. Acepto por tanto el esquema de Hempel como modelo de explicación en la investigación histórica. Hay que admitir que, en la práctica, nos encontramos más bien con esbozos de explicación, con referencias latentes a las leyes, aunque también se pueden encontrar casos de explicación clásica. Hay que hacer dos observaciones sobre la naturaleza de las leyes a las que se refieren los historiadores (explícita o entimemáticamente). En primer lugar, si consideramos la cuestión desde el punto de vista de la metodología normativa, podríamos expresar el deseo de que, a medida que el conocimiento no basado en fuentes de un historiador amplía sus explicaciones, se refiera a afirmaciones generales a las que se pueda otorgar la categoría de auténticas leyes científicas. Si interpretamos de este modo el problema, podemos aceptar el modelo de Hempel como algo que corresponde plenamente a la estructura de la investigación histórica. En segundo lugar, se deduce de la práctica real de la explicación en la investigación histórica que las leyes auténticamente científicas no suelen subyacer en las explicaciones históricas. En el caso de una gran parte de las explicaciones no sería necesario, después de todo, referirse a tales leyes auténticamente científicas, ya que podemos extraer fundamentos de un conocimiento corriente.

Por tanto, tenemos que estar de acuerdo con los que señalan el hecho de que los historiadores hacen un uso «descuidado» de las leyes a las que se refieren, lo cual, sin embargo, no describe como tal toda la investigación histórica, sino que, como mucho, arroja luz sobre su estado actual, por lo que respecta a algunas tareas de investigación.

Nuestras observaciones, basadas en análisis de estudios hechos por historiadores polacos y extranjeros, nos hacen llegar a la conclusión de que, al recurrir a las explicaciones causales, los historiadores, en la mayoría de los casos (aunque no lo hagan explícitamente) se refieren a:

1) Relaciones que son condiciones suficientes;
2) Relaciones que son condiciones necesarias;
3) Relaciones que son a la vez condiciones suficientes y necesarias;
4) Relaciones que indican un elemento de una condición suficiente (una condición que es necesaria en una situación concreta).

El conocimiento de esas relaciones puede adoptar la forma de leyes científicas; de afirmaciones que sólo cumplen formalmente las exigencias planteadas a las leyes, pero que no se infieren de los resultados de la investigación (afirmaciones que aspiran a ser leyes, afirmaciones parecidas a leyes); y de afirmaciones generales con naturaleza de frases normativas (M. Scriven). Es tarea de la metodología confirmar esa variedad de formas.

[25] Cfr. W. Dray, *Laws and Explanation in History*, ed. cit., pág. 57.

Antes de proceder a hacerlo, este autor querría ampliar el modelo deductivo de Hempel en un punto. Es importante para los historiadores que ese modelo abarque también las referencias a las leyes estadísticas. Ya que, frecuentemente, al explicar alguna cosa, no llegamos a una conclusión segura, sino sólo a una probable. El mismo Hempel (en sus otras obras) distinguía la explicación inductiva del tipo:

Premisas:
Casi todos los F son G,
x es un F.
Conclusión:
Casi con toda seguridad (con gran probabilidad)
x es un G.

Este es el razonamiento (la inferencia) que hemos llamado deducción debilitada [26].

Procedamos ahora a tratar el modelo y sus supuestos.

En general, un historiador tiene muy poca oportunidad de averiguar las relaciones causales reales, pero debemos prevenir a los lectores de que ni siquiera ese método le protege contra la posibilidad de llegar a conclusiones que sólo aparentemente sean ciertas. Para usar una metáfora, una causa no puede ser «cogida *in fraganti*». Ni siquiera en las situaciones más simples y que, aparentemente, pueden observarse por completo, podemos tener la certeza de un nexo causal presumiblemente indudable. Todos recordamos situaciones, descritas en las narraciones de crímenes, en las que resultaba que una persona no había muerto por un golpe en el cráneo (aunque esto fue contemplado por un testigo ocular que estaba dispuesto a jurar que la muerte había sido causada por el golpe), sino que moría de un ataque cardiaco que había precedido en algunos segundos al golpe.

En la mayoría de los casos, nos aprovechamos de esa pequeña oportunidad, y podemos, de todos modos, llegar a resultados interesantes. El procedimiento usado se puede reconstruir en términos muy generales del siguiente modo:

1) Nos referimos a la ley del condicionamiento general como base de la afirmación de que los hechos se rigen por regularidades (confróntese capítulo XI), para llegar a la conclusión de que determinadas regularidades gobiernan la secuencia de los sucesos. Son la razón de que los sucesos del tipo A sean siempre (o normalmente, si se trata de una regularidad estadística) seguidos por sucesos del tipo B.
2) Se deduce, por tanto, que, para explicar causalmente un hecho histórico (simple o complejo), es decir, para enlazar ese hecho con otro, que se interpreta como causa del primero, tenemos que referirnos (tácita o explícitamente) a una regularidad, o una serie de regularidades, que establezcan que los tipos de hechos implicados están condicionados mutuamente. Como, según sabemos, las afirmaciones sobre las regularidades se llaman leyes, tenemos que referirnos a leyes que establecen ciertas regularidades.

[26] Una transformación de un modelo inductivo en uno deductivo se encuentra en M. Brodbeck, *Minnesota Studies in the Philosophy of Science*, vol. III.

Así es como Hempel se acerca al problema. Escribe que «La explicación de que ocurra un suceso de una clase específica E en un lugar concreto y en un tiempo concreto consiste, como se suele expresar, en indicar las causas o los factores determinantes de E. La afirmación de que una serie de sucesos —digamos, de las clases C_1, C_2, ..., C_n— han causado el suceso que hay que explicar significa afirmar que, según ciertas leyes generales, una serie de sucesos de las clases mencionadas, que suele ir acompañada del suceso en cuestión, está formada por:

1) Una serie de afirmaciones sobre la aparición de ciertos sucesos C_1, ..., C_n, en ciertos lugares y momentos;
2) Una serie de hipótesis universales, de modo que
   a) las afirmaciones de ambos grupos son razonablemente confirmadas por la evidencia empírica;
   b) de los dos grupos de afirmaciones se puede deducir lógicamente la frase que afirma la existencia de un suceso E.

«En una explicación física, el grupo 1) describiría las condiciones iniciales y límites para la existencia del suceso final; generalmente, diremos que el grupo 1) establece las *condiciones determinantes* (bastardilla de Hempel) para el suceso que hay que explicar, mientras que el grupo 2) contiene las leyes generales en las que se basa la explicación; implican la afirmación de que, cuando aparecen sucesos del tipo descrita en el primer grupo, tendrá lugar un suceso del tipo que se va a explicar» [27]. Esto significa que la afirmación sobre el suceso que hay que explicar se deduce lógicamente de la conjunción de afirmaciones sobre todos los sucesos interpretados como causas y todas las leyes. En una notación simbólica, el modelo se puede presentar así:

$$\frac{\begin{array}{c} L_1, L_2, \ldots, L_n \\ c_1, c_2, \ldots, c_m \end{array}}{e}$$

donde e es una afirmación sobre el explicando (efecto), L_1, L_2, ..., L_n son leyes (parte de la explicación), c_1, c_2, ..., c_m son afirmaciones sobre las causas (es decir, sobre las condiciones iniciales; en otras palabras, la segunda parte de la explicación). La secuencia L_1, L_2, ..., L_n debe tener por lo menos un término.

El historiador, al comenzar su investigación, sólo conoce e por sus fuentes (es decir, una afirmación sobre el efecto), y plantea una pregunta sobre c_1, ..., c_m (es decir, afirmaciones sobre las causas). Como muestran los procedimientos seguidos en la práctica, puede tomar dos rumbos.

1) Relaciona e (la afirmación sobre el efecto) con c_1, ..., c_m (las afirmaciones sobre las causas) porque sabe, a partir de su conocimiento no basado en fuentes, que e está dentro de una clase E (en símbolos: $e\ (\Sigma\ E)$ y que la clase de afirmaciones E se puede relacionar siempre con la clase de afirmaciones L ($L = L_1$, ..., L_n); es decir,

[27] C. G. Hempel, *The Function of general laws in History*, ed. cit., páginas 345-346.

que L es una condición suficiente de E ($L \rightarrow E$) o que L es una condición necesaria de E ($\backsim L \rightarrow \backsim E$).

2) A veces no se puede referir a ninguna ley general o a ninguna que sea suficientemente precisa. Entonces debe buscar por sí mismo esas relaciones generales. Esto se hace por medio del método comparativo:

a) se formula una hipótesis de trabajo sobre la relación

$$c_1, \ldots, c_m \rightarrow e$$

b) se pone a prueba, comparándola con otros datos (quizás de otros territorios) para asegurar que también en otros casos e se puede inferir de $c_1, \ldots, c_m$.

En este procedimiento, la explicación causal consiste, simultáneamente, en afirmar la relación de valor más general (quizá una ley en el sentido estricto del término). Este procedimiento fue usado, por ejemplo, por J. Rutkowski, cuando investigó las causas del desarrollo de la economía señorial y de servidumbre. Analizaremos este ejemplo más tarde. Es evidente que, en última instancia, ambos procedimientos significan una explicación de acuerdo con el modelo de Hempel. Pero en la práctica, la situación señalada por el modelo no tiene lugar siempre, porque la explicación nos lleva pocas veces a la conclusión de que a es una condición suficiente de b.

Un análisis de los procedimientos de investigación realmente usados muestra que los historiadores establecen relaciones condicionales o incondicionales entre los hechos. Por tanto, para averiguar lo que quieren decir al usar el término «causa» («factor», etcétera), tenemos que ver, si una afirmación dada es lo suficientemente clara[28], qué clase de relación causal relaciona los hechos que, según ellos, son tales que uno de ellos depende del otro.

Explicaremos, en primer lugar, algunos conceptos fundamentales.

1) A es *condición suficiente* de B quiere decir que *siempre* que aparece A, B aparece también. En interpretación estadística: la probabilidad relativa de B respecto a A es igual a la unidad ($P[B/A]=1$).
2) A es una *condición necesaria* de B significa que B aparece *sólo* si A también aparece; en otras palabras, B nunca aparece si A no aparece. Estadísticamente: $P(B/\backsim A)=0$.
3) A es *condición suficiente y necesaria* de B signfica que B aparece *si y sólo si* aparece A. Estadísticamente: $P(B/A)=1$ y $P(B/\backsim A)=0$.
4) A no es condición ni necesaria ni suficiente de B, pero es un componente necesario de una condición suficiente. En otras palabras, es una condición necesaria en una situación dada. Las fórmulas estadísticas son combinaciones de las que hemos mencionado, teniendo en cuenta otras condiciones u otro componente de la condición en cuestión. Así, A, en una situación concreta, es condición necesaria de B si los otros componentes de esa situación (sin A) no bastan para que ocurra B. De modo más preciso, A, en una situación X, es una condición necesaria de B, o un componente necesario de una condición suficiente de B si: a) B aparece siempre que A y X aparecen juntos; b) ni X sin A ni A sin X bastan para que aparezca B.
5) A es condición favorable a B ($P[B/A] > P[B/\backsim A]$) si A no es condición suficiente ni necesaria de B ni es necesaria en una situación dada, sino que sólo es un componente (no necesario) de una situación X que está envuelta en una condición que es necesaria en una situación concreta.

[28] La defectuosidad de muchas explicaciones causales queda demostrada en A. Malewski y J. Topolski, *op. cit.*, págs. 133-149.

Hay que advertir, respecto a 1), que si A es una condición suficiente, pero no necesaria, de B, esto significa que hay otras condiciones (alternativas) que son suficientes para que B aparezca. Si decimos que siempre que llueve se moja la carretera, esto no excluye afirmaciones del tipo: siempre que trabaja un camión de riego, se moja la carretera, etcétera. Del mismo modo, la afirmación de que, normalmente, si suben los impuestos, la gente está descontenta, no excluye la afirmación de que, normalmente, si los precios suben, la gente está descontenta, etcétera.

En cuanto a 2) —A es una condición necesaria pero no suficiente de B— hay que advertir que hay, por lo menos, una categoría de sucesos que, junto con A, constituye una condición suficiente de B, de modo que un suceso de esa categoría es un elemento necesario de B. S. Nowak la llama la categoría de los sucesos complementarios[29]. Por ejemplo, tener armas adecuadas es una condición necesaria para la victoria en una batalla, pero no basta para lograr el objetivo. La condición de tener armas adecuadas se puede complementar con condiciones como un número apropiado de soldados, la gran calidad del mando, la buena moral de las tropas, provisiones adecuadas, etcétera. Podemos intentar averiguar cuáles de éstas y otras condiciones complementan a la condición necesaria mencionada hasta crear una condición suficiente para ganar una batalla. Preguntamos si una batalla se gana siempre que un ejército tiene armas adecuadas y un número de soldados apropiado. La respuesta es negativa, ya que sabemos que no siempre es así. Añadimos entonces la condición de un buen mando, añadimos otras condiciones, y quizá quitamos algunas de ellas, y así nos acercamos gradualmente a la afirmación del tipo: una batalla se gana siempre que se satisfacen las condiciones $a_1, \ldots, a_n$.

Puede verse fácilmente que de este modo hemos llegado a una afirmación que formula una condición a la vez necesaria y suficiente. Esto significa que una batalla se gana si y sólo si se satisfacen las condiciones $a_1, \ldots, a_n$. Así hemos llegado a una explicación mejor de 3).

4) también requiere algunas explicaciones. Es más complejo que los conceptos 1), 2) y 3), que, alternativamente, valen para la explicación por referencia a las disposiciones o para la explicación estrictamente causal. El concepto de condición que es necesaria en una situación dada, que tanto se acerca a las explicaciones históricas, abarca simultáneamente los dos tipos de explicación mencionados antes. Una condición que es necesaria en una situación dada señala tanto la estructura de un sistema (situación dada) como un factor que es, en cierto modo, externo a ese sistema. Esto ocurre, por ejemplo, con la afirmación de que en la situación de Polonia en el siglo XVIII (es decir, la de un estado que era débil política

[29] Cfr. S. Nowak, *Studia z metodologii nauk spolecznych*, ed. cit., págs. 55-103.

y económicamente y estaba rodeado por estados cuya fuerza estaba creciendo), las tendencias agresivas de los estados vecinos fueron la causa de las particiones. Es de conocimiento general que un estado no cae siempre que, ni sólo si, sus vecinos son agresivos. Polonia cayó, cuando se convirtió en objeto de la violencia de los estados vecinos, porque como estado era débil.

Para describir mejor la condición favorable 5) volvamos al ejemplo de las condiciones para ganar una batalla. Al analizar las condiciones antes mencionadas en ese sentido, encontramos algunas que no clasificaríamos como suficientes ni como necesarias. Tener armas adecuadas puede considerarse como una condición necesaria (un ejército sólo puede ganar una batalla si está adecuadamente equipado, lo cual no quiere decir que, si está adecuadamente equipado, siempre ganará); lo mismo se puede decir sobre un número apropiado de soldados. Pero podemos tener dudas sobre si una alta calidad del mando (evidentemente, mejor que la media, o satisfactoria), buenas provisiones, etcétera, son condiciones necesarias para ganar una batalla. Es sabido que las batallas no sólo se han ganado cuando el mando del bando vencedor era particularmente bueno, la moral de las tropas muy alta, o las provisiones buenas. La influencia de esos factores (si se establece su aparición) en la victoria de una batalla está fuera de duda, aunque podemos estar convencidos de que algunas batallas se habrían ganado sin ellos, de todos modos, a pesar de que la victoria adoptara una forma algo diferente. Como puede verse, las condiciones favorables son componentes de *X* que no son necesarios para que ocurra *B*. En una situación *X*, dichas condiciones pueden no existir, y aun así ocurre *B*, aunque de una forma un poco distinta a la que habría tenido si se hubieran dado esas condiciones. Así, aunque no son necesarias para la aparición de un suceso concreto como tal, sin ellas ese suceso sería algo diferente. En este sentido, las condiciones favorables también son necesarias. Por tanto, las condiciones favorables, igual que las que son necesarias en una situación dada, están relacionadas con esa situación. En una situación diferente, podrían trabajar de modo muy distinto (por ejemplo, la diversa influencia de las malas cosechas en los ingresos de un capitalista y en los de un productor feudal).

Adviértase también que todo suceso tiene sus condiciones suficientes y necesarias. Esto significa que los sucesos (hechos) se consideran, en esta interpretación, sólo como elementos de ciertas clases. Si aceptáramos que los hechos históricos son absolutamente únicos, no tendríamos posibilidad de relacionarlos con ninguna condición necesaria o suficiente. Las leyes formuladas en términos estadísticos indican que no conocemos plenamente esas condiciones, o que somos incapaces de formularlas de otro modo, a causa de la estructura de los hechos.

Por último, surge una cuestión, en qué condiciones podemos hablar de una explicación (relativamente) completa de un hecho histórico, o una regularidad histórica. Se deduce de lo que hemos dicho anteriormente en este libro que una explicación así debería satisfacer al menos dos condiciones, que hay que tener en cuenta:

1) La naturaleza subjetiva y objetiva del proceso histórico;
2) La estructura jerárquica de los hechos.

En el primer caso, lo importante es que una explicación debe abarcar las acciones humanas (guiadas por objetivos subjetivamente fijados y el conocimiento del mundo por parte de los agentes, conocimiento basado en el principio de razonabilidad) y los resultados, en gran medida impensados, de dichas acciones (el proceso histórico). Así, por ejemplo, si preguntamos por qué el sistema señorial y de servidumbre se desarrolló en Polonia en una época determinada, necesitamos una explicación en términos de procesos históricos. Tal explicación no nos dice, sin embargo, por qué el pueblo (la clase media polaca, en el caso mencionado) actuó como lo hizo, lo cual dio lugar al nacimiento del sistema económico relatado. Sólo la relación entre ambos tipos de explicación nos puede dar un conocimiento suficientemente amplio de la cuestión. Pero en la práctica los investigadores se suelen conformar con un intento de explicación de uno u otro tipo, sin pretender relacionar los dos tipos.

Respecto a la segunda condición, la cuestión es que las explicaciones del proceso histórico y de las acciones humanas deberían tener en cuenta, del modo más pleno posible, la secuencia de regularidades, causas primarias, y hechos que son condiciones iniciales (causas directas), es decir, las relaciones y los hechos unidos, como ha mostrado L. Nowak, por la relación de concreción. En dicha cadena de concreciones, los lazos más cercanos al hecho que se está explicando atañen a las estructuras más externas de los hechos mientras que los más lejanos del hecho atañen a las estructuras más profundas. Esto lo muestra L. Nowak[30] en una notación simbólica:

$$T^{k} \dashv T^{k-1} \dashv \ldots \dashv T^{1} \dashv T^{0} \wedge P \rightarrow_{L} E,$$

donde *P* representa las condiciones iniciales del teorema T^0, *E*, la afirmación que hay que explicar (explicando), T^k, la ley implicada, T^{k-1} a T^1, las concreciones sucesivas de la ley idealizadora T^k, $\dashv$, la relación de concreción, $\wedge$, la conjunción de cálculo de frases, y $\rightarrow_{L}$, la consecuencia lógica.

El hecho al que se refiere el explicando puede considerarse —como bien subraya L. Nowak— como explicado sólo cuando los factores secundarios y primarios que causan su aparición están establecidos. Se puede ver fácilmente que el modelo anterior de explicación es una ampliación *sui generis* del modelo de Hempel. Consiste en especificar una secuencia de leyes del modelo de Hempel (L_1, L_2, ..., L_n) como una secuencia de leyes unida por la relación de concreción. Esto, por supuesto, se relaciona con una interpretación concreta del mundo real.

7. *Explicación por indicación de las condiciones que son a la vez suficientes y necesarias*

Las explicaciones completas por medio de la indicación de las condiciones que son a la vez suficientes y necesarias son poco frecuentes en la historiografía[31]. Una de ellas, ofrecida por J. Rutkowski (historiador econó-

[30] L. Nowak, *Zasady marksistowskiej filozofii nauki* (Principios de filosofía marxista de la ciencia), Varsovia, 1974, pág. 54.

[31] Aquí se utilizan ejemplos y conclusiones extraídos de A. Malewski y J. Topolski, *op. cit.*, págs. 115 y ss. Esto significa la adopción de muchas ideas propuestas por A. Malewski.

mico polaco [1886-1949] mencionado en ocasiones anteriores), merece ser mencionada como ejemplo. Al buscar las causas del desarrollo de la economía de señorío y servidumbre en la época moderna en la región al este del Elba, Rutkowski analizó las circunstancias que bastan para el desarrollo de las granjas señoriales con mano de obra formada por siervos. Rechazó como posible causa la facilidad de venta del cereal, porque «la facilidad de vender cereales no basta para que se desarrollen las granjas señoriales basadas en el trabajo servil»[32]. Por las mismas razones desechó las exportaciones de cereal a países lejanos, «porque en Europa Occidental habían existido áreas bastante grandes que exportaban cereal a centros urbanos remotos, como Bretaña y la región de Orleans en Francia, Sicilia, Apulia y las Marcas en Italia, en las que no se desarrolló la servidumbre». Finalmente, también desechó la conversión de la antigua milicia feudal en tropas mercenarias, lo cual podía facilitar que la clase media reorganizara sus propiedades, porque «las granjas señoriales basadas en el trabajo servil no se desarrollaron en Europa Occidental, donde tuvo lugar ese cambio en la organización del ejército»[33]. Como puede verse, ninguna de las circunstancias mencionadas anteriormente era suficiente, por sí sola, para que se desarrollara la economía señorial y de servidumbre, ya que conocemos situaciones en las que las mismas circunstancias existían, pero en las que no se desarrolló dicho tipo de sistema agrario. Como resultado de sus estudios comparativos, Rutkowski llegó a la conclusión de que sólo la concurrencia de un buen mercado para el cereal y un agravamiento de las condiciones de servidumbre *(glebae adscriptio,* restricción de los derechos del campesino sobre la tierra, y mayores prerrogativas jurisdiccionales de los propietarios de las tierras) bastó para el surgimiento de las granjas señoriales basadas en el trabajo servil, ya que, siempre que se daban esas circunstancias, se desarrollaba este tipo de agricultura.

En el análisis de su caso, Rutkowski escribió que, mientras que la facilidad de vender el cereal más la servidumbre bastaban para que se desarrollara la economía señorial y de servidumbre, cada uno de estos factores es necesario para el desarrollo de tal economía. «La facilidad de vender los productos agrícolas», escribió, «es una condición necesaria para el nacimiento de granjas grandes», y añadió que «para que se desarrolle una granja señorial basada en el trabajo servil es necesario que exista la otra de las dos condiciones mencionadas antes, es decir, un agravamiento de las condiciones de servidumbre»[34].

Esto significa que si, y sólo si, es fácil vender grandes cantidades de cereal, y si existe la servidumbre, se desarrolla un sistema agrario basado en granjas señoriales que emplean mano de obra servil. En la explicación anterior, J. Rutkowski especificó las circunstancias, o las condiciones necesarias, para que ocurriera el suceso en cuestión, es decir, el desarrollo de la economía señorial y de servidumbre. También formuló la condición suficiente del suceso.

Su explicación seguía el modelo:

1) Ley: Si, y sólo si, la facilidad de vender los productos agrícolas concurre con un agravamiento de la servidumbre, se desarrolla la economía señorial y de servidumbre.

[32] J. Rutkowski, *Historia gospodarcza Polski,* vol. I, ed. cit., pág. 125.
[33] *Ibídem,* págs. 126-127.
[34] *Ibídem,* págs. 125-126.

2) Condición inicial: en la época moderna, las regiones al este del Elba se caracterizaron por su facilidad para vender productos agrícolas y por una forma agravada de servidumbre.
3) Efecto: la economía señorial y de servidumbre se desarrolló en la época moderna en las regiones al este del Elba.

En este caso, J. Rutkowski formuló una ley por su cuenta y llevó a cabo un procedimiento que satisface explícitamente el modelo de Hempel. Un historiador ha demostrado ser un creador de leyes, y no sólo un usuario, cosa de la que se les acusa a menudo. La objeción, estadísticamente, es correcta, pero no tiene base para considerarla de modo general. El caso recién analizado es una prueba excelente de que los historiadores pueden dedicarse a formular leyes y teorías, y de que lo hacen.

8. *Explicación por indicación de las condiciones suficientes*

En el caso antes tratado, J. Rutkowski usó de modo explícito el término «condición suficiente», de modo que no hubiera duda de qué tipo de relación le interesaba. Los historiadores, a veces, no usan este término, pero podemos imaginar que se refieren a ese tipo de relación. Se puede suponer una condición así, por ejemplo, cuando nos encontramos con la formulación, hecha por Rutkowski, de que, para los propietarios que atendían personalmente sus granjas, los ingresos obtenidos por una granja señorial basada en un trabajo servil debían ser, por lo general, mayores que los que habrían obtenido obligando a los siervos a pagar una renta, en lugar de prestarse como mano de obra servil, y por eso (en opinión de Rutkowski), la reforma, en Polonia en el siglo XVIII, que proponía la sustitución del trabajo servil por un arrendamiento pagado por los ex-siervos, no alcanzó, en general, las granjas de tamaño medio. Parece, en realidad, que, cuando un grupo de terratenientes puede sufrir pérdidas como resultado de una reforma en sus propiedades, la mayoría de sus miembros no realiza esa reforma por propia voluntad.

Las interpretaciones de las causas como condiciones suficientes se hallan a menudo en los análisis que critican explicaciones propuestas por otros. Así, por ejemplo, F. Bujak escribió que la servidumbre de los campesinos no fue una causa de la caída de Polonia a finales del siglo XVIII, porque la servidumbre existía en otros países, y si «en esos países la opresión del campesinado no fue un obstáculo para su supervivencia política, entonces (...) no podía serlo tampoco en el caso de Polonia»[35]. En otras palabras, en opinión de F. Bujak, la servidumbre de los campesinos no podía ser la causa de la caída política de Polonia, porque podemos señalar otros países en los que existía la servidumbre y que sobrevivieron políticamente. La crítica de Bujak sólo es convincente teniendo en cuenta que interpreta la causa como una condición suficiente.

Una interpretación parecida de causa la encontramos en J. Tazbir, que escribe que la capacidad y el alto nivel intelectual de los jesuitas no fueron la razón de las reconversiones masivas de la clase media polaca al catolicismo, porque los Hermanos Polacos (un grupo protestante vigente en

[35] F. Bujak, *Przyczyny upadku Polski* (Causas de la caída de Polonia), páginas 107, 110, mencionado en M. Bobrzynski, *Dzieje Polski* (Historia de Polonia), volumen II, 3.ª ed., pág. 280.

Polonia en los siglos XVI y XVII) también tenían dirigentes capaces y excelentes escritores, y, sin embargo, sólo les seguía un pequeño grupo de gente. Por tanto, concluye Tazbir, las cualidades personales de los dirigentes católicos no fueron la causa del triunfo de la Iglesia de Roma y la derrota de la Reforma en la Polonia del siglo XVII [36]. Otra vez aquí, como en muchos otros casos, la conclusión sólo es correcta aceptando que se interprete la causa como condición suficiente. Para otra interpretación del término «causa», el mismo razonamiento no sería correcto.

La explicación por medio de la indicación de las causas interpretadas como condiciones suficientes de los sucesos en cuestión se encuentra pocas veces en los estudios históricos. Sin embargo, se pueden hallar en aquellos casos en los que se explican procesos de masas, tales como la espontánea realización de reformas económicas por parte de un gran número de propietarios de terrenos, o la amplia difusión de una ideología.

En general, se puede decir que la explicación por indicación de las condiciones suficientes, si no va acompañada del conocimiento sobre las condiciones necesarias, es poco convincente, ya que no señala otras condiciones suficientes alternativas [37].

9. *Explicación por indicación de las condiciones necesarias*

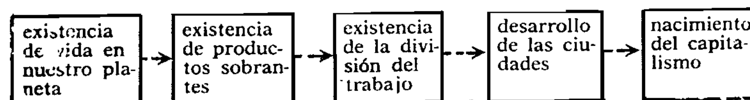
En el ejemplo de Rutkowski sobre las causas del desarrollo de las granjas señoriales basadas en el trabajo servil nos encontramos también con una explicación por referencia a las condiciones necesarias. En general, sin embargo, la determinación del papel explicativo de tales condiciones implica dificultades considerables. Mientras que una condición suficiente, al señalar una relación positiva, proporciona siempre mucha información sobre las relaciones en cuestión, el conocimiento de algunas de las condiciones necesarias sólo es interesante para el investigador, al que proporciona información importante. Esto ocurre porque todo suceso requiere un número infinito de condiciones necesarias, mientras que el número de condiciones suficientes de tal suceso es limitado. Así, el historiador deja de lado *a limine* grandes grupos de condiciones necesarias, y sólo se ocupa de las que están «más cercanas» al efecto que estudia. De este modo, al buscar las condiciones necesarias, se acerca al descubrimiento de las condiciones suficientes. Esta situación se podía observar, en su forma clásica, en el ejemplo de Rutkowski analizado antes. La búsqueda de las condiciones necesarias del nacimiento de la economía señorial y de servidumbre dio lugar al descubrimiento de la condición suficiente, que resultó ser la conjunción de las dos condiciones necesarias (facilidad de venta del cereal y agravamiento de las condiciones de servidumbre).

Normalmente, sin embargo, el historiador no se acerca tanto a las condiciones suficientes. En general, las condiciones necesarias que menciona esbozan el área de rechazo de las condiciones que tienen poco, o ningún, interés para su estudio. Por ejemplo, si aseguramos que el desarrollo de las ciudades fue una condición necesaria para el nacimiento del capitalismo, no queremos decir que es una condición suficiente (ya que sabemos que

[36] J. Tazbir, *Swit i zmierzch polskiej reformacji* (El amanecer y el crepúsculo de la Reforma en Polonia), Varsovia, 1956, pág. 145.

[37] Ver las interesantes observaciones de A. Montefiore, «Professor Gallie on Necessary and Sufficient Conditions», *Mind*, 1956, en particular, pág. 538. Ver también L. Gottschalk, *Understanding History*, Nueva York, 1950, págs. 210-211

el desarrollo de las ciudades no siempre iba seguido de la aparición del capitalismo), sino que sólo reducimos, a la condición necesaria que es el desarrollo de las ciudades, condiciones tales como la existencia de una división social del trabajo, la existencia de un exceso de producción, etcétera, hasta la existencia de vida en nuestro planeta, que, después de todo, es también una condición necesaria del nacimiento del capitalismo. Esto queda patente en este esquema:



En esta cadena, cada eslabón es una condición necesaria del que le sigue. El historiador que analiza estas cadenas causales corta cada una de ellas lo más cerca posible del suceso en cuestión. Esto muestra que la explicación por referencia a las condiciones necesarias recuerda a la explicación genética.

Como ilustración, ofrecemos un ejemplo sacado de un estudio de E. Rostworowski, que, al escribir sobre la reforma emprendida por Pawel Brzostowski en la segunda mitad del siglo XVIII, dice que «una condición objetiva que permite que los siervos se conviertan en arrendatarios es que los campesinos debían de tener algo que vender y debían de tener un mercado donde vender», y que, por tanto, «los campesinos debían de tener parcelas de terreno más grandes de lo que necesita la manutención de una familia campesina en régimen de servidumbre, y que sus granjas debían de estar bien provistas de herramientas y útiles»; los campesinos «debían de tener una cantidad adecuada de mano de obra» y «estar en contacto con un mercado» [38].

Al leer el texto de Rostworowski podemos suponer que, en su opinión, los siervos sólo podían convertirse en arrendatarios si los campesinos tenían algo que vender y un mercado donde venderlo, y que, por tanto, la producción comercializable en las granjas campesinas era una condición necesaria para que los siervos se convirtieran en campesinos. Para decirlo con más cuidado, una condición necesaria de la permanencia de las reformas que convirtieron a los siervos en arrendatarios era que los colonos pudieran pagar la renta, y para ello debían producir una cantidad adecuada de mercancía comercializable, y tener una oportunidad de venderla.

Hemos tratado así, brevemente, la explicación por referencia a las condiciones necesarias y a las condiciones suficientes para los sucesos en cuestión. Estas distinciones, sin embargo, no nos permiten abarcar el significado de muchas explicaciones causales que aparecen en la investigación histórica.

10. *Explicación por referencia a las condiciones necesarias en una situación dada*

En la historiografía nos encontramos, con una frecuencia mucho mayor, con explicaciones que no se ocupan ni de señalar una condición suficiente ni de señalar una condición necesaria; consisten en señalar las circuns-

[38] E. Rostworowski, «Reforma pawlowska Pawla Ksawerwgo Brzostowskiego», *Przeglad Historyczny*, núms. 1-2, 1953, pág. 105.

tancias que son necesarias para la existencia de un suceso concreto, no en cualquier situación, como en el caso de la condición necesaria, sino sólo en una situación histórica específica. Nos encontramos aquí con una causa que se interpreta como condición necesaria en una situación dada; se llama también componente necesario de una de las condiciones suficientes alternativas. La diferencia entre este tipo de condición y la condición necesaria es muy importante, aunque no siempre se ve. Lo mostraremos mejor con un ejemplo.

Al explicar el proceso de reunificación política de Polonia en el siglo XIII, J. Baszkiewicz[39] escribió que el desarrollo económico del país, que produjo la superación del aislamiento económico de los diversos ducados y una ampliación del comercio entre ellos, era una condición necesaria de esa unificación. A primera vista, podría parecer que se refería a lo que aquí llamamos la condición necesaria (ordinaria), y afirmaba por tanto que la unificación política sólo tiene lugar cuando un país concreto se desarrolla económicamente. Pero Baszkiewicz se daba perfecta cuenta de que, a veces, los estados unificados se desarrollaban mientras sus distintas regiones permanecían económicamente aisladas, de modo que un estado unificado puede surgir no sólo si el desarrollo económico acaba con el aislamiento económico de las diversas provincias. En lo que él pensaba realmente no era la afirmación de que el surgimiento de condiciones comerciales favorables es indispensable, en cada caso, para la unificación política de un país, sino sólo que, en las condiciones que predominaban en la Polonia del siglo XIII, el desarrollo económico era necesario para la reunificación política del país, de modo que, si no hubiera existido ese desarrollo económico, el país no se hubiera unido. No existe contradicción entre afirmar que, en una situación dada, un hecho específico es una condición necesaria para que ocurra cierto suceso, y, al mismo tiempo, comprender que (en otras ocasiones) un suceso del mismo tipo puede ocurrir, no sólo si va acompañado o precedido por dicho hecho específico.

Esta relación fue indicada por J. Rotkowski, que, al escribir sobre los violentos levantamientos campesinos en Polonia (como el motín de 1768), sacaba la conclusión de que «la principal causa de la intensidad de esas rebeliones debía verse en el hecho de que los antagonismos de clase inherentes al sistema agrario polaco fueron utilizados por una potencia vecina para debilitar a Polonia y facilitar así las particiones»[40]. Por supuesto, es bien sabido que los movimientos campesinos antifeudales no se desarrollan sólo por inspiración extranjera, pero, en opinión de Rutkowski, si no hubiera existido una inspiración extranjera, en la situación dominante en la zona sudoriental de Polonia, en el siglo XVIII, estos movimientos no habrían adquirido una dimensión tan grande. Nos encontramos aquí, por tanto, con la indicación de la condición que es necesaria en una situación específica.

Y he aquí otros ejemplos, que no dejan tampoco duda sobre las intenciones de sus autores respectivos. S. Zachorowski expuso su opinión de que el desarrollo de un sentido de solidaridad nacional era, en la situación polaca del siglo XIII, una condición necesaria para la defensa del país contra sus enemigos, ya que, como él escribió, «sin un sentido de solidaridad nacional Polonia no habría podido surgir intacta, por no decir victoriosa, de todos los desastres a los que iba a hacer frente en las décadas siguientes»[41].

Por último, es lógico pensar que, cuando S. Arnold escribió que en Europa Occidental «la formación de un mercado nacional (...) fue la base para los cambios en la superestructura política y para el nacimiento de los estados centralizados»[42], debía referirse a que, aunque los estados centralizados solían surgir sin un mercado nacional, en las condiciones dominantes en Europa Occidental estos estados no habrían surgido sin un mercado nacional, de modo que, en la situación existente en Europa Occidental, la formación de mercados nacionales fue una condición necesaria para el nacimiento de los estados centralizados.

Aquí dejamos de lado, por supuesto, la veracidad y el grado de fundamentación de las afirmaciones hechas en los ejemplos anteriormente aducidos. En muchos casos, parecen muy discutibles, pero el tipo de relación implícita en esas afirmaciones no suele entrañar ninguna dificultad de interpretación.

Al analizar algunas explicaciones causales no tenemos la más ligera duda de que sus autores, a veces intentaban descubrir la condición suficiente, a veces, la condición necesaria, y a veces, la condición que era necesaria en una situación dada. La terminología usada en tales explicaciones varía, pero en muchos casos no hay duda sobre cómo interpretar la relación en cuestión. Podemos enredarnos en controversias sobre cuántas veces buscan la condición suficiente los historiadores que proponen explicaciones causales, o cuántas veces buscan la condición necesaria, o la condición que es necesaria en una situación dada, pero el hecho de que plantean dichas preguntas parece indudable.

11. *Explicación por referencia a las condiciones favorables*

Las explicaciones que encontramos en la historiografía indican, muchas veces, como causas, las circunstancias que se pueden interpretar como condiciones favorables (término sugerido por J. Pelc y A. Malewski) en el sentido mencionado antes. Esto está muy claro en aquellos casos en los que los historiadores describen un proceso determinado e indican muchos factores que deben explicarlo. Así, por ejemplo, S. Kieniewicz, al explicar por qué en el período entre las particiones de Polonia (a finales del siglo XVIII) y la concesión de la tierra a los campesinos en la parte ocupada por Rusia (1864) se intensificó la lucha campesina, escribe que «las acciones efectuadas por los campesinos se hacían cada vez más numerosas y de alcance cada vez más amplio, definiendo cada vez mejor sus métodos de actuación, cada vez más variados, y sus objetivos», y añade que «este cambio cualitativo se explica por muchas causas». Entre estas causas enumera, por ejemplo, una mayor explotación de los campesinos y el nacimiento de nuevos métodos de explotación, junto a los viejos, mayores contactos de los campesinos con los mercados, con los beneficios subsiguientes para los campesinos, el colapso de los mecanismos del estado a finales del siglo XVIII, el surgimiento de grupos

[39] J. Baszkiewicz, *Powstanie zjednoczonego panstwa polskiego na przelomie XIII i XIV wieku* (El surgimiento de Polonia como estado reunificado en el paso del siglo XIII al XIV), Varsovia, 1954.
[40] J. Rutkowski, *Historia gospodarcza Polski*, ed. cit., pág. 264.

[41] R. Grodecki y S. Zachorowski, *Dzieje Polski sredniowiecznej* (Historia de la Polonia medieval), vol. I, Cracovia, 1926, pág. 325.
[42] S. Arnold, «Podloze gospodarczo-spoleczne polskiego Odrodzenia», en *Odrodzenie w Polsce* (El Renacimiento en Polonia), vol. I, Varsovia, 1955, página 119.

sociales de orientación antifeudal fuera de las áreas rurales, etcétera [43]. Parece que la intención de Kieniewicz no era asegurar que, siempre que ocurría alguna de estas circunstancias, se intensificaba la lucha de los campesinos contra sus señores; tampoco afirmaba que la lucha de los campesinos sólo se intensificaba si existía alguna de estas circunstancias; tampoco decía, por último, que sin alguna de estas circunstancias no se habría intensificado la lucha de los campesinos, en la situación dominante en la Polonia del siglo XIX. Parece que la relación entre algunas de estas circunstancias (consideradas como causas) y el efecto debe interpretarse de un modo más libre. El aumento de la explotación, el colapso del mecanismo estatal, la intensificación de las actividades mercantiles, la mayor fuerza de los posibles aliados, todo esto pudo animar a los campesinos a alzarse contra sus señores, pero es bien sabido que tales situaciones provocan reacciones diferentes. Por tanto, una de las interpretaciones posibles de la relación que investigamos sería suponer que nos encontramos ante condiciones que eran favorables a la aparición de un suceso concreto.

Dichas explicaciones, que se pueden considerar como la enumeración de las muchas circunstancias que, en opinión de un investigador concreto, pudieron influir en la existencia de un suceso específico, se encuentran muy a menudo. Así, Baszkiewicz, al explicar por qué algunos señores feudales polacos apoyaron la reunificación política a finales del siglo XIII, indica muchos factores que pudieron favorecer la unificación y muchos que pudieron funcionar como obstáculos para la unificación. Entre los primeros menciona los lazos de muchos señores seculares con el príncipe que tomó las riendas de la reunificación, la dispersión de las propiedades de muchos señores feudales por los diversos ducados, lo cual dificultaba su gobierno, los peligros externos y un determinado factor psicológico: el de la esperanza de que en un estado unificado los señores feudales encontrarían más facilidades para explotar a los campesinos. Aquí, de nuevo, parece que Baszkiewicz no quiere decir que una de estas circunstancias fuera suficiente, ni siquiera necesaria, en la situación concreta, para que los señores feudales apoyaran la reunificación. Podemos suponer que quiere enumerar las circunstancias que, en cierto modo, pudieron influir en el efecto en cuestión, es decir, enumerar las condiciones que podemos llamar favorables.

12. *Búsqueda de factores perturbadores*

Al revisar el trabajo de A. Malewski y J. Topolski, J. Giedymin prestó atención, correctamente, al hecho de que valdría la pena diferenciar las explicaciones en las que los historiadores intentan descubrir por qué no ocurrió un suceso *B*, aunque había ocurrido un suceso *A*, que suele ir seguido de *B* [44]. En estos casos, un historiador se ocupa de la causa de que *B* no ocurriera, es decir, quiere indicar los factores que, en terminología metodológica, se llaman perturbadores (ver capítulo XI). Giedymin sostenía la opinión de que, en muchos casos, el procedimiento recuerda al del descubrimiento de las condiciones favorables. Podemos estar de acuerdo con ello y aceptar que una condición favorable es un contrario *sui generis* de un factor perturbador. Es

[43] S. Kieniewicz, «Problem rewolucji agrarnej w Polsce w okresie ksztaltowania sie ukladu kapitalistycznego» (El problema de la revolución agraria en Polonia en la época de formación del sistema capitalista), en *Z epoki Mickiewicza* (La época de Adam Mickiewicz), Wroclaw, 1956, págs. 3-4.

[44] *Studia Zrodloznawcze*, vol. VII, 1962, págs. 145-146.

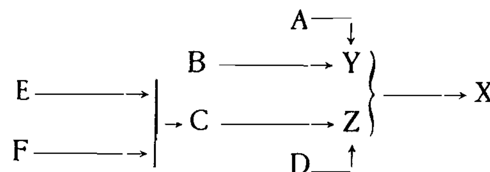
evidente que cada una de estas condiciones favorables o perturbadoras tiene su fundamento en una ley general que refleja una regularidad concreta. Si decimos que *a* favorecía la aparición de *b*, lo hacemos sólo porque sabemos, por otro lado, que los sucesos del tipo *A* (entre ellos *a)* favorecían (siempre o normalmente) la aparición de sucesos del tipo *B* (entre ellos *b)*.

Si un suceso *A* no ocurrió, a pesar de que debería haber ocurrido, según las regularidades que conocemos, esto significa que la influencia de alguna otra regularidad debe de haber sido más fuerte. Esto no quiere decir que las regularidades que debían haber causado *A* dejaran de funcionar; simplemente, no se manifestaron en el caso en cuestión.

He aquí un ejemplo de la referencia a los factores perturbadores. «Se puede destacar que, de acuerdo con los principios de la economía política deductiva, la derogación de las Leyes del cereal debe de haber tendido a producir una constante caída del precio del trigo en Inglaterra. Pero esa caída no ocurrió inmediatamente. La explicación de la aparente discrepancia se debe encontrar en la interferencia de circunstancias tales como el fracaso de la cosecha de patatas, la guerra de Crimea y, especialmente, la depreciación del oro, que contribuyó a mantener los precios hasta 1862, a pesar del comercio libre» [45].

13. *Explicación por referencia a las causas más directas y menos directas*

Al buscar las causas de un suceso, los historiadores no siempre señalan las circunstancias que están directamente relacionadas con él. Muchas veces mencionan circunstancias cuya relación con el suceso en cuestión es sólo indirecta. Esto se puede ver mejor en el siguiente esquema:



Como ejemplo, trataremos algunas explicaciones del desarrollo de la economía señorial y de servidumbre en el este del Elba en el siglo XVI.

Como hemos mencionado anteriormente, J. Rutkowski escribió que la concurrencia de la facilidad de vender cereales y de la servidumbre era, al mismo tiempo, condición suficiente y necesaria para que se desarrollara el sistema de señores y siervos [46].

W. Rusinski escribió que «aunque no subestimamos en absoluto la influencia de otros factores en el nacimiento de las granjas señoriales basadas en el trabajo servil, tenemos que afirmar que dos factores fueron decisivos para el nacimiento de tales granjas. Uno de ellos fue el buen mercado para los productos agrícolas en Europa occidental, y el segundo fue la decisiva influencia en la política y la libertad en el trato con los campesinos que la clase media había obtenido en Europa oriental» [47].

[45] Citado de J. M. Keynes, *The scope and Method of Political Economy*, en O. Lange, *Political Economy*, vol. I, pág. 127.

[46] J. Rutkowski, *op. cit.*, pág. 127.

[47] W. Rusinski, «Drogi rozwojowe folwarku panszczyznianego» (La evolución

B. Zientara escribió recientemente que «la principal causa del nacimiento del sistema señorial y de servidumbre en el este del Elba hay que verlo en el equilibrio de fuerzas de clase existente. Los mercados extranjeros, que ofrecían condiciones favorables a la clase media, y la consiguiente expansión del capital de Europa Occidental, sólo ayudaron a convertir en realidad para la clase media la oportunidad de someter a los campesinos»[48] Al hablar del equilibrio de las fuerzas de clase, Zientara se refería a la situación caracterizada, sobre todo, por la debilidad de las ciudades.

Estas explicaciones se pueden ver en el siguiente esquema:

D) Equilibrio de las fuerzas de clase marcado por la debilidad de las ciudades.	→ C) Obtención por parte de la clase media de la influencia decisiva en la política.	→ A) Agravamiento de la servidumbre.		→ Nacimiento de las granjas señoriales basadas en el trabajo servil.
		B) Facilidad para vender los productos agrícolas, sobre todo cereales.		

Se puede ver fácilmente que el primero de los autores antes mencionados explica el nacimiento del sistema señorial y de servidumbre por las circunstancias llamadas *A* y *B* en este esquema; el segundo menciona *B* y *C* como factores decisivos, mientras que el tercero se refiere a *D* como la causa principal.

14. *Explicación genética y descripción genética*

Uno de los tipos de explicación en la investigación histórica, mencionados anteriormente, es la explicación genética, en cuyo caso nos ocupamos de una respuesta a una pregunta «cómo» y no a una pregunta «por qué». Algunos autores, que se oponen a la opinión de que el modelo hipotético-deductivo de explicación es muy usado en la historiografía, aseguran que la explicación genética es el tipo fundamental (W. B. Gallie)[49] o uno de los tipos (W. Dray)[50] de la explicación histórica, especialmente en lo que respecta a hechos simples, y por tanto, también a las acciones emprendidas por los individuos. Afirman que, para explicar tales hechos, basta con dar una secuencia ininterrumpida de sucesos, reconstruida a partir de las fuentes, cosa que —aseguran— los historiadores suelen hacer. Estas opiniones van a proporcionar también uno de los fundamentos teóricos para la explicación de las acciones emprendidas por individuos por medio del método de la empatía: una secuencia de acciones y reacciones, conocidas de nosotros por nuestra experiencia interna, se compara con la secuencia observada en las fuentes (por supuesto, con algunos enlaces perdidos) y relacionada con otra persona; llenamos entonces esos enlaces perdidos, sin ninguna referencia, supuestamente, a las leyes[51]. W. Dray (y también A. Donagan y otros) incluso piensa que éste es el modo adecuado de explicar los sucesos, ya que ofrece una cxplicación completa[52].

de las granjas señoriales basadas en la servidumbre), *Przeglad Historyczny*, número 4, 1956, pág. 645.

[48] B. Zientara, «Z zagadnien spornych tzw. "wtórnego poddanstwa"» (Cuestiones controvertidas de la «servidumbre recurrente»), *Przeglad Historyczny*, número 1, 1956, pág. 40.

[49] W. B. Gallie, «Explanations in History and The Genetic Sciences», *Mind*, 1955, págs. 160-180. Ver también A. Montefiore, «Professor Gallie on necessary and sufficient conditions», *Mind*, 1956, págs. 534-541.

[50] W. Dray, *op. cit.*, págs. 156 y ss.

El mecanismo de explicación genética se sucle interpretar de modo que cada hecho en la descripción de la serie de hechos que se siguen cronológicamente uno tras otro es una condición necesaria de la existencia del siguiente hecho en la serie (W. Gallie, E. Nagel). W. Dray es el único autor que excluye la explicación en términos de condiciones necesarias; asegura que contestamos a la pregunta «¿cómo ocurrió?» indicando (por referencia a la secuencia de sucesos) que no podía haber sido de otro modo[53].

Parece que deberíamos distinguir dos tipos de la llamada explicación genética en historiografía. El primer tipo consistiría en explicar un hecho (un suceso), indicando cómo llegó a ocurrir ese hecho, es decir, enumerando sus estadios de desarrollo sucesivos. Esto da lugar a una secuencia del tipo $F_1 \rightarrow F_2 \rightarrow F_3 \rightarrow F_4 \rightarrow \ldots \rightarrow F_n$ (donde F_n representa el hecho que hay que explicar genéticamente).

En esta secuencia, cada hecho sucesivo se considera como una condición necesaria del siguiente; se supone, por tanto, que un hecho posterior no habría ocurrido sin la existencia del precedente.

He aquí un fragmento de un libro de W. Tokarz que explica cómo tomaron Varsovia los rebeldes en abril de 1794.

«(...) tras la retirada de Igelström, los rusos se defendieron en la calle Miodowa hasta las cinco de la tarde. Su resistencia, larga y extramadamente tenaz, incluso desvió la atención de los polacos del hecho de que grupos desperdigados de rusos estaban retirándose del Palacio Nacional, e hicieron la tarea más fácil para estos últimos. La resistencia rusa se centró en dos focos: en el Palacio Zaluski, que fue tomado alrededor de las cinco de la tarde, y en el monasterio de los capuchinos, que fue asaltado una o dos horas antes»[54].

Del mismo modo, cuando presentamos los estadios sucesivos de una ciudad o de una batalla, contestaremos a las preguntas«¿cómo ocurrió el desarrollo de la ciudad *X*?», «¿cómo fue que el ejército *A* venció y el ejército *B* fue derrotado?», etcétera. Estas preguntas son importantes, pero no pueden sustituir a las preguntas «¿por qué se desarrolló la ciudad *X*?», «¿por qué ganó el ejército *A*?». Esto se debe a que las primeras son preguntas factográficas, que se pueden ajustar al modelo «¿qué fue?», y no preguntas explicativas: «¿por qué fue así?». En otras palabras, este tipo de explicación genética debe incluirse en el proceso de descripción (establecimiento) de los hechos, reservándole la categoría de descripción genética, es decir, una descripción de los hechos unidos por una relación de condición necesaria. Proporcionar

[51] Sobre esta cuestión, ver mi reseña de «Studia z metodologii nauk spolecznych», de S. Nowak, que apareció en *Studia Filozoficzne*, núm. 6, 1965.

[52] Cfr. W. Dray, *op. cit.*, págs. 66 y ss. Su ejemplo, presentado en las páginas 70-71, no corrobora en absoluto su opinión.

[53] W. Dray, *The Philosophy of History*, Nueva York, 1964, págs. 18-19. Ver también su «Explanatory Narrative in History», *Philosophical Quarterly*, vol. IV, número 14, enero de 1954, págs. 15-27. Cfr. su *Laws and Explanation in History*, páginas 66 y ss., y 158 y ss.

[54] W. Tokarz, *Insurekcja warszawska* (La insurrección de Varsovia de 1794), 2.ª ed., Varsovia, 1950, pág. 249.

estas descripciones es una de las principales tareas de la sintetización en la historiografía (cfr. capítulo XXII), y da como resultado un caso concreto de narración histórica.

El segundo tipo de explicación genética, tal como lo hemos diferenciado antes, consiste en que un historiador que ha establecido una secuencia de sucesos intenta llenar las lagunas existentes en ella:

$$F_1 \rightarrow F_2 \rightarrow \ldots \rightarrow F_n \rightarrow F_{n+1} \rightarrow \ldots \rightarrow F_{n+x}$$

Este es, prácticamente, un fragmento del primer tipo, pero en aquél, el historiador se interesaba por el último hecho de la secuencia, el hecho al que subordinaba la descripción, mientras que aquí la cuestión puede ser la misma, pero el historiador tiene que responder antes a preguntas del tipo: «¿qué pudo ocurrir tras el enésimo hecho?» o «¿qué hecho pudo preceder al enésimo?». Así, en la secuencia anterior el historiador tiene que establecer los siguientes hechos: F_3 hasta F_{n-1}, inclusive, y F_{n+2} hasta F_{n+x-1}, inclusive.

Llenar las lagunas consiste en:

1) Referirse a una ley que afirme que un hecho del tipo F_n va seguido, siempre o normalmente, de un hecho del tipo F_{n+1}, o que un hecho del tipo F_n es necesario para la ocurrencia de un hecho del tipo F_{n-1} (en el caso de prognosis);
2) Referirse a una ley que afirme que para que ocurra un hecho del tipo F_n es necesario que primero ocurra un hecho del tipo F_{n-1}, o referirse a la condición necesaria que establece que, normalmente, F_n no ocurre sin F_{n-1};
3) Comparar los enlaces conocidos más cercanos en la serie, y referirse a la ley que afirme que el camino de F_n a F_{n+x} conduce, siempre o normalmente, a través de $F_{n+(x-1)}$. Se puede ver fácilmente que esto lleva a contestar la pregunta factográfica «¿qué fue?». Al revés que en el primer tipo de explicación genética, además de la indicación de la secuencia de los hechos destinados a mostrar cómo llegó a ocurrir el último suceso de la secuencia, aquí también es importante establecer hechos sobre los que no hay datos en las fuentes, es decir, establecer los hechos de modo indirecto. Este rellenar lagunas es útil para el historiador, especialmente, respecto a la construcción de un cuadro total de un trozo determinado del pasado.

Una confusión fundamental es llamar a la explicación genética la forma fundamental, o una de las formas fundamentales de explicación en la investigación histórica, ya que esto confunde el hecho de que las narraciones históricas se construyen, en gran medida, para describir adecuadamente secuencias ordenadas de hechos, lo cual origina la naturaleza genética de esa narración, con la explicación causal como tal. Como se deduce de los numerosos ejemplos mencionados, los historiadores suelen darse cuenta de la diferencia entre explicación causal y narración genética. Los resultados de la explicación causal se incluyen, muchas veces, en las narraciones históricas: por ejemplo, un historiador, en primer lugar, establece las causas del nacimiento de las granjas señoriales basadas en trabajo servil, y después procede a describir el desarrollo de ese tipo de agricultura en Polonia, en forma de narración genética. Así indica primero la facilidad de vender (exportar) cereales y la situación en el terreno de la mano de obra, y después trata las consecuencias de esos hechos. Sólo la ignorancia de los problemas reales en la investigación histórica puede explicar la aceptación de una descripción genética como equivalente de una explicación causal. La explicación causal, aunque no se manifieste de otros modos, está, implícitamente, en las descripciones de las secuencias genéticas propuestas por los historiadores.

Por tanto, el problema de la explicación genética no existe como cuestión aparte de la explicación causal en la investigación histórica. Podemos hablar sólo de descripciones genéticas o explicaciones genéticas; sin añadir que está implicada la explicación causal. Aquí no incluimos los casos, anteriormente analizados, en los que una persona que pregunta el origen de algunos sucesos quiere recibir una explicación causal. La descripción genética está relacionada con la formulación de síntesis en la historiografía.

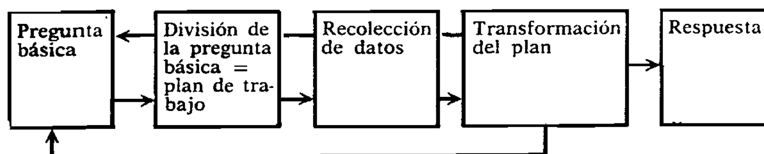
XXII

Construcción y síntesis

1. *Preguntas de investigación básicas y secundarias*

Hay que distinguir el establecimiento de los hechos y la explicación causal de la construcción del texto, es decir, la formulación de respuestas a las preguntas básicas de la investigación; en este último proceso, las explicaciones y las afirmaciones sobre los hechos establecidos se usan como elementos estructurales con los que se construye el edificio que es la respuesta a una pregunta concreta de investigación. La pregunta básica de investigación, diferente de las secundarias o derivadas, es aquella a la que están, en cierto modo, subordinadas todas las otras preguntas planteadas durante una determinada labor investigadora. En un caso concreto, puede haber más de una pregunta básica; la principal entre ellas es la pregunta incluida en la formulación del título (final o de trabajo) del estudio. No es necesario, y es raro, que dicho título vaya seguido de un signo de interrogación; en la mayoría de los casos, el título es sólo *L'Age de Louis XIV* (Voltaire), *Der achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte* (Marx) o *La Cité Antique* (Foustel de Coulanges), etcétera, porque cada uno de estos títulos se puede convertir en una oración interrogativa (factográfica o explicativa).

Respecto a la formulación de una respuesta a la pregunta básica, el primer paso consiste en dividir esa pregunta en otras derivadas, de modo que las respuestas a estas últimas, al reunirse, proporcionen una respuesta a la primera. Esta división de la pregunta básica en derivadas no es más que hacer el plan de investigación. En un principio, este plan es muy general y de naturaleza muy hipotética. Sólo se transforma en el curso de la investigación, de modo que se puedan modificar no sólo las preguntas derivadas, sino incluso la básica. El siguiente esquema muestra de manera simplificada el proceso:



Al construir la primera versión del plan de investigación, nos servimos principalmente de nuestro conocimiento no basado en fuentes: el papel del conocimiento basado en fuentes suele aumentar en los últimos pasos de la tarea investigadora.

Como puede verse, el plan es, por tanto, una especie de supervisión *sui generis* en el proceso de formular las respuestas. Esto significa que

la construcción del texto comienza en el momento en el que se emprende la labor de investigación, es decir, en el momento de la formulación de las preguntas que forman un sistema más o menos coherente destinado a proporcionar una respuesta a la pregunta básica.

El proceso de establecimiento de los hechos y propuesta de explicaciones causales no se puede separar, en la práctica, de la construcción del texto. Todas las soluciones separadas son simplificaciones necesarias de un análisis metodológico.

2. *Construcciones simples y sintéticas*

La división de la pregunta básica en sistemas de preguntas derivadas, y, por tanto, la formulación de respuestas parciales a la pregunta básica, destinadas a conseguir una respuesta amplia, se puede realizar de varias formas. De cualquier modo, podemos hacer una distinción entre construcciones simples y sintéticas.

En el caso de las construcciones simples, el agrupamiento de respuestas parciales (y por tanto, generalmente, el agrupamiento de las preguntas parciales) se determina, de forma satisfactoria, según estos tres criterios: cronológico, territorial y objetivo, que se usan en diferentes construcciones y en grado variable. En algunas obras, es el criterio cronológico el que juega el papel fundamental; en otras, es el territorial o el objetivo. Según el criterio adoptado como principal, los restantes juegan un papel auxiliar. En la mayoría de los casos, de acuerdo con una de las características esenciales de la investigación histórica, el criterio cronológico se considera como principal, y las divisiones basadas en el criterio territorial y objetivo se realizan dentro del marco cronológico. Este es el caso de la *Historia Polski* (Historia de Polonia), patrocinada por el Instituto de Historia de la Academia Polaca de las Ciencias. El criterio territorial se encuentra muchas veces en los estudios que se limitan a un marco cronológico estrecho; lo mismo ocurre con el criterio objetivo, que además es muy usado en los estudios sobre la historia de la cultura material.

Respecto a las construcciones simples, esos criterios se interpretan formalmente. Esto significa que las divisiones cronológicas se basan en un principio formal; lo mismo ocurre con las unidades territoriales, y también, aunque de forma más complicada, con los elementos objetivos. Por ejemplo, las respuestas se formulan de modo que los datos se agrupan por siglos, por unidades territoriales formales (por ejemplo, distritos administrativos) y por clasificaciones subjetivas aceptadas.

Es evidente que, en la práctica, no encontramos construcciones puras de este tipo. Cada una incluye elementos de un acercamiento sintético, ya que el conocimiento basado en fuentes no se puede separar totalmente del no basado en fuentes[1].

[1] Esta es una manifestación del principio general, subrayado por Karl Marx, de que «no hay historia sin teoría». La comprensión de esto se ha hecho universal, y el principio es subrayado por todos los teóricos y todos los historiadores que se ocupan de cuestiones teóricas. Cfr. R. Aron, «Las teorías y los hechos están unidos de tal modo que sería vano el intento de separarlos rigurosamente», en *Evidence and Inference in History*, D. Lerner (ed.), Glencoe, 1959, página 19; W. H. Costes, «Relativism and the Use of Hypoteses in History», *The Journal of Modern History*, vol. XXI, núm. 1, 1949, pág. 26; J. Adamus, *O kierunkach polskiej mysli historycznej*, Lódz, 1964, págs. 42-43. El problema fue tratado de modo más amplio en relación con el análisis del conocimiento no basado en fuentes.

Las construcciones sintéticas, por tanto, son características de la investigación histórica. Pero, siempre que la construcción del texto se determina por los criterios mencionados, interpretados formalmente (lo cual puede ser también una manifestación de un programa de investigación objetiva, es decir, investigación en la que el punto de vista del autor no se rige por ningún sistema de valores), tenemos que hablar más bien de construcciones simples, y reservar el término «construcciones sintéticas» para los resultados de las investigaciones conscientemente guiadas por un sistema de opinión específico.

Una construcción sintética, por tanto, es un modo de formular una respuesta a la pregunta básica de investigación, una respuesta en la que se usan los criterios cronológico, territorial y objetivo, pero de modo que depende de una visión concreta del pasado, que, como sabemos, es el componente más importante del conocimiento no basado en fuentes de un historiador. El valor de una construcción sintética determinada depende del valor de ese conocimiento; de aquí que no podamos decir de antemano que toda construcción sintética es más valiosa que una simple, ya que ésta, en el peor de los casos, proporciona una cantidad determinada de datos, mientras que una construcción sintética errónea puede ofrecer una respuesta completamente deformada a la pregunta básica de investigación. No queremos referirnos con esto a las construcciones que pasan deliberadamente en silencio sobre los hechos inconvenientes o incluso deforman los datos, ni nos referimos al pobre periodismo histórico y a los libros populares, leídos de buena gana por el gran público, y que se aprovechan de la falta de conocimientos del lector y de la corriente de sentido común (en el peor sentido del término) que, como mucho, sirve para condensar los mitos y estereotipos populares sobre el pasado.

El problema de las construcciones sintéticas nos lleva al vasto terreno de las discusiones sobre la síntesis de la historia de la nación de cada uno, que se encuentran, probablemente, en la historiografía de todos los países, y también a las viejas discusiones sobre los diversos acercamientos que intentan sintetizar la historia universal. Esto abarca también las discusiones sobre los criterios de síntesis en las distintas disciplinas históricas.

3. *El problema de la síntesis en la investigación histórica*

Las síntesis históricas pueden ser muy distintas de naturaleza, y así nos proporcionan respuestas de recapitulación muy variadas a las respectivas preguntas de investigación. Es normal que las respuestas a las preguntas detalladas (derivadas) se parezcan en síntesis diferentes, pero las respuestas de recapitulación difieren entre sí. Esto se debe a que casi nadie pone en cuestión hechos fundamentales, sino que combinan esos hechos en series genéticas de varios modos, y los ve unidos por varias relaciones causales. Como se ha dicho, en última instancia esto se relaciona con el sistema de valores que representa un historiador concreto. La cuestión volverá a ser tratada más tarde.

De las muchas síntesis distintas de la historia de las diversas naciones, señalaremos, por ejemplo, las historias conservadoras o laboristas de Inglaterra, las diversas interpretaciones sintetizadoras de la Revolución Francesa, las síntesis de historia polaca presentadas por Lelewel y Szujski, respectivamente, y las síntesis basadas en la teoría del materialismo histórico, o las que, en mayor o menor grado, se oponen a esta corriente. Incluso aunque los historiadores compartan el mismo sistema de valores, las diferencias en sus conocimientos no basados en fuentes hacen que sus construcciones sintéticas no coincidan plenamente. Pero eso es un fenómeno normal, que acerca entre sí a las diversas posturas. Y no es una peculiaridad de la investigación histórica, o de las humanidades, o de las ciencias sociales en general; hasta en la ciencia natural encontramos que la visión sintética de hechos específicos difiere, a menudo, señaladamente, de un investigador a otro.

La historia de la síntesis de la historia universal es muy interesante[2]. La historiografía «filosófica» en la época de la Ilustración aportó opiniones enteramente nuevas, en comparación con las síntesis anteriores, y no sólo las que seguían el ejemplo de Bossuet. El famoso dicho de Voltaire de que las compuertas de un canal que une dos mares, una pintura de Poussin, una tragedia maravillosamente escrita, o una verdad recientemente descubierta, son mucho más valiosas que los informes de la Corte y las historias de batallas, señaló un corte entre las síntesis unilaterales basadas en la historia política o inspiradas en la Biblia.

En cuanto a las disciplinas históricas especializadas, las propuestas de J. Rutkowski sobre las síntesis en la historia económica han alcanzado gran renombre[3]. Rutkowski sugirió que la división de los ingresos se considerara como la cuestión básica en la historia económica, lo cual podía producir un acercamiento sintético a toda la historia socio-económica. W. Kula sustituiría la división de los ingresos por el problema de los niveles de vida, que permitiría a los historiadores relacionar mejor las diversas cuestiones en la historia socio-económica. Este autor es de la opinión de que podemos realizar síntesis más coherentes si analizamos, en cada época, la relación entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, es decir, si aceptamos el papel dinámico de las contradicciones en la historia. Estos problemas, como el problema general de los supuestos que yacen bajo los diversos tipos de síntesis, son muy discutibles. Además, caen fuera del terreno de este libro.

Desde el punto de vista de nuestras necesidades, tenemos que distinguir tres tipos fundamentales de síntesis; son:

1) Síntesis estructurales;
2) Síntesis genéticas;
3) Síntesis dialécticas.

Las síntesis estructurales se caracterizan por el dominio de la estructura de un sistema dado, es decir, las relaciones específicas entre sus elementos. Los autores de estas síntesis se interesan, sobre todo, por la reproducción de ciertos modos estructurales en su forma intacta, y, por tanto, formulan con ese espíritu sus respuestas a las preguntas de investigación

[2] Cfr. M. H. Serejski, *Koncepcja historii powszechnej Joachima Lelewela*, Varsovia, 1958.

[3] Hizo varias afirmaciones sobre el asunto (a partir de 1925); cfr. su *Historia gospodarcza Polski*, vol. I, Poznan, 1946, págs. 15-20. Su idea fue criticada por W. Kula en *Problemy i metody historii gospodarczej*, págs. 195 y ss. Ver también J. Topolski, «O zagadnieniu syntezy w historii gospodarczej» (El problema de la síntesis en la historia económica), *Roczniki Dziejow Spolecznych i Gospodarczych*, vol. XXVI, Poznan, 1965, págs. 260-265.

básicas. Como ejemplo de síntesis estructural podemos mencionar la conocida obra de F. Braudel sobre Felipe II y la cuenca del Mediterráneo (1946). Muchos estudios sobre la historia de la cultura material resultan ser síntesis estructurales. El entorno geográfico es también el factor que funciona muchas veces como lazo estructural. Las síntesis estructurales, en su forma pura, son características de la sociología, más que de la investigación histórica.

Si una síntesis está dominada por el intento del autor de perturbar lo menos posible las secuencias cronológicas (causales), nos encontramos con una síntesis genética. Este tipo de síntesis, que es la principal manifestación del método genético en la investigación histórica, dominó durante mucho tiempo. En dichas síntesis, el acento no se pone sólo en la secuencia simple de sucesos —lo cual era típico de los anteriores pasos de esa corriente de la historia—, sino, sobre todo, en la indicación de los lazos causales.

El hecho de que estas síntesis eran incompletas, durante mucho tiempo, fue notado sólo en la literatura polaca de la materia por J. Rutkowski, que escribió, en relación con la historia económica: «Los intentos de acercamiento sintético a la historia económica pueden ir en varias direcciones. A primera vista, el acercamiento causal es el método más simple y más apropiado: mientras que los estudios analíticos darían lugar a las simples afirmaciones de que ciertos sucesos tuvieron lugar en un territorio concreto y en un momento concreto, los estudios sintéticos buscarían explicaciones causales del origen de esos hechos.» Aseguraba que, en los estudios monográficos, dedicado cada uno a un solo problema, podemos llegar, quizá, de este modo, a construcciones homogéneas; sin embargo, ese método no es el correcto en el caso de interpretaciones de «todos más amplios» (es decir, sistemas). Si queremos llegar a construcciones homogéneas en tales casos, tenemos, como él escribió, «que establecer la existencia de un solo factor que condiciona totalmente todos los elementos»[4].

El camino indicado por Rutkowski puede referirse a las síntesis estructurales o a las dialécticas. El propio Rutkowski se inclinaba hacia este último tipo. Pensaba que las teorías que atribuyen la mayor importancia al entorno geográfico o a la raza no pueden aceptarse como soluciones correctas. Aunque no dijo que esas teorías indicaban factores que están, como si dijéramos, fuera de la actividad humana (factores naturales), y, por tanto, no mostraban cómo se mueve un sistema dado y cómo tiene lugar el desarrollo (a pesar de que, en cierto modo, pudieran suponer un movimiento de los sistemas), su postura nos lleva a esta conclusión.

Las síntesis dialécticas son las que unen el aspecto de secuencias genéticas con el de estructura, es decir, las que muestran las secuencias genéticas sin romper las estructuras. Los tres tipos de estructuras podrían verse en esta metáfora: supongamos que el sistema que investigamos es una telaraña. Podemos mostrar, enrollándola en un ovillo, cómo se hiló, es decir, cómo se alargó cada vez más el hilo. Esto muestra el procedimiento usado en la formulación de una síntesis genética. Al hacer una síntesis estructural, tendríamos que indicar la forma de la telaraña, dibujándola o fotografiándola en un paso determinado de su formación. Si consiguiéramos demostrar, por ejemplo, filmando el proceso de hilado, cómo cambia la telaraña, de

[4] J. Rutkowski, *op. cit.*, págs. 15-16.

ser un solo hilo a un objeto cada vez más complejo, esto mostraría qué busca la síntesis dialéctica.

En la historiografía actual el tipo más importante de síntesis dialéctica es el que se basa en la teoría del materialismo histórico. Esto ha sido admitido por J. Rutkowski, que escribió que dicha teoría puede ser la base para un acercamiento sintético a toda la historia humana, aunque la historia económica y los fenómenos incluidos en la base económica deberían ser descritos, en su opinión, por algún método especial de construcción sintética, como hemos mencionado anteriormente.

H. I. Marrou señaló la necesidad de ir más allá de las síntesis estructurales corrientes; hacia una distinción entre las estructuras estáticas y las dinámicas, pero, en su interpretación, estas últimas eran más bien síntesis estructurales mejoradas, y no síntesis dialécticas, que explican el proceso de desarrollo.

Al hablar de los problemas de las síntesis hay que subrayar las consideraciones de S. Ossowski sobre el concepto de aspecto en las ciencias sociales. Señaló el hecho de que la imagen del mundo, tal como la fabrica el investigador, está condicionada por las características de su objeto de estudio y sus propias disposiciones. Estas últimas «recuerdan las diferencias entre los diversos prismas, a través de los cuales miramos los objetos y vemos sus colores y formas y no recuerdan a la retina, que es una condición indispensable de toda percepción de colores y formas»[5]. Aquí llegamos otra vez al concepto de conocimiento no basado en fuentes, ya que los instrumentos ópticos a través de los cuales vemos los hechos configuran esa imagen del mundo que tenemos en nuestras mentes y que modificamos gradualmente.

4. *La periodización en la historia*

En todas las construcciones históricas, excepto en las que se ocupan de sistemas estáticos, o de cortos períodos de tiempo, o de sistemas que cambian poco en el curso del tiempo, el problema de una división cronológica de la pregunta básica de investigación, es decir, el problema de la periodización, se convierte en algo crucial.

No es una coincidencia que la división del pasado en períodos haya sido materia de tantas controversias: el criterio cronológico adoptado por un historiador está determinado por la totalidad de sus opiniones sobre el pasado, es decir, su conocimiento no basado en fuentes, que le guía en su construcción de la síntesis.

El acercamiento del historiador a la división de un fragmento concreto del pasado en períodos más cortos depende de si intenta encontrar construcciones simples o sintéticas. En el primer caso, puede conformarse con una periodización formal, que W. Kula llama convencional[6], mientras que en el segundo caso intenta descubrir los períodos cuya diferenciación se basa en el proceso histórico. A estas periodizaciones, W. Kula las llama objetivas.

Es difícil decidir de antemano qué periodización es mejor. Una periodización objetiva basada en una imagen errónea del pasado puede dificultar la reconstrucción del proceso histórico mucho más que una convencional.

[5] S. Ossowski, *O osobliwosciach nauk spolecznych*, ed. cit., cap. III, pág. 117.
[6] W. Kula, *op. cit.*, pág. 173.

W. Kula tiene razón al afirmar que los manuales tradicionales sobre metodología de la historia se ocupaban muy poco de los problemas de la periodización. Esto era una muestra del acercamiento idiográfico de los autores o una manifestación del evolucionismo genético, es decir, un acercamiento que impide que la gente vea que los sistemas sufren constantes transformaciones y se convierten en sistemas nuevos, y por tanto en cualidades nuevas (en este sentido, ver, por ejemplo, E. Bernheim). Si nos damos cuenta de que una buena periodización nos puede ayudar a comprender los cambios esenciales en los sistemas que estudiamos, esto pone de relieve la importancia del problema de la periodización.

Las frecuentes discusiones sobre la periodización[7] son, en realidad, discusiones básicas sobre los métodos de reconstrucción del proceso histórico. El progreso en el acercamiento a la periodización reflejaba el progreso en la investigación histórica. No nos ocuparemos aquí de las periodizaciones convencionales, que, después de todo, pueden ser muchas veces útiles si se consideran como auxiliares, pero no presentan problemas interesantes; señalaremos ciertos tipos de periodizaciones objetivas. Estos tipos dependen de la visión del pasado que represente un autor concreto. En general, podemos distinguir los siguientes tipos de periodizaciones objetivas:

1) Periodizaciones cíclicas;
2) Periodizaciones direccionales;
3) Periodizaciones irregulares.

Las periodizaciones cíclicas suelen referirse a largos períodos y a la historia de unidades territoriales grandes. Sin embargo, se pueden aplicar a períodos bastante cortos, si hay fluctuaciones cíclicas (de precios, producción, etcétera) que sirvan como base para la división en períodos. En estos casos estas periodizaciones pueden reflejar el curso real de ciertos sucesos o procesos. Pero en un aspecto más amplio, las periodizaciones cíclicas se suelen relacionar con ideas que encontramos difíciles de aceptar. Un ejemplo de periodización cíclica lo ofrece, por ejemplo, la obra de E. Huntington, que veía cómo la evolución de la humanidad seguía una sinusoide[8]. En la literatura polaca de la materia podemos señalar un libro de S. Kurowski, que aseguraba que el crecimiento en el curso de un milenio seguía ciclos logísticos sucesivos (cfr. los anteriores comentarios en esta obra sobre la curva logística)[9]. Las ideas sostenidas por Ibn Khaldun, G. B. Vico, O. Spengler, P. Lacombe (procesos dicotómicos, movimiento pendular) y la idea del eterno retorno, conocida desde la Antigüedad, pertenecen a este grupo[10]. El acercamiento cíclico al proceso histórico se suele

7 Sobre la Edad Media, ver T. Manteuffel, *Sredniowiecze powszechne*, Varsovia, 1961, Introducción. Ver también H. Sée, «La division de l'histoire en périodes», *Revue de la Synthèse Historique*, vol. XLVI, serie XVI, París, 1926, páginas 61-67; cita a E. Troeltsch (*Der Historismus und seine Probleme*, Tubinga, 1922), que sostiene que la periodización refleja la filosofía de valores de un historiador concreto. Sée piensa que la periodización contribuye a explicar los hechos. Así, la opinión de que la periodización juega un papel en las interpretaciones históricas ha ido ganando terreno en las diversas escuelas de historiografía. Se encuentran muchas observaciones sobre la periodización en E. Callot, *Ambiguités et antinomies de l'histoire*, París, 1962, págs. 109-116.

8 E. Huntington, *The Pulse of Progress*, Nueva York, 1926.

9 S. Kurowski, *Historyczny proces wzrostu gospodarczego* (El proceso histórico del crecimiento económico), Varsovia, 1963, pág. 373.

10 Cfr. M. Eliade, *Le Mythe de l'éternel retour*, París, 1949. Las mismas cuestiones, aunque en un contexto ligeramente diferente, son tratadas por S. Ossowski,

combinar con el direccional, dando lugar, así, a una visión espiral del pasado (cfr. Saint-Simon, K. Kelles-Krauz).

Las periodizaciones direccionales son típicas de las opiniones que ven un límite (como el Juicio Final cristiano) al que se acerca la historia humana, nos guste o no. Este grupo incluye también las visiones sobre un progreso constante en la historia, que tiene lugar independientemente de la causa de los hechos históricos concretos. Estos últimos fueron, en particular, los acercamientos iniciados por los historiadores en la época de la Ilustración, que se oponían a los modelos teológicos anteriores. Un ejemplo es Ch. Ellwood, que pensaba que el desarrollo de la humanidad seguía una parábola: desde el nivel de la vida animal hasta el pleno triunfo de la razón[11]. Entre las periodizaciones más antiguas de este tipo hay que mencionar la división en períodos realizada por San Agustín, que mencionaba cinco épocas anteriores a la venida de Cristo, y la sexta, que comenzaba en ese momento, e iba a terminar, como se interpretó más tarde, con el Juicio Final. La auténtica historia de la humanidad, por tanto, se veía como algo inmutable y homogéneo.

Las periodizaciones direccionales están bastante caducas hoy en día. El tipo actualmente dominante es el de las periodizaciones irregulares, que no imponen ningún esquema geométrico. Las periodizaciones irregulares se pueden aceptar para períodos más cortos por parte de aquellos que están en favor de las cíclicas o las direccionales en relación con la totalidad de la historia humana.

Las periodizaciones irregulares se caracterizan por una estrecha unión de los períodos que se distinguen con los hechos históricos específicos. Esos hechos son complejos y suelen seguir curvas poco regulares, que esas periodizaciones intentan mostrar (por supuesto, con aproximación). Estas periodizaciones pueden variar grandemente según el factor que determina una división concreta en períodos. En las síntesis históricas anteriores, solía ser el factor político (la historia política de un estado) la que salía a relucir. La atención prestada por los fundadores del marxismo al factor económico lo integraba plenamente como un elemento del procedimiento de periodización. Los historiadores marxistas han llegado a considerarlo como el factor fundamental de periodización, pero que sólo sirve para la división de la historia humana en sus etapas básicas; respecto a períodos más cortos, se usan en la misma medida otros factores, especialmente el político.

La división en los pasos fundamentales del desarrollo de la humanidad procede de las leyes básicas del desarrollo social, y da lugar a la tipología de formaciones socioeconómicas analizada en el capítulo XIII[12]. En este sentido, las formaciones socioeconómicas forman el esbozo principal de las periodizaciones del proceso histórico. Las divisiones dentro de las formaciones (o sea, las divisiones en períodos en el sentido más estricto del término) se suelen relacionar con los pasos generales del desarrollo interno de una formación concreta en el territorio en cuestión.

«Prawa "historyczne" w socjologii» (Leyes «históricas» en sociología), *Przeglad Filozoficzny*, vol. XXXVIII, 1935, págs. 3-32.

11 Esta idea es analizada por S. Ossowski, *op. cit.*, págs. 3-12.

12 Podemos hablar de una teoría de la formación socio-económica sólo si nos referimos a un mecanismo de transición de una formación a la siguiente. Si sólo nos encontramos con una enumeración y descripción de las diversas formaciones (quizás en el orden en el que se suelen suceder), sólo podemos hablar de su tipología.

En general, los criterios de periodización son uno de los principales índices de las construcciones sintéticas, configurándose estas últimas, como sabemos, también, por un uso adecuado de los criterios territoriales y objetivos.

5. *Alcance territorial y objetivo y clasificación de los tipos de investigación*

La división en unidades territoriales concretas abarcadas por la investigación puede ser también convencional u objetiva: por ejemplo, puede tener en cuenta los distritos administrativos o algunas otras regiones, diferenciadas de algún modo. En la práctica, las divisiones convencionales aplicadas al territorio son mucho menos criticadas que las aplicadas al tiempo.

La unidad básica territorial que se suele estudiar es un estado o una nación en su alcance territorial. Esto produce diversas historias de naciones, que pueden ser más o menos integrales si abarcan toda la historia, es decir, quizás, todos sus aspectos, o especializadas, cuando abarcan un solo aspecto de la vida de una comunidad nacional dada en el pasado (por ejemplo, la historia económica de Polonia). Si la aproximación trasciende las fronteras de un estado o los límites de un territorio habitado por una nación, adquiere un carácter universal. Es un área mayor por ejemplo, un continente o todo el mundo, lo que se convierte en la unidad geográfica abarcada por el estudio. Si sólo se estudia una parte de un continente o un estado, nos encontramos ante la historia regional. Los criterios para distinguir una región concreta pueden ser de varios tipos, según las exigencias de la investigación. Pero adviértase que una delimitación errónea de una región puede tener efectos negativos en los resultados del estudio. La historia regional incluye, por ejemplo, el estudio de los territorios relacionados con el Mar Báltico, la zona de la cuenca del Mediterráneo, los Balcanes, etcétera. Los estudios relacionados con la historia de la Gran Polonia, la Picardía, Cataluña o Bielorrusia Oriental también se incluyen en la categoría de los estudios regionales.

Las monografías regionales se pueden caracterizar por un acercamiento integral o especializado. En el caso de la historia económica regional los historiadores deben servirse, más que en otros estudios, de los resultados de los estudios de los geógrafos económicos que se ocupan de las regiones.

El historiador debe tener en cuenta que no puede separar la historia universal, nacional y regional. Al trabajar en un estudio de historia nacional o regional debe darse cuenta de que es parte de un estudio de historia universal. El acercamiento comparativo debería ser una condición *sine qua non* en la investigación histórica. Al mismo tiempo, al trabajar en la historia universal o nacional, debe tener una opinión bien fundada sobre la regionalización del territorio cuya historia está estudiando. En este sentido, los historiadores deberían mejorar su conocimiento no basado en fuentes, ya que tienen mucho que completar en esta cuestión (especialmente en el área de la historia económica).

Las aproximaciones efectuadas hasta ahora pecan de un tratamiento demasiado general de los territorios. Ocurre, muy a menudo, que las ideas basadas en la región mejor conocida dominan un estudio sintético. Las secuencias genéticas y las diversas generalizaciones se caracterizan, muchas veces, por un acercamiento unilateral, que es típico, en particular, de los estudios de grandes sistemas a lo largo de grandes períodos.

La fragmentación objetiva de los datos también está muy relacionada con el concepto de síntesis de un historiador concreto, con su modo de unir los hechos en todos más amplios y con la importancia que atribuye a diversos hechos.

Sin extendernos en los problemas de la división geográfica y objetiva de los datos, señalaremos los principales tipos de síntesis, basando la clasificación a la vez en el criterio geográfico y objetivo. Nos encontramos con dos tipos:

1) Aproximaciones microsintéticas.
2) Aproximaciones macrosintéticas.

Una microsíntesis es el resultado final de los estudios microanalíticos. Por otro lado, sin embargo, los estudios microanalíticos, como el estudio de los presupuestos familiares, puede servir de base para una macrosíntesis, como una descripción de todo un grupo social.

El acercamiento microsintético es una respuesta a una pregunta básica de investigación sobre un elemento aislado que no se puede descomponer o sobre pequeños sistemas sociales. En el primer caso, un estudio se puede centrar en un solo objeto material (pero visible en el asentamiento de un determinado sistema social, ya que, de otro modo, no nos encontraríamos ante un estudio histórico) o en un individuo como miembro de la sociedad. Como ejemplos de estudios sobre un solo objeto, podemos mencionar numerosos estudios sobre la historia del arte que analizan una obra concreta (por ejemplo, el altar de Wit Stwosz en Cracovia o la puerta de la catedral de Gniezno), sobre arqueología, sobre la historia de la cultura material. Esto también vale para los estudios que se refieren a una serie de objetos similares, pero en los que el centro de gravedad no está en el análisis de los propios objetos, sino en el estudio de su papel en un determinado sistema social más amplio. Estos estudios se pueden ocupar no sólo de objetos materiales, sino también de elementos de la cultura espiritual (por ejemplo, el estudio del canto gregoriano en la Polonia medieval).

Las monografías sobre personas son ejemplos de estudios centrados en individuos como miembros de la sociedad. Estos estudios microsintéticos pueden ser de naturaleza muy distinta, según la atención dedicada por el investigador a la persona en cuestión y a los sistemas (grandes o pequeños) en los que vivía esa persona. Si se limita sólo a la persona, escribe una biografía, que se puede considerar de varias formas. Un buen ejemplo de este acercamiento son las entradas incluidas en los diccionarios biográficos [por ejemplo, *Polski Slownik Biograficzny* (Diccionario biográfico polaco)], y malos ejemplos, los artículos conmemorativos [13], etc. Las biografías modernas prestan cada vez más atención a los sistemas en los que actuaba un individuo, para mostrar la influencia que un sistema concreto tuvo sobre ese individuo y también la influencia que ese individuo tuvo sobre el sistema. En todos estos casos, el individuo se considera como un elemento del sistema [14].

[13] El método biográfico en sociología fue tratado por J. Szczepanski; cfr. «Die biographische Methode», en *Handbuch der empirischen Sozialforschung*, edición citada, págs. 551-569, donde se enumeran también las principales obras sobre la materia.

[14] En la historiografía polaca tenemos un ejemplo de monografía moderna en el libro de A. Kersten sobre Stefan Czarniecki (Varsovia, 1963). Su obra dio lugar a una interesante discusión sobre las monografías de individuos.

No está claramente esbozado el concepto de sistema social pequeño, que es, junto a los objetos e individuos aislados, la segunda materia de los acercamientos microsintéticos. No hay duda de que una familia, el taller de un artesano, e incluso un pueblo, son sistemas sociales pequeños; ¿pero entra en esta categoría una ciudad, especialmente una grande? Para definir, por lo menos aproximadamente, el alcance del concepto de sistema social pequeño, tenemos que diferenciarlo del de grupo social, concepto muy corriente en sociología. Sólo se llamarán sistemas sociales aquellos grupos que son todos funcionales y en los que el funcionamiento de los diversos elementos está relacionado, de modo que esos elementos no pueden existir aisladamente. Un sistema puede ser pequeño o grande de acuerdo con el punto de referencia. Un pueblo es un sistema grande en comparación con una sola granja, pero es pequeño en comparación con la sociedad entera. Por tanto, si una persona quiere averiguar con qué sistema social se encuentra, debe buscar la respuesta a esta pregunta [15]. Las monografías sobre plantas industriales, pueblos, instituciones sociales (por ejemplo, organismos de caridad), instituciones políticas (por ejemplo, el Parlamento), instituciones educativas (por ejemplo, una escuela concreta), instituciones culturales (un determinado teatro), etcétera, son ejemplos de resultados de los estudios sobre sistemas sociales pequeños. Como en el caso del estudio sobre individuos, los análisis de pequeños sistemas sociales se pueden relacionar, en diversos grados, con el estudio de sistemas más amplios, de los que son elementos los más pequeños [16].

El acercamiento macrosintético se ocupa de sistemas sociales grandes. Esto incluye estudios integrales de dichos sistemas (por ejemplo, monografías sobre ciudades grandes, estados o grupos de estados), estudios de ciertos elementos en sistemas concretos (por ejemplo, el estudio del comercio como una rama de la actividad económica; la cuestión campesina en el levantamiento de 1863 en Polonia; la idea universalista en la Europa medieval; la participación de las tropas polacas en la Segunda Guerra Mundial, etcétera) y análisis de la influencia que determinados factores externos tuvieron en un sistema concreto (por ejemplo, las influencias orientales en el arte europeo del siglo XVIII).

Los mejores ejemplos de acercamientos macrosintéticos son los estudios sobre toda la historia de un estado concreto durante un período extenso [por ejemplo, *Dzieje Niemiec do poczatku ery nowozytnej* (Historia de Alemania hasta el comienzo de la Edad Moderna), de K. Tymieniecki, Poznan, 1948], o sobre una serie de estados [por ejemplo,, *Sredniowiecze powszechne* (Historia medieval universal), de T. Manteuffel, Varsovia, 1961, que presenta una síntesis de historia europea; *Historia Powszechna 1789-1870)*, de M. Zywczynski, Varsovia, 1964], o los amplios estudios sobre toda la historia universal publicados en muchos países.

[15] Sobre los sistemas sociales pequeños, ver R. Redfield, *The little Community*, Chicago, 1955, y también J. Topolski, «Problemy metodologiczne monograficznych badan wsi» (Problemas metodológicos de los estudios monográficos sobre pueblos), *Kwartalnik Historii Kultury Materialnej*, núm. 2, 1966.

[16] Para un tratamiento amplio de la materia, ver B. Lesnodorski, *Jakobini polscy* (Los jacobinos polacos), Varsovia, 1963. El grupo que estudia, obviamente, formaba un sistema social pequeño. pero Lesnodorski lo muestra en el contexto de muchos sistemas mayores. En tal caso, un acercamiento aparentemente microsintético se hace macrosintético.

SEXTA PARTE

LA METODOLOGIA APRAGMATICA DE LA HISTORIA

XXIII

La naturaleza y los instrumentos de la narración histórica

1. *El problema de la narración en la metodología de las ciencias*

El problema de la narración surge cuando pasamos de las consideraciones sobre la metodología pragmática, centradas en los procedimientos de investigación, a la reflexión sobre los resultados de la investigación (es decir, reflexiones apragmáticas). En muchas ciencias, una respuesta a una pregunta concreta de investigación adopta la forma de una estructura verbal coherente y completa. Esa estructura verbal podría llamarse narración, aunque el término puede resultar chocante aplicado a ciertas disciplinas. A pesar de las diferencias en las estructuras de las narraciones en las diversas ciencias, toda narración es un informe sobre los resultados de la investigación, es decir, una secuencia coherente de afirmaciones sobre hechos específicos. Desde ese punto de vista no hay diferencia entre la historia y la geología, pero tampoco entre la historia y la física o la musicología. Un físico, un musicólogo y un historiador deben informar igualmente sobre los resultados de su investigación, conducida por distintos métodos, en un cierto orden que se acepta en sus respectivas disciplinas. Esto significa que deben componer ciertos fragmentos para formar un todo legible (que se puede mostrar como legible sólo para aquellos que conocen el lenguaje específico de una disciplina concreta), en el que los resultados de la propia investigación, el propio conocimiento y algunos resultados de las investigaciones conducidas por otros se mezclan en un informe estructurado de la mejor forma posible.

Lo que en la metodología pragmática se puede interpretar como establecimiento y explicación de los hechos y como síntesis del trabajo, en la metodología apragmática adopta la forma de narración (como formulación de narraciones). La narración ofrece numerosos problemas. Se puede decir que, analizando las narraciones, es decir, los sistemas de afirmaciones que forman respuestas a las preguntas planteadas en la investigación, conseguimos definir el lugar de una disciplina concreta en el sistema de las ciencias. Por tanto, el problema de la narración es una cuestión crucial en la metodología apragmática de las ciencias y, del mismo modo, en la metodología apragmática de la historia.

Al analizar las narraciones tenemos que tener en cuenta los tres grupos siguientes de problemas:

1) Tipos de narraciones (en una disciplina concreta);
2) Instrumento de la narración;
3) Elementos de la narración.

Se tratarán en relación con la narración en la investigación histórica y los relatos históricos (como productores de la narración), comenzando por las características generales de las narraciones históricas.

2. *Narraciones históricas frente a narraciones en general*

Algunos autores se inclinan a ver la tendencia a describir el curso de los acontecimientos como la característica que diferencia las narraciones históricas de las narraciones en otras muchas disciplinas, donde la posible descripción de los hechos está subordinada a la tarea de formular o rechazar teorías. Esta postura, aunque refleja las prácticas reales de la mayoría de los historiadores, no es correcta, porque entre las muchas clases de narraciones históricas podemos distinguir narraciones que se subordinan a ciertas tareas teóricas. Por ejemplo, la rebelión campesina dirigida por Wat Tyler se puede analizar no por pura curiosidad histórica (¿qué ocurrió?), sino en relación con un estudio de la teoría de las rebeliones campesinas o de la lucha de clases en general. En estas narraciones, la descripción sólo es un componente de un todo. Pero hay que admitir que las afirmaciones teóricas claramente formuladas no son un elemento necesario de una narración histórica. Tampoco son un elemento necesario de una narración en el área de ninguna disciplina empírica: hay estudios de física que sólo describen ciertos hechos; del mismo modo, un químico puede producir un documento en el que se limite a describir una reacción química; o un astrónomo, un documento en el que describa los movimientos de un planeta. Por supuesto, nos referimos aquí a narraciones hechas por investigadores individuales y no a narraciones en general, ya que, en este último caso, las referencias a la teoría son indispensables en la física, la química y la astronomía. Pero incluso la investigación histórica, especialmente la que nos gustaría tener en un futuro próximo, debe buscar narraciones que incluyan componentes teóricos. Una narración interpretada como la serie de respuestas a una pregunta concreta de investigación en una disciplina dada es inconcebible sin relacionarse con una teoría [1].

Puesto que tanto la descripción como un componente teórico (o la referencia a una teoría dentro de la misma disciplina) son condiciones necesarias de cualquier narración científica (considerada de modo general, y no desde el punto de vista de un investigador concreto), esto significa que dichas condiciones no bastan para caracterizar las narraciones históricas de un modo más preciso. Son condiciones necesarias pero insuficientes. Entonces, ¿qué elemento juega el papel de la condición que basta para considerar una narración determinada como histórica si, como hemos visto, una descripción y una referencia a la teoría no bastan por sí solas para dar a una narración la naturaleza histórica?

Ese elemento debe hallarse en el tiempo (para usar una formulación muy general), que también es una condición necesaria de una narración histórica. Por tanto, podemos sugerir las siguientes características básicas de las narraciones históricas:

1) Condiciones necesarias: descripción de hechos; referencia a una teoría; referencia al tiempo;

[1] Sobre las narraciones históricas con importancia teórica, ver A. Danto, *The Analytical Philosophy of History*, págs. 133-134.

2) Condición suficiente: referencia al tiempo;
3) Condición necesaria y suficiente: referencia al tiempo.

No hay historia sin el elemento tiempo (y esto no sólo ocurre con la historia humana, sino también con la historia natural). El tiempo es el factor que da a la historia su sentido de existencia y su fuerza vital. El tiempo en la investigación histórica fue tratado más ampliamente al reflexionar sobre el concepto de hecho histórico (capítulo X). Pero entonces se puso más énfasis en la naturaleza relativa del tiempo en la historia y en la dirección de su curso, y aquí nos interesa más el aspecto del tiempo que difiere del tratamiento que se le da en las ciencias no históricas.

El tiempo al que se refieren los historiadores no es el tiempo en general, que se podría llamar tiempo puro [2] (que puede definirse suficientemente por los conceptos de duración momentánea y sucesión), sino el tiempo fechado, en cuyo caso tenemos que indicar algún lugar en la escala cronológica. Es ese tiempo fechado el que da a las narraciones históricas su rasgo único: sitúa cada una en su espacio de tiempo adecuado, dentro de la escala temporal, y le imprime la dirección que se ajusta al curso del tiempo [3]. Aunque no necesitemos, por diversas razones, seguir la dirección del curso del tiempo al construir una narración (esto es lo que ocurre en el caso del método regresivo), en última instancia, la dirección del curso del tiempo da una orientación a esa narración, como recordando que es inseparable de la historia. A pesar de los éxitos que se esperaban de la investigación histórica teórica, centrada en la formulación de teoremas, la propia historia desaparecería si se separara del concepto del tiempo.

En comparación con muchas otras ciencias, las disciplinas históricas están muchísimo más saturadas de tiempo fechado. Aunque el tiempo fechado se puede encontrar en otras disciplinas, no es, ciertamente, ninguna peculiaridad suya. Cuando un físico dice que la luz viaja a unos 300.000 kilómetros por segundo, no relaciona ese proceso con la escala temporal, y cuando hace un experimento que implica la medición del tiempo, dice que un proceso determinado comenzó en un momento t_0 y terminó en un momento t_1, y, por tanto, utiliza el tiempo fechado, pero inmediatamente, como si dijéramos, lo olvida, y sólo permanece interesado por el espacio entre t_0 y t_1. Por tanto, en última instancia, usa el tiempo en general y no un tiempo fechado. Se puede ver fácilmente que, cuando un historiador dice que «la primera partición de Polonia tuvo lugar en 1772» o que «la Segunda Guerra Mundial duró desde el 1 de septiembre de 1939 hasta el 9 de mayo de 1945», se interesa por el tiempo de un modo distinto al del físico: especifica la fecha de la primera partición de Polonia y la fecha del comienzo y el final de la Segunda Guerra Mundial. A veces, no sólo los historiadores utilizan el tiempo fechado, sino

[2] Esto no quiere decir que el tiempo se considera como algo que existe aparte de una realidad intemporal. Ver J. Topolski, «Czas w narracji historycznej» (El tiempo en la narración histórica), *Studia Metodologiczne*, núm. 10, 1973, páginas 3-23.

[3] Cfr. N. Rotenstreich, «Historical Time», en *Between Past and Present*, New Haven, 1958, págs. 51-134. Las observaciones del presente autor difieren en cierto modo de la opinión de Rotenstreich, que explica el curso del tiempo en términos causales. Ver también G. Simmel, *Problem der historischen Zeit*, Berlín, 1916. Rotenstreich, que considera el tiempo histórico como una concreción del tiempo en general, no está de acuerdo con Simmel, que sostiene que el tiempo en la historia es una determinada relación entre los hechos, mientras que la historia como un todo es intemporal.

vado tiene, necesariamente, un campo de visión muy reducido, teniendo en cuenta que registra los hechos corrientes (que, después de todo, es el significado de la palabra *cronista*). Como esta limitación no vale para un historiador, sólo este último tiene oportunidad de fabricar narraciones históricas científicas. La limitación del campo de visión de un C. R., que es la línea diferenciadora entre la literatura de crónicas y la historiografía, resulta del hecho de que un C. R., una vez que ha registrado un suceso, no sabe lo que sucede a continuación, y no sabe sus consecuencias. Por supuesto, un C. R. puede describir hechos pasados (es decir, pasados respecto a su situación en el tiempo), cuyos efectos, hasta cierto punto, puede valorar, pero entonces deja de actuar como un cronista y comienza a actuar como un historiador. Por tanto, un C. R. no habría podido escribir en 1454 que la Guerra de los Trece Años acababa de comenzar (una guerra entre Polonia y la Orden Teutónica), o registrar, el 22 de abril de 1870, que ese día había nacido Vladimir Lenin, dirigente de la Revolución de Octubre.

Un historiador, por el contrario, al escribir la historia de la Guerra de los Trece Años o una biografía de Lenin, utiliza su conocimiento de ese hecho total desde el principio de su narración. Escribe, por tanto, como si dijéramos, bajo la carga de ese conocimiento o, en otras palabras, desde la perspectiva de un suceso pasado. Sabemos perfectamente que el concepto de «hecho vital» (un sistema) es relativo, ya que los sistemas más pequeños son elementos de otros más amplios, que, a su vez, son elementos de macrosistemas, etcétera (ver capítulo X), pero, *ex post facto*, se suele saber dónde trazar el límite de un hecho, aunque éstos son los problemas más discutidos entre los historiadores. En la investigación histórica, sólo un hecho pasado puede ser materia de análisis científico; por tanto, cuanto más *in statu nascendi* esté todavía un suceso descrito, más se parecerá un historiador a un cronista. Para un historiador, la perspectiva temporal es una condición necesaria para abarcar el desarrollo de sistemas concretos, es decir, sus relaciones que indican sus papeles respectivos en el proceso histórico. No podemos analizar científicamente un suceso, no sólo antes de que termine, ni siquiera antes de que produzca resultados.

Para el C. R. el futuro es algo desconocido; como mucho, puede prever de algún modo el curso de los acontecimientos, lo cual puede añadir un tinte especial a su crónica, pero su predicción no puede sustituir al conocimiento de lo que ocurrió más tarde. Ese conocimiento, que es patrimonio del historiador, constituye la principal diferencia entre un C. I. y un C. R., por un lado, y un historiador, por otro, y por tanto, también, entre la literatura de crónicas y la historiografía. Una crónica está *necesariamente* escrita desde la perspectiva de un topo, mientras que la historia *debe* escribirse desde el punto de vista de un águila. Esta metáfora, por supuesto, no pretende minusvalorar la importancia de las crónicas o exagerar el papel de la historiografía: sólo quiere mostrar las condiciones reales. En este sentido, hay que mencionar a algunos historiadores que se aprovechan de las oportunidades que les ofrece su perspectiva temporal en muy pequeño grado, y construyen sus narraciones como si no conocieran el curso posterior de los acontecimientos; con ello actúan más como cronistas que como historiadores; se interesan más por los hechos que por su significado histórico.

Así, un historiador que va a construir una narración histórica está dotado, además de las características que podemos atribuir a un C. R., de la posibilidad de utilizar la dimensión temporal, mientras que un C. R. ve, como si dijéramos, todo al mismo nivel.

En este punto es indispensable referirnos a nuestro concepto de conocimiento no basado en fuentes. Es ese conocimiento el que permite, principalmente, que un historiador utilice la dimensión temporal. Cuanto mejor y más completo sea su conocimiento no basado en fuentes, mejor cumplirá sus tareas en una narración histórica científica. Los análisis metodológicos más antiguos, que no usaban el concepto de conocimiento no basado en fuentes, no estaban en posición de definir más estrictamente la diferencia entre literatura de crónicas e historiografía. Evidentemente, el conocimiento basado en fuentes (relativo en sentido efectivo), que ilumina un hecho concreto, participa también, plenamente, en la utilización, por parte del historiador, de su perspectiva temporal.

He aquí un ejemplo de utilización de la perspectiva temporal sobre la base de un conocimiento histórico no basado en fuentes y amplio: «En comparación con las corrientes que había en Italia o Alemania, o en los Países bajos, la vida inglesa estaba económicamente atrasada. Pero incluso sus lagunas estancadas fueron revueltas por los remolinos y torrentes del torbellino continental. Cuando Enrique VII llegó al trono, la organización económica del país difería poco de la época de Wycliff. Cuando murió Enrique VIII, lleno de años y de pecados, se podían distinguir ya algunas de las principales características que iban a diferenciarlo hasta la llegada del vapor y de las máquinas, aunque todavía débilmente. La puerta que seguía cerrada era la de la expansión colonial, y cuarenta años más tarde comenzaron los primeros experimentos de expansión colonial»[10]. R. H. Tawney describe así la situación económica en Inglaterra en el momento de la ascensión de Enrique VII (1458-1509) al trono, y valora su lugar en el desarrollo económico de Inglaterra; para ello, utiliza explícitamente su conocimiento sobre los tiempos que vinieron más tarde. Es evidente que estas referencias no siempre son explícitas; basta con que la narración, globalmente, esté escrita desde una perspectiva temporal específica. Más aún, el mismo hecho de que los historiadores emprendan ciertos estudios muestra que están convencidos de la necesidad de tales estudios, y eso, a su vez, es un resultado de la valoración de la importancia de determinados hechos en el proceso histórico.

Consideremos ahora un texto que se ocupa de hechos con un alcance temporal menor que los tratados por Tawney en el pasaje mencionado anteriormente. H. Madurowicz, al investigar los precios de los cereales en la parte occidental de la Polonia Menor en la segunda mitad del siglo XVIII, escribió: «En 1785 comenzó una rápida alza. (...) Los precios que subieron más fueron los del trigo, centeno y cebada; se doblaron en los cuatro años siguientes. (...) Ya en 1789 se observó una caída de los precios (...), pero los precios no bajaron hasta el nivel de 1780-1785, y su caída no duró mucho. Los precios en 1792, cuando eran más bajos, eran un 50 por 100 más altos que en una baja similar durante 1780-1785»[11]. Aunque ciertos hechos del mismo tipo se registran aquí año por año, por orden cronológico, se puede advertir que un cronista que hubiera estado haciendo sus informes en 1785 no habría podido escribir en ese momento que *había comenzado* una rápida alza, que los precios se habían elevado al máximo durante los cuatro años siguientes y que 1792 había visto la *mayor* caída de precios, etcétera. Aquí, también, la narración

[10] R. H. Tawney, *Religion and The Rise of Capitalism*, págs. 70-71.
[11] H. Madurowicz-Urbanska, *Ceny zboza w zachodniej Malopolsce w drugiej polowie XVIII wieku* (Precios de los cereales en la parte occidental de Polonia Menor en la segunda mitad del siglo XVIII), Varsovia, 1963, pág. 60.

se construye desde la perspectiva de un conocimiento bastante completo de los hechos en cuestión.

La perspectiva temporal es el criterio más general que diferencia las narraciones históricas de las crónicas. Otros criterios, secundarios, definen los tipos de narraciones. Adviértase que estos tipos han sido ampliamente tratados en la segunda parte de este libro, donde se distinguieron la narración pragmática, crítica, erudita-genética, estructural y dialéctica.

4. *Imaginación histórica*

La elaboración de narraciones históricas, es decir, narraciones con una perspectiva temporal, requiere varios instrumentos, que son componentes o funciones del conocimiento no basado en fuentes. Entre estos instrumentos están, en primer lugar:

1) Imaginación histórica;
2) Lenguaje;
3) Clasificación y ordenación de conceptos;
4) Deducción contra-objetiva.

La imaginación histórica, que interviene en la construcción de síntesis y en la narración, es decir, en la construcción de narraciones como manifestación externa de los resultados de la investigación histórica, tiene que estudiarse aún en detalle. De cualquier forma, es sabido que una serie de hechos establecidos y de explicaciones propuestas no bastan para la construcción de una narración coherente. Si se quiere convertir todo eso en un todo y verlo desde una perspectiva temporal, el historiador debe ser capaz de hacer un uso pleno del conocimiento que ha acumulado; ese conocimiento acumulado supone una cierta saturación de su memoria, que aumenta con su experiencia de estudioso y su erudición creciente (incluida la erudición en problemas teóricos). Esta capacidad consiste en relacionar el conocimiento basado y no basado en fuentes, lo cual da lugar a una visión integral más o menos clara de las estructuras. En este punto es donde se pueden manifestar la personalidad de un historiador y sus propias contribuciones al procesamiento de los datos que ha recogido. Cuando en el pasado la gente discutía si la historiografía es un arte o una ciencia, los que veían elementos de arte en la labor de un historiador los atribuían a su imaginación y a sus contribuciones individuales al trabajo. Esta capacidad de los estudiosos que eran famosos por sus amplios conocimientos se llamaba, muchas veces, intuición. Este autor la llamaría más bien imaginación histórica, y la interpretaría como una función del conocimiento no basado en fuentes de un historiador. Ese conocimiento no basado en fuentes, que satura su memoria, le permite formar un cuadro más o menos apropiado de los hechos pasados que le interesan. Ese cuadro, a su vez, le permite pensar constantemente, mientras elabora una narración, en el todo reconstruido que es un reflejo de ese cuadro.

5. *El lenguaje de las narraciones*

El lenguaje es el instrumento fundamental de la narración. Un lenguaje incluye un vocabulario (es decir, la serie de palabras de las que están formadas las oraciones), una gramática (que establece las reglas para construir las oraciones a partir de las palabras) y las funciones semánticas de las

palabras, funciones que atribuyen significados específicos a las palabras y a las oraciones. Para usar un lenguaje concreto correctamente hay que conocer no sólo el vocabulario y la gramática, sino también sus reglas semánticas (es decir, comprender los significados de las palabras y las oraciones).

En la metodología de las ciencias se hace una distinción entre los lenguajes naturales (étnicos) y los artificiales. La historia es una de las disciplinas que usan los lenguajes naturales. Evidentemente, esto implica grandes peligros, ya que los significados de las palabras en los lenguajes naturales son vagos y las reglas gramaticales no evitan las ambigüedades, pero en el nivel actual del desarrollo de la ciencia sería difícil imaginar que pudiera ser de otro modo.

Esto sugiere la exigencia de que el lenguaje usado en la investigación histórica y en la historiografía debería facilitar al máximo la comunicación entre los investigadores, por un lado, y entre los investigadores y el público, por otro; esto también vale para las obras populares [12]. Aquí surgen dos cuestiones: el uso de palabras lo menos vagas posible, desde luego, hasta donde lo permita la materia de una narración concreta [13], y el uso de diversos conceptos con los significados que han sido elaborados en las disciplinas donde se usan profesionalmente. Así, por ejemplo, si un historiador usa conceptos como «grupo social» o «inversiones» debe darse cuenta de que son la materia de interés teórico de la sociología y la economía, respectivamente, y que, por tanto, puede obtener la información más precisa sobre ellos de sociólogos y economistas. La observancia de esto es una condición *sine qua non* de toda actividad integradora en las ciencias sociales y en las humanidades (y no sólo en ellas, aunque en los dos grupos mencionados de disciplinas la cuestión es particularmente crucial). Por el momento, hay demasiada negligencia en estos asuntos, debida a un conocimiento no basado en fuentes insuficiente. Por ejemplo, si un historiador confunde la propiedad con la posesión, esto muestra que carece de una educación legal fundamental. Por tanto, las exigencias planteadas al historiador son grandes. Un historiador no puede excusarse por no consultar a sociólogos, psicólogos, economistas, e incluso científicos naturales, en lo que puedan ser necesarios. La vida humana es compleja, y la aproximación del historiador a ella debe ser, en lo posible, multilateral. La investigación histórica es un proceso integral por propia definición, y todas sus divisiones internas son simples manifestaciones del hecho de que los investigadores se especializan en diversos campos, lo cual no les excluye del deber de hacer un acercamiento integral a todos los problemas.

El lenguaje de cualquier narración histórica no es sólo uno de los lenguajes naturales, sino que además es de naturaleza empírica: se descifra sobre la base de nuestro conocimiento de un código semántico-objetivo concreto que se apoya en un sistema dado de conocimientos empíricos [14]. El conocimiento del vocabulario y las reglas de ese lenguaje y de la orienta-

[12] El lenguaje de las obras divulgativas es un problema importante pero aparte, que no trataremos aquí. Cfr. B. Lesnodorski, «Historia i spoleczenstwo. Problemy informacji i porozumienia» (Historia y sociedad. Problemas de información y comunicación), *Kwartalnik Historyczny*, núm. 3, 1965, págs. 539-563. Une la divulgación del conocimiento histórico con la difusión del modo de pensamiento científico, y también señala el hecho de que el problema varía en cada país.

[13] Cfr. M. Bloch, *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*, págs. 79-97.

[14] J. Giedymin y J. Kmita, *Wyklady z logiki formalnej, teorii komunicacji i metodologii nauk*, ed. cit., págs. 73 y ss.

ción en ese sistema de conocimiento empírico es suficiente y necesario para la comprensión del lenguaje de la investigación histórica.

En las narraciones históricas, junto al lenguaje empírico, encontramos muchas veces metáforas [15]. Pueden ser términos aislados, tales como las sinécdoques (por ejemplo, «El duque de hierro», por Wellington) o perífrasis (por ejemplo, «el autor de *El Capital*», por Karl Marx) o pueden ser oraciones completas. Entre las oraciones metafóricas (no empíricas), que se descifran según un código semántico-ficticio, y no semántico-objetivo, hay que distinguir entre las afirmaciones contra-objetivas y ficticias. Las primeras discrepan de un sistema concreto de conocimientos empíricos (si se toman literalmente), pero de todas formas, cuando se descifran, afirman algo. Consideremos, como ejemplo, este pasaje, lleno de metáforas, que entendemos bastante bien, e incluso mejor que si no las tuviera. «El poder económico, que en Italia había estado en casa durante mucho tiempo, estaba filtrándose por mil agujeros y bocas a Europa Occidental desde hacía un siglo; con el auge de los grandes descubrimientos, la marea llegó hasta el pecho. Cualquiera que sea su certeza como juicio sobre la política del siglo XV, el veredicto convencional sobre su futilidad hace escasa justicia a su importancia económica. Fue en una época de anarquía política cuando las fuerzas destinadas a dominar el futuro pusieron a prueba sus alas. La época de Colón y de Vasco de Gama fue preparada por la paciente labor de los cartógrafos italianos y los marinos portugueses, así como la época de Crompton y Watt lo fue por los oscuros experimentos de precursores anónimos. Lo que planteó el problema que iban a resolver los héroes de la época fue la necesidad material» [16]. Lo mismo se puede decir de las siguientes afirmaciones. «El lazo que mantenía unidas a las organizaciones laboristas y conservadoras, respectivamente (...) no eran la teoría o los principios (...), sino las permanentes hendiduras religiosas y sociales a las que los dos partidos daban expresión política» [17], y «Durante los ocho años siguientes, no sólo la rígida estructura anti-jacobina de los tiempos anteriores, sino incluso la Constitución británica, comenzaron a romperse y someterse en lugares inesperados» [18]. Las anécdotas, muchas veces, funcionan como metáforas [19]. Sin embargo, ambas pueden ser sólo añadidos que iluminen las narraciones, añadidos que sólo son legítimos cuando se han formulado las ideas básicas en el lenguaje empírico, y sin anécdotas.

Las afirmaciones sobre los héroes de las novelas de Walter Scott son ejemplos de afirmaciones ficticias, que no tienen sitio en las narraciones históricas.

Se ha preguntado muchísimas veces si la literatura histórica debería incluir (o incluye) elementos de arte. En vista de la falta de afirmaciones ficticias, en los estudios históricos no se incluyen obras literarias en el sentido total del término, pero hay muchos ejemplos de historiadores que eran magníficos estilistas, y que muestran que la precisión científica puede

[15] Cfr. J. Pelc, «Semiotic Functions as Applied to the Analysis of the Concept of Metaphor», en *Studies in Functional Logical Semiotics of Natural Language*, La Haya, 1971, págs. 142-194.

[16] R. H. Tawney, *Religion and the Rise of Capitalism*, ed. cit., pág. 67.

[17] G. M. Trevelyan, *History of England*, Londres-Nueva York, 1947, pág. 465.

[18] *Ibidem*, pág. 624.

[19] Sobre el papel de las anécdotas, ver el interesante comentario de Soboul, *op. cit.*, pág. 277.

ir de la mano de la belleza en el lenguaje. Pero no nos referimos aquí al estilo de muchos autores, especialmente del siglo XIX. que era pomposo y cuasi-literario, sino al estilo claro que tiene la transparencia y la simplicidad del cristal.

6. *Clasificación y ordenación de conceptos*

Varios conceptos sobre clasificación y ordenación son corrientes en las narraciones [20]. Se usan para resumir y ordenar nuestro conocimiento. Un concepto (término) clasificador es cualquier predicado de un argumento *(es un hombre, es un noble, es rojo)*. Un predicado, por tanto, indica la propiedad atribuida a un objeto *x*. Señala la serie de todos los objetos que satisfacen la función *P(x)*, es decir, todos los *x* que tienen la propiedad *P*. Si, por ejemplo, la función *P(x)* se interpreta como «*x* participó en la Revolución de Octubre», el contenido de *P* es la propiedad de participar en la Revolución de Octubre. Cualquier concepto clasificador divide la serie de todos los objetos en dos subseries: la de los objetos que tienen una propiedad *P* concreta, y la de los que no tienen esa propiedad. El criterio de clasificación es una relación de equivalencia definida en una serie concreta. Los predicados «tiene la misma posición legal que (...)», «tiene los mismos ingresos que (...)», etcétera, son ejemplos de este tipo de relaciones. Una relación de equivalencia nos permite, para volver al ejemplo anteriormente mencionado, agrupar todos los objetos en las dos subseries: la de los participantes y la de los no participantes en la Revolución de Octubre.

Para hacer una clasificación debemos conocer bien la estructura de un objeto concreto, para averiguar si se caracteriza realmente por el término clasificador implicado. Como los términos de clasificación se desarrollan gradualmente en el curso de la investigación, lo cual significa que muchos términos que se encuentran en las fuentes deben sustituirse por términos de clasificación modernos, la tarea de clasificar un objeto determinado como elemento de una serie dada encuentra, muchas veces, grandes dificultades. Por ejemplo, podemos tener que considerar si un partido político determinado debe clasificarse como progresista o conservador, si una unidad de producción concreta es ya una fábrica o todavía el taller de un artesano, si una localidad que en una fuente concreta es denominada ciudad debe clasificarse como ciudad o como un establecimiento agrícola, etcétera. Esto muestra claramente que en cada caso debemos usar, mentalmente, ciertas definiciones o términos explicativos (los de *partido político progresista, ciudad, fábrica*, etcétera). Al clasificar ciertos objetos formulamos estas definiciones y términos explicativos nosotros mismos, o usamos unos que ya existen.

Los conceptos (términos) que ordenan una serie concreta son predicados de dos argumentos cada uno, tales como «es más alto que (...)», «es más avanzado que (...)», «es menos moderno que (...)», «es anterior a (...)»,

[20] Sobre esta cuestión, ver J. Giedymin y Kmita, *op. cit.*, págs. 210 y ss. T. Pawlowski, «Pojecia typologiczne w naukach historycznych» (Conceptos tipológicos en las disciplinas históricas), *Studia Metodologiczne*, núm. 3, 1967; I. Lazari-Pawlowska, «O pojeciu typologicznym w humanistyce» (Conceptos tipológicos en las humanidades), *Studia Filozoficzne*, núm. 4, 1958, págs. 30-53. La obra clásica (además de las de M. Weber) es la de C. G. Hempel y P. Oppenheim, *Der Typusbegriff im Lichte der neuen Logik*, Leiden, 1936. El concepto de tipos ideales (abstracciones) en las obras de Marx es analizado por L. Nowak en su excelente estudio *U. podstaw marksowskiej metodologii nauk*, Varsovia, 1971.

etcétera. Son, por tanto, ciertos todos formados por dos partes, una que es una formulación del criterio de precedencia (en un cierto orden), y otra, el criterio de igualdad en algún aspecto. Los conceptos de ordenación no nos permiten dividir una serie en dos subseries, pero nos permiten ordenar sus elementos según la intensidad de una determinada propiedad. Cada uno de estos conceptos se puede describir lógicamente por las dos funciones oracionales siguientes:

a) xPy (x precede a y en algún aspecto);

b) xIy (x es igual que y en algún aspecto).

Los términos de ordenación deben usarse muchas veces en las narraciones históricas. Si los usamos, nos interesa principalmente si los objetos en cuestión se pueden distinguir o no respecto a una relación determinada, por ejemplo, si *a* o *b* tienen los mismos ingresos, es decir, si se pueden incluir en la misma subserie, diferenciada por referencia a los ingresos, etcétera.

Los conceptos de clasificación y ordenación nos acercan a los conceptos tipológicos, que han sido tan discutidos en la metodología científica. Son conceptos (predicados) sin los que difícilmente podríamos imaginar las narraciones históricas, ni, prácticamente, todas las narraciones de las humanidades y las ciencias sociales.

T. Pawlowski, al analizar los conceptos tipológicos en la investigación histórica, dice que cada uno de estos conceptos está formado por

1) un concepto de clasificación;

2) un sistema de ordenación de conceptos relacionado con el primero.

Sería difícil, muchas veces, marcar el límite entre los conceptos de clasificación y los tipológicos. Los conceptos tipológicos (tipos) nos permiten describir el mundo, comparando ciertos fenómenos con esos tipos. Podemos distinguir dos clases de tipos ideales (y también afirmaciones que incluyen conceptos de tipo ideal). En Max Weber esos conceptos no se refieren a hechos empíricos; su papel es sólo heurístico y clasificador, ya que sirven como medidas *sui generis*. Por el contrario (ver capítulo XXI), en K. Marx son de naturaleza realista (empírica): nos informan sobre el mundo empírico y pretenden ayudarnos a explicar los hechos. Se forman dejando de lado las propiedades del objeto ideal construido que, en nuestra opinión, son secundarias; llegamos así a conceptos como la democracia en general, un capitalista que actúa siempre racionalmente, etcétera. No hay duda de que los tipos ideales realistas pueden desempeñar más funciones en la ciencia (especialmente en la investigación histórica) que los tipos ideales instrumentales. El historiador tiene como principio que, a pesar de las simplificaciones que no puede evitar, de todos modos, debe informar siempre sobre el curso real de los acontecimientos.

Con lo que se ha dicho anteriormente, podemos ver bastante claro el problema de los llamados conceptos propios de la investigación histórica[21]. La afirmación de que la investigación histórica, necesariamente, debe formar sus propios conceptos, parece errónea desde el punto de vista del desarrollo de la ciencia. Es mucho más adecuado exigir que los historiadores se beneficien de los logros de otras disciplinas. Esto vale, sobre todo, para los términos que podríamos llamar ahistóricos: *grupo social, producción, inversiones, dinero, cultura, revolución, máquina, clima, conducta, auto-regulación social, sistema*, etcétera. Otra cosa es lo que sucede con los términos que se llaman históricos. Estos conceptos suelen elaborarse por parte de los propios historiadores, que proporcionan así datos para los estudiosos de los conceptos ahistóricos. Los conceptos históricos (es decir, los conceptos propios de la ciencia histórica) incluirán así términos como *feudalismo, Renacimiento, luchas de liberación nacional, izquierda social, jacobinos*, etcétera. Muchos de ellos, desarrollados primero en la investigación histórica, se han convertido en materia de análisis teóricos en otras disciplinas, para volver más tarde, de forma «procesada», al área de la investigación histórica. Se puede esperar, por ejemplo, que «feudalismo», que es todavía un concepto histórico, se pueda convertir en materia de análisis económicos, como ocurrió con «capitalismo», y así pierda su categoría de algo propio de la ciencia histórica. Se puede decir que no hay una serie constante de conceptos que sean propios de la historia: hay un intercambio incesante de avances entre las diversas disciplinas, que se manifiesta también en la tarea unida de dar precisión a varios conceptos. Los historiadores deberían participar en esa colaboración en mayor medida de lo que lo han hecho hasta ahora, ya que ello aumentaría la precisión de las narraciones históricas.

[21] Cfr. J. Dutkiewicz, «Pojecia wlasne nauki historycznej», *Rocznik Lodzki*, volumen V, 1962, págs. 25-32.

7. *El papel de la deducción contra-objetiva*

Parece que E. Nagel[22] y J. Giedymin[23] tienen razón al señalar la importancia cognoscitiva de la inferencia contra-objetiva en la ciencia. J. Giedymin dice que «una condición necesaria de una valoración positiva de la función cognoscitiva de la inferencia contra-objetiva es que una disciplina concreta tenga un amplio cuerpo de conocimientos nomológicos que sea más o menos universalmente aceptado por sus representantes, quienes, además, deberían profesar una filosofía de la ciencia que suponga que todas las afirmaciones científicas (en las disciplinas empíricas) tienen naturaleza hipotética, y que las tareas de la ciencia no se limitan a registrar los resultados de las observaciones»[24]. Por tanto, los representantes de la concepción positivista de la ciencia (fenomenalistas, induccionistas, idiografistas) se opondrán a la inferencia contra-objetiva, porque, para ellos, las afirmaciones de observación son los componentes finales de la ciencia y los criterios finales de veracidad, lo cual no admite la consideración de afirmaciones que contradigan la observación. E. Nagel señala también el papel considerable de la inferencia contra-objetiva en la investigación histórica.

Hay que hacer una distinción entre las preguntas contra-objetivas (preguntas de decisión y de complementación) y los condicionales contra-objetivos. La pregunta:

1) ¿Si no hubiera existido la Confederación de Bar, habría ocurrido de todos modos la primera partición de Polonia?

Es un ejemplo de pregunta contra-objetiva de decisión.

Estas preguntas son un elemento (normalmente implícito) de las explicaciones históricas. Ya que si aceptamos que la Confederación de Bar (una acción armada de la clase media, organizada en 1768, que complicó

[22] E. Nagel, *The Structure of Science*, ed. cit., págs. 588 y ss.

[23] J. Giedymin, «Charakterystyka pytan i wnioskowan kontrafaktycznych», *Studia Metodologiczne*, núm. 1, págs. 23-45.

[24] *Ibidem*, págs. 35-36.

enormemente la posición política de Polonia) fue una de las causas de la primera partición de Polonia, preguntamos de este modo si la partición habría ocurrido sin la Confederación de Bar (y en este caso, contestamos negativamente a la pregunta). Al mismo tiempo, planteando una pregunta contra-objetiva de decisión, intentamos averiguar la importancia histórica del hecho cuya existencia pasada negamos en un experimento mental (en este caso, la existencia de la Confederación de Bar). Esto muestra el doble papel de la pregunta contra-objetiva: por un lado, apoya una hipótesis determinada sobre un nexo causal entre dos hechos, y por otro (suponiendo que se niega un hecho *histórico* que realmente sí ocurrió), subraya la importancia histórica (es decir, el papel en el desarrollo de un sistema concreto) del hecho que se niega en el experimento mental.

Más o menos, ocurre lo mismo con las preguntas contra-objetivas de complementación, tales como:

2) ¿Qué habría ocurrido en Europa si Hitler hubiera vencido?

Al analizar nuestra respuesta a esta pregunta queremos subrayar aún más el terror y la naturaleza inhumana de la política nazi. En este caso, esta pregunta no está relacionada con ninguna explicación histórica. Pero, por ejemplo, la pregunta:

3) ¿Cuál habría sido el destino de Europa si las potencias occidentales no hubieran firmado los acuerdos de Munich?

Se puede relacionar con las explicaciones. Por ejemplo, podemos creer que el Pacto de Munich fue una de las causas de la Segunda Guerra Mundial, y reflexionar, en relación con ello, sobre lo que habría ocurrido (por ejemplo, que hubiera estallado la Segunda Guerra Mundial) si el Pacto de Munich no se hubiera firmado. Al mismo tiempo, al utilizar la pregunta 3) aumentamos o disminuimos la importancia histórica que atribuimos al Pacto de Munich.

Los condicionales contra-objetivos difieren de los condicionales ordinarios (implicaciones) del tipo «si *p*, entonces *q*», porque tienen el antecedente formulado gramaticalmente, de tal modo que se niega *p*. Si *p* es un elemento aceptado de nuestro cuerpo de conocimientos, su negación es un supuesto hecho contra los hechos (de aquí el término «contra-objetivo»). He aquí ejemplos:

4) Si España no se hubiera envuelto en la expansión colonial, habría evitado la regresión económica;
5) Si no hubiera sido por las leyes de Napoleón, la descomposición del sistema feudal en algunos países habría sido aún más lenta.

En estos casos, también, la inferencia contra-objetiva nos ayuda a subrayar la importancia histórica de un hecho, persona u objeto concretos. Mientras que las preguntas contra-objetivas suelen aparecer en las narraciones históricas de forma latente, los condicionales contra-objetivos son a menudo explícitos: incluyen algunas formulaciones que comienzan con «supongamos que (...)», «si aceptamos que (...)», etcétera, aunque en el caso de este grupo nos encontramos también con condicionales ordinarios.

Los elementos de la inferencia contraobjetiva se encuentran muchas veces en la sustentación de las hipótesis, aunque aquí el aspecto del problema es algo diferente del de los casos típicos de inferencia contraobjetiva. En el caso de las hipótesis no sabemos aún si una hipótesis concreta niega algún conocimiento aceptado, porque estamos aún en el proceso de ampliar nuestro conocimiento. Supongamos que consideramos las hipótesis *a* y *no a*, y que incluimos en nuestro cuerpo de conocimientos, como comprobada, la hipótesis *a*. En este caso la inferencia del tipo «si aceptamos que *no a* (...)», usada en el proceso de comprobación, demuestra *ex post facto* ser contraobjetiva, porque su antecedente niega una afirmación aceptada.

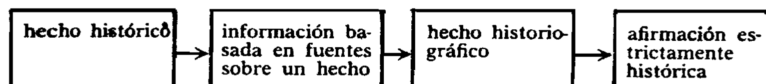
Cuanto más amplio sea nuestro conocimiento general de las relaciones entre los hechos, mayor será la importancia práctica de la inferencia contraobjetiva en el proceso investigador. Ya que, al modificar una afirmación aceptada que es un elemento de nuestro conocimiento, solemos usar nuestro conocimiento inmutable de las relaciones generales. Por tanto, 4) sólo tiene sentido en el proceso investigador si conocemos las relaciones entre el crecimiento económico de un país y determinadas actividades, o sea, si conocemos las regularidades del crecimiento conómico en el período de la expansión colonial. Igualmente, con 5), debemos conocer las relaciones entre la legislación y otros hechos. También necesitamos un conocimiento adecuado de la configuración real del proceso histórico con referencia a las partes de ese proceso que estudiamos.

XXIV

Componentes de las narraciones: afirmaciones y leyes históricas

1. *Categorías de afirmaciones históricas*

Una afirmación histórica es el componente básico de las narraciones históricas. Se suele definir con la indicación de que contiene un determinante espacio-temporal, es decir, que se refiere a un lugar y un tiempo específicos. Sin embargo, en la historiografía, una afirmación estrictamente histórica, si va a formar parte de una narración, debe afrontar una condición adicional, es decir, se debe referir a un (unos) hecho(s) histórico(s). Esta condición no se refiere a las regularidades históricas formuladas como afirmaciones estrictamente generales. Una afirmación histórica es, por tanto, el resultado final (en el caso de un historiador concreto) del proceso de establecimiento de los hechos, o, en otras palabras, el último enlace de la cadena:



La condición de que una afirmación histórica debe referirse a un hecho histórico excluye las afirmaciones sobre sucesos que en realidad no ocurrieron (principalmente afirmaciones que encontramos en las novelas históricas), que llamaremos cuasi-históricas, y las afirmaciones que tienen determinantes espacio-temporales, pero que se refieren a sucesos futuros. Así, no incluiremos en las narraciones históricas varias afirmaciones ficticias sobre el pasado, tales como: 1) Después de su victoria en Waterloo Napoleón devolvió a Polonia su independencia política; o 2) En el año 2000 la cosecha de cacao será doce veces mayor que en 1960 (una afirmación sobre un hecho futuro). Esto daría lugar a que definiéramos una afirmación histórica como una afirmación cierta que se refiere a hechos que pertenecen a clases ontológicamente cerradas.

Pero la segunda categoría de afirmaciones implica algunas dificultades, ya que, entre las afirmaciones sobre los sucesos futuros, podemos distinguir al menos estos tres grupos:

a) Afirmaciones con determinantes espacio-temporales, de modo que cada afirmación se refiere a la vez al pasado y al futuro, y la parte de la afirmación que se refiere al futuro se puede deducir del conocimiento que aceptamos (obviamente, no nos referimos a afirmaciones complejas, que consideramos como agrupaciones de afirmaciones simples);

b) Afirmaciones con determinantes espacio-temporales que se refieren a sucesos futuros, pero que no se pueden deducir del conocimiento que aceptamos;

c) Afirmaciones con determinantes espacio-temporales que se refieren a sucesos futuros y pueden (con una probabilidad específica) deducirse del conocimiento que aceptamos (este grupo coincide en cierta medida con el grupo a)).

He aquí un ejemplo de afirmación del tipo a): «La tasa de crecimiento de los países en vías de desarrollo, que se ha observado durante los últimos años, aumentará señaladamente durante la próxima década». Ejemplo de afirmación del tipo b): la afirmación 2) dada anteriormente, que no se basa en nuestro conocimiento actual: Ejemplo de afirmación del tipo c): «En 1980, el número de estudiantes en las facultades polacas será alrededor de 150.000.» Se parece a 2), pero se diferencia en que se refiere a nuestro conocimiento actual aceptado (el número de estudiantes en 1980 debe ser realista en comparación con las condiciones de 1970).

De estas categorías de afirmaciones que se refieren a hechos futuros, las afirmaciones del tipo a) pueden (aunque raramente) encontrarse en las narraciones históricas.

En vista de lo anterior, podríamos clasificar las afirmaciones históricas, es decir, las afirmaciones con determinantes espacio-temporales, así:

1) Afirmaciones cuasi-históricas (sobre hechos pasados);
2) Afirmaciones históricas *sensu largo;*
3) Afirmaciones estrictamente históricas.

Esta última categoría, que aparece en las narraciones históricas, abarcaría por tanto las afirmaciones históricas con la exclusión de las cuasi-históricas y las afirmaciones de los tipos b) y c), que se refieren a hechos futuros, y las regularidades históricas. Si aceptamos esta interpretación, suponemos que las afirmaciones estrictamente históricas, que en principio se refieren al pasado, se pueden referir también a hechos que pertenecen a clases ontológicamente abiertas. Esto vale, en la práctica, para ciertos procesos sobre el curso posterior acerca del cual los historiadores expresan alguna opinión.

2. *Determinantes espacio-temporales*

Los determinantes espacio-temporales suelen aparecer unidos, pero incluso la indicación de un determinante (el del tiempo o el del espacio) implica alguna información sobre el otro. Sin embargo, frecuentemente, dicha información no basta para relatar adecuadamente un hecho concreto en el pasado. Por ejemplo, si decimos que «Polonia fue gobernada por la clase media», nuestro conocimiento sobre el período en el que existió la clase media como clase nos acerca a un determinante temporal. Pero

si decimos que «la situación de los campesinos en Polonia era mala», el marco cronológico de esta afirmación es tan amplio que la afirmación pierde su valor informativo. Obviamente, el determinante espacial «Polonia» incluye un determinante temporal («no antes de que Polonia surgiera como país específico o estado»), pero esto no basta para la formulación de una afirmación histórica correcta. La indicación de un determinante temporal implica por sí sola un determinante espacial que a menudo abarca todo el mundo. Por ejemplo, si decimos que «la vida humana cambió en el siglo XVIII», sólo podemos relacionarlo con el mundo entero.

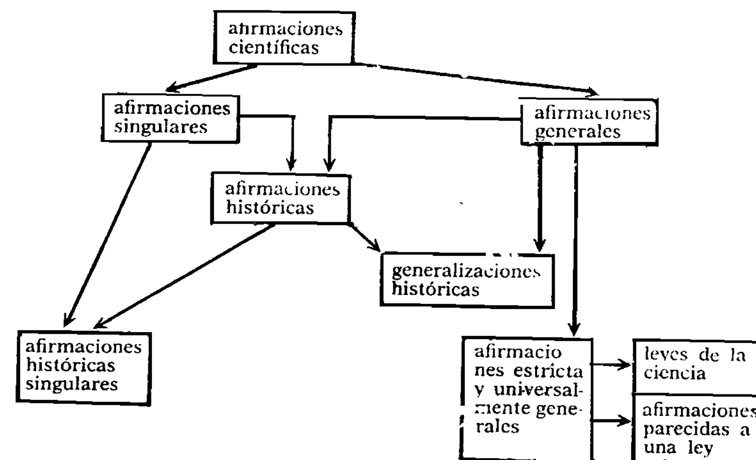
Los determinantes espacio-temporales pueden estar contenidos en las afirmaciones explícita o implícitamente. En el primer caso nos podemos encontrar con afirmaciones como «1789 vio el comienzo de una revolución en Francia», «la Alemania nazi fue derrotada en 1945», «las epidemias eran frecuentes en la Europa medieval». En el segundo caso podemos tener, por ejemplo, «la toma de la Bastilla empezó la Revolución Francesa», «Kosciuszko inició la época de las reformas agrarias en Polonia al publicar la Declaración de Polaniec», «Tamerlán fundó un estado poderoso con capital en Samarkanda», etc. En el caso del último grupo, otros hechos conocidos nos ayudan a definir los determinantes implicados. La aparición de un nombre propio en una afirmación indica su marco espacio-temporal. Por otro lado, cada determinante se puede reducir a un nombre propio. Como el tiempo se cuenta a partir de un hecho relacionado con una persona específica (no influye en el proceso el hecho de que se dude la existencia de dicha persona): a partir de la huida de Mahoma de la Meca a Medina, a partir del nacimiento de Jesús, etcétera, o se cuenta a partir de un suceso específico (por ejemplo, desde el período glacial), normalmente tenemos que reducirlo a algún otro sistema de datación.

Una afirmación histórica puede desempeñar varias tareas en las formulaciones de los resultados de la investigación histórica. Puede ser un elemento de una descripción simple, de una descripción genética (esto sucede con las afirmaciones factográficas), y de las explicaciones causales (esto sucede con las afirmaciones causales). Por ejemplo, si decimos que «la caída del Imperio Romano fue motivada por el desarrollo interno de las provincias», hacemos una afirmación histórica causal, que se refiere a un tiempo y un lugar específicos. Anteriormente hemos presentado ejemplos de afirmaciones históricas factográficas.

3. *La controversia sobre las generalizaciones históricas*

Las dificultades para atribuir a las generalizaciones históricas su sitio exacto entre las afirmaciones históricas, por un lado, y para distinguirlas de las afirmaciones estrictamente generales y de las leyes científicas, por otro, han dado lugar a muchas controversias sobre ese concepto. Sin embargo, estas discusiones suelen referirse al último punto, mientras que el primero, es decir, en qué condiciones se convierten las afirmaciones históricas en generalizaciones, ha sido poco estudiado hasta ahora. Ambos problemas merecen atención.

En primer lugar, recordemos (con ligeras modificaciones) la clasificación de las afirmaciones que pertenecen a una disciplina concreta, sugerida por A. Malewski y J. Topolski[1]. Todas las afirmaciones científicas (no sólo en la investigación histórica) se pueden clasificar según el siguiente esquema, usando como criterio su grado de generalidad.



El esquema muestra que las generalizaciones históricas son, a la vez, una subclase de las afirmaciones históricas (como las afirmaciones singulares) y una subclase de las afirmaciones generales (como las leyes científicas). Esto hace ver las dificultades que encierra el describirlas de modo no ambiguo[2].

No es fácil responder a la pregunta de cuándo se convierte en generalización una afirmación histórica. Es comúnmente sabido que una afirmación así puede variar mucho en cuanto a su generalidad. Cuando se refiere a un hecho aislado (por muy «amplio» que sea), es una afirmación histórica singular, o una afirmación sobre un hecho singular, tal como «la primera partición de Polonia tuvo lugar en 1772», «en la batalla de Grunwald, Polonia venció a la Orden Teutónica», o «el rey Casimiro el Grande murió en 1370». Cuando una afirmación histórica se refiere a una serie de hechos que se parecen en algún aspecto, y resalta sus características comunes (que nos interesan por alguna razón para la investigación), se convierten en una generalización histórica.

El problema de la línea fronteriza entre las generalizaciones históricas y las leyes científicas, que es la explicación del concepto de generalización histórica, está estrechamente relacionado con las opiniones sobre la estructura de las leyes científicas. Como este problema se tratará más adelante, esos comentarios subsiguientes (ver 5, más abajo) se deben considerar como una continuación de lo que digamos ahora. Se distinguen, en la metodología de las ciencias, estas propiedades principales de las generalizaciones históricas (normalmente, en oposición a las afirmaciones estrictamente generales):

1) Generalidad numérica (o limitada), distinta de la generalidad estricta (o específica) de las leyes científicas (K. Popper, H. Mehlberg, A. Malewski);

[1] A. Malewski y J. Topolski, *op. cit.*, págs. 15 y ss.

[2] Sobre los esquemas oracionales, ver K. Ajdukiewicz, *Lógica pragmática*, ed. cit., págs. 27-30.

2) La aparición, en ellas, de determinantes espacio-temporales o de nombres propios o términos que no pueden definirse sin referencia a nombres propios (K. Popper, J. Giedymin, A. Malewski S. Nowak);
3) Abarcar una clase cerrada de designados, al revés que las afirmaciones estrictamente generales, que siempre se refieren a clases abiertas de sucesos, es decir, a las que se pueden añadir nuevos elementos (J. Pelc, A. Malewski);
4) Ser igual, en cada caso, que una secuencia finita de afirmaciones históricas singulares, lo cual no ocurre con una ley (K. Ajdukiewicz, I. Lazari-Pawlowska);
5) El hecho de que las generalizaciones, al revés que las leyes, no proporcionan información que permita las predicciones (J. S. Mill, K. Popper, J. Pelc, J. Giedymin, A. Malewski);
6) Referencia, en cada caso, a una serie de hechos históricos (secuencias genéticas) determinada por la influencia de un suceso (sucesos, persona), es decir, a un sistema relativamente aislado (S. Ossowski).

Sin meternos en análisis detallados, advertimos que los criterios 1), 2), 3) y 4), en principio, coinciden, y se pueden reducir a 2), de modo que definen la misma propiedad. La aparición en una generalización de determinantes espacio-temporales (criterio 2), es decir, la indicación del alcance de la validez de esa generalización (respuestas a las preguntas *¿cuándo?* y *¿dónde?)*, implica que una generalización, en la práctica, abarca un número finito de hechos (criterio 1), lo cual significa que abarca una clase cerrada de designados (criterio 3), de modo que, formalmente, equivale a una secuencia finita de afirmaciones históricas singulares (criterio 4).

El hecho de que una generalización no permita las predicciones (criterio 5) es independiente del criterio 2, ya que, como veremos más tarde, hay leyes que tienen determinantes espacio-temporales y sin embargo permiten las predicciones. Por otro lado, no podemos dejar de ver las relaciones entre generalizaciones y predicciones: las generalizaciones proporcionan el material para formular las leyes y, por tanto, también, las predicciones.

La categoría de generalizaciones históricas, introducida por Ossowski[3], se acerca a las afirmaciones estrictamente generales. Sólo cuando podemos decidir que un sistema relativamente aislado concreto está cerrado (es decir, que la secuencia de hechos comenzada por un suceso está prácticamente terminada), sólo entonces, la generalización de Ossowski que se refiere a ese sistema, aunque no tenga determinantes espacio-temporales, corresponde a los criterios 1, 3) y 4). Si dicha secuencia no está cerrada (cfr. la secuencia de sucesos relacionados con la Revolución de Octubre), y se extiende, por tanto, hacia el futuro, no se satisfacen los criterios 1), 2), 3), 4) y 5). La idea de Ossowski puede tener aplicaciones en el estadio de la historia de las culturas y las ideologías (cfr. el sistema relativamente aislado determinado por el Islam o el Renacimiento).

En conclusión, se puede decir que una generalización histórica es una afirmación general que:

I) Se refiere a hechos pasados;
II) Contiene determinantes espacio-temporales o nombres propios o términos que se pueden definir por referencia a nombres propios;
III) No proporciona información que baste para hacer predicciones.

[3] S. Ossowski, «Dwie koncepje historycznych uogólnien», *Studia Socjologiczne*, núm. 2, 1963, págs. 53-61.

Estas características sólo indican las condiciones necesarias a las que tiene que hacer frente una generalización histórica: I) Distingue una generalización histórica de una afirmación singular, mintras que II) y III) la distinguen de una afirmación estrictamente general. Esta distinción no es muy precisa, porque, como veremos, podemos hablar de leyes que tienen las propiedades I y II. Sin embargo, toda ley carece necesariamente de la propiedad III, es decir, debe servir de base posible de predicciones. De aquí se deduce que, de las condiciones enumeradas, la propiedad III tiene el mayor valor diagnóstico Por tanto, una generalización histórica es una afirmación general que se refiere a una serie de hechos pasados y contiene determinantes espacio-temporales, pero no proporciona la información necesaria para hacer predicciones. Igual que las afirmaciones históricas, las generalizaciones estrictamente históricas (es decir, las propias de la investigación histórica) no se refieren a hechos futuros, a no ser que se refieran, a la vez, al pasado y al futuro (el tipo a) de afirmaciones históricas mencionadas más arriba).

4. *Tipos de generalizaciones históricas*

Se pueden distinguir muchos tipos de generalizaciones históricas. M. J. Finley menciona las generalizaciones de clasificación (por ejemplo, comercio, campesino), las relativas a la periodización (clásico, helenístico), y referentes a las relaciones entre los hechos[4]. Si mantenemos que las generalizaciones son afirmaciones y no términos, sus dos primeros tipos no pueden considerarse como generalizaciones. Parece lógico no confundir los términos de clasificación con las generalizaciones.

S. Nowak clasifica las generalizaciones (tomando como criterio el riesgo de error) así: las que informan (en cuyo caso la validez de una afirmación concreta no va más allá del alcance de los datos estudiados) y las históricas (en cuyo caso la validez de una afirmación concreta se extiende más allá de los datos estudiados; pueden ser datos de los que sea posible valorar hasta qué punto son representativos o de los que no sea posible esta valoración)[5]. La clasificación es importante, con la condición de que las generalizaciones que informan, que se encuentran frecuentemente en las narraciones históricas (tales como 1), «todos los levantamientos polacos del siglo XIX terminaron en derrota»), quedan fuera del alcance de las generalizaciones históricas.

Se pueden distinguir los siguientes tipos de generalizaciones, de acuerdo con los criterios de clasificación adoptados en un caso concreto:

a) Generalizaciones que varían por su grado de generalidad, según el alcance del conocimiento generalizado de hechos específicos;
b) Generalizaciones factográficas (que indican hechos establecidos);
c) Generalizaciones causales que formulan los resultados de las explicaciones causales;
d) Generalizaciones sin excepción;
e) Generalizaciones que informan;
f) Generalizaciones hipotéticas;
g) Generalizaciones estadísticas.

[4] En *Generalization in the Writing of History*, L. Gottschalk (ed.), Chicago, 1963, págs. 19 y ss.
[5] S. Nowak, *Studia z metodologii nauk spolecznych*, ed. cit., págs. 24-26.

En cuanto al grado de generalidad, las diferencias entre las generalizaciones pueden ser enormes. Tanto 2), «En ese pueblo, todos los campesinos tenían una granja mayor de 0,5 *lanei*», como 3), «La conquista por Roma trajo al machacado mundo mediterráneo la paz, pero, al principio, no la prosperidad» (V. Gordon Childe), son generalizaciones. Las generalizaciones factográficas establecen hechos, por ejemplo, 4), «En el siglo XVII las ciudades polacas decayeron», mientras que las generalizaciones causales proponen explicaciones causales, por ejemplo, 5), «Las particiones de Polonia se debieron a su debilidad interna y a una situación internacional desfavorable». La afirmación 3) también es una generalización causal.

Entre las generalizaciones sin excepción suelen incluirse (explícita o implícitamente) formulaciones como «todos», «cada», etc., de modo que, para decirlo formalmente, son afirmaciones con cuantificadores universales («para todo *x*»). La afirmación 1) es un ejemplo de esta generalización.

En la división de las generalizaciones entre informadoras e hipotéticas, el criterio de clasificación se basa en el grado de riesgo de error. Las generalizaciones informadoras se refieren sólo a hechos establecidos (y, por tanto, son una clase de generalizaciones factográficas), y son simplemente conjuntos de afirmaciones sobre hechos establecidos aislados. Un ejemplo es 6), «De los cuarenta y ocho pueblos estudiados, sólo en dos casos el trabajo servil suponía menos de cuatro días por semana *y laneus*», que se obtiene de la unión de las afirmaciones «En el pueblo a_1, el trabajo servil sumaba x_1 días», etcétera, hasta «En el pueblo a_{48} el trabajo servil sumaba x_{48} días».

Las generalizaciones hipotéticas siguen siendo hipotéticas. Son el elemento más creativo de toda la investigación científica, ya que muestran el camino para la investigación posterior. S. Nowak tiene razón al asegurar que la estructura de la ciencia no se puede comparar a la de una pirámide, en la que el primer piso de piedras es necesario para poder poner el más alto. En la ciencia, muchas veces, construimos los pisos superiores proponiendo hipótesis generales fecundas y comprobándolas más tarde, poniendo bases duraderas que están formadas por afirmaciones menos generales[6]. Las generalizaciones hipotéticas se pueden referir al establecimiento de hechos o a las explicaciones causales. En el primer caso, son un tipo de hipótesis factográficas, y en el segundo, un tipo de hipótesis explicativas (cfr. capítulo XIV). Muchas veces, para subrayar la naturaleza hipotética de una generalización y el alcance de su validez, los historiadores usan fórmulas como «indudablemente», «probablemente», «según parece», «se puede suponer que», etcétera. El valor restrictivo de estas fórmulas no se ha definido con precisión hasta ahora. El problema parece interesante como materia de reflexiones futuras y más detalladas.

He aquí ejemplos de generalizaciones hipotéticas:

7) «Estos tres factores, es decir, la distribución de los colonos, la organización de las ventas y el factor racial tuvieron, indudablemente, una fuerte influencia en la formación de las granjas señoriales; pero si nos redujéramos a estos factores, no podríamos explicar todo el proceso del nacimiento y desarrollo de las granjas señoriales en Polonia, ya que también otros factores actuaron»[7]. (Generalización explicativa.)

[6] *Ibidem*, pág. 49.
[7] J. Rutkowski, *Studia z dziejów wsi polskiej* (Estudios de historia de las zonas rurales de Polonia), Varsovia, 1958, pág. 186.

Las generalizaciones estadísticas pueden ser de naturaleza informadora o probabilista. Un ejemplo de la primera es 6), y de la segunda, 8), «El cambio del trabajo servil a los arrendamientos sólo favoreció, globalmente, al campesino». En estos casos, los historiadores no usan fórmulas métricas (a no ser que hagan los cálculos apropiados), sino que los suelen sustituir por expresiones como «en principio», «hasta cierto punto», «en cierto grado», «normalmente», «en general», «frecuentemente», «con poca frecuencia», «parcialmente», «casi», «globalmente», etcétera. He aquí otro ejemplo: «Los protestantes, no menos que los católicos, subrayaban la idea de una civilización eclesial, en la que todos los aspectos de la vida, el Estado y la sociedad, la educación y la ciencia, la ley, el comercio y la industria, serían regulados de acuerdo con la ley Divina»[8].

En resumen, podemos decir que las generalizaciones d) pueden adoptar la forma de d), c), f) y g); las generalizaciones c), la forma de f); las generalizaciones d), la forma de b), e) y g); las generalizaciones e), la forma de b), c) y g); las generalizaciones f), la forma de b), c) y e), y las generalizaciones g), la forma de b), d), e) y f), y que todas ellas pueden variar en cuanto al grado de generalidad.

5. *La controversia sobre las leyes de la ciencia*

Antes de responder a la pregunta sobre si las leyes de la ciencia también son, junto a las afirmaciones singulares y las generalizaciones históricas, elementos de las narraciones históricas, debemos definir nuestra posición en el problema, muy debatido, de qué condiciones (suficientes y necesarias) deben cumplir las afirmaciones para ser aceptadas como leyes científicas.

La opinión más corriente es que todas y sólo aquellas afirmaciones estrictamente generales que están bien fundadas y pertenecen a una disciplina concreta son leyes científicas[9]. Esta definición, al imponer a una ley científica las exigencias de que esté bien fundamentada y pertenezca a alguna disciplina (y sea, por tanto, aceptada por los científicos), y de que sea además una afirmación estrictamente general, deja fuera de ese concepto, explícitamente, las afirmaciones que no cumplen la condición de ser estrictamente generales (y por tanto, afirmaciones históricas) y las que son, formalmente (sintácticamente), generales, pero que todavía no han sido fundadas o son demasiado triviales para ser incluidas en una disciplina concreta (afirmaciones parecidas a una ley).

Mientras que existe un acuerdo sobre el hecho de que las leyes científicas deben distinguirse de las leyes puramente sintácticas (que se llaman simplemente leyes), cada vez más estudiosos (por ejemplo, E. Nagel y los metodologistas marxistas anteriores a él) subrayan que la exigencia de generalidad estricta va demasiado lejos, ya que priva de la categoría de ley a muchas afirmaciones que se suelen llamar leyes científicas. Puede ser oportuno recordar que una afirmación estrictamente general es la que tiene un cuantificador universal prefijado («para todo *x*») y no contiene ningún nombre propio ni determinante espacio-temporal. Por tanto, una afirmación estrictamente general se refiere a una clase abierta de sucesos, y no equivale (al contrario que una generalización histórica) a un conjunto de afirmaciones históricas

[8] R. H. Tawney, *Religion and the Rise of Capitalism*, pág. 91.
[9] Cfr. A. Malewski y J. Topolski, *op. cit.*, pág. 18 (la formulación se debe a A. Malewski).

singulares. Ejemplos: 1), «Todos los cuervos son negros»; 2), «El hombre es mortal»; 3), «El hierro es un buen conductor de electricidad»; 4), «El dinero malo deja al bueno fuera de circulación»; 5), «Un ejército fuerte suele derrotar a otro más débil», etcétera. Es evidente que todos los fenómenos a los que se refieren estas afirmaciones están situados en un espacio y un tiempo, pero esa situación no está indicada.

Se puede advertir fácilmente que la condición básica para ser una afirmación estrictamente general —que no aparezca en ella ningún nombre propio— no es cumplida por afirmaciones como la siguiente ley de Kepler: 6), «Todo planeta sigue una órbita elíptica, en uno de cuyos focos está situado el Sol», porque (como todas las leyes sobre heliocentrismo y geocentrismo) contienen nombres propios (en este caso, «el Sol»).

La afirmación 6) no es estrictamente general, pero es universalmente general (general sin restricciones). Para una afirmación universalmente general basta que la aparición de los objetos a los que se refiere (y que pueden estar indicados por nombres propios) no se limite a una cierta región o período. La universalidad, aquí, significa apertura.

Parece que, una vez que se ha suavizado la exigencia de generalidad estricta con referencia a las leyes científicas (lo cual no cambia el hecho de que en las ciencias sociales las leyes suelen ser afirmaciones estrictamente generales), y, por tanto, una vez que se ha rechazado la condición de que no aparezcan (de forma directa o indirecta) nombres propios (y manteniendo la condición de apertura), podemos indicar una característica determinada de las leyes científicas que comparten las afirmaciones estricta y universalmente generales, en concreto su valor predictivo. Ese valor, es decir, la capacidad de proporcionar datos para hacer predicciones científicas, se considerará como la principal característica para diagnosticar las leyes científicas. Está directamente relacionada con su apertura, en contraste con el hecho de que las afirmaciones históricas son cerradas y no pueden servir, por tanto, como base para predicciones. Apoyándonos en la afirmación 1), podemos predecir que todos los cuervos que encontremos en cualquier momento y en cualquier sitio resultarán ser negros; basándonos en 2), que todos los hombres morirán alguna vez, etcétera, y basándonos en 6), que todos los planetas (mientras exista el sistema solar) seguirán una órbita elíptica y tendrán al Sol en uno de los focos de esa elipse.

La capacidad de servir como base de predicciones, el sentido real de la ciencia y el instrumento para su influencia en la sociedad, tiene una importancia tan enorme que se puede utilizar como criterio para distinguir las leyes científicas de las afirmaciones históricas. Las afirmaciones que nos permitan decir que el cumplimiento de ciertas condiciones (ser un cuervo, ser un ser humano, ser hierro, poner en circulación moneda falsa, mandar un ejército más débil o más fuerte que el enemigo, etcétera) provoca ciertos efectos (tener plumas negras, ser mortal, buena conducción de la electricidad, dejar a la moneda buena fuera de circulación, derrota o victoria probable, etcétera), merecen diferenciarse del resto, aunque sólo sea porque proporcionan los datos necesarios para cambiar el mundo que nos rodea. «Esta es la razón —escribió A. Malewski— de que los que quieren que la ciencia no sólo describa el mundo, sino que proporcione además el conocimiento para transformarlo intencionadamente, no puedan limitarse a fundamentar cualquier afirmación general, sino que intenten fundamentar las afirmaciones estricta-

mente generales (universalmente generales, en la terminología que hemos adoptado aquí), y establecer leyes, por tanto» [10].

Debe advertirse, porque es muy importante para los historiadores, que en la metodología científica la predicción se suele interpretar de modo amplio, como prognosis y postgnosis, y que una misma ley no tiene por qué desempeñar ambas funciones [11]. Nos encontramos con la postgnosis cuando usamos las leyes en las explicaciones causales. Cuando hacemos la explicación, conocemos el efecto (el consecuente de un condicional), y no conocemos la causa (el antecedente de ese condicional), y cuando hacemos una predicción a partir de un antecedente conocido, afirmamos algo sobre el consecuente. La diferencia sólo estriba en la dirección del procedimiento usado.

En resumen, decimos que las condiciones suficientes y necesarias para que una afirmación sea una ley científica son:

1) Su valor predictivo (que se deduce de la generalidad universal de una afirmación que es una ley);
2) Su fundamentación suficiente (su aceptación por, al menos, una gran mayoría de investigadores).

Una ley científica se puede formular como una afirmación (ejemplos 1, 2, 3, 6) o como un condicional. Pero hay que advertir que toda afirmación que en la lógica tradicional se formulaba como «Todo *S* es *P*» (es decir, como las afirmaciones mencionadas en los ejemplos), en la lógica actual se ha transformado en: «Para todo *x:* si *x* es *S*, entonces *x* es *P*», que, en notación simbólica, se escribe así:

$$\prod_{x} [S(x) \rightarrow P(x)].$$

Una ley formulada como condicional puede representar una condición suficiente o necesaria. En el primer caso, se presenta en la forma: «Para todo *x*: si *x* es *S* en un momento m_1, entonces *x* es *P* en un momento m_2», y en el segundo, «Para todo *x:* si *x* es *S* en un momento m_1, entonces *x* no es *P* en un momento m_2».

En todos estos casos obtenemos algún conocimiento que permite las predicciones.

Dejamos de lado aquí el problema de si sólo las afirmaciones sobre regularidades «profundas» se pueden denominar leyes, o si ese término debe abarcar las afirmaciones objetivas sobre la concurrencia constante de ciertos fenómenos, o sólo las que se refieren a las relaciones reales entre los hechos. Desde el punto de vista lógico, la afirmación que dice que todas las piedras caen cuando se dejan caer y la ley de la gravedad se deben considerar como leyes que explican el hecho de que una determinada piedra cayó cuando se la dejó caer.

6. *Las leyes en las narraciones históricas*

La falta de estudios sobre las narraciones históricas y la opinión de que el mundo histórico es una colección de hechos aislados y únicos dictó a muchos autores la idea de que los historiadores no establecen leyes. Pero

[10] *Ibidem*, pág. 19.
[11] Cfr. K. Popper, *The Logic of Scientific Discovery*, Nueva York, 1969, página 60.

la convicción, cada vez mayor, de que el proceso histórico es regular, así como los avances en los estudios metodológicos sobre la investigación histórica, han cambiado señaladamente las opiniones sobre las relaciones entre la investigación histórica y el problema de las leyes científicas. Estas opiniones se acercan ahora mucho más a lo que aseguraban Marx y Engels ya en el siglo XIX. Ha resultado que no puede haber un análisis con éxito de las explicaciones causales sin aceptar que el mundo se rige por regularidades y, por tanto, sin referencia a las leyes, que son simplemente afirmaciones sobre tales regularidades. Esto ha indicado el hecho de que los historiadores no pueden dejar de interesarse por las leyes, aunque su interés debe ser el de consumidores y no el de productores.

Pero un análisis más estricto de las narraciones históricas muestra que los historiadores formulan por sí mismos, muchas veces, leyes. A veces lo hacen casualmente, como si dijéramos, haciendo una observación general sin fundamentarla; con más frecuencia, formulan leyes (a menudo muy bien fundadas) para sus fines explicativos. Sólo en algunos casos se pueden aceptar esas afirmaciones como leyes científicas, pero el mismo hecho de que en las narraciones históricas se incluyan afirmaciones universalmente generales (muy pocas hasta ahora) muestra que la investigación histórica contiene también en su estructura ciertos elementos nomológicos (trataremos la cuestión más adelante). Esto puede servir de punto de partida para los intentos de reconstruir la investigación histórica, de modo que muestre sus tareas teóricas en mayor medida. Un lazo de unión estrecho entre la investigación histórica y las leyes es una consecuencia necesaria del hecho de que el mundo que estudian los historiadores se rige por regularidades. Si ese mundo muestra las regularidades, es decir, tiene una estructura propia concreta, sería la muerte de la investigación histórica que se limitara al estudio del material del que está hecha la estructura y rechazara la configuración de esa estructura y los factores que la motivaron, y más aún en cuanto que ninguna otra disciplina tiene tantas oportunidades para estudiar esas estructuras (sistemas) durante períodos largos de tiempo.

He aquí ejemplos de leyes, sacados de los estudios históricos, que han sido sujetas a una fundamentación sistemática (y que, por consiguiente, se pueden llamar leyes científicas):

1) «Cuando la semejanza de condiciones naturales va acompañada, en las diversas regiones, por diferencias de cultura, los factores que causan esas diferencias deben buscarse en sustratos étnicos diferentes» (H. Lowmianski)[12].
2) La concurrencia de buenos mercados para los productos agrícolas con la servidumbre de los campesinos es una condición necesaria y suficiente para el nacimiento de las granjas señoriales basadas en el trabajo servil (J. Rutkowski)[13].
3) «El mercado interior surge cuando se desarrolla la economía de mercado; el mercado comienza a existir por la economía comercial, y el grado de división social del trabajo determina su desarrollo; el mercado se amplía a medida que la economía comercial se extiende de las mercancías a la mano de obra, y sólo cuando esta última se convierte en mercancía el capitalismo abarca toda la producción en un país concreto, desarrollándose, sobre todo, en la esfera de la producción de medios de producción, cuya importancia en la sociedad capitalista aumenta cada vez más» (V. Lenin)[14].

[12] H. Lowmianski, *Poczatki Polski*, vol. I, ed. cit., págs. 10-11.
[13] J. Rutkowski, *Historia gospodarcza Polski*, vol. I, ed. cit., pág. 127. El texto en 2) no es una cita literal del libro de Ruthkowski.

Con más frecuencia, podemos encontrarnos con leyes que están formuladas de modo marginal o metafórico. He aquí algunos ejemplos:

4) «La humanidad, parece, no odia nada tanto como su propia prosperidad. Amenazada por un aumento de las riquezas que aliviarían sus penas, hace que el odio redoble su trabajo y aleje el peligro de quitar veracidad a la queja de que es pobre» (R. H. Tawney)[15].
5) «Una de las formas más comunes que asume la tragedia de la violencia y las ruinas es la intoxicación con la victoria, al margen de si la lucha en la que se ganó el premio de conjurar la muerte era un conflicto armado o un choque de fuerzas espirituales» (A. Toynbee)[16].
6) «Sólo una coordinación de los esfuerzos individuales por medio de una política socio-económica que tenga en cuenta los intereses generales puede salvar a una nación de las diversas calamidades secundarias que, durante un período indeterminado, pueden intensificar las consecuencias de una derrota militar» (J. Rutkowski)[17].

La generalidad universal (o estricta) de las leyes no está en contradicción con el hecho de que el alcance de las leyes puede variar grandemente. Las leyes se aplican a los períodos y a las regiones en los que se satisfacen las condiciones formuladas en dichas leyes. Por ejemplo, la ley 2), que afirma que la facilidad para vender productos agrícolas y la existencia de trabajo servil van seguidas del nacimiento del sistema de granjas señoriales basadas en el trabajo servil, sirve para aquellos períodos y regiones en las que fue una realidad la concurrencia de las dos exigencias. Del mismo modo, la afirmación de que un alza en los precios da lugar a una baja de la demanda sólo es aplicable al período en el que, por lo menos, predomina la economía de mercancía y dinero. Parece que el término «leyes estrictamente históricas» sirve para aquellas leyes que, como la afirmación 2), se refieren a las condiciones que se han satisfecho en un momento del pasado y cuya aparición en el futuro es improbable.

En cuanto al establecimiento de otras leyes, los historiadores deben compartir la tarea con los representantes de otras disciplinas, tales como la sociología, la economía y la psicología.

Tomando como criterio de clasificación su alcance, podemos dividir las leyes en:

a) Leyes universales (que describen las regularidades y son válidas en todas las formaciones socio-económicas);
b) Leyes históricas generales (que son válidas en una sola formación socio-económica, o en más de una formación, o dentro de una sola

[14] V. Lenin, *Razvite kapitalizma v Rosii* (El desarrollo del capitalismo en Rusia), 1947, pág. 43.
[15] R. H. Tawney, *op. cit.*, pág. 76.
[16] A. Toynbee, *Krieg und Kultur*, Hamburgo, 1958, pág. 105.
[17] J. Rutkowski, *Przebudowa wsi w Polsce po wojnach z polowy XVII wieku* (La reestructuración de las áreas rurales en Polonia tras las guerras de mediados del siglo XVII), en *Dzieje wsi Polskiej*, Varsovia, 1956, págs. 106-107.

época, o sólo para ciertas condiciones que prevalecen en, al menos, dos formaciones, por ejemplo, sólo bajo el feudalismo o capitalismo, o sólo bajo el sistema de economía de mercado);

c) Leyes históricas derivadas (que sólo son válidas en algunos períodos de una formación concreta o época histórica).

Las leyes de desarrollo, sincrónicas y diacrónicas fundamentales, tratadas en la tercera parte de este libro, son ejemplos de a). Las afirmaciones 1) y 3) anteriores son ejemplos de b), mientras que la afirmación 2) es un ejemplo de c). Las leyes a) y b) son estudiadas por los historiadores en colaboración con representantes de otras ciencias sociales, mientras que las leyes c) son formuladas por los propios historiadores, lo cual no excluye su deseosa colaboración con economistas, sociólogos etcétera. Como en el caso de otras ciencias sociales, los historiadores —como se dijo al comienzo de este libro— deben tener conciencia de su actividad nomotética, que es el principal lazo de unión entre la investigación histórica y otras ciencias sociales. Para que todas estas ciencias realicen sus tareas de investigación, deben considerarse el factor empírico y el teórico como uno solo. Las posibles diferencias entre las diversas disciplinas sólo pueden provenir de una división justificada del trabajo en el estudio de una misma materia de investigación que es la sociedad, pero la conciencia de las tareas nomotéticas debe acompañar a toda investigación en la misma medida.

7. *El concepto de regularidades en algunos estudios históricos*

El término *regularidad* ha sido muy usado por los historiadores. Como en nuestros análisis (cfr. capítulo XII) ese término representa el equivalente objetivo de una ley (leyes que son afirmaciones sobre las regularidades), parece útil averiguar cómo se ha usado el término en las narraciones históricas [18].

Uno de los significados más corrientes de esa palabra, normalmente relacionada con el concepto antinómico de «características específicas», es que un fenómeno concreto es común en un período determinado (o en una región determinada en un período concreto). Podemos encontrar así formulaciones de que en los siglos XVI y XVII el sistema de granjas señoriales basadas en trabajo servil era una regularidad en los países situados al este del Elba [19]; que a finales del siglo XVI los pueblos pertenecientes a la ciudad de Poznan mostraban ciertas «regularidades nacionales, es decir, fenómenos que marcaron el nacimiento de las granjas señoriales en toda Polonia» y «ciertas características específicamente distintas», condicionadas por factores locales [20]; que el desarrollo de Gdansk muestra ciertas «características específicas» en comparación con otras ciudades polacas [21].

[18] Para un análisis del problema, ver A. Malewski y J. Topolski, *op. cit.*, páginas 31-34; las formulaciones se deben a A. Malewski.

[19] B. Grekov, «Prawidlowosci w dziejach chlopow w Europie» (Regularidades en la historia de los campesinos en Europa), versión polaca, Kwartalnik Historyczny, núms. 3-4, 1948.

[20] J. Majewski, *Gospodarstwo folwarczne we wsiach miasta Poznania w latach 1582-1644* (Granjas señoriales en las aldeas de la ciudad de Poznan, 1582-1644), Poznan, 1957, pág. 265.

[21] M. Bogucka, *Gdanskie rzemioslo tekstylne od XVI do polowy XVII wieku* (Los talleres textiles en Danzig desde el siglo XVI a mediados del XVII), Wroclaw, 1956.

Como puede verse, las regularidades se interpretan aquí en un sentido algo distinto de los equivalentes objetivos de las leyes, ya que no se refieren a ninguna relación constante entre los hechos, sino que sólo indican ciertos sucesos o procesos observados en varias regiones de un área concreta. El concepto de regularidad se encuentra muchas veces junto a afirmaciones sobre que el desarrollo de una región determinada fue regular, o que un período concreto (por ejemplo, la desintegración política de Polonia en el siglo XII) fue un «período regular y normal de desarrollo». En este caso, el concepto de regularidad parece implicar no sólo que una región concreta se desarrollaba según lo «normal», sino también que ese desarrollo cumplía alguna regularidad ontológica. Esta regularidad no se describe ni se formula como una ley; sólo se afirma que una parte del proceso histórico siguió un curso de acuerdo con una regularidad determinada que debemos conocer, en cierto modo, «de antemano».

Al hablar de regularidades y características específicas los historiadores pensaban muchas veces en modelos. En ese sentido, los fenómenos regulares corresponderían a objetos ideales, mientras que las características específicas corresponderían a concreciones territoriales, cronológicas o reales de estos objetos ideales.

XXV

Elementos de las narraciones históricas: evaluaciones

1. *Valoración frente a evaluaciones. El valor lógico de las evaluaciones*

Las afirmaciones que expresan directamente una actitud valorativa del hablante o el escritor se suelen denominar afirmaciones valorativas, juicios morales, o evaluaciones. Son también uno de los elementos de las narraciones históricas. Ha habido una continua controversia sobre la cuestión de si las evaluaciones, distintas de las afirmaciones descriptivas, pueden tener un valor lógico (verdad o falsedad). La mayoría de los especialistas rechazan firmemente esa posibilidad, y subrayan que las evaluaciones son lógicamente neutrales; algunos intentan defender que el concepto tradicional de verdad se puede aplicar a los juicios de valor; y otros incluso sugieren una interpretación específica del concepto de verdad en relación con los juicios de valor, o, como M. Ossowska, aseguran que «aun suponiendo que las normas no puedan ser verdaderas ni falsas en el sentido tradicional, es decir, en el sentido de que estén de acuerdo o en desacuerdo con los hechos, esto no es razón para negarles todo valor lógico»[1].

La opinión de este autor sobre el problema es la siguiente. En la mayoría de las valoraciones[2] que encontramos en las obras eruditas, especialmente las que se ocupan de la historia, podemos encontrar dos tipos de información sobre los hechos: a) información sobre los hechos que están siendo valorados; b) información sobre el sistema de valores del autor (si es un historiador, esto quiere decir información sobre un aspecto del conocimiento no basado en fuentes), que también pertenece al mundo de los hechos. Consideremos las siguientes afirmaciones: 1) «Las reformas agrarias revolucionarias fueron una forma más progresista de cambios históricos que una lenta reestructuración del sistema agrario iniciada por las autoridades», y 2) «La libertad es el supremo bien». De 1) podemos aprender que las reformas agrarias revolucionarias fueron motivo de algunos cambios históricos, y también que esos cambios influyeron en el curso de los acontecimientos de modo diferente que una reestructuración de un sistema agrario iniciada por las autoridades (en general o en el caso en cuestión). Después, 2) nos informa de que la libertad, tal como la entiende el autor

[1] M. Ossowska, *Podstawy nauki o moralnosci* (Los fundamentos de la ciencia moral). Varsovia. 1947, págs. 125-126. Ver también B. Mayo, *Ethics and the Moral Life*, Nueva York, 1958; A. Montefiore, *A modern introduction to Moral Philosophy*, Nueva York, 1958; J. Kmita, «Problem wartosci logicznej ocen», *Studia Filozoficzne*, núm. 1, 1964, págs. 119-137; M. Fritzhand, «Zagadnienie prawdy w etyce», *Studia Filozoficzne*, núm. 2, 1966, págs. 11-34; J. Vetulani, «Wartosc logiczna rdan wartosciujacych», *Studia Filozoficzne*, núm. 2, 1966, págs. 75-86.

[2] Esto se refiere, evidentemente, a las valoraciones verdaderas y no a las aparentes, que serán tratadas pronto.

de la afirmación, tiene propiedades que, según él, son buenas. No se puede negar que tal información es muy vaga, pero, como veremos, el valor informativo de las evaluaciones no se reduce a éste. Si nos remitimos a 1) y a 2) y también a una cierta cantidad de conocimiento adicional, podemos reconstruir, en mayor o menor medida, los sistemas de valores de los autores respectivos. Se deduce de 1) que su autor está en favor de una abolición rápida y consistente de las desigualdades sociales y de la explotación de unos grupos de personas por otros grupos, y se deduce de 2) que su autor, de los diversos valores, da la prioridad a la libertad, de modo que, en su sistema de valores, todo lo que ayuda a la libertad y la defiende y la apoya es bueno. Una vez que los sistemas de valores de los autores respectivos están reconstruidos (lo cual suele requerir, además de algún conocimiento adicional, también el conocimiento de otras afirmaciones hechas por los mismos autores), podemos volver a la pregunta sobre la información de tipo a), es decir, la información sobre los hechos. Ahora bien, 1) no sólo nos dice que las reformas agrarias revolucionarias motivaron algunos cambios que afectaron de modo diferente el curso de los acontecimientos que una reestructuración de los sistemas agrarios iniciada por las autoridades, sino también que las reformas agrarias revolucionarias contribuyeron con mayor rapidez a la igualdad social y mitigaron la explotación más que la reestructura de los sistemas agrarios iniciada por las autoridades. Y, del mismo modo, 2) no sólo nos dice que la libertad es buena, sino también (junto con algún conocimiento adicional) que tiene ciertas propiedades, comprobables intersubjetivamente, que el autor en cuestión considera que son buenas.

Por tanto, una afirmación valorativa (excepto las puramente emocionales, que sólo expresan aprobación o desaprobación) tiene, en comparación con una descriptiva, una doble referencia a los hechos, o, en otras palabras, un modelo doble (una de cuyas partes está superpuesta sobre la otra). La primera referencia se dirige a algunos hechos que ocurrieron, por así decirlo, fuera del autor de una afirmación valorativa, y la otra se dirige a su sistema de valores. En el caso de cada una de las dos referencias podemos decir si concuerda con (o es coherente con) el modelo, porque ambas son referencias a hechos. La dificultad consiste en la necesidad de separar un sistema de referencias del otro al analizar los valores lógicos de las evaluaciones. Sobre 1), podemos preguntar si las reformas agrarias revolucionarias trajeron realmente la igualdad social y mitigaron la explotación con mayor rapidez que las reformas iniciadas por las autoridades, y si averiguamos que fue realmente así, podemos decir que la afirmación 1) es cierta en su parte descriptiva. A continuación, podemos preguntar si la valoración que contiene (la declaración del autor en favor de los cambios rápidos que contribuyen a la igualdad social y la eliminación de la explotación) concuerda con todo el sistema de valores del autor; si averiguamos que es así, podemos decir que 1) es adecuada en su parte moral (o emocional). En la práctica, una afirmación puede ser cierta en su parte descriptiva e inadecuada en su parte emocional, o viceversa; o puede concordar con los hechos y con el sistema de valores del autor; o puede diferir de ambos. Sin embargo, hay una diferencia abismal entre las dos clases de concordancia. La verdad (o falsedad) de la parte descriptiva es independiente del autor de la afirmación, porque la relacionamos con los hechos; por el contrario, la adecuación de la parte emocional la relacionamos con el autor de una

afirmación concreta. Esta es la razón de que, en el primer caso, una afirmación concreta se valore como verdadera o falsa (en un punto concreto de la investigación, porque nuestro conocimiento de los hechos puede variar), y en el segundo caso, puede ser adecuada e inadecuada, según la personalidad de su autor. Si un defensor constante de la música concreta, que la ha alabado insistentemente y ha señalado sus numerosos méritos, dice una vez que la música concreta es mala, podemos decir (suponiendo que no ha cambiado su sistema de valores repentinamente) que la afirmación en cuestión es falsa (en un sentido específico de la palabra) en su propio lenguaje. Si la misma afirmación la hace un defensor de la música tradicional, podemos decir que su valoración es cierta (en un sentido específico de la palabra). En la práctica, raramente hacemos esas afirmaciones sobre afirmaciones valorativas, y por eso nos extraña algo que se atribuya a estas últimas veracidad o falsedad. Esto se debe a que no solemos comparar las evaluaciones hechas por otros con los hechos o con los sistemas de valores de los autores de esas afirmaciones, sino sólo con nuestro propio sistema de valores, que no es un sistema de referencia para hacer afirmaciones sobre la verdad (o adecuación) de las afirmaciones valorativas hechas por otros. Podemos estar dispuestos a decir sobre 1) o 2): «¡Sí, es cierto!», pero no recordamos casi nunca, en esos casos, que al decirlo sólo expresamos nuestras propias valoraciones. Esta actitud, evidentemente, no basta para un análisis de las evaluaciones en ciencia.

La naturaleza relativa del valor lógico del nivel emocional de las afirmaciones valorativas justifica que se las considere de modo diferente, dentro de la metodología científica, y al mismo tiempo nos lleva a formular la siguiente exigencia general. Como parece fuera de toda duda que, en última instancia, sólo las afirmaciones sobre las que podemos decidir si son ciertas o falsas pueden ser elementos de la ciencia, es enormemente importante que las afirmaciones valorativas vayan acompañadas (directa o indirectamente) por información sobre los sistemas de valores de sus autores respectivos. Como hemos visto, el conocimiento de ese sistema nos permite subrayar adecuadamente la parte descriptiva de una afirmación valorativa (de modo que estamos en posición de averiguar si esa parte descriptiva es verdadera o falsa), y también nos permite averiguar si la parte emocional de ella es adecuada o no. De este modo, sin oponernos a las evaluaciones en las afirmaciones científicas, que resultaría probablemente una tarea inútil y un requerimiento innecesario, podemos defender la precisión y claridad del lenguaje científico en general, y del lenguaje de la investigación histórica en particular.

Aunque una actitud valorativa subyace bajo todas las decisiones en la ciencia, su grado de manifestación en los informes sobre los resultados obtenidos varía enormemente de una disciplina a otra, y de un investigador a otro. Si buscamos, desde este punto de vista, las diferencias entre las ciencias naturales y las sociales, vemos que no se van a encontrar en el hecho de que las primeras están libres de valoraciones y las segundas no, sino en el hecho de que —en vista de los modelos normales de valoración— las afirmaciones valorativas, es decir, las manifestaciones lingüísticas de una actitud valorativa, no suelen aparecer en las narraciones que se ocupan de las ciencias naturales, mientras que, en las que se ocupan de las ciencias sociales, y en las narraciones históricas, en particular, las afirmaciones valorativas constituyen uno de sus elementos. La diferencia, por tanto, es más

externa que esencial, ya que se refiere a las formas de manifestación de las valoraciones.

2. *Las diversas formas de la actitud valorativa de los historiadores*

De lo dicho anteriormente se deduce que las afirmaciones valorativas son sólo una de las manifestaciones de la actitud valorativa de un historiador. Esas formas se han mencionado anteriormente, especialmente en los capítulos XVI y XVII. Ahora intentaremos enumerarlas para mostrar el lugar de las evaluaciones entre esas manifestaciones de una actitud valorativa. Diferenciamos seis formas[3], en dos grandes grupos: no lingüísticas y lingüísticas.

La primera de las manifestaciones no lingüísticas de la actitud valorativa de un historiador hacia el pasado es la misma elección de la materia (o el campo) de investigación. Una persona decide estudiar un determinado problema porque piensa que lo merece, por alguna razón. Así, el papel patriótico de los obispos y arzobispos polacos fue gustosamente considerado por los historiadores relacionados con el catolicismo, mientras que aquellos hechos que mostraban que los obispos traicionaban a su país, oprimían a los campesinos y vivían con grandes lujos fueron gustosamente tomados por los historiadores que sostenían que el catolicismo fue perjudicial para Polonia.

La segunda manifestación puede consistir en guardar silencio o disminuir hechos que son inconvenientes para un autor concreto, aunque debiera tratarlos una vez que ha elegido una materia dada. Así, por ejemplo, algunos historiadores polacos, relacionados con la clase media, al escribir una historia de los campesinos polacos, subrayaban, sobre todo, las reformas emprendidas en el pasado por los propietarios de grandes terrenos, y las describían como manifestaciones de magnanimidad, asegurando que «al contrario que en otros países, los campesinos polacos nunca recurrían a las rebeliones».

La tercera forma de manifestación de una actitud valorativa en la historiografía consiste en el modo de explicación. Al analizar los factores que un historiador considera importantes para explicar un hecho concreto, podemos saber mucho sobre el sistema de valores por el que se rige. Sus criterios están a veces explícitamente relacionados con sus ideas políticas. Ejemplos de diferencias en las explicaciones nos los ofrecen los análisis de los estudios históricos relacionados con las diversas tradiciones metodológicas y con distintos grupos políticos. Los historiadores marxistas adoptan la teoría materialista del desarrollo social (materialismo histórico) como el principio por el que se rigen en sus explicaciones.

En cuarto lugar, la actitud personal hacia los hechos que se estudian se puede manifestar en el diferente grado de importancia que los diversos historiadores atribuyen a los mismos hechos, o en la indicación de algunos hechos, solamente (los que encajan con la propia interpretación) y el olvido o la minusvaloración de otros. En una discusión entre los historiadores polacos sobre la importancia política y militar de la afortunada defensa del monasterio paulino cerca de Czestochowa durante la invasión

[3] Cfr. A. Malewski y J. Topolski, «Metoda materializmu historycznego w pracach historykow polskich», *Studia Filozoficzne*, núm. 6, 1959. Algunas fórmulas y algunos ejemplos usados aquí proceden de ese artículo.

sueca en Polonia, a mediados del siglo XVII, un historiador decidía que la defensa «había jugado un papel importante en el curso de las operaciones militares»[4], mientras que otro autor, famoso por su apreciación crítica de ciertas interpretaciones de la historia polaca, subrayaba «la importancia puramente militar y local» de la defensa del monasterio[5].

Las formas lingüísticas de manifestación de una actitud valorativa incluyen I) el vocabulario, con un tinte aprobatorio y derogatorio, y II) las afirmaciones valorativas. En el caso del vocabulario, que rara vez es completamente neutral, la valoración está escondida en la descripción misma. También en las afirmaciones valorativas las evaluaciones son rara vez explícitas. Adviértase que la narración en general, por poco emocional que sea, da también alguna impresión de la actitud valorativa del autor.

He aquí ejemplos extremos de un vocabulario aprobador y derogatorio (subrayados de J. T.).

3) W. Konopczynski, que desaprobaba la lucha de los campesinos contra los señores feudales, al describir la situación de la víspera de la batalla de Beresteczko escribió que «cientos de agentes *instigaban* a los campesinos a que se unieran a las *hordas cosacas* y *mataran* a los terratenientes», pero todo esto sólo dio resultado en la región de los Cárpatos, donde «*un tal* Kostka (...), acompañado por una *banda* de montañeses, capturó la fortaleza de Czorsztyn»[6].

4) A. M. Skalkowski, manifestando una actitud desaprobatoria similar, escribió sobre el ejército de Kosciuszko que «se *arrastraba* con sus *manadas de campesinos* sin ninguna utilidad, que sólo estaban dejando el campo desnudo (...)»[7].

El vocabulario no es siempre tan explícito, y, además, las valoraciones pueden ser positivas.

5) «La acción emprendida por el pueblo fue de *gran importancia*, tanto política, al probar que las masas apoyaban la lucha de liberación nacional, como militar (...)»[8]; o

6) «Y sin embargo, en la misma Polonia había existido durante décadas una *magnífica* labor en el campo de las ideas políticas, una labor que fue un logro original polaco y un resumen de la experiencia constitucional polaca, en concreto, «Sobre los debates públicos eficaces», de Stanislaw Konarski»[9].

3. *Clases de evaluaciones en las narraciones históricas*

En la ciencia podemos distinguir dos clases de evaluciones: las propiamente dichas y las utilitarias[10]. Una clasificación parecida se puede aplicar a las que aparecen en las narraciones históricas. Simplificando, podemos decir que las evaluaciones utilitarias son afirmaciones valorativas aplicadas a objetos que se pueden observar y relacionadas con otras evaluaciones

[4] T. Nowak, «Spór o role dziejowa obrony Jasnej Góry w 1655», *Przeglad Historyczny*, núm. 1, 1958, pág. 164.
[5] O. Górka, *Legenda a rzeczywistosc obrony Czestochowy w roku 1655* (Leyenda y hechos sobre la defensa de Czestochowa en 1655), Varsovia, 1957, pág. 164.
[6] W. Konopczynski, *Dzieje Polski nowozytnej*, vol. II, 1936, pág. 11.
[7] A. M. Skalkowski, *Z dziejów insurekcji 1794*, Varsovia, 1926, pág. 24.
[8] *Historia Polski*, vol. II, parte 2, Varsovia, 1959, pág. 426.
[9] *Ibidem*, parte I, pág. 369.
[10] Cfr. M. Ossowska, «O dwóch rodzajach ocen», *Kwartalnik Filozoficzny*, volumen XVI, núms. 2-4, Cracovia, 1946, págs. 279-292.

más primitivas (aquí, el término *primitivas* no está usado en sentido peyorativo, sino, como en lógica, en el sentido de *fundamental).* Indican que algo es bueno en relación con otra cosa, o es necesario para otra cosa, o es mejor que otra cosa. Estas comparaciones se hacen según un modelo general que hemos aceptado como bueno, o según otro elemento de la misma clase (lo cual, en última instancia, es también una comparación con un patrón o modelo)[11]. Si decimos que un libro de historia no debería ser aburrido, lo comparamos con algún modelo que hemos aprobado y al que deben corresponder los libros de historia. Y si decimos que el médico *A* es mejor que el médico *B*, hacemos nuestra comparación dentro de una clase determinada, pero debemos tener alguna idea de lo que, en nuestra opinión, es un «buen» médico. En esta interpretación, las evaluaciones utilitarias se llaman comparativas.

Las evaluaciones propiamente dichas, a las que se pueden reducir, en última instancia, las evaluaciones comparativas, son más primitivas (es decir, fundamentales). Sin embargo, no es más que una diferencia de grado, de modo que no se debe atribuir una gran importancia práctica a la distinción entre las dos clases de evaluaciones. Aquí presentamos algunos ejemplos característicos de ambos tipos. Primero, he aquí algunas evaluaciones comparativas (subrayados de J. T.).

7) «La tendencia *favorable* al campesino se intensificó, tras la aprobación de la Constitución de 1791, bajo la influencia de los sucesos de Francia, y como resultado del hecho de que la Constitución no conseguía colmar las esperanzas»[12]. El autor de este pasaje compara esa «tendencia» de las actividades sobre los campesinos con un cierto modelo de «favorabilidad» hacia los campesinos en aquel tiempo. Esta evaluación, por tanto, se refiere a un patrón (de favorabilidad hacia los campesinos).

8) «El propio Alejandro era un discípulo de Aristóteles. Su ejército estaba acompañado de peritos y observadores para hacer mapas del país y anotar sus recursos. Su flota fue mandada expresamente a explorar el Mar de Arabia. Estas tradiciones fueron *dignamente* mantenidas por sus sucesores en Egipto y Asia (...)»[13]. Esta evaluación se refiere también a un modelo (de digna continuación).

En estos dos casos, las evaluaciones se pueden reducir fácilmente a otras. Así, en 7) podemos llegar a la pregunta de por qué un comportamiento concreto es «favorable» a los campesinos, y entonces podemos averiguar gradualmente los criterios fundamentales de las evaluaciones hechas. Del mismo modo, en 8) llegamos a la pregunta de por qué la conducta de Alejandro era digna de continuación y aprobación.

Algunas afirmaciones parecen encerrar evaluaciones comparativas, pero, en un examen más estricto, resultan ser simplemente descriptivas.

He aquí algunos ejemplos:

9) «Hasta donde podemos remontarnos, es decir, hasta el siglo XII, podemos ver concesiones en gran escala de terrenos, por parte de los gobernantes, a los caballeros. Incluso hicieron concesiones de asentamientos fortificados enteros, por ejemplo, Lekno, Wyszogrod, Skrzyno, y no hay duda de que, si no fuera por la escasez de fuentes, podríamos anotar más ejem-

[11] Cfr. el artículo de J. Kmita mencionado en la nota 1.
[12] A. Grynwasser, «Kwestia agrarna i ruch wloscian w Krolestwie Polskim w pierwszej polowie XIX wieku», en *Pisma*, vol. II, Wroclaw, 1951, págs. 34-35.
[13] V. G. Childe, *What Happened in History*, 1960, págs. 243-244.

plos. Más tarde, en los siglos XIII y XIV, las concesiones fueron menores, porque ni los gobernantes de los ducados (en los que se dividió Polonia en aquella época), ni incluso los dos últimos reyes de la dinastía Piast, Ladislao el Corto y Casimiro, podían permitirse el hacer grandes concesiones, pero éstas, de todos modos, continuaron: a éste o a ese caballero se les concedían uno o más pueblos por los servicios prestados al gobernante»[14].

En este caso, no se hace referencia a evaluaciones, pero el tamaño de las concesiones hechas en los diversos períodos sí se compara. Lo mismo ocurre con fórmulas como: en un país *X*, la renta per cápita es mayor que en un país *Y*. Pero la afirmación «en un país *X* la gente vive mejor (peor, etcétera) que en un país *Y*» es una evaluación comparativa, ya que las condiciones de vida en *X* e *Y* se comparan con nuestros patrones de «buenas» condiciones de vida.

He aquí otro ejemplo:

10) «(En Alemania), comparado con Francia (Thierry y Michelet), el concepto de nación llegó a relacionarse muy poco con el de pueblo, el de las amplias masas, e incluso Ranke lo interpretaba en el sentido de los estratos superiores, educados»[15]. En este caso, la intensidad de un mismo fenómeno en distintos países es lo que se compara, pero no implica una evaluación: nos encontramos sólo con una descripción de los hechos.

En las obras históricas las evaluaciones propiamente dichas se formulan pocas veces *expressis verbis*. Normalmente, están más o menos profundamente ocultas en afirmaciones aparentemente descriptivas, de modo que la separación del nivel descriptivo y el emocional no se indica sin un análisis apropiado del texto.

He aquí ejemplos de evaluaciones propiamente dichas que están ocultas profundamente:

11) «(...) en 1921, la primera tarea de los trabajadores en Polonia fue conseguir reformas sociales»[16]. Esta afirmación, que puede parecer descriptiva, es una evaluación. En su parte descriptiva dice que los trabajadores polacos, en esa época,, vivían en unas condiciones que necesitaban mejorarse. En su parte emocional, muestra las valoraciones del autor: sostiene que la lucha por las reformas que mejoraran las condiciones de vida de los trabajadores era un buen proyecto, que merecía apoyo y, por consiguiente, asegura que el pueblo tenía que luchar por esas reformas, porque una mejora en las condiciones de vida de los trabajadores es algo bueno (progresista).

12) «El levantamiento de 1863 en Polonia fue un hito en los movimientos sociales, porque los intentos de los campesinos polacos comenzaron a relacionarse con las acciones, más amplias, de los campesinos en Rusia»[17].

He aquí un ejemplo de evaluación propiamente dicha, formulada de forma más expresa:

13) «El levantamiento polaco de 1830 tuvo una gran importancia internacional. Su papel objetivo era progresista, sin ninguna duda. El levantamiento, que fue una de las manifestaciones de los movimientos burgueses

[14] K. Potkanski, «Studia nad XIV wiekiem», en *Lechici, Polanie, Polska*, Varsovia, 1965, pág. 630.
[15] M. H. Serejski, *Koncepta historii powszechnej Joachima Lelewela*, Varsovia, 1958, pág. 108.
[16] A. Próchnik, *Pierwsze pietnastolecie Polski niepodleglej* (Los quince primeros años de Polonia independiente), Varsovia, 1957, pág. 111.
[17] *Historia Polski*, vol. II, parte III, Varsovia, 1959, pág. 524.

democráticos y de liberación nacional, cada vez más intensos, en Europa, protegió a los países de Europa Occidental de una intervención armada del régimen zarista»[18].

Se puede ver fácilmente que la opinión de un investigador concreto sobre el proceso histórico yace sobre toda evaluación, sea formulada explícitamente o no; su conocimiento no basado en fuentes se manifiesta de este modo en su función de sistema de valores.

4. *El criterio de progreso como elemento principal de las evaluaciones propiamente dichas en la historiografía*

El criterio de progreso se usará aquí para referirse al criterio por el que un historiador valora los hechos que describe. El término *progreso*, tal como lo usamos aquí, está, evidentemente, libre de toda implicación que lo una con la afirmación de que es inevitable, es decir, que tiene lugar al margen de las acciones humanas. En el sentido usado aquí, todo lo que aprueba un historiador (todo lo que considera bueno, adecuado, justo, merecedor de apoyo, etcétera) es progresista, y todo lo que desaprueba (todo lo que considera malo, injusto, contestable, etcétera) es reaccionario. Por tanto, este criterio es primitivo, ya que corresponde a los calificativos (usados como predicados en el sentido lógico del término) «bueno» y «malo», a los que se pueden reducir todas las evaluaciones[19]. Se puede ver qué criterios de progreso subyacen en las evaluaciones propiamente dichas mencionadas anteriormente.

En 11), su autor piensa que el aumento de la igualdad en las relaciones sociales significa progreso. En 12), según vemos, los factores que combatieron el feudalismo y facilitaron así la llegada de una nueva formación socio-económica se consideran progresistas. La afirmación 13) expresa una aprobación de la lucha contra el sistema feudal y los políticos reaccionarios, y por tanto considera como progresista todo lo que ayuda a la liberación del hombre. Las afirmaciones 7) y 8) se pueden reducir a evaluaciones fundamentales similares.

Los estudiosos, muchas veces, no conseguían darse cuenta de que las diferencias en sus discusiones no se referían a los hechos, sino a las evaluaciones, es decir, a los criterios de progreso, que eran distintos para los diversos participantes en esas discusiones. Recordemos la controversia sobre las granjas señoriales basadas en trabajo servil.

14) S. Hoszowski escribió que, en su primer estadio, la naturaleza progresista de las granjas señoriales se debía a varios factores, tales como «un área mayor de tierra cultivada, continuidad de cultivo, mejor organización de grandes granjas, una organización competente de la venta de productos agrícolas, un mejor aprovechamiento de los bosques, praderas, viveros, cría de animales, un mayor número de gente empleada en la agricultura, una mayor complejidad de la división del trabajo, un mayor porcentaje de productos comercializables, un crecimiento de las industrias agrícolas (molinos, cervecerías) y otros tipos de industrias relacionadas con las fincas, satisfacción de las necesidades de los consumidores en las grandes ciudades, un crecimiento de las exportaciones e importaciones, y, sobre todo,

[18] *Ibidem*, pág. 488.
[19] Cfr. M. Ossowska, *Podstawy nauki o moralnosci*, ed. cit., págs. 40-41. Para un análisis detallado de los adjetivos *bueno y malo*, ver págs. 44-53.

una intensificación de la economía monetaria, como resultado de una balanza ventajosa del comercio, y una entrada de dinero desde el extranjero»[20].

15) Las formulaciones de J. Bardach eran similares. «Personalmente me pondría del lado de quienes advierten el papel moderadamente progresista de las granjas señoriales en el primer período de su existencia, sobre todo, porque hubo un aumento del cereal comercializable»[21].

En ambos casos, vemos que se adoptan como criterio de progreso el desarrollo económico y el aumento de producción.

16) Un criterio de progreso distinto sirve para la afirmación hecha por S. Szczotka. En su opinión, la naturaleza progresista de las granjas señoriales se debió al hecho de que «contribuyeron a una intensificación y exacerbación de la lucha de clases»[22]. Según este criterio, son progresistas aquellos fenómenos que aceleran la caída de una formación concreta y la llegada de la siguiente.

También se ha usado otro criterio en la controversia sobre las granjas señoriales. Por ejemplo, S. Arnold consideraba las granjas señoriales como reaccionarias desde su mismo nacimiento. Escribió 17) que el papel de las granjas señoriales era reaccionario «porque empujó a los campesinos, socialmente, hasta el nivel de esclavos que tenían que vivir en completa pobreza»[23]. En este caso, el criterio de progreso se relaciona con las condiciones de vida de los trabajadores. Del mismo modo, S. Inglot aseguró que 18) «la llegada de las granjas señoriales, vista en cuanto a las relaciones de producción, no se puede considerar como un fenómeno progresista»[24].

Como puede verse, en la controversia sobre las granjas señoriales se usaron al menos tres criterios (crecimiento económico, aceleración de la llegada de la nueva formación, condiciones de las masas). Evidentemente, estos criterios no son siempre contradictorios. Puede ocurrir así cuando un autor sostiene que toda actividad que conduzca al crecimiento económico de un país debe ser aprobada, mientras que otro autor piensa que, antes de todo, hay que prestar atención a las condiciones de vida de las masas. Además podemos encontrarnos con una contradicción sólo si examinamos la cuestión durante un corto período de tiempo, ya que, en un período largo, estos criterios pueden coincidir. Por ejemplo, el crecimiento económico, a largo plazo, puede resultar un medio más eficaz para mejorar las condiciones de vida de la población. Por eso los criterios de progreso suelen necesitar un análisis muy preciso.

En los ejemplos anteriores los hechos valorados no se describían como acciones humanas, y sólo se discutía la naturaleza progresista o reaccionaria de esos hechos.

Pero puede suceder que también se valoren las acciones y aspiraciones humanas en el pasado. Tales planes no se podrían haber llevado nunca a cabo, aunque sólo fuera por el hecho de que no se podían materializar

[20] S. Hoszowski, *Rola folwarku panszczyznianego*, Actas de la Primera Conferencia sobre Metodología de los Historiadores Polacos, vol. I, Varsovia, 1953, páginas 489-490.
[21] *Ibidem*, pág. 432.
[22] *Ibidem*, pág. 491.
[23] S. Arnold, *Podloze gopodarczo-spoleczne polskiego Odrodzenia*, Varsovia, 1957, pág. 289.
[24] S. Inglot, Introducción a la obra de K. Kluk, *O rolnictwie* (Sobre la agricultura), Varsovia, 1954, pág. XLII.

en las condiciones históricas en las que se hicieron. En el caso de las acciones planeadas, puestas en funcionamiento o no, los historiadores las valoran de dos modos: las comparan con otros programas diversos de acción vigentes en el mismo período (criterio histórico, o de pasado) o con diversos programas contemporáneos (criterio de presente). De este modo, un programa de acción que se puede valorar como muy progresista según un criterio, puede considerarse muy pobre según el otro. En el primer caso, la evaluación es comparativa, y en el segundo, una evaluación propiamente dicha.

He aquí un ejemplo de evaluación de un programa según el criterio histórico:

19) «La ideología de los Hermanos Polacos, y especialmente su corriente plebeya, era, desde el punto de vista social, la más progresista —a pesar de la Utopía— en la época del Renacimiento en Polonia»[25].

Y he aquí un caso de evaluación basada en el criterio de presente:

20) «Las opiniones sociales y políticas de Kamienski eran anti-feudales, y unían la lucha por la independencia de Polonia con una concesión incondicional de la tierra a los campesinos que la trabajaban. El programa fue expuesto en *Prawdy Zywotne* (Verdades vitales), pero era cuestión de táctica política: dejaba intocadas las granjas señoriales y a los obreros agrícolas sin tierras. En sus formulaciones básicas, estaba de acuerdo con el programa de la Sociedad Democrática Polaca (fundada por los emigrados polacos en Francia a mediados del siglo XIX), y era, en las condiciones políticas de la época, ciertamente progresista, aunque no exigía una revolución agraria»[26].

Las evaluaciones basadas en el criterio de presente (aceptado por un autor concreto) pueden convertirse a veces en caricaturas. Por eso W. Kula escribió sobre ellas al analizar las obras de historiadores anteriores. «La valoración del pasado hecha por los historiadores era, por regla general, de criterio de presente. Provenía de la lucha de un historiador en favor de algo que defendía, y de su actitud hacia la sociedad. Un historiador anti-alemán que viviera durante la Tercera República en Francia acusaría a los políticos anteriores que hubieran hecho alianzas con Alemania y exoneraría a los que hubieran dirigido guerras contra Alemania. Un radical francés elevaría estatuas de Danton y escondería (e incluso destruiría) documentos que mostraban que Danton había recibido dinero de agentes británicos. Un socialista francés disfrutaría acusando a Danton y defendiendo al «Incorruptible». En este país, Korzon, Askenazy y Skalkowski consideraban a Kosciuszko, el príncipe Józef Poniatowski y Dabrowski, respectivamente, de un modo similar»[27].

5. *Los historiadores frente a las evaluaciones*

Hay que reflexionar sobre cuál debe ser la actitud de un historiador hacia la valoración en general, y las evaluaciones en las narraciones en particular. Podemos encontrar dos acercamientos extremos. Uno es que un historiador no puede separarse de las evaluaciones, y el otro apoya la ilusión de que la investigación histórica libre de valoraciones sería plenamente

[25] *Historia Polski*, vol. I, parte 1, Varsovia, 1957, pág. 289.
[26] *Ibidem*, vol. II, parte III, pág. 130.
[27] W. Kula, *Rozwazania o historii*, ed. cit., pág. 139.

objetiva y neutral. A. Próchnik expresó su opinión, cercana a la primera postura, cuando escribió que «al expresar sus opiniones, elegir los hechos, valorar los sucesos, un historiador no se puede separar de la plataforma en la que se apoya. Es incapaz de olvidar su *Weltanschauung*, aunque pretenda que sí lo olvida» [28]. Una postura similar ha sido formulada por W. Kula, que sostiene que la necesidad de liberar a la historia de valoraciones es impracticable, e incluso perjudicial para la investigación histórica [29].

Aunque sostenemos que la valoración es inseparable de toda actividad científica, podemos considerar, de todas formas, qué formas de manifestación de una actitud valorativa son compatibles con la conducta de un historiador, y cuáles son incompatibles con ella, y, por tanto, deben rechazarse.

La manifestación de la actitud de un historiador en la elección de la materia de investigación es legítima e inevitable. Según los diversos factores implicados, algunos investigadores plantean ciertas preguntas, mientras que otros investigadores plantean otras preguntas, y en esto no reside ningún peligro para la ciencia. Algunos efectos incómodos posibles se pueden mitigar, en parte, por la práctica, cada vez mayor, de coordinar y planificar el trabajo investigador.

Pero es distinto lo que ocurre con las restantes formas de selección. Tenemos que criticar cualquier actitud valorativa que se manifieste en dejar de lado los hechos inconvenientes aunque tengan que tratarse en relación con la materia estudiada. Del mismo modo, tenemos que desaprobar toda selección unilateral de las consecuencias de los hechos abarcados por la investigación. Esta selección incorrecta se debe, a veces, sólo a una preparación inadecuada de un historiador concreto para su labor. En tal caso, la solución es simple: tiene que aumentar su conocimiento no basado en fuentes.

¿Y las evaluaciones? Aquí se podrían formular dos exigencias:

1) Eliminación de ciertas formas de evaluaciones;
2) Modificación de las restantes formas.

En el caso de 1) nos referimos a que el vocabulario usado en historiografía debería elegirse para que sea lo más preciso y no ambiguo posible; en la ciencia, las palabras deben informar, sobre todo, sobre los hechos estudiados, y no sobre las emociones del investigador. Las exigencias radicales mencionadas anteriormente serían impracticables, y por eso, este autor sugiere moderación.

En el caso de 2) nos referimos a las evaluaciones formuladas como afirmaciones valorativas. Tenemos que ver que las evaluaciones sean claras, y eso sólo se puede asegurar si los sistemas de valores usados en la evaluación se muestran tan plenamente como sea posible. Si se cumple esa condición, cuando un historiador diga que un fenómeno es progresista podemos averiguar si tiene razón, es decir, podemos averiguar si su evaluación es verdadera en su parte descriptiva. Este autor no recomienda que se eliminen las evaluaciones. Por el contrario, cree que, gracias a las evaluaciones, la historiografía contribuye a las transformaciones del mundo que nos rodea. Pero la tarea de valoración no debe estar en absoluto en

[28] A. Próchnik, *op. cit.*, págs. 4-5.
[29] W. Kula, *op. cit.*, pág. 144.

contradicción con las tareas estrictamente científicas, es decir, no debe dar lugar a formas indeseables de valoración, tal como se ha mencionado anteriormente.

¿Pero qué criterio de valoración, es decir, de progreso histórico, hay que adoptar? A través de los tiempos, los historiadores manifestaron sus posturas en lo que hicieron como historiadores y en lo que declararon. De cualquier forma, probablemente en cualquier período de la historia de la investigación histórica y la historiografía ha existido una división entre los activistas, que siempre querían apoyar los fines de un grupo social determinado, y los escépticos, que se mostraban críticos ante los diversos modelos. W. Kula ha denominado a los primeros «acólitos» (ya que «ayudan a misa en las iglesias de su época»), y a los segundos, «iconoclastas» (ya que «intentan abrir los ojos de sus contemporáneos para que vean que "el rey no tiene vestidos"») [30].

Cuando predominaba el modelo pragmático en la investigación histórica, la principal tarea de los historiadores era promover ciertos patrones de conducta. Los principios axiomáticos para la construcción de dichos patrones los proporcionaban la mitología, el estado y la religión. Cuando el racionalismo comenzó a sustituir a la religión en la investigación histórica, o al menos a tener una posición equivalente, la naturaleza humana inmutable con sus necesidades inmutables se convirtió en el sistema de referencia para las evaluaciones.

En la interpretación cartesiana, el conocimiento del hombre, como la geometría, debía deducirse de una serie de axiomas. Esto significaba reforzar el estudio del hombre desde el punto de vista de las especies humanas (aunque la historiografía seguía dedicando su atención al héroe y la personalidad), con la pérdida total de los elementos de la consideración individual del ser humano que se pueden encontrar hasta en los autores antiguos.

La oposición a los sistemas absolutos de referencia en el área de la valoración, sistemas promovidos por la religión y por la idea de la naturaleza humana inmutable, dio lugar a un relativismo histórico total, principalmente en la historiografía alemana. Privó a los historiadores de todo criterio de valoración, al proclamar el principio *virtus filia temporis*, lo que significa que, al rechazar todos los valores absolutos a los que se podían referir las evaluaciones, llegó a defender un relativismo extremado en ese aspecto.

La síntesis dialéctica de las posturas extremas, es decir, una síntesis que nos lleva a la aceptación de ciertos criterios de valoración mientras que subraya que tienen una naturaleza histórica, evita los dos extremos. Las propuestas mejor fundadas sobre esta síntesis se encuentran en los autores marxistas, especialmente en Marx y Engels, y más tarde, por ejemplo, en Gramsci y Lukács. Sus ideas deben interpretarse de este modo: al evaluar el proceso histórico, tenemos que hacer una distinción entre 1) evaluaciones de sucesos que no se interpretan como acciones humanas; 2) evaluaciones de acciones humanas (acciones emprendidas por individuos, grupos e instituciones). Esta distinción, que es esencial para el problema en cuestión, no fue adecuadamente observada, lo cual produjo muchos malentendidos. El historiador que quiere valorar el nacimiento del capitalismo en los siglos que van del XVI al XVIII, y el que quiere valorar la

[30] *Ibidem*, pág. 219.

conducta de los pioneros de la industrialización capitalista que explotaban sin piedad a sus trabajadores, se enfrentan a dos problemas diferentes. En el primer caso, el historiador, probablemente, dirá que el nacimiento del capitalismo fue un hecho progresista, mientras que en el segundo, mostrará seguramente simpatía por los sufrimientos humanos. ¿Significa esto una dualidad de evaluaciones?

¿Cómo podemos evitar esta dualidad? De cualquier modo, parece incorrecto subordinar las evaluaciones de las acciones humanas a las evaluaciones de los procesos, es decir, absolver a los individuos, grupos e instituciones, de ciertas acciones, sólo porque esas acciones originaron o contribuyeron a ciertos procesos que evolucionaron positivamente. Pero también sería incorrecto caer en el otro extremo, es decir, olvidar, al evaluar las acciones humanas, el proceso histórico y sus consecuencias para la vida humana. Un historiador debe encontrar cada vez un camino medio entre estos dos extremos. La teoría marxista propaga el acercamiento antropocéntrico, según el cual, el hombre debe considerarse como valor último y supremo. Este acercamiento, además, tiene la mejor oportunidad de convertirse en criterio básico para las valoraciones históricas, y de ayudar a los historiadores a encontrar modos de valoración. Mientras que en el proceso de establecimiento de leyes, es decir, relaciones generales, un historiador debe separarse del hombre como individuo, en el proceso de evaluación debe, según lo que recomienda el principio de antropocentrismo, tener siempre en cuenta el individuo y sus necesidades. Adviértase que el antropocentrismo, tal como lo interpreta la teoría marxista, no considera al hombre unilateralmente, en la esfera de su existencia; no separa su existencia individual de la esfera social, y *a fortiori* no opone ambas, como hacen algunas filosofías existencialistas y personalistas. Un individuo no se toma en aislamiento, ni sólo como producto social, sino como un factor creativo en el proceso histórico. No vamos a detenernos más en este problema, ya que es marginal respecto a las cuestiones que tratamos en este libro.

El acercamiento antropocéntrico formulado anteriormente supone el punto medio entre el concepto abstracto de naturaleza humana inmutable y el relativismo que defendía el historicismo. Se deduce de ello que tenemos que admitir la existencia de un fundamento común de la naturaleza humana por lo que respecta a diferentes épocas y diferentes territorios. Lo que queremos decir aquí no es sólo el nivel biológico (aunque en ese aspecto parece estar más claro el fundamento común), sino también el nivel psicológico. Todo historiador está convencido de que ciertos rasgos de la naturaleza humana y ciertas necesidades humanas son constantes, y basa muchas de sus afirmaciones en esa convicción.

XXVI

La estructura metodológica de la investigación histórica

1. *Criterios de clasificación de las ciencias*

Seguramente hemos acumulado bastantes datos para responder a la pregunta sobre la estructura metodológica de la investigación histórica, o, en otras palabras, sobre la clase o familia de ciencias en la que se debe incluir la historia. Lo más urgente es contestar si (como aseguran los representantes de la concepción fenomenalista, es decir, induccionista, de la ciencia) la investigación histórica es idiográfica o sea, de naturaleza descriptiva, y no cumple ninguna función teórica y nomológica.

Las clasificaciones de las ciencias suelen recurrir a tres criterios básicos: el de la materia de investigación, el del (de los) método(s) de investigación, y el de la estructura metodológica del lenguaje de una disciplina concreta. Según el primer criterio, las ciencias se clasifican como resultado del análisis de la materia de estudio, lo cual significa que las disciplinas que tienen una materia de estudio común se sitúan en una clase. Según el segundo criterio, las ciencias se clasifican de acuerdo con los métodos que utilizan, y según el tercero, de acuerdo con los modos de formular y sustentar los resultados de la investigación, es decir, de acuerdo con la naturaleza metodológica de los teoremas y las afirmaciones obtenidos (en otras palabras, el objetivo de la investigación). Las clasificaciones de las ciencias suelen tener en cuenta dos o incluso tres criterios simultáneamente, pero uno de ellos juega el papel principal. Adviértase también que las personas que clasifican las ciencias adoptan a veces un acercamiento descriptivo, es decir, consideran una disciplina concreta tal como es, pero a veces, adoptan un acercamiento normativo, o sea, la consideran desde el punto de vista de lo que, en su opinión, tendría que ser. El no darse cuenta de esa diferencia es la razón, a veces, de controversias aparentes, en las que cada una de las partes en disputa piensa en algo distinto. Por tanto, el modo de clasificar una disciplina dada se puede determinar por las opiniones sobre su materia, sus métodos, y sus resultados; además, en cada caso, un criterio determinado se puede referir al estado real de esa disciplina o a su imagen ideal.

La clasificación de las ciencias en naturales y sociales, que es la más común y la más fundamental, utiliza como criterio la materia de investigación. A primera vista, esta clasificación parece muy clara, pero, en la práctica, ahora que las investigaciones inter-disciplinares se han multiplicado, es difícil, muchas veces, clasificar una disciplina concreta, sin ambigüedad, en uno de los dos grupos [1]. Además, tanto las disciplinas formales

[1] Cfr. A. Lewicki, sus reflexiones sobre la psicología «Psychologia wobec nauk przyrodniczych i humanistycznych», *Studia Metodologiczne*, núm. 1, páginas 47 y ss.

(lógica, matemáticas, cibernética general) como las disciplinas que tienen otras ciencias como materia de investigación (la metodología de las ciencias) permanecen fuera de esa clasificación. Entre las ciencias naturales, el primer lugar suele adjudicarse a la física, como la más «pura» de todas, ya que no está cargada con el punto de vista histórico, lo cual no se puede decir, por ejemplo, de muchas ramas de la biología y la geología. Las ciencias sociales incluyen, sobre todo, la sociología, la economía, y la historia. La clasificación de las ciencias en ciencias de la naturaleza (*Naturwissenschaften*) y las del espíritu (*Geisteswissenschaften*), muy corriente en la Alemania del XIX, y que comenzó a ser criticada por W. Windelband en 1894, tenía como criterio también la materia de investigación.

«Windelband señaló», escribió A. Malewski, «que la oposición entre naturaleza y espíritu no es nada clara, y que, aún más importante, esta clasificación no coincide con la que sigue los métodos de investigación. Algunas de las *Geisteswissenschaften*, metodológicamente, se acercan mucho a las ciencias naturales. Esta era la razón de que Windelband estableciera la clasificación que divide a las ciencias en las que intentan establecer leyes (ciencias nomotéticas), y las que describen hechos aislados en sus formas históricamente determinadas (ciencias ideográficas)»[2]. La historia comenzó a incluirse entre las ciencias ideográficas.

Las ideas de Windelband fueron desarrolladas por H. Rickert (cfr. capítulo VII), cuya clasificación de las ciencias hace una distinción, por un lado, entre las ciencias de la cultura y las ciencias de la naturaleza (con la materia de investigación como criterio), y, por otro lado, entre las ciencias individualizadoras (ideográficas) y las generalizadoras (nomotéticas). Desde un punto de vista, la historia se incluyó en las ciencias de la cultura (es decir, las que recurren a la valoración), y desde el otro, en las individualizadoras. Tanto Windelband como Rickert tomaban como base para su clasificación el estado real de la investigación histórica, y no un tipo de investigación histórica que se pudieran imaginar. H. Rickert subrayaba claramente que «todos los tipos de hechos, incluidos los hechos mentales, se pueden considerar (...) de manera generalizadora»[3].

Entre otras clasificaciones de las ciencias hay que mencionar la distinción de las disciplinas experimentales, es decir, las que recurren a los experimentos de laboratorio. Entre ellas no están las ciencias sociales, sobre todo, la historia, que se ocupa de sucesos pasados.

K. Ajdukiewicz ofreció una amplia fundamentación de la división de todas las ciencias en deductivas e inductivas. Escribió que «todas las ramas de las matemáticas y la lógica formal son ciencias deductivas, mientras que todas las restantes ciencias, naturales o humanísticas, son de naturaleza inductiva»[4]. Aquí se adopta como criterio de clasificación el método de obtener los teoremas. En las ciencias deductivas, una afirmación que no es un axioma en una disciplina concreta se acepta como teorema sólo si se puede deducir a partir de axiomas. Esto no quiere decir, por supuesto, que en las ciencias inductivas los teoremas no se deduzcan nunca. Como hemos visto, en la investigación histórica la inferencia deductiva se usa con bastante frecuencia. La cuestión es que, en las ciencias inductivas, la inducción

[2] A. Malewski y J. Topolski, *Studia z metodologii historii*, pág. 25.

[3] H. Rickert, *Kulturwissenschaft und Naturwissenschaft*, 7.ª ed., Tubinga, 1926, pág. 51.

[4] Cfr. K. Ajdukiewicz, *Pragmatic Logic*, ed. cit., pág. 191.

está al mismo nivel que la deducción, mientras que en las deductivas, el papel de la inducción es marginal y subordinado.

Todo esto muestra que la historia está clasificada de varias formas: se incluye entre las ciencias sociales, idiográficas, valorativas, no experimentales e inductivas. Excepto la inclusión, normalmente sin discusiones, de la historia en las ciencias sociales e inductivas, todas las demás clasificaciones son materia de controversia. Así, no hay acuerdo sobre si la historia es una disciplina idiográfica, ni, por tanto, sobre si la valoración y la falta de experimentación son realmente sus rasgos característicos. Como hemos visto anteriormente, la controversia sobre la naturaleza idiográfica de la investigación histórica salta a primer plano. Y, para considerar el problema más ampliamente, la controversia sobre el idiografismo, la valoración y la experimentación en la investigación histórica es una manifestación de la controversia más general entre los defensores del tratamiento naturalista de las ciencias sociales y los defensores del tratamiento anti-naturalista de esas disciplinas.

2. *La visión anti-naturalista y naturalista de las ciencias sociales*[5]

Los anti-naturalistas están convencidos de que hay una diferencia esencial (en la estructura de los métodos de investigación) entre las ciencias naturales y las sociales, y piensan que es imposible que estas últimas lleguen al nivel de precisión metodológica y falta de ambigüedad en los resultados que caracteriza a las ciencias naturales. Aseguran que las ciencias sociales se ocupan de hechos (sucesos) u objetos únicos, no recurrentes, que sólo se pueden describir factográficamente. Por tanto es imposible, en la esfera de las ciencias sociales, establecer leyes científicas, y, consecuentemente, hacer predicciones científicas. Tampoco es posible, aseguran, obtener resultados que estén libres de valoraciones y sean por tanto plenamente objetivos, y toda valoración es un factor no científico o extra-científico. Además, en su opinión, la falta de oportunidades para hacer experimentos priva a los científicos sociales de la posibilidad de realizar comprobaciones verdaderamente científicas, lo cual reduce considerablemente la utilidad de los resultados. Los naturalistas, que defienden la unidad de la ciencia, sostienen las opiniones contrarias. Señalan la semejanza fundamental de la materia de investigación, tanto en el caso de las ciencias naturales como en el de las sociales; en ambos casos nos ocupamos de hechos que son esencialmente individuales, porque un hecho concreto, como la Batalla de Crécy, un eclipse de sol concreto, y la descomposición de un átomo determinado en un momento dado, ocurre sólo una vez, y no puede volver a ocurrir en las mismas condiciones, lo cual, evidentemente, no quiere decir que no pueda haber hechos que pertenezcan a la misma clase de sucesos.

Estos ven la base para establecer leyes científicas y hacer todo tipo de generalizaciones, tanto en las ciencias naturales como en las sociales, en la posibilidad de combinar hechos en clases de extensiones variadas, apoyándose en la semejanza de ciertas de sus propiedades. También señalan que la misma existencia de nombres de hechos y objetos justifica las operaciones de clasificación. Cuando decimos: esto es un eclipse de sol, esto

[5] El presente autor utiliza muchas afirmaciones de J. Giedymin, *Problemy. Założenia. Rozstrzygniecia.*, ed. cit., págs. 149-170, y de E. Nagel, *The Structure of Science*, págs. 447-606.

es una guerra, esto es una mesa, etcétera, incluimos un hecho (suceso) u objeto concreto dentro de una clase determinada [6]. Entre los hechos naturales y los sociales puede haber, como mucho, una diferencia de grado, solamente: los hechos sociales parecen mostrarnos (lo cual no significa que realmente lo hagan) una mayor variedad de características secundarias que los hechos naturales.

La estructura similar de la materia de investigación en ambos tipos de ciencias significa que todos los hechos, naturales o sociales, son únicos desde un punto de vista, y recurrentes (al menos, en potencia) desde otro. Esto, a su vez, implica una situación similar respecto al establecimiento y la formulación de leyes y predicciones, aunque (como vemos en el actual nivel de desarrollo de la ciencia) los lazos entre los hechos naturales y la esfera de la libre voluntad del hombre (ver capítulo XI) forman un número mayor de combinaciones. En las ciencias sociales esto da lugar a complicaciones específicas en la tarea investigadora, y dificulta una formulación no ambigua e incondicional de los resultados.

Y, sin embargo, en las ciencias sociales llegamos a afirmaciones del mismo tipo que en la ciencia natural. En ambas, la sustancia consiste en afirmaciones de observación, es decir, afirmaciones del tipo: «Un hecho *Z* ocurrió en un lugar *L* y en un tiempo *T*» o «lo que estoy viendo ahora es *P*». afirmaciones basadas en observaciones directas o indirectas. Una afirmación de observación está en forma de oración, pero como las oraciones de este tipo raras veces se convierten en constituyentes finales de las formulaciones de los resultados de la investigación, se diferencian de aquéllas por medio de las cuales informamos sobre los resultados. Esta última categoría, como hemos visto (cfr. capítulo XXIV) incluye los dos tipos principales: afirmaciones sobre hechos singulares y afirmaciones generales. En este grupo distinguimos las afirmaciones estrictamente generales y las afirmaciones universalmente generales.

Es entre las afirmaciones estrictamente generales y universalmente generales (estas últimas contienen nombres propios, pero son ontológica y epistemológicamente abiertas) donde tenemos que buscar las leyes científicas; y el problema de establecer leyes es el centro de la controversia sobre la posibilidad de construir las ciencias sociales según el modelo sacado de las ciencias naturales. Pero todas las partes en disputa están de acuerdo en cuanto al hecho de que hay distintas categorías de leyes.

Aparte de ser universales (es decir, válidas en cualquier lugar y en cualquier tipo) o restringidas a algunas partes del espacio y el tiempo, las leyes pueden ser también libres de excepción o estadísticas. En el caso de las leyes libres de excepción, si la condición descrita en el antecedente se satisface, el hecho descrito en el consecuente ocurre siempre, mientras que las leyes estadísticas (que reflejan la naturaleza de los hechos o nuestro conocimiento inadecuado de ellos) sólo afirman que el hecho descrito en el consecuente ocurre en un porcentaje de casos suficientemente alto, es decir, con una probabilidad específica y adecuadamente alta. Como es sabido, las leyes estadísticas se formulan en las ciencias naturales y en las sociales; en cuanto a las primeras, baste mencionar las leyes de la mecánica cuántica.

[6] Cfr. C. B. Joynt y N. Resher, «The Problem of Uniqueness in History», *History and Theory*, vol. I, núm. 2, 1961, págs. 150-162. W. S. Jevons. *The Principles of Science*, vol. II, Nueva York, 1877, pág. 673. Ver también Folke Dovring, *History as a Social Science*, La Haya, 1960, pág. 60, y P. Gardiner, *The Nature of Historical Explanation*, págs. 31-41.

La posibilidad de formular leyes (en sentido general, y leyes científicas, en particular), tanto en el área de las ciencias sociales como en el de las ciencias naturales, es un resultado inmediato del hecho de que en ambas utilizamos y llegamos a afirmaciones estrictamente generales. Es evidente que en las diversas disciplinas el papel de las afirmaciones que carecen de validez estrictamente general, por un lado, y las que son estrictamente generales, por otro, difieren de un caso a otro. Por ejemplo, la geología y la historia se interesan más por establecer hechos descritos en afirmaciones que carecen de validez estrictamente general que la física y la sociología teórica.

Al ser abiertas, es decir, no restringidas en cuanto a su validez, por lo menos en el tiempo, las afirmaciones estrictamente generales y universalmente generales pueden servir de base para las predicciones. Tales afirmaciones son el constituyente más importante de nuestro conocimiento, y nos guían en todas nuestras acciones conscientes. Por ejemplo, si no toco una estufa caliente para no quemarme, me guío por la afirmación estrictamente general (sacada de la experiencia acumulada por otros y complementada por mi propia experiencia) «todas las estufas calientes causan quemaduras». Predigo que si toco una estufa caliente con mi mano desnuda me quemaré la mano, y como no quiero quemarme no la toco. Las afirmaciones estrictamente generales (y quizás, también, las universalmente generales) son nuestra base para buscar las causas de los hechos que consideramos como efectos.

Como las afirmaciones estrictamente generales nos permiten las explicaciones causales, sirven también como base para las predicciones [7] En el caso de la explicación conocemos el efecto (descrito por el consecuente de una afirmación condicional) y no conocemos la causa (que debe describir el antecedente de esa afirmación condicional), mientras que, en el caso de la predicción, conocemos lo que se afirma en el antecedente y queremos formular el consecuente de modo que sea una afirmación cierta. La diferencia está en la dirección en la que nos movemos. Pero la semejanza entre el procedimiento prognóstico y el postgnóstico en las diversas disciplinas no significa que todas las disciplinas tengan igual éxito en ambos terrenos. No hay duda de que en muchas ciencias sociales, incluida la historia, la predicción y la explicación causal son, teniendo en cuenta el papel jugado por las acciones libres del hombre, más difíciles que en las ciencias naturales. Pero la diferencia es de grado, no de esencia. El gran número de factores implicados hace que muchas predicciones en las ciencias sociales tengan un grado muy bajo de fiabilidad; pero si reflexionamos, por ejemplo, sobre las predicciones meteorológicas, vemos que la no fiabilidad de las predicciones no es una peculiaridad de las ciencias sociales.

Los antinaturalistas subrayan que, de todos modos, las oportunidades de las predicciones en las ciencias sociales son prácticamente nulas, porque las acciones conscientes del hombre hacen que se cumplan o se destruyan las predicciones que los humanos conocen (el efecto de Edipo), y además, el mismo acto de investigar influye en la actitud de los seres humanos a los que abarca la investigación. La opinión de E. Nagel es que la formulación de leyes como afirmaciones condicionales rechaza la objeción de su bajo valor

[7] Esto es subrayado también por C. G. Hempel, «The Function of General Laws in History, en *Theories of History*, pág. 347. Ver también H. Albert, «Probleme der Wissenschaftslehre», en *Handbuch der empirischen sozialforschung*, edición citada, págs. 54-56.

predictivo[8]; en cuanto a la segunda cuestión, podemos indicar el principio de Heisenberg sobre la indeterminación en física, que también se refiere a la influencia que tiene un observador sobre los resultados de la investigación.

Lo mismo ocurre con la valoración y la experimentación. La diferencia no es estructural sino de grado, o se debe a una interpretación demasiado estricta de ciertos conceptos. Como hemos dicho (ver capítulo XIV), la toma de decisiones subyace en todas las acciones humanas, y, por consiguiente, también en la actividad investigadora, y la toma de decisiones se basa en un sistema específico de valores o valoraciones. La diferencia está en el hecho de que en las ciencias sociales nos encontramos, a menudo, con valoraciones distintas, mientras que en las ciencias naturales las evaluaciones semejantes son la regla y crean la ilusión de que en la investigación no hay valoraciones implicadas.

Se puede decir que en las ciencias sociales los experimentos son imposibles, pero sólo si entendemos los experimentos del mismo modo que en la física o en la química, es decir, como controlados. Sin embargo, hay muchas ciencias naturales (como la paleontología) en las que tales experimentos no son tampoco posibles, y, por otro lado, en algunas ciencias sociales (por ejemplo, la psicología) la experimentación es posible hasta cierto punto; además, la gente tiende a olvidar que los llamados experimentos mentales tienen mucho en común con los experimentos controlados, a pesar de que hay grandes diferencias entre las dos categorías.

En última instancia, resulta que el contraste metodológico entre las ciencias naturales y las sociales provoca muchas dudas. En ambos grupos de ciencias, los investigadores formulan afirmaciones estrictamente generales y leyes científicas que sirven como base para la explicación y la predicción; ningún grupo está libre de valoraciones, y en ambos grupos, los experimentos son posibles en algunos casos, pero imposibles en otros. El acercamiento naturalista a las ciencias sociales, sin embargo, no significa una opinión universalmente aceptada sobre la estructura metodológica de la historia como una ciencia social. Las diferencias de opinión sobre este punto se reflejan, sobre todo, en las diversas opiniones sobre el idiografismo.

Por supuesto, lo que aquí se ha dicho no pretende suponer que las ciencias sociales no tienen sus propias peculiaridades. Entre las más importantes está el procedimiento específico de explicación de la conducta humana por su interpretación humanista. Mientras que en las ciencias naturales basta tener en cuenta la estructura y la dinámica de los hechos, en las ciencias sociales y en las humanidades la dinámica y la estructura deben contemplarse a través de las acciones humanas.

3. *Idiografismo en cuanto a la materia y pragmático*

Cuando decimos que la historia es una disciplina idiográfica, nos podemos referir a la materia de estudio y a los métodos y resultados de la investigación. Esto significa que podemos clasificar la historia como una disciplina idiográfica y pretender la clasificación de las ciencias por la estructura de su materia de investigación, por los métodos de investigación, por los resultados a los que llegan y por los tres criterios tomados conjuntamente. La creencia de que la materia de investigación histórica es tal que no se

[8] E. Nagel, *The Structure of Science*, ed. cit., págs. 466-473, en particular, página 470.

pueden formular afirmaciones estrictamente universales, no leyes científicas, en el curso de la investigación, significa la aceptación del idiografismo en cuanto a la materia. La distinción de este tipo de idiografismo se debe a A. Malewski[9]. Junto al idiografismo en cuanto a la materia, señaló también un idiografismo metacientífico que se ocupa de los métodos de investigación usados y de los resultados obtenidos en una disciplina dada. En este libro lo llamaremos idiografismo pragmático. Malewski distinguió también el programa del idiografismo metacientífico, que —en cuanto a la investigación histórica— establece qué métodos *deberían* usar los historiadores y en qué lenguaje deberían formularse los resultados de la investigación. El idiografismo en cuanto a la materia implica, obviamente, el idiografismo pragmático y un programa adecuado para la investigación histórica posterior. Pero la afirmación de que la investigación histórica conducida en un tiempo o un lugar concretos tiene naturaleza idiografica no tiene por qué unirse a la aceptación del idiografismo en cuanto a la materia ni a la propuesta de un programa de idiografismo pragmático. Desde luego, se puede proponer un programa de idiografismo pragmático combinado con la aceptación del idiografismo en cuanto a la materia.

El idiografismo en cuanto a la materia parte del presupuesto de que los hechos históricos son únicos. Como todos los demás hechos, los hechos históricos son únicos (es decir, no recurrentes) desde un punto de vista determinado, porque cada hecho ocurre sólo una vez, pero los hechos se pueden agrupar por ser similares. Cuando los historiadores usan conceptos como: rey, estado, revolución, feudalismo, mejoras agrícolas, etcétera, señalan semejanzas entre diferentes hechos individuales[10]. Estos conceptos y otros parecidos son usados también por los seres humanos en su vida cotidiana. Hemos visto varios intentos de eliminar dichos conceptos del lenguaje de la historiografía (cfr. J. H. Clapham), pero ni siquiera los mismos que lo proponían conseguían ser consistentes en ese punto, porque resulta imposible. Cada hecho, según las propiedades que tengamos en cuenta en una ocasión concreta, puede incluirse en diversas clases. Por ejemplo, la rotación de cultivos (en un tiempo y un lugar específicos) puede clasificarse como: *a*) sistema de labranza, o *b*) manifestación del progreso técnico en la agricultura; una guerra (en un tiempo y un lugar específicos), como: *a*) una victoria; *b*) una derrota; *c*) motivo de devastaciones, etc. En cada caso, se toma en cuenta otra característica de un hecho concreto.

El mismo hecho de que los hechos se puedan clasificar quita fundamento a la principal afirmación del idiografismo en cuanto a la materia, es decir, la afirmación de que los hechos históricos son únicos (no recurrentes), y como se ha señalado en ocasiones anteriores, invalida la opinión de que en la investigación histórica no se pueden establecer leyes científicas ni, por tanto, afirmaciones estrictamente generales. Como los hechos, en realidad, vuelven a ocurrir, esto significa —si aceptamos el principio de causalidad (ver capítulo XI)— que están motivados por otros hechos semejantes (causas) y esto nos permite descubrir regularidades, es decir, averiguar qué hechos de una clase determinada causan hechos de otra clase. La aceptación del principio

[9] A. Malewski y J. Topolski, *Studia z metodologii historii*, ed. cit., págs. 22 y siguientes.

[10] Cz. Znamierowski, al criticar a Popper, escribió: «Sólo una vez heredó Luis XIV el trono de su padre, Luis XIII, pero muchas veces ha heredado el trono un hijo de su padre» *(Ruch Filozoficzny*, vol. XXIII, núms. 3-4, 1966, página 202).

de causalidad, que poca gente rechaza, da lugar a la aceptación de la posibilidad de formular afirmaciones estrictamente generales (tales como: un hecho del tipo *A* causa un hecho *B*, siempre o con una frecuencia específica) y leyes científicas en el sentido más estricto del término. Como, según hemos visto, la investigación histórica sería imposible sin las referencias a las leyes, los historiadores, en sus obras, se refieren a las leyes, e incluso formulan leyes, ellos mismos.

El idiografismo en cuanto a la materia encuentra un apoyo en el hecho de que la materia de la investigación histórica es muy compleja, lo cual causa considerables dificultades en la explicación y la predicción. Es evidente que la solución más fácil consiste en describir simplemente esa materia de investigación, pero esto no debería suponer el abandono de tareas más difíciles, aunque no siempre se pueda esperar un éxito total. La situación descrita anteriormente es sólo un rasgo de un nivel concreto de desarrollo de la investigación histórica, y no, como puede verse por los argumentos antes aducidos, un resultado de la naturaleza específica de la materia de la investigación histórica. El acercamiento defendido por el idiografismo en cuanto a la materia resulta demasiado dañino para el desarrollo de la ciencia histórica. Impide que la historia trascienda la descripción de hechos singulares y consiga generalizaciones que reduzcan la variedad de hechos. Pero, por otro lado, presta atención a la necesidad de formular, en el curso de la investigación histórica, explicaciones y predicciones con una aproximación crítica.

El idiografismo pragmático parte de un análisis del estado actual de la investigación histórica, es decir, sus métodos y objetivos, y demuestra que difiere considerablemente de muchas otras ciencias (que, en esa terminología, se llaman teóricas). Se subraya también que los historiadores, en la práctica, muestran muy poco interés por establecer leyes científicas, y que lo que realmente hacen es describir los hechos. Algunas personas sostienen que este estado de cosas es el correcto, es decir, proponen el programa de idiografismo pragmático y asignan los objetivos teóricos a la sociología, economía y otras disciplinas. Otros creen que dicho estado de cosas es sólo un rasgo de un estado determinado de desarrollo de la ciencia histórica, que debería crear un mayor interés por las cuestiones teóricas, sin dejar de lado, evidentemente, las tareas descriptivas.

Adviértase que la estructura metodológica de la historia que caracterizaba el período en el que se hizo la clasificación de las ciencias en idiográficas y nomotéticas se compuso reflejando el respeto a los hechos y al conocimiento no basado en fuentes. El predominio de las descripciones simples, junto con los primeros pasos hacia descripciones genéticas deliberadamente planeadas, fue una base excelente para las afirmaciones del idiografismo pragmático.

Pero esas afirmaciones, incluso en el fomento de su formulación, ya no reflejaban la estructura metodológica de la historia, que no se limitaba a las descripciones puras hechas como afirmaciones singulares o con un grado de generalidad muy bajo. Tampoco conseguían tener en cuenta la tendencia nomotética de la historiografía marxista, iniciada por las obras de Marx y Engels. Así, incluso en esa época, la historiografía utilizaba toda clase de afirmaciones conocidas en la ciencia: afirmaciones sobre hechos singulares, generalizaciones históricas, afirmaciones estrictamente generales y leyes.

Por tanto, hay argumentos poderosos (incluido el que señala la eficacia de las acciones humanas que se basan en las regularidades observadas) que obran contra las afirmaciones del idiografismo en cuanto a la materia.

El idiografismo pragmático es, en gran medida, el reflejo de los procedimientos usados por los historiadores en la práctica, pero si se interpone de modo radical (es decir, como una negación de las contribuciones de los historiadores al establecimiento de leyes) es evidentemente falso. El desarrollo de la ciencia histórica, que se interesa cada vez más por las narraciones que tienen objetivos teóricos, rechaza el programa del idiografismo pragmático, que, por ahora, ha sido prácticamente abandonado. Todo esto no quiere decir, sin embargo, que la historia se haya liberado de sus modelos tradicionales.

4. *Historia frente a sociología. La necesidad de desarrollo de la historia social*

Si los historiadores formulan leyes y las usan en las explicaciones causales, ¿cuál es la diferencia entre la historia y la sociología, a la que nunca se la llamado idiográfica? Esta cuestión parece ser el punto fundamental en el análisis general de la relación entre la historia y otras disciplinas. Entre la historia y la sociología no hay diferencia en la materia, ya que ambas se ocupan del estudio de las sociedades humanas. Sólo se podría decir que los historiadores se interesan por las sociedades en el pasado, mientras que los sociólogos se ocupan del presente, pero esto es sólo una cuestión de grado. No hay obstáculos para que un historiador trate la materia de sus estudios de un modo cronológicamente abierto (es decir, ampliándola hasta el presente), ni para que un sociólogo o un economista miren hacia el pasado. Aunque, en la práctica, los historiadores están más interesados en el pasado y los sociólogos en el presente, la diferencia de alcance cronológico en la materia de la historia y la sociología, respectivamente, no es más que secundaria [11].

Se dice a menudo que la diferencia consiste en la naturaleza de las fuentes, subrayando que un sociólogo puede fabricar fuentes por sí mismo, mientras que un historiador no puede hacerlo. Aquí, de nuevo, la diferencia es de grado, ya que podemos mencionar muchas obras históricas cuyos autores usaban numerosos datos que habían obtenido por observación directa, entrevistas y cuestionarios. Desde luego esto se refiere a la historia reciente.

En los debates sobre la relación entre la sociología y la historia se presta más atención, actualmente, a las diferencias en los métodos de investigación que a las diferencias en la materia de estudio o la estructura metodológica de los resultados obtenidos. Es cierto que los sociólogos intentan formular y comprobar afirmaciones estrictamente generales y leyes en mayor medida que los historiadores, pero esto sólo ocurre con la sociología teórica y no con cualquier tipo de trabajos de campo, que se diferencian de la investigación histórica, principalmente, por la naturaleza de las fuentes (observaciones, entrevistas, cuestionarios) y, hasta cierto punto, por el alcance de las cuestiones planteadas. La principal diferencia entre el acercamiento histórico y el sociológico consiste, posiblemente, en el hecho de que, en la interpretación del historiador, el tiempo se caracteriza por su continuidad, que en la inves-

[11] Sobre las relaciones entre la historia y otras disciplinas, ver F. Braudel, «Histoire et sociologie», en *Traité de sociologie*, París, 1958; A. Kloskowska, «Socjologia a historia»; *Kwartalnik Historiyczny*, núm. 3, 1964, págs. 661-674; *Sotsyologia i istoria*, Moscú, 1964; *Sociology and History. Theory and Research*, W. J. Cahnman y A. Boskoff (eds.), Glencoe, 1964. R. Aron subraya que la sociología se ocupa de las relaciones generales entre los hechos históricos *(Introduction à la philosophie de l'histoire*, París, 1958, pág. 190). Ver también P. Bagby, *Culture and History*, Londres, 1958.

tigación histórica debe ser perturbada lo menos posible. La atribución de un interés por las secuencias genéticas a la historia, y de un interés por la conservación de las estructuras a la sociología, se remonta a un antiguo nivel de desarrollo de las dos disciplinas. Hoy, los historiadores quieren estudiar también las estructuras, y los sociólogos no pueden evitar los análisis genéticos. Es verdad que, en la investigación histórica, nos encontramos aún con el respeto al orden genético, y en sociología, con un respeto a la estructura, pero este estado de cosas no tiene por qué avanzar indefinidamente. Aunque los historiadores, durante mucho tiempo, continuarán estudiando los hechos históricos (que se pueden considerar como sucesos relativamente cerrados), y aunque los sociólogos se interesarán por las interacciones sociales, esa diferencia tenderá, seguramente, a desvanecerse, con el curso del tiempo.

Ese contacto entre los dos acercamientos es fecundo, y esto lo demuestra, sobre todo, el creciente número de estudios hechos por investigadores que se acercan a la investigación histórica desde un punto de vista sociológico, o se acercan a la sociología desde un punto de vista histórico. El proceso ha tenido dos estadios: en el primero, los historiadores comienzan a usar ciertos conceptos elaborados en la sociología, y los sociólogos comienzan a usar datos históricos para ilustrar las construcciones y teorías sociológicas; en el segundo, la integración de los dos tipos de investigación avanza aún más.

En general, por el momento, tenemos más ejemplos en busca de relaciones mutuas por parte de los sociólogos que por parte de los historiadores, que están aún cargados de tradición de la corriente erudita. Los cursos universitarios sobre historia se dirigen, desgraciadamente, todavía, según el espíritu de ese acercamiento erudito, lo cual es un mal presagio para los avances en la investigación teórica dentro de la historia.

Entre los sociólogos polacos, L. Krzywcki y S. Czarnowski tienen excelentes resultados en sus estudios de orientación histórica. Los historiadores piensan aún en el análisis sutil de las causas del triunfo de la Contrarreforma en Polonia. presentado por Czarnowski en su ponencia leída en el VII Congreso Internacional de Historiadores, celebrado en Varsovia en 1933 [12]. Utilizando datos históricos conocidos de otro modo, pero apoyándose también en una visión sociológica de la estructura social, sugirió una explicación que, por su amplitud de interpretación, sobrepasaba a todos los intentos anteriores y posteriores de explicar ese difícil problema histórico. Revisando los diversos factores que se habían tenido en cuenta, concluía: «Sin embargo, basta mirar los hechos, aunque sólo sea los más evidentes, para ver que la participación en la Contrarreforma coincidió con el desarrollo de la clase media como tal» [13]. Prestando atención a los cambios en la estructura social, señalaba el camino para los análisis, que resultarían ser muy útiles para los historiadores.

Los ejemplos se pueden multiplicar. Entre los sociólogos que han hecho mejores y más famosas contribuciones a la investigación histórica están Max Weber, R. K. Merton, W. I. Thomas y F. Znaniecki [14], L. Popes [15], E. C. Hughes [16] y W. F. Whyte [17].

[12] S. Czarnowski, «Reakcja katolicka w Polsce w koncu XVI i na poczatku XVII wieku», en *Dziela*, vol. II, Varsovia, 1956, págs. 147-166.
[13] *Ibidem*, pág. 151.
[14] *The Polish Peasant in Europe and America*, 5 vols., Chicago, 1918-1920, que es una fuente inagotable de inspiración para los historiadores.
[15] L. Popes, *Milhands and Preachers*, New Haven, 1942.
[16] E. C. Hughes, *French Canada in Transition*, Chicago, 1943.
[17] W. F. Whyte, *Street Cornet Society*, Chicago, 1941.

Entre los historiadores que han hecho un uso original del acercamiento sociológico hay que mencionar a M. Bloch *(Les caractères originaux de l'histoire rurale*, 1931); R. H. Tawney (en particular, *Religion and the Rise of Capitalism)*, mencionado en este libro en varias ocasiones, J. Rutkowski, A. Fanfani, L. Febvre [18], E. Labrousse, P. Vilar, A. Soboul, F. Lefebvre y otros muchos.

La mayoría de las aproximaciones a los problemas de las estructuras sociales han sido hechas por los historiadores económicos. No es una exageración decir que cuanto más éxito tenían en combinar un análisis económico con uno social, mejores resultados conseguían. Por eso la historia económica y la social se unen muchas veces en el término historia socio-económica.

Hoy, la historia social está surgiendo como una rama relativamente independiente de la investigación histórica. Se puede esperar que se convierta en fuente de inspiración no sólo para la historia económica, sino para todas las ramas de los estudios históricos, y en particular para la historia política, que actualmente es la disciplina histórica más retrasada. Por supuesto, la historia social puede interpretarse de modo más descriptivo o más teórico; este acercamiento se aproxima a lo que algunos sociólogos llaman sociología histórica, y que promueven dentro de la esfera de la investigación sociológica [19].

5. *Las tareas de la historia*

Aunque la distancia entre la historia y la sociología u otras disciplinas se está acortando (el estudio de las relaciones entre la investigación histórica y esas «otras» disciplinas es la labor de ramas especializadas de la metodología de la investigación histórica), la historia conserva su importante papel en la construcción integral de las ciencias sociales. Es la tarea que la historia había desempeñado hasta la llegada de la corriente erudita del siglo XIX, que se mostraba crítica ante el «tipo filosófico» de estudios históricos. Un sociólogo, un economista, un psicólogo social, cada uno de ellos estudia la sociedad desde un punto de vista concreto, y ninguno de ellos consideraría obvio tener que integrar los resultados de las diversas ramas y ofrecer cuadros sintéticos del desarrollo social en sus distintos niveles. Por el contrario, un historiador sólo estudia las sociedades tal como eran en el pasado, y no reduce su interés a ningún campo específico. El hecho de que, dentro de la historia, haya muchas disciplinas especializadas no cambia la situación. Esta es la razón de que la labor del historiador sea contribuir al acercamiento integral al estudio de la sociedad. La tarea es difícil, y a menudo nos referimos a ella más en términos de exigencias que de logros. Pero si esta tarea se formula como una exigencia, ¿cuáles son las tareas de la investigación histórica si tenemos en cuenta sus funciones normales?

La función básica es la contribución al descubrimiento de las regularidades en la vida social. El descubrimiento y conocimiento de las leyes del desarrollo social sólo es posible con la ayuda de los estudios históricos. Esta es la tarea fundamental de todas las ciencias sociales. No podemos organizar la vida social y supervisar sus diversos factores si no conocemos las leyes

[18] En particular, *Le problème de l'incroyance au XVIe siècle*, París, 1947; ver también *Studi sui Reforma e Rinascimento e altri scritti di metoda e di geografia*, Turín, 1966.
[19] Cfr. A. Malewski, «Dwa modele socjologii», *Studia socjologiczne*, número 3, 1961, págs. 42-54.

que rigen el desarrollo social, tanto las que se aplican a períodos cortos como las que valen a lo largo de varias épocas. Sólo podemos organizar la vida social si tenemos bases para predecir los efectos de nuestras acciones intencionadas. El conocimiento de las leyes que rigen la vida social ofrece la posibilidad de hacer dichas predicciones y, por tanto, la oportunidad de actuar de una forma práctica y eficaz de acuerdo con nuestros objetivos. Así, si no podemos dudar de la importancia de la vida social organizada, entonces no podemos dudar de la importancia de la función que desempeña la investigación histórica en ese aspecto. La tecnología, con sus ciencias subyacentes, sólo se puede desarrollar en una sociedad organizada. ¿Serían posibles los emocionantes avances en la conquista del espacio sin una organización moderna de la sociedad que incluya el complicado aparato del estado moderno? La falta de relaciones entre la investigación histórica y, por ejemplo, los alunizajes, es, por tanto, sólo aparente. En realidad, estas relaciones resultan ser fuertes y estrechas. De este modo es como tenemos que interpretar la antigua máxima *historia magistra vitae* [20].

La siguiente función social de la historia, que se deduce de la anterior, es satisfacer el deseo humano de conocerse a sí mismo. Podemos ver cómo el desarrollo de la cultura ha ido acompañado de la necesidad de autocomprensión histórica. Aunque las fuentes de ese interés en la historia del propio país variaban de un caso a otro, cada vez reflejaba más el progreso en el nivel cultural de la vida de la sociedad. Es evidente que sólo una ciencia histórica con un desarrollo adecuado, puede desempeñar estas funciones cognoscitivas con responsabilidad. El historiador debería saber cómo llegar a los diversos destinatarios de los resultados de su investigación: no puede limitarse al círculo de los más iniciados, sino que debe popularizar el conocimiento de la historia.

La función cognoscitiva de la historia está relacionada con su función educativa, que hasta ahora se ha subrayado, sobre todo, en cuanto a la utilidad social de los estudios históricos. El papel educativo de la historia ha sido aceptado por varios grupos de historiadores y dirigentes sociales. La educación histórica es una de las bases principales para configurar la conciencia ideológica y política de una sociedad. Al descubrir la verdad científica, la historia debe colaborar activamente en la conformación de la conciencia social. En este terreno, las tareas son enormes, teniendo en cuenta la cantidad de leyendas que todavía invaden la conciencia social. Al contribuir a la formación de la conciencia social, la historia consolida los lazos que unen una sociedad con las otras. La historia y su conocimiento son uno de los principales elementos de la conciencia nacional y una de las condiciones básicas para la existencia de cualquier nación.

Si la ciencia histórica quiere ejecutar sus funciones, cada vez mayores y más responsables, debe cambiar adecuadamente. Igual que la revolución industrial de los siglos XVIII y XIX desvió el rumbo de la investigación histórica, la actual revolución técnica exige más cambios esenciales en los estudios históricos. La historia se enfrenta ahora a una reconstrucción y expansión de largo alcance en sus métodos. Sus instrumentos se hacen cada vez más precisos, y debe utilizar, cada vez más, métodos de investigación y resultados de otras disciplinas si quiere desempeñar sus tareas integradoras.

[20] Cfr. J. Topolski, *Swiat bez historii* (Un mundo sin historia), Varsovia, 1972.

Hay una necesidad cada vez mayor de que se promueva la investigación teórica en la historia. Esto no quiere decir que los procedimientos usados hasta ahora deban ser abandonados. No, pero algunos historiadores deben formarse como teóricos, y su tarea principal no será elaborar narraciones factográficas, sino presentar textos que se ocupen de buscar las regularidades. hacer construcciones teóricas y formular leyes. Deben ir acompañados por historiadores que se centren en una imagen internamente coherente del pasado, que no esté separada, tampoco, de una inspiración teórica. La investigación histórica teórica tendría que ser, simplemente, más teórica. Quizá los estudios seguirán un camino de desarrollo distinto. Pero, de todos modos, la labor es enorme, y no pueden dejar de hacer vibrar el corazón del historiador con más fuerza.